

Selección RNR

SANDRA HEYS

Te debo  
un sueño



Romance Actual

# Te debo un sueño

*Sandra Heys*



1.ª edición: agosto, 2017

© 2017 by Sandra Heys

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-816-7

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para ti, que tuviste un sueño y luchaste hasta el final por conseguirlo.  
Y para mi esposo, por creer en mi sueño, por soñar conmigo.*

*«No hacen falta alas  
para hacer un sueño  
basta con las manos  
basta con el pecho  
basta con las piernas  
y con el empeño*

*No hacen falta alas  
para ser más bellos  
basta el buen sentido  
del amor inmenso  
no hacen falta alas  
para alzar el vuelo»*

Silvio Rodríguez

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

NOTA EDITORIAL

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS  
CAPÍTULO DIECISIETE  
CAPÍTULO DIECIOCHO  
CAPÍTULO DIECINUEVE  
CAPÍTULO VEINTE  
CAPÍTULO VEINTIUNO  
CAPÍTULO VEINTIDÓS  
CAPÍTULO VEINTITRÉS  
CAPÍTULO VEINTICUATRO  
CAPÍTULO VEINTICINCO  
CAPÍTULO VEINTISÉIS  
AGRADECIMIENTOS  
NOTA DE AUTORA  
PROMOCIÓN

## Nota editorial

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Chile, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

Gracias.



## PRÓLOGO

Cuatro muchachas en un taller de mecánica era algo extraño. Más extraño aún era que una de ellas acabara de darse una ducha para sacarse la grasa que se le había pegado después de trabajar varias horas en los autos del taller.

Otra cosa muy curiosa era el grupo variopinto que las muchachas constituían. Una, bajita, muy delgada y delicada. Frágil. Ella, la hermana menor de la niña-mecánico, era estudiante de *ballet*, por lo que la fragilidad era solo apariencia. Era muy fuerte. Su largo cabello rubio caía por su espalda y sus ojos verdes eran el único punto de color en el pálido rostro.

La prima de ellas era más alta que la pequeña, pero no tanto como la mayor. Era delgada, pero su cuerpo tenía ya la forma de una mujer adulta. Llevaba el cabello castaño claro corto, levemente ondulado. Era de risa rápida e ira lenta, sus ojos café siempre se fijaban en todo.

La cuarta muchacha era colorina. Había que mirarla bien para poder decir otras características de ella. No porque fuera un ser anodino y sin gracia. Era porque su pelo rojo llamaba demasiado la atención. Pero si uno lograba despegar los ojos de su cabello, descubriría unos raros ojos verdes. Una nariz recta y pecosa y labios sonrosados y gruesos completaban su rostro de suaves mejillas.

Un hombre alto y rubio se acercó. Dirigió a las muchachas su sonrisa amable y ojos tiernos.

—¿Van al cine, niñas? —Por respuesta recibió dos «sí, papá» y dos «sí, tío Cristian»—. ¿Necesitan un subsidio?

—Son siempre bien recibidos, papá —dijo Isabel, la más alta de las cuatro, con sus grandes ojos color miel abiertos de par en par y una sonrisa tan franca como la de su padre.

—Está bien —aceptó el hombre sacando su billetera del bolsillo trasero del overol—. Espero que sea suficiente —agregó dándole unos billetes a su

hija mayor.

Las muchachas reían cuando del fondo apareció el motivo de tanta espera en mitad del taller.

Si un artista quisiera personificar la fuerza de la naturaleza, la pequeña morena de pelo azabache sería una buena alternativa. Caminaba a pasos largos o todo lo largo que le permitían sus cortas piernas, llevaba las manos empuñadas, los labios apretados y los ojos negros encendidos.

La aparición de Adriana había coincidido con la llegada de Catalina, la madre de Pamela y secretaria del taller, por lo que Cristian no notó lo que pasaba.

—¿Vamos? —le preguntó Isabel a la recién llegada.

—Por favor, que quiero poner un mundo de distancia con ese... ese... mecánico grasiento —respondió Adriana ofuscada.

—¿Qué te dijo? —preguntó Lorena mirándola de reojo.

—Nada. Eso es lo peor. Nunca dice nada más que «mmm» o «ahá». Ni siquiera me saluda. Lo único que hace es mover la cabeza. ¿Qué piensa que soy yo?

—Una niña muy insistente —contestó Pamela.

—Vamos mejor —pidió Francisca, a quien el tema con *h* molestaba aún. Porque, ¿qué tenían de interesantes los hombres? Eran todos antipáticos y odiosos.

—Sí, vamos —respondió Adriana, tomando la delantera—. Adiós, tío Cristian, adiós tía Cata. —Se despidió de los adultos con un beso en la mejilla y fue imitada por las amigas.

Casi tres horas después, las muchachas estaban sentadas en un pequeño restaurant y fuente de soda con sendos vasos de bebida y un plato de papas fritas en el medio de la mesa.

—Me encanta Robert Redford —suspiró Isabel—, ni siquiera me importa que sea viejo.

—La semana pasada vimos esta película... ¿Cómo era que se llamaba?...

No importa, pero quedaste enamorada de Mijaíl Barýshnikov —dijo Lorena.

—Sí, me encanta —respondió Isabel.

—Puaj. —Francisca hizo una mueca—. Está bien, el tipo sabe bailar, pero no sé qué se meten los rusos con el *ballet* si todos saben que las mejores academias, los mejores cuerpos de *ballet*, los mejores... lo mejor de todo está en Francia. Los rusos están sobrevalorados.

Las otras se miraron y sonrieron. No entendían por qué Francisca odiaba a los bailarines rusos.

—Algún día —continuó Francisca— voy a ir a Francia a estudiar.

—A mí me encantaría acompañarte, la semana de la moda de París es el mayor encuentro de diseñadores del mundo. —Lorena suspiró mostrando su acuerdo—, y no me vendría nada mal conocer un francés guapo. —Bajó el tono de su voz—. No como los de por acá.

—Pero dicen que son hediondos —dijo Pamela.

—Mientras no sean grasientos —murmuró Adriana molesta, pinchando una papa frita.

—Adri, ¿cuántas veces te he dicho que tienes que relajarte y ser más paciente con Juan? —le preguntó Isabel—. Él es muy tímido. Y tú eres un poco... agresiva. Lo que está bien —agregó Isabel rápidamente al ver la mirada de su amiga— en general, pero a veces hay que cambiar estrategia.

—No, Adri, no es necesario que cambies estrategia. —Francisca intervino inmediatamente al ver la oportunidad de aliarse con alguien en contra de los hombres—. No vale la pena el esfuerzo, mejor concentrarse en la carrera.

—La primera mujer presidente de Chile. —A Adriana le brillaron los ojos al decir esto.

—Eso —concordó Francisca—, y yo, *prima ballerina* del mejor cuerpo de baile del mundo.

—Te apuesto que de las cinco, tú vas a ser la primera en casarte —apuntó Isabel.

—Estás loca, Isabel —le dijo Francisca. Normalmente no era así. Isabel

solía ser la más cuerda y tranquila de todas. Hasta que se le metían ideas raras en la cabeza según sus amigas.

—Es más, estoy segura de que tú vas a ser la primera en casarte y en tener hijos —insistió Isabel—. Dimitri suena bien para un sobrino mío.

—¿Y por qué le pondría un nombre ruso a mi hijo, Marisa? —preguntó Francisca molesta.

—Para que combine con el apellido ruso del padre, ¿para qué más? —dijo Isabel, provocando la risa de sus amigas y la ira de su hermana.

—¡No solo me amenazas con que voy a ser la primera en casarse y tener hijos, sino que además te atreves a decir que mi marido va a ser ruso! —gritó Francisca muy molesta—. Todo porque se te metió una idea entre ceja y ceja.

—Yo digo...

—Peor aun cuando sabes que yo odio a los rusos —continuó Francisca, sin dejar que su hermana se defendiera.

—Bueno, yo no le haría asco a ningún ruso alto y guapo —dijo Lorena conciliadora—, y si no fuera por respeto a Adriana, acá presente, tampoco le diría que no a ningún mecánico, por muy grasiento que pueda ser. Mientras sea guapo...

—Y tú vas a ser la primera en perder la virginidad —Isabel interrumpió a su prima con una sonrisa—. Eso si es que no pasó ya.

—¿Y con quién se supone que pude haber perdido mi virginidad si iba a un colegio de mujeres? —preguntó Lorena algo sonrojada.

Isabel la miró frunciendo el ceño.

—Yo diría que Antonio podría ser una excelente opción —respondió al cabo de unos minutos.

—¿El sobrino de *madame*? —Lorena resopló molesta—. Estás loca, Isabel.

—Gracias, Lore, lo mismo digo yo —intervino Francisca.

—Y yo —agregó Adriana.

—¿Y se puede saber por qué Antonio? —Lorena miró a su prima,

dubitativa.

—No es nada feo —dijo Isabel.

—Pero anda siempre sucio, lleno de tierra y nunca le he visto un corte de pelo decente —replicó Lorena. Adriana mostró su acuerdo moviendo la cabeza. Después de todo, Juan siempre vestía esos overoles asquerosos. A la única que podía gustarle tal prenda era a Isabel.

—Será que tiene muchas salidas a terreno —explicó Isabel—, recuerda que estudia geología.

—Ya que te las estás dando de pitonisa, adivina mi futuro —le pidió Adriana.

—Fácil. El día que bajes las revoluciones o Juan se arme por fin de valor, te vas a casar con él.

—¿Y respecto a lo otro?

—Yo diría que vas a ser la última en perder la virginidad, Adri —dijo Isabel sonriendo.

—¿Después de mí? —inquirió Pamela.

—Después de Francisca, que va a ser la más complicada, aparte de Adriana. —Isabel ya no solo sonreía, sino que se reía abiertamente.

—Entonces, ¿cuál sería el orden? —preguntó Lorena.

Isabel respiró profundo, tratando de calmarse, miró a su alrededor y comenzó a apuntar. Lorena, ella misma, Pamela, Francisca y Adriana.

—¿Y quién va a ser la última en casarse? —Francisca no quería, pero igualmente entró en el juego favorito de su hermana.

—Pamela. Y con hartos empujones —respondió Isabel.

—Yo no pienso casarme —replicó la aludida.

—Por eso digo lo de los empujones —insistió Isabel.

—Bueno, acá viene un rubio para tu colección —dijo Lorena mirando a Jean Michel, nieto mayor del dueño del restaurante, un joven desagradable que molestaba incesantemente a Isabel.

—Puaj —murmuró Isabel, con el joven casi a su lado.

—Hola —saludó el recién llegado mirando a Isabel.

—Ándate, nadie te quiere aquí —replicó Adriana beligerante.

—Nadie está hablando contigo, enana negra y guatona. —El joven miró a Adriana con asco.

—¿Quieres hablar conmigo? —preguntó Isabel poniéndose de pie. En los últimos meses había vuelto a crecer y ahora era más alta que Jean Michel.

—Isabelita, no sé cómo lo haces, pero estás más bella que la última vez que te vi. —La manera en que se dirigía a Isabel era tan empalagosa que ella hizo una mueca de asco antes de contestar.

—Y tú estás más estúpido que la última vez que te escuché —repuso Isabel—. Rápido, muchachas, insultos con la letra *e*.

—Engreído —dijo Lorena.

—Esperpento —agregó Adriana.

—Estafilococo —aportó Pamela.

—¿Estafilococo? —preguntó Isabel con una sonrisa ladeada.

—Sí, es una bacteria, pero bacteria no se escribe con *e* —respondió Pamela.

—Y yo tengo otra palabra con *e* para ti: esfúmate —Francisca concluyó por todas.

—Creo que me gusta mucho la letra *e* —declaró Isabel cuando el visitante no grato se retiró.

—Y yo creo que, a pesar de tu aparente debilidad por los hombres rubios, te vas a casar con uno moreno —señaló Lorena.

—Como Antonio Banderas —suspiró Isabel.

—Sí, en Átame. —Lorena juntó sus manos fingiendo que estaba atada a una cama.

Las muchachas se rieron de su interpretación.

—¿Vamos? —preguntó Pamela—. Ya van a cerrar el taller.

Las cinco se pusieron de pie e Isabel fue a pagar la cuenta en la caja, alcanzando a sus amigas en la puerta del local.

# CAPÍTULO UNO

*Ocho años después*

Francisca miró a sus amigas, que tenían los ojos brillantes por las lágrimas. Su mamá y su papá, sus tíos verdaderos y postizos igual. La única que no lloraba era su hermana María Isabel.

«Ella es como una roca», pensó Francisca.

Estaban en el aeropuerto internacional de Santiago esperando la llamada de abordaje para el avión que la llevaría a cumplir sus sueños. París, Francia. Una excelente academia de *ballet*, regentada por un tirano que la convertiría en la *prima ballerina* que siempre había sabido que sería.

Se escucharon por los altavoces las temidas palabras y Francisca hizo una nueva ronda de besos y abrazos. Dejó a su hermana para el final.

—Te voy a extrañar, Cabezona —le dijo Isabel, usando el apodo que le decía de niña, cuando era tan delgada que su cabeza parecía desproporcionada a su cuerpo.

—Y yo a ti, Gigante Egoísta.

Se le había ocurrido llamarla así después de que su abuela le leyera el cuento de Oscar Wilde, cuando Isabel le quitaba las muñecas solo por molestarla, ya que nunca le había gustado jugar con ellas. Se abrazaron y, al separarse, Francisca vio las elusivas lágrimas arrancar de los ojos de su hermana.

—Cuídate y vuelve en cuanto puedas —le pidió Isabel.

—Y tú, anda a visitarme —exigió Francisca.

—Luego tengo que ir a Alemania. Una vez ahí, me arranco para ir a verte —prometió.

Francisca se alejó unos pasos, le tiró besos a su familia y se despidió con la mano.

Antes de pasar por la puerta que la separaría del resto, dejó su bolso en el suelo e hizo una pirueta que fue aplaudida por toda su gente y admirada por algunos desconocidos.

Volvió a tomar el bolso y se alejó por el pasillo que llevaba al avión. Con el dorso de su mano secó las últimas lágrimas que corrían por sus mejillas, cuadró los hombros y siguió caminando con el paso cada vez más seguro. Por cierto, que la partida le daba pena, pero era su sueño dorado y largamente acariciado. Ya tranquila, le sonrió al agente de seguridad que revisaba el bolso de mano.

Una vez que estuvo instalada en su asiento, sacó su agenda y buscó la página donde tenía *el plan maestro*, como llamaba Isabel a la lista de tareas que había confeccionado con sus amigas el día que llegó la carta donde la aceptaban para estudiar en la academia de *ballet*.

La lista era larga, pero ya iba por la mitad. Y gracias a la obsesa del control que tenía por hermana y a su muy organizada mejor amiga, el cambio de Santiago de Chile a Paris, Francia, iba a ser casi un paseo por el campo, sin grandes problemas de adaptación.

Al igual que Isabel, llevaba varios años estudiando idiomas, y ya hablaba inglés y francés casi como nativa, y el italiano también era decente. «Eliminar la barrera idiomática, listo».

Pamela y Adriana habían confeccionado una lista con posibles departamentos, estudios y pensiones de estudiantes, calificándolas de acuerdo a su costo y distancia. Luego Isabel, en un viaje de capacitación a Italia, se las había arreglado para ir a Paris, ver las propiedades seleccionadas, sacar fotografías, entrevistarse con los dueños, evaluarlas y dejar solo las mejores en competencia.

—No es la fórmula uno —había dicho Lorena, riéndose del sistema de calificación inventado por Isabel y seguido a rajatabla por Pamela y Adriana.

—Por supuesto que no es la fórmula uno —replicó Isabel—. Por muy lindos que sean algunos de estos departamentos, yo no los compararía ni loca con un bello y veloz auto de carrera.



—Estás loca, Isa —murmuró Lorena tendiéndose en la cama de su prima.

—No estoy loca. ¿Podría un loco organizar esta lista? —preguntó Isabel apuntando la agenda.

—Una loca del control —dijo Francisca, con sus pálidos ojos abiertos con burlona inocencia y sus finos hombros ligeramente encogidos.

—Dos cosas, hermana. Uno —Isabel levantó un dedo de su mano derecha—, no soy una loca del control ni nada por el estilo, simplemente me gusta pensar en el futuro y estar preparada para cuando pase. Y dos —alzó un segundo dedo—, si te molesta, bien puedo dejar de ayudarte.

—No me *molesta* que seas una maniática, que pienses demasiado ni que te guste estar siempre preparada para lo peor. Simplemente me gusta molestarte.

—Eres muy mala, Fran —murmuro Lorena moviéndose desde la cama hasta un rincón de la habitación, donde se sentó, directamente en el suelo, y esparció las fotos tomadas por Isabel.

—Gracias —dijo Francisca—, lo aprendí de ti.

—Yo no soy mala —replicó Lorena con soberbia—, soy... traviesa.

—Es lo mismo —aportó Adriana.

Francisca sonrió recordando esa tarde de comienzos de otoño. El movimiento del avión, posicionándose para el despegue, la trajo por un par de minutos a la realidad. Miró una vez más la lista pensando en sus amigas.

Isabel se había metido de cabeza a preparar el viaje y estadía de Francisca, feliz de poder pensar y planificar mucho. Pamela había reclamado porque perdería a su mejor amiga. Ella prefería que las cosas siguieran inalteradas, ya que a su modo de ver, la vida era perfecta. Francisca sonrió exasperada.

—Perfecta, sí claro —murmuró para sí.

Secreto era la palabra clave en la familia Martínez. Por ejemplo, la colorina nunca decía nada del acosador, manipulador y malintencionado de su jefe. Excepto en lo más cerrado de su círculo. Solo ellas, el Quinteto de la Muerte, como les gustaba llamarse a sí mismas desde que vieron una película antigua, pero muy graciosa, sabían del anhelo de Pamela de dejar el trabajo y

buscar otro.

Adriana también había ayudado y mucho. Por supuesto, servía que fuera incluso más controladora que Isabel y más organizada que Pamela. Había averiguado todo lo que tuviera que ver con los aspectos económicos y financieros de su estadía en Francia y luego le había presentado un informe a Cristian.

—Puede que sea tu papá —le había dicho a Francisca una tarde cuando el hombre las llamó a ambas a su oficina—, pero sigue siendo mi jefe.

A Francisca no le molestó el presupuesto, ya que su padre había hecho lo que hacía con todos los que preparaba Adriana. Agregó un quince por ciento y firmó.

Casi tuvieron que rogarle a Lorena que las ayudara. Para Francisca era fundamental la ayuda de su prima a la hora de elegir departamento, ya que ella había sido la responsable de la ropa y la habitación de Francisca desde que ambas eran apenas unas niñas. Claro estaba que Francisca podía elegir su ropa de todos los días sola, pero cuando algo era realmente importante, prefería que fuera Lorena quien tomara las decisiones.

Además, el video que había preparado como audición para la academia contó con la ayuda de todas. Lorena, diseñadora de modas, hizo la ropa y ayudó con el escenario. Pamela, que era secretaria de profesión, pero artista de vocación, colaboró con la idea para el escenario, lo ejecutó, preparó luces y sonido. Isabel y Adriana se encargaron de filmar y editar el video.

Francisca solo bailó. Bailó por su vida, por la vida que soñaba.

Cuando el piloto apagó la señal del cinturón de seguridad, Francisca ya había repasado mentalmente los principales puntos del plan maestro. Barrera idiomática, dónde vivir, cómo llegar de su funcional y coqueto departamento de dos ambientes a la academia, cómo organizar el día. Lo más complicado había sido superar la diferencia horaria. Cuando ella llegara a París, habría sobrevolado seis husos horarios. Y ella no era María Isabel, a quien el *jet lag* parecía no afectarle.

—No es que no me afecte —había respondido su hermana mayor cuando

se lo comentó—. Simplemente me preparo cuando sé que voy a atravesar una zona horaria.

—¿Cómo, Isa? —preguntó Pamela muy interesada.

—No bebo café los últimos días, procuro dormir durante el vuelo, aunque no paso todo el vuelo sentada, la circulación también es importante. Pero lo más importante es adaptar tu cuerpo al nuevo horario. En tu caso, Fran, puedes empezar ya. En las nueve semanas que faltan para tu viaje, haz todo más temprano, incluyendo las comidas. Cada semana vas corriendo en treinta minutos tu horario y la última lo haces una hora. Así, cuando llegues a Francia, solo parecerá que perdiste una hora. Y la recuperas con los días que vas a llegar adelantada al inicio de las clases.

—¡Eso quiere decir que voy a estar desayunando a las dos de la mañana! —gritó Francisca—. ¡Nadie puede desayunar a las dos de la mañana!

—Y almorzar a las ocho —aportó Lorena burlesca—. ¿Sabes? —continuó mirando a Isabel—, siempre pensé que cuando te veía comer a deshora se debía a que eres una maldita gusana hambrienta que come hasta reventar y no engorda nada. Ahora me entero que era porque querías evitar el *jet lag*.

Las cinco habían reído hasta que Adriana tuvo que salir corriendo al baño. Isabel incluso rio más fuerte que ninguna. Las bromas de su saludable apetito siempre le gustaron. Después de las carcajadas compartidas, se había comprometido con su hermana a comer con ella.

—Eso sí —dijo a modo de conclusión—, no pienso levantarme a la una de la mañana. Me despiertas, tomo desayuno y a la cama de nuevo.

—¿Y qué hago en el teatro? —Francisca era bailarina en el Teatro Municipal de Santiago.

—De todas maneras tienes que renunciar en algún momento —dijo Pamela.

—Pero...

—Además, si no estás para la temporada, no ganas nada yendo a ensayar —aportó Adriana.

—De todas maneras tengo que hacer mis clases.

—Son todas en la mañana, Franny —indicó Lorena—. Simplemente almuerzas y te vas, como si fuera por la tarde. Y cuando llegues, cenas y te acuestas.

El siguiente lunes se había presentado su dimisión al cuerpo de *ballet*. Fue un momento horrible, ya que ese año tenía tres solos. La cara de decepción del director fue tremenda. Y la alegría en algunas de sus rivales fue aún más grande. Claro que todo se invirtió cuando les explicó el motivo.

—No vas a volver, ¿verdad? —preguntó Sebastián, su amigo y compañero de tantas y tantas horas de ensayo y sufrimiento—. Vas a ir a París y serás la mejor, igual que acá, y todos te van a querer. Pertenecer a un cuerpo de baile europeo es cien veces mejor que ser la *prima ballerina* acá.

—¿Sabes lo que es mejor? —preguntó Francisca con sus sueños desbordando los claros ojos verdes—. Ser *prima ballerina* en París, Londres o Nueva York.

—Y por lo que dicen del director de la academia en París, si hay alguien que puede conseguirlo para ti, ese es él. Solo debes ser arcilla en sus dedos.

Y era justamente eso lo que pensaba ser. Iba a seguir cada una de sus indicaciones por ridículas que le parecieran. Iba a practicar y estudiar hasta caer rendida. Iba a tener los pies más feos y dañados del mundo. Sin importar la sangre, las heridas, el dolor, las exigencias. Sin importar absolutamente nada, ella iba a conseguirlo. Y la sonrisa insípida de la azafata cuando le ofreció almuerzo a las diez y media de la mañana le reforzó su idea.

Ya no era solo un sueño. Era la realidad.

## CAPÍTULO DOS

Cuando sonó el despertador esa mañana, Francisca abrió los ojos y recordó que era el día que empezarían las clases en la academia. Sonrió e inmediatamente tiró las mantas para atrás y se levantó. Un par de minutos después ya estaba en la barra haciendo los primeros ejercicios del día.

Llevaba casi una semana en París y había sido maravilloso. Cuando llegó, el dueño del edificio donde viviría la acompañó por las escaleras hasta el cuarto piso. Le explicó que no tenían ascensor, y a Francisca no le importó porque serviría de ejercicio. El hombre sonrió.

Francisca quedó maravillada al conocer el departamento, especialmente por la pared recubierta con espejos y la barra de ejercicios. Francisca caminó hasta ella y la acarició.

—Mi última inquilina la hizo instalar —explicó Philippe al sacar un pañuelo blanco del bolsillo del pantalón para secar su sudorosa frente.

—Tengo entendido que también era alumna en la academia de *ballet* —comentó Francisca, acercándose nuevamente al hombre.

—Sí —asintió Philippe—, de hecho, es usted mi quinta estudiante de la academia. Y la segunda duró tres semanas.

—¿Tuvo algún problema? —preguntó Francisca inquieta.

—Demasiados. Muchos más que las otras. La primera alcanzó a estar un año. La tercera, el primer semestre. Solo Amélie, la última, se graduó.

—¿Por qué? —exclamó la muchacha muy preocupada.

—Es muy duro estudiar en la academia. Para un francés ya es duro, imagínese para un extranjero que ni siquiera está cerca de su familia.

—Me imagino que Amélie es francesa, de alguna provincia.

—No, no, perdón —dijo Philippe moviendo mucho sus manos—, su nombre es Amelia, yo le decía Amélie, ella es argentina. Tal vez triunfó porque no tenía familia en ninguna parte.

—Yo sabía que era difícil —respondió Francisca automáticamente—, pero no pensé que tanto.

—Oh, mi Dios, ni siquiera se lo imagina, querida —replicó el hombre negando con la cabeza. Le contó todo lo que sabía de la academia, especialmente de los muchos problemas que tuvieron sus anteriores inquilinas, incluyendo al dictador.

—¿El... el dictador, dice? —murmuró Francisca tartamudeando.

—Sí. Amélie le decía así. En realidad, es el director de la academia y se reserva las tardes para trabajar con los alumnos de lunes a jueves. El viernes invita a los que tengan potencial.

—Y Amelia, que se graduó, ¿la invitaron alguna vez? —Para Francisca era muy importante saberlo, sentía que, de alguna extraña manera, si esa muchacha argentina, que vivió y perseveró en el departamento donde ahora ella viviría, lo había conseguido, ella también lo haría.

—En febrero del segundo año —respondió Philippe—, un día llegó eufórica. En medio de la clase, el director se le acercó y le dijo que nunca la había visto el viernes en clase. Ella respondió que no la había invitado. Él comentó que eso jamás detuvo a otros, y ella le respondió que prefería estar practicando que mendigando. Y ese hombre le ordenó que practicara dentro del salón.

—Entonces, lo consiguió. —El hombre lo confirmó—. Yo también voy a conseguirlo —dijo Francisca elevando su mentón orgullosamente.

—La niña dejó una bicicleta abajo, iba en ella a todas partes mientras el clima era bueno —Philippe habló desde la puerta—. Si desea usarla, pídasela a mi mujer, Claudette.

—Gracias, lo haré.

Cuando salió, ella fue hasta su maleta y la desarmó. Decidió que haría las compras en bicicleta, así que se cambió los zapatos, buscó una mochila donde guardó lo necesario y bajó.

Después de dos viajes a las compras y un almuerzo rápido, pasó toda la tarde pintando. Cuando sus brazos y hombros dolieron, hizo algo de

ejercicios de elongación y finalmente se duchó y se acostó. Se durmió en dos minutos.

Excepto la parte de la pintura, los siguientes días corrieron de la misma manera. Todos los días cenaba con Philippe y Claudette, propiciando conversaciones que fundamentaron una relación de tíos-sobrino, algo que hacía muy feliz a Francisca. Además, acordaron que Claudette se haría cargo de todas las comidas de Francisca, lo que la hacía doblemente feliz.

El lunes, muy temprano en la mañana, Claudette estaba en la puerta de Francisca. Ella la recibió envuelta en su toalla.

—Para que desayunes mientras te vistes —le dijo al dejar una bandeja—. Prepararé un termo con té para que lleves —agregó con una sonrisa cuando se retiraba.

Francisca comió mientras se vestía y se arreglaba. Sobre las mallas, ropa deportiva. Zapatillas para andar en la bicicleta y un apretado moño. Un poco de brillo labial y nada más. En la mochila, todo lo necesario para pasar el día, incluyendo agua, frutas y un sándwich de pavo con tomate y lechuga en pan integral. Con el termo de té prometido por Claudette, estaría lista.

Antes de salir, respiró profundamente, y cinco minutos después ya iba camino a la academia.

Como había llevado toda su documentación la semana anterior, pudo saltarse los trámites administrativos. Ese primer día, todos los alumnos nuevos debían pasar por una exhaustiva revisión médica. Francisca fue la primera y, al terminar, le indicaron que fuera a la sala de recitales que estaba al otro lado del edificio.

Al llegar, una mujer le indicó que debía esperar porque los profesores aún no estaban listos. Cuando escuchó que la llamaban al escenario, habían llegado dos personas más.

De pie, bajo un foco que emitía una luz cegadora, Francisca escuchó una voz de mujer que leía lo que suponía era su ficha de ingreso.

—Ninguna indicación del cuerpo médico —dijo la mujer dirigiéndose a ella—, eso está muy bien. Ahora, por favor, vamos a pedirle algunos

ejercicios.

Ella hacía sus piruetas y pasos conforme se lo pedían, volviendo siempre a la posición inicial, a la espera de nuevas instrucciones. Francisca solo escuchaba un murmullo de fondo, evidentemente los profesores comentaban lo que ella hacía. Después de unos minutos, un hombre volvió a hablarle.

—Van a tocar una pieza al azar, usted improvise —dijo.

Y el pianista comenzó a tocar una suave melodía. Francisca se movía con delicadeza, utilizando todo el espacio disponible. Tres veces le cambiaron la melodía, y ella se adaptó, usando otros pasos, yendo a la parte trasera, haciendo piruetas. Cuando, un poco desesperada, pensaba que no sabría qué más hacer, el pianista puso fin a la música.

—Eso es todo —indicó una voz masculina—. Como hoy nos dedicamos a evaluar, no habrá clases en la mañana, así que la invitamos a tomar asiento en la parte de atrás y observar.

Algo cansada, con el corazón ralentizando su latido, tratando de descifrar cómo le había ido, Francisca tomó su mochila mientras llamaban a la segunda alumna.

—Te salió bien —le dijo el alumno que esperaba su turno.

—Gracias —murmuró Francisca—, aunque no esperaba una ovación de pie, me habría agradado algún aplauso. Al menos un «muy bonito».

—No creo que las cosas sean así por aquí —señaló el joven encogiendo los hombros.

—No. Me voy antes que me echen. —Francisca miró de reojo a la persona que controlaba el ingreso y salida de los alumnos, quien la observaba a ella y a su reloj alternativamente—. Suerte.

Para llegar a los asientos, había que dar una vuelta bastante larga, así que el joven que había conocido recién ya estaba en el escenario cuando ella se sentó diez filas atrás de los profesores.

Después de ver dos evaluaciones, escuchó pasos que se dirigían a su asiento. El mismo muchacho alto y rubio tiró su mochila en una silla delante



de ella y extendió su mano.

—John —dijo con una suave sonrisa.

—Francisca —respondió la muchacha aceptando su mano—. Fue una buena prueba, la tuya.

—Gracias. Te llevaba ventaja por haber visto dos antes y saber de qué se trataba.

—Tienes un acento extraño, ¿de dónde eres? —preguntó Francisca con curiosidad.

—De Durham, Inglaterra. ¿Y tú? Tampoco eres francesa.

—Santiago de Chile —explicó Francisca, que le contó que también hablaba inglés, por lo que desde ese momento empezaron a usar ese idioma.

Siguieron observando las evaluaciones y calificando a sus compañeros, tratando de adivinar la procedencia de cada uno de ellos. De a poco fue llenándose la parte de atrás de la sala, pero nadie más se sentaba con ellos. En realidad, nadie más se sentaba junto a algún compañero, ni siquiera se dirigían la palabra.

—Ese de allá atrás está durmiendo, por Dios —dijo Francisca.

—Te dije que no era europeo —respondió John—. Llegó ayer y aún no se adapta, el idiota.

Una vivaracha morena salió al escenario en ese momento. Era un poco más alta que el promedio de sus compañeras y también un poco más pesada. Ya habían escuchado a los profesores decirles a tres muchachas que debían perder un kilo o dos, y con ella sería más de lo mismo.

Cuando la morena comenzó a bailar, dejó claro que la pérdida de peso la beneficiaría al bailar con un compañero, pero no le restaba gracia a sus movimientos. La técnica era impecable y su improvisación contaba con muchos efectos dramáticos.

—Pero que buen *staccato* —murmuró Francisca.

—Mira la fluidez —comentó John.

Unos minutos después, en medio de la presentación del siguiente

compañero, la vieron llegar, tirar su bolso en cualquier lado y sentarse junto al hombre que dormía. En seguida, su respiración pausada hizo obvio que lo acompañaba en su viaje con Morfeo.

—Norteamericana, no te dije —murmuró John.

—Centroamericana. O con ascendencia por allá —refutó Francisca—, tal vez cubana.

—La escuché hablar con ese horrible acento americano.

—Entonces estás haciendo trampa, rata.

No por primera vez les llegó una violenta y nada amable solicitud de quedarse callados. Nuevamente, John se giró, se llevó un dedo sobre los labios y pidió silencio con un gesto. Francisca se mordió los labios para evitar reírse.

El sonido de estómagos hambrientos ya era todo un concierto en el momento en que terminó la última evaluación. Casi nadie prestaba atención. La morena había despertado unos minutos antes, aunque su compañero roncaba aún suavemente en el fondo de la sala. Ella lo removió, y él despertó remoloneándose.

—Tienen exactamente cuarenta y cinco minutos para almorzar —los instruyó un profesor—, luego deben ir a la sala 103 para su clase de la tarde.

Cuando Francisca se ponía de pie, pudo notar dos siluetas masculinas en la caseta de sonido. Solo alcanzó a ver salir a un hombre de raza negra, alto, con una espalda impresionantemente cuadrada, antes que John comenzara a tironear su mano.

—El director siempre se esconde —escuchó que comentaba alguien a unos metros de ella.

Entonces ese hombre debía ser el director. No le extrañaba. Por lo que alcanzó a ver, tenía un porte distinguido y se movía con fluidez, aunque sus rasgos eran más bien severos. Los rumores debían ser ciertos. Él debió haber sido un gran bailarín en su época. El más grande de su generación.

Francisca y John se dirigieron a una plaza frente a la academia, se sentaron

sobre el pasto y apreciaron el agradable sol. Ambos sacaron su comida y estuvieron unos quince minutos comiendo, bebiendo, conversando detalles importantes de su vida, como el nombre completo. A John le costó entender que tuviera dos nombres y dos apellidos. Y pronunciar su apellido materno, Irribarren, le resultó imposible.

—Con todo amor a mi padre —dijo Francisca después del cuarto intento fallido—, me encantaría que ese fuera su apellido. Me encantaría ver a los profesores franceses intentar decirlo.

—En cambio Soubllette será como el un, dos, tres.

Luego, él le contó cosas de su vida en el norte de Inglaterra, de sus hermanos pequeños, de sus padres, especialmente de su papá, a quién la profesión elegida por su hijo no terminaba de gustarle.

Francisca notó que la morena que estuvieron observando atentamente estaba sentada unos metros más allá y que su acompañante volvía a dormir. Cuando la muchacha vio que la miraban, se puso de pie y se acercó a ellos.

—Hola, me llamo Teresa. ¿Y ustedes? —se presentó en francés cuando llegó a su lado.

—John —respondió el joven—. Ella es María Francisca.

—Franny para los amigos —agregó Francisca con una sonrisa amistosa.

—*Iribaren* si quieres problemas —terminó John.

—¿Cómo? —exclamó Teresa.

—Irribarren —repitió Francisca—, es el apellido de mi mamá. María Francisca Soubllette Irribarren. Y hablamos inglés, también, por si te resulta más fácil —terminó.

—¿De dónde eres? —preguntó Teresa, esta vez en inglés.

—Santiago de Chile.

—Durham, Inglaterra —intercaló John—. ¿Y tú?

—Miami, Florida.

—¡Te lo dije! —le espetó el joven a Francisca, golpeándole una pierna.

—Pero mis padres eran *balseiros* —terminó Teresa, agregando la última

palabra en español.

—Te lo dije —sonrió Francisca, con el mentón muy levantado, orgullosa de sí misma.

—No entiendo —le dijo John.

—Mis padres eran *balseros*, es decir, cubanos que dejaron la isla en un bote que se hundía.

—La escuchaste hablando español, seguro —murmuró John.

—¿Cómo, si llegó cuando yo estaba sentada atrás?

—Eso no importa. —Teresa los interrumpió antes que ninguno pudiera volver a hablar—. ¿Puedo sentarme con ustedes? Mi compañero de viaje no hace nada más que dormir.

Entonces la muchacha se tiró al piso y les contó que Thomas, que era de Los Ángeles, California, había dormido todo el vuelo porque estuvo de farra una semana completa.

—No lo conozco tanto, solo hemos coincidido un par de veces en algunas presentaciones, pero cuando nos vimos en la sala de espera, nos juntamos para no andar solos —les contó Teresa—. No puedo culparlo, igual voy a pagar caro los excesos del último mes.

—Pero bailas que te odio —dijo John consolador—. Te tenemos en la lista de la competencia.

—¿Qué es eso?

Y le explicaron que habían sido el número uno y el tres respectivamente, así que tuvieron el extraño privilegio de ver todas las evaluaciones y confeccionaron unas listas para clasificarlos.

—No te preocupes por mí, en todo caso, tú eres clásica por los cuatro costados. Yo prefiero experimentar —le explicó Teresa a Francisca.

—Yo también —dijo John riéndose.

—¿Ah, sí? —preguntó Teresa levantando una ceja en un gesto interrogante.

—Pero no me gusta tu género, lo siento.

—Qué pena, con lo que me gusta follar y lo bueno que estás.

—Además, es una excelente manera de bajar de peso. Vas a tener que buscarte un folla-amigo. ¿Qué tal tu compañero de viajes?

—Ese es un perro sarnoso. Se tira cualquier cosa con falda.

—¿Hombres escoceses incluidos?

—No sé si le hace a tu equipo, la verdad, pero cada vez que coincido con él ha estado con mujeres distintas. Incluso una vez estaba con dos a la vez. Soy fácil, pero no tonta.

Francisca miraba a cualquier lado, menos a sus nuevos amigos. Era una conversación que la inquietaba mucho. Nunca había sido muy salidora, solo había estado con un hombre en plan serio y aunque él se lo pidió mucho, ella nunca consintió mantener relaciones íntimas. Y cuando él le pidió que al menos le hiciera sexo oral, ella lo abofeteó y terminó la relación.

No era que fuera pacata, ni que condenara la actitud libertina de hombres y mujeres. Tampoco se quería quedar para vestir santos, ni hacer de su profesión toda su vida, no. Le agradaría conocer un hombre, establecerse y tener hijos... una vez que no pudiera seguir bailando. Pero principalmente se debía a que no había conocido nunca un hombre que le hiciera sentir algo. Los besos y caricias de Leandro le habían gustado, pero no la habían vuelto loca.

El resultado era que a sus veintidós años seguía siendo virgen.

—¿Vamos? —Francisca interrumpió la conversación de los otros al notar la hora—. Nos quedan diez minutos para llegar a clases.

El salón estaba repleto. Parecía una sala de conferencia de la ONU. Se escuchaban tantos idiomas y acentos distintos que era complejo descifrarlos. Según John, lo bueno era que nadie los hacía callar a ellos. «Lo malo», agregó Thomas, «era que la puntualidad era requisito para los alumnos, no para los profesores». Ya habían pasado quince minutos de la hora en que los habían citado, pero aún no aparecía ningún docente. Y todos los alumnos usaban ese tiempo para compartir sus impresiones o conocimientos sobre tal o cual profesor.

Se hablaba de una mujer que había sido amante del gran Barýshnikov, de otra que no había estudiado en la Escuela de *Ballet* de la Ópera de París porque no la habían aceptado y ella había ido a estudiar a Australia, que se había encamado con la mitad de Francia para conseguir ese trabajo. Que una profesora no comía nada cocido. Que otro solo comía cosas blancas. «No, verdes», corrigió alguien. «Nada con cara», anunció un tercero.

Pero el que más levantaba rumores era el director. Nadie se ponía de acuerdo con la edad. «Debe ser viejo si es calificado como el mejor de su generación», dijo uno. «Yo escuché que era un niño prodigio», aportó otro. «Mediana edad, pero con una enfermedad mortal como el SIDA, por eso se retiró a la enseñanza mucho antes de lo previsto», comentó alguien más.

Otro problema era su nacionalidad. «Es checo», dijeron. «No, no, polaco». «Ruso», aportó alguien más. «Tiene uno de esos apellidos raros que terminan en *ov*, como el gran Barýshnikov». «Sí», concordó otro, «y tiene un tío que trabajaba en la KGB». «No», corrigió alguien más. «No trabajaba en la KGB, lo había perseguido la KGB por desertor». «La familia tiene lazos con los zares». «No, eran enemigos de los zares y ayudaron a levantar a Lenin en el poder». «Que es polaco, les digo», repitió el segundo. «Una prima era amante de Lech Walesa». «No, la tía era la Novak».

«¿Cómo puede ser eso si es de raza negra?», preguntó alguien, poniendo voz a las dudas de Francisca. «No es negro», respondió alguien más. «Mi prima estudió acá», agregó otro. «Dos meses fue todo lo que soportó. Y lo único que decía del dictador, así le dicen, es que era demasiado alto, demasiado rubio y con los ojos demasiado azules. Y que era un maldito bastardo, que bien valdría pasar el resto de tu vida en la cárcel si antes lo habías torturado y matado lentamente. Claro que primero tienes que atraparlo, ya que lo del tío de la KGB sí es cierto y le enseñó a soportar interrogatorios como todo un profesional». «Entonces, definitivamente, es ruso», dijo alguien.

Francisca hizo una mueca. Podía soportar a un dictador. Siendo chilena, nacida en pleno gobierno militar, sabía algo de eso. Podía soportar a un

maestro exigente. Llevaba toda su vida exigiéndose ella misma más que todos sus maestros juntos. Podía soportar casi cualquier cosa, pero un ruso... eso no creía poder soportarlo.

«Madura, Franny», escuchó a su prima burlándose. Si soportar a un dictador ruso era lo que tenía que hacer para llegar a ser la más grande bailarina de su generación, eso era exactamente lo que iba a hacer. Además, ya no era una niña que odiaba irracionalmente todo lo que venía de Rusia... Había reconocido hacía mucho tiempo que era solo envidia, pero de todas maneras seguía rechazándolos, casi por principio. Ocupada en sus meditaciones, se perdió la entrada de tres profesores. John tuvo que golpear su codo para que prestara atención a la mujer que saludaba.

—La academia es muy exigente... —decía la mujer y comenzó a hablar y hablar sobre lo duro que era y cómo, los que consiguieran graduarse, estarían en la élite del *ballet* mundial. La mujer se sentó y otra continuó con el discurso, hablándoles del horario. Lo primero serían dos horas de preparación física, invitó a aquellos que debían bajar de peso a asistir a partir de las cinco de la mañana. También les habló de las clases prácticas de dos a seis de la tarde. Lunes, *Ballet* Clásico. Miércoles, Danza Moderna. Martes y jueves trabajarían con el doctor Vinográdov, el director.

Luego de eso, el único hombre que las acompañaba les explicó las clases teóricas que tendrían entre las diez treinta y la una de la tarde. Hizo una pausa para mirar alrededor de la sala, deteniéndose en cada uno de los cincuenta alumnos.

—No permitimos el uso de sustancias que mejoren su rendimiento, excepto la alimentación sana y algunos complementos naturales, como las vitaminas —aseguró taxativo.

Después les habló de las evaluaciones médicas mensuales, de las causales de expulsión, como la ingesta excesiva de alcohol o el uso de drogas y cualquier trastorno alimenticio. Además, les entregaron una copia del reglamento de la academia y una credencial.

—Por cierto —dijo al terminar—. Mi nombre es Gerard Aubridot. Mis

colegas son *madame* Victorie Signoret —la primera mujer que habló se puso de pie— y *madame* Sophie Fayolle —se puso de pie la segunda mujer, que volvió a tomar la palabra.

—En estos momentos, les vamos a pedir que se dirijan al estudio número 5 para su primera clase práctica, hasta las seis de la tarde. Tienen media hora para prepararse. ¿*Madame* Signoret?

—Voy a leer una lista, todos los que nombre, por favor, quédense unos minutos.

La lista contenía diez nombres, entre ellos Teresa y Thomas. John y Francisca se despidieron de ellos y salieron de la sala para prepararse para su clase.

Cuando volvieron a reunirse, Thomas tenía cara de fastidio. Teresa no estaba de mejor ánimo. Debía bajar cuatro kilos, por lo que, hasta que consiguiera su peso correcto, tendría que ir todos los días a las cinco de la mañana a entrenar. Si fallaba o no bajaba de peso, sería expulsada, lo mismo Thomas, quien también debía ir el sábado a trabajar musculatura.

Francisca, que ya estaba lista, se había vuelto a hacer el moño para que quedara más estirado y había hecho sus ejercicios de elongación. Pronto fue acompañada por los demás y unos minutos después entraron cuatro profesores encabezados por *madame* Fayolle. Uno de ellos se dirigió al piano en el fondo del estudio y los otros se repartieron entre los estudiantes que rápidamente ocupaban un lugar junto a las barras.

Esa noche, duchada y cenada, Francisca se acostó y se durmió casi de inmediato. A pesar de las exigencias de la academia, a pesar de la amenaza del director ruso, había sido un buen día.

No, se corrigió medio dormida. Había sido un gran día.



## CAPÍTULO TRES

El segundo día comenzó exactamente igual. Levantarse, ejercicios, ducha, desayuno, bicicleta hasta la academia. Al llegar, notó que la vida ahí recién comenzaba. Lo que no era extraño, ya que eran apenas las siete treinta. Se sentó junto a Thomas y Teresa mientras ellos desayunaban.

Francisca comenzó a elongar cuando los otros iban al servicio. En un momento dado, escuchó unos pasos que se dirigían a donde ella estaba. Pensando que podía ser John, levantó la cara para saludarlo, pero el hombre que pasó a su lado difícilmente era su amigo, ya que lo único que tenían en común era el color rubio de su pelo.

Aunque John era alto, el desconocido lo era más. Su pelo era rubio, sí, pero de una tonalidad más profunda que su compañero. Aunque no alcanzó a ver sus ojos, las duras y cinceladas facciones llamaron mucho su atención. Y después estaba el perfecto tono muscular de su cuerpo. Y la ropa escandalosamente apretada que vestía. Francisca pensó que bien lo podrían usar para clases de anatomía, no tenía ni medio gramo de grasa y cada uno de sus músculos estaban perfectamente delineados en la piel blanca, ligeramente bronceada. Fueron las piernas, grandes y fuertes, las que miró Francisca mientras el hombre se perdía por el pasillo sin voltear a mirarla.

Su cuerpo era tal perfección que Francisca comenzó a dudar de su cordura. Pensó que tal vez solo había imaginado esas piernas. ¡Si tuviera tanta imaginación!

El saludo de John la sacó por fin de su ensoñación. Unos cinco minutos antes de las ocho entró el profesor de raza negra que la muchacha había vislumbrado el día anterior. Saludó brevemente a los alumnos, dio algunas instrucciones, leyó una lista y cada uno partió a trabajar en la máquina que le habían indicado, vigilados por los cinco profesores que circulaban entre ellos.

Después de ducharse, compartieron una manzana de camino a la sala

donde tendría lugar la clase de Historia del Arte, dictada por *monsieur* Aubridot. Aunque siempre le gustó, Francisca se sorprendió destacando casi desde el primer momento. Lo mismo pasó en Anatomía, donde compitió palmo a palmo con Teresa.

A la hora de almuerzo, los cuatro fueron a la misma plaza del día anterior. Thomas devoró su comida, los otros lo imitaron rápidamente, luego los cuatro se estiraron en el pasto.

—Estoy muerta de sueño —comentó Teresa—, anoche no podía quedarme dormida, mi mente no dejaba de funcionar. El ruso de Rocky me visitaba en los sueños... ¿qué sueños?, ¡pesadillas! Yo era Rocky, y me sacaban la cabeza de un solo golpe.

—Me pregunto si todo lo que dicen, del tío en la KGB y tal, es verdad —Thomas se estiró y bostezó—. No creo que sea peor que el entrenador.

—No creo que sea tan malo el entrenador Malik —declaró Francisca—, aunque tiene cara de pocos amigos, al menos conmigo fue amable.

—Porque tú eres la princesa perfecta, Irribarren —Teresa miró exasperada a Francisca—. Tienes menos grasa en tu cuerpo que una lechuga.

—Y músculos definidos, sexis y fuertes —agregó Thomas, tratando de imitar el acento del entrenador Malik—. Probablemente te podrías levantar a ti misma.

Francisca quiso decir algo mientras las risotadas de John llenaban la plaza. Algo ingenioso sobre sí misma. Algo atrevido, sobre el tipo que vio en la mañana, que sí tenía músculos definidos, sexis y fuertes. Algo, cualquier cosa, pero solo pudo sonrojarse mientras las bromas seguían.

—Te apuesto que el director te escoge de compañera —dijo Thomas.

—¿Cómo? —preguntó Francisca, que por unos momentos ni escuchaba a sus compañeros, metida en las ensoñaciones de las perfectas piernas del desconocido.

—Que el director te va a escoger de compañera —le respondió Teresa—. Dicen que todas las primeras clases escoge a la más pequeña y delgada para que lo acompañe al mostrar los ejercicios.

—Se dicen tantas cosas de él que no sé qué creer —dijo John—, aunque me parece que lo vi esta mañana. Alto, delgado, casi calvo, con cara de KGB que no podría esconder ni en cien años.

—No sabemos si el dictador parece agente de la KGB, solo se supone que el tío lo fue —aportó Francisca, relajada por que la conversación se había desviado de ella.

—¿El dictador? —preguntó John—. ¿En serio le dirán así? ¿Tan terrible es?

—Peor —respondió Francisca—. Soy la quinta inquilina de mi departamento que es alumna de la academia. Solo una se graduó. Las otras eran lloronas, quejicas y alcohólicas.

—¿Qué? Explicáte, por favor —le pidió Thomas sentándose muy derecho para escucharla.

La muchacha repitió lo que le había dicho su casero de las tres muchachas que fracasaron en la academia, junto con los esfuerzos y sacrificios de Amelia.

—Estoy empezando a pensar que venir acá fue un error —masculló Teresa—. ¿Y si renuncio?

—Somos dos —comentó Thomas.

—No vas a renunciar. —Francisca se puso de pie y tironeó a Teresa—. Tú tampoco —incredó a Thomas quitándole la mochila con la que jugaba—. Nos vamos a graduar. Todos nos vamos a graduar. Los cuatro —agregó mirando a John que se ponía de pie impulsado por su mirada asesina—. Y vamos a conseguir el trabajo de nuestros sueños. Y si el director quiere meterse conmigo, pues que lo intente. Nadie se mete con un Soubllette y sale bien parado. Incluso si me vence, solo tengo que llamar a mi hermana y el Quinteto de la Muerte lo ataca. He dicho. Ahora, vamos a clases.

Comenzó a caminar con la espalda tan recta y el paso tan firme que parecía incluso más grande que su escaso metro y cincuenta y cinco de estatura.

—Eres mi ídolo, Irribarren —le dijo Teresa antes de seguirla.

Ya en el salón de clases, pasados veinte minutos de la hora y sin que hubiera ni rastro de la presencia de un profesor, Francisca no se sentía tan confiada como en la plaza.

Los murmullos habían vuelto a comenzar y se escuchaban historias cada vez más descabelladas, al punto de decir que el director, como agente de inteligencia en funciones, había rescatado al entrenador Malik, que era un príncipe senegalés, de una guerra civil que ya había dado muerte a todos los hombres de la familia del profesor, que él era el único que podía continuar con su linaje y que mientras Rusia y Estados Unidos discutían qué hacer con él, el gobierno francés había contratado a ambos para tenerlos protegidos en el relativo anonimato de la academia. Que ese era el motivo por el cual ambos se ocultaban juntos y se los veía exclusivamente cuando les correspondía hacer alguna clase. «Por eso es que el director hace clases en la tarde», aportó una muchacha, «en las mañanas está protegiendo al entrenador Malik oculto en el fondo del gimnasio y en las tardes se lo llevan a una casa segura y el director puede venir a la academia».

John estuvo a punto de reír cuando escuchó ese último comentario. Thomas solo miraba incrédulo. Teresa comentó algo del culebrón de la tarde y Francisca deseaba que el hombre llegara de una vez para detener los rumores y comenzar lo único que le importaba de él. Las clases.

Pocos notaron, entretenidos como estaban con las historias, al hombre que ingresó en el salón y que dejó un bolso sobre la silla más cercana al piano. Poquísimos, en verdad. Teresa fue una de ellas.

—¡Uy! —exclamó—. ¡Nalguitas!

—¡Dios Santo, ten piedad! —agregó John—. Eso es un trasero hecho cien por ciento a mano.

—¿Qué, te gusta, mariposita? —dijo Thomas en tono de broma.

—Chúpamela —murmuró John mientras el hombre avanzaba por el salón.

—¿Por qué no se callan el par de groseros? —pidió Francisca cortando la soez respuesta.

—No molesten a Irribarren. —Teresa intentaba mantener el semblante

serio—. ¿No ven que es la princesa virgen?

—Idiotas —farfulló Francisca apretando las mandíbulas—. Es el director.

—Imposible —argumentó Thomas—. Muy joven.

—Demasiado guapo —aportó John, con Teresa asintiendo velozmente con la cabeza.

—Lo es, lo sé —concluyó Francisca—. Lo presiento.

Nadie, sino el hombre del cuerpo más perfecto y las piernas más espectaculares, podía ser el director. Nadie, excepto el extraño que llevaba horas obsesionándola. «No puede ser», pensaba, «no puede ser, no puede pasarme esto a mí. Solo yo miraría en mala manera al director. ¡El director!».

Una sola palabra, casi murmurada, puso fin a todas las conversaciones.

—Silencio —decía el extraño, de pie junto a la pared que estaba totalmente recubierta de espejos, reflejando su espalda fuerte, sus piernas magníficas y su trasero hecho a mano—. Yo soy Baran Vinográdov, el director de la academia y su profesor los martes y jueves en las tardes.

Se escucharon algunos breves cuchicheos en un intento de saludar al director. Él, sin embargo, recorrió el salón con la mirada, acallando inmediatamente a todos.

—Ayer tuvieron la clase de inducción —continuó hablando el director sin devolver los saludos—, les hablaron de las normas más importantes y les entregaron el reglamento. Quizás ustedes pensaron que eran un poco duros y que las normas no podían ser tantas ni tan estrictas.

Un nuevo murmullo de asentimiento corrió por el salón, algunos incluso llegaron a sentirse aliviados pensando que les dirían que no era tan así, que el talento valía más. Francisca y sus amigos lo miraban fijamente, ellos comprendían que lo que les diría sería incluso peor. Ni siquiera por lo que sabían del hombre, sino que su actitud despótica no les dejaba ninguna duda.

—Si me lo preguntan a mí —decía el director—, ellos son un conjunto de nenas que no saben nada de la severidad y la disciplina que se requiere para ser un bailarín de *ballet* de prestigio internacional. Mis normas son otras. Acá

no sobrevive nadie que no se pele trabajando hasta llegar a sus huesos y después siga bailando. No soporto nada que no sea simplemente perfecto. Yo no recompenso el trabajo duro, el trabajo duro ES la recompensa. Muy pocos de ustedes lo lograrán. Aceptamos cincuenta alumnos en el primer año. Veinticinco niñas y veinticinco niños que pretenden ser niños. Para el segundo año solo quedan diez de cada uno. Según mi experiencia, como máximo se graduarán cinco mujeres y cinco hombres. Muchos de ustedes son exitosos en sus países de origen. Muchos incluso tienen un *nombre* —hizo una pausa para mirar a Thomas—, eso tampoco me interesa. Para mí son nada hasta que demuestren lo contrario. Son tan poca cosa que de hecho ni siquiera me tomo la molestia de aprender sus nombres, los llamo como yo quiero y ustedes tienen que saber a quién llamo. Por ejemplo, Mariposa —apuntó a John—. Chico fiestero. —Miró a Thomas—. Gorda —se dirigió a Teresa—. Tú eres demasiado insignificante para inventarte un nombre —agregó mirando a Francisca—. Probablemente, Pequeña hasta te guste. Tal vez te llame Insignificante si resultas ser mala y Pequeña si eres buena.

—Sí, señor —Francisca hizo una pequeña inclinación que elevó un asustado suspiro colectivo.

—Descarada —agregó con los rasgos incluso más duros—. No me gustan las niñitas descaradas. —¿Francisca se lo estaba imaginando o había un pequeño brillo de diversión en el fondo de los ojos demasiado azules del hombre?—. Podría seguir eternamente, pero la verdad es que no me interesa, podría decir: ¡oye, tú! Y es su obligación entenderme.

Nadie había notado a otro profesor, que había entrado con él, hasta que se le acercó y le pasó una tabla de madera con un sujetador apretando muchas hojas. La única que conseguían ver tenía un enorme número cincuenta escrito con tinta roja.

—Esta es mi propia cuenta del carnicero —continuó el director mostrándoles el objeto—. Es una cuenta regresiva. Cada vez que uno de ustedes falle y se vaya de la academia, quitaré una hoja. Los primeros treinta números son rojos, no tiene nada que ver con mi país de origen ni con el

Partido, solo con el gusto personal de destacar lo más posible lo fracasados que son ustedes. A los que obtengan los siguientes diez números, que son azules, mis felicitaciones, sobrevivieron al primer año en la academia, pueden consolarse el resto de sus vidas. De los últimos diez números, que son negros, probablemente hasta me aprenda los nombres y quizás hagan algo en esta vida.

Con un caminar lento y elegante, llegó hasta el fondo del salón, donde colgó la tabla y recogió una hoja que le pasó el otro profesor, que estaba sentado al piano.

—¿Quién demonios es Soubllette? —preguntó mirando la hoja.

—Yo, señor —dijo Francisca elevando una mano.

—Felicidades, Insignificante, eres la más liviana de la clase. —La miró centímetro a centímetro, escrutándola casi. De una manera tan grosera que su padre y todos los mecánicos del taller, con Isabel a la cabeza, lo cortarían en trocitos y lo repartirían por todos los rincones de la Tierra—. Escuálida incluso. Ahora, vamos a lo nuestro. Comenzaremos con lo básico, algo que aprendí a los dos o tres años de edad, no espero que lo aprendan en la primera clase. De hecho, no espero que lo aprendan en lo absoluto. En parejas, ya.

\*\*\*

Esa noche, Francisca, agotada y dolorida más allá de lo imposible, miró la escalera. Había conseguido a duras penas llegar a casa en bicicleta. Si hubiera sido por ella, probablemente la habría dejado tirada por ahí y tomado un taxi. Claudette la ayudó a entrar y amarrarla. Trató que la muchacha comiera algo, pero luego de unos bocados no pudo seguir.

—Me ducho y me acuesto enseguida —comentó—. Mañana ya comeré algo. Mañana.

La mujer la miró con una sonrisa triste y la dejó sola frente a la escala. Con un esfuerzo titánico, Francisca levantó una pierna.

—Maldito ruso, hijo de mala madre —susurró cuando un angustioso calambre recorrió su pantorrilla—, ya vas a ver quién es insignificante — agregó en el segundo peldaño mientras sentía que se caía a pedazos—. Te voy a arrancar esos asquerosos ojos azules y me voy a hacer una bebida energética con ellos. —Tercer peldaño, que casi fue su muerte.

De pronto, Francisca se acordó de su hermana, que tenía una boca tan sucia que incluso avergonzaba a su padre. Concentrándose en la imagen de su familia, especialmente de su hermana y sus amigas enojadas y repitiendo hasta la última grosería que le había escuchado a Isabel, Francisca subió los cuarenta y ocho peldaños que la separaban de su cama.

Y cada una de ellas se la dedicó al doctor Baran Vinográdov.

\*\*\*

El tercer día de clases, gracias a un reparador descanso, comenzó casi igual que los dos anteriores. Salió cinco minutos más tarde que el día anterior, por lo que llegó a la academia cuando sus amigos ya habían terminado de comer y descansaban a la espera de la siguiente clase.

En un momento dado, Teresa golpeó a Francisca en las piernas para llamarle la atención sobre el director, que en esos momentos cruzaba el pasillo con el entrenador Malik hablando un idioma que ninguno entendió. Ambos hombres pasaron por su lado como si el pasillo estuviera vacío.

La llegada de John quebró el incómodo silencio. Todos suspiraron aliviados al entrar a la primera clase y descubrir que les correspondía una hora de yoga. Tal como el día anterior, después de la ducha, compartieron una fruta de camino a las clases teóricas. Fue la oportunidad de John para destacar en Apreciación Musical. Luego, aunque ninguno de los cuatro lo hizo mal, en realidad fue Thomas quien se convirtió en el niño mimado de la clase de Coreografía y Composición.

—No sé qué vamos a hacer cuando el clima se ponga malo y no podamos



venir acá a relajarnos —dijo Teresa después de que almorzaran en la plaza—, pero prefiero morir de frío que quedarme en la academia.

—Pero con nieve, ni aunque me paguen —gruñó John.

Por muchos rodeos que dieron hablando de otras clases y de cómo se las arreglarían para estudiar las clases teóricas, llegaron al tema del que todos querían, pero temían hablar. El director.

—Lo único positivo de él —comentó Teresa— es que está más bueno que estos dos juntos.

—Yo tengo algo bueno que decir de él. —Francisca sorprendió a sus amigos.

—¿Qué? ¿Tal vez te diga pequeña en vez de insignificante? —le preguntó Thomas.

—No, que no tenemos clase con él hoy —respondió Francisca provocando la risa de los otros.

—¿Será cierto lo de la enfermedad mortal? —Thomas miró a sus amigos con duda.

—Se ve bastante saludable para mí —aportó John—, pero es muy joven para haberse retirado por otro motivo. Por otro lado, sí que eres bien caradura, Franny, mira que hacerle una reverencia.

—Casi me morí ahí mismo «Sí, señor» —Thomas imitó la voz de Francisca y la leve inclinación que había hecho la tarde anterior.

—¿A qué se refería cuando con que algunos tenían nombre en su país y te miró? —le preguntó John al americano cuando dejaron de reírse de su imitación de Francisca.

—Su padre es August Van der Meer —explicó Teresa después de que Thomas mirara fastidiado a John y se recostara en el pasto.

—¡Dios! —exclamó Francisca—. Su bisabuelo encontró los más grandes yacimientos mineros en África en el siglo XIX y los explotó hasta dejarlos casi secos.

—Y August es uno de los más grandes mecenas de las artes en Estados

Unidos —completó Teresa—. Ha levantado teatros y compañías. Ahora también se dedica a patrocinar *ballet*.

—Por eso siempre me presento como Thomas Van simplemente —dijo el joven mirando brevemente a los otros—, y me gustaría que siguiera siendo así. En la ficha de ingreso tuve que poner mi nombre completo, por eso que el muy bastardo del director sabe quién soy. ¡Maldición!

—Lo siento —se burló John—, debe ser terrible que tu familia tenga tanto dinero.

—Para mí es nefasto... hasta cierto punto, claro —replicó Thomas, con la sonrisa volviéndole al rostro—. Lo bueno es que mi primo es quien lleva el peso de ser el heredero. Y mi hermana mayor lo acompaña. Yo soy tan malo para los negocios que en realidad me pagan para que no trate de intervenir. —Volvió a recostarse sobre el pasto con una pequeña queja de dolor.

Después siguieron hablando de sus potenciales problemas y de las mil maneras en que podían ser expulsados. Todos quedaron bastante deprimidos, por lo que Francisca se puso de pie decidida.

—Lo vamos a conseguir. —Francisca miró el reloj, notando que le quedaban diez minutos para llegar a clases—. Los cuatro.

—Necesitaremos tus cursis discursos motivacionales, Franny. —John tomó su bolso para irse.

—Por supuesto, aquí va el del día —agregó Francisca—. Los cuatro vamos a conseguirlo, los cuatro, juntos, nos vamos a ayudar, nos vamos a molestar y no vamos a dejar que ninguno renuncie. Y si al director no le gusta... John tendrá que sacrificarse y ofrecerle sus servicios sexuales.

—Me gusta ese plan —dijo John riendo.

—Y si el director no es mariposa, igual que este —aportó Teresa—, yo tomaré el turno.

—A menos que le guste el sacrificio de vírgenes —Thomas comenzó a caminar—, en cuyo caso sería la oportunidad de Franny de hacer algo por nosotros.

—Te costaría la mitad de tu fortuna, Tommy. —Francisca bajó su rostro, más roja que nunca.

—Hecho —concordó Thomas rodeándola con un brazo.

—No tan rápido, Tommy. —John puso una mano sobre el hombro de Thomas—. Si juega por mi equipo y le gusta el sacrificio de vírgenes, serás tú quien tenga que seducirlo.

—¡Ay, Johnny, quién te dijo que yo era virgen! —exclamó Thomas riendo.

\*\*\*

El cuarto día en la academia fue duro. Ese día, una muchacha osó llegar dos minutos retrasada a la clase de las ocho de la mañana. Aunque todos estaban sobre las bicicletas de spinning, la entrenadora solo la miró ubicarse en la única máquina vacía. No le dijo absolutamente nada, ya que el reglamento consideraba la posibilidad de entrar a clases hasta con cinco minutos de retraso, sin embargo, su venganza fue terrible y la clase, agotadora.

Durante la segunda parte, el entrenador Malik se dirigió a la muchacha que llegó retrasada. Su sonrisa debió advertirles que algo malo iba a pasar, pero todos estaban concentrados en su trabajo.

Al llegar a la clase teórica, interpretación teatral, fue Teresa quien destacó.

Durante la segunda hora, Francisca dio infinitas gracias a la directora de la academia de modelaje donde ella y sus amigas habían aprendido a caminar y posar, relaciones interpersonales, protocolo, además de cómo vestirse y maquillarse. Francisca incluso siguió los estudios en ese sentido y tomó cursos de maquillaje y peinado en un instituto profesional.

Por todo eso, al final de la clase, Francisca fue recompensada con un exiguo «bien» por su impecable apariencia: el traje que había escogido, de un azul oscuro que contrastaba con su pálida piel; su maravilloso peinado, que

consistía en un enrevesado moño alto con su cabello dorado que rodaba sobre sí mismo para luego caer en suaves ondas; el maquillaje que destacaba y profundizaba su verde mirada, y sus pálidos y suaves labios rosa.

Además, destacó en la improvisada sesión fotográfica, tanto delante de la cámara como detrás de ella. Utilizó su conocimiento en modelaje para crear bellos ángulos, sugerentes posturas y tímidas miradas. Sacó estupendas fotos y dirigió a sus compañeros para obtener lo mejor de ellos. El profesor de medios audiovisuales fue un poco más efusivo. Le dijo «muy bien».

Como ya se había hecho su costumbre, Francisca y sus amigos cruzaron a la plaza a almorzar. Ese día, como gran novedad, comieron lentamente y conversaban entre bocado y bocado.

—Te apuesto que renuncia —decía John refiriéndose a la muchacha que llegara retrasada—. La vi caminando detrás de *madame* no sé cuál a las oficinas que están más allá del patio interior. Ahí están las oficinas de los profesores, incluyendo la del director.

—¡La manera cómo sonreía el entrenador, Dios! —se quejó Teresa—. Parecía que le adelantaron la Navidad.

—Eso, si la Navidad en su país consiste en ser cruel, despótico y torturador —agregó Thomas.

—Probablemente sean así —aportó Francisca—. Gracias a Dios, nadie en mi familia ha sido detenido por los militares en Chile, pero las historias que he escuchado...

Luego, la conversación derivó en temas menos peliagudos, hablando de sus amigos y familias. El tema favorito del día fue el padre de Thomas y sus cuatro madrastras.

—La actual es lejos la peor —les contó Thomas después de reírse de las primeras tres—. Una niña, casi, apenas diecinueve cuando conoció a papá, veinte cuando se casó. Yo acababa de cumplir veinte. Está obsesionado con la juventud. Y esta es una mocosa malcriada que quisiera presentarle al director, la tendría llorando en dos segundos.

—Mi maestra del tercero —susurró Teresa después de unos minutos de

silencio.

—¿Qué? —preguntó John porque aún parecía distraída y no explicaba qué pasaba con su maestra del tercero.

—Que me encantaría presentarle a mi maestra del tercero. Al director, me refiero —explicó Teresa, saliendo de su ensoñación—. Era una bruja total. Con todos los pobres aterrorizados niños de ocho años. Pero conmigo era peor por ser latina. Se la come al desayuno.

John miró su reloj y notó que le quedaban quince minutos para el comienzo de la clase. Fue extraño para él, ya que era Francisca quien normalmente los llevaba de acá para allá cumpliendo los horarios a la perfección. Miró a su amiga y vio que ella sonreía, pero sus ojos, que brillaban furiosos, le indicaron que no era por la historia de Teresa. Tenía un plan.

—¿Qué? —le preguntó empujándola con el hombro.

—Eso deberíamos hacer. Todos los días antes de las clases con el dictador —respondió Francisca con la sonrisa aún más grande—, pensar en las personas desagradables que hay o ha habido en nuestras vidas e imaginarlas con el tal Vinográdov... —La sonrisa se hizo aún más amplia si podía—. Luego, en clases, cuando él nos grite, nos diga Insignificante, Gorda o lo que se le antoje, usamos esa imagen y es él gritándole a Ricardo Corazón de Hiena, por ejemplo. Nosotros sonreímos, le decimos «sí, señor», «gracias, señor», y nada de lo que él diga o haga puede afectarnos.

—¿Sabes, Irribarren? —Teresa también sonreía abiertamente—, cada vez tienes mejores ideas.

—Exacto. —John los forzó a moverse—. Solo quiero saber quién es Ricardo Corazón de Hiena.

—Eso es cuento para otro día, Johnny. —Francisca sonrió y se apresuró—. Vamos con retraso.

—Imposible —aportó Thomas—, anteayer llegó veinte minutos atrasado.

—Para tenernos esperando nerviosos. —Francisca entrecerró los ojos, pensando—. Hoy ha sido un buen día para él, seguramente ya tiene su primer

rojo. ¡Apúrate! —gritó antes de correr.

Apenas unos minutos después, el director en persona hizo ver que Francisca tenía razón.

—Que bien que ya estén todos aquí. —El hombre caminaba por el salón, cuando aún faltaban cinco minutos para las dos, forzando a todos a moverse para seguir mirándolo, incluso para permitirle pasar entre medio de ellos—. Olvidé comentarles algo el otro día. Aunque el horario dice que la clase empieza a las catorce horas, en realidad empieza cuando llego yo. Si llego cinco minutos antes, vienen retrasados. Si llego media hora después, vienen adelantados. Si ya cerré la puerta y ustedes están afuera, entonces, nenas, están fuera. Espero que lo entiendan. Espero que el maní que tienen dentro de esa cosa que llaman cabeza les permita comprender que si llegan retrasados a esta o a cualquier otra clase serán expulsados de la academia, como esa pseudo alumna, que no solo llegó retrasada a la primera clase de hoy, además trató de escudarse en un reglamento inválido. Ya les dije: YO SOY EL REGLAMENTO.

A medida que hablaba, llegó hasta el tablero con los números. Arrancó el número cincuenta y sacó un lápiz del bolsillo de su chaqueta.

—Maestro, ¿cómo era el nombre de No Me Importa el Reloj?

—Assanti, Veronique, señor director —respondió el pianista mirando la lista.

—A-ssan-ti, Ve-ro-ni-que —murmuró el director mientras escribía el nombre de la ahora ex alumna—. Táchela de la lista, maestro, por favor. —Se dirigió a la pared, que ahora tenía escritas las palabras *Muro de la Infamia*, y pegó la hoja.

—Con todo gusto —respondió el otro con una sonrisa feliz que rivalizaba la del director.

—De acuerdo —siguió el director mientras volvía al centro de la sala—. Gracias, Assanti, Veronique, me arreglaste una semana que estaba siendo horrible. Cincuenta nuevos idiotas a los que se supone que tengo que enseñar cómo bailar. Bueno, cuarenta y nueve. —Terminó tan feliz que era para no

creérselo—. ¿Qué hacen ahí parados? —gruñó con el ceño fruncido ya instalado en su rostro—. En parejas. Maestro, en cinco, cuatro, tres, dos, ¡y!

Algunos fueron capaces de reaccionar rápidamente y comenzaron con la rutina de la primera clase. Quien estuvo más complicado fue el alumno que había trabajado con Veronique. Sin saber qué hacer, comenzó a moverse, sintiéndose y pareciendo ridículo, mientras fingía que la levantaba.

—¡Si no eres capaz de hacerme creer que bailas con una mujer, nena, considérate expulsado! —le gritó el director—. ¡Más arriba, Cara de Luna! ¡Levanta esa cosa que llamas pierna, Trol!

Y así siguió la clase, gritando a diestra y siniestra, mientras se movía entre los bailarines, cada vez más molesto por lo que veía. Hizo algunos cambios de parejas y la clase siguió con más gritos por parte del profesor y más desesperación por parte de los alumnos. Durante una pausa, Francisca se acercó a sus amigos.

—Los cuatro —les dijo mientras miraba a Thomas, uno de los más criticados—, juntos.

—Promesa de plaza —agregó John, respirando profundamente.

—Vamos, nena, tú y yo. —Thomas se acercó a Teresa y le habló, posando su mano sobre la cintura en la posición inicial del baile—. Tú y yo. Y esos dos.

—Tommy y Terry —respondió Teresa.

—Franny y Johnny —agregó John.

—Bueno —Thomas sonrió—, siempre me ha llamado la atención el intercambio de pareja.

Antes que pudieran reírse, el director ya pedía música nuevamente y comenzaron a bailar.

## CAPÍTULO CUATRO

Aunque el día viernes no tenían clases en la tarde, los muchachos almorzaron en la plaza, discutiendo la posibilidad de asomarse por la clase del director en caso de que los invitara.

—Tal vez nos invita para burlarse de nosotros y criticarnos. Tampoco estaría tan mal, igual estaríamos en su clase —agregó Teresa.

—No —dijo Francisca rotunda—, bajo ningún aspecto. Creo que mejor ni estar acá.

—¿No estar en la academia? —le gritó John—. ¿Estás loca? No, mejor vamos igual, aunque no nos invite, que nos vea, para que piense que estamos interesados.

—No, te digo —repitió Francisca—, lo encuentra patético y ridículo según le contó Amelia a mi casero. —Teresa y Thomas asintieron, John se restregó el rostro desesperado, sin saber qué hacer—, aunque tal vez sería bueno que fuéramos a la biblioteca a estudiar.

—Mis conocimientos de historia necesitan un buen reforzamiento —concordó Thomas—. *Herr* Bachmann casi me mata hoy en clases.

El camino que llevaba a la biblioteca pasaba por frente del salón donde tenía lugar la clase especial del director. Por primera vez vieron a un grupo de alumnos del segundo año parados muy cerca de la puerta. Un grupo aún más grande de primero los acompañaba.

El director caminaba, con su andar pausado y elegante, por el mismo pasillo, pero en dirección contraria. Un rayo de sol sacaba reflejos en su cabello y destacaba sus enormes y azules ojos. Francisca sintió un mazazo en el estómago al constatar el crudo atractivo masculino de su profesor.

—Señor director —dijo a modo de saludo cuando se cruzaron con el hombre, acompañando sus palabras con una leve inclinación, pero sin detener su andar.



«¿Por qué un ser tan odiable podía ser tan atractivo? ¿No debía reflejarse su despreciable interior con alguna deformidad?», se preguntaba la muchacha al notar que sus amigos también saludaban al director, aunque él solo la había mirado a ella antes de seguir caminando.

—Ufff... —murmuró John—, ni los miró, ni siquiera reconoció la presencia de unas treinta personas a su lado, simplemente siguió y cerró la puerta en la cara de algunos.

—Bueno, a nosotros al menos nos miró —suspiró Thomas—, no es que sea gran consuelo.

—Miró a Fran, no a nosotros —refutó Teresa—. Sí que eres descarada, Irribarren.

—Gracias —murmuró Francisca—, es justo lo que una chica quiere oír, que el déspota más grande desde que el mundo es mundo te mira porque eres una descarada.

—No me molestaría —John encogió los hombros—, dado que es un déspota muy atractivo.

—Si te gusta el tipo alto, rubio y bastardo, claro —dijo Francisca.

—A mí me gusta. —Teresa sonrió—. Ya me lo imagino: vamos, nena, sobre esa cosa que llamas rodilla y a ver si aprendes cómo hacer una buena mamada.

—Hasta yo me anotaría —agregó Thomas cuando dejaron de reír—. Claro que tendría que ser: vamos, nene, saca esa cosa que llamas pene, que te voy a enseñar lo que es una buena mamada.

Cuando llegaron a la biblioteca, todavía reían de los comentarios cada vez más ridículos.

Conforme lo habían prometido en la plaza de apoyarse entre ellos, acompañaron a Thomas en la clase del sábado por la mañana. En agradecimiento, él los invitó a almorzar en su departamento y luego quedarse allí todo el fin de semana si querían.

La mañana del sábado fue muy divertida. Solo ellos y otro compañero

ocupaban el gimnasio, por lo que tenían la total atención del entrenador Malik, quien les enseñó algunos ejercicios que no habían visto en clases. Ninguno entendía el motivo de tanta amabilidad.

—Será que estamos acá voluntariamente —dijo John.

—Yo no —aportó Thomas, que se estiraba después de una larga hora levantando pesas—. De hecho, mi programa de hoy es más pesado que el de la semana.

Después de ducharse, Thomas los guió hasta una enorme limosina con chofer que los llevó al departamento que la familia Van der Meer poseía en uno de los barrios más privilegiados de París.

—¿A esto llaman departamento? —preguntó John girando en el centro de una enorme sala de estar—. No quiero ni pensar qué es una casa para ustedes.

—Todavía ni empiezan a verlo. —Thomas tiró su bolso por cualquier lado—. Esto es solo la sala. —Empezó a señalar distintas direcciones mientras explicaba—. Un baño, la biblioteca y la sala de multimedia. Comedor, cocina y las dependencias del servicio. En el segundo piso —apuntó una escala medio oculta en el fondo—, están los dormitorios. Son cinco y todos tienen baño privado.

Después de almorzar, estudiaron por unas pocas horas. Cuando no podían más de cansancio, se fueron a la sala multimedia y vieron, o durmieron, una película. Una cena ligera y un par de horas más de estudio fueron suficientes para ese día. Todos agradecieron a Thomas y se marcharon en la limosina.

Para Francisca, el domingo fue un día aburrido de lo normal que transcurrió. Ejercicio, un largo paseo en bicicleta y almuerzo. Llamó a su familia, estudió el resto de la tarde y se acostó.

El martes, Francisca experimentó por primera vez las repercusiones de ser la mujer más liviana de su curso.

Difícilmente pudo estar peor la clase del director. De hecho, parecía que la totalidad de los estudiantes se habían puesto de acuerdo en hacerlo todo mal. Había agregado unos minutos a la pieza que estudiaban desde el primer día y ni un solo alumno conseguía hacer exactamente lo que el hombre les exigía, y

la escasa paciencia que lo caracterizaba se había esfumado totalmente.

—Por favor, terminen con esta tortura —pidió casi entre dientes, mirando el piso.

El pianista fue el primero en reaccionar y finalizó la canción en medio de un compás. Los que estaban cerca se detuvieron rápidamente. Francisca y sus amigos no fueron lo suficientemente rápidos y el final los sorprendió cuando John intentaba levantar a Francisca. John le advirtió que la bajaría, pero ella descendió con cualquier cosa, menos con su gracia habitual.

El director esperó unos segundos a que todos estuvieran atentos, estirando los brazos y espalda, girando la cabeza.

—Insignificante, ven acá —gruñó sin mirar a nadie en particular.

Un minuto después, Francisca entendió cómo debió sentirse Moisés al huir de Egipto. Dio un paso para acercarse al director y sus compañeros se abrieron en dos, formando un pasillo que la guiaría sin desvíos hasta el hombre que la esperaba impaciente.

—¿Señor director? —murmuró Francisca cuando llegó a su lado.

—Quiero un *grand jeté* de ciento ochenta grados perfectos, baja la pierna izquierda unos diez grados —comenzó a dar instrucciones aún sin mirarla, estirando y levantando su pierna izquierda hasta tenerla totalmente pegada al cuerpo—. En general, procura no parecer tan orgullosa de ti misma y baja tu mentón, no tienes mucho de qué estar tan orgullosa, la verdad. ¿Y sería mucha molestia que sonrieras, como si de verdad te gustara tu profesión?

—Sí, señor —dijo Francisca respirando profundamente, sintiendo que algo se quebraba en su interior, sintiéndose profundamente humillada y menospreciada.

—¡Y, por todos los infiernos, pesas menos que una maldita almohada de plumas, podrías ayudar a tu compañero a levantarte! ¿No es tan difícil, verdad? —exigió el hombre, mirándola, por fin, con los ojos azules profundos, oscuros e insondables como un abismo.

Entonces Francisca sintió que eso que se quebraba dentro suyo se convertía en un monstruo que no se iría sin presentar batalla y que su eterna

necesidad de perfección y sí, su orgullo también, salían al paso para ayudarla.

Tal como se había prometido ella misma, tal como les había dicho a sus amigos, el director podía gritarle, podía corregirla hasta la humillación, podía ponerle nombres horribles, pero ella seguía siendo María Francisca Soubllette Irribarren, y nadie se metía con ella y salía bien parado.

—¿Cuántos centímetros tendría que bajar el mentón, señor? —preguntó Francisca, con su mentón más arriba que nunca, los hombros en tensa espera y los ojos fijos en el instructor.

—Dos serán suficientes —replicó el director con un brillo acerado en el fondo de sus ojos.

—¿Está bien la sonrisa, señor? —estiraba los labios duramente a través de sus mejillas.

—Parece de comercial televisivo, pero de momento basta. —El hombre puso una mano sobre su hombro y la obligó a girar para enfrentar la clase—. Vamos a hacer la pieza desde el principio.

—Por supuesto, señor. —Francisca asumió la primera posición y respiró profundamente al sentir el leve cosquilleo en su estómago cuando el director puso su mano firmemente en la cintura femenina—. Respecto de mi peso —agregó—, no se preocupe, siempre ayudo a mi compañero.

—Bien. Maestro, por favor. En cuatro, tres...

—Además, John tiene la suficiente fuerza —murmuró Francisca de tal manera que solo la escuchó el director.

—... dos, uno.

\*\*\*

Acostada en su cama, extenuada y sin poder dormir, Francisca reflexionaba acerca de su día.

De alguna manera había sobrevivido a la clase. El director la hizo bailar con él cerca de una hora, hasta que la pieza quedó perfecta. Luego dijo a sus

compañeros que eso era lo que tenían que lograr y a las muchachas, que esperaba que no estropearan la pieza, como casi había hecho Insignificante.

—Lo bueno —había concluido antes de autorizar diez minutos de descanso para ir al servicio— es que, al final, conseguí hacer una bailarina medianamente decente de ella.

Francisca se había refugiado en el baño por unos minutos, obligando a su cuerpo a calmarse, concentrándose en sus pulmones para que respiraran en forma normal, en su corazón para que dejara de latir desbocado, en sus piernas para que dejaran de tiritar. Cuando se sintió normal, se lavó la cara y volvió a la sala respirando profundamente.

En su vida se había sentido tan agotada. No físicamente, no. Había sido apenas un poco más exigente en ese sentido que bailar con John o cualquier otro. Solo requirió mayor precisión de su parte. Tal como había dicho el director, diez grados menos allá, dos centímetros acá y sonreír, algo que nunca hacía en ensayo, prefería usar su concentración en otra cosa.

El verdadero cansancio era mental y emocional.

Manos eran manos y siempre había sentido una absoluta indiferencia cuando cualquiera de sus compañeros la tocaban incluso en los lugares más indecibles. Es sus costillas, justo debajo de los pechos; en sus muslos internos, muy arriba, casi llegando a la parte más oculta de su cuerpo.

Nunca, jamás, había sentido nada, casi como si fuera un mueble o algún animalillo lo que rozaba. Pero la mano del director apoyada con firmeza sobre su cintura le había provocado una reacción mayor que Leandro besándola y tratando de agarrarle el trasero o un pecho.

Lo odiaba. Dios, cómo lo odiaba.

—¿Por qué eres tan cruel? —gimió desesperada, elevando algo parecido a una oración—. ¿Por qué, Dios, por qué?

El director debería ser un hombre mayor, nada atractivo. Tal vez un dulce y venerable anciano en el ocaso de su carrera, sin fuerza ni necesidad de mostrar a sus alumnos cómo debían bailar.

En cambio, era un hombre joven, endemoniadamente guapo,

malhumorado, con un extraño pasado y un oscuro secreto. Es decir, algo malo, muy malo, debió haberle pasado para que él se retirara antes de los treinta años.

Y aunque a Francisca en realidad no le interesaba, quería entenderlo para poder deshacerse de la fascinación que el tipo estaba ejerciendo en ella. Especialmente, para poder practicar con él sin que su cuerpo empezara a recordarle que antes de ser bailarina había sido mujer. Porque bailar con él sí era una experiencia que le interesaba repetir. Había sido de lejos lo mejor de su vida.

Pobre John, lo había intentado con ahínco, pero no logró ser tan buen compañero como el director. Después de dos o tres veces, realmente se habían compenetrado y parecían más una unidad que dos individuos. Los movimientos salían con fluidez, la levantaba como si realmente fuera apenas una almohada de plumas y los giros eran perfectos.

Bailando con él realmente entendió porque amaba tanto la danza.

—¡Maldita sea! —gimoteó, ahuecando la almohada, acomodándose mejor sobre el colchón. Necesitaba descansar, necesitaba dormir profundo y dejar que su cuerpo se recuperara.

Necesitaba, desesperadamente, dejar de recordar la sensación de sus cuerpos pegados.

\*\*\*

El viernes, antes de ir a la biblioteca por la tarde, las chicas quisieron ir al baño. Cuando salieron, no encontraban a sus amigos por ninguna parte, miraron en la biblioteca, en los salones de clases colindantes, se devolvieron para revisar todas las salas de ensayo (menos la del director, claro), pero Thomas y John insistían en no aparecer. Hasta que Teresa tuvo la brillante idea de buscarlos en la sala de medios audiovisuales.

Cuando abrieron la puerta, Thomas casi saltó en su silla. John se giró muy

bruscamente y suspiró aliviado cuando vio que eran Francisca y Teresa. Se llevó un dedo a la boca para pedirles que guardaran silencio y, con la mano, les indicó que se acercaran.

Al llegar a su lado, las muchachas vieron que habían puesto un disco en el reproductor, pero no había ninguna imagen aún.

—¿Qué es? —preguntó Teresa susurrando.

—Un video que noté ayer —respondió John de la misma forma—. Lo dejé lo más a mano posible por si surgía la posibilidad de verlo.

—¿Y qué es? —preguntó Francisca—. Más te vale que no sea una película sucia.

—Bueno, tiene posibilidades, al menos para este par de pervertidos. —Thomas se rio, ganándose un golpe en la cabeza por parte de Teresa.

—Cállate, tonto —exigió John—. No es un video sucio ni nada por el estilo. Es una presentación del Bolshói de hace unos doce años, más o menos.

—¿Tan vieja? —preguntó Teresa, igualmente interesada y despreocupada.

—No es *taaaan* vieja —refutó John impaciente—, y lo más importante es el protagonista.

—¡El director! —exclamó Francisca sorprendida.

—Bonita e inteligente. —John le sonrió a la muchacha—. Ayer, el profesor de medios lo estaba viendo antes de clases. Por supuesto que me fijé bien dónde lo guardaba. ¿Quieren verlo?

—Claro. ¿Dónde están las palomitas? —Teresa dejó su mochila y se acercó más a la pantalla.

—Idiota —le dijo Thomas, riendo.

John tomó el control remoto y apretó un botón. Ninguno sabía exactamente qué esperar, pero si se habían creado expectativas, estas ciertamente se cumplieron con creces.

El director y una preciosa mujer de abundante cabellera negra bailaban en el centro del escenario. Si bien ella era muy buena bailarina y hacían una pareja sublime, eran los saltos y giros perfectos de la versión joven del

director los que se robaban las miradas.

Fuerza y vitalidad. Gracia y estilo. Precisión y fantasía. Todo combinado en el enorme y cincelado cuerpo del que bien podría ser el mejor bailarín de la historia. O al menos uno de los cinco más grandes.

—¿Qué mierda pasó? —susurró Teresa lacrimosa—. ¿Por qué... qué... este hombre es... es...?

—Un divo —aportó Thomas—. Mierda, es como si un ángel vengador bailara.

—No un ángel vengador —dijo John—, más bien un dios del Olimpo.

—Fran, di algo —pidió Thomas después de unos minutos de silencio.

Pero Francisca era incapaz de decir nada, solo podía concentrar la vista en la pantalla, entendiendo tan poco como sus amigos y reaccionando como pocas veces lo hacía frente a una presentación de *ballet*. Su piel estaba totalmente erizada y no había notado que tenía una mano firmemente apretada sobre su boca, aunque no era eso lo que le impedía hablar, sino más bien la estrechez de su garganta. Finalmente, pudo decir un par de palabras.

—Esto es demasiado... bello... sublime... no sé... no tengo palabras...

—Yo tampoco...

—Me cuesta conciliar la imagen de este genio con la del director...

—Y a mí...

Siguieron mirando por unos minutos más el video, hasta que un ruido en el exterior los alertó de la presencia de alguien en el pasillo. Con mucho cuidado, sacaron el disco y lo devolvieron a su lugar, apagaron los equipos y caminaron hasta la puerta. Francisca se asomó lo suficiente para comprobar que no había nadie y salieron al pasillo, alejándose rápidamente.

—Parecía hasta feliz —dijo John cuando estaban en la biblioteca—. Quisiera saber qué pasó desde ese día hasta hoy.

—Tiene que haber sido algo horrible —murmuró Teresa al dejar su mochila en el suelo.

—Espantoso, la verdad. —Thomas se sentó, pero no hizo nada más—. Si



llego a bailar la mitad de bien, me voy a sentir absolutamente realizado y no voy a pedirle nada más a la vida.

—Sea lo que sea, estoy segura de que no es ninguna de esas ridículas historias que circulan. —Francisca sacaba la voz por fin—. O quizás...

—¿Quizás? —preguntó John—. Vamos, sigue, que hasta el momento eres la única que ha conseguido entender algo del director.

—Quizás todas son auténticas hasta cierto punto —continuó Francisca—. Tal vez todas tengan algún fundamento real, pero han sido exageradas y distorsionadas... No sé, estoy hablando tonteras. Estudiemos, mejor.

—¿Cómo puedes estudiar después de lo que descubrimos? —Thomas la miró incrédulo.

—Todos sabíamos que el director tenía que ser un bailarín excelso —refutó Francisca—. Solo es mucho mejor de lo que hemos visto hasta ahora en clases. Y lo que pasó... la verdad, no me vuelve loca averiguarlo. Estudiemos, mejor.

A regañadientes y nada conformes con la conclusión, los amigos sacaron sus cuadernos y se dispusieron a estudiar.

Por su parte, Francisca no sentía la indiferencia que simulaba. Después de todo, ella había bailado con él. Sabía del fuego y la pasión del director. Le sorprendió el video, sí. Pero fue mayor la emoción que sintió. A pesar de lo dicho, le cuadraba totalmente que el hombre del video y el director fueran el mismo. Lo único que le provocaba duda era el escaso tiempo transcurrido.

E intentaría no volverse loca pensándolo.

\*\*\*

Volver a clases con el director supuso una dura prueba para todos, pero no para demostrar su valía como bailarines, sino para probar la firmeza de sus caracteres.

—No sé si podré evitar postrarme a sus pies y adorarlo como el dios de la

danza que es —dijo John cuando esperaban la clase del martes.

—Si me dice cualquier cosa, les juro que me pongo a llorar como la nena que llevo dentro —aportó Thomas.

—No he podido dejar de pensar en ese video en todos estos días —comentó Teresa—. Lo peor es que quiero ver más. Y quiero bajar unos diez kilos para que me elija en clases.

—Yo feliz te cedo mi puesto —dijo Francisca—, no soy digna. En verdad se los digo, cuando me llame para bailar con él, lo único que voy a pensar es eso: no soy digna, no soy digna.

El director, evidentemente, estuvo de acuerdo con Francisca.

La tercera semana tuvo dos bajas, pero la siguiente fue particularmente dura, ya que tendrían las primeras evaluaciones y el primer control médico.

Ese fin de semana, a contar de la tarde del viernes, lo pasaron en el departamento de Thomas para aprovechar mejor las horas de estudio.

Puntualmente a las ocho de la mañana del lunes, una enfermera se asomó para llamar a Aberdine, Janet mientras otra llamaba a Baptista, Paulo.

Ninguno tuvo problema con su evaluación médica. Tanto Teresa como Thomas habían conseguido bajar el peso exigido, aunque aún debían seguir con las clases extra. Cuando se reunieron al finalizar, se abrazaron los cuatro, comentando sus resultados, luego se dirigieron a la sala donde tendría lugar la primera prueba.

Fue una semana agotadora como no habían tenido hasta ese momento. Estudiaban todo el tiempo que podían, incluso a la hora de almuerzo. En las tardes se iban al departamento de Thomas, donde cenaban y estudiaban gran parte de la noche.

El día viernes en la tarde, absolutamente agotados, se fueron a la casa de Thomas, quien había contratado un masajista para que los ayudara a relajarse. Además, permitieron que el ama de llaves les preparara una cena un poco más calórica. Le agregaron tomate a la ensalada de lechuga y atún.

—Estoy tan cansado que no sé si pueda volver a moverme hasta el lunes

—dijo John cuando terminó la película que veían—, ni siquiera para ir a dormir a mi propia cama.

—Quédense —les propuso Thomas—. Yo mañana tengo que ir a la academia, pero ustedes pueden levantarse más tarde.

—Yo prefiero irme a mi casa. —Teresa suspiró y se acomodó mejor—. Llevo una semana fuera, apenas fuimos el martes a buscar la ropa que necesitaba para la presentación del miércoles.

—Cuando quieran, llamo al chofer —ofreció Thomas, que se había estirado hasta apoyar la cabeza en el regazo de Francisca—. Tienes buenas piernas, Fran, para una mujer tan delgada —concluyó al acomodarse mejor.

—Es puro músculo nuestra Fran —comentó John—. Seguro que hasta el director se dio cuenta con todo lo que la toquetea.

—No me toquetea —dijo Francisca, luchando por no ponerse colorada—, bailamos juntos. Si fuera por eso, hasta tú me has toqueteado, John.

—Pero yo soy gay y todo eso. —John sonrió irónico—. En cambio, el director no lo parece.

—Yo diría que le gustan las mujeres —aportó Teresa.

—Yo me refería a buenas piernas para mirar —aclaró Thomas—, cortas pero bonitas.

—Entonces yo no tengo nada que opinar, ya que prefiero las piernas del director. —John reía y negaba con la cabeza.

—Me ofendes. —Thomas sonaba a cualquier cosa menos ofendido—. Creía tener mejores piernas.

—No, no las tienes —dijo John.

—Él es mucho más alto y musculoso —aportó Teresa—, aunque las tuyas son buenas también, las de él son insuperables. Y el trasero... Mi Dios, es magnífico.

Por unos minutos, siguieron hablando los tres de los atributos físicos del director, diseccionándolo casi como si fuera una rata en clase de biología. La única que no participaba era Francisca, aunque estaba de acuerdo con todas

sus observaciones.

Lamentablemente, sabía que para sus amigos era solo teoría. En cambio, para ella, que había sentido los músculos de su pecho presionarse contra la espalda, que había posado las manos sobre los poderosos hombros, que había sentido la fuerza y la delicadeza de las manos masculinas recorriendo su cuerpo mientras bailaban, no era teoría.

Ella sabía el efecto que un cuerpo tan esculpido y trabajado como el del director tenía en una mujer. Específicamente en ella. Y lo peor era que por primera vez en su vida lo sentía. Es decir, por primera vez en su vida se preguntaba cómo sería sentirlo en privado. No en clases, frente a sus compañeros. A solas, nadie más que ellos dos. Un hombre y una mujer.

Y la llenaba de una rabia enorme.

—Despierta, Fran —dijo Thomas removiéndole una pierna—. ¿Te estás quedando dormida o estás soñando con el director?

—¡Por qué mierda podría estar yo soñando con el director! —gritó Francisca, batallando contra Thomas por ponerse de pie—. ¡Nunca, jamás, te atrevas a decirme algo así!

Francisca consiguió ponerse de pie y avanzar unos pasos ante las estupefactas miradas de Teresa y John.

—¡Fran! —gritó siguiéndola—. Espera un... ¡Francisca, espera, por favor! —La alcanzó justo cuando estaba en medio del pasillo que la llevaría a la sala—. Franny, solo estaba bromeando. Sabes que hablo demasiado... —La rodeó para quedar frente a frente, al tiempo que sus amigos los alcanzaban—. No te enojés, estoy muy cansado, no sé ni qué digo.

—Además —dijo John—, solo estábamos hablando tonteras para relajarnos.

—También sabemos que te molesta cuando nos ponemos a hablar de s-e-x-o —aclaró Teresa con una sonrisa—. Te entiendo, mi mamá todavía se persigna cuando mi hermano... mejor me callo.

—Ustedes no saben lo que es —masculló Francisca con la mirada concentrada en el piso— tener que bailar con él, la presión a la que me

somete. Por un lado, es un magnífico bailarín, un compañero genial, pero...

—Lo sé. —Teresa pasó una mano suavemente por el brazo de Francisca—. Si tuviera que bailar con él, no hablaría tanta estupidez. Tú lo haces parecer fácil, le respondes incluso cuando él te dice imbecilidades; a veces escuchamos sus murmullos, pero nadie lo entiende. Si tuviera que bailar con él, ya me habría muerto diez veces. La primera vez que dijera «Vaca, ven acá», saldría corriendo de la sala y no pararía hasta llegar a Miami.

—Franny, lamentablemente no te puedo prometer que nunca más vayamos a decir nada tonto —dijo John, arrastrándola de vuelta— considerando que eres la única sensata entre nosotros...

—¡Hey, yo soy sensata! —gritó Teresa risueña—. *Estos hombres son unos tarados, Irribarren* —agregó en español—. *El Puto y el Poto*.

—*Asumo que Juan es el Poto*. —Francisca le respondió en español, ya tranquila porque el tema había cambiado radicalmente.

—¡Sin hacer trampas! —exigió John—. Nosotros no hablamos español.

—Aprendan, no es tan difícil. —Francisca los miró con soberbia.

—Mejor no aprendan —contradijo Teresa—. Asuman que si hablamos español es de ustedes.

—Yo entendí eso de *Puto* —aportó Thomas—. Me imagino que se refieren a la mariposa que nos acompaña.

—En realidad eres tú —Francisca lo miró riéndose.

—Sí —concordó Teresa, compartiendo sus risas—. *El puto gringo facilón*.

—¿*Gringo*? —preguntó John—. ¿No les dicen así a los americanos?

—Así es —confirmó Francisca—, por eso es él, *el puto gringo facilón*.

—¡Oh, Irribarren, me haces sentir tan orgullosa de ti! —exclamó Teresa tirándose en el sillón nuevamente—. Creo que voy a aceptar la invitación de Tommy y me voy a quedar aquí esta noche, no sé si pueda volver a pararme.

—Somos dos —dijo John.

—Entonces, somos tres —agregó Francisca—. Prefiero quedarme acá mismo, ni siquiera tengo fuerzas para ir al segundo piso y acostarme en una

cama.

—Hagamos una pijamada. —Thomas, que aún no se había sentado, se acercó al teléfono y pidió que les llevaran colchonetas, mantas y bebidas calientes—. Todo listo.

Una vez acomodados, siguieron conversando y bromeando, teniendo mucho cuidado de no tocar el tema del director.

Francisca le daba silenciosamente las gracias a Teresa por interrumpirla. Tarde notó que estuvo a punto de decir algo en relación a cómo se sentía cuando el director la tocaba o la abrazaba al bailar, algo como que quería que la acercara aún más a su cuerpo y terminara abusando de ella en el suelo del salón. Solo que no sería abuso, ya que ella participaría en forma voluntaria. Ocultando su sonrisa en la oscuridad, Francisca les dio las buenas noches a sus amigos.

\*\*\*

El día lunes llegaron a la academia y lo primero que vieron fue el resultado de las pruebas en el panel informativo. Fue una agradable sorpresa para los amigos ver que en todas las asignaturas uno de ellos había sacado la mejor nota. Se sintieron aún más renovados al notar que todos estaban entre los diez primeros lugares en el promedio de esa ronda de evaluaciones, siendo Francisca la primera. Felices, se abrazaron, con John y Thomas rodeando a Francisca y Teresa.

Hubo cinco expulsados y el director tuvo un momento muy feliz al pedirle al pianista que los borrara de la lista.

—Desde hoy vamos a ver una pieza nueva —anunció mientras se dirigía al extremo opuesto del salón—. Almohada, ven acá.

Tras un empujón de Thomas, Francisca comenzó a caminar. Lo único bueno era que la duda que ella sentía se dibujaba en todos sus compañeros.

—Apúrate, no tengo toda la tarde —exigió el director al ver su lento

caminar—. Lamentablemente, tus calificaciones fueron demasiado buenas para seguir llamándote Insignificante, así que ahora te diré Almohada. ¿O pensaste que por un par de calificaciones buenas me aprendería tu nombre? —Terminó burlesco—. No, no, que te diría Pequeña o Princesita, tal vez.

—No, señor —Francisca inclinó ligeramente la cabeza al llegar a su lado—. Solo estoy sorprendida.

—¿Por qué? —preguntó el director bajando un poco el tono de su voz.

—La verdad, no sé qué me sorprende más, si haber sido ascendida de Insignificante a Almohada o pensar que podría llegar a ser Princesita, ni mi padre me llama así, señor.

—¿Y cómo la llama su padre? No es que me interese, solo quiero constatar qué tan ridículo puede llegar a ser un hombre respecto de su progenie —concluyó el ruso encogiendo los hombros.

—Fran o Franny normalmente —respondió Francisca con una sonrisa tierna—. Con mi nombre completo si está enojado, lo mismo que mi madre.

—¿Algo así como *Pequeña e Insignificante Almohada de Plumas*? —interrogó con una ceja alzada—. Me gusta, ya sabes cómo te voy a llamar cada vez que te equivoques, lo que será frecuentemente.

—Sí, señor —respondió Francisca con una reverencia un poco más profunda.

El ruso la miró, evidentemente molesto, con el ceño fruncido, apretando las mandíbulas, y sus ojos con un curioso brillo. Levantó la mano izquierda y Francisca inmediatamente lo imitó.

—Contraria —indicó. Francisca cambió a la mano derecha—. Primera posición...

Después, ya en voz alta, comenzó a dar instrucciones para toda la clase.

A lo largo del segundo mes, los cuatro amigos siguieron la rutina establecida. Es decir, clases, clases y más clases. Para almorzar seguían cruzando a la plaza a pesar de que el clima se enfriaba más y más. Ropa más gruesa hizo su aparición y todos comenzaron a llevar termos con té.

La clase del director seguía siendo una tortura para Francisca cuando el hombre la requería para enseñar algún movimiento. Era cada vez más molesto, murmurando instrucciones y otras cosas que ella no entendía, ya que en ocasiones le hablaba en ruso.

Francisca trataba de responder siempre que podía y cuando no conseguía dar con alguna respuesta ingeniosa, solo replicaba «señor director» y se inclinaba en una graciosa reverencia.

La extraña relación del profesor con la muchacha ya era comidilla de todos en la clase. Muchos seguían mirando a Francisca con sus rostros demudados, algunos esperaban los intercambios para reír a expensas del director y otros apostaban cuánto duraría Francisca en la academia antes que colmara la paciencia del ruso y fuera expulsada por cualquier menudencia.

Francisca no hacía caso de los comentarios, ni siquiera cuando sus amigos pedían que dejara de hacer esa ridícula reverencia que volvía los ojos del director de un azul profundo a uno acerado.

El único que parecía disfrutar tranquilamente de esos momentos era el pianista. El maestro Pietro Colantoni, según había sido presentado en una clase de Apreciación Musical, sonreía beatífico cuando la muchacha respondía a cada una de las pullas del director, sus oscuros ojos casi negros brillaban jocosos cuando ella se inclinaba ante el director y él apretaba sus manos, mandíbula y ceño.

En una ocasión, cuando el director murmuró en ruso, había perdido un compás, lo que le ganó una dura reprimenda, también en ruso, por lo que nadie pudo entender el intercambio de los profesores. Mordiéndose la risa que quería fugarse de sus labios, aparentemente se disculpó con el hombre y comenzó la pieza desde el comienzo.

Octubre terminó con una nueva ronda de pruebas, de las que los amigos salieron victoriosos una vez más. Ese mes trajo consigo tres nuevas bajas, dos voluntarias y una expulsión por llegar tarde a la clase del director y, además, tener la desfachatez de intentar entrar sin que el profesor lo notara, ya que bailaba con Francisca. Pero como al ruso no se le escapaba nada, una vez que



terminó de mostrar los pasos nuevos, hizo que el alumno retrasado saliera del salón mientras él escribía su nombre en el papel con el rojo número cuarenta.

Cuando el director los instruyó de formar parejas, Francisca pensó que realmente se abrían las puertas del infierno para ella, ya que quedaban en clases diecinueve hombres y veinte mujeres.

Era la primera vez que una muchacha quedaba sin compañero, por lo que nadie sabía qué hacer. Cuando era un hombre el que estaba solo, él simulaba que levantaba a su compañera.

Fue el director quien lo solucionó de la peor manera posible para Francisca.

—Almohada de Plumas —dijo—, conmigo. Mariposa, tú con Cara de Luna. Antes que lo olvide: vaya de una maldita vez al dermatólogo, no quiero ver más espinillas en mi clase.

—Es...

—No me interesa —la cortó el director inmediatamente—, arréglole. Ya encontré la solución para el problema de las parejas. Maestro, si no es mucha molestia, en cuatro, tres, dos, uno.

A pesar de la lástima que le inspiraba, Francisca sintió alivio de no ser por una vez el blanco de los ataques del director.

Y claro, no pudo dejar de sentirse orgullosa porque ella sí le respondía como él se merecía.

## CAPÍTULO CINCO

Cuando noviembre comenzó, se hacía casi imposible para Francisca ir a la academia en bicicleta. El frío y la lluvia eran cada vez más inclementes y los cuatro amigos resentían cada vez que tenían que quedarse en el interior de la academia a la hora de almuerzo.

Cierto día, después de haber almorzado en un pasillo, se dirigieron a la sala del director inmediatamente. Ya se habían reunido varios compañeros, que mataban el tiempo conversando, entre ellos Cara de Luna, cuyo nombre era Antje Pears. Mientras Teresa y Francisca la ayudaban con el maquillaje para cubrir los efectos de su dermatitis seborreica, bromeaban para animarla y convencerla de no renunciar, aunque Antje tratara de explicar que si ella se iba, Francisca ya no tendría que bailar con el director toda la clase.

—Por favor, Antje, no te vayas —dijo John—, prefiero bailar con una mujer de verdad que con un cojín en forma de mujer —agregó sin poder evitar bromear a costa de su amiga.

—Pequeña e Insignificante Almohada de Plumas —replicó Francisca, risueña.

—Es bueno que al menos sepa su nombre completo, ya que no sabe mucho más.

Francisca cerró los ojos e hizo una mueca al escuchar a su espalda la voz del director, ligeramente rasposa y con el extraño acento más marcado que de costumbre. Compuso una sonrisa, se giró e hizo una reverencia profunda.

—Señor director —agregó al gesto antes de alejarse unos pasos.

—¿A dónde piensa que va? —preguntó el director—. Veremos un par de movimientos nuevos. Además, aún no tengo el placer de eliminar a alguien peor.

—Por supuesto, señor. —Tensa, Francisca volvió sobre sus pasos.

—Por cierto —agregó el director bajando un poco la voz, al asumir ella la

posición inicial, con la espalda pegada en su pecho—, quedó muy bien el maquillaje de Cara de Luna.

—No sé de qué me habla, señor. —Francisca levantó un poco el mentón.

—Puede hacerse la loca, Soubllette, pero tiene las manos grasosas y llenas de maquillaje. Baje el mentón. En parejas —pidió subiendo la voz—. Vamos a repasar una vez la pieza completa y luego agregaremos un par de movimientos. Maestro, en cuatro...

En la noche, muy tarde y sin poder dormir, Francisca descubrió por fin el motivo de su inquietud. El director, maldito bastardo, cruel y dictador, la había llamado Soubllette.

No sabía si era malo o bueno. Solo sabía que, a pesar de las apariencias, sí conocía su nombre.

Tratar de comprenderlo la mantendría despierta esa y muchas otras noches, por lo que hizo un esfuerzo supremo y lo relegó hasta el fondo de su mente.

\*\*\*

A mediados de noviembre, un tímido sol hizo su aparición luego de varios días de lluvia. Los amigos se miraron y corrieron a la plaza al terminar las clases teóricas.

Conversaban y bromeaban entre ellos, excepto Thomas que no prestaba atención a lo que hablaban, miraba fijamente algo en la acera del frente. Cruzó la calle hasta quedar junto a un cartel que estaba pegado en la ventana de una casa. Los amigos lo vieron sacar su teléfono móvil de la chaqueta y marcar un número.

Cinco minutos después, volvió a cruzar con una enorme sonrisa en la cara.

—Está todo listo —anunció al llegar junto al grupo que lo esperaba pacientemente—. Dicen que tiene una sala, cocina con comedor de diario, un dormitorio en el primer piso, que podemos usar para estudiar, y tres en el

segundo, uno lo acondicionamos para ensayar, uno para las chicas y otro para los chicos.

—¿Qué?! —medio preguntó, medio gritó Teresa expresando el sentir de los otros. Miró el cartel que había llamado la atención de Thomas, donde se leía claramente «Se vende»—. ¿Tenemos casa nueva? ¿Te vas a venir a vivir acá? —agregó cuando comprendió la última locura de su amigo.

—Ni por todo el oro del mundo —respondió Thomas—. Es solo para que tengamos un lugar donde ir a almorzar tranquilos durante el invierno y podamos quedarnos si nos desocupamos muy tarde o muy cansados.

—Así que esto se siente cuando perteneces al uno por ciento más rico del planeta —dijo John—. Simplemente vas y te compras una casa. Yo no hago eso ni con un par de zapatos.

—Durante la tarde me traen las llaves para que vayamos a verla —les contó Thomas—. Mañana firmo los papeles y el viernes, en vez de estudiar en la tarde, vamos de compras.

—Hagas lo que hagas —dijo Francisca—, hazlo después de clases, que nos quedan diez minutos para llegar.

Esa tarde cruzaron a ver la casa, que estaba vacía. Solo hacía falta una buena limpieza, tal vez algo de pintura, comprar los muebles y enseres y sería perfecta para ellos.

El viernes se dirigieron a los grandes almacenes más cercanos y compraron todo lo necesario. La magia de unos cuantos billetes bien puestos surgió y el sábado, antes que Thomas saliera del gimnasio, tenían la casa lista. El ama de llaves dejó la cocina bien surtida y el chofer los ayudó a llevar algo de ropa y artículos personales.

Cuando las chicas estaban acomodando sus cosas en el dormitorio, Francisca sacó una foto enmarcada y la dejó junto a la lámpara en la mesa de noche. Con mucha curiosidad, Teresa tomó la foto y vio a las cinco muchachas que posaban felices ante la cámara.

—¿Estas son tus amigas? —preguntó Teresa—. ¿Tu quinteto?

—Justamente —dijo Francisca sonriendo.

Con anterioridad, habían conversado repetidamente de sus amigos y familias. Por supuesto, el tema favorito de Francisca eran sus amigas. Hasta ese día no se había dado la ocasión de mostrarles una fotografía y aunque a todos los entusiasmaba la idea de conocer a Isabel, todavía no realizaba su viaje proyectado. Así que ahí estaba Teresa, viendo por primera vez al Quinteto.

—Esa es Adriana, te apuesto —dijo Teresa apuntando a una de las mujeres—. Tiene mucha pinta de mandona. —Terminó cuando Francisca confirmó la identidad de Adriana.

—¿Qué hacen? —preguntó John asomándose por la puerta.

—Estoy conociendo a las amigas de Iribarren —respondió Teresa mostrándole la fotografía.

—Un precioso pelo, esta colorina. ¿Esta es tu hermana? ¿Esta es Isabel? —preguntó John apuntando a la más alta y bella de las cinco. Francisca asintió con una mueca. Ni John, siendo gay y todo eso, como decía él, se libraba del embrujo que Isabel ejercía sobre los hombres—. Espera, voy a llamar a Thomas para que nos riamos un poco de él. ¡Tom! ¡Tommy, ven por favor! —gritó

—¡Voy! —contestó Thomas desde el otro dormitorio—. ¿Qué pasa? —preguntó cuando lo escucharon avanzar por el pasillo.

—Ven a conocer a las amigas de Franny —respondió John, tomando la fotografía de tal manera que tapaba a Isabel con un dedo.

—¿Dónde? —preguntó Thomas cuando entraba a la habitación.

—Acá. Mira, esa con cara de mandona obviamente es Adriana. —Teresa apuntó la fotografía.

—La colorina, como sabrás, es Pamela —agregó Francisca sonriendo.

—Buenas te... perdón... bonito pecho. —Thomas se corrigió en mitad del camino—. Esa es tu prima, asumo, la verdadera *Iribaren*. Se parecen un poco, la verdad, los rasgos, quiero decir.

—Exacto —dijo Francisca conteniendo una sonrisa, ahora venía lo mejor

—, y aunque no se nota en la foto, lo de ella es el trasero. Muy bonito, me refiero. Y esa es mi hermana...

El efecto fue inmediato. Thomas abrió mucho los ojos y elevó sus cejas en un gesto de evidente y agradable sorpresa. Un apreciativo y poco vulgar silbido sonó desde su boca. Francisca notó que John se mordía los labios para no reír y que Teresa lo miraba un poco exasperada.

—Y después tienes cara para molestarnos por mirar al director —dijo Teresa moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—¿Esa es tu hermana? ¡Esa! —exclamó Thomas—. ¿Esa absoluta exquisitez hecha mujer es tu hermana? ¡Mierda, Fran, invítame a pasar la Navidad contigo, me consigo un avión incluso!

—Ponte a la fila, Tom —dijo Francisca en medio de las risas—. Todos, ¡todos!, se enamoran de Isa, llega a ser aburrido, pero ella no toma en cuenta a nadie.

—¿Por qué? ¿Es que no me quieres de cuñado, Fran?

—Bueno, no me molestaría tener un cuñado que me envolviera en sedas y diamantes. —Francisca encogió los hombros—. Pero no creo que seas el tipo que consiga conquistar a mi hermana.

—¿Apostamos? —preguntó Thomas—. ¿Cuándo viene?

—De acuerdo. —Francisca tendió su mano—. Una cena en un restaurant con vista a la Torre...

—Idiota —murmuró Teresa interrumpiéndola—. *Como si el puto gringo facilón tuviera alguna posibilidad con tu hermana* —agregó en español, mirando a Francisca.

—*Ni media* —respondió Francisca—, *pero siempre he querido cenar en algún restaurant con vista a la Torre, esta es mi oportunidad.*

—Sin hacer trampas —dijo Thomas—, voy a necesitar cada arma con la que pueda contar, así que quiero saber exactamente qué dijeron.

Teresa le explicó lo que habían hablado en español mientras todos iban a arreglar el último dormitorio. Una pared recubierta de espejos y una larga

barra era el único mobiliario. Desembalaron un moderno equipo de música y una enorme colección de discos, que ubicaron en el mueble que había armado John. En apenas unos minutos, habían terminado y dieron por concluido el arreglo de la casa.

Antes de dejar la academia por las vacaciones navideñas, tendrían una presentación formal para mostrar los avances de ambos niveles ante un selecto grupo del mundo de la danza, por lo que trabajaron todos juntos durante las tardes, incluyendo el viernes, bajo la atenta mirada del director.

—Bajo ningún aspecto voy a permitir que un montón de zánganos buenos para nada me dejen en vergüenza —había dicho repetidas veces, terminando con las consabidas amenazas de expulsión en caso de que la presentación fuera cualquier cosa menos que perfecta.

Así que el último día de clase, todos presentaban distintos grados de estrés, demostrándolo a su propia manera. La pobre Antje tenía la cara completamente roja. Una chica del segundo año se paseaba con un chocolate en la mano y cada cierto tiempo se lo acercaba a la nariz, respiraba profundamente y lo envolvía otra vez.

—¡Thomas! —gritaba Francisca—. ¡Vas a terminar comiéndote los huesos si no paras ya!

Thomas solo la miraba, y ni eso cuando comenzaba a gritarle en español, y luego seguía mordisqueándose las uñas. Para desesperación de Francisca, tenía abundante compañía y un continuo clic, clic, llenaba la estancia donde se vestían para la presentación.

El recital fue bien acogido por todos los presentes y lo cerró un trabajo que reunía a todos los alumnos, resumiendo magistralmente las más famosas coreografías del tradicional *Cascanueces*.

Al terminar, lo único que querían los alumnos era retirarse a sus casas, pero estaban obligados a presentarse al cóctel que ofrecía la academia a sus invitados.

—No coman mucho —instruía *madame* Fayolle cuando los guiaba de los camerinos al salón donde tenían lugar las clases del director los días viernes

—, no beban alcohol, no hablen a menos que alguien les hable a ustedes. Solo sonrían y véanse bellos. Los que puedan. —Terminó sarcástica, mirando a Antje y a un alumno del segundo año cuya nariz tenía tres protuberancias—. Cartairs, Manzur, Soubllette y... Van, ustedes cuatro entren primero —concluyó mirando a los jóvenes.

Thomas se paró al lado de Francisca, con Teresa y John detrás de ellos, siguiendo las instrucciones de la profesora que ordenaba como mejor podía a los alumnos.

Después *madame* Fayolle volvió a tomar su lugar al frente de los alumnos y a una señal convenida previamente, golpeó la puerta y se detuvo la música del interior del salón. Con gran ceremonia abrió.

—Señor director —dijo mirando al ruso que esperaba pocos metros más allá—, estimados invitados. Los alumnos de la academia. —Con la espalda muy erguida, caminó precediendo la entrada de los jóvenes al salón y luego se dirigió hacia un camarero que ofrecía copas de champán.

Mirando de reojo, Francisca notó que era observada atentamente por el director. Levantó el mentón y cruzaron las miradas por unos segundos, antes que una mujer llamara la atención del ruso.

—Bueno —dijo John solo para sus amigos al ver como la mujer posaba su mano de largas y rojas uñas sobre el pecho del director y este casi le sonreía indulgente—, resuelto el misterio. Al director le gustan las mujeres. Mientras más fáciles y obvias, mejor.

—¿A qué hombre no le gustan las mujeres fáciles y obvias? —preguntó Thomas—. ¿A qué hombre heterosexual no le gustan las mujeres fáciles y obvias? —corrigió al ver la mueca de John.

—Y asumámoslo —agregó Teresa—, ni el director puede tener tanta disciplina, debe necesitar un cuerpo caliente de vez en cuando.

—Si te gusta el tipo teñida, siliconada y ridícula, claro —dijo Francisca mordaz.

—Nuestra niña está creciendo —dijo Thomas, abrazando a Francisca—. No te pongas bruja, Franny, después de todo es Navidad. Y mejor ella que tú



para tenerlo contento.

—En todo caso —concedió Francisca con una sonrisa tensa.

Una hora de sonreír sin ningún humor fue todo lo que los amigos aguantaron. Pidieron permiso para retirarse y *madame* Signoret se los concedió inmediatamente.

Fueron todos al departamento de Thomas, donde el ama de llaves les había preparado una bella cena para celebrar anticipadamente la Navidad.

Luego, hicieron intercambio de regalos y aunque todos prometieron no abrir los suyos hasta la Nochebuena, el crujido de los papeles no se hizo esperar. Conversaron hasta altas horas de la noche, tranquilos porque sus equipajes ya estaban en la limosina que los llevaría a primera hora al aeropuerto para tomar el avión que los llevaría a cada uno hasta sus casas.

Cuando apareció en la pizarra el llamado para el avión de Francisca, todos la abrazaron, deseándose un buen retorno a casa, sonriendo y besándola en las mejillas.

—Nos vemos en dos semanas —dijo Francisca antes de caminar hasta la puerta de embarque.

Ya en el avión, la muchacha se relajó, cerró los ojos y comenzó a soñar con las maravillosas vacaciones que disfrutaría con su familia.

## CAPÍTULO SEIS

Los abrazos, los gritos y la algarabía sobraron en la sala de espera del ala médica en la academia cuando los amigos se encontraron.

Cuando la enfermera llamó a Francisca, le tomó una muestra de sangre y después la pesó. El gesto de duda de la mujer la hizo bajar su mirada para descubrir su nuca.

—Tenemos un problema —dijo la enfermera mientras caminaba hacia la puerta.

Entonces Francisca tuvo una visión clara del número antes que se borrara. Decía 44. Pero no podía ser. Imposible. Impensable.

—Entrenador Malik —dijo la mujer asomándose al pasillo—, tenemos una circunstancia aquí.

Y entró en la sala el entrenador, que inmediatamente se extrañó que lo llamaran a la revisión de Francisca. Mortificada y confundida, la muchacha se amarró las zapatillas para enfrentarlo.

—Dígame, enfermera —pidió el senegalés, cerrando la puerta a su espalda.

—La señorita Soubllette subió un kilo durante las vacaciones. —Le acercó la ficha médica.

—Acompáñeme, Soubllette. —El hombre salió sin mirar si la muchacha lo seguía o no.

Caminó un par de metros por el pasillo y entró a otra oficina. Los trofeos y fotografías indicaban que era el despacho privado del entrenador, un antiguo campeón de boxeo.

—¿Qué pasó? —preguntó después de cerrar la puerta y dirigirse hasta su escritorio.

—La verdad es que no lo sé. Creo que me afectó mucho el cambio de horario, entrenador —explicó Francisca—. En Chile tenemos seis horas

menos, no podía dormir bien y siempre andaba cansada. Pero practicaba todos los días. No comí mucho tampoco, pero las fiestas...

—Lo entiendo —dijo el hombre asintiendo—. En realidad, no me preocupa. No pasa su límite y sé que se va a dedicar a fondo a eliminarlo. No la citaré a clases extra, aunque si desea venir, por supuesto que será bienvenida.

—Volveré a mi rutina habitual, que considera una hora de ejercicio en la mañana en mi casa, y le agregaré una hora —propuso Francisca inmediatamente—, y otra en la tarde, después de clases, seguiré practicando en alguna sala. Y ajustaré mi dieta en un 15%.

—Creo que con el aumento de actividad física, un ajuste del 10% será suficiente. —Francisca asintió—. Finalmente, y lamento tener que hacerlo, pero debo informar al director de esto.

—Lo comprendo, señor. Y le agradezco la advertencia.

—Venga preparada. El doctor Vinográdov no es nada sino puntilloso y no deja de ser un kilo.

—Desde luego, señor, muchas gracias.

Francisca salió de la oficina sintiéndose desolada. ¿Qué había pasado? Todo lo que había dicho era cierto. Además, fue magnífico estar unos días en verano rodeada por el amor de su familia y amigos...

«¡Malditas papas fritas!», se dijo de pronto. Adriana, sus papitas fritas y otras porquerías que nunca le faltaban. Se quejaba de su sobrepeso, los abandonaba, incluso empezaba a hacer ejercicio. Nunca duraba mucho y siempre por lo mismo. Esa Navidad, por ejemplo, había sido horrible para Adriana. Lorena vio a Juan en un centro comercial abrazando a una muchacha. Adriana la molestó hasta que terminó contándole todo.

Aunque trataba de fingir que no le interesaba, su furia vino con toda una avalancha de comida chatarra. Isabel comía a destajo, Lorena no decía que no, lo mismo que Pamela. Francisca era la única que resistía, aunque siempre aceptaba algo. Una... ¡UNA!, papa frita, media galleta...

Pero esos días habían sido fatales con Adriana cocinando exquisiteces

todos los días, las celebraciones y la familia visitándola a cada rato después de haber estado meses ausente.

Y ahora debía pagar el precio por sus pecadillos. Bajar un kilo no era nada. Tal como decía el entrenador Malik, con el ejercicio y el ajuste en sus comidas, debería perderlo inmediatamente.

Lo realmente preocupante era tener que enfrentar al director habiendo subido todo un kilo.

\*\*\*

Faltaban diez minutos para las dos de la tarde cuando, sin ninguna advertencia y sin ningún ruido, se cerró la puerta detrás de la imponente figura del director. Francisca percibía su silencio como anuncio de tormenta. El rostro pétreo del pianista nada bueno anunciaba tampoco.

Con la gracilidad de una gacela y la fuerza de un toro, el director caminó hacia Francisca. De pronto, se sintió como una niña pequeñita a quien su padre sorprendía en una travesura. Una travesura grande y fea. Y, por supuesto, no era su amado, dulce, cariñoso y comprensivo padre. Era un padre que dejaba a Atila, el rey de los Hunos, en pañales.

—Sinceramente, espero, Soubllette, que el entrenador Malik se haya equivocado. O que yo haya sufrido una ilusión auditiva. —Se acercó incluso un paso más, dejando entre ellos apenas un poco de aire para respirar—. Lo espero sinceramente, porque hoy no estoy de ánimo para lidiar con una mocosa rebelde y gorda.

Entonces Francisca lo supo. Llevaba casi treinta horas batallando con ella misma. Analizando su situación desde distintos puntos de vista. No tomó una decisión consciente, pero en ese momento, enfrentada a los duros pectorales del director, no pudo sino levantar la cabeza, sonreír fingidamente y responder al hombre, procurando que ni él ni nadie se enterara de que sus rodillas estaban a punto de entrechocar. Jamás confesaría desconocer por qué

temblaba, si era por enfrentar al director o por la visión tan cercana del cincelado cuerpo del hombre.

—Siento tener que hacerlo pasar por esto, señor director —se encontró diciendo—, aunque difícilmente describiría a una mujer de un metro y cincuenta y cinco centímetros como gorda si ella pesara cuarenta y cuatro kilos.

La ola de temor que recorrió a los alumnos fue perceptible físicamente. Una discordante nota salió del piano cuando el músico dejó caer la mano distraídamente sobre el teclado. La figura del director, de por sí grande e intimidatoria, se volvió casi mítica, por lo que Francisca respiró profundamente, cuadró los hombros y se preparó para lo peor.

—¿Y cómo la llamaría usted si puedo saber? —preguntó con su extraño acento muy marcado.

—Una mujer que pasó una excelente Navidad, señor director. —Sonrió suavemente—. A pesar de que el entrenador Malik no me citó a clases extra, agregué dos horas de ejercicio a mi rutina y ajusté mi dieta en un 10%. Yo propuse un 15%, pero el entrenador lo consideró innecesario dada mi natural disposición a mantener mi peso en 43 kilos.

—Una medida necesaria. —El director entrecerró sus ojos—. Una bailarina que se desmaye no le hace nada bien a la reputación de la academia. Ahora, entérate bien, Ya no tan Insignificante, o pierdes ese kilo o consigues el pasaje de vuelta al culo del mundo de donde provienes.

—No se preocupe, señor director, así será.

—No me preocupo, esa es tu función... en caso de que sirvas para algo. Ahora, a lo que vinimos.

\*\*\*

Durante la primera semana, sus amigos se quedaron con ella. Pero el siguiente lunes Francisca pudo ver su cansancio, así que rechazó la ayuda. Y

ese día era aún peor. La clase del director había sido muy difícil y aunque nadie la culpaba, la muchacha se sentía terriblemente mal por los gritos que el director regaló a diestra y siniestra. Como seguía siendo la más liviana, la llamó para mostrar unos pasos. La reprendió duramente, le dijo que parecía pesar una tonelada, que tenía la gracia de un elefante anciano. Y con sus compañeros fue mucho peor.

Ya en la sala de ensayo que madame Signoret le permitía usar, trabajó unos quince minutos en la barra hasta que decidió que podía hacer lo mismo en casa, así que bailarían para aprovechar el espacio extra. Además de la sala, la profesora le prestó una radio, y ella tenía sus discos favoritos.

Como le pasaba siempre, el baile la transportó a su propio mundo, donde nada más que ella existía. Se movía por la sala al son de la música que penetraba cada uno de sus poros, conquistando su alma, estremeciendo su mente. Acababa de realizar una serie de saltos y se preparaba para el final de la canción cuando su música paró repentinamente.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí?

Francisca escuchó la voz menos esperada. Respiró, cuadró los hombros y se giró.

—Buenas noches, señor director —saludó, inclinándose como de costumbre, antes de caminar a la radio para apagarla, con toda la intención de retirarse.

—Por favor, no se corte por mí. Muy por el contrario, me parece perfecto que cumpla con su castigo autoimpuesto —pidió el hombre llevando los brazos a la espalda. Avanzó un par de pasos antes de agacharse, mirando a la muchacha desde su posición inclinada—. Dígame, ¿qué pretende en realidad? ¿Aumentar sus habilidades o disminuir su peso?

—Ambos, por supuesto —respondió Francisca, que tomó la toalla que el director le extendía y secó su rostro y manos antes de tirarla al suelo.

—Si es por eso —se puso de pie y avanzó unos pasos más antes de levantar una mano—, primer arabesque, por favor.

Francisca lo miró con duda. El gesto del hombre era extraño por lo

inusual. Estaba tan relajado que se veía incluso más joven de lo que ya era. Le devolvió la mirada intensamente y movió la mano instándola a asumir la posición que le había pedido.

—Vamos, Soubllette, no tengo toda la noche —dijo mirándola con algo que Francisca, de no conocerlo, describiría como diversión.

Después de lo que parecieron horas, Francisca tomó la posición que le pedía, con los ojos fijos en él y una mano apuntándolo delicadamente.

—Tienes un bonito equilibrio, pero hay un ángulo un poco forzado en tu pie. —Se acercó y le movió el pie que tenía levantado—. ¿Sientes la diferencia? Mírate en el espejo.

Francisca no sentía ninguna diferencia, pero hizo lo que le pedía entrecerrando los ojos.

—Nota la línea más pura que trazas al poner el pie así —dijo el director rodeándola para quedar a su espalda—. Mira aquí. —Con mucha ligereza, pasó uno de sus largos dedos por la rodilla de la muchacha, siguiendo la forma de los músculos gemelos, hasta terminar en el tobillo.

—Se ve un poco distinto, una línea más continua —murmuró Francisca—, pero es muy sutil.

—Los bailarines vivimos de las sutilezas —replicó el ruso, posando la mano en la parte inferior del tobillo—. Un poco más arriba. Eso, perfecto. —Se giró y un menguado inicio de sonrisa hizo su aparición—. Segundo.

Francisca cambió la posición de los brazos y movió un poco la cabeza. En medio del movimiento, el director la corrigió tomando el mentón y tiró un poco los dedos.

—Tu orgullo es tu peor defecto al bailar, Soubllette —dijo el director cuando volvió a corregir la postura—, y tu maldito mentón te delata. Corrígelo ya o voy a tener que amarrarte la cabeza.

—Señor. —Francisca bajó las pestañas queriendo hacer su reverencia sin perder la posición.

No fue lo que alguien llamaría una carcajada. Ni siquiera una risita. Fue

algo así como expulsar aire con fuerza por la nariz, pero de todas maneras, a Francisca le sorprendió gratamente descubrir que el director sí tenía algo de sentido de humor.

—Tercera —pidió después de negar con la cabeza.

Francisca cambió la posición de las piernas, de los brazos y de su cabeza. El director alcanzó a levantar la mano y acercarla hasta el mentón de Francisca, pero nunca llegó a su destino, ya que la muchacha se corrigió automáticamente.

—Así me gusta. Y cuarta. Perfecto —dijo cuando Francisca asumió la postura que le pedía—. *Penché*. —Se arrodilló y tomó una de sus manos con firmeza—. Un poco menos. Exacto. Magníficos ciento ochenta. Y *allongé*. — Se puso de pie y, sin soltar la mano, se estiró, alejándose de la muchacha—. Alinea la cadera un poco más a la derecha, gira el pie apenas... Eso. Mírate.

Francisca se miró, aunque no solo a ella. No pudo evitar notar que la figura que ambos formaban era notable. No era vanidosa y sabía que no le faltaba belleza, pero haber crecido con Isabel ponía todo en perspectiva. Era, por tanto, simplemente bonita según ella.

Pero el hombre que la acompañaba... Él sí que era excesivamente guapo. Aunque más que guapo era atractivo y masculino. Sus rasgos fuertes y su abundante cabello rubio, el cuerpo perfecto, sin un gramo de grasa, con los músculos de las piernas tan duros. Y era grande, muy grande y muy fuerte. Y ella era pequeña y delicada, casi etérea. A pesar de ser ambos rubios, Francisca era muy blanca. El director, en cambio, tenía un tono como el bronce bruñido.

Todas esas características daban contraste a sus complejiones, creando una imagen dotada de hermosura, gracia y encanto. Definitivamente admirable.

Antes de perder el paso por sus pensamientos, Francisca bajó la pierna y soltó la mano del director, quien se acercó a la radio, mientras estiraba los brazos y movía el cuello.

—Ya basta de posiciones básicas. Veamos eso que hacías cuando llegué.



Explícame, por favor —pidió el hombre sin mirarla.

—Son solo algunos movimientos que me gustan —dijo Francisca—, sin ningún orden especial, simplemente como los voy sintiendo conforme suena la música.

—Me gustó, en todo caso. Veámoslo.

Encendió nuevamente la radio y caminó hasta ella cuando se escucharon los primeros compases. Pasaron varios minutos hasta que el director comprendió perfectamente qué quería Francisca de su presentación. Luego agregó algunos pasos, estableció el orden en que debían ir y, para sorpresa de Francisca, se incorporó él mismo al cuadro. La quinta o sexta vez que tocaban la canción hicieron la pieza completa, de principio a fin.

—Bien, bien —dijo el director—, me gusta, me gusta. Otra vez.

Se acercó a la radio y volvió a seleccionar la misma canción. Raudos, llegó hasta donde estaba Francisca y partieron enseguida. Hizo lo mismo tres veces antes de mirar el reloj en la pared.

—¡No pueden ser las ocho de la noche! —exclamó.

Usando la toalla de Francisca, se secó apenas, se puso la chaqueta y se encaminó a la salida.

—Nos vemos, Soubllette —se despidió el hombre sin volver a mirarla.

—Hasta mañana, señor director. —Francisca observó todos sus movimientos desde el punto donde había terminado el baile, sin entender cómo había pasado casi una hora y media trabajando con el director sin casi haberlo notado.

Rápidamente, se abrigó, reunió sus cosas y dejó la academia.

Una hora después, cuando por fin su embotado cerebro estaba dejando de funcionar para permitirle dormir, seguía sin comprender qué había pasado esa tarde.

A la mañana siguiente, se cruzó con el director y el entrenador Malik en la puerta del gimnasio. El entrenador se despidió de ellos, pero el director ni siquiera los miró. Y Francisca tampoco había hecho su reverencia ni había

dicho «señor director» ni nada al cabo, ya que todos sus amigos le respondieron al entrenador y ella quedó absolutamente muda, confundida por la actitud tan distante del director. Más aún después de lo ocurrido.

A la hora de almuerzo estaba muy nerviosa. Ninguna de las clases, ni siquiera los breves recesos entre ellas, se prestaban para hacer confidencias y Francisca seguía guardando el secreto de la clase particular con el director de la noche anterior.

Daba vueltas y vueltas la comida en el plato, considerando qué y cómo contarles a sus amigos. El director no le había pedido que no dijera nada, aunque era muy extraño que le dedicara tanto tiempo a una sola alumna, más aún fuera del horario de clases.

—Oye, Irribarren, ¿estás con nosotros? —preguntó Teresa, moviendo una pierna de Francisca.

—Sí, claro, es que... —murmuró, aún indecisa— estoy un poco cansada.

—Creo que se te está pasando la mano, Fran —le dijo John—, es apenas un kilo.

—Tal vez deberías dejar de quedarte en la noche —propuso Thomas.

—¡No! —exclamó Francisca, sin saber de dónde había sacado la energía, ni la idea, para rechazar tan bruscamente la propuesta—. No, me resulta muy provechosa, puedo repasar tranquila y me relajo además.

—Solo tú, Irribarren, podrías relajarte, después de un largo día en la academia, bailando una hora más. —Teresa sonrió con cariño.

A las siete de la tarde, Francisca empezaba a pensar que lo del día anterior había sido algo producto de su imaginación. O un hecho aislado de la realidad y que nunca se iba a repetir, dejándola en la disyuntiva de decidir si era bueno o malo que el director no fuera.

Por un lado, le gustaban sus correcciones en la medida que la ayudaran a mejorar su técnica y, por tanto, a hacerla mejor bailarina. Bailar con el director era siempre una experiencia gratificante, ya que él era muy buen bailarín y un excelente compañero a pesar de sus constantes críticas.

Por otro lado, no le gustaba lo que le hacía sentir, no como bailarina, sino como mujer. Es decir, primero era ruso. Un enorme punto en contra de él. Segundo, era su profesor. No se suponía que una mujer debía sentir cosas por su profesor, era muy poco ético. Tercero... ya se parecía a su hermana. No le gustaba y punto. No era una persona muy agradable a pesar del magnífico exterior.

Por cualquier lado tenía que reconocer que, ya apareciera o no, cosa que creía imposible, era problema de él. Y ella debía ejercitar de todas maneras.

Después de terminar con varias series de ejercicios básicos, cambió el disco y seleccionó la misma canción que trabajara la noche anterior. Y empezó a moverse, de un lado a otro, sin seguir ninguna secuencia especial, pero al dar una vuelta, gritó al tiempo que sus manos cubrían la boca.

—¡Señor director! —exclamó sorprendida, con su estómago dando un curioso salto.

—Pensé que anoche habíamos terminado de preparar esa pieza, y ahora la cambias —dijo el hombre que la observaba con los brazos cruzados a su espalda—. No me gusta eso, Soubllette.

—Disculpe, señor —dijo Francisca, que ya se había recuperado de la aparición repentina del hombre—, pero como usted hizo los arreglos para una pareja, evidentemente no puedo hacerla sola.

—¿Y tus amigos? ¿O será mi obligación ayudarte? —El director se acercó lentamente hasta ella—. ¿Tengo que recordarte que no estamos en clases? ¿Qué ya estoy fuera de mi horario?

—Mis amigos, supongo que en sus casas, señor —respondió Francisca—. Y por supuesto que no es su obligación ayudarme, solo establecía un hecho innegable. Para hacer la pieza tal como la preparamos, necesito una pareja, y en estos momentos no la tengo, así que hago lo de siempre.

—Eres una descarada, Soubllette, y solo estoy estableciendo un hecho innegable —dijo el director con un asomo de sonrisa, se quitó la chaqueta y se acercó a la barra—. Vamos, que llevo una hora sobre mi trasero escuchando a un idiota del directorio que nació con dos pies izquierdos y cero

talento, pero con una enorme billetera, por lo que piensa que tiene derecho a decirme cómo dirigir este lugar. Hagamos algo básico para calentar. Pon cualquier cosa en la radio.

—Claro, señor. —Se acercó al aparato, puso un disco nuevo y volvió a la barra.

—Desde el comienzo —dijo el director mientras Francisca caminaba—. En primera... ponte adelante, que no tengo ojos en la espalda, no te puedo corregir así.

Francisca cambió de lugar, se tomó de la barra y asumió la posición que él le pedía.

—Y, uno...

Por un rato trabajaron en la barra. En ocasiones, el director le hacía comentarios, algunos correctivos, aunque no muchos, y otros que incluso sonaban a halagos.

—Me encanta tu *plié*, a eso le llamo yo un rombo perfecto —declaró—. *Grand plié*, ahora —pidió seguidamente—, mantenlo, eso. Perfecto. *Demi* otra vez y *échappé*.

Y así siguieron hasta que el disco se acabó. El director terminó la serie que hacían y le pidió a Francisca que pusiera nuevamente la canción con la que habían trabajado la noche anterior.

—Vamos —la apuró al llegar al centro de la sala—, ha sido un día infernal.

—Asumo que no expulsó ningún alumno —dijo Francisca poniéndose frente a frente, espalda y brazo izquierdo describiendo un arco.

El director puso una mano en la cintura de la muchacha y con la otra tomó la pierna derecha de ella casi hasta apoyarla en su hombro. Se inclinó hasta que quedaron con sus mejillas muy cerca.

—Eres...

—Descarada, lo sé. —Sonaron las primeras notas y no fue dicha ninguna otra palabra hasta que el director la hizo girar a lo largo de su brazo y la

depositó en el suelo sobre su costado.

—Además, eres arriesgada. —El ruso siguió hablando como si no hubiera pasado ni un segundo desde su último comentario—. Perfectamente podría convertirte en mi víctima del día.

—Pero, señor —replicó Francisca con sus ojos verdes y traviosos brillando en fingida inocencia—, estamos fuera del horario de clases, usted mismo lo dijo.

—Sin embargo, mañana tenemos clases. —Fue hasta la radio—. Podría desquitarme.

—Supongo que esa es su prerrogativa, señor.

—Por supuesto.

—Entonces, tendré que ser perfecta. —Francisca sonrió brevemente, antes de desviar la mirada, para quedar en la posición inicial nuevamente.

—Supongo que podrías intentarlo —repuso el director junto con los primeros compases.

No se pusieron de acuerdo, no, pero ambos iban por turnos a poner la canción una y otra vez hasta que Francisca perdió la cuenta de las veces que la escucharon y bailaron. Perdió la noción del tiempo también. Y la noción de la realidad estuvo mucho rato ausente.

Era, de lejos, la experiencia más extraña de su vida.

En ningún momento olvidó que su acompañante no era otro que el maldito bastardo tirano que les exigía en clases hasta que ella y sus compañeros no podían más, pero la conversación siguió de la misma manera, con comentarios sarcásticos y burlescos por ambas partes, antes de comenzar o al terminar de bailar.

—Señor —dijo Francisca después de mirar el reloj de pared.

—Dime.

—¿Vio qué hora es?

—No. —Entonces se giró y miró el reloj—. Las ocho veinte minutos. Pensé que era más tarde.

—Ayer salió corriendo a las ocho.

—No es que sea cosa tuya, pero ayer tenía un compromiso.

—¡Por supuesto que no es cosa mía! —exclamó Francisca, olvidando que efectivamente no era problema suyo—. Solo lo decía porque...

—No me importan tus razones. —Francisca se puso colorada por el brusco comentario—. La última y nos vamos. Estoy cansado ya. —Irónicamente, la suavidad de su voz la hizo subir un par de tonos el rojo de su piel al incomodarla más que su brusquedad.

—Por supuesto. —Apretó el botón para iniciar la canción y rápidamente fue a su lugar.

Unos diez minutos después, veía la espalda del hombre mientras él se encaminaba a la salida.

\*\*\*

Ya todos tenían tan asumida la rutina que iban de clase en clase sin que Francisca tuviera que apurarlos o decirles qué debían hacer, lo que era un gran alivio para ella, concentrada como estaba en decidir, como si pudiera, la manera en que debía actuar con el director.

Fue extraño, por decir lo menos, cuando el ruso entró en la sala de ensayo precedido por el maestro Colantoni y, sin saludar, les pidió que se pusieran en pareja y comenzó la clase recorriendo la sala y corrigiendo aquí y allá, sin detenerse en nadie en particular.

Pasadas las primeras dos horas, autorizó un receso para ir al baño y refrescarse. Cuando todos volvieron, vino la parte que Francisca ansiaba tanto como temía.

—Almohada, ven acá —gruñó el hombre cuando todos habían tomado sus posiciones.

—Señor —dijo Francisca al llegar a su lado.

—Izquierda —pidió él, extendiendo su mano.

Francisca pensó que en ese momento iba a hacer algo, alguna pequeña señal de reconocimiento, pero sin pausa comenzó a explicar a todos los movimientos que agregaría, apoyando sus manos en la muchacha para corregir algunas posturas.

Después, pidió la música y comenzaron a bailar. Para el cierre, Francisca estaba casi envuelta alrededor del cuerpo del director, con la cabeza apoyada en su hombro, el tronco cruzado sobre el pecho masculino. Con su brazo izquierdo, él la mantenía firmemente pegada, mientras con la otra mano asía la pierna derecha un poco más arriba de la rodilla, levantándola sobre su hombro.

El último movimiento lo hacía el ruso, apoyando su frente en la mejilla de Francisca, girando sobre su eje hasta caer de rodillas.

—¿Te quedas a la tarde? —susurró el ruso cuando Francisca apoyó la cabeza en su hombro.

—Sí —respondió Francisca de la misma manera, mientras él giraba y se inclinaba, todo al mismo tiempo.

—Tengo algo que hacer, debería desocuparme antes de las siete. Espérame.

Francisca bajó sus piernas hasta estar de rodilla y juntos se impulsaron para quedar de pie. Ya casi separados, y sin otra instrucción que dar, el director levantó una mano y apuntó al grupo.

Con mucho esfuerzo, suprimió la sonrisa de sus labios.

\*\*\*

El reloj marcaba las siete veinte, y Francisca se preguntaba si él realmente se presentaría. Tal vez solo estaba tomándole el pelo, haciéndola esperar cuando no tenía ninguna intención de ir.

Puso un disco y comenzó a moverse por el salón, con la impaciencia a flor de piel. Lo peor era que no le salía absolutamente nada bien. Con esa forma

de bailar, la expulsarían inmediatamente.

—Espero que eso sea solo calentamiento, es lo peor que he visto en años —dijo la voz rugosa y de extraño acento del director—, y he visto malas cosas.

—¿Se divierte alguna vez usted o todo tiene que ser profesionalidad al mil por ciento? —respondió la muchacha sin dejar de moverse, marcando aún más los errores en sus pasos.

—¿Y este juego en particular se llama *provoquémosle pesadillas al mundo*?

—No, se llama *mueve el trasero, rastrero*.

—No me gusta ese juego.

—Qué pena... de todas maneras, no lo iba a invitar a jugar.

—La mejor idea que has tenido en la vida, Soublette. Yo tengo uno mejor.

—¿Ah, sí? —Francisca por fin dejó de moverse—. ¿Cómo se llama?

—Calentemos, que tengo mucha energía que botar... —Francisca lo miró interrogándolo sin palabras—. La idiotez no es exclusiva de los alumnos. De hecho, hay algunos profesores que son peores. Pero eso no importa. Vamos, a la barra.

—Yo ya calenté. —Francisca ni se movió.

—Pero yo no —respondió el ruso—. Lo último medianamente decente que hice fue mandarte a practicar con tu amiguito. Vamos, acompáñame en la barra.

—De acuerdo, pero este es un favor que pretendo cobrar —dijo Francisca mirándolo de reojo, para descubrir que él tenía un gesto muy cercano a la diversión.

—Trabajemos con el método Cecchetti.

—Su favorito, asumo.

—¿Por qué?

—Por la rigurosidad.

—Solo para enseñar a pequeñas niñas desobedientes y descaradas como



tú. *Croise devant*.

—Yo soy muy obediente —refutó Francisca sonriendo abiertamente—, cuando quiero.

—No te escucho —dijo el director, también sonriendo y haciendo sus ejercicios.

Después que hicieron dos series completas de ejercicios, fue el mismo director quien se acercó a la radio y puso un disco que sacó de su chaqueta.

—Quiero enseñarte una pieza que llamo *Las Horas* —le explicó—. La música la compuso el maestro Colantoni según las indicaciones que yo le di.

—¿Música original?

—Eso. Y viene grabada una y otra vez en el disco, así no tenemos que preocuparnos. Ven acá.

Y empezó a explicarle de qué se trataba la pieza y cuáles eran los movimientos. Comenzarían con ambos de pie juntos, ella de espalda a él, con los brazos elevados. La música partía con un suave tintineo del piano y luego un redoble de timbales con un único golpe seco al final, momento en que él la levantaría tomándola por la cintura.

Fueron viendo cada momento paso a paso, unas siete u ocho veces, hasta que Francisca fue capaz de hacer la pieza de principio a fin sin interrupciones.

Cuando por fin la vieron completa, Francisca se tiró al piso con el último golpe, comenzó a reír como una niña y se puso de pie, el pelo con mechones sueltos y los ojos verdes brillando intensamente.

—¡Me gustó! —exclamó la muchacha acercándose una vez más al director, que también sonreía divertido cuando se ponía de pie—. Me encantó el piano, que suena como el tic tac del reloj. Es divertida, original, combina muchos aspectos técnicos de distintas corrientes.

—¿Lo hacemos otra vez? ¿O es muy tarde?

Francisca miró el reloj en la pared. Eran las ocho cuarenta.

—Sí, es tarde. Pero hagámoslo una vez más.

—¿Más entretenido que *mueve el trasero, rastrero*, ah?

—Mucho —contestó Francisca, riendo nuevamente.

Esa noche, en vez de irse y dejarla sola, el director la ayudó a ordenar e incluso sostuvo su chaqueta para que se la pusiera. Salieron juntos y la acompañó a esperar el taxi que la llevara a casa.

—Me imagino que mañana no te quedas —dijo el director después de unos minutos de incómodo silencio.

—No —confirmó Francisca—. Normalmente, el viernes estudiamos en la biblioteca y a veces nos vamos al departamento de Tommy, especialmente si tenemos que hacer algún trabajo o la semana anterior a los exámenes, porque estudiamos hasta muy tarde. Si no, yo aprovecho de descansar un poco y ordeno mi departamento, así el sábado y domingo estudio tranquila.

—Claro, me lo imaginaba. Supongo que nos veremos el martes en clases entonces.

—Por supuesto. —Antes de darse cuenta de lo que hacía, Francisca sonrió amistosa.

—Ahí viene un taxi —dijo el director con el ceño fruncido. Levantó una mano y el auto paró inmediatamente a su lado—. Hasta el martes, Soublette.

—Hasta el martes, señor director —respondió Francisca.

Borró inmediatamente su sonrisa, recordando, gracias al ceño fruncido del hombre, que no eran compañeros; él seguía siendo su profesor y no le interesaba en lo más mínimo lo que ella hiciera. «Qué estupidez», pensó, «hablarle de mi fin de semana». Tiró la mochila dentro del taxi, se volvió para mirarlo y le hizo una pequeña reverencia que profundizó aún más el ceño del director.

«Que se vaya a la mierda», se dijo Francisca cuando el taxi avanzaba, dejando al ruso sumido en la oscuridad de la noche.

## CAPÍTULO SIETE

«Que estupidez», se dijo Francisca por milésima vez en los últimos cuatro días. Puso un disco de Vivaldi y se fue a la barra a hacer ejercicios. Era lunes y el director le había dicho «hasta el martes» cuando se despidieron el jueves. Y hasta ese momento se había cumplido su vaticinio.

Por lo que supo, no iba a la academia desde el viernes. Bien podría ser cierto lo que había escuchado Teresa en el baño, que ni siquiera estaba en el país, ya que el segundo año no tuvo clases. Una especie de broma macabra recorría los pasillos. Por fin el director los había citado a clases el viernes... para reemplazar la clase perdida.

Nuevas y descabelladas historias se contaban. Que el director había sido llamado por el gobierno de Rusia para una misión secreta. Era un desertor y en estos momentos le prestaba servicios al MI5. Fue a declarar ante el Gran Jurado en Estados Unidos respecto de una operación con la CIA.

Y si no había ido a clases, menos aún iría en la tarde a practicar con ella. Incluso había estudiado un rato en la biblioteca pensando que el director nunca llegaba antes de las siete.

—Qué estupidez —murmuró doblando las rodillas para quedar en posición de *demi plié*.

—Ya te dije que tu *plié* es magnífico. Un rombo perfecto. No una estupidez.

—¡Director! —exclamó Francisca viendo al hombre que le hablaba reflejado en el espejo junto a ella. Se soltó de la barra y se giró para mirarlo—. Buenas noches, señor director. —Hizo una pequeña reverencia—. Pensé que no lo vería hasta mañana —comentó casualmente—, incluso escuché... bueno, Teresa escuchó, que no estaba en el país.

—¿Y dónde se supone que andaba? —preguntó, auténticamente curioso según pudo constatar Francisca cuando él se apoyó en la barra a un metro de

ella.

—Depende de a quién escuche usted. Rusia, Inglaterra o Estados Unidos.

—No andaban ni cerca esta vez. Fui a Alemania y acabo de volver hace media hora.

Se desabrochó el abrigo y Francisca quedó asombrada por la ropa que vestía. Si podía decir guapo se quedaba corta. Camisa blanca y jersey gris marengo de cachemira. Pantalones de lana negra y botas negras brillantes. Tanta ropa oscura contrastaba con su piel clara y su pelo aún más claro. Los ojos azules se veían grises bajo esa luz.

—¿Recién empiezas?

—Sí, tenía que terminar un trabajo.

—Dame cinco minutos para cambiarme de ropa y vengo enseguida.

Al pasar por la puerta, tomó la maleta que había dejado ahí. Francisca buscó la grabación con la música compuesta por el maestro Colantoni. La dejó sobre el estuche y volvió a la barra.

—Calentemos con el método Vaganova —dijo el director cuando volvió—. Nos va a servir para darle más expresividad a los brazos en las horas tres y cuatro, tal como decías el jueves.

Francisca, ya acostumbrada a estar de espaldas al director durante los calentamientos, asumió la posición en forma automática.

—No —dijo él—, ponte de frente para poder mirarte las manos.

La muchacha se giró y se sorprendió al notar que el director no usaba las mallas habituales, sino un pantalón deportivo más suelto. Una pena, pensó, con lo que me gustan sus piernas. «Qué estupidez, Francisca», se reprendió, batallando para volver a concentrarse.

Trabajaron en la barra una media hora, y después el director cambió el disco. Se reunieron en la mitad de la sala y practicaron la coreografía unas diez veces hasta que Francisca, ya agotada por el día tan largo, bostezó entre una reproducción y la siguiente.

—Tienes toda la razón —dijo el director sonriendo—. Yo también estoy

agotado, pero necesitaba esto, estuve todo el maldito día metido en reuniones.

—¿Más idiotas con dos pies izquierdos?

—Y algunos con ningún pie en lo absoluto —confirmó cuando le pasaba una toalla.

—Me recuerda a mi hermana —dijo Francisca con una sonrisa tierna.

—¿Cómo?

—Mi hermana mayor —explicó la muchacha—. Marisa es mecánico y siempre se queja de los hombres idiotas... ella usa un lenguaje más... eh... pintoresco para quejarse de los idiotas que tratan de arreglar los autos por sí solos y terminan rematándolos.

—¿Tu hermana es mecánico? —preguntó frunciendo el ceño con duda—. ¿Hermana? ¿Mujer?

—Sí. —Francisca se rio—. Trabaja con mi papá en el taller. Y es una mujer... poco convencional, para decirlo con delicadeza.

—¿Se parecen entonces?

—No mucho —dijo Francisca negando con la cabeza, su sonrisa más amplia aún—. Hay cosas en las que somos exactamente iguales, pero otras... No, no nos parecemos. ¿Director? Son las nueve veinte, creo que me retiro.

—Sí, yo también. Abrígate por mientras yo ordeno y te acompaño a la salida.

—Gracias.

Unos quince minutos después, el director cerraba la puerta del taxi que la llevaría a casa.

\*\*\*

Estaban en medio de la clase del director el día martes cuando alguien con instinto suicida golpeó la puerta interrumpiendo el ensayo bruscamente.

—¡Pase! —gritó el director furioso, apretando las manos.

—Señor —dijo la secretaria—, querrá ver esto enseguida. —Le tendió un sobre y salió.

El director sacó una hoja, la leyó frunciendo el ceño más y más. El pianista se puso de pie y se acercó. Miró la hoja y dijo algo que nadie entendió. El director asintió, y el músico volvió a su lugar.

—Cara de luna, venga acá —gruñó el ruso.

Antje caminó nerviosa y con la cara roja a pesar del maquillaje. El salón estaba tan silencioso que se podría escuchar el vuelo de un insecto.

—Parece que pasó mejor Navidad que Almohada —dijo el director cuando llegó a su lado.

Ella inhaló rápidamente, sin entender nada aún, incluso miró a Francisca, tal vez pensando que podría explicarle algo. El director siguió la mirada de Antje hasta el rostro pálido de Francisca, quien le devolvió la mirada firme pero calmada. Estaba cobrando ese favor que el director le debía.

—Felicitaciones, Paers, va a ser madre —dijo mucho más amable, arrancando una exclamación de todos los presentes—. Ahora, váyase de mi clase y de mi academia.

—Sí, señor —dijo Antje con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa en sus labios.

Se dirigió a la puerta, junto a la cual estaban todos los bolsos, para tomar el suyo y retirarse, tal como se lo había dicho el director, pero no alcanzó a llegar antes que la interrumpieran.

—¡Antje! —gritó Francisca. Al momento, el director la miró con una ceja levantada—. ¿Señor?

—Un minuto —le respondió el ruso—, nada más.

—No te atrevas a irte de París sin despedirte como corresponde —pidió Francisca.

—No, claro que no —respondió Antje devolviendo la sonrisa—, ¿mañana al almuerzo?

Francisca asintió y volvió a su lugar bajo la atenta mirada del director.

—Supongo que hoy no va a cumplir con su promesa de practicar después de clases —dijo, dirigiéndose a Francisca—. Claro, la tía del año debe salir a comprar un regalo, ¿no? recuerde que su estadía en esta academia depende de que haya bajado ese asqueroso kilo extra con el que carga.

—No creo que un día me afecte. Y era una hora, señor director —respondió Francisca, agregando una ligera inclinación al detenerse junto a John—. Mañana lo retomaré, en todo caso.

—Una hora, dos o diez no creo que suponga gran diferencia. Y ahora, si ya terminó la telenovela, hagamos algo útil. Maestro, por favor.

\*\*\*

Durante las primeras horas del día miércoles, toda la escuela parecía revolucionada por esa nueva *expulsión*. Incluso *madame* Fayolle caminaba por los pasillos con el ceño fruncido y murmurando para sí misma de la irresponsabilidad de las jovencitas actuales.

—Está como cabra —dijo Thomas cuando se cruzaron por tercera vez con la mujer.

—Creo que su apellido debería ser *Fallada* —dijo Teresa—, no Fayolle.

—¿Qué significa eso? —preguntó John, y recibió la explicación susurrada al entrar a la sala.

Para Francisca, la clase de la tarde fue solo un largo prelude para el prometido encuentro con el director. Fue a la biblioteca a dejar un libro y se dirigió inmediatamente a la sala de ensayo.

Al llegar ahí se encontró con una enorme sorpresa. Ya había un ocupante. El director que intentaba poner música. Pero no en la destartalada y chirriante radio que *madame* Signoret le prestaba a Francisca, sino en un aparato a todas luces nuevo y moderno.

—Buenas noches, señor director —dijo Francisca al acercarse al hombre.

—Buenas noches, Soubllette —murmuró el hombre, un poco distraído,

concentrado en el catálogo que tenía en sus manos.

—¿Pasa algo, señor? —preguntó Francisca sentándose en el suelo, junto al director.

—Esto no quiere prender. La compré porque me tenía harto la porquería que llamas radio.

—Suenan horrible, ¿verdad? —Francisca sonrió traviesa—. Es propiedad de la academia.

—La academia tiene excelentes músicos para las clases, las radios las usan las alumnas fofas y gordas —respondió el ruso, mirándola de reojo, con el inicio de una sonrisa.

—Al menos mi Navidad no fue tan buena como la de Antje —dijo Francisca, con una sonrisa aún más abierta—. Y tal vez debería apretar el botón que dice *ON*.

—¡Por qué no lo pensé antes! —exclamó el director con mucha ironía—. Según este papelucho que no informa nada, está todo listo, pero no sale la música.

—¿Me permite? —pidió Francisca extendiendo la mano—. Se me da bien la tecnología —murmuró la muchacha mientras leía el manual y presionaba algunos botones. De pronto, la radio cobró vida y comenzó a reproducir los conciertos para órgano de Händel—. ¿En serio?

—Me encanta Händel, qué puedo hacer. Lo admiro enormemente, como músico y como persona. —Se puso de pie, llevando consigo el control remoto del aparato.

—Bueno, director —dijo Francisca, que también se ponía de pie—, no pensé que fuera tan mayor como para conocer y admirar personalmente al buen y viejo Georg.

—¿Estás lista para ser lo más descarada posible, verdad? —preguntó el director fijando su mirada en ella, con una ceja alzada, interrogándola—. Puede que te haga pagar eso, Soubllette.

—Señor director —dijo Francisca haciendo una profunda reverencia,



incluyendo brazos.

—Y ahora esa estúpida reverencia. Estás sumando una cuantiosa deuda. ¿Por qué haces eso siempre? Me molesta.

—Dicen que su familia tiene relación con los Romanov.

El ruso la miró entrecerrando sus ojos, dudando seriamente de la cordura de la muchacha. Luego, al ver la mirada clara y fingidamente inocente, hizo algo impensado para Francisca. Se rio. Pero no era una risa cualquiera, era una carcajada grande y fuerte, como su dueño. Alegre como nunca pensó Francisca que escucharía reír al director.

—Mi familia es pobre como las ratas —explicó el hombre al sacarse la chaqueta—, siempre vivimos en un pueblo al sur de Perm. Y lo único azul que tenemos son los ojos. Trabajemos.

Solo estuvieron unos quince minutos en la barra. Luego comenzaron a ver la nueva coreografía, que era bastante más tradicional que la anterior. La mayor sorpresa de Francisca en esa ocasión fue que el director no la tenía lista, por lo que a cada rato se detenían y él cambiaba una cosa o la otra e incluso escuchaba la opinión de Francisca en cuanto a algunos detalles.

—Me gusta eso que haces con las manos —le dijo en un momento—. Muéstrame.

Así estuvieron hasta cerca de las nueve de la noche. Cuando el director notó la hora, empezó él mismo a ordenar la sala mientras Francisca se ponía toda la ropa de abrigo y guardaba sus cosas.

Nuevamente el ruso la acompañó hasta la salida y detuvo un taxi para ella.

—Buenas noches, Soubllette —dijo antes de cerrar la puerta del vehículo.

\*\*\*

Al llegar la última semana de enero, y con ella las pruebas y exámenes, Francisca estaba totalmente tranquila y confiada sobre su peso. Además, de alguna manera sabía que el director no la expulsaría. No después de estar tres

semanas ensayando todas las tardes. Ni siquiera en clases era tan cruel con ella. Sus compañeros, por otro lado, seguían quejándose con justa razón del dictador.

—Señorita Soubllette, adelante —le dijo la misma enfermera que la controlara el mes pasado—, no tiene nada de qué preocuparse —agregó cuando ya había cerrado la puerta—. El director instruyó que se le informara de su peso, pero que no sería expulsada mientras se mantenga bajo los cuarenta y cinco kilos. Por favor, desvístase y vamos a la balanza.

Francisca ocultó una sonrisa tras el tejido del jersey. Cuando subió a la pesa, ya había borrado todo indicio del gesto de su rostro.

—Cuarenta y dos kilos —anunció—. Perdió dos kilos, señorita Soubllette.

En esa ocasión, no tuvo necesidad de ocultar su sonrisa.

La semana fue agotadora como de costumbre. El mismo director le había dicho a Francisca, el jueves anterior, que no se reunirían en toda la semana, así que la muchacha se iba a casa de Thomas con sus amigos a estudiar hasta altas horas de la noche.

El lunes, también como de costumbre, la academia recibió a sus alumnos con los resultados en la puerta. Para nadie fue novedad que Francisca y sus amigos ocuparan los primeros lugares en todas las asignaturas.

—Cojincito, ven acá —dijo el director al entrar a la clase del día martes—. Es tradicional que al finalizar marzo se realice un concierto de primavera. —Francisca se acercó con paso vacilante—. Son dos coreografías largas del segundo año y varias cortas del primero, de intermedio, mientras el segundo se cambia de ropa y se prepara. Ahí estás —dijo mirando a Francisca, que estaba parada a dos metros de él—. Estás tan delgada que casi ni te veo.

—Señor director. —Francisca se inclinó y se mordió los labios para no reír. La tarde anterior la había felicitado por la pérdida de peso apenas se encontraron... y había hecho comentarios sarcásticos el resto de la noche.

Luego el director le dio la espalda al resto de los alumnos y usó su cuerpo para tapparla.

—Vamos a hacer Händel —susurró— y *Las horas*. ¿Las recuerdas bien?

—Sí —respondió Francisca.

—Mal —el ruso hizo una mueca—, finge entonces. Vamos a ver *Las horas* primero —dijo mientras comenzaba a gesticular, como explicándole los movimientos que verían a continuación.

\*\*\*

El jueves en la noche parecía que todo les salía mal a los dos. El director estaba tratando de componer una pieza nueva para el concierto de primavera, por lo que cambiaba de opinión a cada rato, incluso en medio de un paso.

—¡No me gusta! —gritaba de repente, y volvían a empezar.

La desgracia les sobrevino cuando llevaban unos cuarenta minutos ensayando y hasta discutiendo. El director estaba molesto. Francisca estaba más que harta. El paso que veían era muy complejo, requería toda la fuerza y precisión de ambos, pero ninguno estaba en su mejor momento.

El director debía bajar a Francisca desde lo alto de su cabeza hasta el suelo en un movimiento rápido, deteniéndola en un momento preciso, pero en una mezcla de descoordinación y humedad en las manos de ambos, la muchacha salió despedida con fuerza y aterrizó a un metro de distancia.

—¡Francisca! —gritó el director, perdiendo automáticamente todo el color de la cara y, aunque tiritaba completamente, no podía dar ni un paso para acercarse a ella.

—¡Qué mierda fue eso! —gritó Francisca luchando por ponerse de pie—. Me duele como los diez mil infiernos —agregó masajeando suavemente una pierna—. Un poco de ayuda no me vendría mal, director, si no está muy ocupado.

Pero la única reacción del director había sido cerrar los ojos y respirar muy desacompañadamente, apretando las manos, murmurando algo que Francisca no entendía, ya que hablaba en ruso. Francisca se puso de pie, adolorida, agotada y angustiada en partes iguales, y se acercó al director, haciendo

suaves movimientos para aliviar el dolor de su espalda y cuello.

—Francés o inglés, por favor —pidió cuando llegó al lado del director—, no entiendo ruso.

—Es culpa mía —dijo cambiando al francés, abriendo apenas los ojos, con el rostro aún blanco y desencajado—, todo es culpa mía, yo sabía... Francisca, si te pasa algo... —Cerró nuevamente los ojos, respiró profundo en un infructuoso esfuerzo por controlarse—. No te preocupes... aunque el médico diga que no puedes continuar... si la lesión es muy fea... vuelves el próximo año, yo aseguro tu cupo... me hago totalmente responsable...

—No se preocupe, director, estoy bien. —La muchacha lo miraba con una enorme preocupación. Nada podría prepararla para lo que veía. El ruso siempre tan controlado, tan dueño de la situación, pálido, inmóvil y casi tartamudeando. Ni siquiera sabía si notaba que ella estaba a su lado—. ¿Director?

Era una situación tan extraña que hizo algo que jamás había pensado que podría llegar a hacer, algo tan fuera del mundo normal que por fuerza tenía que hacer que el hombre reaccionara.

—¡Hey, Vinográdov! ¡Estoy bien! —Pero el resultado no fue el esperado, ya que el director no solo no reaccionó, sino que parecía estar peor—. ¿Director? —murmuró Francisca, acercándose un paso más hasta quedar a escasos centímetros del hombre. Antes que pudiera darse cuenta de lo que hacía, posó una mano en el brazo del ruso y se lo acarició suavemente—. Director, por favor, cálmese. Estoy bien, no me pasó nada.

Para el director, el suave toque de Francisca se asemejó a un hierro candente tocándole la piel desnuda. Apretó las manos hasta que sus nudillos estuvieron blancos. Inhaló profundamente en repetidas ocasiones, con cada exhalación parecía que su cuerpo se iba relajando cada vez más, hasta que finalmente fue capaz de soltar las manos, abrir los ojos y mirar a la muchacha.

—Lo siento, lo siento mucho, no sé qué me pasó... En realidad, sí lo sé...

—No se preocupe —respondió la muchacha con una suave sonrisa—,

también fue culpa mía, ambos estamos agotados y transpirados. Yo misma no alcancé a tomarle bien la mano.

—Si te hubiera pasado algo...

—Pero no me pasó nada. Tengo huesos Soubllette. Somos firmes como las rocas.

—Algunos tienen toda la suerte del mundo —dijo el director con una sonrisa triste—. Te mereces una explicación al menos.

—No hay...

—Sí. —El hombre la interrumpió con firmeza—. No del accidente, de mi falta de reacción.

—Director, yo...

—Creo que me gusta más eso de «¡Hey, Vinográdov!». —El ruso tenía sus cejas alzadas en profunda ironía.

—Lo siento, yo no sabía qué más hacer para que reaccionara.

—No te preocupes, lo prefiero al «Señor director» con tu estúpida reverencia.

—Como quiera. —Francisca sonrió traviesa, ya tranquila porque todo volvía a la normalidad.

—Ven —le pidió caminando hacia las sillas que estaban en el fondo—, sentémonos un rato.

Francisca lo siguió y aceptó la silla que él le acercó. Se sentó con una mueca de dolor, pero sin ningún quejido. El director se ubicó frente a ella, mirándola atentamente, como buscando algún signo del golpe, alguna inflamación. Ella le devolvió la mirada, interrogante.

—Llevaba... —El director respiró profundo y volvió a comenzar—. Llevaba unos dos años viviendo acá con mi tía. Un día, ensayando en el teatro, me caí. Era una secuencia larga, varios saltos y piruetas, trazando un círculo en el escenario. Un movimiento con el que yo había adquirido fama en Rusia, con el Bolshói. —Francisca inhaló rápidamente, sabía de qué hablaba, lo había visto en el video—. Al principio, pensé que no pasaba nada,

entonces una compañera lanzó un grito horrible. Y miré mi pierna. Había mucha sangre. Se veía algo blanco y supe que tenía una fractura expuesta. En el hospital, me hicieron algunas pruebas y rayos. Me pusieron algo para el dolor y me quedé dormido, pero al despertar, fue peor. —Respiró profundamente y cerró los ojos por unos momentos—. Tenía mi muñeca fracturada, el hombro dislocado y en el codo había sangrado interno, por lo que suponían que también tenía alguna fractura. Pero lo peor era la pierna.

Francisca lo miró pensando que si la pierna era lo peor, no quería saberlo, no después de escuchar la lista de desastres del brazo.

—Tenía la tibia fracturada en tres partes por lo que la radiografía mostraba. —El director siguió casi impasible, procurando mirar a cualquier lado menos a Francisca. La muchacha suponía que no quería ver la lástima que le inspiraba—. Al menos esa era la teoría. Cuando por fin salí de pabellón, tenía inmovilizado el brazo y la pierna enyesada desde la rodilla. El dolor era indescriptible. Entonces supe la verdadera naturaleza de mi desgracia. En realidad, parte del hueso se había pulverizado y tuvieron que rearmarme la pierna con un implante de titanio.

—Señor, no es necesario que me cuente esto...

—Lo sé —confirmó él con una sonrisa triste—, créeme, sé que no es necesario para ti.

—Director...

—Los médicos no se explicaban que una caída tan pequeña hubiera provocado tanto daño. —El hombre siguió antes que Francisca pudiera agregar otra cosa—. Menos a alguien como yo, joven, en excelente forma. Un deportista bien alimentado. Unos días después, un médico que no conocíamos, un alemán, fue a interrogarnos. Nos hablaba de muchas cosas, pero yo ni lo escuchaba. Irina respondía como podía, hasta que vi como cambiaba su gesto. No me crecen las uñas, había dicho. Yo no entendía, pero el doctor siguió preguntándole cosas, y ella se acordaba de su abuela, que hablaba de unos tíos que habían muerto muy niños. Incluso la causa de la muerte de uno de ellos fue por desangramiento. Y en la ignorancia de la

época, se pensó que era hemofilia. Enfermedad muy linda de padecer en los últimos años de los zares, ya que te vinculaba de alguna manera a los Romanov.

—Por eso se rio tanto ese día. —Francisca sonrió a pesar de lo triste del relato.

—He escuchado cosas raras que se dicen de mí y, en general, no me molesta. —El director rio con Francisca—. Pero jamás había escuchado que fuéramos familia de los Romanov.

—Bueno, ahora yo lo entiendo —dijo Francisca—. Una de las cosas que más se pregunta la gente... esto, los alumnos en general... es porqué se retiró usted tan joven.

—¿Y? Vamos, no me dejes con la duda.

—El *ballet* era solo una tapadera para entrar en países enemigos de la Unión Soviética.

—¿El espía, ah? ¿Qué más?

—En realidad, es enemigo del gobierno ruso, por lo que ellos contrataron a un espía de verdad para que, de alguna manera desconocida, arruinara su carrera. Es tan caprichoso que un día dijo «No más» y se retiró. La academia le ofrecía más dinero. En verdad, es dueño de la academia y ante su inminente quiebra, tuvo que dejar el *ballet* para dedicarse a salvarla. Y las enfermedades, claro. Desde «Es familia de los Romanov y tiene hemofilia» hasta «Es homosexual y tiene SIDA», pasando por «Rescatando a su amigo, el príncipe Malik, contrajo el ébola en África».

—Malik no es príncipe. —No aclaró si eran amigos, si lo había rescatado ni nada más—. No soy homosexual, aunque el SIDA no es exclusivo, también te toca si eres hetero y no te cuidas. Y no es hemofilia, es osteogénesis imperfecta.

—¿Los niños de vidrio? —preguntó Francisca con el ceño fruncido—, pero eso...

—Es una forma de la enfermedad. Mi organismo se cansó de producir colágeno en las cantidades necesarias. Tomo suplementos de colágeno,

vitamina D y calcio. Hago vida al aire libre y me mantengo en forma, pero no hay nada que me pueda mejorar.

—¿El médico era alemán? —preguntó Francisca con los ojos entrecerrados, recordando algo que él le había dicho—. Entonces, ese viaje...

—El profesor de historia ya me había dicho que eras muy buena relacionando hechos. —El director la interrumpió con una sonrisa irónica—. Pero no pensé que, además, fueras rápida.

—Eso casi sonó a un halago —dijo Francisca.

—Eso casi fue un halago —confirmó el director. Se sentó hacia atrás en la silla y relajó las piernas, estirándolas hasta ponerlas una a cada lado de Francisca—. Voy una vez al año a Alemania a controlarme con el maldito doctor que me arrebató mi carrera.

—Director, yo...

—¿Ahora qué, Soubllette?

—Debo confesar algo... Hace unos meses, encontré un disco en la sala de medios. —Bajo ningún aspecto iba a delatar a John ni a sus amigos—. La caja tenía una marca distinta a la de los otros discos y me llamó la atención. Cuando pude, fui a la sala y vi la grabación. Era usted en una presentación del Bolshói.

—No sabía que existía tal cosa. Si vas de nuevo a la sala, ¿podrás encontrarla?

—Creo que sí.

—Entonces iremos mañana, ¿de acuerdo?

—Claro, señor. Pero no es nada de lo que... es decir...

—¿No debería avergonzarme? No lo hago, al contrario, pero no me gusta que exista la posibilidad de que un alumno pueda verla. Tampoco un profesor.

—Claro, señor. Pero no era eso lo que yo quería decirle.

—¿Tienes otra confesión?

—No, la confesión tenía que hacerla para poder decirle que lamento



mucho lo que le pasó. —Francisca lo miró de frente. Algo en la expresión del hombre, algo que le recordaba el video, le devolvió la emoción que sintiera aquel día, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Lo siento mucho por usted, porque un hombre tan joven y tan talentoso no debió sufrir así, no debió perder de esa manera sus sueños y su carrera. Y lo siento mucho por nosotros también, que fuimos privados de un bailarín tan magnífico como usted es.

—Era —aclaró el hombre con un gesto extraño en la boca que la muchacha no supo cómo interpretar—. Y los sueños no existen, Francisca, solo la realidad. Lo único que podemos hacer es sacar el mayor provecho a lo que nos tocó. Es muy tarde ya, vamos.

—Claro, señor. —Francisca trató de levantar la mochila, pero el director se lo impidió.

De camino a la salida, también agarró la radio y la dejó en un cajón del mueble de la recepción, junto a la puerta de calle.

—Mañana la paso a buscar —le dijo al guardia que estaba a un par de metros—. También estoy muy cansado y adolorido —le explicó a Francisca—. Respecto de lo que conversamos...

—No se preocupe. —Francisca se detuvo en el borde de la acera donde solían esperar el taxi—. Tendría que partir por explicarles a mis amigos que llevo un mes practicando con usted sin que ellos lo supieran, no podría llegar y decirles «adivinen qué averigüé anoche».

—¿Y es algo que no piensas hacer?

—No, a menos que quiera que ellos piensen que soy masoquista. —Francisca se burlaba tan obviamente de él, que ambos rieron simultáneamente.

El director levantó una mano cuando apareció un taxi en la esquina. El vehículo se detuvo junto a ellos, él abrió la puerta y tiró la mochila de Francisca al interior.

—Toma algo para el dolor —le pidió antes que ella subiera—. Le voy a pedir al entrenador Malik que no sea tan riguroso contigo mañana. Si tienes molestias, vas al médico y me avisas.

—Claro, director. No se preocupe, va a ver como el lunes ya estoy en perfectas condiciones y el paso nos sale al primer intento.

—No vamos a hacer ese paso nunca más —dijo el director con severidad—. Te prohíbo estrictamente siquiera intentarlo.

—Sí, papá —respondió Francisca riendo—. Nadie me prohíbe estrictamente nada, señor director. Menos alguien que quiere que le guarde un secreto.

—La gente que no quiere ser expulsada de la academia guarda un secreto cuando le conviene.

—La gente que amenaza con expulsarme de la academia tiene que saber que no va a vivir para conocer las consecuencias de sus actos impulsivos. Después de todo, tengo un gran secreto que me va a servir. Y mi hermana es capaz de arreglar cualquier cosa y hacer que parezca accidente.

—La gente cuya familia vive al otro lado del océano no debería proferir amenazas en vano.

—La gente no hace amenazas en vano cuando sabe que dentro de un mes, más o menos, va a poder cumplirlas cuando su familia venga a visitarla.

—La gente que pretende pasar por buena niña se va a su casa, descansa y se toma un medicamento, y vuelve a la academia temprano en la mañana.

—La gente que tiene razón bien podría quedarse callada.

Francisca se rio y luego entró al taxi. Ya acomodada y antes que el vehículo partiera, levantó una mano a modo de despedida. El director hizo el mismo gesto y lo mantuvo hasta que el vehículo se perdió al doblar en la esquina.

## CAPÍTULO OCHO

Al día siguiente al accidente, Francisca fue sola a la sala de medios y sacó el disco que ya había visto con sus amigos, junto con otro que tenía la misma marca y que no habían notado antes.

Celosamente, los guardó en la mochila y los llevó a su casa, pensando en entregárselos al director el lunes en la noche, pero él se las arregló para hacerle saber que trabajaría toda esa semana con dos bailarines de la Ópera, por lo que no podrían verse. Francisca agradeció el descanso y la oportunidad de estudiar más, pero hubiera preferido deshacerse lo antes posible de los discos.

Muy atrevidamente, el viernes siguiente, fue hasta la oficina del director con una excusa que le sonaba barata incluso a ella. Como no encontró a la secretaria en su puesto, se acercó a la puerta de la oficina, pero se detuvo inmediatamente al escuchar las risas y voces masculinas.

—Tal vez algo como Murciélago, por el pelo negro además —decía el entrenador.

—*Nunca vi ni espero ver a un elefante bailar* —canturreaba el maestro—, por Dumbo.

—¿Son orejas eso que tienes ahí o es que te crecieron alas en la cabeza? —agregó el director.

Francisca encontró tan ofensivo que los hombres rieran al pensar en nuevos sobrenombres para los alumnos que estuvo a punto de entrar, tirar los discos y decirles un par de cosas a la cara.

Pero se contuvo pensando que tenía muchas armas para desquitarse del director al menos. Hacerlo frente a los otros hombres significaría la expulsión. Y hacerlo en público sería peor.

Además, aunque no le explicara a nadie más, a sus amigos sí tendría que decirles todo, incluyendo que se había convertido en una vulgar ladrona por

un hombre que no merecía que le diera ni los buenos días.

Para el lunes siguiente había mirado y analizado a cada uno de los alumnos del primer y del segundo año y nadie tenía las características mencionadas. Las ansias de venganza de Francisca se fueron desinflando, dejándole la rabia, y cuando, en mitad de un pasillo, el director le hizo un gesto indicándole que se verían esa noche, asintió.

Había decidido que no se vengaría de él, le mostraría su superioridad entregándole los discos y diciéndole exactamente lo que pensaba de su costumbre de poner apodos y hacer de eso un entretenimiento para él y sus amigos. Terminaría su discurso diciéndole que no volvería a verlo en las noches porque la crueldad desplegada en el día era más que suficiente para ella.

Contenta con su decisión, volvió a la clase de *madame* Fayolle para esperar impacientemente que dieran las siete de la tarde.

Ni siquiera se tomó la molestia de sacarse la ropa. De hecho, se había soltado el pelo en vez de volver a hacerse el moño apretado con el que pasaba todo el día en la academia.

Y allí estaba, como una justiciera cualquiera esperando la caída del verdugo de tantos pobres indefensos bailarines. Sentada, con la mochila al lado de la silla y los discos en la mano, miraba cada pocos minutos el reloj. Decidió que no debía perder la calma antes de poder decirle exactamente lo que pensaba, así que cerró los ojos y trató de relajarse.

—Buenas noches, Soubllette. —De pronto escuchó la voz levemente rasposa del director—. ¿Qué pasa que no estás vestida y lista para empezar? Tengo una idea que sé que te va a gustar.

—No lo creo, señor director. —Francisca mascaba con rabia cada una de sus palabras—. De hecho, creo que no me gusta ninguna de sus ideas.

—¿Pasa algo? ¿Te duele la espalda, te dijo algo un médico? —preguntó el hombre, acercándose preocupado hasta llegar junto a ella—. No te inquietes, ya te dije...

—No, señor director, no es eso. Estoy perfectamente bien. Además, fue

hace diez días.

—¿Estás molesta porque no pude trabajar contigo la semana pasada? —El director se detuvo justo en frente de Francisca, y por un momento la muchacha pensó que iba a tomarla del brazo o algo, porque levantó una mano y antes de llegar a su destino volvió a bajarla—. Podría haber arreglado el horario, pero creí que te vendría bien el descanso para recuperarte del golpe.

—Así fue, señor director. —Por su tono de voz, no parecía que fuese algo bueno.

—Me podrías decir entonces qué mierda te pasa, no tengo tiempo para lidiar con niñas malcriadas —dijo el hombre, contagiándose con el mal humor de Francisca.

—Por supuesto, me imagino que necesita mucho tiempo libre para reunirse con sus amigos a burlarse de los alumnos, aunque yo aún no sepa quién demonios es Dumbo.

—¿Qué? No entiendo...

—¡Pues tal vez sea mejor que se lo explique! —gritó Francisca, que ya no intentaba mostrarse calmada—. ¡Recuperé los malditos discos para usted y, como quería deshacerme de la evidencia de mi delito, fui a su oficina el viernes!

—Ahh... yo pensé que era algo grave. —El director se relajó visiblemente—. Me escuchaste hablar con Malik y Pietro.

—¿Y eso no es grave? Pues, ¡piénselo malditamente bien! —Francisca gritaba cada vez más, el aparente relajamiento del hombre había sido una ofensa aún mayor—. Ya son horribles todos esos nombres crueles y malintencionados que nos dice en clases, pero saber que se junta con sus amigos a pensarlos y se ríen de todos nosotros es... es... ¡abominable, maldito idiota!

—¿Perdón?

—Y si quiere expulsarme por lo que le dije, piénselo dos veces. ¡Y más aún, estúpido engreído! ¡Maldito ruso déspota y cruel!

—Bueno, bueno, así que tenemos garras y mala lengua —dijo el director

levantando su sarcástica ceja—. Me sorprende usted, Insignificante. Y aunque no le debo ninguna explicación, sepa que es el directorio quien por contrato me ordena que sea lo más exigente que pueda, rayando incluso en el maltrato y abuso verbal. Por qué lo hacen, no tengo ni idea, aunque Irina creía que se debía a que son un montón de malditos idiotas y estúpidos engreídos con cero talento y mucho resentimiento. Por supuesto, siendo yo el maldito ruso déspota y cruel que soy, puedo dar rienda suelta a toda la amargura que llevo dentro y desquitarme con ustedes, brillantes jovencitos que tienen toda su carrera por delante, cuando la mía fue arruinada.

—¡No es culpa nuestra que su carrera haya sido arruinada!

—Y no es culpa mía que el mundo del *ballet* sea tan exigente que, de los cincuenta bailarines que recibo cada año, solo diez vayan a triunfar realmente y tenga la obligación de matar ilusiones a diestra y siniestra. —La miró atentamente por un momento antes de dar la vuelta y caminar hacia la puerta—. No se preocupe por ser expulsada por su arranque infantil. Nos veremos en clases.

Francisca se quedó mirando la espalda del hombre mientras él caminaba. A pesar del porte orgulloso y elegante, sabía, no entendía cómo, pero *sabía* que estaba sufriendo y se sintió terriblemente mal por ser ella quien le causara tal dolor.

—Lo siento —murmuró, y aunque hubo una pequeña variación en el ritmo, el director siguió caminando—. Lo siento —repitió un poco más fuerte, sin cambios en el resultado. Aunque todavía sentía algo de la rabia de temprano, esta había sido opacada con una explicación que no se merecía—. ¡Lo siento! —gritó por tercera vez, pero el director ya había alcanzado la puerta y tomaba el picaporte para abrirla—. ¡Hey, Vinográdov! ¡Estoy tratando de disculparme aquí, a ver si te enteras!

Y sin saber de dónde salía el impulso, tomó uno de los discos que aún tenía en la mano y se lo tiró por la espalda, con tal suerte que el director se volvió en el momento justo para esquivarlo con el brazo.

—Debo decirte, Soubllette, en aras de mejorar tu educación —replicó el

director con un deje de ironía en su voz—, que apestas en esto de disculparte. Por eso es tan difícil enterarme.

—No suelo hacerlo, necesito práctica. —Francisca tenía su mentón alzado en porfiado orgullo.

—No creo que hayas tenido muchas ocasiones en el pasado.

—¿Que no? Piénselo de nuevo.

—Una cosita pequeñita y adorable como tú no puede andar ofendiendo a muchas personas.

—¿Así, ah? —Prefería no pensar en que el hombre le había dicho «cosita pequeñita y adorable»—. Sepa usted que soy odiada en dos continentes —concluyó, cruzando los brazos por encima de su pecho—. Hágase eso. Levanto odio en bailarinas menos talentosas que yo y en idiotas con dos pies izquierdos.

—Bueno —dijo el director con una breve y elocuente sonrisa—, me consta que soy odiado en tres continentes por bailarines con menos talento que tú, por idiotas con dos pies izquierdos y —puntualizó mucho esa última palabra— por sus familias, además de promotores deportivos, prometidas obligadas furiosas y probablemente mucha gente de la que no tengo ni idea que existe.

—¿Tres? —preguntó Francisca con los ojos entrecerrados—, supongo que dos son Europa y Asia, considerando que Rusia se extiende por los dos continentes —agregó, pensando cuál sería el tercero—. ¿África? ¿Es África el tercer continente?

—Eres demasiado inteligente para tu propio bien —dijo el director acercándose más a ella—. Aunque debería sumar al resto, supongo, efectivamente, es África el tercer continente.

—Entonces el entrenador Malik sí es un príncipe que perdió a toda su familia y usted lo rescató de un destino peor que la muerte.

—No. —El director se rio—. No es un príncipe bajo ningún aspecto, pero sí perdió a toda su familia. Y en cierto sentido, él me rescató a mí tanto como yo lo rescaté a él.

—¿Y el maestro Colantoni? —preguntó Francisca—. Es curioso, recién lo pienso, pero de él no se escuchan historias.

—Eso es porque Pietro ha tenido una vida de lo más normalita comparada con la de Mal y la mía. Estoy extenuado —agregó, dirigiéndose a una silla. Cuando se sentó, Francisca lo imitó—. Pietro es el único de nosotros que sigue teniendo familia. Tiene una abuela adorable, a la que todos le decimos Mama Rosa, dos hermanos, una hermana y siete sobrinos. Lo mejor es que sus padres lo aceptan tal y como es. De hecho... —Se rio—. Mis mejores ideas nacen en la casa Colantoni. Lo de Insignificante es idea del sobrino mayor de Pietro.

Francisca no entendía porque el director le contaba esas cosas. No podía ni empezar a dilucidar qué bicho le había picado, pero era absolutamente fascinante.

—¿Cómo se conocieron? Con el maestro, me refiero.

—Lamentablemente, fue durante un momento muy triste. —Los ojos del director cambiaron automáticamente a una tonalidad como brumosa—. Fue en el funeral de Irina. Vino mucha, mucha gente. Pero el que más llamó mi atención era este hombre que no podía dejar de llorar. Hubo un servicio y lloró. La llevamos al cementerio y lloró. Todos se habían ido, pero ahí seguía este tipo. Cuando ya quedábamos solo los tres, me acerqué a él. Entonces pude asumir que Irina no había sido mi tía en exclusiva. Había sido tantas cosas para tantas personas. Para Pietro fue su inspiración. La conoció más años que yo incluso. Y su coraje, su valor, su increíble talento y la manera que tuvo de reinventarse una y otra vez lo guió a través de sus años de adolescencia.

—¿Por qué dice que él conoció a su tía por más años que usted? —preguntó Francisca.

—Me imagino que has escuchado alguna historia de mi tío y la KGB.

—Por supuesto. Son orejas eso que tengo en mi cabeza —dijo irónica, arrancando una sonrisa del rostro pétreo del director.

—Bueno, entonces entérate que algunas de esas historias son ciertas. Mi



tío, Iván Vinográdov, un excelso bailarín de *ballet*, desertó de la Madre Rusia y vino a vivir a Francia, protegido por el gobierno y ayudado por muchos en la comunidad...

—¿Del *ballet*? —preguntó Francisca, interrumpiéndolo.

—Sí, de la danza en general y de la comunidad homosexual en particular. Bueno, no solo homosexual, sino que todos los que no son hetero. Y algunos de esos también. Aquí, gracias a los buenos oficios de muchos médicos, Iván murió y nació Irina.

—¿Entonces...?

—Mi tía Irina, mi muy amada tía Irina, mi única familia, era en realidad mi tío Iván —concluyó el director—. Después de su transformación se dedicó a la danza moderna...

—¡Irina Vasilova! —exclamó Francisca de pronto—. Su tía es Irina Vasilova. Ella era... maravillosa... excelsa... celestial... *La mejor bailarina del universo entero* —agregó en español.

—Parafraseándote, «inglés o francés, que no entiendo español» —dijo el director con sus ojos aclarándose por momentos.

—Lo siento, es algo que dice Teresa. —Le tradujo la frase—. Ella la ama. Absolutamente la ama. Dice que si un día llega a bailar la mitad de bien que Irina, será la mujer más feliz del mundo.

—Esa es Irina. —Una sonrisa dulce, inimaginable en el duro rostro del director, se llevó los últimos restos de tristeza—. Así conoció a Pietro, en una función. —Calló por un momento, mirando a Francisca—. Nunca te había visto el pelo suelto —dijo de pronto—. Es hermoso.

—Gracias. —Francisca se sonrojó—. Siempre lo llevo amarrado porque es mucho y lo tengo muy largo. Pero me encanta, es mi gran vanidad.

—Parece una cascada de oro cayendo así en tu espalda —dijo el director con una voz profunda, los ojos fijos en el pelo de Francisca.

—Yo... no sé... —Francisca, aún más roja, no sabía qué decir y tartamudeaba por el asombro que le causaba un comentario tan personal y tan

hermoso—. Creo que gracias es poco —dijo por fin.

—No hay nada que agradecer cuando uno dice la verdad. —El director finalmente recuperaba su gesto y voz normal—. A todo esto, Dumbo no es ningún alumno. Es el primer aceptado para el próximo año, aunque él todavía no lo sabe. Un descubrimiento de Giuseppe Colantoni.

—Con razón no podía encontrarlo por ningún lado. ¿Señor? ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Creo que ya te he contado muchas cosas por hoy. Tal vez otro día. Aunque me imagino que ya sabes lo que te voy a pedir.

—Que no le diga nada a mis amigos. Eso está hecho. Tendría que confesarles que robé el disco que enc... —Se quedó callada al darse cuenta de que iba a decir «el disco que encontró John», y eso sería delatar a su amigo.

—¿Por qué no me dijiste que había sido Mariposa quien... —ante su mirada furibunda, el director cambió automáticamente la forma de referirse a John— John, quien encontró el disco?

—Por el mismo motivo que no le voy a decir a Johnny que robé el disco del maldito ruso bas... del director —respondió con una sonrisa traviesa.

—Creo que llegó el momento de que empieces a llamarme por mi nombre, Francisca, al menos acá, fuera de clases.

—No sé si pueda hacerlo. ¿Cómo sabe usted que fue John quien encontró el disco?

—Si lo practicas, seguro lo consigues. Repite conmigo: Baran, ¿cómo sabes que fue John quien encontró el disco?

—Respóndame primero y después le vuelvo a preguntar.

—Pregúntame primero y después te respondo. Incluso puede que te deje hacer otra pregunta.

Francisca lo miró un momento, insolentemente recorrió cada uno de los rasgos del profesor. Sonrió traviesa y movió la cabeza de izquierda a derecha.

—No, creo que no acepto el trato.

—¿Qué te parece este? Pregúntame lo primero que querías saber, yo te respondo y después me preguntas de nuevo por John.

—Me gusta. Señor director —dijo, marcando sílaba por sílaba—, ¿cuántas veces vio mi audición antes de aceptarme?

—Una —respondió el director, corto y preciso. Francisca no cabía en sí de gozo y su enorme sonrisa lo demostraba.

—Entonces..., Baran. —Casi se atragantó con el nombre del director—. ¿Cómo sabes que fue John quien encontró el video?

—Yo sé todo lo que pasa en esta academia —replicó ominoso—. Hay una sola cosa que no sé y me está volviendo loco. ¿A dónde se van tú y tus amigos a la hora del almuerzo? Sé que a principio de año cruzaban a la plaza, pero ahora no tengo ni idea.

—¿Y cómo sabes eso, Baran? ¿En verdad eres espía?

—No —dijo serio y después se rio—, aunque creo que si hubiera nacido unos veinte o treinta años antes, podría haber sido un excelente agente durante la Guerra Fría.

—¿Me vas a responder? —preguntó Francisca impulsándose hacia adelante para quedar sentada en el borde de la silla.

—Respóndeme tú primero, Pequeña Fran, y después te responderé yo.

—No voy a hacerlo. —Francisca se puso de pie y se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Entonces yo tampoco —replicó Baran imitándola.

—¿No se suponía que si te llamaba por tu nombre me ibas a responder?

—Una pregunta, eso era todo. Soy un negociador duro. Todo está en saber quién quiere obtener algo más de lo que lo haces que tú.

—Creo que tú quieres saber a dónde vamos a la hora de almuerzo más de lo que yo quiero saber cómo sabes todo lo que pasa en la academia. —Francisca lo miró por un momento, exasperada ante su silencio absoluto, irritada por esa ceja sarcástica que estaba alzada a mitad de la frente. Muy deseosa de saber la respuesta—. Tommy compró una casa en la cuadra del

frente. Fue una semana que pasamos entera encerrados en la academia porque llovía. Así que, un día, apenas salió el sol, nos fuimos a la plaza. Estábamos helándonos el tra... teníamos mucho frío... Tommy se fijó en un cartel y cruzó. Cuando volvió, ya la había comprado.

—¿Thomas Van simplemente fue y compró una casa? Hay gente que no debería tener más dinero que sentido común.

—Algo parecido dijimos nosotros, pero él ya la había comprado y en tres días, ¡tres, sí, te lo puedes creer!, la casa ya había sido arreglada, amoblada y hasta contaba con alimentos y todos los servicios básicos y algunos no tan básicos como ama de llaves y chofer.

—¿Y compró la casa solo para ir a almorzar? Creo que Chico Fiestero sale y entra Niño Rico.

—No le puedes decir así.

—Le puedo decir cómo se me antoja. Está en el reglamento.

—Tú eres el reglamento, tramposo. Lo siento —dijo Francisca cuando se dio cuenta de que no le había costado nada dejar de decirle «señor director» y empezar a tratarlo como si fuera un amigo.

—No te preocupes, lo soy.

—¿Tramposo o el reglamento?

—Ambas.

Francisca se rio.

—Pero no le puedes decir así a Tommy, va a empezar a hacer preguntas. No a ti, claro, a mí. Bueno, a nosotros, John, Teresa y yo. Ya me lo imagino: «¿Por qué me dice así el dictador?» Y John y Teresa dando teorías absurdas, pero al final van a preguntarme porque, según ellos, yo soy la única que te entiende un poco, y no sé qué le voy a decir. Seguro se me escapa «Yo le conté lo de la casa» y antes que sea capaz de quedarme callada, va a empezar un interrogatorio digno de la KGB y voy a confesar todo, incluso que comulgué la primera vez sin terminar la catequesis. Y lo peor...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Baran levantando la mano, exasperado

—. Chico Fiestero se queda. Aunque siempre pude decirle Niño Rico, yo sé perfectamente quién es él.

—Pero...

—No me presiones, Pequeña Fran. —Baran dejó lucir brevemente al *señor director*.

—Está bien —aceptó Francisca inmediatamente para evitar el cambio de humor del hombre. Miró el reloj en la pared—. Bueno, esto sí que ha sido un desperdicio de tiempo. Ya son más de las nueve, así que creo que mejor me voy, aunque no haya alcanzado a practicar nada.

—Mañana recuperamos el tiempo. Y no fue ningún desperdicio si me lo preguntas a mí. Ni el tiempo ni la conversación. Te acompaño a la salida.

Recogió la mochila de Francisca, los discos que habían quedado tirados por ahí y la radio que él mismo había dejado en el suelo al entrar. Como la muchacha no se movía, posó blandamente una mano en su espalda y la empujó para que caminara.

Francisca aún pensaba en eso de que el tiempo, y todo lo que había pasado, no era un desperdicio para el director. «Para Baran», se corrigió mentalmente. Su enorme mano cubriendo casi la mitad de la espalda era un elemento demasiado distractor para poder concentrarse, a tal punto que no supo que caminaba hasta que llegaron al lado del mesón y el hombre se alejó por unos segundos para dejar la radio en un cajón.

Después abrió la puerta y la miró atentamente hasta que ella pudo darse cuenta de que esperaba a que saliera a la calle para poder cerrarla nuevamente. Se detuvieron en la acera, donde acostumbraban esperar al taxi de Francisca, y estuvieron varios minutos en silencio.

—Fran, ¿puedes llevarte los discos y destruirlos, por favor? —pidió Baran de pronto—. No quiero volver a la oficina y tampoco quiero llevarlos a casa. Malik debe llevar horas ahí y ya me ha costado inventar excusas para llegar tarde, más aún si llevo estos discos.

—¿Vives con el entrenador?

—Técnicamente, él vive conmigo, ya que es el departamento de Irina, que

yo heredé.

—Entonces..., ¿tampoco tus amigos saben que practicas conmigo?

—Creo que Pietro lo sospecha. Y Malik no es ningún tonto, va a terminar por descubrirlo. Casi lo hace cuando yo le pedí que le dijera a la enfermera que no te expulsaría si no habías bajado ese kilo. Si hubieras tenido problemas en la espalda después del accidente, habría sido fatal, ya que todo lo del área médica pasa primero por Malik y él me informa.

—Por cierto, creo que nunca te agradecí por decirle a la enfermera...

—Era ridículo pensar en expulsar a la mejor alumna porque había tenido una excelente Navidad. Todos los profesores lo habían dicho, no podía hacer otra cosa. No quería hacer otra cosa.

—Gracias... Ah, no me has dicho cómo sabes todo lo que pasa, doblemente tramposo.

—¿Ves eso de ahí? ¿Esa luz roja? Junto a la puerta. —Se giró y apuntó un pequeñísimo punto rojo sobre el quicio de la puerta—. Excepto en los baños, camarines y oficinas de los profesores, hay cámaras que cubren hasta el último milímetro de la academia, incluyendo la entrada y hasta la plaza, lo cual, para mí, raya en el voyerismo.

—Es voyerismo. ¿Las cámaras graban? —preguntó enseguida Francisca, muy preocupada—. ¿A dónde quedan las grabaciones? ¿Quién las ve?

—Hay dos tipos de cámara. Las de seguridad, que ven los guardias y que no graban. Y las que sí graban, que están conectadas a computadores y sus monitores al interior de mi oficina y solo yo puedo ver las grabaciones. De hecho, eres apenas la cuarta persona en la academia que lo sabe. Y mis predecesores.

—Asumo que las otras dos son el entrenador Malik y el maestro Colantoni.

—Exacto, pero ellos no pueden verlas a menos que yo se las muestre. Ninguno tiene la llave de mi oficina ni la de la sala de monitores.

—¿Ninguno de los profesores sabe de las cámaras?

—Me imagino que los más antiguos sí. Pero ellos son mi segundo método de enterarme de todos. Existe una especie de placer morboso entre los profesores para ir a contarme todo lo que pasa en sus clases.

—¿El entrenador y el maestro también?

—Ellos son los primeros, para que yo esté preparado cuando llegan los demás. Y ese es el tercer taxi que viene, así que será mejor que lo tomes — concluyó Baran, levantando la mano.

Cuando el vehículo paró a su lado, Baran abrió la puerta y dejó la mochila de Francisca en el interior. Después le dio la mano para ayudarla a subir, sorprendiéndola con un gesto tan caballeroso que incluso volvió a colorear su cara. Aprovechando el apoyo, Francisca se inclinó levemente.

—Señor director —dijo, utilizando el mismo tono de voz que usaba en clases, y entró al taxi.

—¡Hasta cuándo! —gritó Baran exasperado.

—Hasta mañana en la noche, cuando vuelva a ser un compañero y deje de ser mi profesor —dijo la muchacha divertida.

—Entonces, nos vemos mañana en la noche, Pequeña Fran. Y cuídese, Descarada, no vaya a ser cosa que llegue atravesado a clases. —Cerró la puerta y caminó hacia otro taxi que se acercaba.

\*\*\*

Naturalmente, llegar atravesado a clases fue una promesa que el director cumplió, aunque para Francisca esas horas eran mucho más soportables, especialmente por las bromas y comentarios susurrados que el hombre le hacía mientras bailaban frente a los compañeros y por la libertad que sentía al decirle «señor director» acompañando sus palabras con una inclinación, haciéndole ver que luego ajustarían cuentas cuando estuvieran a solas.

También las clases nocturnas habían cambiado muy sutilmente de tono.

Al salir de las clases prácticas, siempre se iba a la biblioteca por una hora,

más o menos, a la espera que la academia se desocupara y que el director (Baran, se corregía mentalmente) pudiera zafarse de otros compromisos y llegar a la sala. Ya no le sorprendía que llegara apenas unos minutos después que ella. Suponía que esperaba a verla en los monitores para salir de su oficina.

Cuando él llegaba, calentaban una media hora y después trabajaban una hora o algo así, a veces en creaciones que él usaría con sus pupilos de la Ópera u otros externos, a veces en las presentaciones del Concierto de primavera, en el que Francisca tenía el único solo del primer año, a veces simplemente ponían música y bailaban lo que se les fuera ocurriendo.

Siempre reservaban unos minutos para conversar. Normalmente, partían mientras Francisca se abrigaba y él ordenaba la sala, pero siempre terminaban repentinamente cuando cualquiera notaba la hora, ya que generalmente era cerca de las nueve y media.

Pero el tiempo, las horas, pasaban volando cuando estaban juntos y casi nada en el mundo impedía que disfrutaran de esos momentos de solaz.

Los exámenes de febrero llegaron y se fueron con una rapidez asombrosa, dejando nuevamente las mejores calificaciones a Francisca y sus amigos, posicionando por quinta vez consecutiva a la muchacha en el primer lugar de la clasificación general. Aunque la novedad de ese mes fue entregarle los siguientes tres lugares a Teresa, John y Thomas, en ese orden.

Francisca alcanzó a pasar una tarde con Baran antes de tener que volver a suspender sus citas. La tan anunciada y esperada visita de Isabel se concretaría a partir del primer miércoles de marzo. Por supuesto, sus amigos, y especialmente Thomas, estaban felices y expectantes por su llegada.

—Mañana no podré venir —dijo Francisca cuando estaba sentada en el suelo amarrándose una zapatilla, después de terminar la práctica.

—¿Por qué? —preguntó Baran—, ¿tienes alguna tarea de la que yo no sé nada? ¿Por fin uno de los profesores de esta academia aprendió a mantener la boca cerrada?

—No, son motivos personales —Francisca respondió sin pensar,



terminando de arreglarse.

—¿Tienes una cita? —preguntó el ruso, con el acento marcado.

—En cierto sentido, sí. Aunque la cena con vista a la Torre la reservo para el fin de semana. Decidí darle a Thomas dos días.

—¿Thomas? ¿Tienes una cita con Thomas? —repitió Baran, la voz más rasposa y el acento tan marcado que Francisca tuvo que pedirle que lo repitiera.

—¿Perdón? No entendí —dijo ella, mirándolo.

—Te pregunto si tienes una cita con Thomas.

—¿Con Thomas? ¡Ni que fuera el último hombre de la tierra! —Francisca se rio tan fuerte que no escuchó lo que dijo Baran. Claro que tampoco podría haberle entendido, ya que habló en ruso—. Isa llega mañana, antes del almuerzo, así que vamos a almorzar con ella y después el chofer de Thomas la va a llevar a mi departamento.

—Entonces, ¿qué tiene que ver Thomas en esto? Aparte de prestarle el chofer, por supuesto.

—Es que Tom está dispuesto a conquistar a mi hermana... el idiota...

—¿Por qué?

—Porque Isa es una mujer preciosa. Y el muy idiota piensa que tiene alguna posibilidad.

—¿Tan obvio es?

—Ahhh... sí. ¿Vamos? Estoy cansada. —«Y tú, distraído», quiso agregar, ya que era la primera vez en semanas que no tomaba su mochila para escoltarla a la salida.

—Claro.

Caminaron en silencio todo el trayecto hasta estar en la calle. Francisca miró a lo lejos, pero no veía ningún vehículo asomarse.

—Fran, ¿cuál es el nombre de tu hermana? —preguntó Baran—. Te he escuchado decirle Marisa e Isa, pero me parece que son ambos apodos.

—Se llama María Isabel.

—¿Tienen el mismo nombre?

—Sí, compartimos el María, también con mamá, que se llama María José. Somos las tres Marías de mi padre. Para no confundirnos, y para abreviar, la gente nos llama por el segundo nombre. A mamá le dicen Coté, una manera coloquial de llamar a las María José. A mi hermana le dicen Isabel o Isa y a mí me dicen Francisca, Franny o simplemente Fran.

—¿Y lo de Marisa?

—Ah... yo soy la única persona en el mundo que puede decirle así. A Isabel no le gusta mucho, pero cuando empezaba a hablar, fue una de las primeras palabras que dije, que se entendía bien. Ni siquiera mamá o papá se entendía tan bien como Marisa, así que Isabel lo aguanta.

—De acuerdo. ¿Se queda todo el fin de semana? ¿Nos juntaremos hasta el lunes?

—Claro, Isa se va el domingo en la tarde, directo a Chile.

—Bien. Ahí viene un taxi —dijo Baran levantando la mano.

Cuando el vehículo se alejaba, Francisca no pudo dejar de pensar en la manera cómo a veces Baran parecía no controlar su acento como siempre. Le resultaba tan extraño.

«En fin», se dijo, «tal vez ni él nota cómo cambia».

\*\*\*

Francisca encabezó, muy veloz, la marcha hacia la casa. Estaba absolutamente impaciente por ver a su hermana. El primero en seguirla fue Thomas. John llevaba a Teresa casi remolcándola.

Cuando la vio, al otro lado de la calle, corrió, dejando caer su gorro y bufanda. Incluso su mochila tuvo que ser rescatada por Thomas.

El abrazo de las hermanas fue un cuadro bello y conmovedor. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Francisca. Los ojos rojos y la enorme sonrisa de Isabel decían que su calma era aparente.

Los tres amigos se quedaron a un par de pasos esperando que las hermanas dejaran de abrazarse, gritarse y cotorrear en español a una velocidad tan impresionante que ni Teresa entendía lo que decían. Después de un último apretón, Francisca presentó a los otros.

Thomas no perdió ni un segundo y comenzó inmediatamente sus nada sutiles intentos de conquistas, aunque los otros fueron bastante amistosos con Isabel, sobre todo John.

—¿Entramos? —preguntó John sonriendo, intentando guiarlos a todos al interior de la casa.

Una media hora después, ya habiendo terminado de comer, los cinco muchachos hablaban. Isabel había puesto al día a Francisca de las novedades de casa. Al comprender que los otros sabían tanto de sus amigas y familias, se relajó.

También ellos pusieron al día a Isabel de los acontecimientos en la academia. Por supuesto, ya sabía algunas cosas generales de los profesores, especialmente del director ruso. Y ese era un tema que obviamente le interesaba, por lo que comenzó a preguntar por él y por sus clases.

Thomas, John y Teresa no demoraron nada en contarle todas las duras pruebas por las que el hombre los hacía pasar, los sobrenombres, los insultos, las burlas.

—¿Y tú no tienes nada que decir? —le preguntó Isabel a su hermana.

—Es ruso, ¿necesito decirte algo más? —Francisca se debatía entre la urgencia de hablar honestamente con alguien que la comprendería y la apoyaría sin importar nada, y la necesidad de quedarse callada respecto del mayor secreto que había tenido en su vida.

—Ay, Franny, como diría Lorena, madura de una vez. —Isabel rio y les contó a los amigos de su hermana cómo, desde pequeña, siempre había odiado todo lo que provenía de Rusia.

Francisca, molesta con su hermana, más allá de toda razón, encontró alivio en lo único seguro y fue contándole cómo eran las clases al comienzo del semestre. Lo malvado que era el director, cómo la humillaba en clases y le

decía cosas horribles, lo enojada que había estado con Adriana por sus malditas papas fritas, la vergüenza de ser llamada gorda cuando, para una persona normal, en realidad estaba demasiado delgada. Terminó con la única queja auténtica que tenía actualmente.

—Y odio, absolutamente odio, cuando el muy idiota me habla en ruso. No quiero ni pensar qué dirá. Deben ser cosas demasiado horribles para que las sepa. Tal vez hasta amenazas de enviarme a alguna cárcel siberiana o torturarme al más puro estilo de la KGB. O peor, expulsarme de la academia.

—Cálmate, Fran —le pidió Isabel alarmada—, tú sabes perfectamente que solo tienes que llamarme y yo voy a venir a arreglar a este tipo, llave inglesa en mano.

—Lo sé, Isa...

—Eres una heroína por aquí —dijo Thomas con una sonrisa lobuna—. Francisca repite eso como un credo. Que solo tiene que llamarte y tú vas a venir a rescatarla.

Isabel lo miró un par de segundos, atentamente, entrecerrando sus ojos. Diseccionándolo casi. A Francisca le recordaba su gesto al enfrentarse a un auto particularmente estropeado.

—¿Es que este idiota no sabe *cuándo quedarse callado*? —le dijo Isabel a su hermana en español—. *Se vería mucho más guapo si mantuviera esa bocota cerrada. De hecho, está arruinando a todos los rubios atractivos para mí.*

Como pudo, Francisca reprimió la sonrisa. Abrazó a su hermana, susurró «a la noche» en su oído y encabezó la marcha de vuelta a la academia.

Ese día, Francisca rompió una de sus costumbres más arraigadas. Después de la clase práctica, fue a los camarines a ducharse, era solo la segunda vez que lo hacía. Desde el comienzo del semestre, como andaba en bicicleta, se duchaba en el departamento, así que se acostumbró.

Pero ese día Isabel iría a buscarla a la academia y saldrían a dar una vuelta, a disfrutar de la primera tarde en París juntas, así que Francisca se despidió de sus amigos y se encaminó a la ducha.

También era la segunda vez que se paseaba por la academia en ropa de calle, es decir, no con ropa de entrenamiento, y quiso poner especial esmero en su arreglo. Usó un pantalón de lana que destacaba su pequeña cintura y hacía milagros en las escaseces de sus caderas y trasero.

No le gustaba usar tacos ni botas, pero ese día hizo una excepción y se puso el único par que tenía. Completaba su atuendo con un jersey negro de cuello alto y ajustado que marcaba sus curvas, por pocas que tuviera, y un grueso abrigo de un prístino color blanco. Maquilló suavemente su rostro, con el mismo rosa pálido que usaba siempre en los labios y el delineador que en combinación con la sombra hacían que sus verdes ojos se vieran más grandes y luminosos.

Cuando fue a amarrar su cabello en un apretado moño, tal como era su costumbre, recordó el comentario que Baran le hiciera un tiempo atrás. Que su cabello suelto parecía una cascada de oro cayendo por su espalda. Eso sí era algo lindo que decirle a una chica.

Claro que, desde ese día, Baran siempre le hacía comentarios bonitos respecto de su apariencia. Incluso en clases. La semana anterior, por ejemplo, había estrenado mallas negras y una falda verde, cuando normalmente usaba rosado y negro. La llamó para mostrar un paso, solo uno, para el que en realidad no habría necesitado llamarla. Se demoraron menos de cinco minutos en perfeccionar el movimiento, pero él se las había ingeniado para decirle que era una combinación muy bonita la que usaba y que el verde de la falda era casi tan maravilloso como el de sus ojos. Francisca, claro está, se había sonrojado y ante sus amigos tuvo que atribuir el color de sus mejillas al calor que sentía porque la calefacción estaba muy fuerte.

Pero a sí misma no se podía engañar y se sentía cada vez más incómoda cuando él le hacía ese tipo de comentarios. Quería dejarse creer que su incomodidad se debía a que era muy inapropiado que un profesor le hiciera ese tipo de comentarios a una alumna. Pero tampoco era correcto que dicha alumna tratara al profesor por su nombre de pila. Ni que se quedaran hasta tarde en la academia. Y solos. Ni que le dijera «señor director» para hacerle

ver sus molestias durante el día y que supiera que en la noche iba a reclamarle. Ni que usara esa pizca de influencia que tenía en él para hacer algo totalmente inadecuado, como hablarle a Antje el día que se había ido.

«Te estás enredando, Fran», se dijo mientras se cepillaba el pelo.

En resumen, nada de lo que pasaba entre ellos era apropiado ni nunca lo había sido. No podía olvidar que desde la primera vez que la tocó había despertado en ella reacciones físicas que jamás había sentido antes. Solo él conseguía hacerla sentir. Cualquier cosa. Todo.

Y eso era, en definitiva, el motivo por el que se sonrojaba cuando le hacía algún comentario sobre su apariencia o tenía gestos galantes con ella, como ayudarla a subir al taxi, abrirle las puertas o cargar su mochila.

Respiró profundamente. No sabía en qué se estaba metiendo, pero una cosa era segura. No pensaba salirse... Aunque sería bueno que nadie le hiciera preguntas incómodas. Y por nadie se refería, claro está, a su hermana.

Cuando salió al pasillo, notó la pequeña luz roja y, de alguna manera, supo que Baran la estaba mirando. Jamás reconocería que todo el esfuerzo en arreglarse era para él, pero igualmente miró fijamente a la cámara e hizo una pequeña reverencia. Sonrió traviesa antes de alejarse.

Al llegar al exterior, vio a Isabel apoyada en el capó de un auto. Ni por su vida podría decir de cuál se trataba, solo que era grande, como todo lo que a su hermana le gustaba.

—Hola, Marisa —le dijo cuando se acercó al vehículo. Al estar solas, hablaban en español.

—Hola, Franny. —Isabel recibió la bolsa para guardarla en el maletero junto con la mochila—. Es lindo acá. Tan tranquilo que uno no pensaría jamás que el interior alberga tanta actividad.

—Ni te lo imaginas. —Francisca sonrió.

—Por todo lo que dicen tus amigos, debe ser terrible. —Isabel se apoyó en el maletero, aparentemente no tenía ningún apuro—. No sé si yo podría hacerlo.

—Por favor, Marisa, si tú pasas debajo de tus autos tanto tiempo como yo practicando *ballet*. —Era una discusión que siempre tenían, tan familiar que era como respirar.

—Pero por lo que entendí, no tiene nada que ver con tu trabajo en el Municipal de Santiago.

—De la misma manera que no puede tener nada que ver arreglar una bicicleta que un auto.

—Entonces —Isabel sonrió—, podríamos decir que Santiago es una bicicleta y París, un auto.

—No me gustan tus comparaciones —dijo Francisca, solo levemente molesta—. Santiago no es una bicicleta, es demandante como cualquier trabajo en el *ballet*. Solo que aquí, además de las clases prácticas, que son muy exigentes, también tenemos clases teóricas, que no lo son menos.

—Franny, no estoy atacando tu amada academia, lo sabes —dijo Isabel mirando atentamente a su hermana. Francisca trató de relajarse y mostrarse natural, pero sabía que Isabel de a poco iba a conseguir sacarle toda la información que requería para llegar a la conclusión adecuada.

—Lo sé, Marisa —respondió con la mayor calma que pudo.

Entonces le sobrevino la desgracia en la forma de un hombre demasiado alto, demasiado guapo y con los ojos demasiado azules, que caminaba a escasos metros de ellas con su abrigo negro que le sentaba tan bien y destacaba la anchura de sus fuertes hombros.

—*Bonsoir, Petit Fran* —dijo Baran sonriendo y asintiendo hacia Isabel.

—*Bonsoir, monsieur le Directeur* —murmuró Francisca evitando cuidadosamente mirar a su hermana. Sabía que sus mejillas empezaban a ponerse rojas, sentía el calor en ellas.

—*Bonsoir* —dijo Isabel educadamente. Cuando el hombre se alejó algunos metros, se giró para mirarlo mejor. A continuación, miró a su hermana—. *Oh, la la, quelle est cette vision? ¿Por qué me presentaste al idiota de Thomas y no me presentaste a ese dios?*

—¡No es ningún dios! —exclamó Francisca poniéndose más y más colorada. Por suerte, Baran ya se había subido a un taxi—. No es ningún dios —repitió tratando de calmarse—. ¿No me escuchaste decirle *monsieur le Directeur*?

—¿Monsieur le Directeur? —Francisca evitaba mirar a su hermana, no lo haría ni por todo el oro del mundo, una miradita de Isabel y entendería inmediatamente que algo pasaba entre ella y el director—. Vaya, yo querría portarme mal en sus clases para que me castigara.

—No sabes de lo que estás hablando, Isa, por favor, cállate.

—¿Por qué? ¿No te gustaría acaso que te sentara en sus rodillas y te diera un par de nalgadas? No, qué va, si estamos hablando de la pequeña Franny de mi papá.

«Bueno, yo no elegiría las nalgadas, pero lo de sentarme en sus rodillas...». De pronto, Francisca se dio cuenta de lo que pensaba, algo que jamás se le había ocurrido en la vida. Y que fuera un maldito ruso el que despertara tales pensamientos en ella era una enorme ofensa. Que hubiese dejado de pensar en Baran como en un maldito ruso hacía mucho tiempo, no la disminuía en nada. Y menos frente a su hermana.

—¡Por el amor de Dios, María Isabel, qué mierda se te metió en la cabeza! —gritó Francisca, sin importarle que alguien la escuchara—. ¡Por qué querría que ese... ese ruso me sentara en sus rodillas! ¡Qué piensas que hago aquí con...?

—Franny, cálmate, estás haciendo un espectáculo... y no el bonito que sueles hacer al bailar —dijo Isabel tratando de poner una mano sobre el hombro de su hermana, pero ella se repelía como cuando eran pequeñas y le había escondido su muñeca favorita.

—¡Déjame, María Isabel, déjame tranquila!

—¡María Francisca Soublette Irribarren, ya cálmate! —gritó Isabel a su vez, lo que sorprendió a Francisca, ya que su hermana no gritaba casi nunca, menos su nombre completo, que era una especie de clave. Dos nombres y dos apellidos en boca de sus padres significaban problemas.



—Pero...

—No necesitas decirme nada que no quieras que sepa. —Isabel estaba totalmente controlada, no como ella—. Respira profundamente y vacíate de pensamientos. Fran, eres mi hermana menor y yo te adoro. Hay muy pocas cosas que no haría por ti. Y si quieres hablar conmigo de lo que pasa con este sujeto, estoy acá hasta el domingo. Si no, vamos de compras, que estamos en París.

—No pasa nada con él.

—Como tú lo digas. Ahora, ¿dónde se puede conseguir un buen café en esta ciudad?

—En casi cualquier lado —dijo Francisca, entrando robóticamente al auto.

## CAPÍTULO NUEVE

El lunes en la tarde, Francisca estiraba la espalda para aliviar la hora de estudio en la biblioteca. En pocos minutos volvería a ver a Baran, después de cuatro días. La clase del jueves había sido de lo más tranquila. No la llamó para mostrar un paso, le gritó algunas correcciones y a sus compañeros unas tantas más. Y el viernes no lo había visto por ningún lado.

Escuchó pasos en el pasillo y respiró hondo, preparándose para la repetición de una escena que había vivido unas seis veces desde el jueves.

—Buenas noches, Francisca —dijo Baran al entrar a la sala, caminando tranquilamente hasta dejar la radio junto a la muchacha que se había sentado en el piso—. ¿Estás cansada? ¿No quieres trabajar? —preguntó al ver que ella no se movía y no se había sacado la ropa que llevaba sobre las mallas—. No tenemos que hacerlo si no quieres. La verdad, me duele un poco la muñeca. La estudiante de segundo más liviana pesa unos cuatro kilos más que tú y no es ni de lejos tan buena bailarina. Fran, ¿qué pasa? —preguntó finalmente al ver que la muchacha no se movía.

—Nada. Siento lo de tu muñeca, deberías forzarla a bajar de peso. A la alumna, me refiero.

—Lamentablemente, está en el peso correcto, ya que también es unos cinco o seis centímetros más alta que tú. Todas las demás son unas excelentes vacas bailarinas.

Francisca rio con el comentario. Lo miró cuando se sentó en el suelo junto a ella.

—¿Has trabajado con ella desde el comienzo? Me extraña que no haya salido corriendo.

—Había otra. Dos más de hecho —respondió Baran, pensativo—, pero ambas se fueron. ¿Extrañas a tu hermana? ¿Es eso lo que te pasa?

—Un poco. Es duro estar lejos de mi familia. Para ellos también,

especialmente para mi papá.

—¿Son muy unidos?

—Los cuatro, claro está. Pero mi papá tiene una relación especial con cada una de nosotras, de diferente manera. Por supuesto, adora a mi madre. No puede vivir sin ella, siempre lo ha dicho. Con Isa siempre ha sido una relación más de padre-hijo. La llevaba al estadio, le enseñó mecánica. Confía en que Isabel se convierta en la cabeza de la familia cuando falte.

—¿Y tú?

—Yo soy la niña regalona de papá. Isa es independiente. Yo no. Siempre lo buscaba para que solucionara mis problemas, especialmente con Isa. Cuando me quitaba mis juguetes, por ejemplo.

—¿Cuándo te quitaba algún amigo, también?

—Si preguntas por algún amigo hombre, la respuesta es no. A pesar de que la persiguen como moscas a la miel, Isa jamás se mete con un tipo que nos guste a cualquiera de nosotras cuatro.

—¿Nosotras cuatro?

—Sí, mis amigas... ¿No te he hablado nunca de Pamela, Lorena o Adriana?

—Me parece haber escuchado algo de Pamela.

—Es mi mejor amiga. —Francisca sonrió con nostalgia—. También la extraño un montón, Lorena es mi prima. La otra, le decimos, porque es mayor que todas nosotras. Además, estudiamos juntas. Lorena no. Solo ella no tiene una pareja entre nosotras, por eso le decimos así.

—Me imagino que al ser la mayor siempre recurren a ella en caso de problemas.

—No, ese es el lugar de la gran arregladora, Isabel. Lorena es la divertida, la que nos alegra el día. Siempre sabe cuando alguien necesita una buena risa y hace payasadas.

—Pero Isabel irá donde Lorena si tiene problemas.

—Isabel se sienta a pensar hasta que soluciona sus propios problemas. Al

único que recurre a veces es a Juanín Tin Tin.

—¿Cómo?

—Se llama Juan, la verdad. Pero mi papá le decía Juanín y yo agregué el Tin Tin.

—¿Y quién es él? —preguntó Baran, perdiendo por un momento la neutralidad de su voz.

—Partió siendo el mejor amigo de Isabel en el *liceo*. La secundaria —explicó—, un colegio en teoría mixto, pero la única mujer era Isabel.

—Déjame adivinar: era un colegio técnico y ella fue a estudiar mecánica.

—Exacto. El primer día empezaron a acosarla. Juan la rescató y se convirtió en su mejor amigo, luego en una especie de hermano.

—¿Y ahora trabaja en el taller?

—Sí, y también es mi amigo y hermano. Lo adoro absolutamente.

—Bien. Pero nada de eso explica qué te pasa, Fran. Estás... no sé, como esperando algo.

—Sí —dijo Francisca, alejándose un poco, ya que en los últimos minutos estaban cada vez más cerca—, estoy esperando tu interrogatorio.

—Creo que ya lo hice entonces. —Baran se rio y se puso justo al frente de Francisca.

—No, me refiero al interrogatorio respecto de mi hermana. Obviamente, ya sabes quién es y cómo se llama. Podrías tener una idea más o menos clara de su edad y sabes su ocupación. Ahora viene la pregunta del millón de dólares. ¿Es Isabel soltera? Luego la solicitud: ¿podrías presentármela? Y la última agregada hoy: ¿cuándo vuelve a Francia?

—¿Y por qué querría yo saber eso de tu hermana?

—Obvio, porque Isabel es una reina de la belleza y todos los hombres se enamoran de ella. Ni siquiera John quedó totalmente inmune a ella, y ni le gustan las mujeres. Creo que el único otro hombre que conozco que es inmune a Isabel es Juan. Tal vez sea por el nombre. —Terminó pensativa—. Creo que le voy a decir al resto del Quinteto. A Adriana no le va a gustar

mucho.

—Francisca, podrías concentrarte, no entiendo nada lo que dices. Es decir, sí entiendo que tu hermana es una mujer hermosa. Teniendo los mismos padres que tú, no podría ser de otra manera. Y también entiendo que a muchos hombres pueda gustarles, quizás demasiado, pero no es mi caso, aunque sea capaz de apreciar su belleza, claro.

—Pero...

—Me habría gustado ver a John interactuando con ella. Me imagino que Thomas hizo el ridículo, como al parecer lo hacen muchos hombres.

—Claro...

—Lo del Quinteto también lo entiendo, son ustedes cinco. Y ya que mencionas a Adriana, creo suponer que no tiene nada que ver con el nombre... asumo que Juan es John en español... y sí con el hecho de que a Juan le interesa Adriana.

—Parafraseándote —dijo Francisca riendo—, eres demasiado inteligente para tu propio bien. ¿Qué fue lo que no entendiste?

—¿Por qué habría de importarme a mí tener toda esa información respecto de tu hermana?

—Bueno, ya te dije, porque ella es...

—Tu hermana y lo único que me importa de ella es que te haga feliz con su visita. Nostálgica, claro, pero feliz. Y que no revolucione al resto de mis estudiantes, al parecer tiene la capacidad de convertirlos en unos malditos idiotas babeantes. Ahora entiendo por qué ni siquiera los dos hombres que son los mejores de segundo estaban en plena forma el viernes.

—¿El viernes?

—Noté que Isabel te venía a dejar y a buscar y que almorzaban juntos, con tus amigos. Incluso le hablé el viernes para invitarla a pasar y que no te esperara al frío, sentada sobre su auto.

—¿Qué? ¿Y por qué Isabel no me lo contó?

—Seguramente porque un hombre invitándola a pasar no le gustó nada si

tanto la persiguen. Me habría gustado saberlo antes, por cierto. Me presenté incluso. Menos mal que solo la belleza es genética, ya que ella ni me dijo señor siquiera, Baran en seguida. Y ninguna maldita reverencia. Claro que yo le dije Isabel, así que sabía que yo sabía quién era.

—Seguro que le recordaste a Barýshnikov. Estaba enamorada de él cuando era joven. Especialmente por esa película que hizo.

—¿Sabe el mundo que hay más bailarines en Rusia que Barýshnikov, verdad?

—Todo lo que Isabel sabe de la danza se lo he enseñado yo, así que al menos ella solo conoce dos bailarines rusos. Tú y él.

—Bueno, al menos soy el segundo. —Baran encogió los hombros mientras Francisca reía.

—¿No hay otra mujer que baile contigo en el segundo? —preguntó la muchacha después que pudo parar de reír.

—Lamentablemente no —dijo Baran, sobándose la muñeca—, es una gran desgracia para mí como comprenderás... Lo peor es que mis clases del viernes son un desperdicio de tiempo, apenas puedo invitar a dos hombres. El viernes los mandé a la mierda una media hora después de empezar.

—¿Por qué haces esas clases del viernes?

—Para experimentar... un poco lo que hacemos nosotros.

—Bueno, podrías invitarme a mí para el viernes. No creo que resulte extraño, después de todo: soy la mejor de primero, liviana para ti y una excelente compañera para cualquiera.

—Lo he pensado, ¿sabes? Incluso he considerado invitar a Teresa, así podría tener dos parejas. Pero nunca invito a nadie de primero, menos a dos. Daría que hablar, especialmente si las separo de sus parejas.

—Pues invita a Thomas y a John también. A los muchachos no les importaría compartirnos. De hecho, John ya me comparte contigo en clases —dijo Francisca traviesa.

—Eso no me gusta —replicó Baran molesto, con el duro acento

apareciendo de pronto—. No invito a los de primero porque los estudios teóricos son más exigentes que en segundo y les dejo la tarde para estudiar, algo que ninguno de los idiotas que tienes por compañeros ha entendido, excepto tú y tus amigos. Andan como mendigos esperando una invitación, me molesta mucho.

—Cálmate, Baran —pidió Francisca estirándose para llegar hasta él, que seguía sobando su muñeca. Ahora Francisca comprendía que Baran hablaba con más acento cuando se enojaba o algo le molestaba. «Curioso», se dijo—. ¿Te vio un médico? —le preguntó cuando le tomó la mano y comenzó a masajearle la muñeca.

—Malik me hizo una radiografía. —Baran habló tan cerradamente que Francisca no entendió nada y tuvo pedirle que lo repitiera.

—¿No salió nada entonces?

—Al parecer no tengo más que una leve inflamación.

—Una cosa. El entrenador Malik no es médico, debería verte un traumatólogo. ¿Por qué no le pides a alguno de los médicos de la academia que te revisen?

—No me gusta. Nadie en la academia, excepto Mal, Pietro y tú, sabe de mi enfermedad, y así quiero que siga siendo.

—Entonces un médico externo.

—Ya tomé el medicamento que me da mi doctor en Alemania. Si me sigue doliendo en la mañana, lo llamaré, y si es mucho, voy al hospital.

—Por Dios, hombre. —Francisca le tomó la otra muñeca para usarla de referencia al palpar la dañada—. Si fuera tu mamá, te mandarías a acostar sin postre, por porfiado.

—Si fueras mi mamá, no te importaría nada lo que me pasa, ya que no me habrías visto en unos quince años —murmuró Baran con amargura.

—Lo siento —dijo Francisca—, nunca hablas de tu familia, yo... ni siquiera sé qué familia tienes, además de Irina... pensé que solo era porque no te gustaba hablar de temas personales.

—No es eso, Fran. Es que... después de lo de Irina... tienes que entender que era horrible... en Rusia, me refiero, para la familia de un desertor. Mi padre hizo lo único que podía hacer.

—Lo siento, pero al parecer no soy tan inteligente como supuse. — Francisca le sonrió y le apretó la mano que aún sostenía entre las de ella—. No entiendo nada, y si quieres hablar, son orejas lo que tengo en mi cabeza. Si no, no te preocupes.

Baran la miró por largos minutos, con sus azules ojos oscureciéndose y sus rasgos volviéndose más y más duros.

—Tengo padre y madre; por lo que sé, aún viven —empezó a explicar lentamente—. Además, tengo dos hermanos, ambos menores. Irina, cuando era Iván, era el hermano menor de mi padre. La KGB lo investigó por una posible homosexualidad. Su amiga, Yelizabeta, decía que eran amantes. Cuando se dio la oportunidad, después de una actuación en París, ambos huyeron con la ayuda de mucha gente. Al saberse la noticia en Rusia, mi padre fue inmediatamente a declarar en contra de su hermano y a repudiarlo públicamente. Era lo único que podía hacer. Tenía que defendernos.

En medio de su relato, Baran había empezado removerse inquieto. Francisca, sin saber qué hacer, había tomado su mano con más fuerza y Baran había entrelazado sus dedos y había presionado aún más los pequeños dedos femeninos.

—Yo era un niño y no entendía qué pasaba. Hasta que un día pregunté por Iván y mi padre me abofeteó. No era algo anormal, yo no era muy obediente, así que mi padre me castigaba mucho, aunque físicamente no era lo habitual. Pero ese día... —Miró el techo e inhaló y exhaló con mucha fuerza—. Tuve la cara inflamada por dos semanas y no podía hablar ni comer. Nunca más pregunté por él. Después de muchos años supe que había desertado y pude entender lo mal que mi padre y mi madre lo pasaron en ese momento. Cuando empecé a bailar, lo mantuve oculto.

—¿Cómo pudiste mantener oculto que bailabas? —preguntó Francisca demasiado concentrada en la historia como para retirar su mano por más que



quisiera. Que no quería.

—De muchas maneras. Recurrí a todo mi ingenio. Y a la ayuda de varios amigos del *ballet*. Incluso de un vecino... pobre bastardo... era homosexual y lo acosaba un grupo de maleantes. Un día le estaban sacando la mierda cuando yo los vi y los detuve. A él se le ocurrió decirle a sus padres que yo le había pegado por mariquita, así ellos irían a casa. A mí me castigarían, naturalmente, pero yo aceptaría los correazos estoicamente, demostrando que era bien hombrecito.

—Dios, Baran...

—Uno hace lo que puede por sobrevivir, Francisca..., y yo hice cosas horribles.

—No puede ser...

—Lo es. Soy tan monstruoso como todos los alumnos piensan que soy. Y peor.

—No, no lo eres —replicó Francisca con firmeza—. Solo eres un sobreviviente. Ninguno de nosotros ha tenido que enfrentarse a lo que tú, en tu país y siendo tan niño además. Algo entiendo yo de eso, aunque en realidad, viví siempre una infancia feliz y protegida y solo me enteré de cosas del gobierno militar de segunda mano, de oídas, por leer partes del Informe Rettig.

—Fran, ni siquiera he empezado a contarte las cosas que hice.

—Y no lo necesito. No eres un monstruo y punto. —Ella levantó su mentón en franca rebeldía.

—¿Qué te parecería saber que le pagué a una prostituta para que le dijera a mi papá que lo había pasado muy bien conmigo? ¿Que casi violé a una amiga para que mi papá creyera que me acostaba con la mitad de mi escuela cuando yo tenía quince años?

—Bueno, espero que a la prostituta le sirviera el dinero extra que hizo sin tener que estar de espalda —dijo Francisca sin alterarse en lo más mínimo—, espero que nunca hayas pasado del casi y que le pidieras perdón a tu amiga.

—También me burlaba de una muchacha porque su padre había sido enviado a un Gulag... una cárcel... por crímenes contra el régimen... es decir, era capitalista. Yalina renegaba de su padre y decía que su tío, el amante de su madre, era su padre en verdad.

—Lo siento.

—No lo sientas, yo no lo hago y nunca lo hice. Me gustaría decir que mentir es una segunda naturaleza para mí, pero en realidad es la primera. Soy un mentiroso profesional.

—¿De eso es el título de doctor? —preguntó Francisca riendo.

—No, soy doctor en Artes y Danza... lo cual viene a ser casi lo mismo.

—No somos mentirosos —dijo Francisca—, somos cuenteros.

—Bueno, este es un cuento que va a quedar para otro día, porque son las nueve y media.

—Pero me lo debes —exigió Francisca empezando a moverse—, quiero enterarme cómo es que hace quince años que no ves a tu madre. Yo no podría. Y cómo...

—Otro día. Vamos. —Baran se alejó, cortando de raíz las preguntas de Francisca.

\*\*\*

El resto de la semana pasó sin pena ni gloria. El martes, Baran ya estaba bien de la muñeca, sin embargo, evitó bailar con Francisca tanto en clases como después de ellas, alegando que tenía que trabajar con sus alumnos externos.

Para el viernes al medio día, Francisca estaba preocupada, pensando que Baran se había arrepentido de contarle cosas de su familia y por eso no quería verla a solas. Era algo que ella no iba a permitir, naturalmente, y comenzó a idear planes para enfrentarlo.

Pensó en ir a su oficina, pero no quiso, considerando que tal vez estaría

con el entrenador y el maestro. Contempló la idea de ponerse a mendigar una invitación a la clase de la tarde, pero finalmente la descartó. Llegó incluso a pensar en pararse con un cartel frente a alguna cámara para preguntarle, al menos, si estaba enojado, pero lo encontró tan ridículo que se olvidó de todo ni bien el pensamiento se le formó en la cabeza.

Se suponía que iría con sus amigos al departamento de Thomas, pero estuvo pensando casi toda la mañana en alguna manera para zafarse de ellos al menos por una hora. De esa manera podría esperar a que Baran saliera de la clase de la tarde y hablar con él. Pensó tantas cosas que a la hora de almuerzo estaba agotada y lo único que quería era ir al segundo piso y tirarse en su cama. Pero siguiendo la rutina, tomó sus cosas y encabezó la marcha hacia la biblioteca.

Estaban en el ancho pasillo que llevaba tanto a la biblioteca como a la sala que usaba el director en sus clases del viernes cuando se encontraron con él. Francisca lo miró, se inclinó y le dijo «señor director». Sus amigos le dieron las buenas tardes.

Baran, como de costumbre, ni siquiera los saludó y caminó hasta que estuvo en mitad de todos los mendigos del viernes, como les decía él, cuando se dio la vuelta.

—¡Soublette! —gritó, asustando a Francisca enormemente. Solo la mano de John en su espalda consiguió que ella se detuviera y se girara para ver al director.

—¿Señor? —preguntó Francisca aferrando los libros que llevaba en las manos.

—Adentro. —El director apuntó el interior de la sala con la cabeza.

—Pero, s-señor, ¡íbamos a la biblioteca a estudiar —Francisca tartamudeaba nerviosa.

—Fofa, Mariposa y Chico Fiestero también —agregó Baran antes de girarse.

—¡Señor! —volvió a decir Francisca—, es que...

—Fran, cállate y camina —dijo John tratando de empujarla.

—Pero es que...

—Mire, Soubllette —Baran tenía el ceño fruncido y sus ojos brillantes como el acero—, aunque no le debo ninguna explicación, tengo una idea para el recital de primavera que quiero probar inmediatamente. Es para cuatro personas, así que entran todos ustedes o no entra ninguno.

—Vamos inmediatamente, señor —dijo Thomas, uniendo su mano a la presión que ejercía John en la espalda de Francisca.

—Se lo agradezco —replicó Baran irónico a Thomas.

Incentivada por la mano de sus dos amigos y por la mirada incrédula de Teresa, Francisca caminó hasta que llegó a la sala. El maestro Colantoni entró detrás y cerró la puerta antes de dirigirse al piano. No había nadie más en la sala.

—Me imagino que llevan mallas debajo de esa ropa. —El director miró a los cuatro alumnos mientras les hablaba. Ninguno tenía voz para responder, pero Teresa se las arregló para asentir con la cabeza—. No tenemos tiempo, sáquensela acá y calentemos.

John, Teresa y Thomas fueron rápidamente al fondo de la sala, donde había una banca para dejar sus mochilas. La única que no reaccionaba era Francisca.

Baran se dio la vuelta para mirarla, ocultándose de los otros, tapándola a ella con su enorme cuerpo. Antes que la muchacha pudiera decir o hacer algo, él sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Es sorda usted, Cojincito, o soy ciego yo? ¿No son orejas eso que tiene en la cabeza?

—Sí, señor. —Francisca se mordió los labios para no reír.

—Entonces, ¡vaya a sacarse la ropa y calentemos!

\*\*\*

Esa noche, la lechuga era más crujiente, el atún sabía a caviar y ni todo el

champán de la tierra podría saciar su sed como la botella de agua. Agotados y sonrientes, aún no entendían su buena suerte. Todos estaban eufóricos. Solo Francisca se tomaba las cosas con calma.

—¡Pero se sabe tu nombre! —le gritó Teresa exasperada—, Maldita sea, Irribarren, se sabe tu maldito nombre. A mí me dijo Fofa y yo salté feliz. Si me dice Rodríguez, me muero ahí mismo.

—¿Realmente piensas que no se sabe todos los nombres? —preguntó John—. Ese tipo tiene ojos en la espalda, sabe todo lo que pasa a diez kilómetros a la redonda.

—Pero que se los sepa y que los use son dos cosas distintas, Johnny —dijo Thomas—. Yo estoy con Terry en esto.

—Todos tienen razón en cierto sentido. —Francisca les sonrió uno por uno—. Se sabe todos los nombres, pero que los use es un gran honor, y si estoy tan callada es porque me parece que estoy soñando y no quiero que me despierten. Y por cierto que sabe todo lo que pasa con los profesores informándole. ¿No se habían dado cuenta?

—Especialmente Malik el Maquiavélico —dijo John—, parece que esos son amigos.

—Yo tengo la misma idea —aportó Francisca concentrada en su plato—. Son Malik el Maquiavélico y Vinográdov el Vil.

—Vinográdov es su apellido, ¿cuál será el nombre del director? —preguntó Thomas.

—Maldito Ruso Bastardo —dijo Teresa.

—Desgraciado Infeliz, Púdrete —aportó John.

—Señor Director del Infierno —agregó Francisca.

—Lucifer Mefistófeles Belcebú Azazel—concluyó Thomas.

—Lo malo es que tenemos tanto que hacer —se quejó Teresa—, y perdimos toda la tarde.

—Pero tenemos la noche y el fin de semana para ponernos al día. —Francisca empezó a ordenar la mesa—. Vamos a empezar al tiro.

—Deje ahí, señorita. —El ama de llaves apareció convocada por el ruido —. Yo ordeno.

—Gracias —dijo Francisca.

Se dirigieron hacia la biblioteca, con Thomas y Teresa encabezando la marcha. John los seguía muy de cerca, y unos pasos más atrás iba Francisca. No podía decir que estuviera feliz por los horrendos nombres que le habían puesto sus amigos a Baran, menos aún por ser su instigadora, pero no podía decir: «el director se llama Baran Vinográdov», no, claro que no.

Pero sí estaba feliz por haber estado con él en la tarde. De hecho, su sonrisa, su guiño y la manera de decirle Cojincito, la había hecho tan feliz que no le había molestado la presencia de cuatro intrusos. La hacía tan feliz que ni se molestaba en pensar si la había llamado a ensayar por su talento y el de sus compañeros o porque ella le había pedido que los invitara a clases. Ninguna de las situaciones le parecía mal, la verdad.

\*\*\*

—¿Hoy es el día de mi cuento? —preguntó Francisca cuando vio a Baran aparecer en la puerta de la sala, el lunes siguiente.

—No, hoy es el día de tu solo, quiero repasarlo contigo sin interrupciones.

—¿Por qué no me invitas el viernes entonces? —dijo Francisca.

—Porque el viernes tengo que trabajar con tus amigos también. Y Pietro.

—Pero...

—Cojincito, párate y calienta, sé buena niña.

—Te odio —dijo Francisca haciendo una mueca mientras se sacaba los pantalones—, pero mañana será el día de mi cuento.

—Pórtate bien hoy, y tal vez mañana te cuente algo.

Francisca se puso de pie y, aún descalza, se acercó varios pasos. Lo miró y le sonrió.

—Señor director —dijo con su característica inclinación.

\*\*\*

—Te estás haciendo el loco con mi cuento —le dijo Francisca a Baran cuando llegó el martes en la noche y lo vio trabajando en la barra.

—Trabajemos un rato y si eres buena niña, te cuento algo.

—Ayer fui buena niña, hoy me merezco mi cuento.

—Franny, cariño, por favor. —Baran se acercó y con un dedo levantó el mentón Francisca, inclinándose hasta casi rozar sus frentes—. Tuve una reunión corta pero horrible con un imbécil que nació sin pies, sin manos y sin cerebro, necesito relajarme un rato.

—De acuerdo —dijo Francisca con los ojos brillando y una sonrisa enganchándose de a poco en sus labios—. Como necesitas relajarte, la clase de hoy la elijo yo.

—No sé en qué me pueda meter si acepto eso, pero está bien. Por hoy diriges tú.

—Vale, no necesitamos calentar.

—Siempre necesitamos calentar. —Baran acarició suavemente su mejilla.

—No hoy, vamos a empezar suavcito. —Fue hasta la radio, fingiendo que su estómago no saltaba hasta su garganta—. Y vamos a divertirnos.

—¿Mueve el trasero, rastrero?

—Exacto. Esta es mi música favorita para bailar en una fiesta, así que nada de levantarme ni ángulos exactos, ni *jeté* o *plié*, nada que suene a *ballet*. ¿Vale?

Y empezó a sonar la música, rock y pop, nada difícil para dos bailarines profesionales, solo diversión, risas y hacer el tonto por un rato.

—Estuvo bien, ¿no? —preguntó Francisca cuando estaba tirada en el piso, recuperando la respiración después de bailar cerca de una hora.

—Me gustó, fue divertido y realmente me relajó.

—Vamos, ya estás relajado, es hora de mi cuento.

—Hay que ver que eres cabezota.

—¿Yo, cabezota? Deberías intentar meter algo de sentido en Adriana antes de decir que yo soy cabezota. O conseguir que Pamela te cuente algo que ha decidido llevarse a la tumba. O que Lore...

—Me queda claro —dijo Baran levantando una mano.

—Entonces, ¿cómo conseguiste estudiar *ballet* sin que tu papá supiera?

—Tuve suerte al comienzo, porque las primeras clases las tomé en la escuela, supuestamente en clases de educación física, así que mi padre asumió que pretendía convertirme en gimnasta.

—¿No participabas en presentaciones?

—Sí, pero eran de poca monta y no había publicidad. Los problemas empezaron cuando cumplí quince años y quisieron llevarme a presentaciones lejos del pueblo. Le dije a papá que no era tan buen gimnasta, así que me habían echado del equipo, pero que me habían invitado a otra imbecilidad y que aceptaría, pero no porque me gustara ni nada, sino que al parecer era bueno y me hacía popular entre las chicas.

—Claro, como si bailar bien fuera necesario para un hombre como tú a la hora de atraer a las chicas —dijo Francisca, que se había sentado a su lado, contra la pared, mientras él hablaba.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó Baran frunciendo el entrecejo.

—No, idiota —replicó Francisca con una mueca, en realidad se burlaba de ella—, me burlo de tu papá. ¿Qué pasó después?

—Le dije que había unas diez chicas por cada hombre en el equipo, pero que la mitad eran unas maricas, así que eran unas veinte chicas por cada hombre de verdad y que yo pretendía follármelas a todas, no solo a mi cuota.

—¡Qué!

—Además de ser bailarín de *ballet*, a Iván le gustaban los hombres, creí que debía dejar claro que mi única meta era acostarme con muchas mujeres y



que cuando no quedara ninguna, me saldría.

—¿Y qué dijo tu papá?

—Me llevó a un prostíbulo. —Baran encogió los hombros sin dar más explicaciones.

—¿Y tú...?

—Soy hombre, no pelele. Después de un par de visitas... bueno, yo no quería la verdad, me daba asco pensar... y era apenas un niño casi...

—¿Así fue como empezaste a pagarle a una prostituta por mentirle a tu papá?

—Claro.

—Tengo una duda. Un día me dijiste que tu familia era pobre como las ratas...

—Una exageración, claro. No éramos pobres, tampoco ricos, pero papá prefería comer pan duro y tener dinero para las prostitutas, para mí y me imagino, después, para Boris.

—Supongo que así son las cosas con los hijos, ¿no? —preguntó Francisca, rodeando sus piernas con los brazos hasta apoyar el mentón sobre las rodillas—. El día que Juan se graduó, mi papá y mi tío Ismael lo llevaron de farra. Para no devolverlo a su casa borracho, lo hicieron dormir en el living de la mía. —Francisca rio—. Yo creía que estaba enfermo. Isabel le gritó a papá y a tío Ismael hasta quedar ronca. Estaba furiosa porque Juan no suele beber. Hasta que el tío Isma empezó a reír. «Se tomó dos cervezas», había dicho, «y ni siquiera le pudo sonreír a una señorita». Yo pensé que era una tonta que había en el bar donde estaban, ahora pienso si no sería una... ya sabes, chica de vida fácil.

—No sé cómo será en tu país, pero en el mío sería así. ¿Juan tomó dos cervezas y quedó borracho? —Baran levantó su ceja sarcástica—. ¿Es hombre o es nenita?

—Es un buen hombre —dijo Francisca un poco molesta—. No bebe alcohol, nunca, no más allá de una copa de champan para el año nuevo o un

vaso de vino con el almuerzo del domingo. No sé por qué, lo único que dice es que un hombre de verdad no necesita demostrar que es hombre, menos llegando rápidamente al fondo de una botella, o alguna variación de eso.

—Eso será en tu país, porque en el mío, un tipo que no puede sostener su vodka no puede pretender ser considerado hombre de verdad —dijo Baran con el acento un poco más cerrado—. De hecho, Irina siempre decía que una de las cosas que la delataba cuando era Iván era su incapacidad para beber como cosaco. Después disfrutaba mucho de los tragos con sombrillitas hechos a base de vodka. —A pesar de todo, terminó de hablar sonriendo—. Era toda una nenaza.

—Me habría encantado conocerla, suena como una mujer cabal.

—Toda una mujer... excepto...

—¿Excepto? —preguntó Francisca cuando le quedó claro que Baran no seguiría hablando.

—Es que... no sé si... —respondió Baran mirándola muy atentamente.

—Baran, desembucha, ¡ya!

—Tú lo pediste —dijo él sonriendo—. Nunca faltaron los tipos intrusos, malditas sean sus oscuras almas, que invitaban a Irina a salir no por ella, sino porque querían ver una vagina hecha en quirófano y saber cómo era acostarse con un transgénero. No les importaba nada más, ni que Irina se considerara a sí misma una mujer ni que tuviera sentimientos, solo querían follársela por morbo y para después poder decir que se habían tirado a la gran Irina, con todo lo que eso implicaba.

—Me uno a tus maldiciones, Baran, eso es horrible. —A Francisca, los ojos le brillaban de furia—. *Malditos imbéciles, les partiría las hueas* —terminó en español.

—Franny, no entendí lo último.

—Dije que le partiría las... eh... los testículos, pero usé una palabra más vulgar.

—Te habrías llevado muy bien con Irina —dijo Baran después de reír—.

Cuando se dio cuenta de las intenciones de un tipo, dejó de lado muchos años de trabajo y hormonas para refinar la voz. Entonces le dijo, con la voz más masculina que pudo reproducir y el acento ruso marcado: «yo te puedo ayudar con eso. De hecho, te puedo ayudar mucho y realizarte la primera parte de la operación. Puede que tenga vagina, pero sigo teniendo mis músculos, y si te vuelves a acercar a mí, te arranco la verga de un manotazo».

Después de la impresión que le causó lo que había dicho Baran, Francisca empezó a reír hasta quedar tirada en el piso, doblada y afirmándose el estómago. Cuando consiguió calmarse, se sentó nuevamente, con la espalda apoyada en la pared, junto a Baran, casi rozando hombro con hombro. Se secó las lágrimas producidas por sus risas y respiró repetidas veces hasta calmarse.

—Amo a tu tía, Baran, la amo absolutamente. Cuando vayas al cementerio a visitarla, avísame para mandarle flores.

—Yo también la amo. Ella es la única persona en el mundo a quien realmente he amado. La única a quien le he dicho que la amo —dijo Baran con un tono neutro, casi apático.

—¿Cómo perdiste a tu familia? —preguntó Francisca, apretando sus manos en las rodillas para no extenderlas y consolarlo—. ¿Por el *ballet* finalmente?

—Eso es. Por casi tres años conseguí ocultarle a mis padres que el *ballet* era mi pasión. Hasta que salí de la escuela, ellos pensaron que lo hacía por divertirme, por salir con chicas.

—¿Cómo fueron esos años?

—Divertidos, y salí con muchas chicas. —Baran rio—. En realidad, fueron muy duros entrenando tanto, ya sabes cómo es. Y fingía salir con muchas chicas. Algunas amigas que se prestaban sin problemas para que mis padres pensaran que salíamos.

—¿Fue una de ellas la que...?

—Sí —dijo Baran, rehuyendo de la mirada de Francisca, fijándose en el piso a unos metros de ellos—. Era algo más que mi amiga, pero nunca

habíamos pasado de un par de besos. Un día dejamos la puerta un poco abierta para que nos vieran, pero papá no entraba nunca, y yo... —Tragó saliva con dificultad—. Ella nunca me hizo ningún reproche, siempre me dijo que no había hecho esfuerzos por obligarme a parar, pero yo... Por suerte, Boris entró a mi habitación.

—Entiendo.

—¿En verdad lo haces? Podrías explicármelo entonces, porque yo aún no lo hago.

—Baran, los dos eran adolescentes sin ningún tipo de control sobre sus hormonas. Les pasa a los adultos, no les va a pasar a los niños.

—¿Te ha pasado a ti alguna vez?

—No. —Francisca rio—. Pero yo amo el control... Bueno, no el control, la disciplina.

—Lo sé.

—¿Cuántas fueron? —preguntó Francisca volviendo al tema—. ¿Eran todas amigas que se ofrecían a ayudarte? ¿Por altruismo? —Evidentemente dudaba de tanta buena voluntad. Y tenía razón en hacerlo.

—Fueron muchas. Unas pocas eran amigas que se ofrecían por altruismo, como dices tú. Otras, porque era popular en la escuela y era una gran ventaja para ellas ser asociadas conmigo.

—¿Hacía feliz a tu papá? ¿Tener un hijo tan promiscuo?

—Mucho —dijo Baran tirando su cabeza hacia atrás al tiempo que miraba el techo.

—Tiene que haber sido agotador. Estudiar *ballet* ya es agotador; esconderte, mentir y fingir que salías con un montón de chicas debió ser extenuante.

—Ni te imaginas cuánto. Aunque no todo era pasearle niñas a mi papá por la cara, también fingía que no lo hacía porque alguna era muy poca cosa para mí. Partió un día que mi papá estaba preocupado porque había escuchado que protagonizaba un baile solo con hombres.

—Terrible —dijo Francisca irónica.

—Para mi padre, sí lo era. Yo le dije que me estaban obligando a hacerlo, que de lo contrario me pondrían mala nota, pero no se tranquilizó con eso, sino que llanamente me preguntó si no se me había ocurrido que también ellos tenían un par de... eh... bueno, ya sabes. Entonces le dije la primera imbecilidad que se me ocurrió. Papá, ¿tú piensas que quiero que se me caiga la verga?

—¡Dios!

—Un horror, lo sé. Pero él quedó tranquilo. Otro día me preguntó por Yalina...

—La hija del capitalista.

—Ella. Era una muchacha muy bonita y bailábamos mucho juntos, así que un día mi papá me preguntó si me la estaba follando. Él estaba preocupado por la asociación con un convicto en el Gulag, así que yo le dije: «¡Estás loco! Una capitalista, soy promiscuo, no idiota. ¡No quiero que se me caiga la verga!». A mi papá le gustó tanto que lo adoptó como su frase favorita. Cualquier cosa que mamá le pedía y él no quería hacer o cualquier reclamo que tenía contra alguien terminaba así: «no quiero que se me caiga la verga».

—Tu papá era un iluso.

—Hasta el día que llegaron del Bolshói a verme actuar. Después de la presentación, se me acercó un hombre con una invitación para irme a Moscú a hacer una prueba para ser contratado. Yo había salido de la escuela y papá me estaba dando vacaciones antes de integrarme a su empresa.

—¿Qué pasó?

—Ante mi duda, el tipo me dijo que la prueba era un trámite, que el contrato era seguro, pero que debía cumplir con la formalidad. Incluso, hizo un par de llamadas y me consiguió una habitación en arriendo. Su mujer pagó el primer mes y llevó algo de ropa de cama de su propia casa. Moscú me esperaba y el único impedimento era mi padre.

—Él no te autorizó, claro.

—No tenía nada que autorizar, yo había cumplido mi mayoría de edad dos meses antes. Llegué a casa, tomé el bolso más grande que pude encontrar y guardé mi ropa. A Boris ni lo miré, pero mi hermana... —Baran calló por un momento y después sonrió triste, antes de seguir hablando—: En una mochila pequeña guardé mis efectos personales y documentos. Esperé a papá y mamá la maldita media hora más larga de mi vida. Cuando llegaron, les dije que me iba a Moscú a trabajar en el Bolshói, mi padre me abofeteó y me dijo que era un marica y un traidor. Y yo le dije que tenía un talento enorme y que lo iba a aprovechar, que si eso era ser traidor, entonces lo era. Pero marica no era. «Verás, padre», le dije, «Yalina también va conmigo al Bolshói. No es capitalista, después de todo, porque llevamos un año follando y aún no se me cae la verga».

—¿Tú mamá no dijo nada?

—No. Simplemente se dio la vuelta y se fue a la cocina. Mi papá me dijo que si salía por la puerta, no volviera más. Y así ha sido. Y jamás me he arrepentido. Nunca, menos...

—¿Menos? —Otra vez, Baran se había ido a su propio mundo y se había quedado callado por mucho rato. Francisca se vio nuevamente en la posición de tener que forzar su relato.

—¿Cómo?

—Dices que nunca te has arrepentido, menos... y no dijiste cuándo.

Baran la miró muy fijamente por unos minutos que a Francisca se le antojaron horas. Levantó la mano para acercarla al rostro de la muchacha y le hizo una pequeña caricia en la mejilla, sus ojos brillando como el acero, en una muda emoción que Francisca no entendió.

—Eran los últimos años de la Unión Soviética. Se oían rumores de los más raros por todas partes. Con Yalina encontramos inmediatamente nuestro lugar, bailando y de gira. Un día vinimos a Francia. Después del espectáculo se acercó a mí una mujer mayor y se quedó totalmente muda, lloraba encerrada en el mismo silencio. «¿Sí?», le dije yo, y ella me respondió: «Eres igual a tu padre». No sé si me sorprendió más que me hablara en ruso o que

mencionara a mi padre. Pero yo le pregunté cómo lo conocía, pensando inmediatamente que era una desertora y, aunque estábamos fuera de Rusia, seguía siendo peligroso, y ella me dijo: «Baran, mi ángel, sé que no te acuerdas de mí, han pasado muchos años, pero yo soy tu tía».

—¿Era Irina?

—La misma. Yo le dije que no tenía ninguna tía, que mi padre no tenía hermanas. «Por supuesto», dijo ella, «tú me conociste como tu tío Iván». Después me preguntó por la familia. Yo no sabía bien que hacer y me vi contándole que no había visto a mi familia en un par de años, pero que estaban bien. Y mientras hablaba, a Irina se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. No tenía idea qué hacer, nunca había consolado a una mujer, pero le ofrecí un pañuelo. Cuando se calmó, dijo que lo peor que hizo fue negarme la posibilidad de bailar y seguir con la familia. Que era maravilloso, diez mil veces mejor de lo que nunca fue ella como Iván. «He llorado toda la tarde», había dicho, «toda la semana desde que leí tu nombre en el programa». No llores, Fran, ya te dije que no sé qué hacer. —Baran volvió a subir su mano, en esa ocasión para secar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Son lágrimas de felicidad —dijo la muchacha con una lacrimosa sonrisa—. La entiendo, ya te dije que había visto las grabaciones y me emocioné mucho, no podía ni hablar.

—Y eso sí que es extraño.

—¡Cállate! —exclamó Francisca—. ¿Qué pasó después?

—Yo estaba muy emocionado. Había ahí un miembro de mi familia que me quería y me aceptaba como yo era, y estaba orgullosa de mí además. Entonces apareció Yalina y me preguntó quién era la vieja bruja, hablándome en ruso, claro. Fue Irina quien le dijo, muerta de la risa, que era bruja pero no vieja. Yalina se asombró de que le respondiera en ruso. Entonces yo le dije que era mi tía Irina. Y su cara cambió enseguida, me dijo que yo no tenía una tía Irina, que yo tenía un tío Iván que había muerto cuando era un niño. Deshazte de ese fenómeno de circo, terminó, antes de irse. Y me dolió tanto, que Irina también se dio cuenta. «Baran», me dijo, «no te preocupes por mí,

ve detrás de tu novia. Yo solo quería verte». Yo le dije que si Yalina no era capaz de aceptar a mi familia, entonces no tenía un lugar en mi vida. «Vives con ella», dijo Irina. «Vivía con ella», respondí. Después conversamos un rato más, para mí fue tan natural confiar en ella que no me cuestioné lo que hacía. «Decidas lo que decidas», dijo al despedirse, «siempre tendrás un lugar en mi corazón y en mi casa».

—Te quedaste en Francia entonces —dijo Francisca con certeza.

—No ese día. Por varios años, lo único que conocí fue el *ballet* y Yalina. Ese era todo mi mundo. Volvimos a Rusia al otro día, y un par de meses después, cayó el muro y se abrieron las fronteras. Después de mi encuentro con Irina, Yalina y yo nos alejamos. Por primera vez en años, el *ballet* nos mantenía separados. A mí me dejaron en Moscú, quizás por Irina, no lo sé, y Yalina seguía de gira. La segunda decisión más fácil que he tomado en mi vida fue irme del departamento que compartíamos. Arrendé una habitación y después no sabía qué hacer, me sentía muy inquieto, hasta que una mañana llegué al teatro para enterarme que giraríamos nuevamente a Francia. Entonces se me ocurrió que ya no era deserción y que yo podría, sin problemas, presentar mi renuncia cuando estuviéramos en París e irme a vivir con Irina. Partir de cero una vez más, pero con alguien que me quería de verdad esta vez.

—Dudo seriamente que esas decisiones hayan sido tan fáciles como lo haces ver, Baran, ¿cómo puedes vivir con una persona y dejarla de la noche a la mañana? ¿Cómo puedes dejar el trabajo de tus sueños?

—Fueron todo lo fácil que cabía esperar, Fran, ya que nunca estuve enamorado de Yalina. Eso fue lo que me dolió un poco, la verdad, darme cuenta de todo el tiempo que había perdido con ella. Y el Bolshói no era el trabajo de mis sueños. Era un trabajo y punto. Lo que me gustaba era bailar y lo haría donde fuera. La Ópera resultó tan buena como el Bolshói.

—Pero todos soñamos con bailar en el Bolshói, hasta yo.

—Hay un autor español, me imagino que lo conoces, Calderón de la Barca.



—El autor de *La vida es sueño*.

—Eso mismo. «La vida es sueño y los sueños, sueños son», dice el libro. Como yo lo veo, uno puede pasarse la vida soñando cosas que nunca va a obtener y no hacer nada de su vida, o puede tomar su destino en las propias manos y hacer lo mejor con lo que te tocó. Eso es la realidad y es lo que uno vive, no las tonteras que cree merecer.

—Pero...

—Eso eran el Bolshói y Yalina para mí, sueños y fantasías. Mi realidad es otra y muy distinta. Y procuro no olvidarla, Fran. Por lamentable y triste que sea.

A medida que Baran iba hablando, iba dejando de lado el suave acento y aparecía más y más la manera cerrada y casi inentendible de hablar. Los ojos se oscurecían y los rasgos se endurecían, y Francisca vio ante sus ojos la desaparición del amable hombre con el que compartía sus tardes y la aparición del cruel y déspota *señor director* que tanto odiaba.

—Creo que mejor me voy —dijo Francisca, poniéndose de pie con lentitud, como si sus piernas le pesaran una tonelada.

—Eres tan joven, Francisca, tan dulce e inocente, incluso más de lo que corresponde a tu edad —dijo Baran imitándola—, que no tienes idea de las crueldades del mundo. Es justamente el motivo por el que no quería contarte nada de mi vida, no quería tocarte con la inmundicia en la que vivo.

—Baran, no es eso. —Francisca se giró para mirarlo con el rostro congestionado, los ojos rojos y gruesas lágrimas rodando por sus mejillas—. Es solo que me duele que un hombre con tu talento, tu belleza, tan noble y fuerte, haya tenido que pasar por tantas cosas. Y hay tantos idiotas como Thomas, que nacen con una cuchara de plata en boca, y su mayor problema es fastidiar a sus madrastras. De todas las cosas que has hecho, de todo lo que has emprendido, una, al menos, debió resultarte. Es tan injusto. Yo no sé si podría reinventarme tantas veces.

—Tú eres fuerte, Pequeña Fran, a tu propia manera —dijo Baran secando las lágrimas de Francisca—. La diferencia está en que mi fortaleza nació del

odio y el desprecio y la tuya, de una vida protegida por el amor infinito que tus padres te han dado, por la confianza que te da saber que siempre puedes mirar a tu lado y van a estar tu hermana y tus amigas apoyándote y empujándote. Eso no te hace más débil ni menos poderosa, solo lo eres de otra manera.

—No tienes ni idea... no puedes tenerla... de todo lo que te admiro y respeto, Baran. Lo digo en serio. —Francisca tomó la mano de Baran entre las suyas, fijando su claro mirar en el azul profundo del hombre—. Y te doy infinitas gracias por compartir conmigo parte de tu vida. —Baran levantó su otra mano y rodeó una de las de Francisca, apretándola fuertemente—. Y por decirme que yo también soy fuerte a mi manera. Cada vez que sienta que decaigo, que no tengo fuerzas para seguir bailando o estudiando me voy a acordar de este momento, de ti diciéndome todo esto, y será tu imagen la que invoque para seguir adelante y tomar mi vida en mis propias manos, luchando por conseguir lo que deseo, dando lo mejor de mí. Gracias, gracias por todo.

—Pequeña Fran —dijo Baran, tomando entre sus dedos un mechón de pelo de Francisca que se había soltado de su apretado moño.

Agregó algunas cosas en ruso que la muchacha no entendió, pero no pidió que le tradujera. La emoción que sentía en esos momentos, la dulzura y el aprecio, estaba más allá de cualquier palabra.

Y ahí, metido en el fondo del torbellino, algo para lo que Francisca no tenía nombre, se movía sutilmente, haciendo latir su corazón desacompañadamente, hormigueando en su piel, invadiendo sus sueños.

## CAPÍTULO DIEZ

Marzo se fue con una rapidez asombrosa, dejando la academia con un gusto dulce por el éxito del recital de primavera. Todos felicitaron al director y al cuerpo docente por los excelentes bailarines que educaban y por las maravillosas piezas que habían presentado.

Al término del espectáculo, los alumnos fueron guiados al cóctel por *madame* Fayolle, con las mismas recomendaciones que en el concierto de Navidad.

Fue Thomas quien notó a la misma mujer que vieran en diciembre junto al director. Llamó la atención de sus amigos sobre sus largas uñas rojas puestas sobre la negra camisa del director.

—O al director le toca de nuevo o ella no entiende insinuaciones — murmuró Teresa.

—Tal vez tienen uno de esos acuerdos, ya saben, cuando uno de los míos necesita compañía femenina conocedora de la situación y finge —aportó John.

—O tal vez el acuerdo es para follar en cada recital de la academia —dijo Thomas.

Francisca, molesta por los comentarios de sus amigos, miró a la mujer hasta que notó un detalle que todos habían pasado por alto y que ella descubrió gracias a un brillante foco que le dio en el cuello a la mujer en el momento preciso en que Francisca la miraba, es decir, siempre. Una pequeña cicatriz oculta en uno de los pliegues naturales de su piel, justo a la altura del cartílago tiroideo.

La mujer se había hecho una reducción de la manzana de Adán, por eso la indulgencia de Baran con ella. Había sido amiga y probablemente protegida de Irina. Una sonrisa de alivio surcó el rostro de Francisca. La mujer no era amante de Baran. Por qué era un alivio no pretendía entenderlo.

Por otro lado, el hombre la miraba con el ceño levemente fruncido. La muchacha se llevó una mano a la garganta y Baran le sonrió. Es decir, movió un milímetro su boca por una fracción de segundo para hacer una mueca que alguien muy observador podría clasificar como una sonrisa.

—¡Soubllette! —gritó el director—. Ven acá.

Thomas, Teresa y John se sorprendieron al escuchar el grito del hombre y miraron preocupados a su amiga. Ella, con toda la tranquilidad del mundo, los miró y asintió, dándoles a entender que todo estaba bien. Después caminó entre ellos hasta llegar al director.

—¿Señor director? —preguntó respetuosamente al llegar junto a Baran.

—Quiero presentarle a alguien—dijo Baran parco—. Ella es la señorita Nicolle Babineaux. Nicky, te presento a Francisca Soubllette, la alumna del solo por la que me preguntabas.

Nicolle lo miró interrogante por unos instantes. Al parecer, no le había preguntado nada del solo de Francisca, pero en un mundo lleno de secretos y subterfugios, comprendió inmediatamente que estaba siendo usada de tapadera.

—Mucho gusto, señorita Soubllette, es usted una bailarina excepcional. La felicito. —Nicolle se acercó para besarla en las dos mejillas.

—El gusto es mío, *madame* Babineaux, muchas gracias por su amable comentario —respondió Francisca.

—Oh, Baran, es adorable. —Nicolle sonrió al director—. Una cosita pequeñita y exquisita. A Irina le habría gustado mucho.

—Yo pienso lo mismo. —Miró a Francisca y se acercó un poco a ella para hablarle en susurros, aprovechando la música y las conversaciones, además de la compañía parlanchina de la otra mujer—. ¿Te vas mañana? —Francisca asintió sin palabras—. Cuídate mucho, ¿sí?, no creo que pueda protegerte si vuelves a subir un kilo, a pesar de todo.

—No te preocupes, no pienso dejar que Adriana me cebe. Tú también cuídate. Nos vemos.

Baran agregó algo en ruso que Francisca no entendió, pero tampoco le preocupó. Hizo una pequeña reverencia, con voz fuerte dijo «señor director» y luego sonrió a Nicolle antes de despedirse y alejarse en busca de sus amigos.

\*\*\*

Después de constatar que había cumplido la promesa que le hiciera a Baran antes de salir de vacaciones, Francisca se unió a sus amigos para ir a la primera clase teórica de la semana.

Ya entraban en la recta final del primer año y durante las vacaciones habían preparado, cada uno por su lado, los trabajos que debían presentar durante esa y las semanas por venir.

Era curioso para todos ver las salas cada vez más vacías, especialmente después de las vacaciones. En esa ocasión, tres compañeros no volvieron, dos hombres y una mujer, haciéndose evidente para todos que Francisca volvería a bailar con el director la clase completa.

La muchacha se las arregló para componer una cara de disgusto frente a sus amigos, pero se sentía internamente agradecida, ya que para mayor conmoción suya, había extrañado todo en el director, desde su risa lejana y gutural, hasta la forma en que cambiaba su manera de hablar cuando se sentía incómodo. Por supuesto, bailar con él estaba en el primer lugar indiscutidamente.

En el transcurso del mes de abril, el clima había mejorado tanto que los muchachos retomaron su costumbre de almorzar en la plaza, aunque algunos días siguieran buscando refugio en la casa.

Francisca volvió a usar su bicicleta, por lo que al abandonar la academia, Baran la acompañaba hasta llegar a una avenida, donde le resultaba más fácil conseguir transporte a su casa.

—Estaba pensando en comprarme una bicicleta —le dijo una tarde a

Francisca.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Francisca preocupada—. Baran, ni lo pienses o me voy a ver en la obligación de decirle al entrenador, y es algo que ni tú ni yo queremos.

—¿Por qué?

—¿Sabes lo fácil que es perder el equilibrio en estas cosas? —le preguntó Francisca, deteniendo totalmente su marcha—. Más aún por las calles con adoquines, es atroz.

—¿Y? —preguntó Baran logrando de alguna manera equilibrar rebeldía e indiferencia.

—¡Dios, Baran, pareces niño chico! Te puedes caer, te pueden atropellar, incluso si tiene un buen sistema de frenos, podría ser perjudicial para ti, un frenazo muy brusco y...

—Pero...

—¿Hacer lo mejor que puedes con lo que te tocó? ¿No es esa tu filosofía? —le gritó Francisca sin dejarlo hablar—. Pues bien, con tus huesos, lo mejor que puedes hacer es no comprarte la maldita bicicleta. ¡Podrías hasta morir, imbécil!

—De acuerdo, si me lo pides con tanta amabilidad, entonces no —dijo Baran mostrando su acento por momentos.

—Lo siento, es que...

—No sabes lo difícil que es tener que pensar si puedo hacer algo o no. —Baran la miró fijamente—. Estoy constantemente en esa disyuntiva y en tantos aspectos de mi vida que francamente estoy cansado. A veces, simplemente, quisiera hacer todo lo que quiero hacer y si muero, pues bien, moriré feliz.

—No digas idioteces, Baran, ¿qué puede haber tan importante que quieras hacer que sacrificarías tu vida por eso?

—Fran, si supieras, probablemente me matarías —respondió Baran, no con una, sino con dos cejas levantadas.

—Mientras no sea expulsarme de la academia, tu vida no corre peligro en mis manos. —Francisca sonrió traviesa.

—No es expulsarte de la academia, no puedo perder al mejor conejillo de indias que he tenido —dijo Baran reanudando la marcha—. No solo pesas menos que una almohada de plumas, sino que no te arrugas con mis gritos, estás dispuesta a quedarte hasta tarde para que yo pueda trabajar con mis creaciones y eres una bailarina bastante decente para haber salido del culo del mundo.

—Chile no es el culo del mundo.

—Por su forma, lo parece.

—Y yo no soy una bailarina decente, tu amiga Nicky lo dijo, soy una bailarina excepcional.

—Nicky nació con dos pies izquierdos, no sabe nada de *ballet*.

—Y tu tía me adoraría, ya sabes, porque soy, y cito, «una cosita pequeñita y exquisita».

—Lo que eres es lengua larga y descarada, Soubllette.

\*\*\*

Mediaba mayo y los exámenes finales estaban a punto de llegar. Francisca y sus amigos estudiaban de lunes a domingo, casi las veinticuatro horas del día, entre el tiempo dedicado a las clases, a los trabajos y a preparar los exámenes.

Cuatro alumnos más habían salido de la academia, y los sobrevivientes habían caído en el hábito enfermizo de ir a mirar todos los días, al menos unas tres veces, si había aparecido algún número más. Al quedar solo cinco rojos por utilizar, suponían que el director no eliminaría a nadie una vez que llegara a los números azules.

Francisca, lejos de dejar sus horas de práctica nocturnas, las había incluso incrementado y, algunos días, entre ensayo y conversación, se quedaban hasta

cerca de las diez.

Baran, preocupado porque la muchacha se iba tan tarde en bicicleta, había tratado de convencerla de que la dejara en casa. Cuando ella no quiso hacerlo, contactó un servicio especial de taxi que la esperaba a las nueve y media de la noche para llevarla con bicicleta incluida a su hogar.

Francisca, cómo no, se enojó mucho por su imposición, alegando que él no tenía ningún derecho a elegir por ella. Baran se limitó a tomar la bicicleta y abrir el maletero para guardarla.

—Elige —le dijo—, la guardo o la tiro al próximo auto que venga.

—Guárdala, maldito ruso despótico. —Furiosa, Francisca se metió al auto sin despedirse.

Un día, llegó a la sala de ensayo para encontrarse con que Baran no solo no estaba vestido para ensayar, sino que había puesto un mantel en el suelo y dos vasos de jugo acompañados con dos mínimos trozos de torta.

Lo primero que Francisca pensó cuando llegó fue que Baran se había equivocado de fecha, ya que su cumpleaños sería el sábado. «Claro que el sábado no nos vemos», pensó. «Pero podríamos haber celebrado mañana. Tal vez no puede. O tal vez, no tenía nada que ver con su cumpleaños».

—¿Y esto? —preguntó.

—Hoy es mi cumpleaños —explicó Baran con sencillez.

—¿En serio? ¡Felicidades! —gritó Francisca, sorprendida porque sus cumpleaños distaran en tan pocos días. Sin pensarlo, saltó hasta sus brazos y le plantó un sonoro beso en la mejilla—. Lo siento —agregó después que un sorprendido Baran la dejara en el piso—. Es una rara costumbre en mi país. Saltarle encima a la gente y rodearla con los brazos cuando están de cumpleaños.

—Extraña costumbre esa —dijo Baran—. En mi país, tenemos algo que se llama abrazo. —Rio—. Se parece bastante, pero sin el salto.

—Bueno —dijo Francisca, ya recuperada—, eso es algo que hacemos las mujeres. Y debes saltar sobre una persona que mida al menos treinta



centímetros más que tú y pese tal vez el doble.

—Treinta y cinco y peso más del doble que tú. Unos diez kilos más, creo.

—¡Y te atreves a decirme gorda! Pero no importa. ¡Celebremos! —  
Terminó Francisca, sentándose a un lado del mantel.

—De acuerdo, pero te aclaro que no estoy celebrando mi cumpleaños, sino otra cosa —aseguró Baran ocupando su propio sitio.

—¿Qué? —preguntó Francisca, dándole su vaso de jugo y tomando el propio.

—Hace veintiún años, mis padres me dieron el único regalo de cumpleaños que valió la pena.

—¿Cuál?

—Mi hermana pequeña, Svetlana. Es a la única que realmente extraño —  
dijo con nostalgia.

—Me imagino que no debe haber sido tan pequeñita, como yo —Francisca bromeaba para que Baran no se deprimiera—, pero igualmente era adorable.

—Era llorona, quejica, molesta, me despertaba en las noches, me sacaba todo de la habitación y se lo metía en la boca, estuvo a punto de echar a perder meses de preparación para un recital del que mis padres no sabían nada. Comía demasiado e iba demasiado al baño, y a mí me tocaba limpiarla. En resumen —se rio—, la adoraba. Igual que tú, la primera palabra que dijo fue Baba, tratando de decir mi nombre. Lo mejor que tenía era que odiaba a Boris, le pegaba con sus juguetes y jamás se quedaba tranquila cuando le tocaba a él cuidarla.

—En Chile, Baba es saliva —Francisca rio—, y Bobo, como espero llamara a Boris, es tonto.

—Sí, ese es Boris. Bobo —dijo Baran, acompañando las risas femeninas.

—Entonces, por Baba y Svetlana en su cumpleaños —dijo Francisca levantando el vaso.

—Por Svetlana en su cumpleaños —dijo Baran—. Hoy hablé con ella —susurró emocionado—. Es una mujer hermosa. Fuerte. Inteligente. Me

recuerda a Irina de muchas maneras.

—¿Cómo llegaste a hablar con ella, Baran? No puedo creer que después de tantos años simplemente la llamas.

—No lo hice, fue ella. Siempre ha sido ella. —Sonrió triste—. Cuando descubrieron mi enfermedad, el doctor se puso en contacto con mis padres a través de la embajada rusa en Alemania, donde trabajaba Katerina, una amiga del pueblo. Al principio, a ellos no les interesó, pero Svetlana insistió, ya que siempre le gustó la biología. Los convenció cuando les dijo que había un componente genético y que cualquiera de ellos, incluido el bebé por nacer de Boris, podría tenerla. Lamentablemente, se descubrió que Svetlana tenía razón y el niño nació con la peor forma de la enfermedad. Solo vivió tres años. La familia de la madre también era portadora.

—Es horrible. Lo siento por Boris.

—Yo lo siento por el bebé y por mis padres, que perdieron al que probablemente vaya a ser su único nieto. Boris se hizo una vasectomía después del divorcio. Algo que yo mismo debería hacer, pero con mi inexistente vida sexual no hay necesidad.

—¿Y Svetlana?

—No le crecen las uñas, como a Irina, pero es la única manifestación. De todas maneras, puede pasarle. Tener un hijo enfermo, me refiero. Pero ella estudia medicina y piensa adoptar, si es que llega a querer hijos.

—¿Cómo sabes todo eso? Yo pensaba que después de salir de tu casa para ir al Bolshói no habías tenido contacto con ellos.

—Svetlana... ella, tuvo algunos problemas en casa y huyó, igual que yo... Pero fue más de lo que mamá pudo soportar. Así que la perdonaron y ahora le pagan sus estudios en medicina. Pero ese diablo que tengo por hermana no estaba satisfecha, así que le pidió a Katerina mis datos de contactos. Svetlana, inteligente y juiciosa, no me llamó, sino que me envió un correo electrónico. El primero fue largo y me puso al día de los eventos de los últimos diez años.

—¿Entonces has estado en contacto con ella por tres años?

—Ella me escribió a mí, yo no le respondí. No quería que por error les

dijera algo a mis padres y se enojaran con ella. Me ha escrito muchas veces. Dijo que entendía que no le respondiera, pero que de todas maneras ella seguiría escribiendo porque necesitaba con quien conversar.

—¿Qué pasó hoy?

—No pude aguantar más. Es mi hermanita, Fran, y es su cumpleaños. Muy temprano vi el correo que envió deseándome feliz cumpleaños. Debati conmigo toda la mañana y al final perdí. Así que hoy, por primera vez, le respondí. Dos líneas: «Feliz cumpleaños, de tu hermano que te quiere. Baran». Y ella se volvió loca. Un minuto después me llegó una invitación a un chat con video conferencia. Estuvimos conversando tanto rato que casi llego tarde a clases.

—Lo bueno —dijo Francisca riendo— es que tú eres el reglamento y la clase empieza cuando llegas, no antes ni después.

—Sí, pero ella no y se perdió una clase —respondió Baran con severidad—, la tuve que reprender. Es la primera vez en años que lo hago. Pero Svetlana no me tomó en cuenta.

—Descarada. —Francisca imitó el acento del ruso.

—Esa eres tú. Mi hermana es perfecta.

—Qué parcial, Baran. —De pronto, el gesto del ruso cambió totalmente, volviendo a ser el adusto señor director—. ¿Qué?

—Fue una irresponsabilidad de mi parte. Si mis padres se llegan a enterar...

—Tu hermana va a tener que seguir sus estudios en París y tú vas a tener que pagarlos.

—Descarada —dijo Baran con un intento de sonrisa—. ¿Sabes qué me vendría bien ahora? Una muestra de esa rara costumbre de tu país.

Francisca se rio y, de rodillas, cruzó el mantel para llegar a su lado. Rodeó los hombros de Baran con los brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, señor director —le dijo mientras sentía que los brazos del hombre la apretaban contra su torso hasta tenerla pegada a él.

No era que Francisca nunca hubiera estado tan cerca de él, no. Ni tampoco que jamás usaran sus respectivas fuerzas para quedar unidos firmemente. Pero hubo algo extraño en el abrazo, algo que puso su sangre a correr con velocidad a través de sus venas y que hacía imposible para Francisca moverse y alejarse del exquisito calor que irradiaba el cuerpo del ruso.

Después de lo que le parecieron horas, finalmente Francisca consiguió reunir algo de voluntad y se alejó de él. Pero Baran no entendió el mensaje y, sin soltarla totalmente, la impulsó hasta que la muchacha quedó sentada sobre su pierna derecha.

Con la mano izquierda acarició el cabello que Francisca había soltado un rato antes y le murmuró algo en ruso que ella no entendió. Inclino su cabeza y, por un momento, Francisca pensó que la iba a besar. «Sí, por favor», pensó, pero en el último instante, la boca de Baran se desvió y fue a dar a la tersa mejilla femenina.

—¿Vamos? —preguntó Baran centrando su mirada en cualquier lado menos en la muchacha.

—Claro —dijo Francisca, removiéndose del regazo del ruso.

—Un favor, no le digas a nadie que hoy era mi cumpleaños. Es decir, sé que tus amigos no saben nada, pero Malik sí. Y si llega a darse la oportunidad, no le menciones que hicimos una especie de celebración, o a partir del próximo año no me escapo y van a querer hacer algo siempre.

—¿El entrenador sabe que nos vemos en las tardes?

—Fue una estupidez de mi parte, sin pensar le dije: «el lunes, con Francisca...», no seguí, pero él idiota no es. Yo no confirmé nada, pero ya era demasiado tarde para negarlo.

—De acuerdo. ¿Nunca celebras tu cumpleaños?

—Jamás. No lo hacía de niño, no lo voy a hacer ahora.

—¡Lo que hay que escuchar! Yo voy a hacer una fiesta el sábado... claro que solo seremos los cuatro. Me encantaría que pudieras ir.

—El lunes celebramos tu cumpleaños.

—Te lo voy a cobrar.

—Por supuesto.

\*\*\*

El lunes después del cumpleaños de Francisca, ella se encontró con la sala de ensayos incluso decorada en un rincón y el mismo mantel, dos vasos de jugo y dos trozos de torta. Baran la sorprendió con un regalo. Una preciosa muñequita que había comprado porque le recordaba a su hermana de pequeña. Francisca sonrió y la guardó en su mochila, de donde sacó un paquete primorosamente envuelto. Riendo, Baran lo abrió y descubrió una bicicleta de adorno, pero totalmente funcional. «Va a ir a mi escritorio», dijo, después de abrazarla para darle las gracias.

Se podría haber dicho que el final del año los sorprendió a todos si no fuera por toda la preparación que requirió. Mayo y junio pasaron volando, hasta el día lunes que los recibió tradicionalmente con los resultados de sus evaluaciones.

Solo dieciocho alumnos aprobaron todas las asignaturas. Francisca y Teresa consiguieron el primer y segundo lugar respectivamente y aunque los resultados de John y Thomas no fueron tan buenos como ellos esperaban, de todas maneras quedaron entre los mejores siete alumnos del curso.

Francisca consiguió quedarse un momento a solas, con la excusa de ir a buscar su bicicleta que había quedado guardada en una bodega la semana anterior. Como había hecho mucho aspaviento al separarse de sus amigos, no le extrañó nada encontrarse con Baran en un pasillo perdido en la inmensidad de la academia.

—Cuídate mucho —le dijo Francisca al ruso—. No andes haciendo tonteras por ahí. ¿Vas a Rusia a ver a Svetlana?

—A Rusia no voy ni muerto, y no ando haciendo tonteras por ahí, pero Svetlana viene con unos amigos a Italia y se quedará conmigo unos días en

casa de los Colantoni.

—Bien. —Francisca sonrió.

—Voy a extrañarte —le dijo Baran, acariciando su cabello.

—Y yo —respondió Francisca, que se puso de punta de pie para abrazarlo.

—Cuídate, pequeña Fran. Disfruta tus vacaciones. —Después de abrazarla, la mantuvo pegada a él con las manos en la cintura femenina—. Si pensaste que el primer año era duro, no tienes ni idea. De hecho, el segundo aún no termina.

—Lo sé. Vi a Chokolatina llorando histérica en el baño.

—¿Chokolatina? Eso es divertido. Me pregunto cuándo se va a comer el maldito chocolate que siempre pasea.

—Que inocente es usted, señor director. —Francisca imitó su acento—. Nunca es el mismo chocolate. Por lo que sé, siempre se lo come el viernes en la tarde, después de recibir tu desprecio a los mendigos del viernes. Me voy antes que mis amigos empiecen a preguntarse si no me colé a las pruebas del segundo. Adiós, Baran, nos vemos. —Le dio un beso en la mejilla y se alejó de él.

## CAPÍTULO ONCE

Lo bueno del inicio del segundo año era que pasaban directamente a las clases teóricas después de las pruebas médicas y una hora de ejercicios. Mejor aún, no era el entrenador Malik quien dirigía esa primera clase, ya que él estaría con el director escondido en la sala de sonido del pequeño teatro donde se hacían las pruebas de primero.

Lo malo era que tenían clases con el director el primer día. O eso era lo que pensaban todos, excepto Francisca, quien después de dos meses de ausencia deseaba volver a observar la cruda belleza masculina de Baran. Incluso si eso implicaba escuchar sus insultos una vez más.

Aunque lo que más ansiaba era que llegara la noche y estar a solas con él. Bailar con él, sentir sus manos rodeándola, acariciándola. Lo había extrañado tanto que se sentía totalmente ridícula. Eran solo amigos. Ni eso incluso. Eso y mucho más si le preguntaba a sus sueños.

Los primeros días de vacaciones no le había pasado. Estaba tan agotada y tan feliz de estar en su hogar que lo único que hacía era abrazar a todos y dormir. Pero a partir de la segunda semana empezó a volverse loca. Cada hombre alto que veía, cada hombre rubio, cada acento extraño que escuchaba se le antojaba a él.

Y en las noches, su subconsciente había empezado a jugarle malas pasadas y empezó a soñar con él. Primero las situaciones familiares. Las clases, incluso los gritos. Las caminatas desde la academia al comienzo de la primavera. Su risa gutural y sus ojos azules, oscuros de enojo, claros de felicidad.

Después se puso peor. Estaba obsesionada con el día del cumpleaños de Baran, cuando él la sentó en su pierna y se inclinó. Seguía deseando que la besara. Lo deseaba tanto que en sus sueños él no se detenía y tomaba su boca hasta dejarla sin aliento, con las manos enterradas en su pelo.

Una noche despertó asustada y fue a buscar a su hermana, solo para descubrir que no había nada en el dormitorio de Isabel. Ella se había mudado y se había llevado hasta la cama.

Bajó a la cocina y calentó un vaso de leche, como los que preparaba su abuela antes de enviarlas a la cama. Sentada, en la oscuridad del living, recordó el sueño.

Estaban en la academia, naturalmente, y hacían una coreografía. No conocía la música, de hecho, no era más que percusión, un instrumento que ella no identificaba que emitía unos sonidos graves y vibrantes. En determinado momento, él rodeaba su cintura con ambos brazos y ella se dejaba caer hacia atrás casi hasta tocar el suelo con su cabeza. Cuando se levantaba, notaba que estaba desnuda y, antes que pudiera hacer nada por evitarlo, la boca de Baran cubría sus pechos y sus enormes manos recorrían su cuerpo completo.

Había sido su propio gemido lo que la despertó.

Si ese hubiera sido el único sueño erótico con Baran, se habría quedado tranquila, pero después hubo más, hasta que las imágenes de sus cuerpos enlazados invadieron sus días.

Contra eso luchó. Después de todo, el hombre seguía siendo su profesor y el director de la academia. Y Francisca no pensaba que a él le importara. De lo contrario, no habría desperdiciado tantas oportunidades para llevar su relación más allá de la mera amistad y compartir las tardes.

Al volver a Francia, se había concientizado, obligándose con la mayor disciplina que tuviera en su vida, a dejar de pensar en él como en un hombre y devolverlo al nivel de profesor y compañero de baile. Había sido una dura batalla con ella misma, pero iba consiguiéndolo.

—Bienvenidos al segundo año —los saludó exactamente a las dos de la tarde de ese primer lunes—. No es que hayan conseguido algo en realidad. En todo caso, permítanme felicitarlos, al parecer, ninguno se convirtió en una vaca gorda ni en un fofo pusilánime durante las vacaciones.

Caminó hasta el piano donde se había ubicado el maestro Colantoni y dejó



su chaqueta en un banco. Tomó la tablilla que todos recordaban y en la que quedaban dieciocho números.

—Me pregunto quién será el primero en caer este año —murmuró recorriendo con la mirada el salón. Se detuvo sobre Francisca y sus amigos con un pequeño brillo en el fondo de sus ojos azules, el único reconocimiento a la muchacha con la que había compartido tantas tardes en el pasado—. Miren, si no son los Cuatro Fantásticos. La señora Fantástica. —Miró a John—. La Mole. —Miró a Teresa—. La Antorcha Humana. —Miró a Thomas—. Y la Mujer Invisible. —Miró a Francisca—. Veo que aún eres tan pesada como una almohada de plumas. Maravilloso —dijo con un toque de veneno en su voz—. Seguirás siendo mi conejillo de indias entonces.

—Sí, señor. —Francisca hizo la reverencia que patentara el año anterior.

—Y sigues siendo tan descarada como siempre. ¿No fuiste de vacaciones a tu país acaso? —interrogó levantando una ceja—. ¿O es que los militares ya no saben lidiar con mocosas como tú?

—Vivimos en democracia ahora, señor director —replicó Francisca—. Me imagino que está familiarizado con el concepto.

Aunque ya no era tan fuerte, un asustado suspiro colectivo llenó la sala. Los ojos de Baran brillaron con mayor intensidad y su gesto se volvió más adusto. Solo Francisca sabía del duro esfuerzo para no largarse a reír.

—Maestro, por favor —dijo al pianista—, la pieza que veíamos cuando estos vagos empezaban a moverse como si fueran nenas de dos años aprendiendo a bailar. En cuatro, tres...

\*\*\*

—¿Cómo estuvieron tus vacaciones, Cojincito? —le preguntó Baran a Francisca cuando ella entró en la sala de ensayos que siempre usaban.

—Maravillosas. Fuimos a Brasil con mamá e Isabel. A Buenos Aires con el Quinteto, y pasamos un fin de semana en el centro de ski del Colorado con

toda la familia. ¿Y las tuyas?

—Qué bien, me alegro que hayas descansado y disfrutado con tu familia. Yo, bien, tenía que terminar todo para el nuevo año y después me esperaba Svetlana en Roma.

—¿Cómo está ella?

—Perfecta, ya te dije una vez.

—Tan imparcial como siempre, señor director.

—¿Tienes ánimo para trabajar? —preguntó Baran, riendo, después que comentaran más detalles de sus vacaciones—. Estoy preparando una pieza nueva que quieren usar en Nueva York.

Entonces se dirigieron a la barra y trabajaron hasta que ambos tuvieron mucha hambre para seguir.

\*\*\*

«Baran tenía toda la razón», pensó Francisca el último viernes de septiembre cuando la limosina de Thomas los llevaba al departamento de la familia Van der Meer. Si el primer año les había resultado duro, el segundo era mucho, mucho peor.

Las clases teóricas seguían siendo las mismas, solo los programas de estudio habían evolucionado. A pesar de lo que dijera Baran, no eran más fáciles. Muy por el contrario. Debían presentar trabajos escritos todas las semanas para alguna asignatura. Aquellos que se prestaban para clases teórico-prácticas, como Teatro y Coreografía, dejaban tareas todas las clases, unas consistían en reinterpretaciones y adaptaciones de obras clásicas, otras eran piezas originales.

Thomas y John preparaban las coreografías y música. Las muchachas daban su opinión y ayudaban, pero se encargaban principalmente de Teatro, en especial del maquillaje y el vestuario.

Una sutil variación al horario daba como resultado media hora menos de

ejercicio, aunque seguía siendo el entrenador Malik quien los supervisara con ayuda de su equipo de profesores. Esa media hora se aplicaba en las clases teóricas a cargo de *monsieur* Aubridot y los suyos.

—Despierta, Irribarren —dijo Teresa—, llegamos y hay un estupendo masajista esperándonos.

Tal como habían acostumbrado el año anterior, pasaron la tarde y noche del viernes después de los exámenes en el departamento de Thomas, relajándose, cenando y viendo alguna película. Otra costumbre que respetaban, ya que les encantaba, era hacer una fiesta de pijamas en la sala multimedia. El ama de llaves y su personal estaban tan acostumbrados que dejaban lista la habitación para ellos.

Durante ese mes habían tenido tan pocas ocasiones de relajarse y estar solo conversando, así que aprovecharon para compartir detalles de sus vacaciones.

John había visitado a sus primos en Gales, donde había conocido a un joven con el que intercambiaba correos electrónicos, aunque la relación no iba a ninguna parte. Thomas había visitado frecuentemente a Teresa en Miami y habían viajado por el país.

Entre bromas e historias siguieron conversando hasta que el cansancio pudo más que ellos y se quedaron dormidos.

Lo único que Francisca esperaba era que Baran no invadiera sus sueños esa noche. Y lo único que deseaba era que sí lo hiciera. O al menos, que llegara luego el lunes para estar con él otra vez.

\*\*\*

Cada vez que lo había visto esos días, su corazón latió desbocado. Cada vez que la tocó al bailar, su piel era invadida por un reguero de fuego, como si estuviera cubierta de pólvora. Sus pulmones ardían al respirar el mismo aire, su beso de buenas noches, última costumbre añadida al ritual de

despedida, caía en la mejilla de Francisca y la llenaba de ansias.

En más de una ocasión quiso que simplemente la tomara entre sus brazos y la besara, terminando con la tortura de desearlo tanto y no tenerlo nunca. Como no tenía experiencia con los hombres, no podía decir si él sentía al menos el diez por ciento del deseo que la invadía a ella.

Sabía que era absurdo, totalmente irrealizable, no solo porque él no la deseara, sino que él era su profesor. Y se lo repetía una y otra vez. Él es mi profesor, yo soy su alumna. Él es el director de la academia. Era algo absolutamente inapropiado.

—¡Que mierda fue eso, Francisca! —le gritó el martes de la semana siguiente a los exámenes, cuando estaban practicando los dos solos.

—Lo siento —dijo Francisca contrita—, estoy un poco distraída.

—Entonces concéntrate, maldita sea, o vámonos, porque así no puedo seguir.

Tampoco era que él le pusiera las cosas tan fáciles. A pesar de que en apariencia su relación seguía siendo la misma, había algo distinto y extraño. Poco natural.

Desde el comienzo se habían entendido muy bien, algo asombroso para ser dos personas tan distintas, con pasados e historias sin factores comunes.

Pero ese primer mes del segundo año había tenido una especie de sombra cerniéndose sobre ellos. Francisca a veces se preguntaba si no era idea suya solamente. Si no se debía a que ella estaba proyectando en él su frustración. Nunca antes había querido algo que no podía conseguir.

Pero momentos como ese le daban la razón. Algo también le pasaba a él, pero no podía entender qué, lo que resultaba en que sus conversaciones escaseaban, sus bailes eran poco fluidos y los gritos de ambos abundaban, especialmente los de él.

—Mira, Soubllette, última vez, si esta no sale, me voy. Estoy absolutamente harto de ti y de tus distracciones. Me gustaría saber qué mierda te pasa si no es mucha molestia.

—Bueno, ¡yo podría preguntar lo mismo, señor director! —chilló Francisca furiosa.

—¡A mí no me pasa nada! —le gritó él a su vez, acercándose tanto que Francisca podía distinguir entre su pupila negra y el iris de un azul tan oscuro como no se lo había visto nunca—. ¡Eres tú y tus malditas desarticuladas piernas, hasta cuándo!

—Bueno, entonces, yo y mis malditas piernas desarticuladas nos vamos —dijo Francisca, yendo a tomar su mochila y guardando todo dentro, sin importarle que vestía solo las mallas.

—¿Dónde mierda piensas que vas? —Baran la tomó del hombro con un gruñido.

—Me retiro, señor director, si usted me autoriza. —Se zafó de su agarrón, le hizo una reverencia y siguió caminando.

—¿Y si no te autorizo?

—Pues me voy de todas maneras —replicó Francisca sin detenerse.

—Abrígate al menos.

—Como si le importara.

Ya lejos de la sala se puso la chaqueta y se subió a la bicicleta que la esperaba en la recepción de la academia. Unas cuadras más allá, se detuvo para secar las lágrimas que le impedían ver y aprovechó de abrigarse.

El miércoles fue un día horrible por todos lados. Francisca amaneció levemente congestionada y con un terrible dolor de cabeza. Decidió que se iría en taxi y a la tarde le pediría a Thomas que la llevara, porque algo que no iba a hacer era quedarse practicando con Baran. «El director», se corrigió mentalmente.

Después de la discusión de la tarde anterior no creía posible volver a quedarse a solas con él. Casi no había dormido dando vueltas en la cama, odiándolo por sus crueles palabras.

Solo estaba distraída, por Dios Bendito... y era culpa de él.

Llegó al gimnasio con el tiempo casi justo. Sus amigos estaban en la

puerta muertos de preocupación. Quedaban apenas cinco minutos para las ocho. Por poco no sobrevivió a la clase.

«¿A quién mierda se le había ocurrido no ponerles yoga el miércoles en la mañana y dejarles a cambio a la imbécil de spinning?», se preguntaba Francisca cuando caminaba con sus amigos a la clase de Historia del Arte.

—Buenos días. —Se escuchó en el pasillo, y sus amigos apenas pudieron responderle al director por la impresión que les causaba que los hubiese saludado.

Francisca ni lo miró.

Entró como una autómatas en la clase y hasta *monsieur* Aubridot notó que algo le pasaba. Francisca le explicó que no se sentía totalmente bien, pero que seguramente los medicamentos que estaba tomando la ayudarían inmediatamente.

A la hora de almuerzo cruzaron por primera vez a la casa, ya que Francisca tenía frío y se sentía pésimamente mal.

—Y nos toca clase con el dictador —gimió Francisca tirándose en la alfombra.

—Yo les preparé sopa de pollo, señorita —dijo el ama de llaves—, seguro que le sienta bien.

—Gracias —murmuró Francisca, tomando el tazón de sopa que le ofrecía la mujer.

—Duerme un rato —le dijo John, muy cariñoso, unos minutos después, acariciando la cabeza de la muchacha apoyada en sus piernas. Thomas le quitó el plato que tenía en las manos y Teresa la cubrió con una manta.

Estaban de pie en el centro del salón de clases del director cuando entró el maestro Colantoni. Miró de reojo a Francisca, y a pesar de su sonrisa, algo incómoda, la muchacha pensó que la desgracia caería sobre ella. Pero se equivocó. El director tenía casi tan mala cara como ella. No parecía agripado, pero sí trasnochado. Tenía profundas ojeras y su semblante opaco y triste la conmovió hasta lo más profundo de su ser.

—Hoy vamos a trabajar en una pieza nueva que tal vez presentemos en el concierto de Navidad —dijo con la voz totalmente plana—. Soubllette, por favor, acompáñeme.

Francisca alcanzó a ver el gesto dudoso de Teresa. Que ellos supieran, era la primera vez que el director decía el nombre de un alumno en clases. Se suponía que eso pasaría cuando alguno demostrara su valía, y aunque Francisca lo había hecho en repetidas ocasiones, nadie creía posible que ya fuera merecedora de tal trato desde el punto de vista del director. Y había dicho «por favor». La única conclusión que los alumnos podían sacar era que el director estaba enfermo.

—Señor —murmuró Francisca cuando llegó a su lado, con los ojos fijos en el pecho masculino, sin reverencia.

El director empezó a hablar explicando los pasos que harían y su secuencia. A medida que los señalaba, ayudaba a Francisca a conseguir la postura que necesitaba. La tocaba apenas, como si él, lo mismo que la muchacha, no pudiera soportar su tacto. Parecía que cada minuto duraba horas y Francisca estaba a punto de ponerse a gritar, impotente. Cuando por fin terminaron, el director se alejó unos pasos, suspirando aliviado, aunque la única que lo escuchó fue Francisca.

—Ahora, observen —dijo el director—, vamos a ver la pieza completa. Maestro, por favor.

Y empezó a sonar la música y Francisca se concentró al máximo para no ser acusada de distraerse o de tener piernas desarticuladas. Por lo tanto, no tuvo más remedio que entregarse completamente al baile con su compañero.

En un determinado momento, estaban tan juntos que no podía pasar ni un pelo por entre ellos. Francisca estuvo a punto de cometer un error, pero fue salvada en el último momento por una instrucción susurrada en su oído. El siguiente paso la obligaba a mirar a su compañero de frente, y el gesto casi doloroso de Baran le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Lo siento —susurró el suavemente cuando la abrazó—. Fran, lo siento tanto.

—Yo también —respondió la muchacha antes de alejarse toda la extensión de su brazo.

Dio un salto y Baran la elevó por sobre su cabeza, con las manos apoyadas en las costillas de la muchacha.

—Por favor, dime que te vas a quedar hoy —dijo Baran cuando la bajaba de frente por su cuerpo hasta que ella tocó el suelo con los pies.

—De acuerdo —dijo Francisca.

Los últimos compases los separaron y él le indicó que fuera a trabajar con John.

Casi temerosa, entró a la sala de ensayos. Por suerte aún no había nadie. Claro, no aguantó más en la biblioteca y aún faltaban quince minutos para las siete de la tarde. No había pasado ni una hora desde la clase, pero de todas maneras se acercó a la barra, después de poner algo de música, e hizo varias series de ejercicios básicos. Tal y como había pronosticado temprano, los medicamentos que había tomado le habían hecho muy bien y ya casi no tenía síntomas de resfrío.

Y la clase con Baran, especialmente su disculpa, le había hecho muy bien a su ánimo.

Pero seguía sintiéndose extraña, como si hubiera poca piel en su cuerpo. Tal vez necesitaba una buena dosis de *Mueve el trasero, rastrero*. Fue hasta la radio, puso otro disco y simplemente empezó a moverse sin seguir ningún patrón además del propio latir de su corazón.

—Hace tiempo que no te veía hacer eso —dijo Baran desde la puerta cuando terminó la canción.

—Hace tiempo que no lo hacía —respondió Francisca.

Baran caminó hasta llegar a su lado, levantó una mano y tomó un mechón de pelo de la muchacha que caía suelto al lado de su oreja.

—Fran, lo siento tanto, no he tenido un tiempo fácil últimamente y lo pagué contigo anoche.

—No es necesario, yo tampoco he estado lo que se dice bien. Estoy tan



cansada que parece mentira que llevemos apenas un mes de clases. Ya quiero que llegue la Navidad y poder dormir a todas horas. Aunque no comer, que después voy a estar peor.

—Estás muy delgada, Fran —dijo Baran aún jugando con el mechón de pelo entre sus dedos—, demasiado. Bajaste medio kilo y ni siquiera lo estabas intentando. Tienes que comer un poco más o te vas a desgastar muy rápido. Yo también soy culpable de eso, exigiéndote más que a los demás y después pidiéndote que te quedes conmigo fuera de las horas de la academia.

—Una bailarina de *ballet* nunca está demasiado delgada. —Francisca hizo una mueca.

—Una bailarina de *ballet* anoréxica no es un bonito espectáculo. Tampoco que se ande desmayando por ahí. Delgada y saludable, sí. Esquelética y enfermiza, jamás. Así decía Irina.

—No he tenido mucha hambre tampoco, pero intentaré comer un poco más.

—Tal vez algo más calórico si no puedes aumentar las cantidades. Si subes un kilo el siguiente mes, te invito a mis clases del viernes.

—Vale. ¿Practicamos?

—Pero para invitarte el viernes, tendría que eliminar al menos una práctica nocturna, de lo contrario va a ser demasiado para tu cuerpo, y vas a necesitar el tiempo para estudiar.

—De acuerdo. Ahora, practiquemos —le dijo Francisca impaciente.

—Bien. Nada formal, solo un poco de *Mueve tu trasero* —dijo Baran sonriendo por primera vez en el día.

—Vale. Tampoco tengo ganas de hacer una coreografía, solo moverme para botar tensiones.

—Lo mismo digo.

Así que puso un nuevo disco y empezaron a bailar y a divertirse. Hasta ese momento, Francisca no se había dado cuenta de lo compenetrados que estaban como compañeros, al punto que incluso podían descubrir qué paso

iba a hacer el otro a continuación y conseguían una coordinación más que decente en sus movimientos. Un observador no muy avezado podría decir que sí habían practicado antes y que seguían una rutina preestablecida.

Baran se inclinó y tomó a Francisca por las caderas hasta elevarla más arriba de su cabeza. Siguiendo el ritmo ralentizado de la música, la bajó centímetro a centímetro después que ella hiciera un movimiento con las piernas al llegar a lo más alto.

Como no conocía la canción, el final lo sorprendió cuando aún no la había dejado en el suelo. La bajó, pero no la soltó. Probablemente, pensó Francisca, está esperando que empiece la nueva canción y fue a sonreírle a través del espejo que reflejaba sus cuerpos cuando notó un detalle.

Las manos de Baran se habían detenido en sus costillas, justo debajo de sus pechos. La mano derecha, especialmente, incluso rozaba la curva inferior. Si él movía sus dedos solo un par de centímetros, podría tocar el pezón que saltaba a la vida con ansias irrefrenables de ser acariciado.

Los primeros compases que salían de la radio casi forzaron la acción de Francisca, que solo quería quedarse allí, esperando, anhelando, la caricia que no llegaba.

Tratando de parecer natural, se giró, obligando a sus labios a sonreír. Pero Baran no sonreía. Aunque tampoco era el gesto adusto y severo acostumbrado. De hecho, Francisca nunca lo había visto así, excepto quizás el día de su cumpleaños, cuando ella lo había abrazado la segunda vez.

La muchacha posó su mano izquierda en el hombro de Baran y levantó la mano derecha esperando que él la tomara. Ya antes habían bailado esa misma canción y lo habían hecho así.

En esa ocasión, Baran se demoró un par de segundos de más en asumir la posición, pero cuando lo hizo, Francisca sintió el calor de las manos extenderse por su brazo primero y por todo su cuerpo después. Hizo caso del leve tirón del hombre sobre su cintura y se acercó unos pasos antes de empezar a bailar.

Se sentía como el primer día en el infierno. El calor que él emitía era

abrasador. Se iba a ahogar por la falta de oxígeno en el fino aire que sus pulmones luchaban por obtener. Nunca antes en su vida había tenido esa sensación, como si fuera una bomba a punto de estallar, como si estuviera en el ojo de un huracán y todo a su alrededor girara sin control.

Sin comprender ella misma lo que hacía, acortó la ya mínima distancia que los separaba. El brazo masculino reptando por su espalda la pegó incluso más a Baran. No había espacio entre ellos, no había aire, solo electricidad reverberando de un cuerpo a otro, eclipsando luz y calor.

Entonces, Francisca lo sintió. En teoría lo sabía, entendía la biología y en otro momento podía recitar de memoria cada una de las partes del cuerpo implicadas con minucioso detalle, pero sentir la dura tumescencia masculina contra su vientre era algo para lo que no estaba preparada.

Inhaló muy velozmente mientras levantaba la cara para fijarse primero en la garganta de Baran, que pasaba saliva con dificultad, moviendo músculos, cartílagos, inflamando venas por el esfuerzo de controlarse. Con los labios entreabiertos boqueaba, al igual que ella, por obtener aire, los ojos oscuros como la más tétrica noche sin luna ni estrellas.

—Fran —susurró Baran roncamente—. *YA bol'she ne mogu.*

—Ba...

—*Ne prinimat' yego bol'she* —siguió sin dejarla hablar, sin dejarle entender lo que decía.

Pero Francisca no necesitaba las palabras. La cruda emoción de sus rasgos duros hablaba de una necesidad ancestral, la firme boca sobre sus trémulos labios ennegrecía todo alrededor. Fuera de los límites de los brazos del hombre que la rodeaban, apretándola contra su cuerpo, nada existía.

Baran recorría la espalda de Francisca con la punta de sus dedos, dibujando formas circulares, líneas que describían el paso de sus costillas hasta llegar a los pechos y más allá, hasta el borde de la estrecha camiseta, y nuevamente hacia abajo, hasta que por fin Francisca sintió los dedos masculinos donde más los quería, tomando las enhiestas puntas de sus pechos, acariciándolas hasta hacerla perder la razón.

Abandonó la boca femenina por unos instantes, bajando por el cuello, acariciando con su lengua el punto sensible donde latía la vida. Murmurando nuevas palabras en ruso, arrancando gemidos de la garganta femenina, llegó con la boca hasta donde la tela le impedía el paso y sin ninguna consideración, simplemente la rasgó, conquistando las cumbres turgentes, sorbiéndolas suavemente al comienzo con más fuerzas al sentir el impulso de Francisca para acercarse a él.

Inclinado como estaba, rodeó las nalgas de Francisca con ambos brazos y la levantó hasta que la muchacha cerró los brazos sobre sus hombros, dándole su consentimiento en forma instintiva. Volvió a besar su boca y usó la lengua para abrir los labios femeninos e imponer su presencia al interior.

Tímidamente al comienzo, sin entender totalmente qué pasaba, Francisca adelantó su propia lengua para jugar con él, uniendo las manos a la nueva danza para acariciar el pelo de oro viejo.

Con mucha delicadeza, Baran bajó con Francisca en brazos hasta depositarla sobre el suelo. Siguió besándola y acariciándola, recorriendo todo su cuerpo con las manos, hasta usar las rodillas para separar sus piernas.

Paulatinamente, Francisca fue perdiendo noción de ella y de lo que pasaba. Solo podía sentir el fuego de la pasión abrasadora que arrasaba con ella. No era consciente de nada, su cuerpo no era suyo, su mente vagaba lejos. Escuchaba los sonos de una extraña melodía compuesta por murmullos roncós, palabras en un idioma que no entendía, suaves gemidos, aceleradas respiraciones.

Algo blando pasó bajo su cuello. Los dedos enterrados en su pelo, que en algún momento había perdido su apriete, le advirtió que era el brazo de Baran, pero nuevos besos en su boca, cuello y pechos la desterraron nuevamente al mundo de los sueños hasta que un dolor lacerante, el peor que sintiera en la vida, la dividió en dos.

—¿Qué mier...?

—No —gimoteó Francisca, angustiada y molesta, tratando de moverse, de evadir la atroz invasión de su cuerpo.

—Shhh —escuchó en su oído—. Shhhh... tranquila.

Entonces, una nueva sensación se unió a las demás, un curioso cosquilleo, apenas un poco más arriba del lugar que la mataba de dolor, y luego el dolor remitía, siendo reemplazado por la más exquisita sensación que Francisca sintiera en su vida.

Una curiosa sinfonía de pulsos empujaba su piel y llenaban sus sentidos. Era el más fino instrumento, tocado por expertas manos para arrancar notas puras y perfectas, hasta que su grito desgarró la noche y otro, más grave y gutural, la acompañó en una dulce eufonía.

Tal y como le había pasado recién, Francisca seguía con una curiosa sensación de irrealidad y no tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido desde que abandonara su cuerpo. De a poco fue volviendo en sí.

El suelo duro empujaba su espalda y la almohada bajo su cabeza, que no era una almohada de plumas, sino de carne, comenzaba a moverse. Agradeció que el peso que la aplastaba desapareciera repentinamente, necesitaba respirar.

Sentía su cuerpo como volviendo de un gigantesco calambre e iba siendo consciente de cada parte que revivía. El ruido producido por otra persona moviéndose a escasa distancia de donde estaba ella la puso en estado de alerta y con los ojos aún apretados, se sentó.

—¿Se puede saber qué mierda es esto? —preguntó la voz de gutural acento.

—¿Esto qué? —preguntó Francisca con una calma mortal.

—¿Esto qué? ¡¿ESTO QUÉ?! —gritó Baran—. ¡Esto, maldita sea, Francisca! ¡Todo esto!

Entonces Francisca abrió los ojos para enfrentarse al peor escenario que había imaginado en su vida. Lo único intacto que le quedaba era la falda. La camiseta estaba rota, mostrando sus pechos aún palpitantes, la malla estaba absolutamente destrozada y arruinada, junto con su virtud.

Se sentía decimonónica pensando eso, pero la visión de su ropa rota, con una pequeña mancha de su sangre en ella, era más de lo que podía soportar.

Había soñado tantas veces con el día que finalmente se entregara a un hombre. Había deseado tanto que ese hombre fuera justamente Baran que verse ahí, en el suelo, despojada y rota, la forzó a enfrentarlo con la mayor dignidad posible.

—Por lo que sé —dijo pausadamente—, se llama sexo y acabamos de practicarlo sin mayor miramiento. En el piso, como si fuéramos animales. Como si fuera algo sin importancia, por lo que probablemente así sea.

—¿Cómo mierda puedes decirme eso, Francisca?

—¿Qué es exactamente lo que te molesta, Baran? —Francisca se puso de pie, después de desechar la ropa rota. Le dio la espalda y caminó hasta su mochila—. ¿Que hayamos tenido sexo? ¿O que nuevamente no hayas sido capaz de controlarte?

—¿Que yo no fui capaz de controlarme? —gritaba Baran a medida que se acercaba a ella—. ¿Qué mierda me dices de ti? ¿Piensas que soy tan idiota que no me iba a dar cuenta que eras virgen?

—¿Es eso entonces lo que te molesta? —preguntó Francisca como quien averigua la hora, amarrando las zapatillas—. Pero dime, ¿te molesta que lo haya sido o que no te lo haya dicho?

—¡Todo! ¡Yo no ando por ahí desvirgando niñitas!

—Bueno, alguien tiene que hacerlo, ¿no? —dijo Francisca guardando en su mochila la ropa arruinada—. Lamento si te incomoda haberlo hecho tú conmigo.

—No tienes idea de lo que estás hablando. —Baran recuperó la tranquilidad por un momento.

—Eso es seguro. Mira, si lo que te incomoda es haber perdido el control...

—¡No fue una violación! —volvió a gritar Baran.

—No, no lo fue —confirmó Francisca inmutable—. Yo me refería a haberlo hecho tirados en el piso. Pero no te preocupes por nada...

—¡De nuevo con esa mierda, Francisca!

—Claro, no es tu problema, solo mío, ¿no? —La muchacha ya estaba lista

para irse, no quedaba nada que guardar, nada que hacer. Se irguió todo lo que dio su corta estatura, cuadró los hombros y levantó el mentón—. Muy bien, señor director, en cuanto haya salido por esa puerta será como si nada hubiera pasado. Yo volveré a ser la descarada alumna que usted tanto desprecia, y usted volverá a ser el arrogante bastardo que dirige esta academia. —Se alejó unos pasos hacia la puerta, pero antes de salir se giró nuevamente para mirarlo—. Por supuesto, espero tanto como usted que no quede evidencia de esto, es decir, que no existan grabaciones.

—Hace meses que dejé de grabar esta sala en las tardes.

—Bien. —Hizo una profunda reverencia—. Señor director. —Completó antes de salir.

Caminó por el pasillo que llevaba hasta la recepción, atravesó la puerta y miró la soledad de las calles. No quería esperar ni un segundo. Aunque lo creía imposible, no quería arriesgarse a que Baran... el director, se corrigió... pudiera alcanzarla.

Ya no confiaba en su propio juicio. Lo que acababa de pasar demostraba que no era una experta en cosas posibles o imposibles, no sabía distinguir una de la otra. Respiró profundo y metió la mano en un bolsillo de la mochila. Ahí estaban las llaves de la casa de al frente. De pronto, un cansancio extremo la inundó. Decidida, cruzó la calle hasta la plaza y de ahí al anhelado refugio.

Feliz se hubiera dado un baño de tina, pero no creía tener la fuerza y con toda seguridad se quedaría dormida en el agua, así que se desnudó, no le costó mucho, y se metió en la ducha.

El agua caliente alivió un poco sus doloridos músculos y con mucho cuidado se lavó sus sensibles partes íntimas. Un ligero escozor le llenó los ojos de lágrimas, pero se enjuagó la cara y el resto del cuerpo y salió del baño cubierta con una bata.

Bajó a la cocina y agradeció la precaución de la magnífica ama de llaves de Thomas. Toda la comida con la que ella soñara estaba en la despensa o en el refrigerador y, por una vez en la vida, estaba dispuesta a atiborrarse.

Sacó un pan y lo calentó. Después tomó del refrigerador todo lo que se le antojó, queso, jamón, un tomate y siguió agregando cosas hasta que el sándwich casi no cabía en su boca.

Se sirvió no uno, sino que dos vasos de leche y terminó, ¡oh, Santo Dios!, con el más exquisito postre. No sabía qué era y no le preocupaba, pero lo cubrió con mucha salsa de chocolate.

Ya en la cama, no pudo evadir lo que más le preocupaba. Sin ser llamadas, las lágrimas empezaron a mojar la almohada.

Lo que la obsesionaría a partir de ese momento era no saber si lloraba por haber perdido la virginidad tan irreflexivamente o por que Baran hubiera despreciado el regalo más maravilloso que pudo darle.

\*\*\*

Baran llegó a su oficina y fue directamente a la sala de monitores. Buscó la grabación del salón de ensayos número cinco y comenzó a reproducirla. Por supuesto, le había mentido a Francisca. Mentía tanto que ya era algo natural en él.

Vio a Francisca calentando y luego bailando sola, se vio a sí mismo entrar y conversar con ella unos minutos, luego comenzaron a bailar. Y luego...

Era una de las cosas más extrañas que había hecho en su vida, verse teniendo relaciones sexuales, pero la cámara se convirtió en su gran aliada cuando capturó el bello rostro de la muchacha contraído de dolor en el momento en que la había penetrado y luego distorsionado por el placer cuando la había llevado al orgasmo.

Puso pausa a la reproducción y comenzó a recordar.

Desde que era director de la academia había visto miles de audiciones, tanto en vivo como en video. Todos los años, los profesores le presentaban sus candidatos. Algunos eran buenos, otros no tanto. Pero había algunos que eran simplemente maravillosos, que destacaban entre todos los demás como



el lucero de la mañana. Y después estaba Francisca.

Era una bailarina excepcional, tanto que en sus clases había tenido que recurrir a pequeños errores que casi nadie notaría. Estupideces como un centímetro más acá, uno menos allá y que sonriera. ¡Que sonriera, maldita sea! Como si no pareciera un pequeño ángel cuando sonreía. Un pequeño diablillo cuando brillaban sus ojos verdes con alguna de sus ocurrencias. Como si no pareciera casi un ser mitológico cuando reía con sus amigos.

Por supuesto que la había elegido a pesar de su corta estatura. No era tanto y, además, no todos los cuerpos de baile en el mundo eran estrictos a la hora de elegir sus bailarinas por cuanto medían. Habría sido una auténtica pérdida para la academia no haber aceptado a la pequeña Fran.

Le había gustado tanto su presentación, toda ella, desde la vestimenta, el escenario, la música, que había visto la grabación un millón de veces. Aunque Malik no lo conociera tan bien, aunque no fuera un hombre tan astuto, habría sabido que empezaba a obsesionarse con la muchacha.

Desde su punto de vista era tan perfecta que no le extrañó nada saber que había sido la primera extranjera en entregar sus papeles y terminar los trámites administrativos casi una semana antes del inicio del curso. Ni siquiera todos los franceses habían entregado sus documentos.

Por supuesto, eso le daba la libertad de retrasarse un poco el primer día. Eso no le hizo nada bien al temperamento de Baran, que deseaba con todas sus fuerzas que llegara el momento de verla bailar en vivo. Así que la sorpresa fue enorme cuando le avisaron que ya había gente preparada para empezar las evaluaciones. Naturalmente, la chilena, como llamaban casi todos en la academia a Francisca, era la primera. «¿Alguien se extraña de eso?» había preguntado Malik irónicamente, en la sala de profesores, donde preparaban las evaluaciones. Pietro era el único que había entendido su alusión y había reído.

Baran había tomado el último trago del asqueroso té de hierbas de Malik y había salido por el pasillo que discretamente dirigía a la sala de sonido, donde le gustaba observar las pruebas iniciales.

Con un dedo siguió el perfil de Francisca en la pantalla mientras sonreía. Nadie sabía que se ocultaba para poder disfrutar tranquilo de las presentaciones. Las historias que inventaban eran cada vez más ridículas. Pensar en Malik, el ser más honesto y humilde de la Tierra, como un príncipe protegido por tres gobiernos era irrisorio. Esa era, de lejos, la mejor historia que había escuchado.

Y su amigo solo lo había mirado mientras Francisca improvisaba. Lo había mirado y sonreía. Y cuando la muchacha bajó del escenario, había dado su sentencia.

—Estás muerto, amigo mío —dijo, antes de reír y tomar la siguiente carpeta.

Muerto no estaba. Lejos de eso. Jamás se había sentido más vivo en toda su vida. Ni en sus mejores años de bailarín, antes que el médico le diera el cruel diagnóstico.

Adoraba cada paso que Francisca daba. Adoraba su lengua irreverente y su prodigiosa inteligencia. Adoraba la grácil belleza de su menudo cuerpo. Adoraba la fuerza tremenda de sus piernas.

Y la deseaba. Infiernos, cómo la deseaba. El último año había sido una tortura constante. Verla, hablarle... gritarle... tocarla, bailar con ella...

«¿Tiene que ser ella, no?», había gruñido para sí mismo el primer día de clase. Tenía que ser justamente Francisca la mujer más liviana de la clase. Muchos creían, incentivados por los rumores que Pietro y Malik se encargaban de propagar, que elegía a la más liviana porque sería menos molestia para él levantar a una muchachita pequeña. O simplemente por capricho. Porque se le daba la gana. Porque quería tener alguien fijo a quien humillar.

Pero no. Lo que solo sus más cercanos sabían era que sus pobres huesos eran tan frágiles que incluso levantar a alguien tan pequeño como Francisca podía causarle una fractura. Y caerse con ella podía dañarlo irremediablemente. Podía, incluso, provocarle la muerte.

Pero con Francisca no le molestaba ningún esfuerzo, nada era ni sería

suficiente. Nunca estaría lo suficientemente cerca de la muchacha. Su cuerpo saltaba a la vida cada vez que la veía. Cuando bailaban era fuego puro.

Había dejado de lado los pantalones apretados que siempre había usado porque su amiguito necesitaba mucho espacio cuando ella le decía «Sí, señor» y hacía esa ridícula reverencia. Y si le decía «Señor director»... pues bien, era responsable de las erecciones más grandes y duras que había tenido en la vida. Sería necesario un viaje a Siberia para conseguir deshacerse de ellas. O hacer exactamente lo que había hecho una media hora antes.

Sí, definitivamente le gustaba ese plan.

Hizo correr la grabación y escuchó cada una de las palabras de la muchacha. Tal como en la sala, su tranquila dignidad le cayó como un balde de agua fría.

Por lo que parecía, sería el viaje a Siberia.

## CAPÍTULO DOCE

Al llegar a su casa el viernes en la noche, estaba agotada, agarrotada y agradecida. A pesar de sus temores, no se había cruzado en ningún momento con el director. Su sentencia había sido aplazada hasta el lunes, momento en el que no podría huir. Se acostó y esperó el sueño que la evadía nuevamente.

En la mañana estaba tan agotada que no entendió cómo fue capaz de levantarse. Excepto que estaba tan obsesionada que no podía quedarse acostada. No te preocupes, le había dicho a él. Es mi problema. Era su problema, como lo había sido a lo largo de la historia. Los hombres lo pasaban bien y las mujeres tenían los problemas.

Con horror pensaba en el día de los exámenes físicos de ese mes. Le sacarían sangre y el primero en enterarse de sus problemas, si los había, sería él. La molestia que manifestó cuando se supo que Antje estaba embarazada no sería nada. Así que pidió consejo a Claudette y ella llamó a una amiga suya que trabajaba en la consulta de un ginecólogo, con tal suerte que el médico podía atenderla en un par de horas. Se duchó, se vistió y partió a la consulta.

El hombre era bastante mayor y posiblemente la mirara mal. Una niña tonta que se metía a hacer cosas de adultos y después llorbaba por las consecuencias.

Para sorpresa de Francisca, la miró impávido mientras ella le decía que había tenido relaciones sexuales sin protección y que estaba preocupada por un posible embarazo. Le preguntó muchas cosas, por la fecha de su última menstruación, si eran regulares, cuándo había empezado a tener sus períodos, antecedentes familiares y de otras enfermedades.

Francisca sacó un calendario de su bolso y se fijó en una fecha, veinticinco días atrás. Le habló de su familia y de su vida, ni a un sacerdote le había dado tanta información, colorada hasta la raíz del pelo cuando admitió que la del

miércoles era su primera y única relación sexual.

—Una vez basta —dijo el galeno—, pero por las fechas, no creo que tenga problemas. Vamos a la mesa de exámenes.

Le pasó una bata y esperó tras un biombo a que ella estuviera lista. Francisca creyó estar preparada, pero ni todos los médicos que la habían visto a lo largo de su vida la asustaron tanto como ese cuando vio los instrumentales que tenía en la mano.

—Lo siento, pero dada su poca experiencia, esto le va a doler —dijo el hombre cuando se ubicó entre sus piernas abiertas.

Después que terminó de examinarla, la dejó sola unos momentos para que se vistiera. Cuando Francisca volvió a su escritorio, había una taza de té esperándola.

—Querida, siéntese por favor. Vamos a hablar. El té es para usted. Tal como le decía, no tendrá que enfrentarse a un embarazo.

—Bien —dijo Francisca—, es un alivio. De todas maneras me gustaría que me diera anticonceptivos, para estar preparada. —Ya estaba ahí, pensaba, y aunque no hubiera ningún riesgo con Baran... el director... tal vez podría conocer a alguien más y quería estar preparada.

—Puedo dárselos —dijo el médico escribiendo una receta—, pero lamento tener que decirlo, no creo que sea necesario.

—¿Por qué?

—Querida, es usted bailarina de *ballet*. Aunque su sistema reproductor está completamente desarrollado, no tiene un útero muy grande, lo que es un problema para la concepción, pero las mujeres que practican demasiado deporte o actividades físicas suelen tener problemas, especialmente con la fase lútea. Así como la obesidad es un problema para el embarazo, también lo es la extrema delgadez. Y déjeme decirle, querida, que usted es muy delgada.

Y así siguió hablándole por mucho rato. Francisca procuró recordar lo más posible de lo que le decía para después investigar. Y pedir una segunda opinión, porque lo que ese médico le decía no le gustaba. No le gustaba nada.

—¿Qué quiere decir exactamente? —preguntó.

—Que en mi opinión usted no va a ser madre nunca. Al menos no de manera natural. Puede subir de peso, dejar de hacer tantos ejercicios, ponerse en una terapia de reforzamiento hormonal para tal vez quedar embarazada. Pero con casi toda certeza le digo que no va a conseguirlo. Existen tratamientos, como la fertilización in vitro, que la pueden ayudar. Pero...

Y Francisca no lo escuchó más.

\*\*\*

Todo el fin de semana lo llenó de actividades para evitar pensar. Estudió, preparó ensayos, practicó en la barra, ordenó el departamento. Cuando parecía que no tenía nada más que hacer, volvió a comenzar.

El lunes muy temprano estaba en el gimnasio. No quería mirar al entrenador Malik. No sabía si su amistad con el director era tan profunda como para que él le contara lo que había pasado el miércoles en la noche. Por suerte, la clase terminó sin que el hombre le hiciera ningún comentario.

De camino a las clases teóricas escuchó la voz del director hablando con algún profesor que no conseguía identificar. Apuró a sus amigos para llegar luego a la sala que estaba a unos pocos metros. Lamentablemente, las voces provenían de ahí.

Como pudo, Francisca fue a su lugar habitual en la primera fila y sacó el trabajo que debía entregar y su cuaderno de apuntes. No levantó la mirada hasta que el profesor comenzó la clase.

A la hora de almuerzo no comió casi nada. Les había dicho a sus amigos que el miércoles, cuando estaba en la biblioteca, no se había sentido bien y que prefirió quedarse en la casa al frente que irse a la suya. También les dijo que en un momento de debilidad, había atacado el refrigerador. «Por eso», concluyó, «estoy regulando mis alimentos durante esta semana».

Fue al baño antes que abandonara su refugio y, para su mayor

consternación, lloró brevemente cuando vio que el médico tenía razón.

Ya en la sala del director empezó a calentar y cuando él llegó, evadió su mirada, rogando que no la llamara a bailar con él, aún no estaba preparada. Menos después de su descubrimiento.

Aunque notó su mirada pegada en la espalda, aunque él pasaba a cada momento cerca de ella, aunque los corrigió infinito número de veces, ella no lo miró, ni siquiera denotó reconocimiento ante su presencia.

El martes fue un día plano. No pasó absolutamente nada. Ni siquiera había dejado de ir a la biblioteca, desde el jueves, para que sus compañeros no empezaran con preguntas incómodas. Pero se iba en compañía de la bibliotecaria. Tomaba su bicicleta y partía inmediatamente a casa.

El miércoles empezó igual que los otros días, excepto que le parecía ver al director por todas partes. «Debe ser», se dijo, «que hoy tenemos clases».

Y así llegó el momento de cerrar la puerta a sus espaldas. Por una hora, aproximadamente, practicaron la coreografía que estaban estudiando y nuevamente él se paseaba cerca y los corregía innumerables veces.

—¡Soublette! —gritó de repente, asustándolos a todos, especialmente a Francisca—. Ven acá. Vamos a agregar unos pasos complejos —explicó—, así que quiero que presten mucha atención.

Francisca llegó a su lado y se quedó esperando sus instrucciones, que llegaron como un ladrido furioso. Iba tomando las posiciones que él le daba casi sin tocarla, apenas un dedo aquí y otro allá. Por un momento, Francisca pensó que no iba a bailar con ella. Aliviada, sonrió.

Craso error.

Cuando terminó con las instrucciones generales, pidió música y empezó a bailar con ella, dándole murmuradas instrucciones que no fueron necesarias la segunda vez que pidió música, ya que Francisca tenía todo su empeño puesto en no bailar con él más que lo justo y necesario.

—Fran —susurró el director durante el baile—. Fran, por favor, tenemos que hablar.

—¿Necesita darme alguna instrucción? —preguntó Francisca.

—Necesito hablar con mi Pequeña Fran. —El director usó su cuerpo para ocultarla cuando habían terminado de bailar.

—Tal persona no existe —murmuró Francisca, dando un paso al costado.

—Eres tú, tú eres mi Pequeña Fran —dijo el director imitando su movimiento.

—Insignificante para usted, señor director. —Francisca se alejó después de hacer una reverencia.

El resto de la clase fue horrible.

\*\*\*

El resto del mes fue horrible. De alguna manera, Francisca consiguió reinventarse y siguió adelante. Con la ayuda y compañía de sus amigos, sobrevivió a los gritos, al desprecio, a las exigencias y a las humillaciones. Todos lo hicieron.

Si en algún momento del primer año alguien pensó que el director no podía ponerse peor, se había equivocado tristemente, ya que ese mes el director se superó a sí mismo y en una semana expulsó a tres estudiantes. Además, gritaba hasta quedar ronco, con la cara roja por el esfuerzo.

Cansados, adoloridos y molestos recibieron los exámenes de ese mes. A Francisca ya ni siquiera le importaban los resultados. A veces sentía que estaba de más para ella seguir en la academia. Pero orgullosa como era, estaba dispuesta a demostrar que seguía siendo una Soubllette. Con ella nadie se metía y salía bien parado.

La cantidad de bromas groseras que su prima podría hacer con esa aseveración, especialmente a la luz de los últimos acontecimientos de su vida, le arrancaron la primera sonrisa auténtica.

Estaban en el departamento de Thomas, viéndolo discutir con su padre, hasta que un grito del joven y su gesto entre aliviado y ofuscado les advirtió



que la visita sería bien recibida.

—¿QUÉ?! —gritó Thomas de repente, antes de alejarse de su padre—, podrías haber partido por ahí —dijo precediéndolo al interior del departamento—. Ven para que conozcas a mis amigos. A Terry ya te la presenté en el verano. Estos son John y Francisca.

Evidentemente, el hombre era el padre de Thomas. Alto, rubio y con los mismos ojos verdes. Pero donde el joven era grácil, fuerte y bello, el mayor tenía una incipiente calvicie, una nada incipiente obesidad y caminaba como un rinoceronte en la jungla.

Saludó a Teresa y a John, pero los descartó inmediatamente, concentrando sus esfuerzos en la pequeña de apariencia infantil que lo miraba con asco disimulado en sus claros ojos. Fue una dura prueba para la paciencia de todos ver a August Van der Meer intentar conquistar a Francisca frente a sus amigos, su propio hijo incluido, y con los papeles de divorcio recién emitidos.

Cuando los otros escucharon que se había divorciado, entendieron el comentario de Thomas. Si se lo hubiera dicho nada más llegar al departamento, nunca hubiera comenzado la discusión.

Noviembre les traía una grata sorpresa a todos en la academia. El segundo lunes era feriado nacional, así que tendrían un exquisito fin de semana largo.

Ansiado como era, primero tuvieron que pasar por una dura prueba el miércoles anterior.

Era, sin exagerar, la peor tarde en la historia del universo. Uno podía ir y volver cien veces en alguna nave fantástica, atravesando tiempo y espacio, y jamás encontraría un momento tan espantoso.

«Francisca», diría su abuela, «no seas tan mal agradecida. El director no le llega ni a los talones a Stalin, Hitler, Genghis Khan, ni a los romanos y judíos que crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo».

Ella, sin embargo, cambiaría esa clase por una estadía en Colonia Dignidad sin dudarle.

—Maestro, corríjame si me equivoco —dijo el director mirando furioso a

Francisca—, pero eso es un *allegro*, ¿no?

—Tiene razón, director —respondió el pianista suavemente.

—Entonces, Insignificante, me podría decir, ¿dónde mierda quedó su alegría?

—*Tirada en el piso de una sala de ensayos* —como Francisca habló en español, solo Teresa le entendió y la miró preocupada, aunque su amiga no le devolvió la mirada.

—Ahora hablamos marciano. —El director se acercó peligrosamente a Francisca.

—Solo español, señor. Y en respuesta a su pregunta, probablemente la extravié hace un par de meses. La última vez que estuve en Chile.

—Entonces tal vez quieras irte a buscarla —dijo el director en un ronco murmullo.

—Tal vez sea lo mejor, señor —replicó Francisca tranquila, sin darle el gusto, sin alterarse, sin siquiera mirarlo, que era el objetivo del director al acercarse tanto a la muchacha.

—¡Pietro! —gritó el director, pero muy pocos entendieron que llamaba al músico hasta que él se puso de pie y se acercó a la enorme y furiosa forma del ruso.

—¿Director? —preguntó el maestro cuando llegó a su lado.

Rápidas ráfagas de conversación fueron y vinieron entre ellos en un idioma que nadie más entendió. Al terminar, el director había salido furibundo de la sala sin dar más instrucciones.

—Solo queda media hora de clases, pero el director tiene una reunión urgente —dijo el maestro—, y van a seguir trabajando en lo mismo. No hay necesidad de llamar a otro profesor. Si me dan un segundo, voy a volver a tocar la pieza en estudio desde el principio. Gracias.

Los alumnos se miraron entre sí con franco alivio. Nadie podría soportar más al director.

\*\*\*

—Pssst. Soubllette. —Escuchó Francisca en el pasillo el viernes después del término de clases—. ¡Soubllette! ¡Brown!, vengan. —Eran dos muchachos de su curso, aunque Francisca no podría decir sus nombres ni aunque la vida dependiera de ello. Cuervo, había llamado el director a uno de ellos en más de una ocasión. Cocodrilo era la muchacha que lo acompañaba.

—¿Qué? —preguntó John cuando llegaron a su lado, en un pasillo que llevaba a los baños.

—¿Qué mierda le pasa al director, saben ustedes?

—No —dijo Teresa.

—Ni idea —confirmó Thomas.

—Ni sé ni me interesa —Francisca se dio la vuelta para alejarse.

—No, Soubllette, espera —pidió Cocodrilo—, todos pensamos que el miércoles te expulsaba. No sé cómo lo haces, yo me habría tirado ahí mismo. ¿Qué le dijiste en español?

—Que su alegría había quedado en el piso de una sala de ensayos —explicó Teresa ante el mutismo de Francisca—. Al lado está la mía. Pensaba que el segundo año era fácil —agregó irónica.

—Todos lo hicimos —comentó Cuervo—, aunque el bastardo ese nos dijo que haber pasado el primer año no significaba nada al comienzo. Cuando éramos cincuenta, las posibilidades de graduarse eran del 20%, pero ahora que quedamos trece son del 76,92%.

—Eres tonto si piensas que las estadísticas te van a servir. —Thomas rodeó a Teresa con un brazo y la acercó a él—. Ella lo dijo —agregó apuntando a Cocodrilo—. Todos pensamos que Fran se iba el miércoles, y ella tiene las mejores notas en casi todas las asignaturas y el mejor promedio siempre. Si alguno de nosotros se merece la graduación, esa es Francisca.

—Por eso mismo, nosotros pensábamos que podía saber qué le pasa al director —dijo Cuervo—. Ha estado todo el año de acá para allá como un

loco. Al comienzo casi parecía un ser humano, hasta que llegó enfermo. Si pensara que puede tener corazón, creería que se lo había roto. Después era un ogro de nuevo. Y después fue peor. Hasta lo que sé, jamás se había ido de una clase dejando a un músico a cargo. No es nada en contra del maestro, él es muy amable, pero no podría distinguir un *plié* de un *jeté* ni por su vida.

—Tal vez se está muriendo, recuerden que siempre se ha hablado de una enfermedad rara que tiene. Tal vez ya le llegó la hora —argumentó Cocodrilo con su enorme y horrible sonrisa.

—No digas idioteces —replicó Teresa—. No está enfermo. O al menos no está muriendo, ya no estaría trabajando y, hoy, cuando llegamos a clases, estaba en el gimnasio. Transpiraba que ni te digo.

—Tal vez peleó con la novia —dijo John tratando de deshacerse de los otros—, ya saben, esa tipa que siempre está con él en los conciertos.

—¡Ja! —Cuervo se rio sin humor—. Eso sí sería confuso. No sabría si decir que es homo, hetero o qué entre medio.

—¿Por qué? —preguntó Thomas.

—Por la Babineaux, claro. Es decir, si ella fuera su novia.

—Mira, explícate o déjanos ir —pidió John, cada vez más molesto con sus compañeros—, que no tenemos tiempo para nada, menos para perder cuchucando como un par de viejas.

—Nicolle Babineaux —les contó Cocodrilo— es su nombre artístico, es un travesti. Su nombre legal es Thibault Dusserre.

—Actualízate, niña, por Dios —se burló Cuervo—. El año pasado terminó su transformación... ya saben... se cortó todo y se hizo una chichi, con eso pudo cambiar su sexo legalmente. Aprovechó de inscribir su nombre artístico como nombre de nacimiento.

—¡Ay, la yegua! —le dijo Cocodrilo a Cuervo con sutil ironía—. Ella, pues, la informada.

—¡Por favor, consíganse un cerebro y algo de dignidad! —exclamó Francisca de pronto, muy molesta—. Sus comentarios, además de absurdos,

rayan en la ordinariez absoluta. Tuve la fortuna de conocer a *madame* Babineaux el día del concierto de primavera. Hay pocas mujeres que puedan llamarse auténticas damas, y ella es una. No quiero que vuelvan a molestarme con sus imbecilidades. Si hay algo que quieran saber del director, ciertamente no soy la fuente para conseguirlo. A ver si te crecen un par de bolas y le preguntas a él. Vámonos.

Sin mirar a sus amigos, se dio la vuelta y caminó hasta la plaza, donde la alcanzaron.

—¡Fran! —gritaba John—. Espéranos... ¡Fran! ¡Fraaan!

—¡Irribarren! —Teresa cerraba la carrera—. *Por la gran puta, Irribarren, quédate quieta*

—¡De todo el conjunto de idiotas! —gritó Francisca en la plaza—, ¡ese par tenía que tocarme a mí! ¿Qué mierda puedo saber yo del maldito director? ¿Y qué les importa a ellos, además, si es homo, hetero, si se acuesta con la mitad de París o vive como monje? No les importa nada de él, nada en lo absoluto. ¡Nada, maldita sea, nada!

—Fran, cálmate —pidió John, rodeando su espalda con un brazo y obligándola a sentarse a su lado sobre la manta que había tirado al suelo—. ¿Qué pasa, princesa? Explícanos.

—¿Qué parte?

—Partamos por *madame* Babineaux —pidió Thomas—. Estábamos ahí cuando el director te llamó, pero nunca nos hiciste ningún comentario de ella.

—No hay mucho que comentar. —Francisca les relató el encuentro con la mujer en cuestión.

—De acuerdo. ¿Por qué te molestaste tanto entonces? —preguntó John.

—No es como que ellos sean ejemplo de nada, ¿qué hacen burlándose de esa manera de una persona que no conocen y que jamás ha dicho ni hecho algo en su contra? —dijo Francisca—. Cocodrilo es bulímica por si no se habían dado cuenta.

—Yo sí —aportó Teresa—. Me dan unas ganas de decirle a alguien.

Tramposa de mierda. Incluso la he visto meterse los dedos en la boca. Ella pensaba que estaba sola en el baño.

—Y Cuervo —Francisca hizo una mueca—, es decir, acepta tu propia homosexualidad y deja al mundo en paz.

—Amén, hermana —John asintió vigorosamente—, me hace insinuaciones y me mira en las duchas, y después habla imbecilidades por ahí.

—A mí me dijo —contó Thomas— que tuviera cuidado contigo, porque le habías dicho cosas y hecho proposiciones, pero que a él no le interesaban, claro. Casi le pegué, te juro, «es mi amigo», le dije, «y si tienes algo que decirme de él, dímelo a la cara». «No», me dijo, «nada». Pero me dio tanta rabia que estuve a punto de pegarle.

—Ahora lo más importante. ¿Qué te pasa, Franny? —preguntó John—. Andas muy rara hace días. Semanas, diría yo.

—Todo el año —dijo Thomas—. De Chile volvió rara. Con Teresa lo hemos comentado, que desde que llegaste no eres la misma.

—Es decir —agregó Teresa—, sigues siendo tan buena bailarina, estudiante y todo eso. Mi mejor amiga en el mundo además. Pero estás... distraída y... no sé, a veces como inestable, como ahora que este par de imbéciles andaban haciendo preguntas que todos nos hemos planteado y hasta hemos tratado entre nosotros, pero a nosotros no nos gritas.

—No me pasa nada, Tere. —Francisca hundió los hombros, agotada física y mentalmente—. Solo estoy cansada. Este fin de semana me viene a las mil maravillas.

—Vente conmigo —pidió John—, mis padres van a llegar en una hora más o menos. A ellos no les va a molestar que nos acompañes.

—No, John, gracias, pero paso. —Francisca trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—Entonces ven con nosotros —dijo Thomas—. Despegamos a las cuatro. Lo pasaremos bien el fin de semana. Con Terry tenemos muchos amigos en Nueva York, iremos al cumpleaños de uno.

—No, Tom, gracias. No quiero irme de fiesta. —Con mucho esfuerzo, Francisca le sonrió a sus amigos—. Un fin de semana tranquilo es lo que necesito, sin nada que hacer y mucho que descansar.

—De acuerdo, pero tienes hasta las tres de la tarde para cambiar de opinión —dijo Thomas.

—Gracias.

Después de eso conversaron unos minutos y se despidieron hasta el martes.

\*\*\*

La tranquilidad de la tarde de ese sábado le dio la razón a Francisca por haber rechazado las invitaciones de sus amigos.

Caminaba y miraba las vitrinas, pensando en que tal o cual prenda le gustaría a Isabel, Lorena, Pamela... incluso a Adriana, que de las cinco era la menos interesada en la ropa. Entró en una tienda de Hermès y calculó cuanto tendría que ahorrar para llevar al menos una bufanda de seda a sus amigas. Era mucho, y aunque su padre no era tacaño, menos con ella y sus gustos, seguía siendo demasiado. Tal vez ella podría hacer algo para ganar algún dinero.

Por ejemplo, ir donde el director y obligarlo a aprobar a sus amigos, de esa manera recibir la mitad de la fortuna de Thomas en cuanto liberaran su fondo fiduciario. Y tendría que explicarles por qué estaba tan segura que se graduarían. Además de convertirse en una chantajista. Sí, claro...

Cuando se detuvo frente a un escaparate, pensaba en la posibilidad de obtener algún trabajo en París al graduarse. Visitaría Chile durante sus vacaciones y llevaría estupendos regalos.

Claro que eso no implicaba que no pudiera visitar al director. Con la tranquilidad que le daba estar tomando pastillas anticonceptivas, perfectamente podía disfrutar de las maravillosas artes amatorias del ruso,

que la había dejado envuelta en una nube de sensualidad, al punto que no había sido capaz de hacer nada, excepto sentir el placer que él le daba. Incluso cuando sentía que se moriría del dolor, él se las había arreglado para eliminarlo y devolverla a la cima del placer.

Estaba espantada ante el curso de sus pensamientos, después de tantas semanas de rehuirlo. Quería dejar de pensar en él a todas horas, quería dejar de soñar con él. Quería asumir lo que había pasado y dejarlo atrás.

«No, Francisca», se reprendió. «Sigue siendo tu profesor, sigue siendo el director de la academia. Y sigue teniendo la última palabra respecto de tu carrera». Creía conocerlo lo suficiente como para saber que haberse acostado con él no sería algo que usara en su contra, pero tampoco a su favor.

Una cosa era segura, sería simplemente genial quedarse en París al graduarse. Podría tener el trabajo de sus sueños y tener un amante excepcional en la ciudad más romántica del mundo. Aunque fuera ruso. Apenas pudo contenerse, mordiendo sus labios, para no reír.

—Yo conozco esa sonrisa —escuchó que decía alguien a su espalda. Una voz demasiado conocida y que hablaba francés con el acento más extraño y erótico del mundo entero—. Significa que nada bueno viene a continuación.

Francisca levantó su mirada y lo vio reflejado a su lado. Casi por instinto, sus ojos se encontraron sobre el vidrio. Ella los cerró, respiró profundamente y se giró.

—Señor director. —Hizo su característica reverencia e intentó volver a caminar. Pero una enorme mano sobre su hombro la detuvo.

—Fran, por favor —dijo Baran, dando un paso hacia ella.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor director?

—Toma un café conmigo —pidió Baran, bajando la mano por su brazo—. Solo un café.

—¿En un lugar público? —preguntó Francisca, entrecerrando los ojos.

—París está casi vacío. —Baran sonrió brevemente—. Me consta que casi la totalidad de los profesores no están. E iremos acá, en la esquina. Es



demasiado costoso para que pueda venir un alumno. Excepto Tommy Van y su pandilla. Por favor —agregó al ver la duda en su rostro—. Solo un café. Tenemos que hablar en algún momento.

Sin palabras, Francisca asintió su acuerdo y comenzaron a caminar, con la mano del hombre apoyada ligeramente en la espalda de la muchacha.

—*Monsieur* Vinográdov —lo saludó el anfitrión—, buenas tardes. ¿Su mesa de siempre?

Después que Baran asintiera, los guió hasta un pequeño balcón cerrado, con una espectacular vista. Una suave luz bañaba la mesa y un biombo les daba gran privacidad.

—Como puedes observar —dijo Baran al ayudar a Francisca a sentarse—, además de caro, este café es muy privado.

Un camarero se acercó a tomarle el pedido. Baran solicitó un servicio completo de té para dos. Antes que el trabajador se retirara, Francisca le habló:

—Solo café para mí, gracias —dijo mirando fijamente a su acompañante.

—Dos cafés y dos cruasanes, por favor —murmuró Baran, absolutamente fastidiado con Francisca, que cortaba a cada paso los avances que hacía—. ¿Y el resto de los cuatro fantásticos? ¿Te abandonaron? —preguntó después que el camarero se retirara.

—Más o menos —respondió Francisca sin desviar su mirada insolente ni un milímetro. Si estuvieran en clases, ya le habrían caído las penas del infierno, lo sabía—. Johnny y su familia están de visita donde unos amigos que viven al sur. Tommy y Teresa fueron por el fin de semana a Nueva York. Todos me invitaron, pero no quería ir. Además, no me gustaría encontrarme con el papá de Tom, no pienso convertirme en su madrastra número cinco.

—¿Existe la posibilidad de que te conviertas en la sexta esposa de August Van der Meer? —la pregunta de Baran llegó sin ninguna entonación.

—Cuando el papá de Tom vino a saludarlo por su cumpleaños, se me insinuó... mucho —explicó Francisca, aún sin dejar de mirarlo fijamente—. Creo que mi apariencia infantil lo sedujo y me propuso matrimonio cuando

aún no se había secado la tinta en los papeles del divorcio.

—Si ese hombre piensa en ti como en una niña, entonces es más idiota de lo que supuse —dijo el ruso, recorriendo el rostro y pechos de Francisca con la mirada.

—Lamentablemente es cierto. Lo demostró al divorciarse de su primera esposa. La madre de Tom es una mujer tan bella que parece de mentira. Y extremadamente dulce.

—Si aceptaras, serías una divorciada extremadamente rica de aquí a un par de años.

—Prefiero ser la amada esposa de un hombre indigente, que la esposa trofeo de un hombre rico. —Francisca encogió sus delicados hombros—. Además, tal vez algún día Tom tenga que regalarme la mitad de su fortuna.

—¿En su propio acuerdo de divorcio?

—No —dijo Francisca, riéndose y desviando la mirada por primera vez—. Tenemos un... una especie de apuesta. Si yo gano, Tommy debe darme la mitad de su fondo fiduciario.

—¿Y si él gana?

—Ya gané, solo que él no lo sabe —dijo Francisca mordisqueándose la uña del dedo pulgar derecho—. Gané hace más de un mes. Ahora solo me falta cobrar. —«En más de un sentido», pensó.

—Pero... —lo que fuera que iba a decir se perdió con la entrada del camarero.

Dejó un café frente a Francisca y otro frente a Baran y depositó dos platos en el centro de la mesa. El ruso acercó uno a su taza y dejó el otro cerca de Francisca. Ella lo miró por un segundo o dos y luego lo empujó con un dedo a través de la mesa.

—No quiero que un ruso idiota me grite porque subí cien gramos.

—No lo va a hacer —dijo Baran, empujando el plato de vuelta.

—No quiero que cierto príncipe senegalés me mire con cara de asco por mi porcentaje de grasa corporal —replicó Francisca, empujando nuevamente

el plato con el mismo dedo.

—Si se atreve a hacerlo, va a necesitar una nueva cara, porque la actual se va a encontrar con mi puño. —Baran empujó el plato un poco más lejos esta vez.

—No quiero que pierdas una mano. Ni un amigo. —Francisca alejó el plato por tercera vez, dejándolo casi al lado de la taza de Baran—. Solo tienes dos de cada uno.

—Cómete el maldito cruasán, Pequeña Fran, si no quieres que te siente en mis piernas y te obligue a comértelo. —Levantó el plato hasta dejarlo a la altura de la cara de Francisca.

—Señor director. —Francisca hizo su archiensayada inclinación, le quitó el plato de la mano y le dio un mordisco al dulce antes de devolverlo al plato. Luego lo dejó junto a su taza—. ¿Feliz?

—De momento, sí —respondió Baran con una sonrisa y se recostó en su silla.

—¿A ti también te abandonaron tus amigos? —preguntó Francisca después de tomar café.

—Sí —confirmó Baran—. Fueron a Roma. Se suponía que yo iría con ellos. Mama Rosa me esperaba, pero no quise subirme a un avión solo para hacer lo mismo que podía hacer acá.

—¿Y eso es?

—Pensar en ti.

—Dijiste que teníamos que hablar. —Francisca tomó el cruasán y lo terminó en un par de mordiscos. Miró a Baran, tomó su taza y la volvió a bajar, sin beber—. Pero yo no tengo nada que decirte, aunque bien podría escuchar una disculpa.

—No. Creo que...

—Entonces... tal vez estés preocupado por las consecuencias. Por lo que inmediatamente te aclaro que no las hay. —Tomó la taza y bebió su contenido de un trago—. Y creo que con eso ha acabado esta conversación.

Se puso de pie y, rápido, se dirigió a la salida de la cafetería. Pudo escuchar los pasos de Baran siguiéndola, pero pensó que mientras él pagaba la cuenta, podría llegar a la calle y tal vez tomar un taxi, con suerte. Al menos, podría avanzar un par de cuadras y perderse entre el gentío. Antes que pudiera avanzar más de tres metros, fue detenida por una mano sobre su hombro.

—¿Por qué piensas que debería disculparme? —preguntó Baran volteándola para verla.

—Hay tantas cosas por las que espero tus disculpas, que podrías elegir dos o tres y aún quedarían muchas. Partamos por la manera en cómo me gritaste después de lo que pasó. —Francisca trató de zafarse, pero él simplemente apretó más la mano, impidiendo su huida—. Podría ser por haberme forzado a tener sexo en el suelo. O tal vez por haber tomado mi virginidad sin más...

—Si me disculpara por gritar, pasaría la mitad de mi vida disculpándome —dijo Baran interrumpiéndola con una sonrisa—. No te forcé, pudiste decirme que no en cualquier momento y yo hubiera parado. —No sabía si eso era verdad, pero tampoco ella—. Lo que dices de tu virginidad es cierto. Pero yo no lo sabía, tú debiste decírmelo. Si lo hubiera sabido, habría hecho todo distinto.

—De partida, no te habrías acostado conmigo... tú no andas por ahí desvirgando niñas.

—Pero contigo habría hecho una excepción. —Subió la mano por su cuello hasta que enredó los dedos en el cabello, tirando su cabeza hacia atrás—. Para ti debí preparar un colchón con la más suave pluma. Debí besarte y acariciarte lentamente hasta cubrir todo tu cuerpo con mis labios. —Se acercó un poco más a ella hasta apoyar su mano libre sobre la cintura femenina—. Y cuando te digo todo, es todo. Debí tomarte primero con mi boca. Fui un estúpido, un idiota absoluto con eso. Me habría encantado beber tu primer orgasmo. —Francisca tragó saliva convulsivamente—. Tal vez el segundo también. Después debí prepararte con mis dedos hasta que estuvieras completamente mojada y lista para mí. Solo entonces debí poseerte. Recibir

el más precioso regalo que podías darme. Lo más maravilloso que me has dado dentro de una larga lista de hermosas cosas he recibido de ti. Yo debí hacer de tu primera vez una ocasión absolutamente inolvidable, la mejor experiencia de tu vida. —A medida que hablaba, se acercaba más y más a ella, hasta que extendía su cálido aliento con aroma a café sobre el sorprendido rostro femenino, mezclando su respiración profunda con la rápida y exaltada de ella—. Eso debí hacer. Tal vez sí es necesario que me disculpe.

—Tengo dos cosas que decir al respecto —dijo Francisca después de respirar lentamente—. La primera es que tampoco estuvo tan mal como para que te tengas que disculpar por ello. Todo lo contrario. —La sonrisa insolente volvía a su rostro—. Y la segunda es que espero que cumplas todas tus promesas, porque te voy a cobrar hasta la última.

—Descarada —murmuró Baran mientras se inclinaba hasta rozar sus labios.

Un suspiro después había profundizado el beso, conquistando hasta lo más íntimo de la boca femenina con su lengua. Con el brazo rodeó su cuerpo y la pegó a él. Solo el gemido femenino tuvo el poder de separarlo. Retrocedió un paso y tomó una de sus manos.

—Vamos —dijo, tirándola hacia él.

—¿A dónde?

—A mi departamento. Estoy solo por el fin de semana, recuerda.

—¿A dónde está?

—A unas cuatro cuadras.

Francisca sonrió, apretó su mano y se puso en puntillas para besar la mejilla masculina.

—Llévame —susurró en su oído.

\*\*\*

De pie en el centro de la habitación, Francisca miraba el departamento que Baran y Malik compartían. Era un enorme piso, con altos techos de vigas descubiertas. La sala tenía un par de sillones, un sofá y una mesa de centro frente a una chimenea de piedra. Un poco más allá, hacia la derecha, un equipo de música con una vasta colección de discos y un librero lleno hasta el tope por una mezcla de libros en inglés, francés, ruso y algún otro idioma que Francisca no reconoció.

A la izquierda, junto a un ventanal por el que se salía a una terraza, la mesa de comedor con seis sillas, y un poco más allá, una cocina abierta y moderna con una isla.

A cada extremo del salón, una puerta conducía a los dormitorios. El de Malik al lado de la cocina, el de Baran junto a la sala. Cosa extraña, tenía dos puertas de entradas. «Serían dos departamentos originalmente», pensó Francisca.

Como no había detalles como alfombras, floreros ni cuadros, el departamento gritaba *masculino* por todas partes. Era sencillo, sobrio y elegante, como sus ocupantes.

—Nunca creí que fueras una persona impaciente —dijo Baran acercándose a la muchacha, después de dejar las bolsas de las compras y los abrigos de ambos sobre un sillón.

—¿Para qué esperar si ya sabes lo que quieres? —preguntó Francisca sonriendo.

—Disfrutar de la espera.

—No me gusta esperar.

Y ya que no le gustaba esperar, Francisca había tratado de apurar el paso desde el café, tironeando la mano masculina. Baran, sin embargo, quiso aprovechar el paseo para abrazarla y besarla a cada instante, alargando el momento de llegar al departamento, disfrutando de estar junto a ella sin ningún tipo de presión, sin ocultarse, sin ser el señor director y la descarada alumna de siempre, siendo solo un hombre y una mujer recibiendo sobre sus rostros la brisa de la tarde.

—Pero no me estoy quejando —agregó la muchacha—, por si tenías alguna duda.

—Lo sé, tramposa. —Baran se alejó hacia la cocina—. ¿Vino?

—No, gracias.

—¿Las calorías otra vez? —Rio el ruso inclinándose para sacar una botella de la parte inferior de la isla—. No te preocupes, tengo todas las intenciones de hacerte gastar muchas calorías.

—Lo sé y no me preocupo. —Se acercó a la ventana buscando donde abrirla—. No me gusta el vino. He desarrollado un repentino gusto por el vodka. ¿Tienes? —Se volvió para mirarlo maliciosa.

—Soy ruso, ¿no? —dijo el hombre cambiando la botella y acercándose al refrigerador—. ¿Solo o con jugo de naranja?

—¿Cómo lo bebes tú?

—Solo.

—Así entonces.

Para cuando Baran volvió a su lado, había conseguido abrir el ventanal y había salido a la enorme terraza bordeada de jardineras, que tenían flores por un lado y algunas hierbas por otro. Al parecer los rumores de Malik cosechando sus propias hierbas eran ciertos.

—Por nosotros. —Baran le entregó un vaso a Francisca y levantó el suyo para brindar.

—Por las promesas que se cumplen —respondió Francisca, tomó un trago de su bebida y trató de disimular el estremecimiento que la recorrió por lo fuerte de ella.

—Esto es solo para hombres. —Baran rescató el vaso y lo dejó en una mesita que había en el rincón—. No para niñas —agregó, burlándose de sí mismo al usar el tono antipático de las clases.

—Bueno —dijo Francisca acercándose a él—, gracias a ti, ya no soy una niña.

—Ni tampoco una mujer. —Levantó una mano y acarició la mejilla de la

muchacha—. No aún. Pero ya me encargaré de ello. Ahora, veamos el atardecer. —Terminó, frustrando el intento de Francisca de besarlo.

La hizo girarse de modo que la espalda de la muchacha tocaba su pecho, y él se inclinó hasta que apoyó el mentón en su cabeza. Luego, la rodeó con los brazos. Francisca suspiró y se relajó dentro del abrigado capullo que él había creado. Sonriendo, miró los últimos rayos de sol del día caer sobre la ciudad.

—¿Te gusta? —preguntó Baran.

—Me encanta. Aunque... —Francisca reprimió una sonrisa—. Sería más impresionante si no conociera el departamento de Tommy y su magnífica vista al Sena, con la Torre Eiffel de vecina.

Por toda respuesta, Baran cerró aún más sus brazos sobre el cuerpo de Francisca, besó su cuello y siguió contemplando el atardecer.

—¿En qué piensas que pone esa sonrisa en tu rostro? —preguntó el ruso, después de unos minutos de silencio, cuando la oscuridad era casi completa.

—En que odio que mi hermana tenga razón —dijo Francisca, provocando la duda en él, que no se esperaba esa respuesta, sino un nuevo intento de la Pequeña Fran de seducirlo. Como si necesitara intentarlo.

—No entiendo qué tiene que ver tu hermana en esto.

—Ni vas a entenderlo, es algo de hermanas —respondió la muchacha con un leve sonrojo. Jamás admitiría que Isabel bromeaba con ella desde niñas, señalándole que haría justamente lo que estaba a punto de hacer. Nuevamente—. Tal vez algún día te explique, pero no es hoy ese día. ¿Entramos? Me está dando frío.

—Claro. —Le dio un beso en la frente y luego la soltó—. Voy a prender la chimenea.

—Me llama la atención que... —Entonces Francisca vio que tomaba un control remoto, apuntaba a la chimenea y esta se encendía—. Ahhh, por eso. Es eléctrica.

—Hay pocas cosas que me gustan más que un buen fuego —explicó el hombre cambiando un control remoto por otro—, pero esta chimenea es solo



una imitación. —Encendió el equipo de música, seleccionó una reproducción y le tendió la mano—. Baila conmigo.

—¿Qué será, señor director? —Francisca tomó su mano—. ¿*El cascanueces*? No, demasiado repetido. Tal vez... —Se quedó en silencio cuando las primeras notas de un *rock and roll* salieron por los parlantes—. ¿En serio? ¿*Mueve tu trasero*?

—Mi versión de mueve el trasero. Además, sabes que amo bailar lo que sea. De todo.

En seguida empezaron a moverse, con la perfecta coordinación que les daba horas y horas de práctica, de conocerse tan bien como pareja de bailarines que eran capaces de anticipar sus movimientos incluso cuando improvisaban.

Francisca había tenido muchos compañeros a lo largo de su vida. Aunque tenía sus favoritos, Sebastián en Chile, John en Francia. Incluso hasta con Thomas se entendía muy bien, pero bailar con Baran era una experiencia totalmente distinta.

Era dejar su mente de lado y sentir, solo sentir los movimientos de él. Sus manos entrelazadas, sus cuerpos rozándose. Él abrazándola, alzándola. Seduciéndola.

Su corazón palpitaba duramente contra sus costillas, pero no era por el esfuerzo del baile. Era por el ansia insatisfecha del hombre que en esos momentos la tomaba por la cintura para levantarla y ubicarla con las piernas a cada lado de sus caderas, dejándola sentir la firmeza de su miembro bajo la tela del pantalón.

Cuando la segunda canción empezó, Francisca solo quería ir a la habitación de Baran, desnudarse y entregarse a él.

—Aún no —murmuró el hombre mientras la voz de Chubby Checker los invitaba a bailar el *twist* como en el último verano.

Después de varias canciones, Baran sorprendió a Francisca cuando los primeros acordes de una guitarra, seguida por una suave percusión llenó el departamento. Cuando se unieron las melódicas voces masculinas, Baran ya

había rodeado su cintura con un brazo y tomado la mano derecha de Francisca.

—Irina conoció a Illapu cuando ellos vivieron en Francia. —Baran respondió a la pregunta de Francisca antes que ella pudiera formularla, refiriéndose a un grupo chileno que desarrollaba folklore andino—. Qué te puedo decir, me encanta esta canción, tiene una candencia exquisita. Aunque no entiendo nada. Traduce para mí.

Francisca cerró los ojos y se dejó envolver por la mágica melodía. Y comenzó a traducir.

—*Voy a beber del pozo de mis sueños...*

Con el cuerpo de Francisca apretado contra él, con su cintura moviéndose siguiendo el sensual ritmo de la canción, con su suave voz susurrando la letra, Baran entendió por fin qué tenía esa canción que lo obsesionaba.

De hecho, tenía los más dulces recuerdos de Francisca grabados en su memoria. De hecho, muchas tardes, al llegar a la sala donde ella se quedaba ensayando, se había sentido acechándola. Todo un acosador que la miraba y la seguía con las cámaras a dónde ella fuera. Lo envolvía su aroma, lo quemaban sus besos. Muy a pesar suyo, su corazón la buscaba. Su luz, la luz que había terminado la soledad de su larga noche.

—*La soledad no existe en esos días.* —Francisca apenas pudo traducir esa última línea antes que él la besara. Muy suavemente al comienzo, casi siguiendo la melodía.

Después, ni se enteró qué canción sonaba, solo podía seguir el ritmo de su propio deseo, con las manos recorriendo las tenues curvas, abriendo un botón tras otro, mientras los pequeños dedos femeninos dibujaban los músculos bajo la camiseta.

—Fran —murmuró cuando dejó de besarla—. Fran —musitó cuando siguió el camino desde sus caderas hasta el trasero, elevándola, llevándola con él hasta su dormitorio.

—Oh... —susurró Francisca cuando llegaron junto a la cama y él le quitó el sostén revelando sus pequeños pechos—. Justo ahora me gustaría tener un

poco más —dijo sonrojándose cuando él cubrió totalmente uno con su enorme mano.

—Eres perfecta, Pequeña Fran. Y absolutamente hermosa. —Se arrodilló a su lado, para quedar con la boca en la posición justa para besar sus pechos. Uno primero, luego el otro. Los acarició suavemente con la lengua hasta que los pezones endurecidos clamaron por más.

Francisca lo tomó por la parte trasera de su cabeza, obligándolo a apretarse contra ella, con la boca abierta, para chupar y mordisquear los pezones, haciéndola gemir con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás. Concentrándose en seguir besando sus pechos, Baran recorrió el cuerpo femenino con las manos. Con la punta de los dedos rozaba la breve cintura, conquistaba el borde del pantalón, abría el cierre y lo deslizaba por las piernas.

Francisca batallaba por sacárselo, pero los zapatos impedían que la estrecha pernera pasara, lo que no hacía otra cosa que ponerla más nerviosa. Estaba a punto de convertirse en la amante del director de la academia, algo que había anhelado y detestado por tanto tiempo. Algo que no podía esperar más por conseguir.

—Tranquila —susurró Baran, ayudándola a recostarse en la cama.

Desabrochó sus zapatos y sacó el pantalón y los calcetines. Luego se encargó de sacar la pequeñísima tanga que cubría el tesoro que él ya conocía y ansiaba volver a poseer. El aroma femenino lo llenaba de impaciencia, le exigía una velocidad que él no estaba dispuesto a tomar. No esa vez. Esa vez, tal y como había prometido, sería un momento que Francisca nunca olvidaría. Independiente de lo que les deparara el futuro, siempre sería su primer amante, siempre sería el dueño de su virginidad y siempre, siempre lo recordaría. Al menos eso se iba a llevar de ella.

Se puso de pie y rápidamente se desvistió, volvió a sentarse en el borde de la cama y respiró profundamente una y mil veces mientras recorría el delicado cuerpo con la mirada. Unos momentos después sus manos se unieron a la exploración, bajando por el centro de su pecho, acariciando

suavemente su femineidad sin ir más allá de la superficie. Recorriendo las piernas de piel suave y músculos fuertes.

—No —pidió Francisca cuando tomó un pie en sus manos.

—Son los pies de una bailarina a la que yo admiro muchísimo —dijo él, uniendo su boca a la caricia—, y no son tan feos —agregó con algo de humor en su voz.

—Precisamente. —Francisca se incorporó sobre su codo—. Si fuera tan buena como pretendo, tendría los pies horribles.

—Pequeña Fran, olvídate de la academia y del *ballet* por un día —murmuró Baran subiendo con la boca por el costado interno de una pierna—. Céntrate en ti y en mí. En nosotros y en este momento. Solo por hoy, déjalo todo de lado y vive la vida.

Francisca volvió a recostarse cuando él llegaba hasta la unión de sus piernas y la besaba. Uno, dos, tres toques ligeros. La lengua un poco más profunda, arrancando un nuevo gemido de la garganta femenina, antes de seguir hacia arriba una vez más, besando su vientre y pechos.

—Pareces un precioso ópalo así, con la luz de la luna bañando tu piel tan blanca —dijo Baran cuando se detuvo sobre su vientre para besar la piel que rodeaba el ombligo—. Hace que me sienta como un lapidario trabajando con su mejor material. Una joya digna de la zarina.

Con la lengua jugó en sus pechos mientras las manos que corrían libres llegaron hasta el montículo cubierto de suaves rizos rubios. Abriendo los pliegues, llegó hasta lo más íntimo de la mujer, acariciando la delicada piel, jugueteando con el botón endurecido mientras su lengua hacía lo propio con el pezón.

Francisca gemía y respiraba entrecortadamente, cada vez más rápido, elevando las caderas y separando las piernas con movimientos ondulantes.

Baran llegó hasta su boca. Besándola profundamente, capturó el pequeño gritito que anunciaba la cercanía del orgasmo.

Muy lentamente, aunque sin perder ni un minuto, bajó con su boca hasta capturar la gema del placer femenino entre los labios. Tiró de ella un par de

veces, recorrió los labios íntimos con la lengua y finalmente fue recompensado con un grito desgarrador y la humedad llenando su boca.

Con infinita delicadeza siguió besando el monte y las piernas, toda la piel que rodeaba la entrada al cuerpo de Francisca, dejando de lado el pequeño botón palpitante. Una vez más subió hasta los pechos y recorrió todo el cuerpo con las manos hasta que el movimiento ondulante de las caderas de Francisca le avisó que ya estaba lista.

En esa ocasión se ubicó entre las piernas de la muchacha, con la cabeza metida entre ellas, con los dedos abriendo la firme carne, con los labios jugando, besando. Lamiendo y tironeando el clítoris, escuchó el pulso de su cuerpo hasta que la llevó una vez más hasta el límite, y nuevamente recibió su recompensa con un grito aún más profundo, con sus dedos bañados en el íntimo líquido.

Francisca tenía los brazos cubriendo su rostro. Se sentía disuelta en un mar de sensaciones. No sabía cómo era posible, pero las sabias manos y la sensual boca la elevaban otra vez. Su amante la besaba, dejando en sus labios la evidencia de una promesa cumplida con sus dedos cumpliendo otra.

Esta vez, cuando él se volvió a acomodar entre sus piernas, la muchacha supo que llegaba el acto final. Su vientre se tensó ante el recuerdo de la invasión y trató de cerrar las piernas.

—*Tikho, lyubov* —susurró el ruso acariciando su cadera y vientre—, *tikhiy, Malen'kiy Fran*. Te prometo que esta vez no va a doler.

Ella gimió en respuesta, dudando de su palabra.

—¿He faltado a alguna promesa acaso? —preguntó Baran, nuevamente metiendo una mano entre sus cuerpos para seguir acariciándola—. No, ¿verdad? Estás húmeda y lista para mí. Y aunque me mate, si te duele, si no quieres que siga, solo me lo dices y yo paro. Te lo prometo.

Entonces usó un brazo de apoyo y no dejar caer todo su cuerpo sobre ella mientras la otra mano acariciaba su cadera, después de haberla acomodado a él.

Francisca sintió el roce de la erección en la entrada de su cuerpo. Sin

violencia, sin prisa, solo con la ternura más grande, él fue penetrándola. Se detuvo para arquear la espalda y llegar hasta su oído, donde susurraba en ruso tantas cosas que ella no entendía. Solo comprendía que también esa promesa la había cumplido. No dolía, solo sentía el exquisito placer de la posesión y la pertenencia.

—¿Ves, *lyubov*? —susurró sobre sus labios—. ¿Me sientes completamente dentro de ti? ¿Sientes tus músculos aprisionándome?

—Sí —susurró Francisca, acompañando sus palabras con el movimiento de sus piernas, cerrándose en la espalda masculina.

—«Sí, señor» —gruñó Baran—. Dilo, di «Sí, señor».

—Sí, señor —gimió Francisca cuando él se movió dentro de ella—. ¿Está bien así, señor? —agregó al responder a su movimiento con sus propias caderas elevándose para ir su encuentro.

—Solo unos centímetros más arriba —replicó él pasando sus manos por debajo del cuerpo de ella y levantándola—. Como siempre, Soublette, hay que darle instrucciones para todo.

—Sí, señor. —Terminó con un gemido cuando él volvía a moverse, un poco más rápido, con un poco más de fuerza. La muchacha, que respondía cada uno de sus movimientos con las caderas, levantó los brazos y se colgó de sus hombros, enterrando la cara en el hueco que dejaba el cuello.

—Eres como una almohada de plumas, Soublette. —El ruso apuró nuevamente sus movimientos, desesperado por llevarla al orgasmo otra vez antes de derramarse dentro de ella.

—¡Señor di... direc... tor! —gritó Francisca al tiempo que mordía el hombro masculino y sus músculos femeninos apretaban la erección, forzándolo a acabar con ella.

—Fran —gruñó Baran, dejándose ir.

## CAPÍTULO TRECE

Con el arrullo de la voz masculina y la caricia de sus manos, Francisca fue cayendo inexorablemente en un merecido descanso. Le pareció que solo había cerrado los ojos cuando un rocío de besos llenó su rostro, cuello y pechos. Sonrió ante la evidente impaciencia de su amante, que ya bajaba para llenar su vientre de besos.

Elevó una mano y comenzó a acariciarlo a su vez, el abundante y espeso pelo rubio, los duros músculos de la espalda. Cuando él volvió a conquistar la boca femenina, su ansia había alcanzado la de Baran y se enredaron en una gentil batalla sin perdedores, las manos, las lenguas, todo el cuerpo servía con un único propósito.

En esa ocasión, después de la explosión de sus cuerpos, Francisca quedó totalmente consciente. Fue casi mágico para ella poder verlo recuperarse del efecto que tenía en él. Baran se acostó respirando a marchas forzadas, batallando contra su corazón que quería salirse del pecho, intentando que sus músculos dejaran de arder. Intentando que su cerebro pudiera hilar dos palabras.

Con una sonrisa traviesa, Francisca se apoyó en el pecho del hombre.

—Bueno, señor director, ya sé cómo agotarlo y dejarlo callado.

—Eres... eres...

—Demasiado para ti, eso es lo que soy —dijo Francisca riendo—, pero no te preocupes, tú también eres casi demasiado para mí. —Se sentó nuevamente, batallando contra la sábana que insistía en resbalar por su pecho mientras se desperezaba—. ¡Dios! Esto sí es bueno, creo que jamás me había sentido tan relajada. Debí escuchar a mi prima y hacer esto hace años.

—¡Nunca digas eso! —bramó Baran tirándola hasta que quedó tendida bajo él—. Jamás vuelvas a repetir...

—Sé razonable, Baran, por favor —pidió Francisca suavemente—. Si yo

hubiera tenido experiencia, nos hubiésemos ahorrado mucho dolor y molestias. Ese día en la sala de ensayos...

—Lo único que yo querría cambiar de ese día en la sala de ensayos es no haber sido tan bruto contigo —dijo Baran besando la frente de Francisca con mucha ternura—. Si yo hubiera sabido que eras virgen, jamás te habría tomado de esa manera, en el piso, como si fuera un animal en celo.

—Baran, lo siento, yo no pretendía... Mira, ese día, cuando dije que éramos como animales...

—Tenías razón, Pequeña Fran. Yo estaba enceguecido de deseo y si no fue incluso peor para ti... Fran, destrocé tu ropa y te tomé sin ninguna contemplación...

—Pero hoy fuiste...

—Mira, Fran...

Ambos hablaban tan atropelladamente que no eran capaces de completar sus propias frases, menos aún comprender lo que decía el otro. Y probablemente seguirían así de no ser por un enorme rugido estomacal de Francisca, que se decidía por fin a reclamar por el castigo recibido las últimas semanas en la forma de la privación de alimento más grande en toda una larga vida de sacrificios.

Riendo, Baran se puso de pie, aparentemente sin ningún complejo ya que se paseó totalmente desnudo delante de Francisca hasta que dio con una bata para pasarle a la muchacha.

—Nunca la uso, espero que no esté sucia.

—Lo que está es enorme —le dijo Francisca cuando la pasó por sus brazos y tuvo que doblarla a la altura de la cintura, antes de amarrarla, para evitar que se arrastrara—. Parezco una niña pequeña con la ropa de su papá.

—Eres una niña pequeña de camino a ser una mujer pequeña. —Baran se inclinó para besarla una vez más—. Con la ropa de su hombre.

—Tú no eres mi hombre. —Francisca tenía las mejillas totalmente coloradas.



—Claro que sí —respondió Baran mientras se ponía el mismo pantalón que usara antes, pero nada más, antes de avanzar hacia la puerta—. Voy a ver qué hay para comer. Si necesitas el baño, es la primera puerta de este pasillo —agregó abriendo una puerta interior que Francisca no había notado antes—. Apúrate, que tengo que alimentarte.

La muchacha fue hasta la puerta que Baran había abierto y vio un corto y estrecho pasillo con dos puertas más. Entró en la primera y, tal como Baran había anunciado, era un lujoso baño.

Después, volvió al dormitorio y salió a la sala. Baran no había estado solo ni cinco minutos, pero ya había un agradable aroma llenando la habitación.

—Espero que te guste el pollo con hierbas del jardín de Malik —dijo Baran para recibirla en la cocina—. Es lo único decente que hace crecer, porque su té natural es una asquerosidad.

—Lo mismo dice Tommy, aunque a Teresa le gusta un poco. —Francisca se sentó a la barra para verlo trabajar en la ensalada.

—Debo estar perdiendo mis facultades si estoy de acuerdo en algo con el infame Tommy Van —dijo Baran, que estrujaba un limón en la ensalada.

—¡Hey, es mi amigo del que estamos hablando!

—Y solo por eso lo perdono.

—Bueno, yo no perdono al entrenador Malik por haberle dicho vaca gorda a Teresa.

—Bueno, *lyubov*, Vaca Gorda para Malik, con relación a Teresa, es lo mismo que Insignificante para mí en relación a tu pequeña y preciosa persona.

—No importa, no puede decirle Vaca Gorda a una mujer tan bella como... ahhhh...

—Eso... ahhhh... —agregó Baran riendo—. Pobre tonto, este Malik, no sabe lo que es tener que lidiar con el infame carácter de las mujeres latinas, de lo contrario no...

—¡Oye! Eso sí lo entendí.

—Por supuesto que lo entendiste, Franny, te he dicho antes que eres demasiado inteligente para tu propio bien. Pero no te preocupes, ya te dejaré tonta.

—¿Y cómo pretendes lograrlo? —preguntó Francisca risueña e insolente.

—Voy a tenerte en mi cama hasta que no seas capaz de decir la tabla del uno.

—Esa es una promesa que no vas a cumplir.

—¿No voy a tenerte en mi cama? —Puso un plato con pollo y ensalada frente a ella junto con un vaso de agua.

—Ni todo el sexo del mundo va a conseguir que no me sepa la tabla del uno. Tal vez podrías conseguir que olvidara la tabla del trece, con la que siempre he tenido problemas, pero no la del uno. Está muy bueno esto —agregó cuando había tomado un bocado de pollo.

—¿Tan raros son en tu país que te enseñan la tabla del trece? —preguntó Baran, sentándose a su lado en la barra.

—Tan rara es mi hermana, y Adriana no se queda atrás. Toda su vida compitieron por quién era mejor en matemáticas y conseguía recitar más cálculos de memoria.

—Me pregunto por qué siguen solteras —dijo Baran con una ceja alzada.

—Cualquier hombre tendría mucha suerte si alguna de ellas decidiera quedarse a su lado.

—Cualquier hombre tendría que ir a recuperar sus bolas en las carteras de sus mujeres si decidieran quedarse a su lado.

—Estaba muy buena la comida, Baran, muchas gracias —dijo Francisca, cambiando radicalmente el tema, después de mirarlo furiosa—. Hacía tiempo que no comía tanto.

—Como me llegue el informe indicando que volviste a bajar de peso, te siento en mis piernas hasta que vuelvas a subir al menos un kilo —respondió Baran amenazante, alejando su plato.

—No he tenido mucha hambre últimamente, no lo hago a propósito... la

última vez que comí con ganas fue...

—El almuerzo de ese martes, antes que me enojara porque cometías tantos errores en nuestra práctica nocturna —dijo Baran con una mueca—, al menos, ese soy yo.

—Yo me atiborré el miércoles, después de... bueno... —Francisca se puso colorada bajo la atenta mirada del ruso—. Pero no lo hice porque tuviera hambre, sino porque me sentía tan mal que necesitaba algún consuelo.

—Debes alimentarte bien, Franny, nuestra profesión es muy demandante y necesitas energía. —Baran tomó un mechón de su pelo para jugar con él.

—Bueno, si me sientas en tus piernas a comer, tal vez consiga pasar algún bocado más. —Francisca sonrió pícara, acercándose al hombre hasta que él la sentó sobre sus piernas.

—Una lástima que no haya quedado ni una hoja de lechuga —dijo Baran cuando dejó de besarla.

—Peor es que ya me tengo que ir, mira la hora, son casi las once de la noche —agregó Francisca intentando levantarse de su regazo.

—Quédate conmigo —pidió Baran estrechándola más—. Pasa la noche conmigo, Fran.

—Baran...

—Si no quieres quedarte aquí, llévame a tu departamento. No me dejes solo esta noche.

Baran no estaba suplicando bajo ningún aspecto, pero había algo en su voz, suave y ronca, que le impedía a Francisca levantarse e irse. De todas maneras, se puso de pie y lo miró atentamente.

—¿Tienes un cepillo de dientes para mí?

—Yo no, pero Malik está obsesionado con la higiene dental y siempre compra al menos cinco cepillos de dientes. Voy a su baño y le saco uno — propuso Baran alejándose hacia la puerta del dormitorio de Malik—. Ven, vamos a acostarnos, que estoy cansado y realmente quiero dormir abrazándote —agregó cuando volvió, tirando de su mano.

\*\*\*

—No le hagas caso —dijo la voz somnolienta de Baran a Francisca cuando ella sintió contra su pierna la dura erección—. Ni el menor caso, siempre está así cuando andas cerca.

—Pero yo puedo ayudarte. —Francisca, medio dormida, se volteó para quedar frente al hombre.

—Te lo agradezco, en serio, pero no. Es muy pronto para ti. —Baran la abrazó nuevamente, sin hacer ningún intento de acercarse más—. De hecho, la segunda vez anoche ya era muy pronto para ti, debí esperar hasta hoy en la tarde.

—Te vas a volver loco si estás continuamente pensando lo que debiste hacer y no hiciste —lo amonestó Francisca, que sí trató de acercarse y bajó una tímida mano por los abdominales del ruso, casi llegando hasta su objetivo, detenida solo por una mano masculina que la alejó inmediatamente.

—Eso no quiere decir que no vaya a esperar al menos un día entero para volver a amarte, Franny. Puedo aguantar un día sin tenerte.

—Considerando que has aguantado todo un mes, yo perfectamente podría dejar pasar unas pocas horas —dijo Francisca con un nuevo intento de llegar hasta él.

—Pero yo no —replicó Baran con firmeza, frustrando sus intenciones una vez más.

—¿Me estás diciendo en serio que me vas a negar algo, que nos vas a negar algo, que tan obviamente deseamos ambos? —preguntó Francisca alejándose de él.

—Franny, entiende —pidió Baran deteniendo su avance con un brazo y tirando de ella hasta pegarla a su cuerpo—. Tienes que dejar que tus músculos descansen. Es apenas la tercera vez que me tienes dentro y...

—Y la cuarta no va a llegar si sigues por ese camino —dijo Francisca sacando la mano de Baran de su cintura.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí lo sé. Puedo haber sido virgen hasta hace un mes. Puede que sea apenas la tercera vez que te tengo dentro, pero sé perfectamente lo que quiero y lo que estoy pidiendo. Lo quiero de hace mucho más de un mes, Baran, entiéndelo tú, y ahora que estoy metida en tu cama, sigues negándome...

Un segundo después, todos los deseos de Francisca se hicieron realidad.

Dos veces.

\*\*\*

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda, no puede ser esa la hora! —gritó Francisca cuando vio que el reloj despertador de Baran marcaba las once y media de la mañana.

—¿Tienes hambre? —preguntó Baran mientras la veía vestirse apresurada—. Podemos ir a la cafetería de la esquina. Y si no quieres salir, puedo llamar para pedir que suban algo.

—Tengo que ir a mi departamento.

—Desayunemos primero, después...

—Tengo que ir ahora a mi departamento, necesito urgente algo que está ahí —dijo Francisca con un pequeño peine en las manos—. Esto no me sirve —agregó cuando quedó atrapado en su abundante cabellera.

—No vayas, por aquí hay de todo, pídemelo lo que necesites y yo te lo compro. —Baran rodeó la cintura de Francisca con un brazo para pegarla nuevamente a su cuerpo desnudo.

—¿Incluyendo pastillas anticonceptivas marcadas en el punto exacto del ciclo en el que estoy? —preguntó Francisca empujándolo para poder ponerse los zapatos.

—Tomamos un taxi en la esquina —dijo Baran vistiéndose tan aceleradamente como Francisca—. La próxima vez que vengas a pasar la noche acá, trae las pastillas. Trae de todo.

—Bueno, considera que ayer en la tarde salí a ver vitrinas, no a quedarme contigo.

—Pero no puedes negar que pasar la noche conmigo es mejor que ver vitrinas —dijo Baran cuando salían del departamento.

—El día que llegues envuelto en bufandas de Hermès voy a estar de acuerdo.

—Yo no usaría bufandas Hermès para envolverme. Tú, por otro lado... — Levantó la mano e hizo parar un taxi, ayudó a Francisca y subió él mismo—. Las usaría para mantenerte atada a mi cama —susurró en su oído después que Francisca le diera la dirección al conductor.

—Jamás permitiría que un hombre me amarrara, estás loco —dijo Francisca susurrando furiosa—. Ni lo sueñes.

—Tal vez no me dejes amarrarte, aunque las posibilidades de eso me vuelven loco —dijo Baran roncamente en su oído—, pero no puedes impedirme que sueñe contigo amarrada a mi cama, totalmente desnuda, tal vez con los ojos vendados, a mi completa disposición.

—No digas esas cosas, por favor. —Francisca no sabía si enojarse, reír, llorar o gritar.

—Eres tan inocente, dulce Pequeña Fran. —Baran tomó un mechón de su pelo y jugó con él.

—De inocente nada —dijo Francisca, levantando su orgulloso mentón—. Mi prima lleva años bromeando con lo mismo y me tiene harta. Estoy segura de que ya lo hizo, de hecho. Jamás pondría mis manos al fuego por ella en ese sentido. Es más, estoy segura de que Lorena terminaría suplicando que la amarraran si fuera con unas Hermès, se volvería loca.

—¿Por eso las mirabas ayer?

—Lo que mi prima haga con sus Hermès es cosa de ella, pero me encantaría llevarles algunas.

—Me imagino que a todo el Quinteto.

—Eso..., pero está totalmente fuera de mi presupuesto. Llegamos. ¿Me

esperarías afuera? —preguntó Francisca apeándose del vehículo.

—No.

—Pero, Baran...

—¿Por qué? Esto no es una pensión ni una casa familiar donde debas dar explicaciones. Está claro que no has traído otros hombres antes, pero...

—Ja, ya he venido con John y Thomas.

—John no cuenta y me preocuparía más que hubiese venido el padre de Thomas.

—Hemos dormido los cuatro juntos, ¿sabes? —dijo, picándolo, al abrir la puerta del edificio.

—¿Los cuatro fantásticos? ¿Bajo qué circunstancias? —preguntó Baran con calma.

—Lo hacemos una vez al mes. Empezamos el primer viernes de exámenes cuando estábamos en el departamento de Thomas, en la sala de cine, y ninguno quería moverse, así que Tom llamó al ama de llaves y pidió colchonetas y mantas para pasar la noche. Desde ahí es una tradición. También lo hacemos después de los recitales, ya que normalmente viajamos al otro día.

—Esas son fiestas de pijamas de niños pequeños —dijo Baran, indulgente—. Es bonito esto. Por supuesto, Soublette la Perfecta tenía que tener una barra en su departamento. Menos mal que no aposté con Bachmann.

—No la puse yo, sino que elegí el departamento por la barra —explicó Francisca desde su dormitorio, donde tenía la tira de pastillas. Salió hasta la cocina y bebió un vaso de agua—. Listo.

—¿El departamento tenía una barra? ¿Por qué?

—Tienes tres víctimas que vivieron acá y una sobreviviente.

—¿Quiénes? No pueden ser todas víctimas mías si hay una sobreviviente. Eso quiere decir que estuvo dos años en la academia, este es mi sexto.

—La verdad es que no sé si todas vivieron acá, en este departamento, o en otro del edificio, pero son todas víctimas tuyas. Así me dijo mi casero.

—¿Y cómo se llama la sobreviviente?

—Amelia, no tengo idea el apellido.

—¿La argentina? ¿Cabe la posibilidad que Bachmann sepa que vives acá? Claro que cabe, no hay más que mirar tu ficha. Con razón sabía lo de la barra, el maldito.

—Si me explicaras no me molestaría.

—¿Ves que eres inocente, Pequeña Fran? Tu prima ya habría sacado la conclusión exacta. Bachmann se follaba a Amelia, claro.

—¿Qué? Pero pensé que estaba centrada solo en el *ballet*, así me lo dio a entender Philippe.

—Tal como tú, y terminaron acostándose con sus profesores de todas maneras.

—¿Entonces esa es la manera de triunfar en la academia? ¿Acostándose con un profesor?

—Ni conmigo ni para ti —respondió Baran con sencillez—. Para mí solo se necesita talento y trabajo duro y tú tienes mucho de ambos. ¿Vamos? Tengo hambre.

—Y yo, pero quisiera ducharme antes de volver a salir.

—Yo no —dijo Baran acercándose a ella, tomando su pelo en las manos, enredándolo en los dedos y tirando de su cabeza hacia atrás—. Tengo tu aroma por todas partes, no quisiera eliminarlo.

—No te preocupes, después yo te lo vuelvo a pegar —dijo Francisca antes de recibir la posesión de su boca.

\*\*\*

Francisca nunca había tenido un mejor domingo en su vida. Se duchó en su departamento, se vistió y guardó algunos efectos personales en la cartera. «No te olvides de las pastillas», había dicho Baran, provocando que Francisca



se devolviera a su habitación.

Después fueron en taxi hasta el departamento de Baran, donde él se duchó y se vistió. Completo de negro, por supuesto. Salieron a un restaurant cercano, almorzaron y fueron a caminar.

Para deleite absoluto de Francisca, tomaron un taxi hasta uno de los distritos más alejados de la academia. «Por aquí no vive ningún profesor y hasta lo que sé, ningún alumno», dijo Baran cuando se bajaron del taxi.

Cuando les dio hambre, mucho antes de lo habitual en Francisca, se detuvieron en un pequeño local de apariencia oscura y pobre, pero con una deliciosa comida casera.

Al anoecer, llegaron al departamento de Baran. Francisca alcanzó a sacarse las zapatillas y dejarlas tiradas en medio de la sala. La chaqueta y jersey fueron descartados al lado de la puerta del dormitorio de Baran y el resto de la ropa quedó diseminada por todas partes en su camino a la cama.

Mucho rato después, estaban conversando de todo y nada a la vez. Francisca, desnuda y feliz debajo de la sábana que cubría sus pechos, le contaba a Baran cosas de su vida en Chile, de su infancia, de las travesuras que hacían con el Quinteto y cómo su padre sabía llegar en el momento exacto para sorprenderlas... y ayudarlas para que las madres no se enteraran y las castigaran.

—Excepto a mí, claro, que soy Soublette la Perfecta —terminó.

—Entiendo a tu padre, sabes. Aunque yo no tengo su instinto, siempre estoy... —de pronto se quedó callado, como si hubiera estado a punto de confesar un pecado horrible.

—Siempre estás, ¿qué? —preguntó Francisca casi ronroneando bajo la caricia de las manos de Baran en su pelo.

—Nada... no importa.

—Baran, más te vale terminar esa frase, a menos que quieras que me pare y me vaya en este preciso instante.

—No me amenaces, Francisca —dijo Baran con su acento ligeramente

marcado.

—No te calles. Hay pocas cosas que odio más que la gente que no termina lo que está diciendo.

—Te lo voy a decir, pero no porque me amenaces, que te quede claro. Solo lo hago porque tú también me has confesado tus travesuras en la academia.

—Baran, mientras antes empieces, antes terminas —dijo Francisca, dándose cuenta que a él le avergonzaba lo que iba a decir. Levantó una mano y la llevó hasta su cuello, acariciando el montón de pelo que se formaba ahí—. Me decías que entendías a mi padre, aunque tú no tienes su instinto y no sé qué más.

—En realidad, como no tengo su instinto para saber cuándo te metes en problemas, yo... —carraspeó—, te-sigo-a-todas-partes-con-las-cámaras. —Terminó rápido, casi persiguiendo una palabra con la siguiente.

—¿Me qué?

—Te sigo a todas partes con las cámaras. Especialmente este último mes, Fran... Fran, yo...

—Me acosas —dijo Francisca tan tranquila que Baran pensó que no era tan grave—. De alguna manera, ya lo sabía. Es decir, incluso al final del curso anterior, casi les grité a los chicos que iba a buscar la bicicleta, intentando verte... Pero, Baran, tienes que prometerme que no lo vas a hacer otra vez, ¿de acuerdo?

—No puedo —dijo Baran sin remordimiento—. Tengo que vigilar las cámaras y cuando apareces ante ellas, lo único que puedo hacer es seguirte.

—Pero...

—¿Cómo puedo saber de otra manera si me necesitas? ¿Si estás bien? ¿Dónde vas a estar? ¿Si ya saliste de la biblioteca para ir a nuestra sala?

—Pero, Baran, no necesitas...

—Claro que sí, lo necesito y mucho. Tengo que saber. Por ejemplo, eso que dijiste... que habías dejado tu alegría en el suelo de una sala de ensayo...

—Tú no hablas español —dijo Francisca preocupada—. ¿Cómo sabes lo que dije?

—Te escuché hablando con tus amigos y esos otros dos alumnos, el viernes en el pasillo.

—Pero... ¡Malditas cámaras, Baran! ¡Qué mierda tengo que hacer para que dejes de espiarme!

—Decirme hasta la última cosa que pase por dentro de tu cabecita, Fran. Estar conmigo hasta el último segundo que tengas de sobra e incluso robarle algunos momentos a tus estudios.

—Baran...

—Es la única manera en que pueda sacarte de mi cabeza y dejarte vivir tu vida, *lyubov*.

—Baran...

—Lo siento, Fran, pero es así. —La besó y le sonrió—. Estoy obsesionado contigo y te voy a perseguir por toda la academia a menos que prometas que puedo verte a solas siempre que quiera.

—Pero...

—Dime, al menos, que vas a dejarme verte una vez a la semana fuera de la academia, tal vez una o dos tardes, *lyubov*, o me voy a volver más tirano en clases.

—¿Entonces me estás chantajeando?

—Si es lo que necesito para tenerte, claro.

—Bueno, señor director, y yo pensando que era un hombre tan correcto.

—Con todos menos contigo, *lyubov*.

—¿Qué significa eso? Esa palabra... lu... no sé qué...

—Nada en realidad —dijo Baran, bajando hasta besar el hombro desnudo de la muchacha—. Es solo un término cariñoso para decirle a una mujer con la que uno tiene...

—¿Sexo?

—Relaciones íntimas.

—O sea sexo.

—*Dorogaya* Fran, la intimidad es mucho más que sexo.

—Pero es su componente principal.

—No. Uno puede tener intimidad sin sexo y sexo sin intimidad.

—¿Cómo? ¡Dios, tengo tanto que aprender!

—No te preocupes, yo te voy a enseñar.

—Lo bueno es que eres un excelente profesor.

—El mejor que vas a tener en tu vida.

—Y tan modesto —dijo Francisca riendo.

—Mucho —murmuró Baran antes de correr la sábana que cubría a Francisca para alcanzar sus pechos con los labios.

\*\*\*

El lunes fue muy similar al domingo, excepto por la parte de salir corriendo al departamento de Francisca. Se levantaron temprano y pidieron el desayuno en la cafetería de la esquina. Mientras esperaban, Francisca se duchó, aunque solo se puso un calzón limpio y una camisa de Baran para andar por la casa. Baran se duchó y se quedó con la bata que Francisca usara el día anterior. «Tiene tu aroma», le dijo cuando la muchacha le preguntó por su ropa.

Ambos estaban cansados y querían aprovechar las últimas horas al amparo de la soledad en el departamento de Baran, así que se quedaron en el living, escuchando música, leyendo un poco y dormitando principalmente.

Para el almuerzo volvieron a llamar a la cafetería. «De postre te voy a tener a ti», dijo Baran cuando ya estaban comiendo. Francisca lo miró, sonriendo nerviosa y traviesa. Comió rápidamente, y antes que se diera cuenta, estaba desnuda en su cama, recibiendo sus besos y caricias.

\*\*\*

—¡Baran, ya llegué!

El grito masculino consiguió arrancar a Francisca de su duermevela. A gran velocidad sacó su cuerpo, aún saciado después del amor, de la cama y comenzó a vestirse.

—Tranquila —pidió el ruso mientras escuchaba los gritos de su amigo afuera—. No te preocupes, él es muy discreto.

—No me preocupo. —Francisca hizo una mueca—. Sigues siendo el director, ¿no?

—¡Mama Rosa te mandó una lasagna! —gritó Malik al parecer caminando desde la cocina al living—. ¡Aunque dijo que no la merecías, por no haber ido a...!

—Y acaba de encontrar mis zapatos. —Francisca se detuvo al lado de la puerta antes de abrirla—. Entrenador Malik —murmuró a modo de saludo cuando enfrentó cara a cara al hombre.

—¿Qué...?

—Hola, Mal —dijo Baran saliendo tras la muchacha—. ¿Qué decías de Mama Rosa?

—Bueno, bueno, si no tenemos a la primera alumna en recibir su graduación entre nosotros. —El senegalés miraba fijamente a su amigo, con una sonrisa irónica.

—No te pa... —empezó a decir Baran, pero Francisca lo interrumpió.

—¡Por favor! —exclamó calzándose la segunda zapatilla—. Todos sabemos que no necesito acostarme contigo para graduarme. —Se acercó al ruso a medida que le hablaba—. Me basto solita.

—Descarada —murmuró Baran.

—Nos vemos mañana —dijo la chica, después de ponerse la chaqueta y darle un beso en la mejilla a Baran. Avanzó unos pasos acomodándose el bolso y luego volvió a girarse para mirar a los hombres —respecto de esa

lasagna, señor director...

—¿Sí? —preguntó él, levantando una ceja interrogativa.

—No se preocupe por las calorías, yo procuraré que las gaste.

Y salió del departamento dejando al ruso estupefacto, con la franca risa de su amigo acompañándola por el pasillo.

\*\*\*

Excepto los dos días anteriores, Francisca nunca pasó mejor noche que ese lunes. Despertó descansada, relajada. Feliz. No era muy temprano, así que se vistió con ropa deportiva y se fue.

Al llegar, para su sorpresa, encontró que Thomas y Teresa estaban sentados en el piso junto al gimnasio. Thomas masajeaba una pierna de Teresa delicadamente, de una manera que a Francisca le resultó distinta de lo que había visto anteriormente. Íntima fue la palabra que se le ocurrió.

Un curioso brillo salía del rostro de Teresa. Thomas, a pesar de estar arrodillado junto a la chica, se veía más alto, más grande, como si usara su cuerpo para protegerla.

—Hola —dijo cuando llegó junto a ellos, fingiendo que rebuscaba algo en su mochila para darles tiempo de separarse si querían. Es decir, ella sabía lo que *guardar un secreto* significaba—. ¿Cómo están?

—Hola, Irribarren. Bien ¿y tú? —Teresa sonreía con una calma pasmosa—. ¿Cómo estuvo tu fin de semana?

—Hola, princesa. —Thomas se puso de pie para acercarse a ella y besar su frente—. Yo, al menos, estoy sensacional.

—Parece que estuvo buena la fiesta —comentó Francisca.

—Genial —respondió Teresa.

—La mejor de mi vida —agregó Thomas sin mirar a Francisca, solo a Teresa.

—Qué bien. —Francisca esperaba no ser tan obvia al día siguiente en clases con Baran.

—¿Y tú? —preguntó Teresa—. ¿Qué hiciste el fin de semana?

—Me lo pasé casi todo el fin de semana en la cama. —Francisca fue totalmente fiel a la realidad—. Descansé todo lo que necesitaba y estoy como nueva.

—Bien, muy bien —dijo Teresa distraída, mirando a Thomas.

—Eso es simplemente perfecto —agregó Thomas—. Ahí viene John.

—Hola a todos —John los saludó cuando llegó a su lado, rodeando automáticamente los hombros de Francisca con un brazo—. Hola, princesa. Te extrañé el fin de semana, deberías haber ido conmigo.

—No, John, mi fin de semana estuvo estupendo. —Trabajaba duramente en no ponerse colorada—. Descansé mucho. Me pasé muchas horas acostada.

—Bien. ¿Y ustedes? —preguntó a Teresa y Thomas—. ¿Cómo estuvo la fiesta?

—Bien —dijo Teresa, sonriéndole a Thomas.

—Excelente —agregó Thomas con sus ojos brillando.

—Mierda, están follando. —John casi gimió—. Como tengan peleas de amantes mientras estudiamos, los mato.

—¡John! —gritó Francisca.

—¡Ay, Franny! ¿No lo notaste? —preguntó John—. Ni tú eres tan inocente.

—Claro que lo noté —replicó Francisca indignada—. Puede que sea inocente, pero no tonta.

—Entonces —dijo Thomas mirándola preocupado, mientras Teresa reía a su lado—. ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Porque quería darles la oportunidad de decirlo ustedes si es que querían —explicó Francisca encogiendo los hombros—. Somos amigos y compartimos todo porque queremos, no porque estemos obligados. Además, todos tenemos derecho a nuestros secretos e intimidad.

—Bueno —dijo John después de besar a Francisca en la sien—, me alegro que al menos ustedes lo hayan pasado bien.

—¿No habían hombres atractivos donde estabas? —preguntó Teresa tomando sus cosas y encabezando la marcha al interior del gimnasio. John negó en silencio—. Lo siento. Vamos —agregó apurando a Francisca, que cerraba la marcha.

Un par de metros más allá de la puerta, el entrenador Malik y el director conversaban. Ambos les dieron los buenos días a los muchachos y se separaron, el primero a hacer su clase y el segundo saldría del gimnasio con destino desconocido.

Teresa, Thomas y John los saludaron y siguieron su camino. Francisca, que se había rezagado a propósito, no saludó al entrenador porque ya estaba muy lejos.

En cambio se cruzó con Baran y se miraron por un par de segundos, en los que la muchacha recibió cientos de besos e infinidad de caricias con los intensos ojos azules del ruso recorriéndola íntimamente.

—Soubllette —dijo Baran.

—Señor director —respondió ella con una pequeña inclinación antes de seguir su camino.

Una sensación curiosa la inundó todo el día. Pensaba que debía haber algo distinto en clases, tener otra perspectiva de las cosas, sentirse de diferente manera, pero nada ajeno ocurrió.

Ni las instrucciones personalizadas del entrenador Malik ni las clases con *Herr* Bachmann, menos aún las de *madame* Signoret después de almuerzo. Ni aun sabiendo lo que sabía de *Herr* Bachmann ni lo que el entrenador Malik sabía de ella. Ni siquiera por haberse cruzado brevemente en el departamento mientras ella se ponía sus zapatillas.

Era todo tan perfectamente normal que ninguno de sus amigos le preguntó siquiera si iba a quedarse en la biblioteca, solo se despidieron de ella antes de salir de la academia, John por un lado y Teresa y Thomas por otro, tomados de la mano.



Estuvo una hora en la biblioteca. Cuando la encargada empezó a cerrar y apagar las luces, sintió un bailoteo de su estómago. Guardó sus cosas, devolvió el libro y salió con la bibliotecaria.

—Hasta mañana, *madame* —dijo Francisca al llegar al pasillo que la llevaría a la sala.

—¿Se queda, señorita Soubllette? Desde hace tiempo que no lo hacía —le preguntó la mujer.

—Por eso, necesito ponerme al día con mis prácticas. —Francisca sonrió antes de alejarse.

Una vez en la sala de ensayo no tuvo que esperar más que un breve instante. Ni siquiera había dejado su mochila cuando unos pasos le advirtieron de la llegada de Baran.

—Buenas noches, Fran. —El hombre se detuvo a su lado antes de inclinarse y besarla.

—Buenas noche, Baran —respondió la muchacha colgándose de sus hombros.

—Me alegro tanto de que estés aquí nuevamente —murmuró Baran con la cara enterrada en el cuello de la muchacha—. No tienes ni idea.

—Claro que la tengo —porfió Francisca.

—¿Estuviste todos los días del mes pasado como un oso que no podía dormir en invierno? —preguntó Baran apretándola más por la cintura—. ¿Encerrado en su cueva llena de cámaras persiguiendo cada uno de tus movimientos, rogándole a un dios en el que no cree que te detuvieras acá, que no te fueras en tu bicicleta o caminando? ¿Gritándole al monitor cuando ya te habías alejado demasiado y no podía captarte?

—Baran...

—Pues yo sí, Fran —murmuró enredando los dedos en sus cabellos—. No podía pensar, no podía comer, no podía hacer nada esperando que ese día te apiadaras de mí, perdonaras mi brutalidad y volvieras a mi lado.

—Bueno, hoy estoy aquí —dijo Francisca muy dulcemente, asombrada

por la intensidad de Baran—. Ahora, aprovéchame.

—Quiero enseñarte una pieza que compuse. —Baran se sacó la chaqueta de sus hombros—. Tiene música original de Pietro, tal vez la presentemos en el Concierto de Navidad.

—Genial. —Francisca se quitó sus zapatillas y pantalones deportivos—. ¿Corta o larga? —preguntó mostrándole dos faldas.

—Corta. —respondió Baran, ya instalado en la barra, con los primeros compases de Vivaldi saliendo por la radio—. Ven, ponte delante pero de frente.

—Vale.

Después de una media hora de calentamiento, Baran empezó a enseñarle la coreografía. Francisca la comprendió muy rápidamente e incluso hizo algunos aportes que Baran aceptó feliz.

Vieron la pieza un par de veces de principio a fin, sin música, y después la bailaron con la compañía del piano grabado del maestro Colantoni. A Francisca le fascinó todo en la presentación, la música, los pasos, la secuencia, y estaba muy entusiasmada con presentarla.

—Es preciosa, Baran. —Lo besó en la mejilla—. Una auténtica obra de arte. Es dulce, parece sencilla pero es muy compleja, va y viene desde la delicadeza y fragilidad, hasta la fuerza impresionante que se necesita para esos saltos... me imagino que en clases vas a agregar más piruetas, que son muy riesgosas para ti... y el final... ¿Puedo decir sexi?

—Yo diría sensual y erótica probablemente. Seductora.

—Eso mismo, es... maravillosa.

—¿Quieres saber cómo se llama? —Baran tomó su cabeza para inclinarla y besarla.

—¿Tiene nombre? No siempre le pones nombre a tus creaciones —dijo Francisca con un leve gemido de necesidad ante la ausencia de los labios masculinos junto a los suyos.

—No, tienes razón, pero esta tiene nombre y apellido.

—¿En serio?

—Oficialmente se llama *Malen'kiy*. —Baran la miró fijamente, casi ahogándose en sus ojos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Francisca, pensando que ya había escuchado esa palabra.

—Pequeña —dijo Baran con sencillez—, es para ti. Eres tú.

—¿Yo? ¿La compusiste para mí? ¿Para que yo la presente en el concierto?

—Sola con John... me encantaría acompañarte, pero no puedo. Por mi salud y porque no sería apropiado. Pero no me refería a eso. La vas a presentar tú, claro, pero este baile encierra lo que yo veo en ti, tu belleza, tu dulzura, esa mezcla de fragilidad y fuerza, de inocencia y sensualidad.

—Oh, Baran —murmuró Francisca poniéndose en punta de pie para besarlo con ardor, gimiendo con la invasión de su lengua, la conquista de sus manos en la cintura y más abajo.

—Franny —gruñó Baran contra su cuello—, suficiente, Fran... —gimió desesperado antes de volver a apropiarse de su boca—. Veámosla de nuevo —le pidió Baran unos minutos después, mientras ambos luchaban por recuperar el control—. Fran, ayúdame, por favor.

—De acuerdo —dijo Francisca alejándose para buscar en su mochila una botella de agua.

Bebió un largo trago y le pasó la botella a Baran, que bebió el resto, mientras Francisca se secaba las manos y cara, respirando profundamente, nada tranquila ella misma. Baran la imitó.

Una hora después, caminaban por la calle tomados de la mano. Cuando llegaron a la avenida donde siempre se separaban, Francisca se giró para quedar de frente a él.

—Ven conmigo —pidió Francisca—, ven a mi departamento.

—Es muy tarde, *lyubov*. Anda a tu casa a descansar, mañana vamos a enseñarles tu pieza a los alumnos. A todos. Y el viernes voy a pedirle a John que nos acompañe para empezar a preparar la presentación del concierto, con

vestuario y todo.

—Pero yo te necesito —dijo Francisca, subiendo la mano libre hasta acariciar su mejilla.

—Y yo —dijo Baran, tomando un mechón de su cabello y acariciándolo tiernamente—. Te deseo y te necesito mucho, muchísimo. Tanto, Fran, que creo que me voy a volver loco. —Besó sus labios apenas una fracción de segundo antes de alejarse—. Mañana nos vamos juntos después de clases —agregó con voz ronca.

—Tengo que ir a la biblioteca, tenemos que hacer todo lo más normal posible, no como Thomas y Teresa. —Francisca suspiró—. John los vio dos segundos y se dio cuenta de que...

—¿Qué? —preguntó Baran con un asomo de sonrisa.

—Están juntos —dijo Francisca con una mueca—. No se suponía que te dijera, qué tonta soy. —Terminó apesadumbrada—. No fuimos los únicos en tener un excelente fin de semana.

—Bueno, el de ellos no pudo haber sido tan bueno como el de nosotros, ni de asomo. Voy a tener que llegar a pensar en nuevos apodosos...

—No, Baran, ni se te ocurra. En clases están de lo más normalito, nadie más que John y yo sabemos qué pasa.

—Y yo, que soy muy observador. Una pareja no puede dejar de lado su cercanía al bailar.

—Entonces vas a tener que conseguirte otro conejillo de indias —dijo Francisca.

—No, nunca. No me gusta eso. —Baran estaba molesto y se notó al perder la neutralidad de su voz y acento—. Tus compañeros no son muy observadores, además, de lo contrario no andarían haciéndote preguntas de qué me pasa, sabrían inmediatamente que tú eres lo que me pasa.

—¿No se te ha ocurrido que esos dos puedan tener sus sospechas, por eso me preguntan a mí?

—No. —Baran se rio, tranquilo otra vez—. Cocodrilo fue la de la idea de

preguntarte a ti, lo hablaron cuando te vieron ir a la biblioteca el jueves. Le dijo al imbécil de su compañero que deberían preguntarte porque tú bailas conmigo y tal vez podrías haber escuchado algo. Y agregó, textualmente, «se cree tan inteligente que seguro está tratando de aprender a hablar ruso para entender lo que hable ese bastardo».

—Ni se me ha pasado por la mente —dijo Francisca indignada—. Me tienen harta ese par. ¿Por qué no los has expulsado?

—Porque no he podido. Nunca llegan tarde, siempre cumplen con sus obligaciones cuando corresponde. No tienen buenas notas, pero nunca han reprobado nada. Sus pesos ni siquiera varían en un gramo como para que Malik pueda torturarlos. Yo esperaba, al término del año anterior, que quedaran al menos veintidós para usar mi prerrogativa y cancelarles la matrícula, pero no pude. Me resultan los dos seres más repulsivos de la tierra, y mira que he conocido gente desagradable.

—Cocodrilo es bulímica —dijo Francisca sin pensarlo.

—¿Cómo sabes? —preguntó Baran interesado.

—Come como cerda, ¿no lo has notado? Siempre tiene algo en la mano en los recesos —explicó Francisca—. Según Antje, que almorzó con ellos un día, come más que ella en una semana. Yo la había visto vomitar, pero siempre decía que era algo nervioso, que no sé qué le había caído mal y miles de excusas. El viernes, Teresa me dijo que la había visto provocándose los vómitos.

—Eso es muy bueno. Es una alteración seria y va en contra de los reglamentos. Voy a decirle a Malik que mande a una enfermera a comprobarlo. ¿Tienes algo en contra de Cuervo?

—No mucho—dijo Francisca molesta. Después le relató todos los detalles que sabía de Cuervo atosigando a John y de Thomas queriendo golpearlo por imbécil.

—No puedo expulsar a nadie por hacer insinuaciones a un compañero —dijo Baran meditando—. Pelear en los pasillos está en contra del reglamento, tendría que expulsar a ambos. Pero...

—¿Pero? —preguntó Francisca luego de unos minutos de silencio.

—Si Cuervo dijera algo de John, algo que denostara su integridad y fuera captado por las cámaras, John podría ingresar un reclamo a la academia que llevaría a una investigación.

—John nunca haría eso —dijo Francisca, negando con la cabeza—. Jamás. Sería peor para él tener que reconocer que lo acosan por ser homosexual que el acoso mismo.

—Thomas podría pegarle a Cuervo por defender la honra y el buen nombre de John.

—Pero tendrías que expulsarlo —dijo Francisca—, y no voy a sacrificar a mis amigos por deshacerme de ese imbécil.

—Tendría que imponerle alguna acción disciplinaria, claro —dijo Baran, aún pensando en un plan—, pero no tiene por qué ser la expulsión. No si todo pasara frente a las cámaras, con algún profesor cerca que pudiera servir de testigo. Le podemos decir a Pietro y a Malik. Incluso a Bachmann, me lo debe porque no dije nada a nadie de su relación con Amelia.

—Pero si le dijeras a *Herr* Bachmann tendrías que explicarle que todo está preparado y...

—Es un plan en pañales, déjame pensarlo un poco más y lo conversamos.

—De acuerdo. Entonces, ¿mañana te vienes conmigo a mi departamento?

—Para impedirlo tendrías que patearme fuera del taxi.

—Prefiero gastar mi tiempo y energía atándote a mi cama y teniéndote a mi entera disposición.

—Cuando quieras, Franny —dijo Baran sonriendo malicioso.

—Sigue soñando —murmuró Francisca, poniéndose de punta de pie para besarle antes de entrar en el taxi que el ruso había detenido para ella.

## CAPÍTULO CATORCE

—Cojincito, ven acá —dijo Baran cuando entró en la sala a las dos de la tarde del miércoles.

Sus amigos la miraron con duda, ya que la última clase habían discutido ferozmente. Francisca encogió los hombros y caminó hasta el director, captando un gesto obsceno de Cuervo.

—No te preocupes, ya van a caer —le susurró Baran cuando también vio el gesto—. Como sabrán —siguió hablando con voz fuerte—, nos queda un mes para el Concierto de Navidad, donde para mi mayor desgracia tengo que darle más protagonismo al segundo año, o sea, a ustedes, lamentables excusas de bailarines. Si fuera por mí, los mandaría a todos a sus casas. Con tres o cuatro excepciones, tal vez. Siga soñando —agregó al ver la sonrisa triunfal de Cocodrilo—, sinceramente espero que no sea una sonrisa, solo su enorme boca abierta de esa manera tan horrible que tiene. Qué asco. En fin, vamos a ver una creación original mía, con música compuesta por la única otra persona verdaderamente talentosa que hay en esta sala, el maestro Pietro Colantoni.

Por varios minutos explicó la pieza mientras Francisca fingía que la aprendía, dejándolo que la ayudara, solo para sentir sus fuertes manos recorriéndola.

Después pidió música y bailaron. Incluso agregó las piruetas que no hizo la noche anterior. Francisca cerró los ojos y lo siguió, intentando no desconcentrarse para no perturbarlo. Cuando terminaron, hubo varios conatos de aplausos y muchos suspiros por parte de algunas mujeres. Francisca alcanzó a captar la sonrisa conmovida del maestro y los ojos llenos de lágrimas de Teresa.

—Eso estuvo bastante bien, Soublette —dijo Baran cuando recuperó el aliento—. Ahora vaya con su compañero. Trabajarán de dos parejas. —Baran

dio las instrucciones, rozando apenas el brazo de Francisca al pasar junto a él —. Empezarán Soubllette y Brown...

Y así siguió, llamando cada dos parejas, corrigiendo aquí y allá, a algunos más que a otros, criticando muy encarnizadamente a Cuervo y a Cocodrilo.

—Bien —dijo Baran cuando terminaron—. Esto es lo que va a pasar: esta pieza fue pensada para una pareja, pero creo que en el escenario más grande, dos le darán mejor equilibrio. —Miró a algunos, pasó por alto a otros y se detuvo en Francisca y sus amigos—. Los cuatro fantásticos.

—¿Señor? —preguntó John.

—El viernes, a las dos treinta de la tarde, en la Galería. Usted, Soubllette, Van y Rodríguez. Tomen diez de descanso y a la vuelta, las mujeres a la barra y vamos a ver una pieza solo de nenas.

Francisca salió tranquilamente, imitada por sus amigos. La efervescencia la dejaron para cuando llegaron al baño. Sin ningún respeto por nadie, gritaron abrazándose.

—Parece que te salvaste, Soubllette. —Cocodrilo se detuvo a su lado—. Y vuelves a ser la niña favorita del director.

—Es la mejor bailarina por si no te habías dado cuenta —dijo Teresa molesta.

—Tienes suerte —siguió Cocodrilo sin tomar en cuenta lo que Teresa decía—, parece que alguien se sacrificó y se folló al director. Tal vez fue tu amiguita Jane, pero como a ella no la puede sacar a bailar —agregó con el horrible gesto que hacía con la boca cuando trataba de sonreír—. Cuídate, no te vaya a pegar la clamidia o lo que sea que tenga —dijo mirando a John.

—Cállate. —Thomas se acercó amenazante. Teresa tomó uno de sus brazos para detenerlo.

—¿Celoso, querido? —preguntó Cuervo mirándolo de pies a cabeza, deteniéndose donde las mallas dejaban poco a la imaginación.

—¡Cállate te dijeron! —exclamó John, dando un paso para acercarse a los otros.



—¡Cállate tú, marica! —le gritó Cuervo a John, también acercándose.

—Al menos yo no tengo problema en reconocer mi homosexualidad —respondió John.

—Relájate, John —dijo Francisca posando una mano en su brazo. John demoró unos segundos, pero finalmente se calmó y encabezó la marcha hacia la sala.

—¿Algún problema? —preguntó Baran cuando los cuatro amigos pasaron por su lado.

—Ninguno, señor director. —Francisca lo miró atentamente—. ¿Alguna instrucción, señor?

—Trabajen el método Vaganova —dijo observando a los otros que entraban.

La clase siguió más o menos normal, si bien la tensión se podía palpar en el ambiente. En la barra, Teresa y Francisca se pusieron a un extremo y Cocodrilo al otro. En la coreografía, Thomas y John compartían el protagonismo, mientras que Cuervo fue relegado a la última fila.

\*\*\*

—Hasta mañana, *madame* —dijo Francisca antes de separarse de la bibliotecaria.

—Hasta mañana, señorita Soublotte —respondió la mujer, yendo a la recepción.

Alcanzó a dar un par de pasos y la tiraron dentro de un aula. Antes de adaptarse a la oscuridad, unos brazos cálidos y amorosos la envolvieron, arrebatándole un beso largo, duro y ansioso.

—¿A dónde piensas que vas? —le preguntó la voz ronca de Baran—. Se suponía que íbamos a tu departamento.

—Iba a buscarte, nunca nos pusimos de acuerdo dónde nos encontraríamos —gimoteó Francisca pegándose más a él.

—Nunca vi a la maldita bibliotecaria irse tan lento. Se supone que su horario es hasta las seis treinta —dijo Baran tomando de nuevo la boca femenina dentro de su beso.

—Se queda por mí —murmuró Francisca, buscando el calor de su piel con las manos—, porque yo voy a estud... ahhh...

Por largos minutos nada más que murmullos ávidos, gemidos femeninos y gruñidos masculinos llenaron la sala. Las bocas se unían y se separaban desesperadas, las manos recorrían los cuerpos con total urgencia.

—Fran... —gimió Baran, alejándose de ella.

—Baran... por favor...

—Vamos. Ahora —gruñó Baran, intentando tomar la mochila de Francisca.

—No, aquí —dijo Francisca tirando de él hacia el fondo de la sala.

—¿En el piso como los animales? No, Fran —respondió Baran con firmeza—. Nunca más.

—¡Pero por qué! —reclamó Francisca—. No puedo más, yo...

—Uno de nosotros tiene autocontrol —dijo Baran, después Francisca pudo captar un destello de sus blancos dientes y supuso que sonreía—. Algo al menos.

—No soy yo —dijo Francisca traviesa—. ¿Sabes dónde me gustaría que me llevaras? A la sala que usamos en el día, abajo del piano.

—¿Estarías dispuesta a hacerlo nuevamente en un lugar público, en el piso, pero no a dejarme que te amarre?

—La obsesión que tiene la gente con amarrarse es absurda —dijo Francisca buscando una vez más el calor de su piel bajo la ropa.

—Fran, te dije que no. Vamos. Ahora. —Le agarró la mano y sin soltarla, cogió la mochila de la muchacha y la guió a la salida.

Tuvieron la suerte de encontrar un taxi apenas un minuto después de haber dejado la academia, llegaron rápidamente a la enorme casona reformada y Francisca abrió la puerta.

—¡Franny, que temp... oh! —Francisca alcanzó a ver un brazo de Claudette antes que desapareciera por la puerta de su departamento.

—Asumo que es la casera —dijo Baran—, y si Amelia vivió aquí, ellos son los Toussaint, el matrimonio que la acompañó a la ceremonia, por lo tanto saben quién soy.

—Eso seguro —dijo Francisca—. No lo pensé. Pero no...

—No importa. Nada importa. Vamos —pidió tirando de la mano de Francisca para que subiera la escala, pero una sonrisa en el rostro femenino lo detuvo—. ¿Qué?

—Simplemente... me acordaba... eh. —Se le escapó una carcajada y empezó a subir—. Me acordaba del primer día que tuve clases contigo. Fuiste horrible, cruel, despótico, malintencionado poniéndonos esos nombres espantosos, muy exigente, un mald...

—Me queda claro —dijo Baran levantando una mano para detenerla—. ¿Tienes algún punto o es solo un tierno recuerdo que querías compartir conmigo?

—Ese no es el recuerdo tierno —dijo Francisca riendo francamente—. Cuando llegué acá, Claudette trató de que comiera algo, pero no pude con más de dos bocados y después venía la dura prueba de subir cuatro pisos hasta mi departamento. Dos escalones y quería tirarme al piso y que viniera mi papá a llevarme a la cama. Te dije todos los improperios, insultos y las palabras más ordinarias que he escuchado en mi vida. Una larga retahíla propiedad de mi hermana.

—Insisto, ¿tienes un punto o es solo un recuerdo?

—Mi punto es que ahora —Francisca se rio ante su impaciencia—, un año y tres meses después, quiero tirarme al piso y esperar a que vengas tú para llevarme a la cama, lo que no deja de ser irónico si lo piensas bien.

—Ni siquiera hay que pensarlo bien, Fran, es muy irónico. Pero lo que yo me pregunto ahora es si en algún momento vas a abrir la maldita puerta de tu departamento o en verdad esperas que nos acostemos en el piso del pasillo.

—Yo te dije que lo hiciéramos en la academia —dijo Francisca, riéndose a

más no poder, mientras abría la puerta y lo dejaba pasar antes de cerrar—. Te dije que...

Tanto sus palabras como sus risas fueron interrumpidas por los labios presurosos de Baran, que bajaron hasta apropiarse de cada rincón de Francisca, que igualmente presurosa, abrió la boca para dejarlo entrar con su lengua y volverla loca, mientras prenda a prenda eran descartadas a su alrededor, mientras avanzaban torpemente hasta la cama, mientras las manos deseosas de acariciarse recorrían cada milímetro que desvestían.

Sin poder esperar más, Baran la tomó por la cintura y la alzó hasta tirarla en la cama, y ya totalmente desnuda la contempló. La recorrió con la mirada primero, con la punta de los dedos después, en una caricia tanto tierna como erótica que hizo arquear su espalda, acercando más sus pecho hasta la boca masculina, ansiando su posesión.

—Eres tan hermosa, Fran, tan malditamente hermosa.

—Baran, yo...

Francisca no pudo seguir hablando, un gemido, ronco y profundo, fue el único sonido que salió por su boca cuando él conquistó las puntas duras de sus pechos con las manos.

—Franny —musitó en su oído junto con varias palabras en ruso que Francisca casi ni escuchó, menos aún entendió y ni siquiera intentó hacerlo cuando Baran bajó hasta el delicado cuello femenino, besando cada centímetro que tenía a disposición, llegando a los pechos doloridos, que recibieron su lengua con alivio y gratitud.

—Baran —gimió Francisca con sus propias manos reptando hasta alcanzar los hombros fuertes, aferrándose a ellos como lo único real que tenía a su alrededor, lo único real que existía.

Baran bajó sus manos alcanzando las caderas, enredándose en los rizos, descubriendo la íntima femineidad, acariciando el duro botón, bajando incluso más, arrancando un suspiro de alivio de Francisca cuando la penetró con los dedos.

—Estás mojada, *lyubov*, tanto... ¿cómo puede ser? Apenas te he tocado...

—Te deseo —le dijo Francisca con la boca pegada a la de él—. Mucho...  
—Se alejó para clavar el verde enturbiado en el azul oscurecido—. Hoy, bailar contigo, requirió toda mi concentración, no tienes idea de lo cerca que estuviste de ser violado frente a tus alumnos.

—Por fin les habría enseñado algo bueno...

—¿Por qué no me enseñas a mí algo bueno? —pidió Francisca, rodeando las caderas masculinas con una pierna.

—Fran —gruñó cuando rozó con la punta de su erección la húmeda entrada.

Se acomodó más cerca de ella, con las manos rodeó las caderas, levantándola, sosteniéndola para penetrarla con una profunda estocada.

—¡Ahhhh! —gimió Francisca.

Cerró los ojos y mordió sus labios, inclinó la cabeza hacia atrás, dejando el cuello expuesto para el feroz ataque; boca, dientes, lengua servían solo para encender la hoguera de la pasión más profunda. Nuevos gemidos y gritos, exclamaciones y súplicas acompañaron el incesante avanzar de las caderas masculinas. Gruñidos, quejidos y probablemente hasta insultos en ruso llegaron cuando Francisca cerró con fuerza sus piernas y brazos pegándolo a ella, arañando la espalda, exigiendo y dando más.

—Mierda... —farfulló Baran sin resuello—. Maldición, Fran... eres demasiado para mí...

—Baran... ¡Dios! Baran... —Francisca se pegó aún más a él, desesperada por alcanzar el paraíso prometido en sus ojos azules que la miraban con angustia y adoración. «Tal vez ni se da cuenta», pensó Francisca un segundo antes que la explosión la arrastrara más allá de la razón.

Un rato después estaban acostados, Baran de espalda, Francisca de costado, con la cabeza en el hombro de Baran, con la mano del ruso acariciando acompasadamente la cintura femenina.

Un suspiro que él no supo cómo interpretar quebró el tranquilo silencio de la noche. La pequeña mano de finos dedos enredados en el vello de su pecho se apretó un poco. Levantó su mano libre y enlazó los dedos de ambos.

—¿Qué? —le preguntó con calma.

—Nada —murmuró Francisca.

—Algo, Fran, dime.

—Es que nunca había tenido tantas ganas de pegarle a alguien —dijo, desconcertándolo—. Ese imbécil de Cuervo... asqueroso...

—Ah... ¿Por qué no me dijiste enseguida lo que estaba pasando?

—Claro, acababa de ser acusada de ser la niña favorita del director y le iba a ir con el cuento... qué bien. Me imagino que viste lo que pasó en las grabaciones.

—Casi dejo abandonada la clase por ir a ver, los cuatro traían una cara de enojo espantosa. Thomas el peor, no sé por qué si los más ofendidos fuimos nosotros y John.

—Se toma como una ofensa personal cuando insinúan que está celoso porque su mejor amigo se acuesta con el director de la escuela, no sé por qué será.

—Pienso que en realidad le molestó todo. Lo que insinuaron de ti, que acosaran a John y le cambiaran el nombre y después las insinuaciones de ese imbécil y cómo lo miró.

—¿Algún avance con Cocodrilo? Tuve que morderme los labios para no reír en clases. —Francisca se arrimó al calor y consuelo que recibía del hombre.

—Te vi —dijo Baran, apretándola más a su cuerpo—, y lamentablemente, no tenemos avance.

—Que mal —murmuró Francisca adormilada—. Cuéntame.

Baran habló por unos momentos de las medidas que tomarían, pero al no recibir respuesta, la miró y vio que tenía los ojos cerrados y el rostro relajado. Quiso quedarse ahí mismo, tal como estaba, pero la necesidad de cuidarla era más grande, por lo que la removió, recibiendo un quejido y varias palabras en español que le sonaron a insulto, por lo que sonrió.

—*Lyubov*, despierta. —Acarició la tersa mejilla—. Fran, cariño, despierta,

tienes que comer.

—No tengo hambre —murmuró Francisca.

—Tal vez tú no, pero yo sí. Eres un poco exigente para mí —agregó con sorna.

—Lo siento, pero además de un par de yogurts y tal vez una fruta, no hay mucho para comer. Yo ceno con Philippe y Claudette —explicó Francisca en medio de bostezos.

—Malik ya debe tener la cena lista, así que no hay problema —dijo Baran levantándose.

—¿Me vas a dejar? —preguntó Francisca indignada, ya totalmente despierta—. No puedo creerlo. —Arrastró modestamente la sábana para cubrirse al sentarse en la cama.

—Nunca consideré la idea de quedarme contigo, *lyubov*. —Tomó su mano y se acercó a ella—. Hubiese venido preparado. Comida, ropa para mañana, mi cepillo de dientes. Ahora sí voy a parecer tu papá recordándote que hoy es noche de escuela. Si fuera viernes o sábado no habría problema.

—Está bien, no te preocupes. —Francisca se puso de pie para ir al baño—. Simplemente pensé... es decir, yo me quedé en tu departamento. Me ducho y bajo a cenar, nos vemos mañana.

—No tan rápido —dijo Baran, la tomó de la cintura y la hizo girar para besarla—. Nada me gustaría más que pasar la noche contigo, pero siempre llego a las seis treinta a la academia para usar el gimnasio. Tendría que salir de acá a las cuatro de la mañana para alcanzar. Otro día vengo preparado, ¿sí? —Le besó la frente, justo en medio de las cejas—. No te enojés, no puedo verte así.

—No estoy enojada —replicó, aunque no lo parecía—. Pensé que, ya que es la primera vez que invito a un hombre a quedarse conmigo...

—Shhh, no digas más, soy un tonto. —La abrazó y la tomó por la cintura para llevarla hasta el borde de la cama, donde se sentó con ella sobre las piernas—. Invítame el viernes y te aseguro que llego con ropa para todo el fin de semana.

—El viernes no puedo —dijo Francisca, rodeando los hombros de Baran con sus brazos—. Tenemos mucho que hacer. Como vamos a ensayar contigo en la tarde, nos quedaremos el fin de semana donde Tommy.

—¿Todo el fin de semana? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿No podré verte hasta el lunes?

—Ven mañana. —Francisca repitió su gesto de besar el ceño fruncido, con tanta ternura que él estuvo a punto de derretirse ahí mismo. —Y traes tus cosas para salir a la academia el viernes.

—Mañana no puedo —dijo Baran apesadumbrado—. Ni siquiera puedo verte en la academia después de clases, *lyubov*, tengo una reunión con representantes de la Ópera.

—Mejor, así juntas ganas para el lunes.

—No necesito juntar ganas para verte, Fran. —La besó con ansias, dejando a Francisca esperando por más. Mucho más—. Excepto que quería que fueras a cenar el sábado con nosotros. Es decir, Malik me pidió que te invitara porque dice que andas toda rara con él desde el martes y quería conversar contigo tranquilamente, para aclarar el aire.

—¡Yo no ando rara con él! —exclamó Francisca.

—Claro que andas rara, *lyubov*, finges de maravilla, pero yo que te conozco bien, lo noto. Especialmente porque sé qué te pasa —agregó sonriendo—, y te entiendo.

—Este fin de semana no puedo, pero el próximo sí... es decir, si no tengo mucho que estudiar.

—Aunque quisiera, no puedo decirle a los profesores que no te dejen tareas para que puedas ir a cenar conmigo, pero si trabajan bien el viernes, puedo no citarlos para el próximo.

—Vamos viendo entonces —dijo Francisca sonriendo feliz. Siempre quiso esa experiencia de hacer planes con un hombre. Claro que no se lo confesaría a nadie. Y si su hermana o cualquiera de sus amigas insinuara que estaba entreteniéndose, se enojaría mucho.



—De acuerdo —respondió Baran acomodándola mejor sobre sus piernas  
—. Entonces, mañana clase normal, sin sesión extra...

—Aprovecharé de venirme temprano y adelantar los estudios.

—Bien. El viernes en la tarde, los cuatro fantásticos serán mis invitados.  
Después me aburriré hasta las lágrimas mientras tú estudias.

—Baran, una pregunta, ¿quién compone los solos para el Concierto de Navidad?

—Los alumnos, con la supervisión del profesor que elijan, yo doy el visto bueno final.

—¿Y yo te puedo elegir a ti?

—Eso está hecho, *lyubov*.

—Vale.

—Y el lunes, después de clases, nos venimos para acá y de aquí a la academia. Ahora sí me voy, tu estómago está en franca rebeldía —concluyó riendo ante un poco femenino rugido estomacal. Se vistió rápidamente y cubrió a Francisca con una bata—. Baja a cenar primero y después te bañas.

—Una cosa es que sepan qué estaba haciendo acá contigo y otra que llegue oliendo a sexo a cenar —dijo Francisca, riendo, cuando caminaban hasta la puerta tomados de la mano.

—Tienes cinco minutos para ducharte, vestirte y bajar. —Baran claramente la instruía, con la mano en el pomo de la puerta.

—Señor director —replicó Francisca con una breve inclinación.

—Descarada —respondió Baran, besó su frente y salió.

\*\*\*

A pesar de la orden de Baran, se había tomado diez minutos antes de bajar. Tres en la ducha, dos para vestirse y cinco para respirar profundo y prepararse para enfrentar a Philippe y Claudette.

Claro que tanta preparación fue inútil, ya que la pareja la recibió con total naturalidad, no le hicieron preguntas incómodas y cenaron como siempre, escuchando las noticias en la televisión. Cuando Philippe fue a la sala, ella sacó el tema con Claudette.

—Por supuesto que sé quién es, mi niña. Y te entiendo perfectamente, desde el primer momento que lo vi en la ceremonia de Amélie me pregunté cómo se las arreglaban las alumnas para resistirse al atractivo animal de ese hombre. ¡Buen Dios, qué pedazo de hombre! —Francisca se rio—. Ahora me doy cuenta de que aunque no se resistan, es él quien no las toma en cuenta, estaba esperando a alguien especial, como tú.

—No...

—Claro que sí, mi niña. Por nosotros no te preocupes, ya hablé con Philippe y él mismo dijo que por mucho que te quiera, no es tu padre y tú eres una mujer adulta. Nosotros respetamos tu derecho a elegir con quien acostarte, lo mismo Amélie con el otro profesor... claro que si me preguntas a mí, tú tienes muchísimo mejor gusto.

—Me alegro que estemos de acuerdo. En eso y en todo, en general, ya que tengo intenciones de seguir invitándolo, incluso a quedarse.

—Me avisas entonces, para preparar más comida y subértela si quieres —respondió Claudette provocando un serio sonrojo en Francisca—. Espero que ese día que fuiste al médico le pidieras anticonceptivos. Lo primero son tus estudios.

—Sí, lo hice —dijo Francisca, roja como una remolacha—. Lo tengo claro, y él también.

—Eso es bueno.

—Hasta mañana, Claudette, gracias por todo. —Después se despidió de Philippe y subió a su departamento.

Un suspiro y una sonrisa, rodeada del aroma de Baran, y se durmió profundamente.

\*\*\*

Los siguientes dos días tuvieron una relativa calma para los muchachos. La felicidad que les daba haber sido invitados a la clase del director era contenida a duras penas, ya que ninguno quería volver a provocar las reacciones negativas de sus compañeros.

Nadie pasaba por alto el mal humor de Cocodrilo por la constante vigilancia de las enfermeras, dándola por expulsada. Menos pasaba desapercibido el odio y las miradas asesinas de Cuervo. Seguían llamándolos así porque nadie quería tomarse la molestia de aprender sus nombres.

Francisca y sus amigos simplemente se miraban y encogían los hombros, especialmente el viernes, cuando unos cuarenta mendigos los vieron entrar a la Galería.

Sin importar nada, los cuatro empezaron a calentar, muy felices, a la espera del director, quien llegó un rato después, precedido por el maestro Colantoni. Por primera vez, el músico los saludó uno por uno, pero con su nombre de pila, lo que a todos les llamó mucho la atención. Fue una suerte que nadie viera la sonrisa cómplice que le dirigió a Francisca.

—¿Ya calentaron suficiente? —dijo Baran a modo de saludo.

—Solo diez minutos, señor —respondió Francisca.

—De acuerdo, maestro, diviértase, por favor —pidió mirando al músico —. Vamos a ver unos quince minutos del método Vaganova y unos quince de Cecchetti.

—¿Cecchetti es el idiota que le gusta a usted, verdad, director?

—El mismo, maestro. Vamos, todos en la primera posición, en cuatro, tres...

\*\*\*

—Eso sí fue asombroso —dijo Thomas mientras cenaban esa noche—. Por más que odie admitirlo, creo que esa gusana tenía razón y el director tuvo suerte el fin de semana.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Francisca casi ocultándose en su plato.

—¿Lo habías visto alguna vez de tan buen ánimo? —preguntó Thomas—. Si hasta se puso a bromear un rato con el maestro.

—¿Y el baile? ¡Por favor! —exclamó Teresa—. El miércoles cuando lo mostró contigo... uff... especialmente hacia el final...

—CA-LIEN-TE —dijo Thomas—. Le agradezco en todo caso, Terry casi me salta encima.

—¡Thomas! —gritó Teresa avergonzada.

—Será mentira acaso. —Thomas rio con John, bajo la atenta mirada de Francisca. «Si ellos supieran», pensaba.

—Lo importante —les comentó, desviando la conversación— es que nos invitó a su clase especial.

—Mejor aún, le gustamos —aportó John—. De verdad, se le notaba claramente.

—Mucho —agregó Teresa, con los dedos de Thomas entrelazados con los de ella—, y se ofreció él a guiarnos con los solos. Hasta lo que yo sé, nunca lo hace, menos ofrecerse.

—Bueno, somos los cuatro fantásticos, ¿no? —preguntó Francisca feliz.

—Y tú eres nuestra ídolo, Irribarren. —Teresa sonreía—. Te lo digo en serio. El miércoles me emocionó tanto verlos bailar... daban una imagen preciosa, parece que se compenetran tanto... Él es fantástico, magnífico, la verdad, y se ven tan bien juntos. Él, grande y fuerte; tú, pequeña y delicada.

—Tiene razón, Fran, yo también me emocioné, mucho. Tiempo sin ver algo tan lindo. Por eso, además, eres nuestra princesa —dijo Thomas antes de ponerse de pie y salir del comedor.

\*\*\*

El domingo en la noche, muy tarde, Francisca llegó a su departamento. Habían trabajado muchísimo y adelantado tareas para el resto del trimestre. Todo por insistencia de ella, porque quería tener el próximo sábado para pasarlo con Baran y sus amigos.

La mañana del lunes en la academia fue muy normal, pero después del almuerzo, algunos eventos alteraron la paz recientemente obtenida.

Estaban todos adentro de la sala, calentando o practicando algún movimiento específico, excepto Cuervo, que estaba junto a la entrada, con la mirada atenta en el pasillo, esperando a su compañera. Francisca lo miraba cada cierto número de minutos, de una manera tan obvia que todos sus amigos se dieron cuenta.

—Algo pasa —susurró solo para ellos.

El director llegó casi media hora tarde a clases y no parecía feliz. Francisca, sin embargo, vio algo en él que lo desmentía. Un brillo acerado en el fondo de sus ojos, un caminar más ligero y ágil.

—Me parece que les dijeron que para mantener un peso adecuado —dijo al entrar, sin saludar, obviamente—, no aceptamos nada más que trabajo físico y una dieta saludable, que las drogas y los trastornos alimentarios están estrictamente prohibidos y duramente penalizados. Y, personalmente, encuentro que la pésima costumbre de muchas bailarinas de provocarse vómitos es absolutamente asquerosa y despreciable. Maestro, ¿cómo es el nombre de la más asquerosa entre las asquerosas?

—Géroux, Laureline, señor director —dijo el maestro.

—Elimínela de la lista, por favor —pidió Baran después de escribir el nombre en la hoja con el número trece y pegarla en la pared del fondo—. Si yo fuera una nena en esta clase, estaría preocupado, porque ahora quedan cinco mujeres y siete nenas, lo que quiere decir que pronto tendré que eliminar a dos de ustedes. No puedo llegar al Concierto de Navidad con un número disparaje en el segundo año. No puedo explicarles cuánto lo siento —concluyó mirando especialmente a Cuervo.

A todos les quedó perfectamente claro que no lo sentía en lo absoluto.

\*\*\*

—Eres maquiavélico —dijo Francisca cuando estaban acostados, desnudos y satisfechos, la noche del lunes en el departamento de Francisca.

—¿Me vas a decir ahora que no se lo merecía? —preguntó Baran, acomodándola a su abrazo.

—Claro que se lo merecía, pero eso no quita que hayas disfrutado de expulsarla.

—Claro que lo disfruté, ¿qué pensabas? Mantuve en mente todas las horribles cosas que ha dicho de mí y de ti a lo largo de este tiempo...

—¿De mí?

—Debiste escucharla el año pasado cuando subiste un kilo para la Navidad.

—Ya me lo imagino... Una pregunta, ¿de nosotros no ha hablado, verdad?

—Solo de la obvia preferencia que tengo por ti, a pesar de que tampoco he dejado de decirte cosas horribles. De hecho, un día le dijo a Cuervo que no podía decidir si te odio o te amo.

—¿Nadie se ha dado cuenta, verdad?

—Ni Pietro. Malik se burló de él toda la tarde, el sábado, porque estaba tratando de molestarme por el baile del miércoles y la clase del viernes.

—Yo pensé... como él a veces me mira y me sonrío...

—Te sonrío porque te encuentra extraordinaria, Fran, y hasta el sábado estaba molesto conmigo por todos los gritos y peleas.

—Eso me gusta —dijo Francisca imitando su acento—. Cuéntame todo lo de Cocodrilo.

Y Baran le habló con gran detalle del trabajo de las enfermeras, los médicos y hasta el dentista. También le contó que ella, por una vez en la vida, pudo mantener su boca cerrada hasta que él le indicó que podía retirarse.

—Al término de la clase, el amigo salió y le pegó a John, supuestamente al pasar, pero Johnny dijo que casi le sacó el brazo, no era un roce casual.

—Eso es bueno, que se sienta peor y empiece a cometer errores. Con suerte, ni siquiera voy a necesitar la ayuda de los cuatro fantásticos.

—Espero eso, la verdad. No puedo ni pensar en dejar a Thomas en una posición difícil.

—No te preocupes por eso, si llegara a darse que pelean en los pasillos, tengo que llamar a un comité disciplinario y le pediría a Malik y a Bachmann. Mal va a votar lo mismo que yo y Bachmann no se atrevería a ir en mi contra.

—¿No pueden ser el entrenador y el maestro?

—Pietro no tiene calidad de docente, solo puede ser testigo.

—Baran, ¿en qué parte del reglamento está escrito eso? —preguntó Francisca, preocupada, dudando de su participación en algo que podría volverse en su contra y de sus amigos.

—¿No lo sabes, *lyubov*? —preguntó Baran a su vez, levantándose sobre ella.

—Si lo supiera no te preguntaría. —Francisca giró su cabeza para dejar expuesto su cuello a los besos de Baran, que mordisqueaba suavemente el lóbulo de su oreja.

—Yo soy el reglamento —susurró Baran, tomando la mano que Francisca tenía en su hombro para empujarla hacia abajo—, y está escrito por acá.

—Voy a tener que revisarlo entonces —Francisca liberó su mano, que con vida propia llegó hasta la dura masculinidad, jugando con ella, acariciándola y apretándola— minuciosamente.

\*\*\*

Los siguientes días fueron extraños y agotadores. Extraños, por el ambiente que rondaba en la academia después de la última expulsión y la actitud beligerante de Cuervo. Todos los otros hombres también estaban más nerviosos de lo habitual y miraban con varios grados de envidia a John y Thomas, que habían sido invitados a la clase del viernes, lo que ponía un

sello especial de aprobación en ellos.

La parte de ser agotadora no era ya ninguna novedad para Francisca y sus amigos. Estaban tan acostumbrados que, de hecho, ya ni sabrían qué hacer con el tiempo libre.

Bueno, Francisca tenía una o dos ideas, por lo que el jueves, después que sus amigos se fueran, tomó una decisión muy arriesgada y atravesó el patio para dirigirse a las oficinas.

La secretaria de Baran estaba ordenando y guardando para retirarse, se mostró muy antipática con ella, hasta que el director en persona salió de su oficina para detener la desagradable escena.

—Buenas tardes, Soublette —dijo Baran desde la puerta—, pase, por favor. Cuando venga Soublette, *madame* Villeneuve, y yo estoy desocupado, avíseme inmediatamente.

—Sí, señor —dijo la mujer con tanta humildad como altanería usara con Francisca.

—¿En qué puedo ayudarla, Soublette? —preguntó Baran antes de cerrar la puerta

—¿Sería mucha molestia pedirle un beso, señor? —pidió Francisca acercándose a él.

—Ninguna —respondió Baran, tomando a Francisca por la nuca para inclinarla y besarla por mucho, mucho rato—. Estoy feliz de verte, Fran, no aguantaba más...

—Sé que estás feliz de verme. —Ella osciló sus caderas para rozar el endurecido miembro.

—Bueno, él está feliz de verte. Y yo estoy contentísimo. Excepto en clases, no te había visto desde el martes en la mañana. —Baran abrazó a la muchacha por la cintura y la pegó a él

—Y no es como que cuente. —Francisca posó las manos en los hombros de Baran—. Por más que me encante cuando me dices Cojincito. Claro que hay uno al que no le gusta, para nada.



—Anda todo el día murmurando —comentó el ruso—. Ni siquiera puedo entenderle todo lo que dice. Ven. —Tomó su mano y la guió hasta el escritorio, se sentó en la silla con ella sobre las rodillas—. ¿No te interesaría aprender algo de trabajo administrativo de la academia?

—¿No te interesaría a ti ayudarme a presentar un pie de cueca en Desarrollo?

—No sé bailar cueca, cariño. ¿Y no se supone que para eso son tus compañeros?

—A Tom no le sale nada mal, pero no consigo que John interiorice el concepto.

—Pero solo necesitas uno —dijo Baran práctico.

—No pues, que la cueca debe bailarse con al menos dos pies, tres mejor aún, y lo típico, en los espectáculos, es sacar a alguien del público —explicó Francisca, apoyando la cabeza en el hombro de Baran—. Mi idea era bailar con Tom y después separarnos para *invitar* a John y a Teresa, pero ninguno de los dos lo consigue. *Madame Bourdeu*, de teatro, conoce bailes folclóricos latinos y aceptó ayudarme, va a practicar con nosotros mañana en la tarde. Me falta un compañero para mí.

—Entonces, soy tu hombre, Fran. ¿El sábado?

—Vale, gracias. ¿Te ayudo entonces?

—Sería mejor que te fueras a tu casa a estudiar, pero es irresistible aceptar tu ayuda. Necesito despejar algo mi escritorio, clasificar documentos y archivar.

—¿El dragón de afuera no te ayuda con esto?

—Archivar sí, a ordenar, jamás. Tengo muchas cosas personales acá.

—Entonces, enséñame —dijo Francisca, le dio un beso en la frente y se puso de pie.

Le explicó lo que necesitaba hacer y Francisca se puso inmediatamente manos a la obra, separando propuestas de modificaciones a los planes de estudios, solicitudes varias de los profesores, cartas del directorio,

correspondencia de distintos cuerpos de *ballet* del mundo.

En un momento dado, Francisca encontró un montón de evaluaciones. Quiso dejarlas de lado, pero Baran se lo impidió, señalándole que ya todas habían sido digitalizadas de acuerdo a lo que señalaba el reglamento, comentándole, además, una serie de normas que se debían seguir cuando un alumno quería elevar alguna solicitud.

—No tenía idea —murmuró Francisca, que escuchaba atentamente—. Creo que voy a tener que leer el reglamento... el verdadero, me refiero —agregó riendo.

—Creo que no te vendría mal —replicó Baran, riendo incluso más que ella—. Ven acá. —Se golpeó la pierna—. Estoy viendo cómo trabaja tu cerebro. Seguro quieres conocer todos los subterfugios utilizables para proteger a Thomas en caso de que llegue la oportunidad.

—Creo que me conoces mejor de lo que quisiera. —Francisca se sentó en su pierna nuevamente—. ¿Cómo puedo ser misteriosa así?

—De muchas maneras, *lyubov*, ya se te ocurrirá alguna. Ahora, veamos el reglamento. El de verdad —dijo, tratando de mantener su semblante serio ante la sonrisa traviesa de Francisca.

Por casi media hora vieron cada artículo del reglamento que hablaba de la expulsión, los atenuantes y los agravantes. Francisca preguntaba, Baran respondía, y prepararon un plan para protegerla y a sus amigos. No era un buen plan, pero era lo mejor que pudieron conseguir.

Después Francisca siguió ordenando documentos hasta que llegó a una carpeta muy gruesa. Estaba en inglés, pero ella no tuvo problema para entender de qué se trataba. Sí le impactó saber que era una propuesta de trabajo para Baran. En Estados Unidos.

—Baran, ¿qué es esto?

—Una propuesta de trabajo —respondió Baran con obviedad.

—Eso lo entendí, también hablo inglés para que sepas —dijo Francisca—. A lo que me refería era, ¿una propuesta de trabajo? ¿En Estados Unidos? ¿Y qué pasa con la academia?

—Me gusta hacer clases —explicó recostándose en la silla—, especialmente cuando tengo alumnos como los cuatro fantásticos. Dumbo, que se llama Marco Gaccioni, y un par más del primero, que resultaron ser muy buenos. Pero los imbéciles del directorio me tienen hartos con sus exigencias absurdas y principalmente con la escasa libertad creativa y organizacional que tengo. Lo que más me molesta es que tengo que expulsar a buenos bailarines por nimiedades y no puedo hacerlo con un imbécil que no vale la pena, como Jouvett, solo porque sí.

—¿Quién?

—Cuervo. Se llama Herve Jouvett.

—Pero, bueno, señor director, y yo pensando que no se tomaba la molestia de aprenderse los nombres —dijo Francisca, burlándose de él.

—Por mucho que lo intento, termino aprendiéndolos. Los profesores tienen la mala costumbre de hablarme de los alumnos con sus nombres reales.

—¡Pero qué montón de imbéciles! —exclamó Francisca.

—No te burles, Soublette la perfecta, que tienes muchos apodosos incluso con los profesores.

—¿Ah, sí?

—Sí. La Chilanita es el más popular, ya que nadie se acuerda de haber tenido alguna otra alumna de tu país. Soublette la perfecta, claro. Y tantos otros que no vale la pena seguir.

Algún rato después, Francisca seguía ordenando papeles. Para su sorpresa, se encontró con otras tres propuestas de trabajo para Baran. Dos más de Estados Unidos y una de Alemania, de la que pudo entender apenas algunas cosas.

—Baran, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro, Fran, ¿dime? —respondió Baran, dejando una vez más su trabajo en el computador.

—¿Vas a dejar la academia por alguna de estas propuestas?

—No al menos hasta que termine este año —dijo Baran considerando su

pregunta—. Aunque podría rescindir el contrato en cualquier momento, no me gusta dejar el año escolar a medias.

—¿Pero realmente te interesa ir a alguno de estos lugares? ¿Por qué? —preguntó cuando Baran asintió en silencio—. ¿Fama? ¿Fortuna?

—Hacer lo mejor que puedo con lo que me tocó, Franny —respondió después de considerarlo mucho—. No por el dinero, en realidad. Acá gano un buen sueldo y tengo otros ingresos por las coreografías que vendo a algunos *ballets* en Europa y América. Tengo un departamento y algunas inversiones que Irina me dejó, más otras que he hecho yo. No tengo grandes gastos, lo del departamento lo paga Malik porque yo no le cobro arriendo ni nada. También compra la comida y la prepara, aunque a mí no me gusta eso, por lo que también voy al supermercado. Pero...

—¿Pero? —preguntó Francisca cuando se hizo claro que Baran no seguiría porque estaba perdido en sus pensamientos.

—Siempre pensé que iba a terminar dirigiendo un *ballet* y preparando bailarines. Solo que creía que sería unos veinte años después —dijo él, pausadamente, como aún pensando lo que decía—. Una vez me dijiste que al menos una cosa que emprendiera debería resultarme. Y esto es lo que va a ser. No es lo que yo quiero, no lo que yo querría, pero...

—Necesitas estar relacionado con el *ballet* de alguna manera. Y ya que no puede ser bailando, enseñando, creando y dirigiendo es una buena alternativa —concluyó Francisca.

—Algo así. Francamente, no me molestaría seguir enseñando en alguna universidad u otra academia, pero acá ya no quiero seguir. No por mucho, al menos. No si no me dejan hacer lo que yo quiero y tengo que seguir ciñéndome a normas absurdas y arcaicas.

—No sé si te sirve de consuelo, pero eres un excelente profesor. Siento que he avanzado mucho contigo. En este año y algo, he aprendido contigo más que con ningún profesor en los veinte años anteriores —concluyó sonriendo.

—Estar contigo... —Carraspeó—. Trabajar con bailarines tan talentosos

como tú es lo que le volvió a dar sentido a mi vida. Después de la muerte de Irina...

—¿Cómo murió ella? Hablan de un tío tuyo que tuvo SIDA.

—Por supuesto, como ella era lo que era, hay rumores, pero fue cáncer de estómago. Irina bromeaba con eso, solía decir que en realidad era cáncer de útero, pero que se le había pasado al estómago muy rápido y nadie pudo descubrir la verdad.

—Me habría encantado conocer a Irina.

—Y a Irina le habría encantado conocerte. —Baran se sentó a su lado en el suelo.

—Lo sé. —Sonrió ella con insuficiente modestia—. Lo dijo *madame* Babineux.

—Por cierto, ¿te agradecí alguna vez por la manera que defendiste a Nicky? —preguntó Baran, enredando los dedos en el cabello que acababa de soltar de sus amarras.

—No —susurró Francisca bajo su boca—, pero no hay nada que agradecer.

—Claro que sí... así.

Alejándola de los documentos, la posó sobre el piso, no con fuerza, apuro y brutalidad como antes, sino que con delicadeza y reverencia.

En sus brazos, Francisca explotó a una nueva dimensión de luz y calor.

## CAPÍTULO QUINCE

Nunca el viernes le pareció más largo a Francisca. El gimnasio, una tortura; las clases teóricas, excesivas; el almuerzo, innecesario. Incluso las prácticas de la tarde, cuando descubrió lo bien que *madame* Bourdeu bailaba la cueca, se le antojaron eternas y espantosas.

Después fueron a estudiar en el departamento de los Van der Meer. Ya habían pasado por la extraña experiencia de desearles las buenas noches a Teresa y Thomas y verlos desaparecer en la misma habitación. Pero fue una experiencia iluminadora para Francisca, ya que al día siguiente le tocaría estar al otro lado. Lo peor, serían solo amigos de Baran quienes los despidieran.

Poco después del almuerzo del sábado habían terminado todos los trabajos que tenían que hacer en conjunto y Francisca dijo estar muy cansada y necesitar retirarse a la soledad de su departamento para el resto del fin de semana.

Unas horas después, nerviosa, devolvió la mirada al vecino de Baran y Malik, que la miró con gran extrañeza. «A saber qué pensará», se dijo Francisca cuando golpeó la puerta y escuchó los pasos firmes de Baran en el interior del departamento.

—Hola, Fran. —El ruso se inclinó para besarla, provocando un curioso ruido en el vecino metiche—. Sí, imbécil, no soy gay —agregó Baran después de cerrar la puerta—. Luc acaba de descubrir el misterio que lo ha obsesionado por años —anunció a Malik, que estaba en la cocina junto con Pietro—, al menos en lo que a mí respecta.

—Ah... el buen y viejo Luc desesperado por saber qué somos nosotros —dijo Malik—. Buenas tardes, Francisca, me alegro de que estés acá. Dame un minuto y te saludo como corresponde.

—Yo no necesito ningún minuto —anunció Pietro, dejó de lado el cuchillo

con el que trabajaba y se acercó a la muchacha—. *Buona sera, cara Francesca. Come stai?*

—*Sto bene, maestro, grazie. E voi?* —respondió Francisca, recibiendo un beso en cada mejilla por parte del italiano.

—*Bene, bene, felici di avervi qui. E la prego di dirmi Pietro* —replicó él, sonriendo en consonancia con la felicidad que decía sentir.

—*Pietro allora, ma solo qui, in accademia dovrebbe rimanere il maestro Colantoni* —dijo Francisca devolviendo la franca sonrisa del hombre.

—¿Se puede saber qué mierda es esto? —exclamó Baran acercándose a ellos con el ceño fruncido—. ¿Desde cuándo hablas italiano tú?

—Bueno, Baran, no puedes saber todo en mi vida, ¿o sí? —dijo Francisca mirándolo con su inocencia fingida que provocó las enormes risotadas de Pietro y las no menos divertidas carcajadas de Malik, que aumentaban al ver el ceño aún más pronunciado de Baran.

—Una explicación. Ahora —exigió Baran. Ella lo miró, pasó por su lado y se sentó en el sofá.

—Estoy agotada y hambrienta. Eso huele muy bien. ¿Qué es? —comentó, mirando a Malik.

—Ahora, Francisca, quiero una explicación ahora —dijo Baran con el acento tan cerrado que Francisca no entendió las palabras, pero sí lo que quería decir.

—Que el Cielo me proteja. —Las palabras de la muchacha provocaron una nueva risotada de los hombres. Excepto, claro, de Baran—. A los doce años, Isabel descubrió los Ferrari. Mi hermana adora los autos —agregó en beneficio de Malik y Pietro—. Un año después hablaba un italiano básico y muy malo. Así que le pidió a papá que le pagara un curso. Yo no quería, pero me obligaron a acompañarla. Soporté un año, así que no me pidan mucho.

—¿Cuántos idiomas hablas entonces? —preguntó Malik atentamente.

—Bien, tres: español, francés e inglés. Mi italiano no es tan bueno como quisiera y mi alemán es malo, malo. Solo lo suficiente para no morirme de

hambre si algún día viajo a Alemania.

—¿Ruso? —preguntó Pietro.

—Bajo ningún aspecto. —Francisca rio con el italiano.

—Es horroroso, ¿no? —dijo Pietro—. Nada tan bello como el idioma de mis antepasados.

—Pero tú... —empezó a decir Francisca, siendo bruscamente interrumpida por Malik.

—Pietro, ¿quieres hacer el favor de dejar de ensuciarme el piso recién encerado! —exigió al ver las gotas de jugo de tomates que corría por sus dedos.

—Habló la señora de la casa —dijo Pietro, burlón, a la vez que caminaba de vuelta a la cocina y terminaba de preparar la ensalada.

—De acuerdo. Solo falta la ensalada que está preparando la nenita de papá y esperar que se termine de cocer la carne en el horno y cenaremos —explicó Malik al sentarse en el sillón frente a Francisca—. Baran, haznos el favor de sentarte tranquilo.

—¡Estoy tranquilo! —gritó, aún más molesto con las risas compartidas de Francisca y los dos hombres. Agregó unas cuantas palabras en ruso, se dio la vuelta y salió a la terraza.

—Eso sonó feo —dijo Francisca.

—Estoy acostumbrado que me mande a la mierda, y tú también —explicó Malik con un gesto sereno—, o no habría sobrevivido los últimos años y tú no serías la mejor alumna de su promoción.

—Entrenador...

—Malik, por favor —pidió el senegalés—. Vamos a hacer el mismo trato que hiciste con Pietro. En la academia seré el entrenador y tú la alumna. Acá soy solo Malik, el amigo de tu amigo.

—Vale —dijo Francisca sonriendo.

Estuvieron conversando un rato, junto con Pietro, aunque de Baran no se veía ni la sombra. Los tres contaban cosas de sus vidas, conociéndose como



cualquier nuevo amigo. Francisca se sentía muy cómoda con ellos, lo único que le molestaba era la ausencia del ruso. Se suponía que venía a pasar la tarde con él y sus amigos. Pietro lo notó y le dijo que no se preocupara, que cuando se le pasara el enojo volvería a entrar. Malik estuvo de acuerdo y siguieron conversando los tres hasta que Malik notó que a Francisca le faltaba cierta información vital respecto de su persona.

—¿No te ha contado Baran cómo nos conocimos? —preguntó.

—Me dijo que él te había salvado a ti, tanto como tú lo salvaste a él, y me dio a entender que había sido cuando él tuvo el accidente en la Ópera, cuando descubrieron su enfermedad, que ambos se recuperaron juntos de sus accidentes.

—¡Baran, ven aquí inmediatamente y deja de comportarte como un imbécil!

—¿Qué? —gruñó Baran cuando entraba al departamento.

—¿Me quieres explicar por qué Francisca piensa que yo te salvé a ti? —pidió Malik mirándolo.

—Porque así fue, si no...

—Algún día, voy a entender por qué tienes tan bajo concepto de ti mismo y por qué tiendes a menospreciar lo que has hecho por mí.

—No es que yo...

—Primero, Francisca —siguió Malik, sin permitir que Baran se explicara—, tienes que entender que la vida de este idiota ha sido facilísima al lado de la mía.

Después le contó detalles de su vida como huérfano, del hombre que lo acogió y lo convirtió en una máquina de matar humana, de cómo llegó a Francia y que el accidente había sido una borrachera infernal y eterna y una paliza de muerte hasta la intervención de Irina. Como Baran lo fastidiaba hablándole en ruso, de los francos que le dio para emborracharse hasta morir o ir a un médico y sanarse, dejándole claro que si su decisión era sanarse, siempre tendría un lugar con ellos.

Con lágrimas anegando sus ojos, Francisca escuchó al senegalés hablar del desprecio por sí mismo y lo duro que le había resultado sanarse. Agregó que si había decidido intentarlo era porque quería aprender a hablar ruso para que Baran no siguiera molestándolo, ya que tenía la costumbre de hablar en su idioma cuando no quería que lo entendieran. Ella, que ya sabía eso, asintió vigorosamente.

Terminó contándole que una vez en el camino, pudo terminar sus estudios y descubrir que no era un asesino, sino un sanador y un deportista. Baran intentaba continuamente interrumpir a Malik, pero ninguno lo tomaba en cuenta, hasta que el senegalés le contó que pudo devolverle la mano a Baran acompañándolo a Alemania y obligándolo a seguir el tratamiento y que después que volvieran a París, habían estado con Irina los últimos meses de vida.

—Ahí viene la parte cuando yo los rescaté a los dos —intervino Pietro.

—Esta *signorina* no podría salvar ni un naufragio en una bañera —dijo Malik riendo—. Solo tuvo una buena idea y más estómago que nosotros. Que yo me viniera a vivir aquí después de que se deshiciera de las cosas de Irina.

—Conservé las joyas, eso sí —agregó Pietro—. Iri tenía un excelente gusto. Claro que Baran las tiene guardadas en el banco, en una caja de seguridad, no es justo que no puedan ver la luz del sol. Rematé sus vestidos y donamos todo a la causa favorita de Iri, ayudar con la transición de hombres y mujeres que nacieron con el cuerpo equivocado.

—Estaba pensando si no sería conveniente hacer lo mismo con las joyas —dijo Baran con un tono plano—. No tiene propósito que estén ahí, juntando polvo. Y Nicky me decía que hay varios miembros de su grupo de apoyo que están listos para las cirugías, pero no tienen los medios.

—Eso sería maravilloso. —Francisca apretó la mano del ruso, con un dulce y lacrimoso gesto en su rostro—. Aunque no conocí nada a Irina, estoy segura de que a ella le encantaría saber que sus joyas sirven para hacer feliz a muchas personas.

—Y yo estoy de acuerdo con Nicolle: Irina habría adorado a Francesca —

dijo Pietro feliz.

—¿Te puedes encargar? —pidió Baran a Pietro después de besar los dedos de Francisca.

—Dalo por hecho.

Cuando sonó la alarma del horno, Malik fue a ver la carne y determinó que estaba lista. Pietro ya había preparado la mesa, arreglo floral incluido, y los invitó a pasar antes de ir a ayudar a su amigo en la cocina.

Vino y risas, comida y bromas, más historias y mucho compañerismo. Todos esos fueron los elementos de la cena. Francisca no sabía qué le extrañaba más, si estar a la mesa con tres autoridades de la academia o descubrir que ellos, al igual que el Quinteto, bromeaban por cosas importantes y discutían por cosas tontas.

Cuando terminaron de cenar, volvieron a la sala de estar. Francisca pidió su mochila, que Baran había llevado a su dormitorio, y sacó un par de discos con presentaciones de grupos folclóricos chilenos y vieron los fundamentos de la cueca.

Pietro quiso inmediatamente algunas partituras de las canciones que escuchaban y Francisca prometió conseguir algunas y pasárselas. Malik miraba impasible a Baran mientras él observaba atentamente a los bailarines en la pantalla, mentalmente aprendiendo los pasos hasta que se creyó capacitado para practicar un poco con Francisca.

No le salió bien ni a la primera ni a la segunda, pero en la tercera vuelta ya había cogido el ritmo y las figuras básicas. Un par de canciones más y se aventuró con el zapateado final. Francisca se rio cuando dejó caer el pañuelo y él se lo tomó como una afrenta personal. La muchacha se mordió los labios al ver la concentración en su rostro, decidido a bailar la cueca perfectamente.

Una hora después, descansaba orgulloso y feliz con Francisca cómodamente sentada a su lado.

—Te dije que lo lograría —le dijo, ganándose un beso en la frente.

—Eres un poco pretencioso, ¿lo sabías? —replicó Francisca, risueña.

—¿Solo un poco? —preguntó Pietro riendo—. Si buscas en un diccionario de ruso la palabra pretencioso te va a salir *Baran* y una foto de éste con el ceño fruncido.

—Y si buscas en un diccionario de italiano la palabra metiche, te va a salir *Pietro* y una foto de esta nenaza. —Baran rodeó la cintura de Francisca para tirarla más cerca de él.

—Pues no —intervino Francisca—, va a salir...

—No me importa —dijo Baran mirándola serio.

—Señor director. —Francisca se puso de pie para hacer una reverencia. Para su sorpresa, Malik y Pietro se miraron y se rieron—. ¿Qué? —preguntó mirándolos ceñuda, en un gesto tan parecido al que tenía Baran, que solo provocó más risas.

—Nada, Fran, no los escuches, son un par de idiotas.

—Oh, Baran, no cambies nunca, por favor —pidió Pietro, que se rio aún más fuerte y se bebió el contenido de su copa de vino de una vez—. Me haces *mucho reír*.

—¿Eso quiere decir que siempre se han reído de mí cuando te digo «señor director»? —preguntó Francisca dejando a Baran tirarla hasta que se sentó en sus piernas.

—No es de las palabras de lo que nos reímos —aclaró Pietro—, es de...

—Cállate, Pietro —dijo Baran amenazante. Es decir, cualquier alumno se pondría a temblar si el director lo mirara así, pero no su amigo.

—La reverencia —Pietro continuó, sin escucharlo, volviendo a llenar su copa.

—Porque pensar en este idiota como alguien de la nobleza nos causa gracia —dijo Malik mirando a Pietro, pidiéndole en silencio que no dijera nada más.

—Oh, claro, claro —Pietro bebió de su copa, ocultándose de Francisca.

—No es eso. —Francisca miró a los tres hombres de uno en uno. El pétreo rostro de Baran le confirmó que no era eso a lo que se refería Pietro. Miró a

Malik, quien evadió a su inquisidora, girando finalmente hacia la más probable fuente de información—. No es eso —repitió Francisca mirando a Pietro dulce e inocente, llamándolo a hacer confidencias—. Vamos, Pietro, yo sé que te mueres por decirlo. *Dai, Pietro* —agregó suavemente cuando él tomaba un trago de vino.

—Fran —dijo Baran, advirtiéndole que no continuara, pero Francisca no lo escuchó, sino que miraba atenta y amistosa al italiano.

—Lo que pasa... —empezó a decir él, pero fue interrumpido por dos aireados «Pietro» que, sin embargo, no tomó en cuenta— es que cuando haces esa reverencia, especialmente cuando te inclinas, Baran quisiera que siguieras un poco más abajo y...

—¡BASTA! —gritó Baran.

—¿Y qué? —preguntó Francisca—. No me puedes dejar así...

—Fran. —Baran hablaba entre dientes, evidentemente tratando de controlar su furia.

—Pero quiero saber por qué se ríen —dijo Francisca girando hacia él. De pronto, al notar el rojo oscuro de su piel sobre las mejillas, la muchacha supo a qué se refería Pietro con «seguir un poco más abajo»—. ¡Dios Santo! —exclamó tapándose la cara con las manos, roja de vergüenza. Trató de ponerse de pie, pero la firme mano en la cintura no la dejó, todo lo contrario, la tiró hasta que ella se apoyó en su pecho y buscó refugio en su cuello.

—Te dije que no siguieras por ahí, Fran —susurró Baran en su oído—. ¿Qué tengo que hacer para que entiendas?

Francisca no pudo salir de su refugio en mucho, mucho rato. La conversación había desviado a otros temas y los hombres hablaban de las próximas vacaciones de Navidad, que pasarían naturalmente en Italia, con la familia de Pietro.

—¿Tú vas a Chile, Francisca? —preguntó Malik a la muchacha que ya seguía atentamente la conversación.

—Sí, claro —confirmó Francisca—. Papá no me perdona si no voy. Es su festividad favorita.

—Bien, entonces trata de llegar a la academia antes de las siete el primer lunes, para poder evaluarte antes que la enfermera —indicó Malik—. Así, cualquier problema, estaremos preparados.

—Te lo agradezco —dijo Francisca—, pero por muy mala Navidad que tenga Adriana, no pienso dejar que me cebe. Y al contrario que el año pasado, voy a seguir con el horario francés, no el chileno. Así lo hice para las vacaciones de primavera y verano.

Y siguieron conversando por unos minutos hasta que Pietro casi deja caer la copa.

—Creo que ya fue mucho —dijo el italiano—, me estoy cayendo de sueño. A pesar de que me levanté tarde, sigo cansado después de la presentación de anoche. Me voy. *Ciao, Francesca*, Baran.

—Sí. —Malik lo acompañó hasta la puerta—. Yo también estoy cansado y mañana participo en una carrera —explicó antes de meterse a su dormitorio.

—¿Nos acostamos nosotros también? —le preguntó Baran a Francisca.

—Pero primero quisiera ducharme.

—Claro, anda al baño, yo te llevo una toalla.

Cuando salió de la ducha, Baran la esperaba con una toalla y una bata pequeña y rosada. Lo miró interrogante, pero él solo encogió los hombros y la ayudó a envolverse en la prenda antes de entrar él mismo a la ducha.

Mirando por la ventana, Francisca escuchó la puerta del baño y sintió un revoloteo en el estómago. Firmemente, decidida a ejecutar su plan, se acercó a la cama. Tal como esperaba, Baran salió del baño completamente desnudo.

—¿Qué haces? —preguntó al detenerse a su lado.

—Te espero —dijo Francisca, llevando su mano al nudo de la bata.

—Pensé que ya estarías acostada... esperándome, claro —agregó mirando atento el movimiento de las manos de Francisca, que deslizaban la bata por los hombros para revelar su cuerpo—. Si estás tratando de seducirme, ya lo conseguiste.

—Señor director —Francisca se inclinó más de lo habitual.

Después, lo empujó con una mano sobre su pecho hasta obligarlo a sentarse en el borde de la cama. Usando sus piernas de apoyo, porque temblaba interiormente, se inclinó hasta arrodillarse.

—No es necesario —dijo Baran con voz gutural.

—Lo sé. —Francisca sonrió, con los ojos fijos en él—. Y que digas que no es necesario, en realidad lo hace imprescindible para mí.

—Fran, no. —Baran apoyó una mano en el hombro femenino, intentado mantenerla apartada.

—Shhh —susurró Francisca. Cubrió los labios del hombre con sus dedos, luego reemplazó los dedos con sus labios—. Tranquilo, seré gentil.

Acarició su firme mandíbula con la punta de los dedos, rozando apenas la naciente barba con sus uñas. Baran deslizó su lengua, buscando el calor del interior de la boca femenina, arrasando con ella, ejecutando una sensual danza de alientos. Francisca se alejó con un gemido suave, aprovechando el descuido momentáneo de Baran, se impulsó entre sus piernas, hasta sentir el miembro endurecido sobre sus pechos.

Lo tomó con las manos, acariciándolo gentilmente, deslizándolo entre sus dedos. No sabía muy bien cómo lo haría. En realidad no tenía ninguna idea, solo seguiría su instinto y rezaría por hacerlo bien. Y si no, Baran tendría que enseñarle. Era, después de todo, un excelente profesor.

Con los ojos aún fijos el uno en la otra, Francisca bajó la cabeza hasta rozar la punta del miembro con la boca. La lamió un par de veces y supo que no lo llevaba tan mal al escuchar la respiración entrecortada de Baran. Sin detenerse a pensar, bajó por el tronco depositando pequeños besos y luego volvió a subir, recorriéndolo con la lengua mientras lo sostenía firmemente con la mano. De pronto, se encontró tomándolo dentro de su boca.

No sabía cómo había llegado ahí, no había tomado una decisión consciente, pero ya puesta, se aplicó con esmero, dada la larga retahíla de lo que parecían palabrotas en ruso dichas con voz gutural en medio de gruñidos y resoplidos evidentemente placenteros y la mano que ya no intentaba alejarla, sino todo lo contrario, la empujaba para que siguiera bajando por la

columna de dura carne.

Francisca no necesitaba el incentivo, pero extrañó la calidez de la mano en su nuca cuando Baran la retiró. Apenas pudo sonreír antes de continuar su labor frente a la imagen que el ruso daba.

Recostado en la cama, su cuerpo grande y tenso, cada músculo abdominal perfectamente delineado, sus manos apretadas, la respiración superficial.

Francisca lo tomaba profundamente dentro de su boca para deslizarlo fuera una y otra vez. En determinado momento, se entretuvo jugueteando con la lengua sobre la punta hasta capturar totalmente el extremo. Ayudándose con ambas manos para acariciarlo, con la boca lo chupaba suavemente primero, con más fuerza después al notar el movimiento compulsivo de sus caderas.

—Ya basta, Fran —dijo Baran con voz gruesa, con el acento casi totalmente cerrado. La mano en el hombro la obligó a levantarse.

—¿No te gusta? —preguntó Francisca preocupada. Pensaba que lo estaba haciendo tan bien.

—Claro que me gusta, Fran. Me gusta tanto que si sigues voy a pasar una vergüenza horrible.

—¿O sea que soy buena en esto? —preguntó Francisca sonriendo, orgullosa de ella.

—Soubllette la Perfecta ataca de nuevo —respondió Baran ayudándola a subir a la cama, acomodándose ambos a lo largo de ella, con la muchacha de espalda apoyada en las almohadas y él de costado, parcialmente sobre ella.

La besó dulcemente, paseando sus dedos por la perfecta piel que cubría la estrecha cintura. Subió hasta alcanzar un pecho, masajeó el pezón deteniéndose solo cuando estaba duro, alzándose contra la noche, buscando más caricias, y lo complació con su lengua y su boca mientras la mano buscaba una nueva víctima, rodeando las caderas y posándose firmemente sobre una nalga para atraerla hacia él. Después de apenas un par de minutos de recibir sus caricias, Francisca se retorció en sus brazos, elevando las caderas, tratando de rodearlo con una pierna.



—Baran —murmuró con un quejido—, por favor, ahora. Baran.

—Si le dijera a alguien en la academia —dijo Baran cuando Francisca lo acunaba tan dulcemente entre sus piernas— que eres tan impaciente —con un firme movimiento la penetró—, no me creerían.

—Si le dijeras a al... alguien en la academia —replicó la muchacha entrecortadamente, recibiendo uno a uno los embates de su miembro en el interior del cuerpo— cómo sabes que soy tan impaciente... ahhh, así... así me gusta... —Él la había tomado por las nalgas y la había levantado creando un ángulo preciso para entrar una y otra vez en ella sin interrupciones—. Si se supiera, dejaría de ser Soubllette la Perfecta... mmmmm... y sería Soubllette la Masoquista... la Atribulada... la... ahhhh...

—Fran, cállate —dijo Baran, arrodillándose delante de ella, acomodándola nuevamente, levantándola por el trasero para alinear sus cuerpos.

La muchacha apenas rozaba el colchón con sus hombros, las manos en sus caderas la mantenían alzada y casi inmóvil, y fue la oportunidad de Baran de descubrir el magnífico espectáculo del cuerpo femenino contorsionándose bajo su posesión. Podría componer el *ballet* más sublime con los suaves y ásperos gemidos que salían de la garganta femenina.

Después del maravilloso regalo que ella le había dado, después de complacerlo tan magnífica y desinteresadamente, después de estar encerrado en su boca, con el cálido aliento rozando su piel, Baran no creía ser capaz de aguantar mucho más antes de que la acuciante necesidad de derramarse dentro de ella lo reclamara.

Cerró los ojos, de lo contrario no alcanzaría a complacerla, y si había algo que necesitaba más que su propia liberación era la de ella. Cogió un ritmo que la hizo gemir aún más rápido y fuerte, con un pequeño chillido acompañando la primera contracción en torno a su masculinidad.

Volvió a abrir los ojos para ver que una ola de placer inundaba el cuerpo de Francisca, tensándola tanto que parecía mantenerse en el aire solo con el apoyo de sus manos, y luego liberándola con un raudo estremecimiento. Una respiración más tarde, él la acompañaba en su descenso, que acabó con

ambos desarmados sobre el colchón.

—Tengo otro sobrenombre para mí —dijo Francisca con un grave murmullo, amortiguado en el hombro de Baran.

—¿Cuál? —preguntó él, enterrando la cara en su cuello, besando la piel que sabía a miel, probablemente del jabón, un sutil aroma floral, que era de tan propio de Francisca y a él mismo, que de a poco iba impregnándose en la mujer.

—Soubllette la Satisfecha.

—Me gusta ese —replicó Baran sonriente, arrastrándola con él para dormir abrazados.

Cuando se levantaron a tomar el desayuno, Malik se aprestaba para salir a correr. Francisca se despidió de él sabiendo que la próxima vez que lo viera sería el entrenador Malik, su profesor, pero le parecía natural tener esa doble relación con él, lo mismo que con Pietro.

Por supuesto, la doble vida que había llevado desde el comienzo de ese año, siendo amiga y luego amante de Baran durante la noche, y teniendo que lidiar con el «señor director» durante el día habían servido de entrenamiento.

—¿Qué? —preguntó Baran, bajando su taza de café.

—Nada, señor director —dijo Francisca profundizando la sonrisa.

—Eres una descarada, una boca y una lengua larga... Por suerte, tengo la solución para eso.

—Lo sé.

\*\*\*

Con manifiesta molestia, Baran dejó que Francisca se fuera a su casa un par de horas después del desayuno. Francisca sonrió mientras preparaba un trabajo de anatomía. Sonreía porque Baran le había enseñado más de ese tema que todos sus profesores juntos. Claro que nunca había tenido clases prácticas.

La tarde del domingo resultó ser muy productiva. Francisca terminó los trabajos individuales que tenía pendientes y avanzó en sus estudios.

El lunes en la mañana intercambió un formal saludo con Malik, intentó averiguar cómo le había ido en la carrera, pero no pudo. Después del almuerzo, recibió una discreta sonrisa de Pietro antes que Baran empezara a gritar.

Después de esa dura clase, le quedó claro a todos los alumnos del segundo año que a partir de esa semana trabajarían más de lo que lo hicieran en la vida, para preparar el mejor concierto de Navidad que la academia viera en sus casi cien años de vida.

Los alumnos del primero, que estaban en exámenes en esos días, se integrarían a partir de la siguiente semana. Tal como descubrieron un mes atrás, mientras el primer año tenía una rutina casi estricta de teoría-exámenes, el segundo era una mezcla imprecisa de teoría, exámenes, investigaciones, reportes y presentaciones. Lo único que se cumplía por calendario eran las evaluaciones médicas mensuales, que vendrían el siguiente lunes para el segundo año.

Francisca agradeció haber terminado todos sus trabajos y presentaciones el domingo, de esa manera, podría concentrarse en preparar su solo de Navidad con Baran en las tardes.

—Yo pensé que iríamos a tu casa hoy —dijo Baran a modo de saludo al llegar a la sala de ensayo poco después de las siete de la tarde. Evidentemente iba preparado, ya que un bolso y no la radio colgaba de su mano.

—Yo pensé que íbamos a trabajar en mí solo esta semana —respondió Francisca después de recibir su beso—. Además, por mucho que lo desee, hoy no puedo invitarte a mi casa.

—¿Por qué? —preguntó Baran frunciendo el ceño—. No me gusta eso.

—Baran, no puedo. —Lo miró atentamente, tratando de transmitir un mensaje sin palabras.

—¿Por qué no...? Ahhhh... —El curioso gesto, nunca antes visto, gobernó inmediatamente sus facciones. Era una mezcla extraña de alivio,

preocupación, ternura y sosiego—. De acuerdo. ¿Necesitas algo? Ya sabes, cosas femeninas.

—No. —Francisca rio—. Es increíble que un hombre adulto no pueda decir toallas higiénicas.

—Yo me refería a pastillas en todo caso —explicó Baran con un pálido rosa en sus mejillas.

—Todo cubierto, no te preocupes. Ese es mi trabajo. El tuyo es opinar. Y traer la radio. Voy a tener que castigarte por este olvido.

—Mucho trabajo y nada de entretención ya es un castigo —dijo Baran—. Vengo enseguida.

Los días se sucedieron tan rápidamente que Francisca no supo muy bien como terminó, el viernes al medio día, viendo como Paulo Baptista, un compañero de origen brasileño, presentaba un cuadro de capoeira en clase de Desarrollo habiendo presentado previamente una samba.

Mientras arreglaba rápidamente su escenario, vio como Pietro le decía algo a Baran y éste asentía. Que se traían esos dos entre manos, no estaba segura, pero más le valía a Baran no echarse para atrás con el prometido pie de cueca. John estaba muy nervioso, pensando que si el poco elaborado plan de Francisca fallaba, él tendría que bailar.

La idea era que bailarían con Thomas y después explicaría la tradición de invitar gente del público para que acompañara a los bailarines. *Madame Bourdeu* estaba de acuerdo en *ofrecerse*. John seguía nervioso, pero Francisca hacía lo posible por tranquilizarlo, diciéndole que tal vez alguien más supiera y se ofreciera.

Así que ahí estaba, con los últimos compases de la primera cueca, con Thomas ofreciéndole su brazo para saludar al público con una pequeña reverencia.

—Muchas gracias —dijo Francisca después de que muriera el aplauso que recibieron—. Como se dice en mi país: no hay primera sin segunda. —Sonrió con intención y se ganó una carcajada de varios de los presentes, especialmente de Pietro, que ese día andaba de un ánimo de lo más festivo y

bromista—. Los dejo con la libertad de pensar en cualquier cosa que quieran repetir, pero cuando hablamos de la cueca, se refiere a que no se puede bailar una sola vuelta, una *patita* como decimos nosotros. Como mínimo deben ser dos, tres es lo ideal. Otra tradición es invitar a participar a miembros del público, especialmente a las autoridades, para mayor horror de los que tenemos que ver cómo asesinan nuestro baile patrio. A pesar de eso, o tal vez por eso mismo, quiero hacer extensiva esta invitación a ustedes, tal vez tengamos algún valiente entre nosotros.

—Nada me gustaría más —dijo *monsieur* Aubridot—, pero como dice nuestro director, yo nací con dos pies izquierdos.

—Si a Van no le molesta —intervino *madame* Bourdeu—, a mí me encantaría intentarlo.

—No me molesta. —Thomas se acercó a ella, galantemente le ofreció su brazo para guiarla hasta el costado izquierdo del escenario y, antes de retirarse a su lado, le entregó un pequeño y coqueto pañuelo que llevaba en su bolsillo.

—Perfecto —dijo Francisca con una sonrisa—, alguno de los caballeros va a tener que acompañarme. Las mujeres no podemos bailar la cueca solas.

—¿Los hombres sí? —preguntó Herr Bachmann con curiosidad.

—Normalmente, como homenaje a la bandera —explicó Francisca—. ¿Y bien? —preguntó Francisca mirando a los profesores y otros alumnos, evitando a Baran y sus amigos.

Un carraspeo nada disimulado provino del lado derecho del público, obligando a Francisca a mirar ese lugar. Malik tenía la mirada concentrada en el piso. Pietro seguía carraspeando y apuntaba a Baran con el dedo pulgar. Baran movía la cabeza de derecha a izquierda, mirando a su amigo.

—¿Director? —preguntó Francisca risueña—. No me diga que sabe bailar cueca.

—Si no quiere saberlo, no se lo digo entonces —dijo Baran apretando los dientes, claramente tratando de contener la risa. Al menos, claramente para los que lo conocían bien y sabían que era todo pura pantomima.

—Un ruso bailando cueca —dijo *monsieur* Aubridot—, claro que no me extraña de un hombre tan talentoso como nuestro director. Esto hay que verlo —agregó, animando a Baran.

Francisca sacó el enorme pañuelo blanco que llevaba enganchado de la cinta de seda azul que comprimía su cintura, avanzó hacia el director con un delicado balanceo de las seis capas de polleras de su precioso vestido de pechera blanca con falda y corpiño en distintos tonos café y azul. Le ofreció el pañuelo al director, que la miró renuente a pesar de los codazos que le daba Pietro.

—¡Qué diablos! —gruñó Baran, se puso de pie, tomó el pañuelo que Francisca le entregaba, lo puso sobre su hombro y le ofreció el brazo.

Francisca enganchó su mano sobre el codo de Baran y caminó tranquilamente, sonriéndoles a sus amigos, a los profesores, a los otros alumnos. Baran la dejó en un extremo del escenario, le hizo un gesto de asentimiento y caminó un par de pasos alejándose de ella. Cuando volvió a mirarla, la muchacha tomó el borde de su falda y le hizo una reverencia que ganó una risotada generalizada.

Sonriendo ella misma, comenzó a aplaudir al ritmo de la canción, que John reprodujo, siendo imitada por los otros bailarines y el público. Pietro llevó dos dedos a su boca y silbó como le había enseñado Francisca el sábado en la tarde. Cuando la cantante empezó, cuatro pañuelos volaron sobre la cabeza de sus dueños y cada pareja bailó en sincronía.

Francisca iba a la izquierda, Baran la perseguía. Se alejaba hacia la derecha, él daba un rodeo para volver a pillarla. Ella sonreía coqueta, él la protegía galantemente con su pañuelo. Se separaban, solo para volver a encontrarse en el centro. Daban uno, dos, tres giros, hombro con hombro e iban cada uno de vuelta a su lugar. Hubo un poco de zapateo y con las últimas notas, Baran volvió a ofrecer su brazo para enfrentar al público y recibir el aplauso.

Francisca sonreía feliz por el éxito de su presentación cuando Thomas hizo algo que casi la mató de un paro cardíaco. Se sacó el sombrero de fieltro y se

acercó al director.

—Me rindo ante un talento superior —dijo, entregándole el sombrero para quitarse el poncho.

—Al menos lo reconoce—dijo Baran, que tomó el sombrero, se lo pasó a Francisca para recibir el poncho y acomodarlo. Luego le quitó el sombrero a la muchacha y se lo puso—. Las espuelas, por favor —pidió a continuación, solicitud que Thomas no tardó en concretar—. Me va a pagar esto, Soublette —concluyó amenazante, ofreciendo su brazo nuevamente para comenzar a pasear con la muchacha por el escenario.

—Por supuesto, señor —respondió Francisca sonriendo a pesar de la amenaza.

—No me cree, al parecer. —Dieron la vuelta y siguieron caminando—. La quiero hoy en la Galería, tres de la tarde, voy a revisar su solo. Y —remarcó mucho— el del resto de los cuatro fantásticos también.

—Como diga, señor —dijo Francisca antes de girar para seguir paseando, sin notar las sonrisas mal disimuladas de varios asistentes.

—Además, vamos a ver la coreografía que van a presentar entre los cuatro para el concierto de Navidad. Probablemente estemos hasta media noche practicando —agregó Baran antes de dejarla en un extremo del escenario y dirigirse al otro.

—Qué bueno entonces que no tenemos nada más que hacer —replicó Francisca con un gesto tan inocente que hasta Baran creyó que lo decía de verdad, a pesar de que ellos mismos tenían planes para esa noche.

—Fantástico —dijo Baran y comenzó a aplaudir al ritmo de la música.

—Fantástico. —Francisca sonrió y lo imitó.

En esa ocasión, ninguno se guardó nada. Dejaron sus pies y sus almas en el baile. Baran se lució especialmente al final, con un excepcional zapateo que hizo rodar las espuelas y retumbar el pequeño escenario del salón de disertaciones.

Sin poder evitarlo, ambos hicieron una reverencia ante el atronador

aplauso. Baran se sacó el sombrero y trató de entregárselo a Francisca, pero ella no lo aceptó.

—Para usted —dijo—, con mi mayor agradecimiento, señor director. — Haciendo una breve reverencia, Francisca se alejó, no sin antes darle una miradita a Malik y Pietro, que recibían a su amigo felicitándolo, Malik con su calma habitual y Pietro con su no menos típica efusividad.

Sus propios amigos la recibieron con risas y felicitaciones. Teresa la abrazó e inmediatamente Thomas y John las rodearon a ambas en un apretado círculo.

\*\*\*

Durante el almuerzo, todos escribieron sus ideas para los solos. Los más acabados eran los de Francisca y Thomas. Thomas, incluso, tenía dibujos para reforzar sus ideas. Todos le pidieron ayuda para llegar a la clase del director con algo concreto.

Al llegar a la sala, cuando aún faltaban una media hora para el comienzo de la clase, los recibió el sonido del piano y una grave y bella voz cantando una clásica canción romántica italiana. Pietro, sin ninguna vergüenza, cantaba feliz.

—Buenas tardes, maestro —lo saludó Francisca.

—Ahhh... *cara signorina*. —Pietro sonrió—. *E amici...* quiero agradecerles por el mejor momento que he tenido en años. El director se toma su regia persona demasiado en serio, es bueno que haga el tonto de vez en cuando.

—Maestro —preguntó Thomas—, ¿diría de verdad que vamos a trabajar hasta la media noche?

—Probablemente —dijo el italiano, encogiendo los hombros, mientras comenzaba una nueva melodía—. Es perfectamente capaz de mantenerlos aquí hasta mañana si piensa que es necesario para revalidar su autoridad. Si



resulta bien el ensayo, quizás los deje irse temprano. Así que empiecen a calentar. Les voy a tocar a Händel y le vamos a decir que Brown lo pidió.

—¿Por qué? —preguntó John.

—Le encanta el viejo Georg. Lo pone de buen humor y ustedes necesitan ayuda.

—Muchas gracias —dijo Teresa.

Fueron hasta el fondo de la sala para dejar mochilas y ropa. Juntos se acercaron hasta la barra y comenzaron a calentar.

—Bien, me gusta esto. —La voz de extraño acento acompañaba los pasos del director mucho rato después—. ¿Cuánto llevan calentando, maestro?

—Ni idea, director, interrumpieron mi bella música y me pidieron al testarudo alemán.

—¿Ellos lo pidieron? —preguntó el director haciendo una mueca.

—Brown, director. Dijo que recordaba una pieza muy hermosa que compuso usted el pasado curso, con música de Händel.

—Perfecto. —El director asintió—. ¿Calentaron suficiente? —les preguntó a los alumnos.

—Unos veinte minutos, señor —respondió John.

—Unos veinte más entonces.

Después Baran quiso que practicasen *Malen'kiy* por aproximadamente dos horas. A continuación revisó los solos de los muchachos. Se mostró muy gratamente sorprendido por verlos en papel, no solo como una idea abstracta. Pietro los ayudó a encontrar la música apropiada y antes de las ocho de la noche, todos sonreían por lo bien que iban sus solos.

Baran los despachó y se retiró junto con Pietro. Los muchachos juntaron sus cosas y se fueron en la limosina de Thomas, que los esperaba en la puerta. Cuando Francisca se bajó en la puerta de su casa, esperó que el vehículo se alejara antes de mirar a su alrededor. No había ninguna señal de Baran, que se suponía vendría a pasar la noche con ella.

Pensando en el motivo de su retraso, subió hasta su departamento y abrió.

Inmediatamente se dio cuenta de que no existía ningún retraso. El aroma de la cena llenaba el ambiente, la mesa estaba puesta para dos personas, con velas y flores adornándola. Baran, que aún tenía el pelo húmedo de la ducha, se acercó a Francisca sonriente y la besó en los sorprendidos labios.

—Claudette me dejó entrar —explicó—. La cena es de mi restaurant favorito, ellos arreglaron la mesa, y me tomé la libertad de usar la ducha. Ahora, ve tú rápidamente antes de que se enfríe.

Francisca hizo lo que le indicaban, pero también se esmeró en arreglarse. Se suponía que después de la cena irían a escuchar a la banda de Pietro, por lo que se puso un bonito pantalón, el único par de botas de tacón que tenía y un jersey suelto. Se maquilló y salió del dormitorio.

Baran la ayudó a sentarse a la mesa y le pasó una cajita. Francisca la abrió para encontrarse con un exquisito par de aros. Lo miró y Baran le sonrió, incentivándola a reemplazar sus aros con los que él le entregaba.

—Eran de Irina —dijo Baran—. Son de plata, así que su valor económico no es mucho. Solo el sentimental. Fueron los primeros aros que usó cuando empezó su transformación. Yo ni siquiera sabía que existían aún, los descubrió Pietro junto con algunas otras cosas que no vale la pena vender y que le guardaremos a Svetlana.

—Gracias, son preciosos. Pero pensar en mí como nueva dueña lo es aún más. —Tiró de la camisa del ruso hasta que él llegó a su altura y lo besó.

Cenaron mientras conversaban. Baran le contó detalles de la próxima subasta y Francisca habló sobre las fotos y entrevistas que había encontrado en internet de Irina y de él mismo.

Cuando terminaron, ordenaron el departamento antes de salir tomados de la mano. Aunque estaba helado, era una hermosa noche de invierno sin estrellas, pero con una impresionante luna llena que iluminaba su camino. Como era temprano, optaron por caminar unas cuadras antes de tomar el taxi que los llevaría al bar.

No había ningún cartel que anunciara el local. No había fila para entrar, ya que era una función privada, solo con invitación. Lo único que anunciaba el

club era la presencia de un enorme guardia, que sonrió al reconocer a Baran. Se saludaron en ruso y después cambiaron al francés en deferencia a Francisca.

—Nicky y Mal están en una mesa —dijo el guardia—. Pietro, en el camarín, por supuesto.

—Bien, gracias —respondió Baran.

Puso una mano en la espalda de Francisca y la guió hasta una mesa que estaba a pocos pasos del escenario. Malik y otro hombre se pusieron de pie y saludaron a los recién llegados. Baran le presentó a Jean y Marguerite Chevrier, una pareja que estaría en la mitad de la treintena.

Pidieron un jugo y conversaron un rato. La más feliz era Nicolle, que sonreía como tonta, según sus propias palabras, al ver a Baran con Francisca a su lado.

Todos aplaudieron cuando Pietro y su banda subieron al escenario, y los aplaudieron aún más cuando se bajaron. Sus amigos lo felicitaron y las mujeres lo abrazaron, incluso Francisca, muy tímidamente primero, luego con más confianza cuando él casi la aplastó entre sus brazos. Baran tuvo que rescatarla de una inminente muerte por asfixia.

Fue muy curioso cuando otro hombre, más o menos de la misma edad de Pietro, se le acercó. La emoción que transmitía el rostro del músico era innegable. Malik y Baran se miraron preocupados. El ruso incluso miró beligerante al recién llegado. Francisca le tomó la mano y lo interrogó en silencio. Él le hizo un pequeño gesto indicando que después le explicaría. Y ella se lo exigiría, ya que nunca había visto a Pietro tan apagado, casi fúnebre, como cuando el tipo se fue.

La alegría, no fingida pero sí exagerada, gobernó la mesa por el resto de la velada. Ninguno renegó del desafío lanzado por Nicolle y pidieron una botella de vodka para un juego de preguntas. Marguerite se ofreció como juez, ya que sus tres meses de embarazo le impedían participar.

Francisca también quiso declinar, pero Baran no se lo permitió, inclinándose para susurrar algo en su oído que hizo que la muchacha se

sonrojara intensamente.

—¿Las calorías? —preguntó Malik, burlándose de Francisca, por lo que se sonrojó aún más.

—No —aportó Pietro—, Soublette la Perfecta.

—Los dos beban. —Baran llenó sus vasos inmediatamente.

—Pero tenemos que saber por qué —dijo Malik.

—Por ser un par de idiotas —repuso Baran.

—Sabes que si no se da la respuesta correcta, el desafiado también bebe —indicó Pietro.

—Cómo si tuviera algún problema —respondió Baran, apurando el contenido de su vaso.

—Pero la desafiada era Francisca —dijo Malik impasible.

—Una apuesta por el señor director —Francisca respondió tan tranquila como el senegalés, que tomó su vaso y bebió el contenido completo.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gustas? —Pietro rio y bebió su vodka.

Y así siguieron, bebiendo, riendo y bebiendo más, hasta que los únicos que estaban bien eran Baran y Malik. Francisca solo estaba un poco achispada, pero era la primera oportunidad en su vida que se sentía así.

—Última pregunta —anunció Marguerite, repartiendo lo último de la segunda botella de vodka—. ¿Qué hacen tres franceses, un italiano, un senegalés, un ruso y una chilena en un bar el viernes por la noche?

—Sembrar nuevas amistades —dijo Nicolle con la lengua enredada.

—Ver a mis amigos pasar vergüenza —agregó Malik viendo a Pietro deslizándose por la silla.

—Tomar hasta quedar botados debajo de la mesa. —Francisca también miró a Pietro, pensando que ella misma iba a necesitar la ayuda de Baran para llegar hasta su casa.

—Creo que las tres respuestas son correctas, querida —dijo Jean a su esposa.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Marguerite.

—Tomemos todos. —Pietro trató infructuosamente de alcanzar su vaso.

—¿Por qué si yo supe la respuesta? —reclamó Francisca.

—¿Eres una nena o una mujer? —preguntó Baran muy cerca de su oído. La muchacha lo miró y bebió todo el contenido del vaso de un trago, controlando casi totalmente el temblor que le produjo el elevado nivel etílico —. Esa es mi chica —agregó antes de cubrir sus labios con la boca, conquistándola inmediatamente, con una mano en la nuca para inclinarla.

En esa ocasión, Francisca no pudo evitar el estremecimiento. Levantó una mano y acarició su mejilla, primero tímidamente, luego rodeó sus hombros con un brazo y se pegó aún más a él.

Solo los aplausos, gritos, risas y vítores consiguieron separarlos. Marguerite miraba a Jean con malas intenciones. Nicolle tenía los ojos nublados y brillantes. Los hombres sonreían con sorna.

—Vamos —dijo Baran, poniéndose de pie y abrochando rápidamente su abrigo.

Tomó la chaqueta de Francisca y la ayudó a pasarla por sus brazos a una velocidad que seguramente batiría algún record mundial. Luego tomó su mano y dio unos pasos. De pronto se volvió, sacó un par de billetes de su bolsillo y los tiró a la mesa. Miró a sus amigos y dudó.

—Malik, ¿puedes...?

—No te preocupes —le respondió el aludido.

—Yo lo ayudo —dijo el guardia que los recibiera acercándose a la mesa —. Vete con tu chica.

—Gracias. —Baran volvió a tomar la mano de Francisca y la tiró para que lo siguiera.

Ya en la calle le hizo señas al primer taxi que pasó, ayudó a la muchacha a subirse, se acomodó él y le dio las indicaciones al conductor, cosa que Francisca agradeció enormemente, pues en esos momentos no estaba segura de saber su nombre completo, menos dónde vivía.

Nublada por los besos y caricias de Baran, Francisca ni siquiera notó que ya habían llegado al departamento. Con la misma velocidad y seguridad desplegada en el club, Baran pagó la carrera y la sacó del auto. Le quitó la llave y abrió la puerta del edificio. Poco le faltó para tomarla en brazos y subirla por los cuatro tramos de la escala, pero Francisca estaba más que colaborativa en ese sentido y casi voló hasta la puerta de su departamento.

No se tomaron la molestia de prender la luz. ¿Para qué? Las cortinas descorridas dejaban entrar la luz de la luna que era muy eficiente a la hora de ayudarlos a descubrir su camino y todos los cierres, botones y broches que les impedían llegar a la piel que anhelaban.

Decir que fue una noche de sexo loco era quedarse corto. Francisca, desinhibida por el alcohol e incentivada por los besos en el taxi, saltó sobre el hombre en un ataque sensual pocas veces visto en la historia del mundo. Entre gemidos, besos y exigencias cayeron sobre la cama en un enredo de miembros y sudores, y por las siguientes horas probaron tantas posiciones que Francisca terminó pensando que no le quedaba nada por aprender.

—¿Te rindes? —le preguntó Baran, malicioso, cuando estaba refrescándose la cara en el baño.

Se levantó, lo vio reflejado en el espejo, desnudo y poderoso, y sonrió.

—Si tú puedes, yo puedo —dijo sin apartarse de su mirada fija en ella.

Baran sonrió y un segundo después la arrastraba de nuevo hasta el dormitorio.

Un par de horas más tarde fue Baran quien salió de la cama a la caza de la necesitada hidratación. Volvió con un par de botellas de agua y le entregó una a Francisca. Después de beber, cerró las cortinas para evitar que la naciente luz del día los molestara, luego se acostaron abrazados y se durmieron inmediatamente.

\*\*\*

Francisca no supo qué fue exactamente lo que la despertó, dada la mezcla de malestares que tenía. Gimió y no fue un buen gemido. Baran despertó inmediatamente y se sentó en la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

—¿Por dónde empiezo? —se quejó Francisca—. Mm. duele la cabeza. De hecho, siento que se me va a partir. La espalda me mata. No sé si voy a ser capaz de volver a bailar, ya que me duelen las piernas un horror y otras partes son incluso peor...

—¿Otras partes? —preguntó Baran—. ¿Qué le pasa a tus conocimientos de anatomía?

—Baran, partes, entiéndelo, partes. —Baran se limitó a reír alegremente—. Y tengo tanta hambre que me comería un caballo.

—No más vodka para ti —dijo Baran saliendo de la cama para ir al baño y volver con el botiquín y un vaso con agua—. Eso, *lyubov*, es resaca. Toma, dos aspirinas. Y tienes todo el derecho a estar hambrienta. Son las dos de la tarde, no hemos comido nada en unas dieciséis horas.

A duras penas, Francisca se levantó, se puso una bata y fue a la cocina, donde descubrió, para su entera satisfacción y estupor, que Claudette les había dejado el desayuno y el almuerzo.

Baran sacó del refrigerador más agua, puso la cafetera en la cocina y calentó también los restos de la cena. Se sentaron uno junto al otro y comieron la extraña selección, mezcla de tantas cosas que no se podía definir qué era exactamente.

—Me debes una explicación —pidió Francisca cuando ya comenzaba a sentirse saciada.

—Bueno, eres muy hermosa y yo estaba caliente —dijo Baran encogiendo los hombros.

—No, loco —replicó Francisca riendo—. Además, hace una semana que no...

—Funciona eso de juntar ganas. Y es el efecto que el vodka tiene en un

ruso —agregó Baran.

—No sé cómo es para otras chilenas, pero seguro que es el efecto que el vodka tiene en mí también —afirmó Francisca—. La primera vez que lo bebí fue ese día en tu departamento...

—Y mira qué buenos resultados. —Baran rodeó los hombros de Francisca, que se había apoyado en el respaldo de la silla—. Entonces, ¿cuál es la explicación que te debo?

—Pietro y el tipo ese.

—Maldito bastardo —dijo Baran furioso. Francisca apoyó una mano sobre su pierna para calmarlo—. Si tú piensas que Jouvét es un imbécil, no conoces a Cosimo.

—¿Quién es? ¿Amigo de Pietro?

—Pietro ha estado enamorado de Cosimo por unos quince años, tal vez más —explicó Baran entrelazando sus dedos con los de Francisca—. Y Cosimo ha jugado con él desde que yo lo conozco, probablemente desde antes. Han estado juntos, pero...

—¿Juntos? ¿Han sido amantes?

—No, se ha acostado con él y a la mañana siguiente lo abandona alegando que estaba borracho, drogado, confundido; la excusa que pienses, Cosimo ya la usó. De cara a la galería son amigos. La mamá de Cosimo es mecenas de las artes, así conoció a Giuseppe, el hermano de Pietro.

—¿El que trabaja en el *ballet*?

—El mismo. Ella, por supuesto, sabe que Pietro es homosexual y que ha tenido escarceos con su hijo, y mientras lo mantengan oculto no le molesta. El padre de Cosimo es otra cosa. Es político, nieto de un conde o algo así, por lo que el nombre de la familia debe ser bien cuidado y seguramente le sacaría la homosexualidad a palos si se le ocurriera decir algo.

—Maldito. Con tipos como ese, más admiro al padre de Pietro y al de John.

—Exactamente. Cosimo es abogado y es muy probable que termine



siguiendo los pasos de su padre, así que lleva unos meses considerando la idea de casarse con la hija de un militar muy reconocido en Italia, por supuesto, incentivado por su padre, que no puede ver a Pietro ni en pintura.

—Pobre Pietro. ¿Qué pasa ahora?

—Ahí está, siempre a la espera de una llamada telefónica. Cuando supo de los planes de Cosimo, se agarró una borrachera épica. Lo de anoche no fue nada.

—Una relación enfermiza por donde se la mire. Y sin futuro en lo absoluto.

—Ninguno. He pensado, incluso... —Baran se quedó en silencio por un rato—. Si no fuera por el riesgo que supone para nosotros, te pediría que invitaras a tus amigos al departamento, a cenar. Malik está de acuerdo conmigo.

—¿Por qué querrías invitar a mis amigos al departamento por Pietro? —preguntó Francisca. Baran la miró con una ceja elevada hasta la mitad de su frente—. ¿John? ¿En serio?

—No te puedo decir que no ha mirado otros hombres —dijo Baran, estirando la espalda y los brazos, relajando los hombros—, pero ciertamente el que más le ha llamado la atención es John. Incluso ayer hubo algo extraño. ¿A quién se le ocurrió lo de Händel?

—A Pietro, claro. Y también fue él quien dijo que diríamos que la idea fue de John.

—Se ha juntado demasiado conmigo. ¿Vamos? —Se puso de pie y le ofreció la mano.

—¿A dónde? —preguntó Francisca, aceptando la mano, pero muy lentamente, como temiendo lo que vendría.

—A la cama, pero no te preocupes. Solo quiero dormir un poco más.

—Ufff, menos mal. Estoy agotada —dijo Francisca volviendo a recostarse en la silla

—Puedes descansar... un par de horas al menos. No creo que mucho más.

—¡Qué! —exclamó y saltó de la silla.

—Tal vez menos si sigues así —replicó Baran mirando los pechos de Francisca que habían quedado descubiertos al abrirse la bata por el movimiento brusco.

—Pero, Baran, no...

—Una hora. —Baran sonrió con la infructuosa lucha de Francisca por cerrar el cinturón.

—No se te ocurra. —Nerviosa, se enredó más y en vez de cerrar a bata, la dejó entera abierta.

—Media hora.

—Baran. —Francisca caminaba hacia atrás, temerosa y deseosa en partes iguales.

—Huye.

—¡Alcánzame si puedes! —gritó la muchacha, riendo y corriendo hasta su habitación.

Por supuesto, Baran la alcanzó.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

El lunes siguiente, cuando salió de su evaluación médica, Francisca tuvo un encuentro nada fortuito en un pasillo del área médica. Malik la miró interrogante, y ella sonrió positiva.

—Bien, no quería alterar una ficha —respondió Malik susurrando—, pero estaba preocupado, porque el vodka tiene muchas calorías.

—Gracias, pero no te preocupes. Tengo mi propia máquina de ejercicios hecha en Rusia.

Malik se mordió los labios para no reír por el descaro de la muchacha y siguió caminando.

Tal como pensaron, diciembre fue catastróficamente agotador. A pesar de estar preparando el Recital de Navidad, los profesores del plan teórico seguían con sus clases en forma normal.

Todas las tardes ensayaban hasta caer rendidos, incluyendo el viernes. El primer día de las clases conjuntas de ambos niveles una pelea tuvo lugar entre el director y *madame* Fayolle, ya que ella tenía todo preparado para bailar el *Cascanueces*.

—Este año vamos a hacer *Giselle* —dijo el director.

—Pero siempre hacemos *Cascanueces* —replicó, molesta, *madame* Fayolle.

—Ya es hora de que nos renovemos —repuso el director con el ceño fruncido.

—El directorio...

—¡No voy a desperdiciar a una tan obviamente excelente *Giselle* por seguir una tradición absurda! —gritó Baran mirándola con tal rabia que era un milagro que ella pudiera seguir hablando.

—¡Director, sabe mejor que nadie...!

—Usted lo ha dicho. Director. —Baran la cortó antes de que pudiera seguir hablando—. Mientras yo sea el director, se hace lo que diga. Cuando sea la directora, hará lo que quiera. Ahora, Soublette, Brown ustedes interpretarán a Giselle y Albretch. Van será Hilarion. Rodríguez será Myrtha...

Siguió repartiendo los roles y explicó cuáles serían las partes que interpretarían. Después pidió música y comenzaron los ensayos, con *madame Signoret* asistiendo al director.

Ese primer día, todos se burlaban de la profesora. El apodo de *Fallada* y su significado se hizo popular entre todos los alumnos e incluso algunos profesores. En la academia se respiraba un aire de felicidad por el cambio tan radical y magnífico en el programa.

Teresa no cabía en sí de gusto por la mucho más energética e iracunda Myrtha que le tocaba interpretar. El Hilarion de Thomas sería un hombre decidido y consumido por la atroz sed de venganza. «Mi Albretch», había dicho John, «no será tan simplón y pusilánime, por mucho que tenga que pretender que prefiero a la princesa».

Y todos esperaban ansiosos al pálido fantasma que sería Francisca en la segunda parte. En un acto absolutamente revolucionario, el director pidió que soltaran el pelo de Francisca. Solo dos finas trenzas rodearían la parte alta de la cabeza, desde la frente hasta llegar casi a la nuca.

—Tal vez le moleste para bailar, director —dijo el encargado de peinarla cuando Baran le explicó lo que quería.

—Podría ser, pero no lo creo —respondió él, aún manipulando el pelo de Francisca, por lo que ella debía hacer un gran esfuerzo para no ponerse a ronronear como un gato satisfecho—¿Soublette? ¿Qué opina?

—No creo, director, la verdad. Tal vez podría ser una trenza cintillo que me retire el pelo de la cara. —Hizo una pequeña demostración de cómo quedaría y al director, obviamente, le gustó.

—Algo así. Me gusta eso —dijo Baran.

Francisca estaba feliz. Mucho. Pero de lejos, lo que más le gustó, fue la

manera como Baran la definió, una «tan obviamente excelente Giselle». El lunes en la noche, al amparo de su oficina, cuando ya todos se habían retirado, se lo agradeció. Efusivamente.

\*\*\*

Las horas y días pasaron tan rápidamente que nadie tenía claro cómo llegaron al último día de ensayos. Ese jueves, el director quiso repasar todos y cada uno de los actos dos veces, por lo que extendió los ensayos hasta cerca de las ocho de la noche.

Al finalizar, instruyó a sus alumnos de alimentarse bien y descansar esa noche. Suspendió las clases teóricas del viernes y le pidió a Malik un entrenamiento liviano para todos, desde las once de la mañana. Almuerzo a la hora de siempre y a las dos de la tarde calentarían con *madame* Signoret, que estaba a cargo de los alumnos en esa ocasión reemplazando a *madame* Fayolle por instrucción específica del director. Repasarían la última vez y luego irían a los vestuarios para prepararse.

Como Francisca pasaría la noche del viernes con sus amigos en el departamento de Thomas y de ahí saldría directo al aeropuerto para ir a Chile, el jueves al terminar el ensayo, ella y Baran fueron al departamento de la muchacha para celebrar la Navidad anticipadamente.

—Muy adelantada para mí, que siempre celebré la Navidad Ortodoxa, el siete de enero —dijo Baran cuando estaban sentados cenando.

—Nada quita que la celebremos de nuevo —dijo Francisca sonriendo.

—Irina decía lo mismo —respondió Baran—, pero yo no lo he hecho desde que ella murió.

—Así lo haremos este año.

—Como desees, pero yo tengo tu regalo de Navidad hoy —dijo Baran alejando su plato vacío y tomando la copa de vino.

—Yo también. —Francisca fue a buscar dos paquetes, uno pequeño y

rígido y el otro más grande y blando.

Baran la miró interrogante, pero después, incentivado por Francisca, dejó de lado la copa para ir a buscar una bolsa grande y un paquete pequeño.

—Bien, yo primero. Abre este —pidió entregándole el más pequeño—. Mal me ayudó con ese.

—¿Por qué? —preguntó Baran abriendo el paquete sin romper el papel.

—Es un perfume artesanal —explicó Francisca cuando Baran sacó de una caja blanca sin etiquetas un frasco de vidrio lleno con un líquido dorado— personalizado. Normalmente tienes que ir a que te tomen una muestra, pero como era sorpresa, Mal te sacó una camisa cuando estabas en la academia y me la pasó.

—No uso perfume —dijo Baran abriendo el frasquito.

—Lo sé, no te gusta la posibilidad de oler como alguien más. Por eso quería mandar a hacer un perfume para ti.

—Gracias. Me encanta. Ahora tú.

—Oh... —exclamó Francisca risueña—. Chanel N°5. Es un clásico y me encanta.

—Lo sé —dijo Baran—. Era el favorito de Irina, pero nunca entendí por qué no lo usaba hasta que lo olí en ti. Siempre decía que un perfume tenía que complementar el aroma natural de la mujer, por lo que ella usaba cítricos.

—Gracias, es magnífico. Ahora este —le pidió, pasándole el paquete más grande—. No quedó como quería, pero es lo mejor que pude hacer.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó Baran desgarrando inmediatamente el papel. Una bufanda de lana, tejida a mano, de muchos colores y con una letra B en uno de los extremos.

—Teresa se relaja tejiendo, así que le pedí que me enseñara —explicó la muchacha—. Yo sabía lo básico, pero no hacer letras. Por suerte, la F se parece bastante a la B, así que hice una con ella que después desarmé y corregí.

—Es maravillosa. Muchas gracias, *lyubov*, no lo recuerdo bien, pero creo

que es la primera vez que alguien me hace algo —susurró Baran emocionado, se había puesto de pie para acercarse a la muchacha. La tomó en brazos y la besó.

No profundizó el beso, solo se quedó ahí, rozando una y otra vez sus labios con gran ternura. Después la estrechó contra él, casi fundiendo sus cuerpos, con el rostro de Francisca enterrado en su pecho, sus brazos rodeándola, su mentón apoyado en la cabeza de la muchacha. Un enorme suspiro salió del pecho masculino. Francisca no podía estar segura, pero creyó que era de alivio.

Se puso en punta de pie y besó a Baran, que recibió sus besos, pasivo aún. No hizo caso del tirón de Francisca que pretendía llevarlo al dormitorio, sino que negó con la cabeza, con una ceja alzada en su frente.

—Falta uno —dijo empujando a Francisca para que se sentara y le pasó la enorme bolsa.

Lo primero que Francisca descubrió fue la gran cantidad de cajas pequeñas que la bolsa contenía. Tomó una y la abrió. Una bella bufanda de seda apareció. Tomó una segunda caja y descubrió otra bufanda. Una tercera, con los mismos resultados.

—Son quince —dijo Baran—. No hay ninguna igual a otra.

—Baran, son... son...

—Para ti y tus amigas. Yo también hice algo de espionaje ayudado por Claudette. —Sonaba tan culpable que a Francisca se le derritió el corazón—. Me llevé una foto del Quinteto y una vendedora me ayudó a seleccionarlas. Todas tienen un papel adentro que señala para quién es, pero claro, tú puedes cambiarlo si quieres. Después de todo, es tu regalo de Navidad para tus amigas.

—¿Me compraste no una, ni dos, sino que quince bufandas Hermès para que pueda regalárselas a mis amigas? —preguntó Francisca estupefacta.

—Sí —respondió Baran con sencillez—. Me dijiste que querías llevarles algunas de regalo y yo pensé...

—Pero eso... Baran... —frunció el ceño—. ¿Puedo repartirlas como

quiera?

—Claro, *lyubov*, son tuyas para hacer lo que quieras. Incluso quedártelas todas tú.

—Baran.

—¿Qué?

—Tienes aproximadamente veinte segundos para desnudarte y llegar a la cama antes de ser violado. Repetidamente.

Baran rio, dudando seriamente de las posibilidades de que Francisca llevara a cabo sus amenazas.

—Huye —dijo Francisca, sintiéndose casi insultada por su falta de reacción.

—¿Para qué? Te aseguro que pase lo que pase, no va a ser violación — agregó riendo aún más.

Con algo que se podía identificar como un grito de guerra, Francisca saltó encima de Baran y casi lo botó de la silla por el entusiasmo.

\*\*\*

—Te voy a comprar la maldita tienda entera —dijo Baran, mucho rato después, mientras respiraba agitadamente.

—Cállate. —Francisca se sentó a horcajadas sobre sus piernas, jugando un rato con la masculinidad que cobró vida inmediatamente. Otra vez—. Tenías razón —agregó al cabo de unos minutos de besos y caricias.

—¿En qué? —preguntó Baran entrecortadamente.

—No es violación —concluyó Francisca, bajando por la erección, introduciéndola lentamente en su cuerpo.

\*\*\*



—Duerme un poco más —dijo Baran, acariciando el pelo de Francisca.

Estaba duchado y vestido, listo para irse a la academia. Le había llevado el desayuno a la cama, pero no la había dejado levantarse. Él tomó un café y unas tostadas, sentado a su lado.

—Acuéstate un rato más —pidió Francisca—. Es muy temprano, no quiero que te vayas.

—Tengo que irme, *lyubov*, por mucho que no quiera. Preferiría quedarme aquí contigo hasta el mediodía. —Se inclinó y besó sus labios y mejillas—. Pero Signoret me va a matar si no llego temprano. Es la primera vez que está a cargo de los estudiantes y lo hace solo porque yo se lo pedí, no puedo dejarla sola.

—Está bien, lo entiendo. Dame unos minutos y yo también voy.

—No, cariño, tú no. Los alumnos están autorizados para llegar a las once hoy, recuerda. Descansa un poco más. —La besó otra vez, lentamente, poseyendo su boca.

—Baran... no quiero... que te vayas —porfió Francisca una vez más, entre besos hambrientos—. Si te vas ahora... no te voy a ver... otra vez... hasta el seis de enero...

—Tengo una solución —dijo Baran sin resuello—. No te va a gustar... no vayas a Chile, yo no voy a Italia... nos vamos juntos fuera de París, a cualquier lado... pasamos las vacaciones juntos, solo los dos...

—No puedo —gimoteó Francisca cuando él alcanzó su pezón con la lengua, envolviéndola en torno a la dura carne.

—Lo sé —gruñó él cuando la pequeña mano aterrizó sobre el cierre de su pantalón—. No, Fran... a la mierda —agregó antes de tirar las tapas y descubrir el cuerpo desnudo de Francisca.

\*\*\*

—Los gritos se escuchaban hasta el teatro —le contó Malik, con una mano

tapándole la boca, mientras *ayudaba* a Francisca con un ejercicio—. Nunca escuché a la Signoret gritar tanto.

—¿Alguien dijo algo? ¿Los profesores? —preguntó Francisca.

—Bueno, el rumor general era que la Navidad le llegó antes al director. Pietro fue el primero en reaccionar. Yo solo decía «no sé» cuando me preguntaban por él. Pietro dijo «embajada» y todos supusieron que Baran había sido llamado por el gobierno ruso para alguna misión. Nadie dijo nada más, excepto la Signoret, que se paseaba por toda la academia, con la *Fallada*, mirándola feliz.

—Son un montón de idiotas. —Francisca se aguantó la risa—. ¿Qué hizo Baran cuando llegó?

—En su vida había estado tan atento con una profesora de la academia. Simplemente se disculpó y dijo que lo habían llamado del cementerio porque había un problema con la tumba de Irina. Como la Signoret fue alumna de Irina, y fue ella quien la recomendó para la academia cuando enfermó, la aplacó en seguida.

—Irina debe estar revolcándose en la tumba, ese es el problema.

—¿Porque su ángel llegó tarde a la academia por quedarse contigo? Si Irina hace algo, es bailar y probablemente intentar quitarle las llaves de la bodega de los vinos a San Pedro. Me llama el imbécil de Cuervo —agregó al ver que el alumno le hacía un gesto—. Estoy a punto de pegarle yo. Después seguimos.

\*\*\*

La función, por supuesto, fue un éxito rotundo. Las coreografías del primer año fueron muy bien recibidas. *Malen'kiy* recibió un atronador aplauso. Los solos del segundo año estuvieron muy bien, sobre todo los de Francisca y Thomas.

Un rumor se había elevado en el auditorio cuando se supo que la pieza

conjunta no sería *Cascanueces*. La duda, y el disgusto aún más, se dibujaban en muchos de los asistentes.

Cuando se levantó el telón, al comienzo, nadie esperaba nada de la presentación. Cuando se bajó al final, los ojos llenos de lágrimas abundaban. Francisca había hecho una excelente Giselle, especialmente la parte del fantasma. Todos adoraron al ser etéreo, vestido de un blanco radiante y con su velo de dorado cabello bajando por la espalda. «Parece un ángel», fue el comentario más repetido cuando el largo aplauso obligó a Francisca y sus compañeros a salir al escenario nuevamente para recibir la ovación de pie.

Como la versión del *Cascanueces* de la academia no tenía un verdadero protagonista, nunca sucedía que se entregaran flores a una bailarina en particular, pero ese año también tuvo esa diferencia al aparecer *monsieur* Aubridot y *Herr* Bachmann con dos enormes y preciosos ramos de flores para Francisca y Teresa.

Francisca, que sabía quién estaba detrás de las flores, no dudó en reclutar a sus amigos para ir a buscar al director. El genio detrás de la magnífica presentación, según *monsieur* Aubridot, que pidió un aplauso para él. Incentivados por una mirada del director, también fueron a buscar a *madame* Signoret, la mejor asistente con la que había trabajado, en sus propias palabras.

En los camarines, Francisca y Teresa distribuyeron las flores entre todos los bailarines. Todos aceptaron felices la parte que les tocó, excepto Cuervo, que no miró a Francisca antes de meterse en los camarines de los hombres, dejándola con la mano estirada.

—Es tan mal educado este Jovet —dijo *madame* Signoret mirando a Francisca—. Ya quisiera que se fuera de una vez. Y estoy segura de que no soy la única. Vaya a las duchas, querida. No podemos retrasarnos.

—Voy —dijo Francisca—. Para usted. —Le extendió la rosa a la mujer y le sonrió antes de dar la vuelta y entrar en el camarín de las mujeres.

*Madame* Signoret era todo lo distinta que cabe esperar de *madame* Fayolle. Y bastante menos llevada a sus ideas, como pudo comprobar

Francisca media hora después.

—Disfruten con mesura —les dijo mientras caminaban hasta la Galería—, especialmente el primer año. Los de segundo pueden mezclarse con los invitados, pero compórtense. Recuerden que entre ellos hay posibles futuros empleadores, además de todos los miembros de la mesa directiva de la academia. No todos van a estar felices con el cambio en la programación, pero el director los mantendrá a raya. Sean educados y agradezcan cuando los feliciten.

Luego los ordenó. Según Baran, todos los años discutía con Fayolle por lo mismo, ya que ella insistía en poner primero a los alumnos con mayor atractivo físico, cuando la instrucción de él era los más talentosos primero y siempre, siempre, el segundo año debía ser el que entrara adelante, algo que Fayolle respetaba solo en el Recital de Primavera.

Pero *madame* Signoret no tuvo problemas en seguir las instrucciones del director. Llamó a los de segundo y puso adelante a Francisca y sus amigos. Cuervo quedó relegado hasta el final. Luego vino el primer año. Abría su marcha Marco Gaccioni, a quien el apodo de Dumbo parecía incluso gustar. Un magnífico bailarín según pudo constatar Francisca los días anteriores.

*Madame* Signoret golpeó la puerta y la abrió.

—Señor director, sus bailarines —anunció sonriente y abrió la marcha para que los invitados pudieran aplaudir una vez más a los jóvenes.

La fiesta fue maravillosa. Lamentablemente Francisca no tuvo oportunidad de hablar con Baran pese a los esfuerzos disimulados de Pietro y Malik de retener a la muchacha y sus amigos junto a ellos, primero para que Nicolle la saludara y después para que conociera al resto de los Cuatro Fantásticos, como ya todos llamaban a los muchachos.

Pero el director, Francisca, sus amigos y algunos otros bailarines fueron muy solicitados durante las siguientes tres horas, hasta el punto que fue Baran quien, pidiendo un último aplauso, despidió a los alumnos que aún permanecían en la fiesta. Francisca supo que era por ella, estaba tan agotada que no podía seguir fingiendo un minuto más. En silencio, le agradeció su

intervención.

En casa de Thomas comieron la cena que había preparado el ama de llaves y luego fueron a la sala multimedia para intercambiar regalos y hacer su tradicional fiesta de pijamas.

Después del éxito de la función, todos estaban felices pero agotados, por lo que pronto la conversación cesó y todos se durmieron.

A la mañana siguiente, fueron juntos al aeropuerto. En esa ocasión, Thomas y Teresa irían hasta Londres con John, donde se reunirían con el primo de Thomas para ir hasta Nueva York. El vuelo de Francisca era el primero en partir, por lo que cuando se recibió la llamada, ella se despidió de los otros y fue hasta su puerta de abordar, antes de arrepentirse y volver a París.

Aún no se iba, pero ya quería volver.

\*\*\*

El primer día en Chile se dedicó a descansar y estar con su familia. Si durante las vacaciones anteriores pensó que extrañaba a Baran, no era nada comparado con la manera en que anhelaba estar con él en esos momentos.

Ansiaba sus besos, necesitaba sus abrazos. Quería llevarlo a todos sus lugares favoritos en Santiago. El Cerro San Cristóbal, la plaza donde jugaba de niña, el teatro. Quería enseñarle a hablar español y presentarle a su familia.

Pero sabía que nada de eso iba a pasar, así que luchó encarnizadamente por relegarlo de su pensamiento consciente. Por supuesto, en sus sueños no lo conseguía.

Sus amigas estaban un poco molestas con ella porque no quería salir a ninguna parte. No es que no quiera, les decía, es que no puedo. Necesito seguir con el horario de París, con la alimentación que tengo allá, no puedo subir de peso, de lo contrario me van a tener de vuelta para siempre.

A nadie le parecía que eso fuera un mal plan, especialmente a su padre,

por lo que finalmente cedió y a partir de su tercer día en Chile, adquirió un *horario normal* y salió con sus amigas y familia, con la condición de que nadie la tentara con la comida.

—Yo no —dijo Adriana el día lunes, cuando todas estaban en su dormitorio después del término de sus jornadas laborales, tratando de sacar a Francisca de la cama—. Te lo juro, Fran, necesito bajar de peso, ya nada me queda.

Después se enteró que la misma mujer con la que Juan había sido visto la Navidad pasada, había sido visita frecuente en el taller. Por supuesto, Adriana se había refugiado en la comida y había subido muchísimo de peso.

—Si sigo así —agregó—, pronto voy a ser más ancha que alta.

—¿Has pensado en hablar con él? —preguntó Francisca suavemente, sin tomar en cuenta tres cabezas que se movían en acelerada y urgente negación.

A pesar de la discusión que vino después, Francisca no se arrepintió de su pregunta. Ella se refería, por supuesto, a Juan, aunque Adriana quiso interpretarlo a su propia manera hasta que salió del dormitorio de Francisca gritando e injuriando, dejando a las muchachas con una repetida conversación y nuevas burlas sobre la madurez que había alcanzado Francisca.

—Enviamos una niña a Francia —dijo Lorena, fingiendo que lloraba—, y Francia nos devuelve una mujer.

—Cállate, tonta. —Francisca se sonrojó—. No es Francia, es la academia, ha sido muy duro. Y ya no tengo quince, ¿sabes? Tú deberías saberlo. —Le pegó una patada a su prima por debajo de las tapas, donde ambas estaban acostadas—. Hasta tú maduraste un poco al ponerte tan vieja.

—¡Yo no estoy vieja! —reclamó Lorena—. Solo tengo experiencia.

—Claro que estás vieja —refutó Isabel—, en dos años cambias folio.

—Tú, cállate, que ya pasaste tu cuarto de siglo. —Lorena hizo una mueca a Isabel—. Y no te falta nada para cumplir los veintiséis. Se van los veinticinco y comienza la decadencia.

—No para mí —refutó Isabel—. Yo voy a estar en la flor de la vida recién

a los cuarenta.

—No te engañes, prima —dijo Lorena—. Para esa edad vas a juntar un montón de kilometraje.

—Eso espero. —Isabel rio.

Finalmente, Francisca se levantó y fueron a buscar a Adriana, que estaba encerrada en su oficina, tecleando furiosa.

—Vamos a ir a dar una vuelta —le contó Lorena—. ¿Te vienes?

—No te enojas conmigo, Adri —pidió Francisca—. Estoy cansada y hablo tonterías. ¿Vamos?

—¡No estoy enojada! —exclamó Adriana, dejando claro que sí lo estaba.

—Entonces, apaga ese computador y ven con nosotras —exigió Isabel—. Francisca nos hizo el honor de bañarse. Ya sabes que ha perdido algunas buenas costumbres en Francia.

—¡Oye! —gritó la aludida—. Estoy segura de que me baño más que tú.

—Imposible. —Adriana volvía de a poco a la normalidad—. Isabel tiene que estar unas dos horas en remojo con agua hirviendo y detergente de loza para sacarse la grasa del taller.

—Pero si me encanta el esmalte negro debajo de mis uñas —dijo Isabel, provocando la risa de sus amigas—. Vamos, que ahora tengo las manos limpias para su alteza Adriana, Reina de Higiene.

—Cállate, loca. —finalmente, Adriana tomó su cartera y siguió a sus amigas—. Vamos a ver si el tío Cristian sigue insistiendo en subvencionarnos.

—Sí —dijo Francisca—, saquémosle fondos a mi papá, algo que no hago nunca —agregó riendo.

—Fresca —le increpó Lorena—. Trabaja mejor.

—Aún soy estudiante. —Francisca reía aún más.

Risas que se pararon bruscamente al llegar al taller y ver a una mujer delgada y morena caminar sonriente hasta donde estaba Juan, ya preparado para retirarse. Cuando la mujer llegó a su lado, él acarició su cabeza

brevemente, antes de abrazarla. Después se separaron y empezaron a caminar a la salida. Juan se despidió de las cinco amigas con un neutral «hasta mañana».

Adriana apretaba las manos, Isabel y Lorena la tenían agarrada por un brazo y Pamela la miraba atenta. Francisca observaba entrecerrando los ojos a la pareja que ya desaparecía.

—Hay algo extraño ahí —dijo de pronto.

—Claro que hay algo extraño. —Adriana fruncía tanto el ceño que parecía llegar hasta el mentón—. ¿Qué mujer en sus cabales permite que ese mecánico grasiento la abrace?

—Yo —respondió Francisca—, y eso es lo extraño. La abrazó, sí, pero tal como lo hace conmigo, primero una caricia en lo alto de mi cabeza, desordenándome el pelo, y después un abrazo rápido con sus manos mucho más arriba de la cintura, casi llegando al borde del sostén. Un hombre interesado en una mujer no la abraza así. La abraza por la cintura y la empuja hacia él.

—No saben cómo odio decir esto —dijo Isabel—, pero creo que Fran tiene razón. No parecía el abrazo de un enamorado, sino el de un hermano o amigo. Yo también me he dado cuenta de que Juan siempre me toca entre el sostén y la cintura y nunca me aprieta, excepto en mi cumpleaños.

—Sí, solo para el cumpleaños —aportó Lorena—. Sus otros abrazos son fofos. Como ese.

—¿Qué hacemos en mitad del taller hablando de los abrazos de ese mecánico grasoso y horrible? —preguntó Adriana—. No sabe ni hablar, difícilmente sabe abrazar. Me compadezco de esa tipa, tendrá que sacarle las palabras a tirabuzones.

Las otras cuatro se miraron. Pamela abrió la boca, pero la volvió a cerrar inmediatamente. Miró a Isabel, quien también trató de decir algo pero no pudo, ya que su padre llegó justo en ese momento preguntándoles si iban a salir y si necesitaban un subsidio. Las muchachas le sonrieron y dijeron, casi a coro, «sí, papá» y «sí, tío Cristian».



Dos días después de Navidad, Francisca fue a la oficina a charlar un rato con Pamela. Estaba muy feliz con la reciente contratación de Pamela. No solo porque su tía Catalina se acogía a una bien ganada jubilación, sino que su amiga necesitaba desesperadamente otro trabajo. Ese día, además, Pamela la recibió con una sorpresa.

—Hola, Franny —le dijo cuando la muchacha se sentó frente al escritorio—. Qué bueno que viniste, te iba a dejar un mensaje con Isabel. Te llamaron, pero la comunicación no era buena. Llamé a la compañía y conseguí el número, es de Italia.

—Thomas. —Francisca mintió sin ninguna vergüenza. Aunque consideró decirle la verdad, estaba con Pamela en eso. Algunas cosas en la vida eran mejor mantenerlas bien ocultas—. Thomas iba a pasar la Navidad en Italia con su mamá y hermana.

—¿Thomas, ah? —dijo Isabel uniéndose a la conversación—. Es todo un idiota, ese Tom. Yo pensaba que habías dicho que iba a Estados Unidos con la familia y Teresa.

—Iba a Estados Unidos a dejar a Teresa y recoger a la familia para irse a Italia —replicó Francisca impávida. Nunca mentía, no tenían por qué no creerle.

—Que vuelta más larga. ¿No sería mejor que se fuera directo a Italia? —preguntó Pamela.

—Iba a dejar a Teresa —respondió Francisca, encogiendo los hombros.

—Y tratándose de mujeres, Juan es parlanchín y Tom, inteligente —dijo Isabel riendo antes de desaparecer en la oficina de su padre.

—Dame el número —le pidió Francisca a Pamela—. Tal vez más tarde pueda llamar.

Conversó un rato más con su amiga, fingiendo una alegría que no sentía, reuniendo paciencia para no saltar corriendo al primer teléfono y llamar. Sabía, estaba segura, que era Baran quien la llamaba desde la casa de la familia de Pietro.

Cuando Isabel salió de la oficina de Cristian, Francisca fue a pedirle

permiso para hacer una llamada. «Es a Italia, papá», explicó, «pero lo haré lo más breve posible». Cristian sonrió y la dejó llamar todo lo que quisiera, así que Francisca voló a su dormitorio, tomó el teléfono y marcó el largo número rápidamente. En silencio, y con mucho pesar, dio gracias a su hermana por obligarla a acompañarla a clases de italiano tantos años atrás. Le respondió una mujer y ella preguntó por Pietro. Cuando él respondió, se identificó y los gritos no se hicieron esperar. En efecto, Baran había llamado, pero después salió, acompañando a Mama Rosa al mercado, y aún no volvían.

—Es que fueron con tres de los niños —explicó Pietro—, y mis sobrinos son absolutamente incontrolables en el mercado, especialmente la *bambina* que adora pasearse entre las frutas.

Francisca no quería que Baran estuviera llamando a cada rato, tampoco estar ella haciendo tantas llamadas intercontinentales, pero se negaba absolutamente a perder toda comunicación con él. Pensó y pensó mientras Pietro le hablaba de las fiestas, hasta que dio con una solución tan simple que era absurdo que dos personas inteligentes no pudieran dar con ella.

—Pietro —dijo interrumpiendo el relato de cómo habían perseguido un pollo hace unas quince Navidades—, Baran tiene correo electrónico, ¿verdad?

—¡Claro, Francesca, cómo no lo pensé antes! Bueno, a él se le ocurrió, pero no te lo dio antes de separarse. Supongo que tenían cosas mejores que... eh... hacer. Aún me río cuando me acuerdo de la Signoret.

—Lo dices como si hubiera pasado hace años, pero fue solo la semana pasada —dijo Francisca—. Y más importante, ¡dame el correo electrónico de Baran!

Pietro, riendo, le dio la dirección que solicitaba. Un par de minutos después se despidieron. Francisca se levantó para ir hasta su computador, pero una voz risueña la interrumpió.

Isabel, con los brazos cruzados sobre su pecho, la miraba desde la puerta. «Desde donde debió estar la puerta si me hubiera acordado de cerrarla», se reprendió Francisca mirando a su hermana.

—¿Thomas, eh? —dijo Isabel—. No sé si Thomas hable italiano, ya su francés deja mucho que desear. Y no creo que él tenga una dirección de correo electrónico así, ¿cómo era? Be punto vin...

—Isabel. —Francisca la miró seriamente—. Cállate.

Riendo aún más fuerte, Isabel se fue. Francisca cerró la puerta y después se sentó frente a su escritorio. Sacó el computador, lo encendió y se dedicó mucho rato a escribir.

Esos días escribió y recibió muchos correos. Feliz, le contaba a Baran todo lo que hacía durante el día, antes de acostarse. Y más feliz aún, recibía una larga respuesta todas las mañanas al levantarse.

Fue muy extraño recibir un correo deseándole un feliz Año Nuevo en la tarde del treinta y uno de diciembre, por lo que esperó unas horas y contestó cuando ya era la una de la mañana en Chile.

Ese día volvió a pedir permiso para hacer una llamada, pero no resultó como quiso. Se pudo comunicar con Pietro, pero él le contó que, para mayor disgusto de su *nonna*, Baran se había ido a París dos días antes. Se ofreció a llamarlo y decirle que ella quería comunicarse con él, pero Francisca no quiso porque podría hacerlo por correo. Dio las gracias y colgó.

Cuando le escribió, le preguntó por qué había decidido irse a París y pasar solo el Año Nuevo, cuando pudo estar con sus amigos y la familia Colantoni. La respuesta la dejó estupefacta. La extrañaba demasiado y no quería recibir un abrazo si no era el de ella.

«Y es que», escribía Baran a continuación, «te necesito, mi Pequeña Fran, y ya deseo que sea el próximo lunes en la noche. A menos que pueda verte antes, claro», agregaba.

Francisca le explicó que su pasaje era para el sábado en la mañana, por lo que llegaría el domingo en la mañana a París. No aceptó su oferta de ir a buscarla al aeropuerto. «Espérame en tu departamento», le dijo, «yo llegaré por ahí a la hora de almuerzo». «Solo apúrate», le pidió Baran en el último de una larga sucesión de correos del primer día del año.

Francisca se quedó con un ánimo definitivamente melancólico. «No quiero

preguntas», le dijo a su hermana cuando ella quiso saber qué pasaba. «¿Quieres que cambie tu pasaje?», le preguntó con delicadeza. «Lo antes posible», respondió Francisca.

Así que ahí estuvo, el jueves en la noche, yendo a dejar a su hermana al aeropuerto. No se dijeron nada, solo se despidieron con la promesa de Isabel de calmar a su padre, molesto por la interrupción de las vacaciones de su regalona. «Le diré que te llamaron para reemplazar a alguien en una función este fin de semana», explicó Isabel, «que así ganaste el dinero para los pañuelos que trajiste de regalo». Francisca sabía que su hermana había llegado a todas las conclusiones correctas sin necesidad de explicar nada. Y por eso la amaba más que nunca.

—Eres la mejor hermana mayor del mundo —le dijo antes de desaparecer por el pasillo que la llevaría hasta su avión.

Y lo era. Francisca no dudaba, bajo ninguna circunstancia, de la capacidad de su hermana de arreglar todo. Era, como decía su abuela, la gran arregladora. «Heredó todo el talento de tu padre y abuelo», le explicó un día a Francisca cuando era pequeña, «el instinto de tu padre para aparecer cuando la necesitas, la inteligencia de tu madre y mi aguda intuición femenina, querida».

Francisca sonrió con el recuerdo cuando el avión ya había despegado.

Al llegar a París, se arrepintió por no haber aceptado la oferta de Baran. Caía una fina pero helada lluvia, estaba totalmente oscuro y no había un taxi desocupado por ninguna parte. Pensó en ir directamente al departamento del ruso, pero descartó la idea porque quería arreglarse y verse absolutamente despampanante cuando volviera a estar con él.

Finalmente consiguió un taxi que la llevó hasta su casa. Pagó la carrera y se bajó del auto. El chofer se limitó a abrir el maletero, por lo que ella rodeó el vehículo y levantó su maleta, la dejó en el suelo y cerró el portalón. Dos segundos después, casi ni veía las luces y quedó muy preocupada por la enorme sombra que salía de la absoluta oscuridad en que estaba sumida la calle.

Era un hombre, definitivamente, grande y fuerte. Francisca pensó en abandonar la maleta y correr los pocos metros que la separaban de la entrada de su edificio cuando la voz más dulce que escuchara nunca dijo su nombre.

Sin poder creerlo, se dio la vuelta y saltó a los brazos que la esperaban abiertos y ansiosos. Ni siquiera le importó que la lluvia arreciara mientras recibiera cientos de besos en sus labios, mejillas, ojos, cuello. Rodeó los hombros de Baran con sus brazos y quedó colgando hasta que él la abrazó y la empujó contra el calor de su cuerpo.

—Te extrañé, *lyubov*, te extrañé tanto —susurraba Baran entre beso y beso.

—No más que yo —respondió Francisca, enterrando sus manos en el pelo de Baran—. Te juro, no disfruté nada de las vacaciones, no debí ir a Chile, debí...

—No importa, no importa, ya estás aquí.

—Sí, ya estoy aquí... ¿Cómo supiste...?

—Isabel, claro —respondió Baran sonriendo—. Enteremos, estás empapada, después te explico.

—Vamos —aceptó a regañadientes, permitiendo que la bajara al suelo.

Él tomó la maleta y ella, su bolso de mano, donde rebuscó la llave. Philippe la saludó sorprendido. Claudette, enojada.

—Debiste avisarme —dijo—, no he hecho el aseo de tu departamento.

—No se preocupe —respondió Baran—, se va a cambiar de ropa y nos vamos.

Francisca lo miró enojada. Él levantó una ceja, sarcástica e interrogante. Ella encogió los hombros y asintió. Claudette negó con la cabeza, riendo.

—Mujeres —dijo Philippe antes de empujar a la suya al interior del departamento.

Una media hora después volvían a salir. Mientras Francisca se duchaba y se vestía, Baran había llamado a una compañía de taxis y había conseguido uno que fuera a buscarlos a la puerta del edificio. No dejó que Francisca

desarmara la maleta, excepto para sacar un recuerdo que le había traído de Santiago. La ayudó a preparar un bolso para el fin de semana y salieron.

Mucho rato después estaban en el comedor del departamento del ruso. Ambos vestían solo una bata y comían la cena traída desde la cafetería de la esquina.

—Ahora, explícame cómo supiste exactamente cuándo llegar —pidió Francisca recostándose en la silla.

—Te mandé no menos de diez correos —dijo Baran, también recostándose—. Había pasado más de un día desde la última vez que me contestaste y ya estaba un poco preocupado.

—¿Un poco preocupado? Lo que estabas era desesperadamente controlador. —Baran encogió los hombros, aceptando el cargo—. Bueno, ¿y? —preguntó cuando no seguía hablando.

—Llamé a tu casa. Muchas veces. Creo que era horario de trabajo porque me contestó unas quince llamadas la misma mujer con la que hablé la primera vez, que no era Isabel. Ni saludé.

—Era Pamela. Mi tía Cata, su mamá, se jubiló y Pamela fue a trabajar al taller.

—Haber sabido.

—No importa. Sigue.

—Después llamé un par de veces más y me contestó un hombre. Asumo que tu papá. Y finalmente me contestó Isabel. Ya estaba desesperado, así que le hablé. Traté de decirle que era un compañero tuyo. —Francisca se rio—. No me resultó, como sabrás por tus risotadas.

—Cuando llamaste la primera vez, yo dije que seguramente eras Thomas porque él iba a pasar la Navidad a Italia. Claro que la siempre oportuna Isabel me escuchó y no me creyó. Especialmente porque hablaba con Pietro y anoté tu correo electrónico.

—A mí me dijo que no nos íbamos a sacar la suerte entre gitanos. «Yo sé que tú sabes que yo sé quién eres», dijo, «y lamentablemente no te puedo

comunicar con ella porque en estos momentos va en un avión rumbo a París». Me dio los datos del vuelo y yo hice el resto.

—Isabel, la gran arregladora. —Francisca apoyó la cabeza en el hombro de Baran—. Espero que no te moleste que ella sepa. Yo no le dije nada, pero ella descubrió todo solita.

—Tenía demasiados antecedentes —respondió Baran pasando el brazo sobre sus hombros y atrayéndola más hacia él—. Y siendo una mujer inteligente, era lógico que llegara a la conclusión correcta. Y no me molesta, para nada. Además, tú tienes más que perder que yo en esto. —Besó su frente antes de apoyar la mejilla en ella.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Francisca, demasiado relajada para preocuparse.

—Si se supiera lo nuestro, habría un tribunal de honor para ambos en la academia —dijo Baran apesadumbrado—. Revisarían cada una de tus pruebas y grabaciones de tus presentaciones y disertaciones, reevaluando tu estadía en la academia. Podrían, incluso, negarte la graduación, aunque no lo creo, porque tus resultados siempre fueron excelentes desde la primera evaluación. Y más aún después de tu Giselle. La mitad del consejo directivo quedó enamorado de ti.

—¿Podrías perder tu trabajo? —preguntó Francisca ya no tan relajada.

—Podría, pero no me afectaría para nada en todo caso. Tengo muchas ofertas, solo tendría que aceptar una. Además... bueno, para bien o para mal, el mundo es así. ¿Un director que se folla a su primera bailarina? La historia más vieja del *ballet*. ¿Un profesor que se acuesta con una alumna? Incluso más repetida. ¿Un hombre mayor que consiguió meterse debajo de la falda de una preciosa muchachita? Espero los aplausos y el galardón de todos los otros pervertidos como yo.

—Tú no eres un hombre mayor.

—Tengo diez años más que tú. Ya era mayor de edad cuando aún jugabas con muñecas. Y...

—No eres un pervertido.

—Claro que sí, *lyubov*.

—Que no.

—Si supieras la de cosas que he soñado con hacerte, sabrías sin duda que soy un perverso. Amarrarte no es nada.

—Pero si yo colaboro no es perversión.

—Eso es aún peor... —dejó de hablar en el momento en que Francisca se puso de pie y empezó a tirar de su manos.

—No eres un viejo perverso, que te quede claro. Yo soy una niña precoz. —Consiguió que se pusiera de pie y lo llevó hasta el dormitorio—. ESE es el significado real de pervertir. Dar vuelta las cosas, proviene del latín, *pervertere*. Hasta que Freud y otros loqueros se metieron en el enredo. Ahora el término correcto es parafilia... eso según Lorena, que ha de saber mucho del tema.

—Creo que estás equivocada, *lyubov* —dijo Baran, sonriendo al ver como Francisca desabrochaba su bata y la tiraba por cualquier lado.

—Estoy desnuda en tu habitación, al lado de tu cama, totalmente dispuesta y ansiosa por entrar en ella. —Francisca sonaba tan práctica y racional que Baran se rio—. Y tú estás totalmente cubierto, diciéndome que estoy equivocada. ¿Quién es el perverso?

—Tú, aparentemente.

—Reclamo el título —dijo Francisca levantando sus manos para desnudarlo—. Ahora, métete en la cama, que voy a hacer contigo lo que quiera. Eso sí que es nuevo. La primera bailarina se folla al director.

—El director no se queja.

—Ya lo hará.



## CAPÍTULO DIECISIETE

El primer lunes de clases, Francisca volvió cansada y feliz. Se cruzó con Malik a la salida de la enfermería, pero no pudo hablar con él por la intervención de Thomas. Esa semana estuvo llena de tensiones, con Baran siendo el *señor director* en todo su esplendor, ya que no quería que los alumnos pensaran que había tenido muy buenas vacaciones, y Cuervo molestando a todos.

Francisca estaba inquieta por las posibles repercusiones, pero Baran pasaba los días, y las noches, intentando tranquilizarla.

Para el lunes siguiente el ambiente era insostenible en la academia. Cuervo molestaba a todos los compañeros, pero no a los profesores y se cuidaba perfectamente de no hacer nada incorrecto.

Al salir de los camarines ese día, Teresa y Francisca se encontraron con que Thomas y John aún no estaban listos. Decidieron esperarlos en el pasillo exterior, pero al cabo de cinco minutos no aparecían, así que se devolvieron sobre sus pasos.

Con un oscuro presentimiento formándose en su cabeza, Francisca confirmó las luces rojas que anunciaban la presencia de las cámaras. Y nunca odió más tener la razón. Y fue, de lejos, el peor momento de la vida de Francisca hasta ese momento.

John gritaba, Cuervo gritaba, todos gritaban. Los insultos corrían a la velocidad de un rayo, incluyendo palabras tan horribles que ni siquiera Isabel se atrevería a pronunciar, confesaría Francisca después.

Lo peor era que las ofensas incluían a Thomas, al director y hasta al padre de John, con Cuervo insinuando que John se acostaba con los primeros dos, ya que su violento actuar le recordaba a su padre, quien primero lo golpeaba y luego abusaba de él.

Si eso no había bastado para llegar hasta los golpes, la manera despectiva

en que Cuervo llamó a Teresa y Francisca, «prostitutas sudacas», fue la guinda de la torta, ya que lo escuchó un alumno brasileño llamado Paulo Baptista, quien dio el primer golpe en el mentón de Cuervo.

Los primeros profesores en llegar fueron Malik y *Herr* Bachmann, aunque fue necesaria la presencia de tres guardias para detener la pelea. Algunos miraban sin saber qué hacer, todos asustados, preocupados o simplemente entretenidos. Muchas de las chicas y de las profesoras gritaban asustadas.

Finalmente, fue el mismísimo director quien pudo acabar con todo, gritando más que los otros y ejerciendo su absoluta autoridad, suspendiendo a todos los alumnos involucrados y enviándolos a su oficina. De alguna manera consiguió que todos los demás también le obedecieran y siguieran sus actividades en forma normal. Ni siquiera el medido comentario de *madame* Signoret sobre las clases que perderían los alumnos fue escuchada.

Baran convocó un Tribunal de Honor para estudiar el caso, con Malik y Herr Bachmann como miembros, a Pietro le pidió que averiguara qué más sabían los alumnos no involucrados y se deshizo de todos con un atronador grito, suspendiendo la clase de ese día y citando a los que sobrevivieran del segundo año para el viernes.

Un minuto después, la turba se disipaba. Los seis suspendidos fueron llevados por los profesores hasta la oficina del director, donde dos sorprendidas secretarias trabajaban en la antesala. Una fue requerida para tomar apuntes y la otra, para vigilar a los alumnos. Cuervo se sentó en una silla, apartado de los demás, los ojos llenos de odio fijos en el piso.

Francisca se sentó junto a John y tomó su mano, tocando suavemente los nudillos ensangrentados. Sacó un pañuelo de su mochila y comenzó a limpiárselos, usando una botella de agua. Lo mismo hizo Teresa con Thomas. Después, entre ambas, limpiaron la cara y manos de Paulo, que se había llevado lo peor de los golpes y arañazos de Cuervo.

Cuando ya no quedó nada más que hacer, las preocupaciones llenaron sus mentes y discutieron los posibles escenarios. Todos eran pesimistas. Los muchachos pensaban que estaban fuera de la academia, Teresa creía que tal

vez ella y Francisca se salvarían. Solo la chilena mantenía, con mucho esfuerzo, su optimismo, tratando de hacerles ver que tendrían algún castigo, pero no sería tan grave como ellos pensaban. Paulo, que había notado las cámaras, fue el primero en cambiar ligeramente su actitud.

La llegada de Pietro los sumió en un repentino silencio. Gentilmente, el italiano se acercó a hablar con ellos, preguntándoles como estaban. Aunque no podía comentar los resultados de su investigación, los calmó diciéndoles que en su opinión no serían expulsados.

Caminando tranquilamente, mientras la secretaria anunciaba su presencia, Pietro se perdió en el interior de la oficina del director, dejando a los muchachos sumidos en un sus propias meditaciones, repasando una y otra vez en sus cabezas todo lo ocurrido.

El sonido del teléfono los interrumpió. La secretaria contestó y luego volvió a colgar.

—Jouvet —dijo—, adentro, por favor.

Y Cuervo entró en la oficina sin mirar a nadie.

No fue una espera larga. Unos diez minutos después, Cuervo volvía a su lugar en la silla, a unos metros del grupo, que esta vez se separaba cuando el director hizo llamar a Baptista.

Uno por uno fueron llamados. Teresa, Thomas y John. Teresa se demoró unos diez minutos, no así los muchachos, especialmente John, quien estuvo con el Tribunal de Honor aproximadamente media hora.

Cuando salió, lo hizo acompañado de todos los profesores, que irían a almorzar en ese momento. Pero Francisca tenía otros planes. Quería ser interrogada inmediatamente y así se lo pidió al director, quien accedió, un poco molesto. Es decir, fingiendo molestia.

—Adelante, Soublotte —dijo Baran abriendo la puerta de su oficina para Francisca.

—Gracias, director —respondió Francisca atravesando la entrada.

Usó los segundos que Baran se demoró en cerrar la puerta para dejar su

mochila sobre una silla y cuando él llegó a su lado, estaba lista para ser abrazada y consolada, que era su verdadero objetivo.

—Fue horrible, Baran, por Dios —murmuró Francisca contra su pecho.

—Lo sé, lo vi todo. Estábamos con Pietro vigilando las cámaras.

—Es decir, controlándome —dijo Francisca con un asomo de sonrisa—. Gracias, lo necesitaba. —Francisca se alejó renuente del calor de su abrazo—. Pero ahora interrógame.

—De acuerdo.

La soltó y rodeó su escritorio. Se sentó y estiró la mano para manipular la cámara.

—Voy a retroceder el reloj unos tres minutos —le explicó—, y después voy a grabar. Bien, Soublette —dijo, cambiando totalmente el tono tierno y preocupado de su voz—, quiero que me cuente todo lo que recuerde. No me interesan sus opiniones ni impresiones, solo sus recuerdos. Aténgase a los hechos lo más estrictamente que pueda.

—Sí, señor —dijo Francisca tragando saliva, evadiendo al director y sin mirar a la cámara—. Jovet lleva varios meses molestándonos...

Y Francisca dio la actuación de su vida. Haciendo pausas, respirando profundo, incluso llorando sin mirar al director ni su cámara más que de reojo, excepto cuando estaba segura de dar una imagen patética y dolorosa.

Cuando llegó el momento de relatar los insultos de Cuervo hacia Baran, Francisca hizo una pausa y lo miró de frente.

—No se preocupe, ya sé lo que dijo de mí.

—Lo siento, director. —Inhaló y exhaló con fuerza—. Él dijo que usted estaba... bien, acostándose con John. E hizo comentarios horribles del padre de John. —Entonces apoyó a toda la familia Brown, especialmente al padre, definiéndolo, un hombre trabajador y dedicado.

Finalmente, habló de la implicación de Paulo en la pelea después de que Jovet llamara «prostituta sudaca» a Teresa y a ella misma, ya que la palabra sudaca, una manera despectiva de llamar a los latinoamericanos, lo molestaba

hasta lo indecible.

—Bien, Soublette, muchas gracias. —Estiró la mano y apagó la cámara—. Fran, ¿hasta lágrimas?

Francisca lo miró sonriente y traviesa.

—¿Me quedó bien, verdad? —Se puso de pie, lo mismo que Baran—. No todo es fingido. De verdad fue horrible. Pero lo que más siento en estos momentos es rabia y preocupación. ¿Va a estar todo bien, verdad?

—No te preocupes, *lyubov* —respondió Baran acariciando su mejilla, secándole las últimas lágrimas—. Ya tenemos todo decidido, pero hay que cumplir con las formalidades. Bachmann no me dejó ni empezar y ya decía que había que mandar a la mierda a Jouvét.

—Bien —dijo Francisca, se puso en punta de pie y lo besó brevemente en los labios—. Me voy, los muchachos deben estar subiéndose por las paredes.

—Recuerda que te quedan cuarenta minutos.

—Claro.

Francisca fue rápidamente a la casa donde la esperaban los otros. Compartieron sus impresiones de las entrevistas mientras ella almorzaba. Como no querían retrasarse, volvieron inmediatamente a la academia y llegaron incluso antes que la secretaria del director.

Al parecer, Jouvét se había quedado esperando en el pasillo, porque entró justo delante de la mujer y fue directamente a la misma silla que había ocupado temprano. Francisca miró el reloj de la pared, que anunciaba las tres y treinta de la tarde. Una hora exacta desde que los enviaran a almorzar.

De la oficina del director salió Pietro. Miró a todos los presentes, habló con la secretaria en voz muy baja. La mujer asintió y entró en la oficina del director.

—En estos momentos —dijo para todos—, el Tribunal está estudiando los antecedentes. Dentro de algunos momentos, todos serán llamados para escuchar el veredicto. —Se sentó en la silla de la secretaria y se puso a hojear una revista que la mujer tenía sobre el escritorio.

Fue la hora más larga de la vida de los muchachos. Francisca se apoyó en el hombro de John, quien la abrazó inmediatamente. Teresa y Thomas estaban sentados, con los dedos entrelazados y hablaban a susurros. Como ninguno miraba en su dirección, Francisca supuso que estarían conversando cosas de ellos, como pareja, por lo que los dejó tranquilos. Paulo estaba a unos pasos, con unos audífonos metidos en sus orejas y la cabeza apoyada contra el muro.

Todos estaban intranquilos, excepto Cuervo, que cada tanto los miraba y sonreía. Francisca creyó que pensaba que todos iban a ser expulsados menos él, ya que, en sus propias palabras, era la víctima habiendo recibido el primer golpe. Y ellos, el grupo, eran los victimarios, los abusadores del pobre joven solitario.

—¿Te he dado alguna vez las gracias por ser mi amiga? —le preguntó John—. ¿Por aceptarme ese primer día?

—¿Te he dado alguna vez las gracias por ser mi amigo? —le dijo Francisca a su vez—. ¿Por felicitarme después de mi prueba e ir directamente a mi lado cuando saliste de la tuya? ¿Por no mirarme como una pretenciosa tercermundista?

—Ay, princesa, yo te adoro. Y si me gustaran las mujeres, seguro que me habría enamorado de ti enseguida —dijo John besando su frente con mucha ternura—, aunque llegue a titularme, tu amistad es lo mejor que voy a sacar de este lugar.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Thomas, con la primera sonrisa auténtica del día.

—¿Y de mí? —Teresa acercó su mano libre a las de John y Francisca, que no se habían dado cuenta de haber juntado.

—Bueno, princesa, tú y estos dos papanatas —dijo John riendo.

—Juntos los cuatro —confirmó Francisca.

—Promesa de plaza —agregó Thomas, uniendo su mano con los otros.

El golpe de una puerta al cerrarse rompió la conmovedora escena. John llegó a saltar en su silla. Solo el firme peso de la pequeña mano de Francisca

en su pierna pudo contenerlo.

La secretaria del director, de pie junto a Pietro, habló para todos.

—El Tribunal los va a recibir ahora —anunció.

Jouvet fue el primero en entrar y fue directamente a una de las dos sillas que estaban frente a la mesa del director. Los tres profesores estaban sentados del otro lado y no quedaba ninguna otra silla libre excepto la que evidentemente estaba ocupando la secretaria, ya que muchas carpetas y un cuaderno con apuntes estaban delante de ella.

John tomó la otra silla y se la ofreció a Francisca. Francisca la miró y desvió su mirada a Teresa, quien negó en silencio. Malik se puso de pie, tomó su propia silla y la acercó a la otra.

—Señoritas, por favor —dijo, mirando malamente a Jouvet. El mensaje era claro, las sillas eran para Francisca y Teresa.

—Muchas gracias, entrenador —dijo Francisca.

Se sentó en la silla que Malik había dejado libre y Teresa ocupó la otra. Thomas se paró detrás de la cubana y posó sus manos en los hombros de la chica. John hizo lo mismo con Francisca, pero corriéndose un poco hacia la izquierda. Thomas se corrió hacia la derecha, dejando espacio para que Paulo se quedara entre ellos.

—Esta es la resolución del Tribunal de Honor servido con fecha... —*Herr Bachmann* dio todas las formalidades del veredicto antes de dar paso al director, que leería la resolución final.

Naturalmente, expulsó a Jouvet, y él, naturalmente, reclamó y gritó. A los otros alumnos los castigó, obligándolos a acudir a la academia los sábados para ayudar en la mantención de la misma y prestando sus servicios en la gala de una asociación benéfica. Si algo pudo alterar más a Jouvet, fue, justamente, la gala, ya que a él le sonaba más a premio que a castigo y se mantenía con la idea de que él era la víctima en la situación.

—Usted no es la víctima en esta situación ni por asomo —aclaró Malik—, más bien es el instigador, acosando y molestando a otros alumnos, haciendo insinuaciones y levantando calumnias.

—¡Eso según lo que dicen estos! —gritó poniéndose de pie y llevando sus manos empuñadas a la cintura. Movía la cabeza de tal manera que parecía una gallina negra y grotesca—. Claro, como es Soublette la perfecta. Me pregunto si no será a ésta a la que se folla nuestro insigne director.

Francisca gritó y aunque no trató de ponerse de pie, John y Paulo la sostuvieron por los hombros. Teresa posó una mano consoladora sobre la pierna de la chilena, que estaba roja, no por la vergüenza, sino por el temor de ser descubierta.

—No es necesario decir esas cosas —dijo Malik con total calma—. Ya decisión de este tribunal no se basa solo en los testimonios de los otros alumnos, tanto presentes como ausentes, sino también en observaciones del personal de la academia, la mía entre otras, y en las grabaciones de seguridad que muestran claramente la manera en que usted habló a Brown y Van, incluso atreviéndose a insultar al padre de Brown.

—Por eso mismo —dijo Baran, desestimando su reclamo—, Brown, a nombre de esta academia y del mío propio, permítame disculparme por la manera en que su padre fue injuriado. Si decide tomar acciones legales en contra de Herve Jovet, sepa desde ya que cuenta con el total respaldo de la academia y que le serán entregadas copias de todas las grabaciones existentes y de los testimonios de alumnos y profesores.

—¿¿QUÉ?! —graznó Cuervo, casi saltando sobre el escritorio.

—Siéntese —exigió Baran severo—, usted quiso quedarse, ahora aguante como hombre.

—Gracias, director —dijo John cuando Cuervo, que parecía a punto de estallar, se sentó —pero no será necesario. Mientras menos gente sepa de esto, será mejor para mí y mi familia.

—De acuerdo —dijo Baran mirando fijamente a John—. Le agradezco por eso. A la academia no le hace bien que se sepa la calaña de estudiantes que tenemos. —Hizo una pequeña pausa—. No acostumbro a hacer esto, pero dado que fui implicado personalmente en el caso, quisiera aclarar algo de una vez y para siempre. —Miró fijamente a Cuervo—. Yo no soy homosexual, y



aunque lo fuera, con quien mantengo relaciones es problema mío y de nadie más, ni en esta academia ni en el mundo entero. No siento más que admiración por personas como John Brown que saben aceptar lo que son y viven valientemente en un mundo que constantemente los denigra y menosprecia, y si vuelvo a escuchar algo de usted, Jouvét, voy a tomar la justicia en mis propias manos. Ahora, váyase de una maldita vez de mi oficina y de mi academia.

Después de que Cuervo saliera, injuriando aún más a todos los presentes, la atmósfera en la oficina cambió radicalmente. Una sensación de alivio viajó de los alumnos a los profesores, otorgándole una sonrisa incluso a la secretaria, *madame* Dragón, como la había llamado Francisca un tiempo atrás.

Antes de que todos los demás fueran despachados, Thomas ofreció una donación para la fundación, que fue aceptada y agradecida por el director.

A medida que se alejaban de la oficina del director, la sensación de alivio se propagaba por sus cuerpos. Sin ponerse de acuerdo, caminaron con rumbo a la biblioteca, donde sabían que estaban los otros compañeros, deseosos, algunos al menos, de saber el resultado.

Hubo varias exclamaciones al verlos aparecer. La encargada de la biblioteca salió de su lugar habitual para acercarse al grupo, especialmente a Francisca, por quien sentía gran admiración y respeto. La miró interrogante y la muchacha no la decepcionó.

—Muchas gracias por su preocupación, *madame* —dijo la muchacha suavemente—, el único expulsado fue Jouvét. —Las exclamaciones de alegría no se hicieron esperar. También las de disgusto que esperaban que todos fueran expulsados para, de alguna manera, asegurar su propia graduación—. Nosotros recibimos trabajos forzados. —Francisca sonrió—. Expiaremos nuestras culpas ayudando con la mantención de la academia y en una obra de caridad.

—Voy a hablar inmediatamente con el director —dijo la bibliotecaria—. Tengo muchos libros que deben ser reparados y otros tantos nuevos que

deben ser clasificados. Estoy segura de que jóvenes tan dedicados como ustedes podrán hacer un excelente trabajo.

—Se lo agradezco —dijo Francisca sonriendo—, pero creo que no nos libraremos de pintar las paredes y limpiar los baños.

—El profesor Varnals les dejó los apuntes de la clase de anatomía y la bibliografía necesaria —explicó la mujer guiándolos hasta su mesa de trabajo—. Es solo una copia, pero estoy segura de que pueden obtener más.

—No se preocupe. —Teresa recibió la carpeta—. Sacaremos fotocopias. Muchas gracias.

—De nada —dijo la bibliotecaria y se alejó de ellos.

Los cinco se dirigieron a una mesa y fueron interrogados por varios de los compañeros que querían más detalles. Después de unos minutos de conversación, Paulo se retiró, dejando a los amigos, que siguieron conversando y bromeando entre ellos.

—Tengo toda la suerte en el mundo —concluyó John— al tener un padre preocupado, una madre cariñosa y un par de hermanos lindos y revoltosos. Y a ustedes, claro, valgan lo que valgan —agregó encogiendo los hombros—. ¿Saben qué me vendría bien ahora mismo?

—¿Un buen polvo? —preguntó Thomas.

—No —dijo Teresa—, una buena mamada. Vamos, cariño, yo no me pongo celosa.

Las bromas siguieron, con Francisca sonrojada a más no poder. Por supuesto, sus amigos pensaron que era por la conversación que tenían. Jamás se les pasaría por la mente lo que en verdad provocaba sus sonrojos.

«Yo sí necesito un buen polvo», pensaba, «y respecto de una buena mamada... bueno, el señor director se la ganó». Y la recibió.

Con creces.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

El resto de enero pasó con relativa tranquilidad. El primer castigo fue en la biblioteca, como quería la encargada. Los otros, tal como Francisca temía, fueron limpiando y pintando.

La Asociación aceptó feliz a los nuevos voluntarios. Les encomendaron una serie de tareas y pidieron tres coreografías, incluyendo alguna de Giselle. Ensayaban todos los viernes en la tarde y después se quedaban en la casa del frente, ya que el sábado debían presentarse a las siete de la mañana y preferían utilizar el tiempo estudiando y no yendo cada uno a sus casas.

Terminaban la jornada del sábado al medio día agotados, pero estudiaban toda la tarde y gran parte de la noche. Francisca tuvo que conformarse con la tarde del domingo para compartir con Baran y ni eso en ocasiones, ya que el trabajo escolar se le acumulaba. Pero él, que no quería perder oportunidad de estar con ella, iba a su departamento y la ayudaba con todo lo necesario, no solo el domingo, sino que todos los días de la semana que pudiera, al quedarse hasta tarde en su oficina con ella o yendo a su departamento.

A pesar de todo, al llegar la segunda semana de febrero, Francisca era el ser más feliz de la tierra según su propia clasificación. Baran quería llevarla a cenar aprovechando que el catorce sería viernes. Tuvieron una pequeña discusión, pero finalmente optaron por la alternativa segura y aceptaron la idea de Malik y Pietro de cenar en casa e invitar a Nicolle, Jean y Marguerite.

—Eso es patético, *Francesca* —dijo Pietro cuando preparaban la cena entre todos.

—¿Qué? —Francisca levantó el cuchillo con el que trabajaba picando una cebolla.

—Eso, niña, eso. —Pietro apuntó su labor—. Si mi *nonna* te viera, te encerraría en la torre más alta que pudiera encontrar.

—¿Por qué? —preguntó Francisca molesta.

—Niña, no estás picando esa cebolla, la estás destrozando...

—Yo que tú no me meto con Fran cuando tiene un cuchillo en la mano. —  
Baran pasó por atrás de la muchacha y le dio un beso en la cabeza.

—Y escucharía a tu amigo —dijo Nicolle—, sabes que las mujeres pequeñas son vengativas.

—Y no es como que no tenga la fuerza para darte al menos una buena patada —agregó Malik antes de quitarle el cuchillo a Francisca y seguir él con la cebolla.

—Bueno, si no quieren que pique la cebolla, haberlo dicho. —Francisca encogió los hombros—. Me ofrecí porque todos tienen algo que hacer, pero soy la primera en reconocer el desastre que hago en la cocina.

El timbre anunció la llegada de los últimos invitados, y la velada siguió así, con bromas, conversaciones, juegos y alcohol, especialmente por parte de Pietro, que bebía vino en abundancia. En un momento, Francisca, muy preocupada, se acercó a él y le quitó la copa.

—No vale la pena. —Con ternura acarició su mano.

—Perdona que no te tome en serio, pero tú estás aquí y tu hombre a dos metros —dijo Pietro tratando de tomar la copa de nuevo—, y el mío anuncia su compromiso por la prensa de toda Italia.

—Pero yo estoy acá, celebrando mi primer auténtico día de San Valentín, en la ciudad más romántica del mundo, encerrada en un departamento con todos los amigos de mi hombre, como dices tú, y no en un precioso restaurant con vista a la Torre. Además, si él no sabe apreciar el tesoro que tiene en ti, no te merece. Cualquiera día va a llegar a ti un buen hombre, alto, rubio, atractivo, simpático... tal vez un excelente bailarín y uno de mis mejores amigos en el mundo entero... —Sonrió traviesa—. Y tú no lo vas a ver, metido en el fondo de una botella de vino, llorando por un tipo que no vale la pena.

—Maldito Baran —dijo Pietro sin estar enojado en verdad—, no me molestaría que tus vaticinios se hicieran realidad.

—Tal vez no sea John el hombre que llegue a tu vida, pero Cosimo

ciertamente no te merece, y espero que el día de su boda se le caiga la verga teniendo que cumplir con sus deberes maritales. Y eso lo aprendí a Baran. —Pietro la miró sorprendido por un segundo y después rio tanto que se olvidó totalmente de la copa de vino que Francisca no demoró en alejar.

—¿Qué? —preguntó Baran notando recién el intercambio entre ellos.

—Adoro a tu chica, ¿lo sabías? —respondió Pietro hipando de la risa—, agradece que soy gay, si no, trataría de levantártela.

—¿Qué hizo ahora mi Pequeña Fran? —preguntó Baran, indulgente, acercándose a ella.

—Adelante —indicó Pietro captando la necesidad de aprobación de Francisca—, ellos aún no lo saben y mejor tú que yo.

—Hoy la prensa italiana anuncia un futuro matrimonio —dijo Francisca mirando a los demás.

—Mierda —masculló Jean, con las mejillas coloradas de rabia—. Maldita mierda.

—¿Es suficiente el vino o quieres algo más fuerte? —le preguntó Nicolle a Pietro.

—¿Por qué se ríen entonces? —preguntó Marguerite.

—Porque yo —explicó Francisca— expresé mis buenos deseos. Le dije a Pietro que esperaba que el día de la boda, al cumplir con sus deberes maritales, a Cosimo se le cayera la verga.

Si la música, los paseos de las visitas y el aroma de la exquisita comida no lo habían hecho, seguramente la explosión de carcajadas que llenó el cuarto alertó a todos los vecinos que en el departamento de Baran y Malik había una fiesta. Una buena fiesta que se extendió por horas.

Pietro cantó. Malik y Jean hicieron una demostración de boxeo. Nicolle y Marguerite contaron chistes. Baran y Francisca bailaron. Todos se divirtieron de lo lindo jugando a las adivinanzas. Todos pagaron prenda cuando les correspondió.

—Uno de los mejores momentos de mi vida —le confesó Francisca a

Baran cuando se acostaron después de ver el amanecer—, solo comparable con alguna de las ocasiones en que jugamos mueve el trasero con el Quinteto. O cualquier momento contigo —dijo, ya casi totalmente dormida.

Con una serena sonrisa en los labios, Baran se durmió.

\*\*\*

Lo bueno de la segunda mitad de febrero era que los muchachos ya habían cumplido con una parte del castigo. Lo malo era que quedaban seis semanas para el Concierto de Primavera y siete para la gala de la asociación, así que el trabajo, en vez de disminuir, se multiplicó.

Apenas alcanzaron a tener tres sábados libres, solo lo justo para preparar una ronda de exámenes, antes que Baran volviera a citarlos para ese día. Ya que el viernes en la tarde trabajaban para el recital en la academia, los hizo ir el sábado en la mañana para preparar la gala.

El último domingo antes del término de clases, Francisca estaba con Baran en el departamento de él, fracasando miserablemente en ver una película. Su suave ronquido alertó a los hombres de que ella dormía profundamente. Pietro rio. Malik miró enojado a Baran.

—Estás siendo demasiado severo con las prácticas —le dijo.

El ruso se limitó a tomar a Francisca en brazos y llevarla a la cama. Con el movimiento, ella despertó, pero las tiernas caricias en su pelo la llevaron nuevamente al reino de los sueños.

Volvió a despertar muy entrada la noche, asustada.

—Tranquila, *lyubov* —susurró el ruso medio dormido—, tranquila. Aún faltan varias horas para ir a la academia.

Absolutamente confiada, Francisca volvió a dormirse.

\*\*\*

Esa última semana de clases fue caótica. Todos corrían desbocados y la desgracia llegó en medio de la actividad frenética. Dos alumnas de primero y uno de segundo chocaron en medio del salón, por lo que salieron todos despedidos en distintas direcciones. Lo peor era que nadie sabía qué hacía el alumno de segundo en un ensayo del primero.

Decir que Baran estaba furioso era quedarse corto. Lo único bueno, decía, es que sus papeles en las obras eran tan irrelevantes que no importaba sacarlos. Lamentablemente, había preparado los bailes de segundo considerando un bailarín más y cambiarlo cuando quedaba tan poco tiempo era casi imposible. Recorrió dos veces la academia con un paso casi militarizado, muy distinto del calmado y elegante de siempre. Nadie se atrevía siquiera a mirarlo. *Madame* Fayolle y *madame* Signoret no sabían qué hacer y mantenían los ensayos corriendo de alguna manera.

Cuando era evidente que Baran no se calmaría por sí mismo, Francisca pidió permiso para ir al baño. *Madame* Signoret la autorizó y siguió ensayando con los alumnos de primero mientras los de segundo descansaban un momento. Afuera del salón se encontró con Malik, quien sutilmente la guió hasta el pasillo donde estaba Baran, y se quedó a unos metros a modo de vigía.

—Si hay alguien que puede lograrlo —Francisca rozaba apenas sus dedos—, ese eres tú.

—No se me ocurre nada —dijo Baran con el acento muy cerrado.

—Ya se te ocurrirá —Francisca le dedicó una breve sonrisa.

—No sabes las ganas que tengo de abrazarte y besarte en este momento. —Baran tragó dificultosamente, sin poder evitar enredar sus dedos con los de ella. Un fuerte carraspeo los separó.

—En mi corazón lo haces —murmuró Francisca antes de seguir un camino dando vueltas a lo largo de la academia para evitar volver directamente a la sala de ensayos donde practicaban.

Unos quince minutos después, un relajado director retomaba el mando del ensayo.

—Gaccioni —exclamó cuando entró—, hoy va a recibir el más grande honor que se ha entregado en la academia. Por primera vez en más de noventa años de historia, un alumno de primer año va a participar en las coreografías de segundo.

—Gracias, señor. —El muchacho, risueño y orejón, dio un paso tranquilo.

—No me lo agradezca aún —dijo el director—. Si falla, está fuera de la academia. *Madame* Fayolle, lleve al resto a ensayar a otra parte, solo quiero a los cuatro fantásticos y a Gaccioni por el resto del día. Mañana ellos están excusados de las clases teóricas. Trabajarán conmigo desde las ocho de la mañana. Muévanse.

Todos corrieron para seguir sus instrucciones. Francisca miró de soslayo a Baran y le sonrió.

El recital fue una auténtica maravilla. Todos estaban felices. Esperaban ver algo tan fantástico como *Giselle* y no los decepcionaron. Todas eran creaciones originales del director o de un profesor. Una, particularmente, creada por *madame* Signoret, sacó un estruendoso aplauso.

Por supuesto, fue la presentación de cierre de la función, con libreto original de Baran, música compuesta por Pietro y protagonizada por los cuatro fantásticos la que se llevó los galardones.

Algo que todos aplaudieron fue la increíble mezcla de estilos. Algo que Francisca y Teresa disfrutaron mucho fueron sus roles. Atrás quedó el dulce ángel y la enérgica villana que había encantado al público en diciembre.

En esa ocasión, Francisca era la *mala*, una mala sutil que hechizaba a la abnegada mujercita, interpretada por Teresa, para que despreciara al héroe de guerra que era su amor, Thomas, y cayera en las redes de su hermano, John, tan cruel como ella sutil, para ser finalmente traicionada por su despótico hermano.

Con su último aliento de vida, la bruja convertía a su hermano en una estatua que debía sonreír por siempre mientras veía a generaciones y generaciones de niños crecer a su alrededor, especialmente los descendientes de aquellos a quienes desearon el mal, interpretados por los mismos Teresa y



Thomas, pero con otras vestiduras y otros estilos de baile.

Los ramos de flores entregados en esa ocasión fueron incluso más grandes. No se pusieron de acuerdo previamente, pero John tomó a Francisca de la mano para ayudarla a bajar del escenario e ir hasta donde estaba sentado el director y llevarlo con ella. Lo mismo hicieron Thomas y Teresa con *madame Fayolle* y *madame Signoret*.

«Al menos», le diría Baran a Francisca el sábado en la noche, «no se pusieron a discutir en los camarines por el orden, ya que los más talentosos son también los más atractivos. Excepto Gaccioni, eso sí».

La fiesta fue un éxito y aunque no viajarían al día siguiente, los amigos fueron al departamento de Thomas a hacer su tradicional pijamada de fin de trimestre y se quedaron descansando la mañana del sábado, aprovechando la extraña circunstancia de no tener nada que hacer, para recibir masajes y tratamientos.

El lunes se presentaron todos juntos ante la organización de la gala. Trabajaron toda la mañana ordenando papeles y haciendo trámites. En la tarde tendrían ensayo, pero recién a las tres, por lo que aprovecharon de ir al departamento de Thomas y almorzar tranquilamente para celebrar el cumpleaños de Teresa. Invitaron a Paulo, pero él declinó.

Después, Francisca se encontraría con Baran en el departamento de ella.

Fue una semana maravillosa, sin tener que pensar en trabajos, cumpliendo un horario relajado, estando casi totalmente solos en la academia. El miércoles, Thomas entregó una generosa donación, que fue depositado en la cuenta de la academia. El jueves, Baran les mostró el cheque de la academia que sería entregado en la gala.

Ese día, los amigos llegaron temprano al teatro y estarían hasta la noche. Prepararon escenarios, ayudaron con el vestuario y asistieron con el maquillaje y peinado.

El número de *Giselle* fue una rápida sucesión de bailes sueltos que terminaba con unas preciosas Willis de entre cinco y ocho años sacadas de una escuela de *ballet*. No fue un número muy ordenado, pero sí precioso, con

las niñas corriendo por el escenario, guiadas por Teresa y discretamente ayudadas por Francisca. Todos rieron y aplaudieron a rabiar.

*Malen'kiy* arrancó suspiros, y el baile final, con Paulo Baptista de protagonista, fue aclamado por todos. La guinda de la torta la puso el generoso cheque que se entregó a nombre de la academia. Sin que nadie lo dijera, los muchachos supieron inmediatamente quiénes eran los directivos presentes. Un nada disimulado orgullo los distinguía del resto.

Después volvieron a trabajar arduamente tras el escenario. Francisca iba de un lado para otro preparando el último número cuando una caja mal ubicada la hizo caer y doblar su tobillo.

Todos corrieron a su lado, pero el primero que llegó, a pesar de ser el que estaba más lejos, fue el director, quien tomó delicadamente a Francisca en sus brazos, le habló en ruso y salió en busca de ayuda, con el resto de los miembros de la academia siguiendo sus pasos.

—Es solo un esguince leve —sentenció el médico que la revisó—, nada de qué preocuparse. Dos días de reposo absoluto, con hielo y los medicamentos que le voy a dejar. Después debe tomárselo con calma por una semana o diez días.

—Debo volver a la academia el próximo lunes —dijo Francisca preocupada.

—Ningún problema, ya debería estar bien —explicó el galeno restándole importancia—. Tendrá que utilizar tobillera por un mes al menos. Lo más importante es que no use ese tobillo para nada en las próximas cuarenta y ocho horas. Cuando se levante el lunes, ya debería estar desinflamado. Puede ir a un kinesiólogo que la ayude a sanar más rápido, pero a partir del lunes. Ahora, a la cama, jovencita. —Terminó el doctor, entregándole los medicamentos prometidos, para después retirarse.

Estaban en la sala de enfermería del teatro, con Francisca recostada en una camilla y sus amigos alrededor. Incluso Paulo estaba a los pies de la muchacha. Baran tenía una expresión insondable, con los brazos laxos a sus

lados, apoyado en el muro, lo más lejos posible de la camilla.

La había dejado sobre ella y había permitido que sus amigos lo apartaran de su lado, sintiéndose impotente por no poder exigir su derecho de quedarse junto a Francisca, de protegerla cuando más lo necesitaba. Había odiado cada segundo de tierno cuidado prodigado por John y Teresa. Había sentido ansias homicidas al ver a Thomas y Paulo correr en búsqueda de ayuda. Quiso zarandear al médico por su lento y pausado actuar.

Quiso llorar como un niño cuando escuchó «esguince leve» después de todos los exámenes que hizo el doctor. Quería tomar a Francisca en brazos y llevarla con la única persona en el mundo que confiaba en esos menesteres, Malik, y que él la examinara, le hiciera rayos de verdad, no con esa vetusta máquina que tenían en el teatro.

Pero la peor prueba a su paciencia estaba aún por venir.

—Quiero que te vengas con nosotros a Estados Unidos, te voy a llevar a un hospital de verdad —decía Thomas—. Voy a llamar a mi primo, no sé dónde hacemos más donaciones, voy a tener al maldito mejor traumatólogo del mundo entero esperando en el JFK, voy a...

—Vas a quedarte callado y dejarme decidir, soy una mujer adulta —refutó Francisca—. Ya escuchaste al doctor: reposo. Por muy cómodo que sea el avión privado, no es mi cama.

Una y otra vez Thomas volvió a la carga intentando que Francisca aceptara alguno de sus planes, pero ella insistía en quedarse en su propio departamento. El argumento más fuerte de Thomas, en ese sentido, era la falta de ascensor y lo sola que iba a estar Francisca, pero ella no quiso escuchar ninguno de sus argumentos.

—¡POR EL AMOR DE DIOS, THOMAS, ÁNDATE! —gritó Francisca en español cuando ya estaba más que molesta, para exasperación de todos.

—Director, ¿no puede usted amenazarla con expulsarla de la academia o algo así, por favor? —preguntó Thomas ante la evidente molestia de su amiga.

—Técnicamente, está de vacaciones, así que no —dijo Baran con las

mandíbulas apretadas, signo infalible de su mal humor. Es decir, estaba a punto de empezar a reír por no ser la víctima de la ira de Francisca—. Lamentablemente, no pueden decidir por ella, ya que es mayor de edad. Y yo tampoco, aunque el mundo sería mucho mejor si más personas me dejaran decidir por ellas.

—Gracias, señor director —dijo Francisca sin mirarlo.

—No me agradezca. Mejórese —indicó Baran desde la puerta—. En la academia tenemos todas las máquinas necesarias para hacer terapia física. El entrenador Malik tiene estudios en kinesiología y algunos colegas a los que recurrir. Vaya a la academia el lunes. Buenas noches.

Después de la salida del director, todos se quedaron en silencio por unos momentos, en una tensa espera. Thomas quería volver a insistirle a Francisca para que fuera, al menos, a su departamento a pasar la semana. Teresa quería que Thomas se dejara de tonteras, porque seguro que, como que el cielo tenía estrellas, Francisca no iba a dejar de hacer exactamente lo que quisiera. John estaba dividido entre el respeto por su amiga y la necesidad de cuidarla. Paulo solo quería que todo terminara y poder irse a casa. Francisca quería que la dejaran en casa y se fueran, para esperar tranquila el retorno de Baran, que seguramente había ido a su departamento a buscar algunas cosas para estar un par de días con ella.

—Fran —dijo Thomas, pero no fue capaz de decir nada más.

—No, Tom —Francisca estiró su brazo para tomar la mano del americano —, solo llévame a casa y ayúdame a subir hasta mi departamento. Ahora, vamos, que muero de hambre.

\*\*\*

Cerca de una hora después, Francisca estaba en su cama cuando escuchó la llave en la puerta y los pasos seguros y firmes de Baran atravesando el pequeño departamento. Francisca agudizó el oído al creer escuchar una

segunda persona entrar.

—¿Estás visible? —preguntó Baran, asomándose por la puerta.

—Claro. Teresa me dejó con pijama, lamentablemente, el más feo que tengo.

—Eso me gusta. —Baran abrió la puerta—. Viene Malik conmigo, para examinarte.

—¿Por qué no me extraña? —preguntó Francisca irónica.

—Agradece que Pietro se fue a Roma ayer —dijo Malik entrando en su dormitorio—, o andaría como mamá gallina revoloteando por acá.

—¿Cenaste? —preguntó Baran después de besarla en la frente y ordenar su cabello suelto.

—Claudette iba a preparar algo si no llegabas luego. —Francisca acarició su mejilla.

—Ya pedí comida—dijo Baran—. Obviamente, Claudette ya sabe, ella me pasó la llave. ¿En qué estás tú que no empiezas a mirarle el pie? —preguntó Baran a Malik, mirándolo molesto.

—Viendo una película romántica —dijo el senegalés irónico, sin dejarse intimidar por el tono beligerante de su amigo—. Permiso, Francisca —agregó, sacando la bolsa de hielo que cubría el pie de la muchacha.

Miró atentamente el tobillo y comenzó a manipularlo, midiendo la reacción al dolor de Francisca. Después de largo rato y muchas miradas molestas del ruso, volvió a cubrir el tobillo y miró la caja de los medicamentos que le habían dejado.

—Estoy de acuerdo con el doctor —dijo finalmente—, incluso no creo que sea necesaria terapia física. El esguince es casi inexistente, yo diría que es apenas una inflamación severa. Dos días de reposo, antiinflamatorios, hielo y cuidados y vas a estar como nueva.

—Pero... —Baran calló inmediatamente cuando Malik lo ignoró y siguió hablando.

—Dada la naturaleza exigente de tu profesión, vamos a hacer terapia y, tal

como dijo el médico, vas a usar tobilleras para las prácticas. Y el director no te va a citar para clases extra por al menos un mes —agregó mirando a Baran—. ¿Estamos claros?

—Sí —respondieron los dos, uno, molesto; la otra, risueña.

—Vamos a exigirle lo menos posible a tu cuerpo por un tiempo —concluyó el senegalés divertido—, claro que eso no quiere decir que no puedas ayudar al mundo manteniendo de buen humor a este maldito ruso imbécil.

—Vale. Me gusta esa instrucción —dijo Francisca—, la mejor que he escuchado hoy.

Por un rato más, siguieron conversando hasta que un golpe en la puerta les advirtió de la llegada de la cena. Comieron los tres juntos y después Malik se fue a cumplir otro compromiso.

A Francisca no le gustaba, pero no le quedó más remedio que aceptar la ayuda de Baran para todo, incluso ir al baño. Pero él, siempre atento a sus necesidades, la dejó en el cuarto, con la puerta entreabierta, y se retiró un par de metros. Cuando Francisca estuvo lista, la llevó de vuelta a la cama, se sacó la ropa y se metió, acomodándola a ella primero, y después se ubicó él, de la mejor manera que pudo, para abrazarla y que ella durmiera cómoda.

—Maldigo tu accidente y sus repercusiones —le dijo cuando ya estaban listos para pasar la noche—, pero no me molesta nada tenerte para mí una semana entera.

—Especialmente cuando se suponía que yo estaría camino a Chile en estos momentos —dijo Francisca adormilada bajo el efecto de sus caricias en el pelo.

—Mañana llamo a Isabel, ¿de acuerdo?

—Bueno —murmuró Francisca, recibió pasiva su último beso y se durmió.

\*\*\*

Con disgusto, Francisca notó que eran las diez de la noche del domingo y al otro día volverían todos a la vida normal. Esa sería la última noche que Baran pasaría en su departamento.

Había sido una semana maravillosa. Por dos días, Baran satisfizo hasta su más mínimo deseo, la cuidó, la acompañó, llamó a su hermana y volvió riendo por alguna tontera que le había dicho Isabel. Y después empezó a llevarla a la academia todos los días para que trabajara con Malik.

El lunes, él la llevó en brazos hasta el taxi, Malik los esperaba con una silla de ruedas, algo absolutamente exagerado según Francisca, pero se sometió a la mirada severa de los dos hombres, hasta que un nuevo examen determinó que la inflamación ya estaba totalmente ida y cambiaron la terapia de frío y descanso por calor y trabajo suave. Solo ellos tres estaban en las instalaciones, así que conversaban y reían como buenos amigos.

La *visita* que recibió Francisca esos días arruinó de alguna manera lo que fue una semana maravillosa, pero gracias a los tiernos cuidados, suaves besos, tranquilas caricias y largas conversaciones, Francisca comprendió lo que Baran quería decir con intimidad sin sexo.

El sexo sin intimidad sería una lección que probablemente aprendería en otro momento, pero no sería Baran quien se la enseñara.

Pero el domingo, Francisca no podía más de frustración. No encontraba el modo de decirle a Baran que ya podían mantener relaciones y algo así como «Hey, Vinográdov, estoy tratando de seducirte, a ver si te enteras» le resultaba muy violento.

Para el momento de acostarse, ya estaba desesperada, así que tomó medidas drásticas. Se sacó la bata y se acostó desnuda. No le costó nada que él quedara igualmente desnudo, recorriendo su esculpido tórax con las manos y bajando hasta el calzoncillo, tirándolo por sus piernas.

Baran se dejaba seducir, viendo a Francisca sonreír con el tesoro que descubrió. No era la primera ni la segunda y ya ni la décima vez que lo hacía, pero cada vez que lo tomaba dentro de su dulce boca, su piel ardía con el cálido aliento.

Francisca comprendió, mucho tiempo atrás, que era una mujer de múltiples talentos. Y también entendió que lo que la hacía tan buena en esas actividades en particular era que le encantaba ver cómo Baran perdía todo su férreo control cuando ella se dedicaba a acariciarlo.

Y claro, le encantaba la suave piel que recubría su masculinidad, sentirlo crecer dentro de su boca, el rudo sabor que era tan de él.

—Ven acá —le dijo Baran, tomando su cabeza para impulsarla y que llegara a su lado.

La ayudó a quedar sobre él, a horcajadas, y se levantó lo suficiente para alcanzar los pechos con la boca. Tomó uno y jugó largo rato con el pezón, mordisqueándolo, chupándolo, envolviéndolo con la lengua.

Cuando tomó el segundo, bajó con la mano hasta llegar a la húmeda intimidad, acariciando el clítoris con un dedo, poseyéndola después. Francisca gimoteaba al tomar la cabeza de Baran y obligarlo a levantarla para besar sus labios.

—Fran —gruñó, tratando de recostarla, pero ella no se lo permitió.

Con una mano lo empujó para que él se acostara. Con la otra, volvió a tomar su tersa masculinidad y la guió hasta el interior de su cuerpo. Baran rodeó las caderas de Francisca con sus manos, ayudándola, incentivándola a que se moviera. Y ella se deslizó suave, despacio, acelerando por momentos, buscando el apoyo de sus dedos entrelazados.

Y así estuvo, inmersa en el balanceo de sus caderas, en los gemidos y murmullos, con sus ojos cerrados, apretados los dedos, sintiendo como su cuerpo lo necesitaba más y más. Más cerca, más adentro, apretándolo ella, acariciándola él.

—Fran —dijo Baran soltando las manos de la muchacha para tomarla de nuevo por las caderas, impulsándose para quedar sentado, con la cara y los labios pegados a ella, a su mejilla, a su oído—. ¿Te he dicho, *lyubov*, que te... que me encanta verte así, dándome placer, disfrutando de mí?

Como siempre, agregó algunas palabras en ruso que ella, también como siempre, ni entendió ni le importó. Nada importaba cuando la levantó para



que cambiara sus piernas y lo rodeara, aprisionándolo también con los brazos, centrándose en sus besos, impulsándose uno contra el otro.

Minúsculas corrientes se formaban en sus músculos. Casi microscópicos impulsos eléctricos se apoderaban de ella y crecían, crecían, llevándola más lejos, a una luz brillante. La más brillante estrella del firmamento los rodeaba y las corrientes seguían creciendo, llenando cada rincón.

La mágica sensación no remitía, no. Se acrecentaba, se apoderaba de ella, de él. Sus pulmones no respiraban, su corazón no latía. Solo existía esa sensación, grande, dulce, atroz y dolorosa, la desesperación que no lo era en absoluto, que la cegaba a todo, que comprimía su cuerpo.

Ya no eran los brazos de Baran, era el fuego, era la vida.

—Baran, Baran —gemía ella—. Por favor, Baran... ¡Dios! Ahhh...

Baran la besó, acarició su espalda, pegándola más a él, que luchaba también, luchaba por su premio, por su placer, el de ella primero, siempre ella primero, casi sin poder resistir, sin saber que era justamente lo que Francisca necesitaba mientras gemía su nombre dentro de sus besos.

Y claudicó. No había poder sobre la Tierra o el abismo que impidiera que él se entregara, apretando aún más sus brazos en torno a ella, con su nombre en una silenciosa plegaria sobre la piel de su cuello.

Entonces, cuando Francisca sintió que se rendía a ella y la llenaba de su esencia vital, dejó que su cuerpo estallara en millones de trozos.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

La vuelta a clases era el comienzo del fin. Todos lo percibieron así. Durante abril y las primeras semanas de mayo irían acabando las clases tanto teóricas como prácticas y tendrían lugar las evaluaciones finales de cada asignatura.

A partir de la tercera semana de mayo y por seis semanas, los alumnos debían desarrollar su trabajo final para optar al grado de licenciado en arte y danza, respaldado por una universidad.

Esta última evaluación estaba dividida en tres partes. La primera, un trabajo escrito; la segunda era la defensa oral de dicho trabajo, y la tercera, una obra completa en dos actos, con libreto y música original, asistidos, en este último caso, por alguno de los músicos residentes. Por supuesto, Pietro ayudaría a Francisca y a sus amigos de acuerdo al guiño que recibió del músico mientras escuchaban al director.

—Mayores instrucciones serán dadas cuando corresponda —señaló Baran el primer lunes de clases—, pero primero deben ser capaces de sobrevivir al último mes de clases —agregó con el toque justo de maldad que hizo correr sudor frío por la espalda de sus alumnos.

Sobrevivir demostró ser la palabra clave. Ya nadie se sorprendía por la cantidad de trabajo que tenían. Ya nadie se quejaba de cansancio, el agotamiento era tan extremo que requerían más fuerza de la que tenían para quejarse. La última semana de clases los encontró rindiendo hasta dos exámenes diarios o defendiendo algún trabajo.

El jueves estaban escuchando una disertación cuando el director entró en la sala y se sentó en la primera fila. No miró a nadie, no saludó a nadie, el gesto de rabia que llevaba era terrible. Francisca pensaba que ni ella se atrevería a hablarle en ese momento.

Decir que fue un momento horrible era disminuir el espanto que todos

sintieron cuando, evidencia en mano, el director acusó a los alumnos de plagio. Y no de cualquier trabajo, sino que de su propia tesis doctoral. Antes de que el ruso se retirara, ya había dos expulsados más.

*Monsieur* Aubridot tomó el libro que había dejado el director en la silla que usó y empezó a hojearlo. Era la tesis doctoral de Baran, con las partes copiadas destacadas. El profesor tomó el trabajo escrito entregado por los alumnos y lo comparó. Llegó a la única conclusión posible.

El director tenía razón.

\*\*\*

A pesar del buen tiempo, Francisca y sus amigos eligieron refugiarse en la casa. Aún estaban choqueados por los eventos de la mañana. Lo peor era que ellos no habían alcanzado a defender sus trabajos y ahora los miraban enfebrecidos, preocupados de no haberse saltado alguna cita bibliográfica o de no haber omitido alguna comilla al momento de utilizar alguna idea ajena.

—¿Cómo puede pasar esto la última semana de clases? —preguntó Thomas, que pasaba sin ver hoja tras hoja de su trabajo.

—Lo peor no es eso, lo peor es la manera como lo dijo el director —aportó Teresa, que le pegaba a cada rato en las manos a Thomas para que dejara de toquetear las hojas.

—Hasta el Concierto de Primavera era un ser humano casi normal, y la gala fue increíble. —John no trataba de intervenir en la rápida revisión de Francisca—, incluso el último comentario, cuando Tom le pidió que amenazara a Fran... me pareció casi gracioso...

—Si te parece gracioso pensar que el mundo estaría mejor bajo la tiranía del hombre más odioso de la Tierra, entonces fue hilarante. —Francisca estaba medio aturdida aún, por lo que no se daba cuenta de qué decía exactamente.

—No es el hombre más odioso de la Tierra —dijo Teresa—, es solo...

bueno...

—Terry piensa que debajo de tanto músculo y frialdad hay un tierno corazón tratando de salir —completó Thomas por la cubana—, cree que de otra manera nunca pudo haber creado algo tan bello como *Malen'kiy*. Incluso investigó lo que significaba. Quiere decir Pequeño...

—Bueno también puede ser Pequeña —corrigió Teresa—. Después de la aclaración que hizo el día que expulsó a Jouvét, me inclino a pensar que lo compuso para una mujer.

Francisca estaba tan blanca como las hojas de papel que revisaba. Malinterpretando su gesto, John se abalanzó exigiendo una explicación.

—¡No me digas que nos equivocamos! Fran, por favor, dime que podemos corregirlo.

—No es eso —dijo Francisca evadiéndolo—, lo que hizo él fue abominable, pero ellos... ¿Se dan cuenta de que llevan dos años haciendo trampas? No solo se burlaron de la academia y de los profesores, sino que nos tomaron por tontos a nosotros también.

—¿Saben qué? —Teresa le quitó de las manos los trabajos a Thomas y Francisca—, si nos equivocamos en algo, no fue intencional, solo un error. Nosotros lo sabemos y ninguna investigación podría demostrar lo contrario. Pero si no podemos defender, estamos fritos. Almorcemos, relajémonos un rato y volvamos a la academia.

—Esa es una maldita buena idea, como diría el dictador. —John respiró profundamente para relajarse—. Ahora, respecto de *Malen'kiy*... —agregó cambiando el tono al típico jugueteón—. ¿Cómo será la mujer que lo conquistó?

—De partida, excesivamente hermosa —dijo Teresa— para que un tipo tan buenazo como el maldito ruso ese se fije en ella... uff...

—¿Rusa? ¿Francesa? ¿Italiana? —preguntaba Thomas.

Y ellos siguieron conversando mientras Francisca escuchaba sus teorías y tonterías, pensando que todos morirían si supieran que no tenían más que mirarla para saber quién era *Malen'kiy*.

\*\*\*

Por suerte, la semana terminó sin más incidentes, excepto la visita de Francisca a la oficina de Baran el jueves para celebrar su cumpleaños. Sabía que lo encontraría ahí, aunque no se habían puesto de acuerdo para reunirse. Se suponía que celebrarían ambos cumpleaños el día viernes en el departamento de ella, pero Baran estaba esperando la llamada de su hermana, que estaba en el turno nocturno del hospital donde trabajaba, por lo que se desocuparía muy tarde.

—Esto no quiere decir que mañana no vaya a tu casa, Fran —dijo Baran cuando se retiraba.

—Y pretendo que te quedes todo el fin de semana. —Francisca lo besó nuevamente.

—Solo el sábado, *lyubov* —rectificó Baran volviendo a sentarla en sus piernas—, y el domingo puede que repitamos, pero voy a tener que dejarte en algún momento.

—¿Por qué? —preguntó Francisca, acariciando su mentón.

—Tengo una cena de negocios, cariño, de las ofertas de trabajo. Esta me gusta mucho.

—Ah, a la caza del director rojo —dijo la muchacha riendo—. ¿Qué te ofrecen ellos? ¿Un palacio, un yate? Sabes, me da envidia pensar que recibas tantas ofertas y yo no sé qué va a pasar conmigo de aquí a dos meses.

Inmediatamente, el gesto de Baran cambió. No era el relajado semblante post sexo en la oficina, sino que una preocupación enorme se apoderó de él. Pero cerró los ojos, movió la cabeza unos milímetros y nuevamente era el tranquilo hombre del cumpleaños.

—No tienes nada de qué preocuparte, *lyubov*, excepto por graduarte. Después, ya veremos.

—Lo sé, loco. —Le besó la punta de la nariz y se rio—. Además, no quiero hablar de esto contigo, tienes tus propios problemas. Prefiero hacer

otras cosas contigo. ¡Y! Es un gran «y» como te darás cuenta, no estoy aquí como tu alumna, es terriblemente inmoral discutir esto contigo sentada en tus piernas después de haber tenido una gran sesión de sexo en la alfombra. ¿Nos vemos mañana? —Francisca se puso de pie, firmemente decidida a irse en esa ocasión—. Espíame para vernos salir de la biblioteca, tipo siete de la tarde, y me das dos horas a partir de ese momento.

—De acuerdo —dijo Baran acompañándola hasta la puerta, ayudándola a tomar su mochila—. Ese bueno que me autorices a espiarte, ya que lo hago de todas maneras.

Francisca se fue riendo por ese último comentario.

\*\*\*

El viernes fue un día largo, largo. Tenían que dejar inscritos los temas e ideas del trabajo final. Cada profesor estaba disponible para escucharlos y guiarlos. En último lugar estaban los músicos. Pietro ni siquiera se tomó la molestia de sentarse hasta que vio a Francisca aparecer en la sala de Apreciación Musical. Conversaron un rato los cinco de las ideas que tenían, y él les presentó varias propuestas con la ayuda del órgano eléctrico que había dejado para ese propósito.

—Suenan horrible. —El italiano sonreía—. Pero es solo para hacernos una idea.

—Maestro —dijo John.

—¿Sí, Brown?

—Disculpe, pero ¿cómo hacemos para conseguir más músicos?

—¿No soy suficiente acaso? —preguntó, con sorna, Pietro.

—No es eso. —John estaba un poco colorado—. Ese que queremos percusiones y guitarras.

—Ningún problema —dijo Pietro—, no solo toco el piano. Además, tengo muchos amigos que me ayudan. Y no vamos a grabar acá, por supuesto.

Estos equipos requieren un cambio urgente, el director lleva dos años peleando por eso. Pero yo tengo un amigo que tiene un estudio profesional.

—Bien. —John exhaló—. No sabe cómo se lo agradecemos.

—No hay nada que agradecer, Brown, lo que sea por los mejores alumnos que ha visto esta academia en años.

Después se retiraron, con Francisca cerrando la marcha. Antes que nadie pudiera darse cuenta, la muchacha se burlaba de Pietro, tirándole besos a John, con un gracioso gesto en las cejas.

Otra batalla tuvo lugar al término de la jornada. John quería que todos aceptaran irse por el fin de semana a casa de Thomas para celebrar el cumpleaños de Francisca y comenzar a preparar el trabajo final. Argumentos a favor y en contra fueron y vinieron, pero finalmente les quedó claro a todos, excepto a John, que Francisca no quería estudiar ese fin de semana.

Cuando llegó a su departamento, lo arregló rápidamente. Traerían la cena del restaurant favorito de Baran, pero la entretención sería responsabilidad solo de ella, por lo que corrió a la ducha. No estaba nerviosa a pesar de ser la primera vez que conscientemente se arreglaba para esperar a un hombre.

«Pero», se dijo filosóficamente, «es Baran, y él ya me ha visto en mis mejores y peores días». Así que se relajaría y disfrutaría de la velada.

\*\*\*

—¡Fran! —Escuchó por tercera vez el grito de Baran y salió del dormitorio aún medio dormida, bajando la camisa del hombre por sus caderas.

—Ya te escuché —gruñó molesta, restregando sus manos por la cara—, no necesitas seguir...

—Fran —le dijo una cuarta vez, aunque esta ya no gritando.

—Con razón tu casero no quería pasarme la llave, Franny. —La voz de John la sacó definitivamente de su aturdimiento—. Solo lo conseguí porque

llevaba media hora golpeando la puerta y no abrías, aunque la bicicleta está amarrada abajo.

—John —susurró Francisca mirando alternativamente a los dos hombres.

—Sí, sigue siendo mi nombre —dijo su amigo irónico.

—¿Me preparaste esto para desquitarte por la vez que Malik te sorprendió en el departamento, Fran? —preguntó Baran cruzando los brazos sobre su pecho desnudo—. No me mires así, eres perfectamente capaz de hacerlo, descarada.

—Si le sirve de consuelo, no, no lo hizo —respondió John por ella—. Es más, ella ni siquiera quería que yo viniera hoy para acá, a pesar de que tenemos que practicar y este lugar es mucho más grande que el sucucho donde yo vivo.

—Bien —sentenció Baran dirigiéndose al dormitorio—, los dejo para que practiquen entonces. Voy a necesitar mi camisa, Franny.

—Claro —dijo Francisca siguiéndolo, después de mirar brevemente a John.

Cuando ambos estuvieran vestidos, salieron de la mano del dormitorio. «Espero que arregles esto», le había dicho Baran a Francisca cuando se vestían. «No te preocupes, hay pocas personas en el mundo más confiables que Malik», replicó la muchacha, «y John es una de ellas».

De pie junto a la puerta, hablaban en susurros.

—¿Almorzamos mañana? ¿O tienes que estudiar? —Baran acarició la tersa mejilla femenina.

—Almorcemos. Después voy donde Tommy, pero a celebrar mi cumpleaños.

—De acuerdo.

—Que te vaya bien a la noche —le deseó, mirándolo con ternura.

—Gracias —dijo él, perdiéndose en su mirada—. Espero que todo salga bien. Sería...

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó John—. Bésela de una buena vez y



váyase, tenemos mucho que hacer.

—Mira, Señora Fantástica, no suelo hacerle caso a los alumnos —respondió Baran después de reír—, pero ante tan apreciable idea, cambiaré mis costumbres. —Se inclinó y besó largamente a Francisca—. Nos vemos mañana. Hasta el lunes, John.

Cerró la puerta cuando ya lo había perdido de vista tras el primer recodo en la escala. No tenía la costumbre de quedarse mirándolo, pero necesitaba calmarse para enfrentar a su amigo.

—¿Me vas a explicar ahora qué rayos estás haciendo casi desnuda con el dictador? —preguntó John en cuanto ella se volvió.

—Vaya, yo pensaba que la inocente era yo y ahora resulta que hay que explicarte lo que pasa cuando un hombre y una mujer se desnudan —dijo Francisca caminando hasta el refrigerador para sacar dos botellas de agua—. Será que nunca has estado con una.

—Ya, lo tengo merecido, ¿no? —dijo John aceptando la botella—. Una pregunta muy estúpida. En todo caso, no quiero saber qué haces desnuda con un hombre cualquiera, sino, justamente, con el dictador, a quien proclamaste el ser más odioso de la faz de la tierra no hace más de dos días atrás. Y con el que llevas peleando a la cara y por su espalda en los últimos dos años.

—En realidad, es un hombre muy tierno y hace mucho que no discuto con él —dijo Francisca al sentarse junto a su amigo en el único sofá del departamento.

—Ya, boba, déjate de soñar y cuéntame. ¿Desde cuándo pasa esto?

—Esto, así, él viniendo a mi departamento o yo yendo al suyo, un poco más de seis meses.

—¿¿QUÉ?!

—Pero la primera vez que estuvimos juntos fue después de los primeros exámenes del año.

—¿Cómo mierda pasó esto, Franny? ¿Cómo mierda empezó? ¿Un día, simplemente, se te acercó y le abriste las piernas? ¿Por qué?

—No te pongas vulgar, que no te cuento nada. —Francisca se recostó en el sofá y bebió un trago de agua.

—Está bien, me pasé, lo siento.

—De partida, tienes que saber que no lo hice por mantenerme en la academia ni por aprobar. No es ese tipo de hombre y en realidad no soy ese tipo de mujer. Aunque por ustedes, tal vez hablaría con él del tema.

—Entonces Tommy sí te debe la mitad de su fortuna —dijo John riéndose.

—No aún, pero podría hacerlo, todavía falta la tesis. —Francisca rio con su amigo brevemente—. El año pasado, cuando volví de Chile con un kilo extra, como sabes, me quedaba practicando después de que ustedes se iban, hasta que un día alguien detuvo la música. Mi estupor fue enorme al ver al director ahí, observándome...

Y así comenzó a relatarle todo lo que había pasado. Su sorpresa al verlo una segunda vez, la impaciencia en la tercera, como cada vez que se encontraban de noche y con la academia vacía se quedaban hasta un poco más tarde. Lo extraño que le resultaba verlo como una persona normal, como un compañero en las noches y luego volver a enfrentarse a él como el director.

También le dijo como habían comenzado a conversar, ese día en que ella se había caído, que esa noche, pálido como una hoja de papel, le había revelado el gran secreto de su vida, el motivo por el que se había retirado del *ballet* y comenzado con la enseñanza.

Y como de a poco había descubierto el hombre verdadero que se escondía detrás del señor director. Que lo había enfrentado una noche, cuando se dio cuenta de que tanto el maestro Colantoni como el entrenador Malik eran sus amigos y que si ellos reían cuando debían representar la pantomima del dictador con él, se debía solamente a que se divertían a costa suya porque sabían que odiaba tener que ser tan malvado.

—¿Qué? —preguntó John, interrumpiéndola por primera vez en su relato.

—Claro, tonto. No te diste cuenta que te dijo «Hasta el lunes, John».

—Ahora que lo dices, sí. Estaba demasiado impresionado cuando llegué y

lo vi casi desnudo como para notar nada más.

—Bueno, totalmente desnudo es aún más impresionante.

—No necesito que me lo expliques, después de todo, nuestra inocente paloma se está acostando con el hombre.

—Es el mejor amante que he tenido. —Francisca mordió la risa que quería escapar.

—Es el único amante que has tenido. —John rio abiertamente, golpeando el hombro de Francisca con el suyo—. ¿Cómo fue, dónde, la primera vez?

—Estábamos bailando. Yo me di cuenta de lo pegados que estábamos y él tenía una mano justo bajo mis pechos. Estábamos escuchando música al azar y cuando cambió la canción, era una lenta, así que me afirmó más cerca de él. Entonces lo noté... ehh... sus... bueno, músculos duros... y él me besó. Y yo casi perdí la conciencia. Literalmente, no supe ni mi nombre hasta después.

—¡Por Dios, Franny! Que tonto de tu parte. ¿Cómo te acuestas con un tipo en una sala de la academia, por mucho que sea el director? ¿Y si te hubieras quedado embarazada?

—Estuve preocupada por eso más que por lo otro, hasta que fui al ginecólogo tres días después. Pero ni estoy embarazada, ni voy a estarlo. El doctor me dio anticonceptivos. —A propósito, no le dijo todo lo que había conversado con el doctor. Era muy duro para ella asumirlo.

—¿Y después de eso?

—Lo peor fue la primera clase, el lunes siguiente. Incluso peor fue el miércoles, ya que tuve que bailar con él. Me habló, quería conversar conmigo, habíamos tenido una pelea horrorosa ese día, cuando... En fin, ya no me quedaba en las tardes a pesar de que él, según me contó después, me seguía esperando. ¿Te acuerdas de ese fin de semana largo en noviembre?

—Por supuesto.

—El sábado nos encontramos en el centro, me invitó a tomar café y yo acepté, más por cansancio que otra cosa, quería que me dejara en paz, pero no podía olvidarlo. —Francisca sonaba angustiada. Respiró profundamente y

siguió—: Después... bueno, lo que me dijo... bueno... me convenció de ir a su departamento, ya que Mal y Pietro habían ido a la casa de este último.

—¿Mal? —preguntó John frunciendo el ceño—, ¿te refieres al entrenador Malik?

—Sí, así le dice Baran.

—¿Baran?... Claro, el dictador tiene que tener un nombre, ¿no? Sus padres no pudieron ponerle Señor Director Vinográdov. Y qué hay con *Mal* —preguntó irónico—, ¿también es un hombre dulce o es la bestia que nos saca el jugo en el gimnasio?

—Es ambos, la verdad. Si ni siquiera le molesta el enorme trasero de Teresa, como dice en clases. Más bien le gusta. *Teresa Trasero Travieso*, le dice —dijo la muchacha en español antes de traducirlo para John—. Aprendió a decirlo en español porque suena más divertido.

—Creo que hoy no voy a poder dormir, pensando... ¡Ah! Por eso le hace la vida más imposible a Tommy.

—Lamentablemente se me escapó lo de ellos frente a Baran y él le dijo, por burlarse de Mal. Si le hace la vida imposible a Tom son solo los celos hablando.

—Pero qué mundo más loco es este... —dijo John—. Si me dices que el maestro Pietro es homosexual y le gusta Tommy o yo, me cuelgo.

—Pues bien, sí lo es, y aunque no le molestaría conquistarte, en realidad, está enamorado de un amigo de Roma, es una historia muy enredada, pero básicamente él no quiere ni siquiera reconocer su homosexualidad, incluso va a casarse dentro de poco.

—¿Y qué miembro de la facultad se tiraría a nuestro Tommy?

—Casi cualquiera de las mujeres y muchos de los hombres. Aunque no fuera tan atractivo, muchos lo harían de todas maneras solo por saber qué se siente acostarse con un millonario y ver qué les regala de despedida. Nadie pasó por alto los aros de diamantes que le regaló a Terry la última Navidad. Solo que todos pensaron que era porque se acostaba con ella y quería desecharla.

—Ni Teresa sabe que lo tiene más enganchado que tú al director.

—No está enganchado, solo lo pasamos muy bien juntos.

—Ni tú te crees eso, Franny. Yo vi cómo te miraba.

—No, te digo, para él lo único importante es volver a labrarse un nombre, ya no como bailarín, sino como director y coreógrafo.

—Fran... —Hizo una pausa ante su gesto adusto—. ¿Qué piensas del futuro entonces?

—Graduarme... Falta tan poco que me siento como si estuviera ahí... Después, no lo sé. No discuto esas cosas con Baran en todo caso. No tengo ni idea si me va a recomendar para algún trabajo acá en Francia o en alguna otra parte.

—Tal vez te recomiende acá, para seguir teniéndote a mano.

—No lo sé. No lo creo. De hecho, hoy tiene una cena de negocios con la corporación de un *ballet* en Estados Unidos que lo quiere de director. Ya es la tercera en lo que va del trimestre. Dice que siempre pasa cuando está por acabarse un año escolar. Y está muy inquieto en la academia. Lleva seis años como director y se siente encerrado. Ya no soporta tener que gritarnos y acosarnos.

—¿Por qué lo hace?

—Porque así se lo exige el directorio. Baran dice que son un montón de viejos resentidos que nacieron con dos pies izquierdos. Realmente odia lo que hace. Sí, es un director exigente y perfeccionista, bastante tirano, pero no cruel.

—Cuando Thomas sepa que no puede presentarle al papá para que lo enderece, se va a morir.

—John, respecto a eso. Te agradecería que esto quedara entre tú y yo, al menos hasta que salgamos de la academia... y en ese momento, solo para Tom y Tere. Baran se podría meter en muchos problemas si se supiera. Malik y Pietro también, por encubrirlo.

—¿Te interesa, verdad?

—Si la pregunta es si me gusta y me preocupo por él, la respuesta es: obvio. No me acostaría con él si no fuera así.

—Tú no simplemente te acuestas con él. Tienes una relación con él.

—Sí, claro, pero no es nada serio o duradero. Ni él está enamorado de mí ni yo de él. Pero ha sido genial, no te lo voy a negar.

—Fran...

—Bueno, ¿me prometes que no le dirás a nadie?

—Obvio que sí, tonta. Pero...

—Entonces, ensayemos, que tienes razón y hay mucho que hacer, y ahora que ya sabes por qué no quería que vinieras, entenderás si te apuro —dijo la muchacha terminando la conversación.

En los días siguientes, concluiría qué tres cosas buenas habían salido del descubrimiento de John.

Primero, la ayudó a ella a aclararse, ya que estaba un poco enredada con lo que pasaba con Baran. Tal como le había dicho a John, tenían una relación, una buena, agradable y placentera, pero que tenía una clara fecha de caducidad. Es decir, no estaba señalado el día ni la hora, pero con su futuro aún en penumbras y todas las posibilidades en el de Baran, difícilmente llegaría a darse que después de la graduación siguieran viéndose. No le molestaba, para nada, ya que ella no estaba enamorada de Baran y naturalmente Baran no estaba enamorado de ella. No. Ni hablar.

Segundo, cada vez que necesitaba *separarse* de sus compañeros, ya tenía un encubridor designado. Además de la ayuda de Malik y Pietro, claro.

Hablando del italiano... Tercero. John se comportaba muy amistosamente con él cuando tenían la ocasión de estar juntos. Y como eso hacía feliz a varios, especialmente a Pietro, estaba todo bien.

\*\*\*

Lo único que Francisca lamentaba de la última expulsión era que Baran ya

le había dicho que iba a autorizar dos grupos de cinco integrantes para el trabajo final, pero al ser ocho los alumnos restantes, debían ser dos grupos de cuatro personas. De tal manera, no podían invitar a Paulo a trabajar con ellos como era su intención.

Por ser tan pocos, el director los autorizó a solicitar ayuda externa para la presentación final. Es decir, podían participar en la obra del otro grupo, solicitar ayuda a los alumnos de primero, algo prácticamente irrealizable, ya que ellos tenían sus propios trabajos con los que lidiar, o contratar bailarines profesionales que los ayudaran. Además, podían buscar ayuda de cualquier índole, excepto para la creación de la obra.

Para ser justo con todos, Thomas ofreció pagar a los bailarines externos. Ellos necesitaban solo un hombre, porque desde el comienzo habían considerado a Paulo, pero finalmente acordaron ayudarse entre ellos, ya que el otro grupo necesitaba solo una mujer, Francisca, quien no tuvo problemas en aprenderse la coreografía y ayudar a cambio de la ayuda de Paulo para ellos.

Contar con recursos casi ilimitados y con un avión privado que podía ir hasta Chile por algo tan tonto como la ropa y la escenografía fue el mayor alivio de los amigos.

Entre todos le describieron a Lorena el vestuario que querían utilizar, ella hizo los bosquejos, que fueron aprobados y confeccionados. Lo mismo pasó con Pamela y un hermano de Teresa que trabajaba con madera. Entre todos diseñaron los escenarios y distribuyeron las tareas.

Anjelica, la hermana de Thomas, fue hasta Brasil por una reunión de negocios, pero envió el avión a Santiago. Isabel y Adriana se encargaron de organizarlo todo y cuando aún faltaba una semana para la presentación, ya todo estaba perfectamente guardado en su refugio al frente de la academia.

Fueron seis semanas de locura. Para Francisca, la peor parte era que casi no podía estar con Baran. Por más que lo intentaban, no conseguían dar con el suficiente tiempo, no más que un rato aquí y una hora allá.

Baran incluso ofrecía su ayuda, Francisca no quería nada más que las

guías que debían entregar todos los profesores a los alumnos. Tuvieron una pelea espantosa a propósito de eso.

—*Lyubov* —dijo Baran—, ¿cómo se te ocurre siquiera pensar que voy a parar tu presentación para decir que tus ideas son mías?

—No es eso tampoco —reclamaba ella—, simplemente, el día que me entregues el título, quiero saber que lo obtuve yo por mis méritos personales, no porque me encuentras bonita y te gusta acostarte conmigo.

Baran se limitó a darse la vuelta y dejarla sola en medio de un pasillo de la academia. Francisca apretó las manos y volvió a la biblioteca.

Por suerte, encontró a John solo, ya que llegó al borde de las lágrimas. Él la consoló, le dio agua y le propuso que fuera a hablar con él a su oficina.

—No —replicó Francisca testaruda—, no es mi fallo, no tengo por qué ir corriendo a rogarle que me perdone ni nada por el estilo. Además, tengo razón. Trabajemos.

Y siguió trabajando hasta que la bibliotecaria se retiró. Caminó muy lentamente por todo el pasillo donde normalmente se encontraba con Baran cuando iban a ir a algún departamento, pero no había ni señales del ruso. Se despidió de John y tomó su bicicleta, todo a una velocidad impresionantemente baja para una persona tan enérgica como ella.

Avanzó por las calles pedaleando apenas, pensando que ya no volvería a verlo, no de manera personal, hasta el término del semestre porque iban con un poco de retraso y habían decidido trasladarse definitivamente a la casa para contar con más tiempo para sus estudios.

Y después que terminara el semestre... No quería ni pensarlo, tal vez tendrían un día o dos para despedirse y después seguiría cada uno por su lado. Se detuvo ante una luz roja y aprovechó de limpiarse los ojos.

Llegó a su casa, pero no había señales de Claudette ni Philippe por ninguna parte. Era temprano para la cena, así que decidió dejar la bicicleta, subir a ducharse y descansar hasta que le avisaran que estaba listo.

Cuando abrió la puerta, una mano la tiró repentinamente al interior del departamento. Antes de que pudiera darse cuenta, era abrazada y besada con



reverencia.

—Para mí no eres simplemente bonita —decía Baran con su voz gruesa de acento cerrado—, eres la mujer más hermosa de la tierra. Y tu belleza no es lo que me tiene cautivado, es tu inteligencia, tu coraje. ¿Sabes cuál es para mí el mejor momento de todos los que hemos tenido? Las vacaciones de primavera. Francisca, yo...

Más nada fue dicho porque ella lo interrumpió con sus besos, arrastrándolo hasta el dormitorio para entregarse con furia y redención.

\*\*\*

Los días de esa última semana corrieron como si tuvieran solo diez horas. Trabajaban a toda velocidad, casi no dormían hasta que finalmente estuvieron satisfechos con el resultado final. Imprimieron y entregaron el jueves al medio día, siendo el viernes el plazo fatal.

Se dieron apenas un par de horas de descanso, nada más para dormir un poco. Francisca no quiso ir a la oficina de Baran, aunque él ya no estaba en clases, a pesar de la tremenda necesidad que tenía de estar con él. Era un momento demasiado importante y complejo como para pensar en nada más que el término de su carrera y la obtención de su título.

Después pensaría en el resto de su vida.

El siguiente martes realizaron la defensa de su trabajo final. Antes de entrar a la sala, se abrazaron los cuatro, repitiendo una vez más la promesa que hicieran ya casi dos años atrás. Juntos los cuatro, apoyándose, empujándose, consolándose.

En una hora debían resumir no solo su trabajo, sino su vida y todo lo que habían hecho desde que llegaron a la academia. Y lo peor, estaban todos los profesores de la academia y algunos invitados de la universidad.

Francisca estaba nerviosa, los cuatro lo estaban, pero le sonreían a Thomas para ayudarlo a partir. Él, con su encanto fácil, conquistó a la audiencia en

dos segundos. John, bromista como siempre, jugó con ellos. Teresa, utilizando una mezcla de idiomas y acentos los llevó a través del mundo. Francisca, con su presencia serena, debía llevar la congruencia de la presentación y terminarla con las conclusiones.

Titularon su trabajo ¿Por qué la danza? y partieron haciendo un resumen de todo lo estudiado en Historia y Desarrollo, como siempre, combinando la presentación de vestimenta, pinturas, imágenes digitales y videos. Incluso mostraron algunos pequeños momentos de sus propias presentaciones, incluyendo el increíble y no presupuestado tercer pie de cueca que Francisca bailara con el director. A ninguno de los invitados les extrañó que Baran supiera bailar y, por supuesto, todos se rieron con la conversación de «Me van a pagar esto».

Cuando llegó el momento de resumir y concluir, Thomas, Teresa y John se quedaron juntos al lado de la mesa y dejaron a Francisca sola, a un par de pasos de ellos.

—Como vimos, las artes y la danza influyen a todas las sociedades del mundo. —Francisca incluso se acercó un poco más al público cuando empezó a hablar—. Seguramente, grandes empresas, incluso la guerra, han sido discutidas en torno a una presentación de teatro, una ópera, un *ballet*. También en un salón, bailando en medio de una fiesta, estadistas y empresarios, reyes y plebeyos, habrán tomado decisiones. Que el arte influya la vida y la vida influya el arte no es una idea nuestra, no es nuestra gran conclusión, nuestro descubrimiento o aporte. Mi abuela me diría: «descubriste el hilo negro, Franny» —vio algunas sonrisas—, todas las sociedades bailan. Es una idea tan antigua que incluso aparece en una novela, un clásico. En *Orgullo y Prejuicio*, de Jane Austen, publicada en 1813, en una conversación entre el señor Darcy y sir William Lucas, cuando el protagonista concluye «todos los salvajes bailan». —Hizo una pausa, recorriendo el salón con la mirada—. Pero ¿por qué? ¿Por qué la danza? Todos los presentes lo han sentido al pisar el escenario, escuchar los aplausos, las primeras notas de una canción, el fuego, el ansia, la imperiosa

necesidad de movernos. ¿Por qué se traspasa de nosotros al público, a la calle? El mismo sir William nos da la respuesta. —Hizo otra pausa, con una sonrisa que crecía iluminando el rostro, haciendo brillar los ojos traviesos—. Porque es divertido. Porque ese último momento antes de empezar, cierro mis ojos, solo un instante, un segundo, y cuando los abro ya no soy yo, ya no Francisca, soy Giselle, soy Carmen, una bruja, un ángel. Porque cuando abro mis ojos y empiezo a bailar... soy todo lo que quiero ser. Muchas gracias.

Con una breve reverencia a nadie en particular, Francisca se retiró hasta donde sus amigos la esperaban y ocupó su posición de siempre, entre Teresa y John.

—De acuerdo —dijo Baran desde su lugar—, le agradecemos a ambos grupos por sus presentaciones y a nuestros invitados por acompañarnos. Recuerden que la obra original será presentada mañana a las diez y a las cuatro. Pueden retirarse —agregó mirando a los alumnos.

El grupo de Paulo, que se había presentado primero, se retiró inmediatamente. Francisca y sus amigos ordenaron mientras todos los invitados y profesores salían. Teresa y Thomas cargaron dos maletas y una mochila cada uno y se fueron.

El director fue el último profesor en salir. John fue el primero en darse cuenta de que los únicos que quedaban en la sala eran el director, Francisca y él, por lo que cargó el bolso con el equipo delicado y avanzó tranquilamente hasta la puerta.

—Estuvo maravilloso, *lyubov* —susurró Baran acercándose a Francisca para ayudarla con su mochila—. No me cabe ninguna duda de que van a aprobar con la nota máxima.

—Gracias, Baran. —Vio a John que bloqueaba la entrada, se puso en punta de pie, lo besó en la mejilla y empezó a caminar, arrastrando la última maleta que quedaba en la sala.

Ese día no tuvieron un minuto de descanso, solo se detuvieron para almorzar y volvieron a la academia a ensayar. Tomaron turnos para que Paulo y Francisca ensayaran con el grupo contrario, y cerca de las nueve de la

noche, una de las muchachas del otro grupo simplemente se tiró al suelo y dijo estar tan agotada que dormiría ahí. Riéndose, el otro compañero la tironeó y empujó hasta que se perdieron por el pasillo.

La mañana siguiente, solo Francisca debía ayudar al otro grupo, pero se presentaron todos para asistirlos en lo que pudieran. Después del aplauso final, Francisca se retiró del escenario para dejar al grupo que debía ser evaluado.

En la tarde sucedió algo muy parecido. Aunque solo Paulo bailarían con ellos, los otros tres compañeros llegaron para ayudarlos con el vestuario, el maquillaje, lo que fuera. Después del aplauso, Paulo se retiró y los invitados, muchos provenientes de cuerpos de baile europeos, tuvieron la ocasión de hacer preguntas y conocer un poco más del proceso de creación y desarrollo de la obra, que fue clasificada como sencilla, original y muy bella.

Los muchachos agradecieron especialmente a Pietro por su gran aporte con la música. «Sin él», dijo Thomas, «esta obra no existiría».

Cuando ya estaban listos para retirarse, tuvieron una visita. Pietro venía a devolver su agradecimiento y a felicitarlos. Apenas empezó a interrogarlos acerca de sus planes para el futuro inmediato, Francisca supo que había sido enviado por Baran.

—Tenemos una tradición —explicó Teresa—, después de cada presentación o al término de una ronda de exámenes, vamos al departamento de Thomas, cenamos y hacemos una pijamada.

—Cuando salimos de vacaciones, nos vamos de mi casa al aeropuerto —aportó Thomas—, y esta ocasión no será distinto.

—Mis padres nos esperan mañana a almorzar —dijo John—, estaremos hasta el domingo en Durham. Maestro, una consulta. Nos dijeron que el lunes debíamos presentarnos temprano. ¿Sabremos entonces nuestras calificaciones?

—Así es —explicó Pietro—. Mañana se analizan sus trabajos y presentaciones, los profesores invitados dan su calificación y se completan los expedientes. El lunes conocen sus resultados.

Francisca, que ya sabía todo eso, le sonrió a Pietro agradeciéndole nuevamente su ayuda.

—Gracias —dijo la muchacha—, por todo.

Solo Pietro comprendió que no le daba las gracias por la música.

\*\*\*

A insistencia de John, el sábado salieron a caminar los cuatro hasta llegar a una pequeña plaza, muy similar a *su* plaza frente a la academia. Francisca sabía que le daba la tan necesaria oportunidad para que les hablara a sus amigos acerca de su relación con el director.

Thomas les contó de sus planes de fundar una compañía propia, ya que lo mejor que obtuvo con su paso por la academia fue el saberse mejor coreógrafo que bailarín. John les dijo que el hombre con el que se había entrevistado el día anterior le había ofrecido un trabajo en Londres. Y Teresa habló del contrato que tenía con una compañía de baile moderno radicada en Miami a la que había intentado entrar con anterioridad. De ahí había sacado la idea de asistir a la academia, porque le dijeron que el director podía convertirla en la bailarina que ella deseaba ser.

—El maldito bastardo es todo un genio, ¿no? —dijo Thomas—. Puede ser todo lo tirano que quiera, pero sabe lo suyo.

—Hablando del director... —John miró a Francisca.

—Yo también tengo algo que contarles. —La chilena respiró profundamente—. Pero no es de mi futuro. Es de mi pasado.

—Presente —dijo John.

—Claro, por supuesto —confirmó Francisca—. Estoy... —Volvió a inhalar y exhalar en rápidas ráfagas, a punto de hiperventilarse, cuando John tomó su mano.

—¿Quieres que les cuente mi versión? —preguntó.

—No. Tengo que ser yo. Se los debo.

—¿Quiere alguno explicar qué mierda es esto? —pidió Teresa impaciente.

—Estoy saliendo con alguien —explicó Francisca rápidamente.

—Con saliendo te refieres a... bueno, a todo, ¿verdad? —preguntó Thomas, que no podía decir su palabra favorita por primera vez en la vida—. O sea, te... te estás... esto, ¿acostando con él? Porque es un él, ¿verdad?

—Claro que es un él, imbécil —respondió Teresa—, pero, Fran, ¿cuándo lo ves si no tenemos un minuto libre?

—No tengo problemas con eso, la verdad —dijo Francisca sintiéndose de pronto curiosamente tranquila—. Lo veo al menos tres tardes a la semana, casi todas las noches, excepto cuando estoy con ustedes, claro. Y he pasado incontables tardes de sábado o domingo con él y sus amigos en el departamento que comparten.

—Fran, ¿cómo carajo puedes verlo tres tardes a la semana, si tenemos clases con la *Fallada* y compañía dos —preguntó Teresa— y con el director también dos y hasta tres?

—Es alguien de la academia —dijo Thomas certero, pensando quién podría ser—. Es... ¿Paulo?

—Paulo es gay, tonto. —John lo miró impaciente.

—¿Entonces? —Teresa se sentó—. ¿Quién no lo es aparte de Tom? El maestro es gay.

—Sí, gracias a Dios —aportó John.

—¿Cómo se llama... ? Ya saben, el compañero de Paulo —preguntó Thomas.

—Etienne —dijo Teresa—, pero también es gay, creo.

—El director. —Francisca intervino antes de que siguieran lanzando nombres al azar—. Si te preguntas quién es el otro hombre no gay con el que estamos tres veces a la semana, la respuesta es esa: Baran Pávlovich Vinográdov, aunque no le gusta su segundo nombre y he estado saliendo con él desde noviembre del año pasado.

—¡¿QUÉÉÉÉÉÉ?! —gritaron Thomas y Teresa, saltando de sus lugares,

más impresionados de lo que habían estado en sus vidas.

—Agradezcan que no les tocó llegar al departamento de Fran y verlo casi desnudo. —John se rio de los ridículos gestos de sus amigos.

—¡¿QUÉ?! —volvieron a decir, un poco más tranquilos, pero sin poder creérselo aún.

—No entiendo —dijo Teresa—. No... cómo... no...

—¿Se acuerdan del año pasado, cuando llegué de casa con un kilo de más?

Y empezó a contarles, incluso con más detalles de los que había recibido John, cada cosa vivida con él, sus encuentros nocturnos, sus conversaciones. Estaba segura de que ellos guardarían el secreto de la enfermedad de Baran, así que les contó todo.

Una hora después seguían haciéndole preguntas, absolutamente asombrados al darse cuenta de que ella era *Malen'kiy*. Tan maravillados como la misma Francisca al descubrir la dimensión humana existente detrás de cada profesor, especialmente de Baran, Malik y Pietro. De pronto John se puso a reír sin parar. Nadie entendía nada y lamentablemente tuvieron que esperar a que John consiguiera calmarse para entender.

—Me estaba acordando de Jovet —dijo hipando.

—Dios, y yo que estaba disfrutando de hablar con mis amigos. —Francisca hizo una mueca.

—Pero también esto es entretenido —refutó John—. Me estaba acordando de ese día, en el Tribunal, cuando el director daba la sentencia... Por una vez en su patética vida, Jovet tenía razón en algo y ni siquiera lo sabía.

Al darse cuenta de lo certero del comentario de John, todos rieron hasta las lágrimas.

## CAPÍTULO VEINTE

Después del maravilloso fin de semana en Inglaterra, los cuatro amigos se encontraron con una lista publicada en la entrada de la academia. El año ya había terminado para todos. Solo los alumnos de segundo debían presentarse en la academia y, aunque todas las instalaciones estaban disponibles para su uso, solo debían acudir a la cita final con el director.

Por eso la lista. Anunciaba el orden y horario en el que cada uno debía presentarse en la oficina del doctor Vinográdov. Thomas era el tercero; John, el quinto; Teresa iba séptima. Octava y última estaba Francisca.

Los amigos se miraron con duda, sin saber si eso era bueno o malo. Aunque la naturaleza personal de la relación de Francisca con el director podía dar alguna luz, en realidad nadie, excepto ella, conocía a Baran lo suficiente para entender qué pasaba.

—Creo que es por orden de graduación —dijo Francisca—, algo así comentó Mal.

—Eso quiere decir que no soy el peor. —Thomas sonrió—. Va a hacer muy feliz a mi padre.

—Eso quiere decir que Franny es la mejor. —John rodeó a su amiga con un brazo, sin notar el gesto de la muchacha.

—Me imagino que no estás pensando que tu relación con el director tiene algo que ver, Irribarren —dijo Teresa, que sí había notado la duda de Francisca y hablaba preocupada.

—¿No lo harías tú, Terry? —preguntó Francisca.

—Yo no —respondió ella inmediatamente.

—Yo tampoco —agregó Thomas.

—Ni yo. El que piense que no eres la mejor de nuestra promoción es ciego, idiota o simplemente un imbécil total —concluyó John.

—Pero ustedes ya tienen planes —dijo la muchacha—, ya todos saben a



dónde van a partir de hoy. Yo no. Si no fuera por el apoyo económico de mi padre, tendría que irme a Santiago, donde tengo un trabajo seguro.

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez el director ya tiene un puesto magnífico para ti? —preguntó John.

—No me ha dicho nada —comentó Francisca.

—No lo has visto en forma personal desde hace dos semanas —replicó John impaciente—, y no podía decirte delante de todos «por cierto, amante mía, te tengo listo un trabajo en París para seguir follándote». —Terminó imitando el acento de Baran.

Teresa y Thomas rieron, Francisca ni se inmutó. Volvió a mirar la lista, las entrevistas partían a las nueve de la mañana. Había una a cada hora durante el día. A ella le tocaba esperar ocho horas. Se mordió el labio inferior y tomó una resolución.

—No hay nada que pueda hacer excepto esperar. Pero eso no quiere decir que vaya a estar mirando el techo mientras espero. No lo he hecho nunca —dijo rápido para cortar las incipientes bromas de sus amigos—. Y hoy no es el día para empezar. Me voy al gimnasio.

A lo largo del día fueron entrando uno a uno en la oficina del director. Todos salían felices, ya que él, rompiendo totalmente su acostumbrado comportamiento, se mostraba cordial mientras les hablaba de sus calificaciones, de sus premios y de las propuestas de trabajo que habían recibido.

Cuando se acercaba la hora de la entrevista de Francisca, caminaron todos juntos hasta la oficina del director. Para ella fue el trayecto más largo. Los tres anteriores ni los había sentido. Pero ahora cada recoveco, cada nuevo pasillo se le hacía interminable. El patio nunca se le antojó más grande. La espera, nunca más larga.

Con miradas preocupadas en sus rostros, sus amigos la dejaron sola con la adusta secretaria, quien la guió hasta la puerta del director, la abrió y la anunció.

—María Francisca Soubllette, señor director —dijo antes de dejarla pasar.

Baran esperaba mirando por la ventana, con las manos tomadas tras su espalda. Alto y guapo, como siempre, con el sol haciendo brillar su cabello.

Francisca nunca lo había visto vestir con tanta elegancia. Normalmente usaba un pantalón y una camisa negra cuando tenían alguna presentación con público exterior, pero en esos momentos usaba un traje de dos piezas azul oscuro. No lo podía saber con certeza, pero parecía hecho a medida. Italiano, seguro. Los zapatos negros brillaban, la camisa blanca era impecable y la corbata, rojo sangre, acababa con maestría la apariencia masculina.

Se volvió cuando escuchó la puerta cerrarse. Avanzó unos pasos hasta que llegó al lado de Francisca, a quien tomó de la mano y tiró hasta que la tuvo entre sus piernas, que dejó abiertas al sentarse en el borde del escritorio.

—Hola, Fran —dijo antes de besarla—. Te he extrañado mucho estos días. Por suerte ya terminaron los exámenes y las clases. ¿Cómo estuvo el viaje a Inglaterra?

—Bien. —La muchacha apoyó la mano en el pecho masculino—. Descansamos mucho, salimos el viernes en la noche y conocí la universidad de Durham. Es preciosa.

—Me alegro que la hayas pasado muy bien. Yo tuve consejo de profesores el viernes todo el día, y el sábado en la mañana me reuní con el directorio de la academia. Pero después estuve todo el día extrañándote. —La besó nuevamente, muy lento, casi reverente, apretándola contra su cuerpo.

—¿Te puedo pedir un favor? —preguntó Francisca alejándose de él.

—Lo que quieras.

—¿Podemos hacer la entrevista como si fuera una alumna cualquiera, no tu amante?

—Tú no eres mi amante, pero sí, podemos. —La soltó de su abrazo y señaló una silla delante de su escritorio—. Toma asiento —agregó antes de dar la vuelta al escritorio y dirigirse a su silla.

Baran tomó una carpeta y la abrió. Sacó el informe que estaba enganchado en una de las tapas de la carpeta y leyó las notas finales de Francisca.

—Aparte de algunas excepciones, obtuviste el promedio más alto en todas las asignaturas dictadas por la academia, tanto las teóricas como las prácticas. Me imagino que ya sabes por tus amigos que se entregan premios en las áreas más importantes. Tú obtuviste el de Historia del Arte, Historia de la Danza y de Desarrollo. Aunque no obtuviste el premio de Medios Audiovisuales, el profesor quiso hacer una anotación en tu ficha, destacando tus amplios conocimientos en tecnología digital y su uso al hacer presentaciones mixtas.

A medida que el hombre hablaba, Francisca iba tranquilizándose. Al parecer, su entrevista estaría tan bien como la de sus amigos. Sonrió brevemente. Baran le devolvió la sonrisa y volvió a mirar el contenido de la carpeta.

—Eso en cuanto a las categorías básicas. Naturalmente, tu amiga Teresa Rodríguez obtuvo el premio de Danza Moderna, pero tú obtuviste el de *Ballet Clásico*. Ambos premios son entregados por el consejo de profesores que vota abiertamente por sus candidatos. En ambos casos, la decisión fue unánime. Luego, el premio más importante, el de la primera graduación, se le entrega a uno de los ganadores de la categoría anterior, normalmente al que tenga el promedio más alto si el consejo de profesores está de acuerdo. Esa decisión también fue unánime. Felicitaciones, Francisca.

—Gracias, señor director —dijo la muchacha con la sonrisa radiante

—Era lo obvio, además, entre tú y tus amigos no dejaron ningún premio para los otros estudiantes. Incluso Malik quería instaurar una nueva categoría, la llamaría *La Patada Asesina*... Por supuesto, tú serías la ganadora, ya que tienes la mayor relación fuerza/masa corporal que esta academia ha visto en muchos años.

Francisca lo miró y rio. No sabía si estaba hablando en serio o solo era una broma para ella. Si la idea realmente era de Malik, obviamente se trataba de una broma. Ya totalmente relajada, quiso saber la verdad.

—¿Es eso verdad, Baran? —preguntó—. ¿O es una de las tantas tonteras que se les ocurren a ti y a Malik cuando están en la terraza?

—¿Cuándo ha sido Malik solo una cosa? —interrogó el ruso levantando

una ceja—. Se le ocurrió hace una semana en la terraza, pero de verdad lo propuso en el consejo. Siempre ha lamentado no tener un premio que entregar y creyó que era su oportunidad.

—Bien, después de ese paréntesis, volvamos a la entrevista, por favor. Sé que a los muchachos les hablaste de las ofertas que recibiste para ellos.

Un segundo después, Francisca supo que algo iba realmente mal y que tenía motivos sobrados para estar nerviosa. La luz que alegraba el rostro de Baran se apagó por arte de magia. En su lugar, algo muy cercano al dolor se instauró.

—Bueno, Francisca, yo no tenía intenciones de discutir esto contigo aquí. Quería que vinieras a cenar conmigo para poder hablarlo tranquilamente.

—Creo que prefiero hacerlo acá si no es mucha molestia, señor director —dijo Francisca forzándose a relajar los hombros al apoyarse en la silla, instintivamente alejándose del hombre.

—He recibido algunas ofertas para ti. —Baran se aclaró la garganta—. Algunas son buenas, otras no tanto. Pero ninguna es la que tú quieres y has soñado por tanto tiempo. Económicamente, al igual que con Thomas, la mejor es Australia, que está renovando su personal y quieren bailarines de primer orden mundial. Te ofrecen un contrato como primera bailarina por tres años.

—¿Tres? Pero a Thomas le ofrecieron cinco.

—Lo sé.

—Pero... no entiendo...

—También me llamaron de Chile. No sé si sabrás, la actual primera bailarina se retira.

—¿Ivania se retira? No... no tenía idea. Marcelo, su esposo, ¿también?

—En efecto. Desean contratar a un bailarín español que se graduó el año pasado en la academia. Si no lo consiguen, le van a ofrecer el puesto a un tal Sebastián. Lo mismo pasa contigo. Si tú vuelves a Chile, el puesto es tuyo. Si no, van a repartir las funciones de la primera bailarina entre... —Revisó sus

notas—. Constanza y Eugenia. Me imagino que los conoces a todos ellos.

—Claro. Seba ha sido mi compañero muchos años. De Connie y Kenny prefiero no hablar.

—Correcto. He recibido otras ofertas para ti, pero...

—Ninguna es la que yo deseo. No si las dos mejores son Australia y mi propio país.

—Bueno...

—No entiendo —dijo Francisca, que luchaba desesperadamente por contener las lágrimas.

—Este es precisamente el momento en que yo más odio ser el director de la academia —murmuró Baran, haciendo amago de ponerse de pie. La mirada asesina de Francisca lo detuvo—. Lamentablemente, me toca a mí explicarte el porqué.

Finalmente sí se puso de pie, aunque no rodeó la mesa para ir donde la muchacha, sino que se dirigió nuevamente al punto que más le gustaba de su oficina, junto a la ventana.

—Para bien o para mal, los cuerpos de baile en Europa tienen una norma de estatura. A pesar de ser una bailarina excepcional, Franny, no la cumples. Dentro de las ofertas, recibí algunas para solos en recitales, pero no para primera bailarina.

Baran comenzó a pasearse por la oficina, mirando el aspecto derrotado de la muchacha, lamentando mucho todo lo que tenía que decirle. «Ya me gustaría», pensaba mirándola, «poder darte algo de mi metro noventa. No lo necesito, en realidad, nunca lo hice».

—El día que firmé tu solicitud sabía esto, pero no pensé que fuera a ser tan importante. En todo caso, no es eso lo peor. Australia lo sabe y por eso tu contrato es a tres años y no a cinco.

—¿Qué? —preguntó la muchacha asustada. La cosa se ponía peor y peor.

—Ya alcanzaste tu límite. Te puedes mantener en este nivel algunos años, no más de tres o cuatro, pero después empezarás a decaer.

—¡Solo tengo veinticuatro años!

—No es tu edad, son las exigencias. Has forzado tu cuerpo toda la vida, Fran, te lo dije, haces demasiado. La naturaleza fue cruel contigo, te dio un talento impresionante, pero no el cuerpo que lo acompaña. Eres demasiado baja y pequeña en general, luego tus músculos comenzarán a sufrir. Lo mismo tus huesos. Recuerda el esguince en la gala. Todo por un pequeño tropezón de nada. Pregúntale a Marisa, tu hermana, los ingenieros lo llaman fatiga de materiales.

—Pero...

—Mírame, Francisca, sabes que lo que te digo es verdad. Me conoces mejor que nadie, yo no te mentiría con esto. Fran, mírame. —Se acercó por fin a la mesa y la tomó por el mentón, obligándola a mirarlo—. Fran, no hay nadie que te pueda entender más que yo en esto. Al menos, tú podrás gozar de algunos años en la cúspide de tu carrera, a mí me la arrebataron antes de empezar.

Francisca no soportó más y desvió la mirada. Luego se puso de pie y se alejó del hombre, dándole la espalda, cubriendo su rostro con las manos para que no pudiera ver el río de lágrimas que bajaba por sus mejillas. Baran se acercó a ella con un pañuelo y una botella de agua.

—¿Qué hago? —preguntó la muchacha después de haber limpiado su rostro y bebido algo de agua—. ¿Qué me recomiendas? ¿Acepto Australia? ¿Algún cuerpo en Europa?

—Si te soy sincero, las únicas ofertas verdaderas son Australia y Chile. Las otras las hicieron porque yo llamé a cada uno de mis contactos, envié tus grabaciones, copias de tus calificaciones y tu carpeta con las evaluaciones de tus profesores...

—Eso no puede ser. ¡Por Dios! O sea que si consigo algo es por ti, porque me acosté contigo. —Nuevamente la muchacha se alejó del escritorio, donde había dejado la botella.

—Lo siento tanto, Fran. Si te sirve de consuelo, los que enviaron una oferta lo hicieron por tu gran calidad, no por hacerme un favor a mí. No

habían pensado en ti principalmente por tu estatura, pero están dispuestos a olvidarse de eso.

—Y dejarme en la última fila, muchas gracias. Creo que prefiero ser primera bailarina en Chile, que última en Francia.

—Hay otra posibilidad.

—¿Cuál? —Francisca se giró con el corazón palpitando, una nueva ilusión naciendo en ella.

—Chicago. Acepté su oferta. A partir de agosto seré el director allá.

—¿La academia...?

—Dejo la academia, presenté mi renuncia el sábado.

—Es lo que querías, te felicito. Pero no tiene nada que ver conmigo.

—Tiene mucho que ver contigo. Dentro de mis exigencias estaba la libertad para reformular no solo el concepto del *ballet*, sino que también sus bailarines. Además, su primera bailarina tendrá baja por maternidad durante este año. Tal vez no vuelva. Yo te pedí a ti.

—Así que John tenía razón.

—¿Cómo? ¿En qué?

—Dijo que me conseguirías un trabajo en París para seguir follándome. Solo se equivocó de ciudad.

—Estás equivocada, Pequeña Fran.

—¿En qué me equivoco? —preguntó irónica—. ¿No me conseguiste un trabajo en Chicago, a donde vas a estar tú? ¿No seguirías follándome?

—En cierto sentido sí, te conseguí un trabajo en Chicago donde voy a estar yo.

—¿Y también en cierto sentido seguirías follándome?

—Sí, también en cierto sentido seguiríamos follando. Porque tú me follas a mí, tanto como yo lo hago contigo. Pero yo no lo llamo así. —Trató de acercarse a Francisca, pero ella dio un par de pasos para alejarse nuevamente.

—¿Ah, no? ¿Tienes una palabra en ruso para ello? —Se detuvo y volvió a mirarlo.

—En efecto, la tengo. *Ukhazhivat'*.

—¿Y eso qué significa?

—Significa hacer el amor. No follar. Follar, tener sexo, no es lo mismo que hacer el amor. Hay una gran diferencia. Contigo. Contigo hay una gran diferencia entre follar y hacer el amor. Uno folla cuando no hay sentimientos involucrados. Pero yo a ti te amo, Fran.

—¡¿QUÉ?! —gritó la muchacha, absolutamente incrédula. Nada de lo que habían hablado le sonó tan irreal como eso último.

—Te amo, Francisca —dijo Baran, haciendo un nuevo intento de acercarse a ella—. Te amo. Por eso quería que vinieras a cenar conmigo. Tengo una reserva en un restaurant con vista a la Torre, como siempre has deseado. Quería decirte que te amo, que no puedo vivir sin ti, que quiero que vengas conmigo a Chicago. Pero no como mi amante, como tú dijiste, sino como mi esposa.

—Como tu... como... co... —Francisca no podía ni hablar, menos aún procesar sus palabras y convertirlas en algo racional y entendible para ella—. Nunca... no... nunca...

—¿Nunca te dije nada? Hasta el viernes eras mi alumna, no podía. Hoy no solo ya estás fuera de la academia, aunque falte la ceremonia, sino que yo también. Cuando termine el cóctel de fin de año, ya no seré más el director. Mañana me voy a dedicar a vaciar la oficina.

—Pero... pero...

Mientras la muchacha aún tartamudeaba, mirando en distintas direcciones, tratando aún de comprender qué pasaba, Baran llegó hasta su escritorio, abrió un cajón y sacó algo de él.

—Francisca —dijo tomándole la mano—. María Francisca Soubllette Irribarren, ¿me harías el gran honor de ser mi esposa?

Francisca se quedó mirando mucho tiempo el anillo. Era una preciosa pieza de joyería. Oro blanco con una curiosa forma. Lo miró más de cerca y vio que eran unas zapatillas de *ballet*. La piedra era un ópalo.



—Lo mandé a hacer para ti —dijo Baran—, eres mi inspiración y mi sueño. Sé que un día te dije que los sueños eran absurdos y que había que atenerse a la realidad. Pero estaba equivocado. Los sueños sí se hacen realidad. Sé también que de cierta manera he destruido tu sueño. No he sido yo, pero me tocó decirte todas esas cosas que quisiera poder borrar. Pero te ofrezco este nuevo sueño. Me dijiste que esta semana llegarían tu hermana y tus padres. Cuando ellos estén aquí, vamos a la embajada chilena. Yo tengo nacionalidad francesa y ya tengo los papeles listos. Solo tenemos que ir a tu embajada y podemos casarnos. Me gustaría que viajáramos por Europa un par de semanas. ¡Hay tanto que quiero mostrarte, Franny, tanto! Después de eso nos iríamos a Chicago, llegaríamos a un hotel por un tiempo, hasta que encontremos donde vivir. Haríamos una o dos temporadas juntos, después me gustaría que tuviéramos un hijo. Fran, por favor, cástate conmigo.

—¿Chicago me ofrece un trabajo a mí o a tu esposa? —preguntó Francisca sin mirarlo—. Es decir, tú me pediste, pero ellos, ¿me quieren a mí o quieren darte el gusto a ti?

—¿Importa eso?

—Ya me respondiste. Tú me quieres a mí, ellos te quieren a ti y te dan lo que quieras para obtenerte. ¿Tú también me estás dando lo que quiero para obtenerme?

—Francisca, yo...

—Tu plan suena perfecto. Graduación, matrimonio, luna de miel. Chicago y un departamento. Dos temporadas como primera bailarina, y cuando la auténtica primera bailarina vuelva de su baja maternal, yo salvo la cara quedándome embarazada, ¿no?

—Suena tan frío cuando lo dices así.

—Suena frío, es verdad. ¿Sabes por qué? Porque tu plan tiene muchas fallas. Dos importantísimas fallas. La primera es que no sé si algún día pueda tener hijos. No eres el primero que me dice que le exijo demasiado a mi cuerpo. El ginecólogo que vi después de la primera vez que me acosté contigo me dio anticonceptivos porque yo se los pedí, ya que él cree que

jamás voy a poder ser madre. No por medios naturales, al menos así dijo. Que me he dedicado tanto al *ballet* que probablemente me he provocado infertilidad.

—Podemos ir por la fertilización in vitro o adoptar. Tal vez sería bueno, con mi enfermedad...

—Claro, soluciones a eso hay. Pero la falla más grande en tu plan es otra. —Por fin levantó la mirada para fijarla, clara y dura, sobre la de Baran—. Lo siento, pero yo no te amo. Me gustas, eres un amante excepcional. Pero al igual que yo en el *ballet*, no das la talla. No eres y nunca serás lo que yo quiero en un esposo. Imagínate, yo casada con un tirano ruso de huesos débiles. Qué buena broma. Creo que prefiero ser la quinta madrastra de Tommy. —Con gran brusquedad liberó su mano del agarre del ruso y comenzó a caminar hasta la puerta.

—Francisca, no es cierto. Dime que no es cierto, no puede ser. —Baran la siguió y antes de que ella llegara a la puerta, puso una mano sobre su hombro—. Nada de esto puede ser. Tú no piensas eso de mí.

—Mira, Baran, tal vez si hubieras partido por Chicago y tu proposición, me habría sentido tentada a aceptar, pero esta conversación demuestra que siempre has sido un hombre cruel. No tenías para qué destrozarme mis sueños solo para que yo aceptara el tuyo. No me amas, no en verdad. Solo crees que lo haces. No, señor director, no quiero ser su esposa ni su primera bailarina. Y ciertamente no quiero ser la madre de sus hijos. Adiós.

\*\*\*

Con los ojos fijos en la puerta que Francisca bruscamente cerró en su cara, Baran escuchaba un ruido infernal. Sus oídos zumbaban y el corazón latía dolorosamente, cada vez más lento, como si estuviera muriéndose.

Cuando su padre lo rechazó al dedicarse profesionalmente a la danza, se molestó a pesar de saber que lo haría. También sabía por qué lo hacía. Solo se

defendía a sí mismo, a su mujer y a sus otros hijos. Cuando su madre, a la que casi mató por darlo a luz, giró su cara, apretó los labios, tomó su bolso y se marchó. Cuando el maldito traumatólogo, con sus exámenes y pruebas, le dijo que no podía seguir dedicándose profesionalmente a la danza, lo odió, lo detestó y quiso matarlo con sus propias manos.

Pero sobrevivió. Sobrevivió al rechazo de su padre, a la indiferencia de su madre, al diagnóstico del médico.

Nadie, hasta ese momento, lo había destruido tanto como la pequeña mujer que acababa de dejar su oficina. «No ella», pensó. No ella. No la mujer que deseó para él desde el primer instante que la vio bailar y hablar de sí misma en ese video, hace más de dos años. Al final, iba a resultar que Malik tenía razón cuando le dijo, el primer día de clases, que estaba muerto.

Con esos y otros funestos pensamientos, Baran se alejó de la puerta. Llegó hasta su escritorio, abrió un cajón y tiró la caja con el anillo, recordando la primera vez que pensó en pedirle matrimonio a Francisca. Todas las horas mirando anillos sin encontrar nada que representara lo que ella le hacía sentir.

Largas horas, luego, pensando, soñando, diseñando, convenciendo a un joyero de hacer exactamente lo que quería. Averiguaciones, planes, papeles, contratos. Aún estupefacto, apoyó los brazos sobre el escritorio. Casi como un niño, dejó caer la cabeza sobre sus manos.

En la inmensidad de su oficina, solo, derrotado, abandonado, por primera vez en la dura y triste vida que le había tocado, Baran Vinográdov lloró.

\*\*\*

Francisca dio gracias a la secretaria del director por no estar en su oficina. Sacó un par de pañuelos de papel de la caja que la mujer tenía sobre su escritorio. Respiró profundamente, se limpió la cara y enderezó la espalda.

En el pasillo que conducía al patio, se encontró con *madame* Fayolle. La mujer se le acercó con una sonrisa radiante. No notó, o al menos no

mencionó, los ojos rojos y los rasgos congestionados de Francisca.

—Felicitaciones, Francisca —dijo al acercarse—, me imagino que viene de la oficina del director y ya sabe que obtuvo la primera graduación. Excelente.

—Sí, gracias, *madame* —murmuró la muchacha.

—Espero que hayan discutido también los méritos de todas las ofertas que llegaron para usted —siguió la mujer—. En todos mis años en la academia, nunca vi que una sola alumna recibiera tantas. Claro que espero que acepte París. Tengo un amigo en el directorio que realmente quiere que usted vaya, Francisca, quieren darle un nuevo aire al *ballet* y usted es justo lo que necesitan. Además, como sabrá, yo soy socia y tengo abonos para la temporada. Me encantaría verla como primera bailarina y decir «Yo le di clases».

—¿Primera...?

—Claro, claro, la oferta no es para primera bailarina, apenas tres solos asegurados en los recitales por año y tal vez un protagónico para esta temporada. Pero con trabajo duro, seguro lo consigue la próxima temporada. Y si hay alguien que sabe de trabajo duro es usted. La dejo, tengo mucho que preparar para la ceremonia.

Sin decir nada más, la mujer siguió camino a su oficina, dejando a una extrañada Francisca detrás. «Está loca», pensó, «siempre lo ha estado, tal como dice Tommy».

En el medio del patio, se encontró con *monsieur* Aubridot y *Herr* Bachmann. Trató de saludarlos apenas y seguir, pero los hombres y sus felicitaciones se lo impidieron.

—Quizás nos pueda ayudar usted, Francisca —dijo *monsieur* Aubridot—, estamos discutiendo sobre qué propuesta va a aceptar. Yo digo Suiza. De hecho, tengo un primo que trabaja allá. Dice que el director del *ballet* estaba vuelto loco cuando vio sus grabaciones. Que exigió le enviaran inmediatamente un contrato firmado.

—Sé que eso suena fantástico, aunque la propuesta en sí no sea tan buena

—agregó *Herr* Bachmann—. Sin embargo, me consta que de Alemania le mandaron una propuesta irrechazable. Cinco solos y segunda bailarina, con un sueldo astronómico. Aunque al comienzo no estaban muy convencidos, me conocen y me preguntaron por usted. Yo les mandé mis propias grabaciones, además de las que envió el director, claro.

—Yo...

—Ah, chica sabia, aún lo está pensando —dijo *monsieur* Aubridot golpeando su espalda—. Tal vez el día de la graduación pueda sacarnos de la duda. Tenemos una apuesta, ¿sabe?

—Dos en realidad —aportó *Herr* Bachmann—. Una es por el contrato que usted va a aceptar. La otra es por qué regalo le gusta más. Claro que yo apuesto por el mío.

—¡Y yo por el mío! —dijo *monsieur* Aubridot antes de alejarse riendo.

Si la conversación con *madame* Fayolle la dejó confundida, los hombres solo consiguieron enredarla más. Las palabras de Baran seguían dando vueltas en su cabeza, mezclándose, sin dejarla dilucidar qué era verdad y qué no. No podía dejar de escucharlo decir que la amaba y que quería casarse con ella. No podía olvidar su aparente sufrimiento al explicarle que nunca iba a llegar a ser la bailarina que ella siempre soñó.

Sus pensamientos y emociones eran como un tornado arrasando su mente y su cuerpo. Sabía que caminaba en dirección a la salida, pero no podría, ni por su vida, decir a dónde estaba.

El muro de carne contra el que chocó en la puerta de la academia la obligó a detenerse. «Ojalá no sea otro profesor», pensó. Y en cierta medida, sus ruegos fueron oídos.

—¡*Francesca!* —dijo Pietro antes de abrazarla brevemente—. ¡Felicitaciones! Por la hora, asumo que ya terminaste la entrevista con Baran. ¿Van a cenar? ¿Mis felicitaciones deben ser dobles? —a su pregunta unió las manos, tomando las de Francisca y mirando el dedo anular—. ¿Me estoy excediendo como siempre? —preguntó frunciendo el ceño. Después miró los ojos enrojecidos de la muchacha y su gesto de dolor e incertidumbre—. No

vas a Chicago —sentenció.

—No —dijo Francisca tratando de respirar normalmente.

—Mira, no es algo que yo haga habitualmente, pero sabes que tengo a mi hermano en Roma. Aunque al director no le gustas, por ser tan blanca y rubia, igualmente querían enviarte un contrato. No ha llegado aún, pero si lo quieres, es tuyo. Incluso puedo pedirle a mi tía que te acoja un tiempo, días, meses, lo que sea necesario.

—¿Qué? —Sabía que con Pietro podía relajarse y pedir algunas explicaciones—. No entiendo. Pietro, ¿qué pasa? No entiendo nada. Baran dice que nadie en Europa me pidió hasta que él empezó a llamar y mandar mis grabaciones.

—Así es, *Francesca*, pero...

—Sin embargo, *madame Fayolle*, *monsieur Aubridot*, *Herr Bachmann* y ahora tú me han hablado de contratos fantásticos que llegaron.

—Claro, pero tienes...

—¿Qué mierda pasa, Pietro? ¿Por qué Baran...?

—Porque te quiere solo para él —la interrumpió antes de que pudiera agregar algo más—. Probablemente todo lo que te dijo sea verdad, yo no entiendo mucho. Malik dice que sí, pero...

—Explícame, por favor —pidió Francisca, una vez más al borde de las lágrimas.

—Mira, pasa lo siguiente. Baran siempre supo que tu estatura sería un impedimento. Pero eso no le importó al momento de aceptarte. Siempre dijo que tenías tanto talento que un par de años con él serías la más grande bailarina de tu generación. Lo decía casi en broma, jugando con las palabras y los tamaños. Pero Mal y yo sabíamos lo que realmente pensaba. Luego viniste y él no pudo evitar enamorarse de ti, ya estaba medio enamorado sin siquiera conocerte.

—No...

—Sí, *Francesca*. Si ha existido alguna vez un hombre enamorado, ese es

Baran Vinográdov. Y te lo dice un italiano que es un romántico incurable.

—Podríamos hablar solo de *ballet* —pidió la muchacha molesta. Y aún más confundida.

—La cosa es que —siguió Pietro tras su solicitud—, cuando ya estaba claro quién iba a graduarse, empezaron a llegar las ofertas, pero no para ti. Al menos no las suficientes, Baran estaba molesto y preocupado. Lo conversamos un día y él habló de tu estatura. Pero Malik también sacó a colación lo de exigirse demasiado. «Lo sé», dijo Baran, «pero no es motivo suficiente». Así que empezó a llamar a algunas personas de confianza. Todos opinaban lo mismo. Que casi no valía la pena invertir en ti, ya que no durarías lo suficiente para obtener ganancias. Baran se enojó mucho... y tú no sabes lo que es un hombre enojado hasta que ese maldito ruso de dos metro te mira furioso... Entonces empezó a mandar tus grabaciones. Las envió a cada persona que conoce en el mundo del *ballet*. Invitó gente para que viniera a verte bailar en vivo. Me consta que el amiguito de *madame* Fayolle quedó loco cuando te vio. Siempre anda buscando nuevas bailarinas que acosar, y esa vieja gárgola siempre se las provee, mientras mejor bailarina sea, más quiere meterla en su cama. Baran casi le arrancó la cabeza cuando llegó acá con su oferta.

—¿*Madame* Fayolle...?

—Es una *madame* en todos los sentidos de la palabra.

—¡Dios!

—Lo que más enojaba a Baran era la escasa velocidad de todos en venir a suplicarte que bailaras para ellos. Según Baran, el mundo del *ballet* debía postrarse a tus pies y dejar que le patearas el trasero. Cada día que pasaba estaba más y más molesto. No sé exactamente en qué momento se le ocurrió, pero cuando los cazadores de este año empezaron a venir y no solo lo llamaban, lo que quiere decir que van en serio, en sus exigencias él puso que te quería de primera bailarina. Solo Chicago aceptó. Chicago aceptó todo lo que Baran quiso exigirles. Incluso Mal y yo tenemos trabajo allá si decidimos aceptarlo.

—Entonces tengo razón. Chicago solo me quiere por darle en el gusto a él.

—No sabría decirte si es verdad o no —dijo Pietro, molesto por no poder defender a su amigo. De pronto se le ocurrió algo—. ¿Sabes que rechazó al Bolshòï este año? Todos los años lo sondean a ver si ya se le quitó el berrinche y vuelve a Rusia, pero este año vinieron. Uno de sus principales directores se retira y todos lo quieren. Pero para él, todo en su cabeza era simplemente perfecto. Sus planes se le antojaban superiores a todos los contratos juntos. Chicago y tú. El paraíso.

—Todos los paraísos tienen su serpiente —dijo Francisca, recordando a su querido tío Ismael.

De pronto, todo le resultó tan absurdo que no podía estar pasando, no en verdad. Pero era así, y el dolor, la angustia, la incertidumbre y el ahogo que sintiera en la oficina del director volvían a ella. Rayando en la desesperación, sintió las lágrimas correr por sus mejillas. Empezó a temblar, con el corazón saltando dentro de su pecho y el estómago reptando por su esófago hasta llegar a la boca. Las náuseas la inundaron, solo podía pensar en llegar a un lugar donde pudiera tirarse y morir. Afligida, se llevó las manos a la boca para impedir gritar, vomitar o lo que fuera. La única opción era salir de ahí.

—Espera... —pidió Pietro cuando comenzó a caminar, pero ella lo miró silenciándolo—. ¿Tus amigos están al frente? —Ella asintió sin palabras, sin detenerse a mirar si había tránsito en la avenida—. Espera —dijo nuevamente Pietro, afirmándola de un brazo en el momento en que un auto pasaba a escasos metros de su posición—. Ahora —concluyó soltándola cuando vio que no venía otro vehículo.

Francisca cruzó la calle corriendo. Antes de golpear, la puerta se abrió y John la tiró hacia adentro.

—¡Por fin, Francisca, qué mierda te entretuvo tanto, son las seis y media!  
—gritó molesto.

—Déjala, hombre. —Thomas puso una mano en el brazo de Francisca para protegerla de John—. ¿No ves que viene alterada? ¿Qué pasa, Franny?  
—preguntó con una ternura inusitada en él mientras la libraba del agarre de



John.

—¡*Me dijo que me amaba!* —gritó Francisca en español.

—¡Mierda, está hablando en español! —gritó John—. Y grita, tiene que ser muy malo.

—Cállense los dos —pidió Teresa, corriendo a Thomas del lado de Francisca—. Vamos, Irribarren, dime qué pasa.

—*Me dijo que me amaba* —repitió Francisca en un susurro.

—¿Qué? —preguntó John.

—Dice que le dijo que la amaba. —Teresa tradujo para sus amigos—. Asumo que el director.

—*Sí* —siguió Francisca—, *y me pidió matrimonio y...*

—¡¿QUÉ!?! Pero de qué mierda me hablas —gritó Teresa también en español.

—Terry, en inglés, por favor —pidió Thomas, ya que John estaba demasiado alterado para decir cualquier cosa.

—Que le pidió matrimonio —replicó Teresa.

—Ahhhh. —Thomas suspiró aliviado—. Entonces son solo nervios.

—Cállate, Tom —dijo Teresa—. No te enteras de nada.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Thomas—. Hace casi siete meses que tiene una relación con el hombre. Ella tiene veinticuatro apenas, pero él tiene treinta y cuatro. Es lo más normal que a esa edad una relación se ponga seria.

—¿No la escuchaste decir que ella no estaba enamorada? —preguntó John, ya tranquilo—. No es la primera vez que la escucho decir lo mismo.

—Claro, pero yo pensé que estaba salvando la cara por si el tipo le daba las gracias y la mandaba de paseo —explicó Thomas—. Para mí, esta chica está enamorada hasta del último hueso fallado del director.

Los tres amigos se miraban entre ellos y miraban a Francisca, que aún estaba como ausente, con los ojos llenos de lágrimas y la mirada perdida.

—No lo estoy —dijo tranquila y en inglés después de unos minutos—, enamorada de él. Siempre me gustó y me atrajo físicamente desde el primer

día. La primera vez que lo vi casi se me cae la baba —concluyó con una sonrisa triste, antes de dejar que John la abrazara y la llevara a un sofá a sentarse—. No fue en clases, sino que antes, mientras esperábamos fuera del gimnasio ese mismo día.

—Tú sabrás mejor lo que sientes, Franny, pero... —Thomas habló muy rápidamente, demostrando lo inquieto que estaba.

—Cállate, Tom. *Por una puta vez en tu vida, cierra esa enorme boca que tienes* —pidió Teres, sentándose en el suelo frente a Francisca y John.

—Dijo *puta*, Tommy. —se rio John, tomando la botella que tenía en la mesa junto al sofá—, yo que tú tengo cuidado.

—Y también me quedaría callado por si acaso —aportó Francisca, hipando entre sorbos de agua que John la obligaba a tomar—. Además, es lo que te pidió.

—Siento que estoy de más. —Thomas hizo una mueca antes de tirarse al suelo junto a Teresa—. Johnny consuela y da agua, Terry traduce de ser necesario. ¿Qué hago yo?

—Ser guapo y escuchar. —Francisca le sonrió entre las lágrimas que aún velaban sus ojos—. Y lo haces bien.

Después les contó lo que había pasado en la oficina del director y con los profesores que se encontró en el camino. Les dijo todo. Ni siquiera ocultó lo de su posible infertilidad ni la crueldad con la que ella lo había tratado.

—Aunque no lo ame, no es manera de rechazar una proposición —agregó para acabar con el denso silencio que su relato había dejado—. Pero yo... me dolía demasiado. No sé si es verdad que me quiere, no lo creo. Si de verdad me quisiera, no me habría dicho esas cosas horribles de la fatiga de materiales. Me hizo sentir como un auto viejo al que solo mi hermana puede arreglar.

—Si lo que dice el maestro Pietro es verdad...

—Yo diría que sí...

—Es obvio que es verdad, son amigos...

—Tal vez él lo crea así. —Francisca interrumpió a sus amigos—. Pero...

—El director te lo dijo, Franny —murmuró Thomas—, que hasta hoy eras su alumna. No estaba en libertad de decirte nada.

Un nuevo silencio cayó sobre los amigos. Francisca se refugiaba en el hombro de John sin escuchar los murmullos que de a poco iban subiendo de volumen, con sus amigos discutiendo cada una de las aristas de las cuatro conversaciones de Francisca.

—El anillo. —Teresa le habló a Francisca, removiendo una pierna para llamar su atención—. ¿En verdad era...?

—Sí —respondió Francisca—, dos zapatillas de baile.

—¿Con un ópalo? —preguntó Thomas—. ¿Quién regala un ópalo de compromiso? Mi papá ha regalado cinco diamantes enormes. No ha recobrado ninguno.

—No creo que sea por algo económico —dijo John.

—No, yo tampoco —concordó Teresa—. Yo diría que tiene algo que ver con ella. Fran, qué...

—Cuando... cuando nosotros... la prim... —Se quedó callada, los recuerdos eran demasiado íntimos y dolorosos para compartirlos.

—La primera vez que se acostaron —murmuró Teresa para ayudarla a seguir.

—Sí —aceptó Francisca moviendo su cabeza afirmativamente—, aunque en realidad fue la segunda. Él... él dijo que mi piel parecía un ópalo con la luz de la luna reflejándose sobre ella.

John inhaló rápidamente. Teresa se llevó las manos a la cara. Thomas la miró incrédulo.

—Hasta yo sé que eso es terriblemente romántico, Franny —comentó el americano—. Definitivamente, el hombre está enamorado. Ni una mina de diamantes podría ser mejor.

Francisca se arrebujo en el abrazo de John y volvió a ignorar a sus amigos, que siguieron comentando los detalles que sabían del director, de su relación

con Francisca, de su proposición matrimonial, del trabajo en Chicago, de todo lo que se les ocurrió.

—Debo decir que se esmeró al vestirse en todo caso —dijo John en un momento dado—. Siempre usa ropa negra cuando tenemos presentaciones, pero la camisa de seda de hoy era fantástica. Ya se la arrancaba para mí.

—Se veía estupendo —concordó Teresa.

—¿De qué hablan? —Francisca escuchaba después de mucho rato—. ¿Qué camisa negra?

—¿Cómo qué camisa negra? —preguntó John—. No creo que estuviera desnudo esperándote.

—No... —dijo Francisca alejándose de su amigo—. Cuando yo entré, él vestía un traje de dos piezas, azul marino, seguramente hecho a mano, con una camisa blanca y corbata roja.

—¿Corbata? —preguntó Teresa—. Jamás he visto al director con corbata.

—Yo tampoco. —Francisca entrecerró los ojos, pensando—. Ni siquiera sabía que tenía una.

—E-na-mo-ra-do —apuntó Thomas—. Ese es el tipo de ropa que un hombre enamorado usa para proponerle matrimonio a su mujer.

—Eso mismo. —John confirmó su acuerdo levantando las cejas en un gracioso gesto.

—¿Puedo dejar la bicicleta aquí? —preguntó Francisca de pronto—. ¿Podrías llevarme a casa?

—Claro, pero te íbamos a decir que fueras con nosotros —le aseguró Thomas—. Llamé al ama de llaves para que nos preparara una cena. Pensaba que después podíamos salir a celebrar los cuatro. O quedarnos en el departamento, lo que sea.

—No estoy con ánimo para celebrar —dijo Francisca—. No estoy con ánimo para nada. Y quiero estar sola, la verdad.

—Claro. —Teresa apretó la mano de la muchacha—. Lo entiendo. Lo entendemos.

Una media hora después, habiendo dejado a Francisca acostada y bajo los cuidados de Claudette, los amigos se fueron, muy preocupados todos ellos, solo para seguir durante la cena y gran parte de la noche hablando de todos los incidentes del largo día lunes.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

Eran casi las once de la mañana y Francisca se paseaba de arriba abajo por el departamento, medio nerviosa, medio preocupada. Si había alguien capaz de ponerla así, era su práctica y nada emocional hermana. Y puntual. «No te olvides de puntual, Fran», diría ella misma. Pero no ese día.

Se suponía que Isabel había salido muy temprano en la mañana desde Alemania a Francia. Debió llegar a las ocho de la mañana y, conociéndola, tendría preparado hasta el último detalle de su viaje, por lo que a más tardar a las diez debería haber llegado al departamento de Francisca.

Era martes y sus padres se reunirían con ellas el jueves, para asistir a la ceremonia el viernes en la mañana. La muchacha miró su reloj y siguió paseándose.

Cuando tenía diez años y María Isabel, doce, rompió el jarrón regalón de su abuela mientras ensayaba en casa, algo que tenía estrictamente prohibido. Por suerte, solo estaba Isabel. Para cuando volvieron los adultos, habían arreglado la casa y el florero estaba en el mismo lugar de siempre, librándola de lo que debió ser un castigo feroz.

Ahora necesitaba exactamente eso. Su hermana, la tercera generación de metomentodo. Necesitaba desesperadamente que llegara con su varita mágica y le arreglara la vida como solo ella podría hacer.

De preferencia, antes de que llegaran sus padres, claro.

Pasados quince minutos de las once de la mañana, tres golpes y un «Franny» gritado detuvieron su paseo y la llevaron directamente a la puerta. Su hermana soltó la mochila y la abrazó muy fuerte. Francisca, como si tuviera una llave en los ojos, empezó a llorar de nuevo. Claudette ayudó a Isabel a entrar. Aún abrazando a su hermana, la llevó hasta el sofá y comenzó a acariciar su espalda suavemente mientras Francisca lloraba sobre su hombro.

—No sé qué le pasa —explicó Claudette—, los amigos la trajeron así anoche. No ha querido comer nada, simplemente se acostó y se puso a llorar. No habla nada de nada.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Isabel a la señora—, yo me encargo ahora.

Con palabras tiernas, con retos y gruñidos, Isabel fue tirándole la lengua a Francisca hasta que ella le contó todo lo que había pasado la tarde anterior. Después, Isabel la arrastró hasta el baño, le lavó el rostro y sonó su nariz como cuando eran unas pequeñas. La obligó a tomar un té y comer una porción de cereales con leche. Hasta ahí, todo bien. Lo malo vino después.

—Creo que tus amigos tienen razón, Franny —dijo Isabel aún sentadas a la mesa, con los platos y tazas vacías delante de ellas—. Ese tipo te ama. Con locura, diría yo.

—Eso es estúpido, Isa. Y aunque fuera cierto, ¿qué importa si yo no lo amo?

—Fran, tal vez tus prejuicios te están cegando, ¿lo has pensado? Desde ese día en que bromeando te dije de casarte con un ruso, no has dejado de molestarte y escupir incluso. Me parece que estabas escupiendo al cielo y te cayó en la cara. Eso es lo que te molesta en el fondo.

—No, Isa. Esos prejuicios, como tú dices, quedaron muy atrás, incluso antes de llegar a la academia. Simplemente, no lo amo. A ti puedo reconocerte que si no fuera por eso de la fatiga de materiales y tal, quizás habría aceptado su propuesta. Me gusta mucho y lo quiero lo suficiente como para vivir con él. Pero, entiende, me destrozó totalmente, no solo como bailarina, no solo mis sueños. A mí. Si no soy bailarina, ¿qué soy? ¿Perdí toda mi vida en pos de un sueño irrealizable?

—No es irrealizable —dijo Isabel, siempre sensata Isabel—, solo tienes que ajustarlo un poco, tal vez cambiar algunas piezas, aceitar otras...

—No soy uno de tus autos para que me repares y me echas a andar de nuevo —masculló Francisca, molesta, a pesar de haber pensado exactamente eso. Que si era un auto viejo con fatiga de materiales, su hermana podría

arreglarla.

—Bueno, no te enojés conmigo, pero estoy de acuerdo con él. Sí existe la fatiga de materi...

—¡No me importa, Marisa, por Dios!

—¿Qué te importa entonces?

—No sé... —Nuevamente se hundió en la silla—. Decidir qué voy a hacer ahora. Tal vez todo este rodeo me sirvió para darme cuenta de que estaba justo en el lugar que tenía que estar. Los he extrañado mucho a todos. A papá y mamá. A mis amigos del teatro, a mis alumnos. Y a pesar de haber tenido tan buenos amigos, los he extrañado mucho a ustedes. A mi Quinteto.

—Al final, la abuela va a tener razón entonces. —Isabel sonrió de medio lado—. Primera bailarina en el Teatro Municipal de Santiago. Ella lo predijo hace, ¿cuánto? ¿doce, catorce años? Y tú no le creíste. De la misma manera que no me creíste a mí.

—Tú y la abuela, las más grandes profetizas desde Isaías y Elías —dijo Francisca con la primera risa auténtica en las últimas veinticuatro horas—. Estás tan loca como lo estuvo la abuela.

—No me digas loca, no lo soporto, lo sabes. Yo soy una persona muy seria y centrada.

—Entonces, céntrate ahora —le pidió Francisca—, parece que la decisión se tomó sola. Chile será. Tengo que empacar todas mis cosas, tanto aquí como en la casa de Tommy y en su magnífico departamento con vista al Sena. Te vas a volver loca, Isa. Te lo digo de buena manera.

—Lo que me vuelven loca son los autos europeos —dijo Isabel con una carcajada—. Había pedido un utilitario en el aeropuerto, pero cuando llegué tenían un Ferrari y un McClaren. Casi tuve un orgasmo ahí mismo...

—¡Marisa!

—¿Qué? Como si no supieras qué es eso...

—No importa —dijo con impaciencia—. ¿Qué pasó?

—Por más que calculé cuantas cajas podíamos meter en el McClaren,



finalmente tuve que renunciar y traerme el utilitario. Como dirías tú de pequeña: ¡Puaj!

—¿Cómo no lo pensé? —dijo Francisca—. Solo un auto es capaz de retenerte por una hora. Me imagino que era amarillo, ya que te gustan los rubios.

—Ahora hablas como Lorena, Franny —dijo Isabel riendo.

Ese día, Francisca desarmó su vida en París. Con la ayuda de su hermana y de sus queridos amigos, que llegaron a eso de la una de la tarde con el almuerzo, el departamento quedó desocupado casi en su totalidad. Solo dejaron la ropa que Francisca usaría hasta el domingo, día en que partiría junto a su familia a Chile. Isabel había llamado a Adriana, quien a su vez solucionó el tema de los pasajes en un abrir y cerrar de ojos.

El miércoles fueron a la casa al frente de la academia. Embalaron toda la ropa, los discos, fotografías de los cuatro. El resto lo dejaron tal cual, ya que Thomas había ofrecido la casa a dos futuros alumnos de la academia. Como Isabel ya los conocía, se incorporó rápidamente al grupo, compartiendo las bromas y recibiendo el burdo coqueteo de Thomas, que se ganó un codazo de Teresa, para después alejarse rezongando y discutiendo consigo misma en español.

—Creo que definitivamente voy a tener que aprender a hablar español —dijo Thomas.

—Te ganaría muchos puntos —Francisca reía con su hermana del *puto gringo facilón*, como decía Teresa.

—Además, no creo que a los padres de Teresa les simpatice que lo único que sepa decir es *Pequeña Princesa Perfecta* y *Teresa Trasero Travieso* —siguió él, más frustrado por las risas de las hermanas.

—No, a menos que hables de Teresa como la Princesa Perfecta —le dijo Isabel.

Después del almuerzo fueron a dejar todas las cajas de Francisca que despacharían por correo. Luego, fueron al aeropuerto a recoger a la mamá y hermana de Thomas.

La cena en casa de los Van der Meer fue muy divertida. Las bromas y las discusiones tontas corrieron a la misma velocidad que el vino. Finalmente, todos durmieron ahí, ya que ninguno estaba en condiciones de manejar y el chofer había sido requerido por el padre de Thomas, que había llegado a París esa noche, pero no se quedaría en el departamento.

El jueves muy temprano, cuando todos aún dormían, Francisca e Isabel fueron al aeropuerto a buscar a sus padres. Ya muy tranquila y aleccionada por su hermana, Francisca abrazó a su padre y lo besó en la mejilla sin derramar una lágrima.

El que lloró fue Cristian Soublette. Amaba a su esposa, su hija mayor era el orgullo de su vida, pero la pequeña simplemente le había robado el corazón la primera vez que la tomó en brazos y la había extrañado terriblemente en los últimos dos años. Fue el más feliz al escuchar que su adorada niña volvería a Chile con ellos.

María José abrazó feliz a su hija. Pero a ella no la engañó. Recibió su beso y la miró entrecerrando los ojos. Tomó su brazo y dejó que su marido e Isabel fueran a retirar el equipaje.

—Creo que tenemos una conversación pendiente, nosotras dos, señorita — le dijo mientras caminaban varios metros detrás.

—Mamá... mamita... —respiró profundamente—, cuando estemos en casa te cuento todo. No acá, no antes de la ceremonia. Y que papá no se entere, por favor.

—¿Un hombre, Franny? ¿O tu extraña decisión de volver a Chile?

—Todo está relacionado. Por favor, no me preguntes más.

—Por ahora estoy de acuerdo, pero te voy a cobrar la palabra.

El día siguió muy parecido al anterior, solo que en esta ocasión fueron los Soublette quienes invitaron a todos a almorzar a un bello restaurant. Fueron un grupo muy ruidoso y alegre cuando los padres de Teresa y los de John se unieron a ellos.

Pasaron toda la tarde recorriendo París. Las mujeres fueron a ver tiendas, excepto Isabel, que prefirió ir con su padre y los hombres a ver un importante

partido de fútbol en un bar.

A pesar de todo, pensaba Francisca en su cama, habían sido unos días muy especiales con sus amigos y todas sus familias. Y aunque el día siguiente sería seguramente una prueba dura, contar con ellos era un gran consuelo.

\*\*\*

El glorioso día de la graduación no pudo empezar mejor. Su madre la había obligado a comprarse un vestido nuevo y le sentaba como guante. Era de un color verde oscuro, con escote redondo, apretado en la cintura, caía casi recto hasta sus rodillas.

Los zapatos también eran nuevos, los tacos más altos que Francisca se comprara en toda su vida. Diez centímetros. Como Isabel usó unos zapatos planos y cómodos, la diferencia en su estatura no fue tanta, algo que le sentó muy bien a Francisca. Cuando lo notó, le sonrió en agradecimiento. Comprendió enseguida que lo había hecho por ella.

—Thomas mandó un regalo —le dijo María José antes de que salieran hacia la academia.

—¿Qué? —preguntó Francisca mirando hacia el interior del departamento que usaban sus padres por un par de días, gentileza de Philippe y Claudette, que también los acompañarían.

—Una limosina. Es magnífica, ya me gustaría ponerme a jugar un rato —dijo Cristian, lo que provocó que Isabel casi saliera corriendo.

—No. —Francisca la detuvo inmediatamente—. Mañana jugarás, hoy es mi día.

—Claro, Franny —respondió Isabel—, si solo quería mirarla.

—Sí, claro. —La madre reía exasperada.

En ese momento, se les unió la otra pareja mayor y juntos, los seis, se dirigieron a la academia, cómodamente sentados en la limosina con chofer, bebiendo champaña y disfrutando de las bellas flores, cortesía de la

Corporación Van der Meer.

Al llegar, había otras tres limosinas iguales. «Lo más probable es que estuviera convenido así», pensó Francisca cuando su chofer y los otros bajaron al mismo tiempo para abrir las puertas.

Cuando estuvieron todos juntos, en la puerta de la academia, se les unió August Van der Meer. Fue presentado y saludó a todos los presentes. Tuvieron un momento muy incómodo cuando llegó junto a su primera esposa. Sus hijos lo miraron con precaución. Evie le sonrió cortés y encabezó la marcha al interior del recinto.

En el pequeño teatro donde se realizaban todas las presentaciones formales, tuvieron que separarse. Para los graduandos, la academia disponía de un lugar de honor, en la primera fila al centro. Los profesores y el personal de la academia se sentarían en la primera y segunda fila a ambos lados de los alumnos, excepto el director, *madame* Fayolle, *madame* Signoret y *monsieur* Aubridot, que ocupaban las cuatro sillas dispuestas para ellos en el escenario.

La familia de los graduandos y otros invitados tenían sus lugares designados. Francisca se preocupó por un momento, ya que a cada uno le correspondían cuatro entradas, por lo que Isabel usaría la entrada extra de Teresa y no sabía si podría sentarse junto a sus padres.

—Están todos juntos —dijo John al notar que conducían a las cuatro familias a dos filas consecutivas—. Seguramente el director lo dispuso así, Fran —terminó susurrando.

—Juntos los cuatro. —Teresa tomó de la mano a Thomas y a John—. Como siempre.

—Juntos los cuatro. —Thomas agarró una mano de Francisca mientras John cogía la otra.

—Promesa de plaza —dijo John.

Francisca les agradeció a sus amigos en silencio. Si trataba hablar, seguramente se pondría a llorar, por lo que ni siquiera lo intentó.

Unos minutos después, bajaron las luces y todos se dirigieron a sus lugares, un rumor de pasos en el escenario les indicó que los cuatro

profesores ya estaban ahí. Discretamente, Francisca dirigió la mirada al escenario, pero Baran no la miraba a ella. De hecho, no miraba a ninguna parte.

La muchacha cerró los ojos, tratando de dejar fuera de su memoria la apariencia del hombre ese día. Un nuevo traje, en esa ocasión gris oscuro, camisa de un pálido violeta y la corbata morada oscura. Zapatos negros brillantes. «Es demasiado guapo para mi tranquilidad mental», pensó Francisca. Pero no era suficiente. No para ella.

Un hombre desconocido se dirigió al micrófono y comenzó la ceremonia. Saludó a las autoridades presentes, a las familias y a los alumnos. Luego, se leyó una reseña de la academia, nombrando a todos los grandes bailarines que un día fueron alumnos ahí.

Un par de números artísticos fueron presentados, incluyendo la banda de jazz dirigida por el maestro Pietro Colantoni, que los deleitó con dulces y alegres melodías.

Después, el maestro de ceremonias llamó uno a uno a los alumnos, que recibieron su diploma de manos del director. Si alguien notó el más pequeño temblor en la mano del ruso al entregar algunos títulos, nadie lo dijo.

Luego, se dirigió al podio para dar su discurso de despedida y entregar los premios.

—Muy buenos días tengan todos ustedes. —Comenzó sonriendo y mirando rápidamente a través de la sala—. Para los que no me conocen, soy Baran Vinográdov, hasta hoy director de esta noble institución. Para los que sí me conocen, probablemente soy el dictador, el tirano, un hijo de mala madre, el diablo en persona. —Nadie sabía si reír o no, por lo que un extraño ruido cruzó la sala—. Lo soy —dijo con una amplia sonrisa—, lo he sido. Es lo que se pide en una academia que tiene una enorme tradición de excelencia. Por casi cien años, hemos entregado al mundo los mejores bailarines, los más brillantes coreógrafos y directores. Por estas salas han pasado los mejores entre los mejores, y ahora ustedes —recorrió la primera fila— son parte de ellos. Son parte de la historia que se escribirá en el futuro. Sé que les exigí

más allá que en sus peores pesadillas. Por eso, mis disculpas, pero hoy pueden salir de esta sala sabiendo que son capaces de superar cualquier obstáculo que la vida les ponga, tanto profesional como personal. Les pido un gran aplauso para estos ocho valientes y brillantes hombres y mujeres que festejamos hoy.

Un gran aplauso ensordeció a los graduandos, quienes se pusieron de pie, se giraron para enfrentar a sus familias, amigos y profesores e hicieron una profunda reverencia. Cuando el aplauso concluyó, todos se volvieron a sentar y el director continuó con su discurso.

—Como les dije al comienzo, hasta hoy soy el director de esta institución. Al igual que ustedes, el mañana me llegará con sorpresas y nuevos desafíos. —Un murmullo recorrió la sala—. Espero que el próximo director continúe con la noble tradición de excelencia que caracteriza a la academia. Confío en que todos los profesores y trabajadores lo apoyen de la misma manera en que me apoyaron a mí. —Hizo una pausa para beber un trago de agua, se aclaró la garganta y siguió leyendo—. Es por este motivo que esta ceremonia tiene un gusto distinto, al menos para mí. Me siento muy honrado de graduar a tan excelente generación y de entregar estos premios. —Hizo una breve pausa, miró sus notas y las dejó de lado—. Algo que me caracterizó en estos seis años fue mi gran afición a poner sobrenombres, muchos crueles, lo admito, pero también algunos certeros. Creo, modestia aparte, que mi mejor idea en este sentido fue la de los *Cuatro Fantásticos*. —Los alumnos disimularon sus risas—. No porque piense que Tommy Van pueda prenderse fuego a sí mismo, sino porque son, auténticamente fantásticos. Por eso, les voy a pedir que a medida que los nombre y reciban sus premios no vuelvan a sus lugares.

Hubo algún movimiento en el fondo del escenario. Entraron los utileros que dejaron cuatro mesas pequeñas, con una corta distancia entre ellas. Dos más adelantaron una mesa más grande que estaba llena de diplomas, medallas y regalos. Los profesores se pusieron de pie junto a esa mesa.

—En Historia del Arte —siguió Baran—, la señorita María Francisca Soubllette.

Francisca se puso de pie y se dirigió al escenario. Recibió la medalla, el diploma y el regalo. Después, *monsieur* Aubridot la acompañó hasta la primera mesa pequeña.

—En Historia de la Danza —dijo Baran después de que Francisca desocupara sus manos—, la señorita María Francisca Soublette.

Francisca se adelantó hasta la mitad del escenario y repitió la ceremonia con *madame* Fayolle.

—En Desarrollo de la Danza, la señorita María Francisca Soublette —dijo Baran con un tono ligeramente jocoso.

Por tercera vez, Francisca recibió su premio, que en esa ocasión entregó *madame* Signoret, y volvió hasta la mesa donde iba dejando sus cosas.

—Por Interpretación Teatral, la señorita Teresa Rodríguez.

Teresa subió al escenario y recibió su premio de manos de *monsieur* Aubridot, quien la escoltó a la segunda mesa.

—Por Anatomía y Fisiología, la señorita Teresa Rodríguez.

Con una sonrisa brillante, Teresa recogió su segundo premio y volvió a su posición.

—Por Apreciación Musical, el señor John Patrick Brown.

John subió al escenario y dos minutos después estaba junto a sus amigas.

—Por Medios Audiovisuales, el señor John Patrick Brown.

Ya casi parecía chiste barato. Con una pequeña risa, John se adelantó en el escenario y recibió su segundo premio.

—Por Coreografía y Composición, el señor Thomas Van der Meer.

Thomas subió al escenario, recibió su premio y se acercó a sus amigos.

—Estos son los premios a los mejores alumnos en las áreas que agrupan las asignaturas clasificadas como teóricas —explicaba Baran—. Pero no por eso no son importantes, especialmente Coreografía y Composición. Naturalmente, sin alguien que nos diga cómo movernos, los bailarines no somos nada. Un aplauso, por favor. —Luego de la salva de aplausos, el director siguió—: La segunda categoría es la danza, propiamente tal.

Premiamos al mejor representante de las dos corrientes más importantes. Por Danza Moderna y Contemporánea, la señorita Teresa Rodríguez.

Teresa avanzó hasta el centro del escenario, recibió su diploma y medalla, que venían acompañadas con un enorme ramo de flores.

—Por *Ballet* Clásico, la señorita María Francisca Soubllette.

Al igual que su amiga, Francisca recibió un enorme ramo de flores y volvió a su lugar sabiendo que venía la parte más difícil, ya que la primera graduación la entregaba el director. Así que ella debía recibir el beso y el abrazo de Baran frente a todo el público y, además, sonreír.

—La primera graduación se considera la mejor de las mejores, la gran promesa de su generación. Pero en este caso es eso y mucho más. —Se giró para mirar a los alumnos y les sonrió. John casi tuvo un ataque cardiaco ahí mismo—. Si me permiten, muchachos, en este caso nuestra primera graduada es el motor detrás de su presencia acá. El corazón y la garra que los trajo hasta aquí, quien los empujó y no los dejó caer. Una gran mujer y una gran bailarina que cuenta con mi más profunda admiración. La señorita María Francisca Soubllette.

Francisca, con las piernas temblorosas, se dirigió por quinta vez al centro del escenario. No pensaba, bajo ningún aspecto, que Baran fuera a cometer alguna locura, pero su presentación la había dejado totalmente anonadada. Nunca pensó que fuera a decir algo así. Qué diablos, si ni siquiera creía que la tuviera en tan alta estima. Hasta ese momento seguía creyendo que era solo deseo lo que gobernaba sus relaciones.

Claro que tampoco la haría cambiar de opinión respecto de él y de su propuesta.

Baran la esperaba con el diploma, la medalla y un pequeño sobre en las manos. Nadie podría decir si estaba nervioso, preocupado o indiferente. Simplemente esperaba en el centro del escenario.

Le puso la medalla, le entregó el diploma y el regalo, rodeó su cintura con el brazo para posar en la foto de rigor y luego, siguiendo la tradición, se inclinó para besar ambas mejillas.



—No te preocupes, no te voy a pedir nada —susurró, besando una mejilla —, solo que nunca pienses que no te amo. —Terminó al besar la otra.

Francisca lo miró superficialmente, le sonrió e hizo su característica reverencia.

—Señor Director —dijo con voz firme, lo que arrancó una carcajada de todos los alumnos y profesores que habían sido testigos de la testarudez de la muchacha y de la manera como el director le exigía incluso más que a los otros.

—Descarada —murmuró Baran antes de unirse a las risas. Luego se dirigió nuevamente al micrófono y Francisca, a su posición.

—Señores y señoras, Los Cuatro Fantásticos.

Una ovación de pie siguió a las últimas palabras del director. Los cuatro amigos se miraron, se tomaron de las manos e hicieron una reverencia.

—Antes de dar por terminada la ceremonia —siguió el director— y de invitarlos al cóctel preparado en el patio central, dejo con ustedes a nuestra primera graduada. ¿Francisca? —Se giró, la miró y le indicó el micrófono antes de alejarse hacia su silla.

—Muchas gracias, señor director —dijo Francisca, preocupada por tener que hablar sin estar preparada, pero eligió el camino de la cortesía y comenzó —, por sus amables palabras. Sí, lo que dice es cierto, ha sido exigente, todos lo han sido, pero también nos han enseñado mucho. Si somos fantásticos es porque ustedes nos guiaron y nos empujaron. Pero, por favor, no nos olvidemos de nuestros compañeros graduandos, tan fantásticos y excelentes bailarines. Partimos cincuenta hace dos años y hoy solo somos ocho. —Miró a Paulo y a los otros que seguían sentados y les sonrió—. Lo logramos, chicos, y el cielo es nuestro límite. Muchas gracias.

Más aplausos, la cortina musical y las luces encendidas. La ceremonia había terminado. Antes de que Francisca pudiera llegar junto a sus amigos, unas pisadas firmes y solitarias le indicaron que el director había salido del escenario. La muchacha se mordió el labio inferior antes de encerrarse en el abrazo de sus amigos, como siempre, Teresa y ella en el centro, Thomas y

John rodeándolas.

—Deberíamos ir a dejar las cosas a la limo —dijo Thomas—, especialmente las de Francisca, de lo contrario, toda la familia va a andar cargada hasta la cabeza.

Por sugerencia de *madame* Signoret guardaron todo, excepto las medallas, ya que tendrían que participar en una sesión de fotos para la prensa especializada.

Isabel reclutó a todos los hermanos y juntos fueron a guardar los premios a los vehículos. Al volver, las cuatro familias estaban reunidas en el centro del patio. Una pequeña discusión se armó entre el padre y la hermana de Thomas a propósito de la manera despectiva del progenitor de tratarlo. Cuando Francisca y sus amigos llegaron hasta el grupo, los ánimos ya se habían calmado gracias a la intervención de Isabel y Cristian, y todos seguían con su alegre charla.

Al que no se veía por ningún lado era al director. Incluso faltó a la sesión de fotos, comentó Teresa cuando su madre le preguntó por él. Los minutos y las conversaciones seguían, pero el director aún no aparecía. Los camareros miraban a cada momento hacia su jefe, que hablaba con *monsieur* Aubridot.

El profesor miró su reloj y asintió, luego caminó hasta donde estaban conversando Malik, Pietro y *Herr* Bachmann. Habló con ellos y luego el primero salió camino a las oficinas.

Unos minutos después reapareció con el director siguiéndolo muy de cerca. Inmediatamente se dirigió al micrófono que estaba en mitad del patio, tomó la copa de champán que había aparecido como por arte de magia en sus manos y esperó los pocos minutos que los camareros se demoraron en repartir las copas entre todos los presentes.

Hizo un brindis, elevó su copa y tomó un cortísimo sorbo antes de dejarla de lado. *Monsieur* Aubridot se acercó al director y lo llevó aparte mientras *madame* Fayolle y *madame* Signoret reunían a los ocho alumnos graduados.

—Por fin —dijo Thomas cuando volvieron unos minutos después—, ahora sí terminó oficialmente la sesión de fotos.

Siguieron bebiendo, comiendo y conversando mientras, disimuladamente, Francisca seguía los pasos de Baran, que pasaba de grupo en grupo saludando a los invitados, deteniéndose unos minutos a charlar con las familias de los festejados.

—¿Qué hace? —preguntó John en su oído.

—Saluda a los presentes —concluyó Francisca—, es el anfitrión después de todo.

—Pero también va de familia en familia —dijo John preocupado—, eso quiere decir que va a llegar acá. Y va a hablar con tus padres.

—Lo sé —respondió Francisca con los ojos ardiendo de preocupación. Thomas se le acercó mostrando la misma preocupación que John—, aunque me dijo... En el escenario, cuando me premió —explicó Francisca ante la duda de sus amigos—, me dijo que no me preocupara, que no pediría nada, excepto...

—¿Excepto...? —preguntó Thomas impaciente cuando Francisca no dijo nada por unos largos y desesperante quince segundos—. Fran, termina de una puta vez.

—Solo me pidió que nunca creyera que no me ama —terminó.

—¿Y tú no te tiraste en sus brazos y lo violaste? —preguntó Thomas—. Mierda, no sé nada de las mujeres.

—Ni yo —murmuró John.

—Y yo estoy igual que hace dos años —dijo Francisca—. No sé nada de los hombres.

—¡Thomas! —gritó August en ese preciso instante—. Ven acá si no es mucha molestia.

El director había llegado junto a la familia de Thomas, habló con ellos un par de minutos y después de dirigió a la familia de John.

Los Rodríguez ya esperaban su turno, unos pasos más allá; la más pequeña estaba feliz, con una mano de su hermana entre las suyas.

—No sé si alguna vez oyeron hablar de una bailarina, Irina Vasilóva —

preguntó Baran a los Rodríguez.

—Me parece haberla oído nombrar —respondió Julia.

—Claro, querida —le recordó su marido—. ¿Te acuerdas cuando la niña reclamaba por ese profesor que no le daba papeles importantes? ¿Porque ella era muy alta? Siempre decía que le gustaría que él se acordara de la maravillosa Irina, que no era nada pequeña.

—No, por cierto, nadie podría decir que Irina era pequeña —ratificó el director—. Más bien lo contrario. Era apenas un poco más baja que yo y aunque era delgada, era muy musculosa. En fin, Irina era una bailarina excepcional. Maravillosa. Se dedicaba a la danza moderna, aunque tenía entrenamiento clásico. Y estoy seguro de que le hubiera encantado compartir escenario con Teresa.

—¿Usted la conocía, profesor? —preguntó Lulú con una voz tierna y su enormes ojos abiertos, mirando atenta al hombre.

—Sí, Lucrecia, yo la conocía.

—Lulú —dijo la niña—. Me dicen Lulú.

—Entonces sí, Lulú —corrigió Baran sonriéndole a la pequeña—. La conocía muy bien. La amaba y ella a mí. Irina era mi tía. La única familia que tuve.

—¿No tiene hijos, profesor? —inquirió la niña, totalmente ajena a la ola de tensión que viajó por el hombre y por sus ex alumnos, especialmente la amiga de su hermana.

—No, Lulú, lamentablemente no tengo hijos ni esposa. En realidad, después de la muerte de Irina, solo he tenido algunos amigos. Aunque me encantaría.

—Tiene que buscarse una princesa, profesor —concluyó Lulú candorosamente—. Usted parece un príncipe de mis cuentos. Entonces ya no va a estar solo. Y va a tener hijos.

—Y si no quiere esperar —intervino Julia—, yo le puedo regalar a una pequeña preguntona y metiche.

—Mi papá no te deja —respondió la niña, absolutamente segura de su respuesta, con un gesto tan orgulloso del amor que despertaba en su progenitor que todos rieron.

—Le agradezco el ofrecimiento, señora Rodríguez, aunque sea irrealizable. —Baran acarició la cabeza llena de rizos de Lulú—. Cuídate, Lulú. Y si encuentras una princesa, tal vez me la presentes.

—No puede ser mi hermana —dijo ella, meditando su respuesta—, es muy desordenada y gruñona. Ella tampoco —agregó apuntando a Anjelica—, más parece presidenta de la nación que princesa. Ella podría ser. —Miró a Isabel—. Ese muy bonita, pero usa zapatos bajos, las princesas siempre ocupan zapatos altos. ¡Así como esos! —Alegre, apuntó los de Francisca—. Aunque no sean de cristal, parecen zapatos de princesa. Y ella es muy linda también. Y se ganó todos los premios. Sí, ella parece una princesa. ¿La conoce, profesor? Si no, yo se la presento. Se llama Francisca y es amiga de mi hermana, que le dice Irribarren, aunque no sé por qué. Tommy le dice Franny. Franny hasta parece nombre de princesa.

Teresa llevaba cuatro desesperados intentos de hacer callar a su hermana, presionando su hombro para llamarle la atención, pero la niña había soltado su agarre y había caminado hacia Francisca. Al llegar a ella tomó su mano y la miró con una sonrisa dulce.

—Mira, Franny —le habló con su voz tierna—, te encontré un príncipe y anda buscando una princesa para casarse, tener hijos y vivir felices por siempre jamás.

—*Lucrecia Borgia, anda a jugar antes que te pille y te mate* —gritó Teresa en español, ya no simulaba tranquilidad mientras su hermana cerraba aún más el enredado nudo que se tejía en torno al director y Francisca.

Avanzó un paso y Lulú salió corriendo, perseguida por su hermana, a quien siguieron Martin e Ivonne, los hermanos de John, pensando claramente que se trataba de un juego, aunque ellos no entendieron lo que dijo.

—*Príncipe mi trasero* —masculló Francisca en español, sin mirar a Baran, buscando un lugar donde huir. Pero el grito de su padre se lo impidió.

—¡Franny! —exclamó—, *hija, por Dios, que...* —en ese momento se dio cuenta de que tendría que tratar de explicarse en inglés, idioma que el director había utilizado hasta el momento. Un poco desesperado, miró a su esposa y a sus hijas. Francisca tenía los brazos cruzados sobre su estómago y miraba un punto por sobre el hombro de su progenitor.

—Disculpe a mi marido —intervino, entonces, María José—, aunque lo entiende, no habla casi nada de inglés. El mío no es muy bueno tampoco en todo caso.

—No se preocupe —dijo el director, sonriendo tensamente.

—Y disculpe a mi hija también —continuó la mujer—. La verdad, no sé qué le pasa...

—Por favor, no siga —pidió Baran levantando una mano—. De partida, porque no entendí lo que dijo, y segundo porque en realidad no importa. Hay muy pocas cosas que Francisca pudiera hacer o decir que me molestaran.

—Le agradezco, director. —María José sonrió con una elegante inclinación de su cabeza.

—Bueno, ya veo de dónde sacó Francisca su gracia y belleza —dijo Baran—. Es usted un hombre afortunado, señor Soubllette...

—Cristian, por favor —pidió él, tendiendo la mano.

—Es usted un hombre afortunado, Cristian —repitió Baran después de tomar la mano del hombre, con el semblante vacío, pudiendo apenas con el peso de su propia alma, forzándose a seguir la conversación con un músculo saltándole en la mejilla izquierda—. La vida lo premió con una hermosa esposa y dos maravillosas hijas —agregó paseando la mirada por las tres mujeres—. Aunque casi no conozco a Marisa, sé por ciertos comentarios de Fran, que es una mujer tan cabal e inteligente como hermosa. Lo mismo su esposa. —Carraspeó antes de seguir hablando—. Permítame una vez más felicitar a María Francisca, a quien deseo toda suerte de parabienes y que el futuro le traiga todo lo que desea y ciertamente merece. Ahora, me retiro, debo tomar un vuelo a la noche y estoy un poco retrasado. Adiós.

Cristian, María José y varios de los presentes mantuvieron la sonrisa unos

minutos mientras se despedían y le deseaban suerte en su viaje. Cuando la espalda del hombre se perdió entre la multitud, se miraban entre sí, sin entender totalmente lo que acababa de pasar. Como si se hubieran puesto de acuerdo Thomas, Teresa y John incentivaron a sus respectivas familias a alejarse, dejando atrás a los Soublotte y a los Toussaint; Philippe y Claudette se miraban entre ellos, pareciendo totalmente culpables.

—*Jovencita, creo que nosotros tenemos que hablar* —dijo Cristian mirando atentamente a su adorada hija menor con cualquier cosa menos adoración. De hecho, enfado describiría mejor lo que sentía en esos momentos.

—Y yo pensé —decía August regocijándose por la incomodidad de los otros— que yo tenía problemas con mis hijos.

—¡Cállate, papá! —exclamó Anjelica.

Francisca miraba el suelo con los brazos más apretados en torno a su cintura, con la quijada tan dura que le parecía imposible que algún día pudiera volver a abrir la boca y con la certeza absoluta de que todos los adultos habían entendido claramente qué era lo que pasaba entre ella y el director.

\*\*\*

Francisca estaba muy agradecida por haber llegado rápidamente a su departamento y alejarse de la ira paterna. Philippe y Claudette la acompañaron para ayudarla con todos los paquetes. Isabel se quedó con sus padres, tratando de explicar lo que Francisca no quiso decir.

Sin saber qué más hacer, se sacó el vestido y se puso una camiseta holgada y un short de algodón. Dio tres vueltas por el departamento y finalmente decidió que ordenaría las cosas que le habían regalado dentro de su maleta.

Puso las flores en un jarrón vacío, guardó todos los diplomas en una carpeta y puso las medallas en la caja que les correspondía. Luego abrió los

regalos.

Recibió una enciclopedia de *ballet* de tres tomos con bellas ilustraciones, una colección de discos con la más variada música para bailar y cuatro entradas para una visita guiada en el Luvre. «Perfecto», pensó Francisca, «justo lo que necesito, otra invitación para papá». A punto estuvo de tirarlas a la basura.

Miró con temor el cuarto y último regalo. Era un paquete pequeño. «A saber qué será», se dijo, tomándolo en la mano. Era cuadrado y muy liviano.

—No —musitó—, no se atrevió.

Con cuidado, rasgó el papel y sacó una caja que le resultaba tristemente familiar. Venía también una pequeña nota.

*Es una pieza de joyería única, diseñada exclusivamente para ti. Por favor, consévala. Baran.*

Abrió la caja y observó el precioso anillo. Con la mano temblorosa lo sacó y lo puso en su dedo anular. Le quedaba, literalmente, como anillo al dedo. Era tan pequeño que nadie más podría usarlo. Y Baran lo había diseñado para ella, por todo lo que representaba para él.

Odiándolo más que nunca y sintiéndose seca por dentro, Francisca se quitó el anillo, lo tiró sobre la cama y salió corriendo.



## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Los últimos días en París y los primeros en Chile fueron una confusión de reproches y felicitaciones. Lo peor era la actitud de su padre. Francisca sentía su mirada seguirla a donde fuera. Aún peor que su vigilancia constante era la triste indiferencia con que recibía el beso de su hija cada vez que ella llegaba o salía de la casa.

Francisca quería gritar. Decirle a su padre que no era culpa de ella, que había tenido una relación con Baran, que se había acostado con él por siete meses, que había perdido su virginidad con él, pero no tenía la culpa de los sentimientos que él manifestara. Ella no le había pedido nada.

Otro gran problema que tuvo que enfrentar fue su regreso al Teatro Municipal. Se había ido como una bailarina más, siempre destacando, siempre en primera fila, pero lisa y llanamente una más, y volvía como la primera bailarina.

No todo fue odio y envidia, muy por el contrario, los trabajadores la felicitaban, los directivos le agradecían por haber vuelto. Ivania estaba feliz por saber que ella la reemplazaría.

La reacción de los otros bailarines fue variada. La gran mayoría estaban felices. Algunos aceptaban con indiferencia su retorno. Los menos se preguntaron por qué, si Francisca había ido a triunfar a Europa, volvía como el hijo pródigo a Santiago. «Alguna tontera tiene que haber hecho, dijo Eugenia, «como nadie quiso contratarla». «Si ella es la mejor de su promoción», agregó Constanza casi con asco, «no ha de ser una buena promoción».

Por supuesto, ellas se cuidaban muy bien de no hacer público ese tipo de comentario, especialmente frente a los directivos y encargados del *ballet*, ya que fue evidente desde el primer día todo lo que Francisca había aprendido y crecido como bailarina durante su estadía en Francia.

Y después alguien, nadie reveló quién, hizo pública algunas grabaciones de la muchacha en la academia. Todos vieron, al menos, las presentaciones oficiales: los conciertos de primavera y Navidad, la obra final de curso. Como siempre, *Malen'kiy* arrancó suspiros y alguna lágrima. Nadie se ponía de acuerdo qué era lo más sublime, si la belleza del baile en sí mismo o la manera en que era interpretado. Incluso Sebastián le confesó a Francisca que no sabía si él podría hacer algo tan bello. «No lo sabes hasta que no lo intentas», respondió ella, tratando de mantener su optimismo.

Porque eso era lo único que podía hacer, tratar de mantener su optimismo, su serenidad.

La primera semana se había encontrado con sus amigas y les contó absolutamente todo. Isabel también fue interrogada, a propósito de la llamada telefónica de la pasada Navidad, de haberlo conocido en Francia, de haber sido mencionada por él como Marisa, de todo lo que se les ocurrió al resto del Quinteto. Al final de la ardua jornada de conversaciones y confesiones, Francisca no sabía si sus amigas estaban de acuerdo con ella o no. Pero como siempre, recibió su apoyo incondicional, sin importar lo que ellas verdaderamente pensarán.

Para Francisca lo peor era que podía fingir que estaba bien, que estaba feliz con todas sus decisiones y no se arrepentía de nada, pero en la soledad de su habitación, rebuscando en lo más hondo de su corazón tenía que admitir la verdad.

Lo extrañaba. Lo extrañaba terriblemente. Se sentía sola, abandonada y necesitada. Se despertaba húmeda de transpiración aún en pleno invierno, con su cuerpo adolorido y anhelante. Anhelante de él, de sus besos y caricias. De su presencia sólida, siempre controlado, excepto cuando ella lo acariciaba y lo besaba. Entonces era ella quien tenía el control.

Pero más grande y más importante era el odio que sentía por él, el desprecio, la rabia. No podía dejar de escuchar sus palabras. Nadie la quería hasta que él la había promocionado.

Se sentía como una mercadería exhibida en cualquier tienda. Todos la

miraban y la admiraban, pero nadie la compraba. No valía la pena invertir en ella hasta que la ponían en oferta, antes de que se marchitara y se pudriera.

Sin importar nada más, agradeció la enorme cantidad de trabajo que le impusieron en el Teatro, ya que Ivania quería retirarse lo antes posible. Marcelo, su esposo y primer bailarín, ni siquiera iba, no esperó a saber quién lo reemplazaría, simplemente un día no fue más. No podía.

Unas cefaleas horribles lo mantenían atado a la cama, sin poder moverse. Lo peor era que nadie en Chile podía entender qué pasaba. Lo examinaron exhaustivamente, pero nada lo hacía mejorar, por lo que decidieron ir a Estados Unidos en busca de una solución.

«Nada más me importa», le había dicho Ivania a Francisca un día, solo la salud de mi esposo. Francisca no fue capaz de decir nada, le tomó una mano consolándola. Internamente la comprendía. Recordaba la preocupación que sintió todo el fin de semana, en enero de ese mismo año, cuando Baran había ido a su revisión anual en Alemania. No se había enterado de nada durante esos días.

Claro que inmediatamente se dio un par de bofetadas mentales. ¿Qué le importaba a ella lo que pasara con un ser humano tan despreciable como Baran?

Casi finalizando agosto hubo una función especial en el teatro. Era la despedida de dos grandes bailarines que habían alcanzado fama no solo en su país, sino que también en el continente. Bailarines, coreógrafos y directores vinieron de diversos países en la región a ver y ser vistos.

Naturalmente, también era la presentación de los nuevos primeros bailarines que se lucieron con variadas coreografías. Un estruendoso aplauso puso el final a una pieza particularmente emotiva, compuesta por Francisca, con la ayuda de Sebastián y algunos otros miembros del *ballet*.

Era un homenaje a los mejores momentos de la carrera de Ivania y Marcelo y de cómo su amor los hacía aún más especiales. El baile en sí mismo gustó mucho, pero fue la magistral interpretación de Francisca lo que mantuvo las palmas batiéndose por largo rato, obligándola a salir hasta tres

veces al escenario.

Dos días después, Francisca estaba tomando desayuno cuando su padre volvió del taller. Se acercó a la mesa y besó la frente de su hija por primera vez desde que volvieran de Francia.

—Creo que te va a gustar esto —le dijo, entregándole un diario doblado, destacando un artículo—. Pame dice que aparece también en periódicos fuera de Chile.

Francisca tomó el diario e inmediatamente, sus ojos se llenaron de lágrimas. *Nace una estrella* se titulaba el reportaje. «El punto culminante de la maravillosa gala del jueves —decía en su cuerpo— fue sin lugar a dudas la obra original creada, dirigida y protagonizada por la nueva primera bailarina del Teatro Municipal de Santiago, la maravillosa señorita María Francisca Soubllette.

Por supuesto, yo no podía quedarme con la duda de quién era ella exactamente —seguía la periodista después de explicar la coreografía y hablar de sus méritos técnicos y artísticos—, así que, curiosa como soy, indagué un poco en su vida.

Hija de un empresario automotriz y una enfermera, Francisca, Fran como le dicen sus amigos, dio sus primeros pasos en la danza de mano de su abuela, que no sabiendo qué hacer con una pequeña tan enérgica y activa como era su nieta, la llevó a clases en la YMCA a la corta edad de tres años. Desde el primer día dio muestras de gran potencial, por lo que toda su educación se basó en el mismo principio. Algún día, Fran sería una gran bailarina.

*Siempre fue buena, me dijo alguien en el teatro, pero ahora es impresionante. Algo de lo que soy testigo.*

*Estudió dos años en Francia, comentó la misma persona, y no puedo creer la suerte que tuvimos cuando ella decidió volver. Dice que extrañaba mucho su país y a su familia, especialmente a su padre, con el que tiene una relación entrañable.*

En Francia fue todo un éxito, claro está, siendo siempre figura en todas las

presentaciones de la academia, elogiada por todos sus profesores, especialmente por el director de esta, un guapo y misterioso exbailarín del Bolshói, quien la graduó hace no más de dos meses como la mejor de su promoción, entregándole casi todos los premios de la academia.

Para mí no fue sorpresa averiguar que los pocos premios que Francisca no ganó fueron a dar a las manos de sus compañeros y amigos, tres bailarines tan maravillosos como la misma Fran, que incluye al guapo heredero de la Corporación Van der Meer, Tommy Van, quien está en proceso de fundar una nueva compañía de *ballet* en tierras norteamericanas. Somos muchos los que esperamos que, al igual que la Corporación VDM, los intereses del exquisito Tommy Van se extiendan por todo el mundo, incluyendo nuestro humilde país. Creo que la presencia de Francisca acá será fundamental para cumplir nuestros deseos.

¿Y la abuela?, pregunté. *Lamentablemente, falleció hace un par de años, me confidenció mi fuente en el teatro, pero seguro que aún desde el cielo la mira.*

Y yo estoy segura de que es cierto. Desde el Cielo todos la miran, con su delicada belleza y su infinita gracia parece un ángel con el que Dios nos ha premiado a los pobres mortales amantes del sublime arte del *ballet*».

Francisca buscaba algo con qué limpiarse los ojos y la nariz sin saber que aún era observada por Cristian. Se acercó a ella pañuelo en mano, se inclinó a su lado y la ayudó antes de abrazarla.

—Lo siento, mi niña, sé que ha sido duro para ti, pero también lo ha sido para mí —le dijo mientras la mecía suavemente—. Yo te amo, mi pequeña, siempre te he amado, desde el mismo instante en que supe que tu mamá estaba embarazada nuevamente.

—Querías un niño —replicó Francisca sin poder evitarlo.

—¿Quién quiere un niño si tengo a Isabel? —dijo Cristian jocosamente—, pero eres tú mi pequeña niña, mi Franny, quien llenó siempre de ternura mi corazón. Para mí ha sido difícil no porque no me gustara tu comportamiento, sino porque ya no eres mi niña. Sabes que siempre te respaldaré, sin importar

tus decisiones, pero es duro saber que ya no soy el hombre más importante en tu vida...

—Papá, él no...

—Él es lo que es y punto. Habla con tu mamá, con tu hermana, conmigo no —le pidió mirándola atento—, no estoy preparado para escuchar a ninguna de mis hijas hablar de un hombre.

—Pero, papá...

—Shhh... no importa. ¿Por qué no descansas el resto del día? No has parado en meses. Relájate. Si quieres, anda a ese spa al que va siempre tu hermana, yo te lo pago.

—Gracias, papá. No es necesario.

—Quizás no, pero lo que sí es necesario es que te desenredes, Franny.

—No necesito desenredarme —dijo Francisca, levantando su mentón, dando serias muestras de la terquedad acostumbrada.

—Claro que sí, corazón, de lo contrario, no andarías tan furiosa y melancólica cuando ya han pasado dos meses desde que dejaste de verlo.

\*\*\*

El lunes al llegar al teatro le dijeron que alguien estaba preguntando por ella. «Un extranjero parece, señorita», comentó uno de los utileros. «Habla inglés, creo», agregó.

La esperaba en la oficina de uno de los directores, quien la invitó a pasar y tomar asiento. «Espero que nada cambie tu decisión, Francisca», le dijo antes de dejarla sola.

—Sé que habla inglés —aseguró en esa lengua el hombre que la esperaba—, así que espero que no le moleste que le hable así.

—Para nada —respondió Francisca.

—Mi nombre es Robert Green, soy representante del *ballet* de Chicago.

Por su gesto, me doy cuenta de que sabe a qué vengo —agregó Robert cuando Francisca lo miró asombrada—. Como muchos otros, recibí una invitación a la gala del jueves pasado. Vine sin grandes expectativas, pero no podía irme sin hablar con usted para intentar hacerla cambiar de opinión. Quiero explicarle algo que tal vez sirva a mi propósito. Cuando decidimos contratar al doctor Vinográdov con todas sus exigencias, incluyéndola a usted, lo hicimos sabiendo que ganábamos dos buenos profesionales. Necesitábamos a alguien como él de director. Aceptarla a usted era solo... si él decía que era usted lo que necesitaba para reformular nuestro *ballet*, aceptábamos su palabra. Y estuve convencido de eso hasta el jueves. Verá, yo solo la conocía a usted por grabaciones y por lo que decía el doctor Vinográdov. Pero ese día, cuando la vi bailar en vivo... déjeme decirle que el doctor se quedó corto en sus apreciaciones. Así que el viernes incordí a la mitad de Chicago buscando la manera de llevarla conmigo. Estoy autorizado a entregarle la siguiente oferta: primera bailarina hasta que Joyce vuelva de su licencia y compartir el puesto después de eso. Un departamento y un vehículo a su elección por tanto tiempo dure el contrato, teniendo la posibilidad de cambiar ambos una vez al año, especialmente el vehículo, me imagino que está acostumbrada a tener un auto nuevo siempre siendo su padre empresario del rubro.

—De hecho —dijo Francisca sin pensarlo—, prefiero la bicicleta, no me gusta manejar.

—La bicicleta que desee, un auto con chofer, un pase ilimitado para el metro. ¿Quiere hacer sus propias coreografías? Concedido. ¿Quiere llevarse a su familia con usted? Serán los pasajes y una casa. ¿Un perro, un gato, un cocodrilo de mascota? —Francisca se rio—. Delo por hecho. Lo que desee. Además de este sueldo. —Robert le mostró un papel con un sueldo que era casi el triple del que recibiría en Chile—. Y eso sería solo para usted. El departamento y todos los gastos relacionados con la vivienda corren por cuenta nuestra. Solo firme el contrato que está en ese sobre y lo que desee, dentro de lo razonable, ya que no le puedo dar la luna, es suyo.

—No sabe cuánto le agradezco su oferta, pero no es posible que la acepte. De partida, ya tengo un contrato acá —explicó Francisca tratando de mantenerse serena—. Además, mi padre no es empresario del rubro automotriz, es mecánico. Uno muy bueno, lo mismo mi hermana, y mientras más viejo sea el auto y más problemas tenga, más feliz los hace. Ellos jamás dejarían el taller, la familia ha trabajado mucho por levantarlo. Y yo no voy a dejarlos nuevamente. Ya fue muy difícil en Francia, pero era necesario, así que todos lo aceptamos. Ahora no.

—En el sobre está mi tarjeta. —Robert se puso de pie—. Lea el contrato con calma, convérselo con su padre, con toda su familia. Y si cambia de opinión, llámeme. La oferta no tiene caducidad.

—Gracias, pero no lo creo —respondió Francisca aceptando la mano que el hombre le ofrecía.

—Leí el reportaje que hicieron de usted —dijo Robert desde la puerta—. La periodista tiene razón en muchas cosas. De hecho, sé de primera fuente que hay muchos colegas en Europa desesperados por tenerla de vuelta. A pesar de sus palabras, me pregunto si esa mujer tiene la razón en todo. Se lo digo porque yo creo que extrañar a su familia no es el verdadero motivo por el que no aceptó el contrato que le ofrecimos originalmente. Déjeme decirle, quizás para forzar la balanza a nuestro favor, que no es usted la única que nos rechazó.

Y desapareció dejando a Francisca respirando con dificultad, con su corazón latiendo lenta y dolorosamente.

\*\*\*

Sentada en el sofá del living de la casa de sus padres, Isabel mataba el tiempo mientras su hermana pequeña tomaba un largo baño después de un día duro en el teatro. Control remoto en mano, pasaba un canal tras otro sin encontrar nada que ver. Deseaba irse a su propio departamento, pero le había



prometido a Francisca que la esperaría para comer juntas y conversar unos momentos.

Cansada, hambrienta y amodorrada, se sobresaltó cuando sonó el timbre. Se puso de pie, fue hasta la puerta y casi dio un grito al ver al hombre que esperaba detrás. Tomó su chaqueta, que estaba colgada en un perchero, se aseguró de tener las llaves con ella y salió.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en inglés.

—No puedo, lo he intentado, Isabel, te juro que lo he intentado, pero no puedo. No puedo vivir sin ella.

—Franny no va a estar muy feliz de verte aquí, Baran. Todo lo contrario. Si tú pensabas que en Francia estaba enojada, no la has visto ahora.

—Lo sé, pero estoy desesperado, no puedo rendirme así, sin hacer nada, sin intentar...

—¿Qué? ¿Que te ame? —El ruso la miró abatido y asintió, pero luego movió negativamente la cabeza—. No puedes forzar a una persona a que te ame, lo sabes tan bien como yo. Y Fran... bueno, si hay alguien terco, porfiado y que no escucha en este planeta, esa es mi hermana.

—No podía estar en Francia, así que me fui a Chicago, pero allá no era mejor. Todos me preguntaban por ella y me fui antes de firmar el contrato. No sabía dónde ir. Isabel, sin ella no tengo un lugar en el mundo.

—Han pasado dos meses, ¿qué has hecho?

—*Me fui a España* —respondió, hablando en un lento y poco torpe español—, *he estudiado estos dos meses el idioma.*

—¿Qué pretendes, Baran? —preguntó Isabel, cambiando automáticamente a su propio idioma.

—Luchar. No sé hacer nada más en la vida que luchar.

—Tú de verdad la amas. —Isabel se convenció finalmente de que siempre había tenido razón a pesar de lo que decía Francisca.

—La amo. La he amado desde el primer día que la vi en la academia. Me enamoré de ella con el primer *plié* del video de su audición.

—Mira, yo no te voy a dar esperanzas —dijo Isabel triste—, no quiero que después te molestes conmigo si esto no te resulta, pero creo, y mis amigas están de acuerdo conmigo, que Francisca sí te ama, sí está enamorada de ti. No pudo... jamás... ¡oh, mierda!... no se habría acostado contigo si no fuera así, ¿oka? —A medida que la muchacha hablaba, parecía más y más molesta—. La Francisca que yo conozco nunca se tomaría con ligereza acostarse con un hombre. De hecho, siempre se molesta cuando nosotras bromeamos diciendo que nos acostaríamos con tal o cual. De pequeña siempre fue así. Pero... —De pronto el ánimo de la muchacha se desinfló—. ¿Me entiendes, no?

—¿Las palabras o lo que quieres decir?

—Ambas. —Sonrió.

—Sí a las palabras, no al sentido. No totalmente. ¿Piensas que tengo alguna posibilidad?

—De hecho, sí. Así que vamos a hacer lo siguiente: cruza y espera a que me vaya. Mis padres no están, deberían llegar en no menos dos horas. Fran está en el baño ahora. Después de que me vaya, vuelve en unos cinco minutos, no más.

—¿Alguna sugerencia de qué decirle?

—Lo que tú sientas. La verdad. Toda ella. Incluyendo esa estupidez de que tiene fatiga de materiales. Debo decirte que ella más que enojada está dolida. Dice que la destrozaste. Creo que lo que quiere decir es que tú, sobre cualquier otra persona, debiste creer en ella.

—Y lo hago, si no, ¿por qué crees que me peleé con media Europa? Esos idiotas no conocen lo bueno cuando lo ven.

—Entonces, ¿por qué le dijiste...? No. ¿Por qué no le dijiste de todos los contratos que sí llegaron? Por lo que le dijeron los otros profesores y tu amigo, fueron muchos y muy buenos.

—Porque soy un estúpido idiota sin sentido de la realidad. —Se rio sin humor—. Lo que es absurdo, ya que nunca he sido un soñador. Porque según yo, ninguno de esos contratos era suficiente para mi Franny, porque para mi

Pequeña Fran iba a crear un mundo nuevo. Yo realmente pensaba que ella también me quería, que no decía nada porque yo no le decía nada. Y yo no podía decir nada mientras mi contrato con la academia estuviera vigente y ella fuera alumna.

—Pero no tenías ningún problema en acostarte con ella.

—Mi necesidad de ella era más grande que mi ética, evidentemente — murmuró molesto. Ya no le estaba gustando tanto la sinceridad de Isabel.

—¿Aprendiste a hablar español en dos meses?

—¿A qué viene eso?

—Respóndeme —pidió la muchacha impaciente—. Simplemente respóndeme.

—Sí.

—Entonces no eres ningún idiota, solo un hombre. La mayoría no sabe qué decir. Aunque si me preguntan a mí, eso de «solo nunca creas que no te amo» te quedó muy lindo. —Fue el turno de Baran de sonreír triste—. ¿Sabes que tengo cierta debilidad por los hombres rubios? —preguntó con una sonrisa de medio lado—. Me encantaría tener uno de cuñado. —Terminó la muchacha ante el gesto de duda del ruso—. A todo esto, me debes un Dimitri.

—Isabel, no sé si Franny te lo ha dicho, pero no estoy en contacto con mi familia. Y la verdad es que no tengo ningún familiar llamado Dimitri.

—Aún. No tienes ningún familiar llamado Dimitri aún, por eso te digo que me lo debes. —Giró la cabeza hacia la derecha, abrió un poco la puerta y escuchó pasos y ruidos en el segundo piso—. Fran salió, ándate. —Lo empujó y entró en la casa.

\*\*\*

El baño había sido muy reparador. No mejoraba el horrible día que había pasado, pero al menos aliviaba sus músculos adoloridos, necesitaba relajarse. Le encantaría un masaje. O mejor aún... «No, Francisca», se reprendió. «No

te acuerdes de él».

Sin más ropa que la bata, bajó. Como era viernes, muy probablemente alguna de sus amigas iría. Lorena, tal vez, especialmente considerando que sus padres habían ido a cenar con sus tíos.

Llegó al primer piso y vio a su hermana sola y con la chaqueta puesta. Frunció el ceño.

—Pensé que íbamos a cenar juntas —dijo caminando hasta el sofá—. ¿Quién era?

—Ehhh... ¿Cómo? —preguntó Isabel sin mirarla.

—El timbre. ¿Quién era? ¿Pediste pizza? ¿Por qué te pusiste la chaqueta? —Miró a Isabel por unos minutos y supo que algo iba mal. Su hermana no era de quedarse callada a menos que pasara algo fuera de sus planes—. ¡Marisa, concéntrate y respóndeme! —exigió.

—Lo siento —murmuró como saliendo de un sueño—. Lo siento, Franny, no era el timbre —agregó sin mucho convencimiento—, era Adriana al teléfono.

—No sonó el teléfono, sonó el timbre.

—No, Franny, era el teléfono. Adriana discutió con Juan, no sé qué cosa de unos repuestos, ni siquiera algo interesante. Pero quiere que vaya a su casa.

—¿Por qué no viene ella para acá? Seguro quiere rugir en su propia guarida —dijo Francisca, de pronto, considerando de quién estaban hablando—. Esta Adriana no aprende nunca. En fin, creo que estaré sola esta noche.

—Lo siento, Franny. Me voy. Come algo.

Sin más palabras, comprobó que tenía en sus bolsillos las llaves y el celular. Besó a su hermana en la frente, ya que seguía sentada en el sofá, y se fue.

Francisca tomó el control remoto y encendió el televisor recostándose en el sofá. Tomó la manta del respaldo y la tendió sobre ella. No tenía ningún deseo de ponerse de pie, ni siquiera para ir a vestirse o comer algo. Si nunca

fue fanática de la comida, ahora lo encontraba sobrevalorado. «No tengo a nadie que me haga gastar calorías», pensó, «una lástima, porque además...».

«¡No, Francisca!», se reprendió nuevamente. «No te acuerdes de él, no lo hagas. Se fue para no volver. Además, eres tú quien no lo quiere a él. Ya basta, termina con esta tortura».

Un estremecimiento la recorrió. «Que maldita idiota», se dijo arrebujándose en la manta, tratando de convencerse de que el estremecimiento se debía al frío y no a los recuerdos de él diciendo tantas veces terminen esta tortura, solo para iniciar la de ella, para llamarla a bailar con él porque sus compañeros eran un auténtico desastre o simplemente porque deseaba tomarla entre sus brazos.

Siguió pasando los canales sin prestar atención. El timbre, sin embargo, la obligó a dejar de lado el control remoto y ponerse de pie pensando si a Isabel se le quedaría algo, si Lorena por fin había llegado o si Adriana no había aguantado más en su casa y había salido corriendo para ir a reclamarle a Isabel por su idiota amigo, como llamaba a Juan por esos tiempos.

Sin pensarlo mucho y sin mirar quién golpeaba, abrió la puerta casi hasta el final. Con un grito trató de cerrarla, pero ya era demasiado tarde. No solo un pie o una mano impedían su paso, sino que todo el cuerpo de Baran se interponía en el camino de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en francés cuando se rindió en su forcejeo.

—¿Qué piensas tú que hago aquí sino buscarte? —respondió Baran hablando lenta pero correctamente en español, sorprendiendo aún más a la muchacha.

—¿Qué significa esto? —Retrocedió unos pasos, más asustada que molesta.

—No te preocupes, no vine aquí a violarte por mucho que te desee —replicó Baran sin despegar los ojos de ella—, ni porque me estés tentando, así que te pido que cierres bien esa bata.

Avergonzada, Francisca recordó que no vestía nada más que una delgada

bata de algodón blanco sin otro cierre que el nudo nada prieto que ella hacía. Le dio la espalda y lo rehízo.

—Sé que no harías algo así —dijo Francisca tomando también la manta que seguía desparramada sobre el sillón para tirársela encima—. Puedes ser muchas cosas, pero no violador.

—Un comentario tonto por tu parte, Pequeña Fran, considerando que la primera vez que me acosté contigo fue imponiendo mi fuerza sobre ti.

—Malik tiene razón, ¿sabes? —Francisca por fin giró para enfrentarlo—. Tienes un concepto de ti mismo muy bajo. Yo te dije que no había sido violación, te lo dije ese mismo día.

—Y el centenar de veces que estuvimos juntos después lo confirma, lo sé. Sin embargo...

—¿Qué haces aquí? —preguntó Francisca cortando su explicación—. ¿Desde cuándo hablas español? ¿Por qué?

—Fui a España —explicó con los ojos aún fijos en ella, sin desviarse ni un segundo—. No fue algo premeditado, la verdad. Solo que en el aeropuerto, en Chicago, faltaban muchas horas para el siguiente vuelo a París y la verdad es que no quería ir allá. Estaba mirando la pizarra que anunciaba los vuelos, cuando vi uno a Madrid dos horas después y pensé que podía ir hasta allá y viajar un poco por Europa, como solíamos hacer con Irina cuando ella vivía. Cambié mi pasaje y decidí quedarme unos días en España. Allá pasé un día por una escuela de idiomas. Sin saber cómo, me vi entrando en ella y pidiendo clases de español. Es lo único que he hecho todo este tiempo.

—¿Por qué, Baran? ¿Para qué querías tú aprenderlo? —preguntó Francisca acercándose hasta el televisor para apagarlo, ya que no tenía idea de dónde había ido a dar el control remoto—. ¿Para qué estás acá, Baran? Pensé que ya todo había quedado claro.

—Te lo dije. —Baran se adentró más en la casa—. Estoy aquí por ti, todo lo que hago es por ti.

—No...

—Todo lo que he hecho desde que entraste a mi vida es por ti. No. —

Apretó las manos—. Prometí decir la verdad absoluta, así que tengo que aclararte que tal vez dos o tres cosas de mi vida profesional las he hecho por obligación. Todo lo demás ha sido por ti, Fran, porque te amo y no puedo vivir sin ti.

—¿Por qué haces esto? —preguntó la muchacha triste—. Baran, nada va a hacerme cambiar de parecer. Volví a Chile para quedarme, ya estoy trabajando en el Municipal.

—Lo sé —dijo Baran sonriendo, feliz y orgulloso—. Vi un reportaje que hicieron de ti. Por fin alguien con suficiente cerebro para reconocer lo bueno cuando lo ve.

—¡Mierda, Baran, ya déjalo! —gritó Francisca ofuscada—. Me quedó perfectamente claro, nadie me quiere, por buena que sea ahora, nadie piensa que valga la pena invertir en mí.

—Yo lo hago, ¿por qué crees que arriesgué mi propio futuro profesional por ti...?

—¡Forzando a Chicago a que me aceptara! ¡En contra de su voluntad!

—¿Y qué me dices de la visita de Green hace dos semanas? —preguntó Baran—. El muy idiota me llamó —agregó al ver la duda de la muchacha—. Pensó que yo no había aceptado su contrato para dejarte el camino libre a ti y que tú no lo habías aceptado por no tener que verme a mí.

—Equivocado no estaba —dijo Francisca, asegurando la manta sobre sus hombros.

—Sé que por tu parte llego a la conclusión correcta, pero no por la mía —aclaró él, desinflándose, como cayendo al piso sin hacerlo en realidad—. Yo no pude quedarme en Chicago por el mismo motivo por el que no pude quedarme en París, por el mismo motivo por el que España fue bueno al comienzo, pero no definitivamente. Viví en París los mejores meses de mi vida mientras tú eras mía, pero después... —Movi6 la cabeza negativamente, apesadumbrado—. Soñé con vivir en Chicago contigo a mi lado, como mi esposa, haciéndote muy feliz, convirtiéndote en la bailarina de fama mundial que quieres ser. España, de alguna manera, me acercaba a ti, aprendía a

hablar tu idioma, pero no era suficiente. Nada era suficiente sin mi Pequeña Fran.

—Te lo dije antes, esa persona no existe...

—Tú eres...

—Ella es una mujer hermosa, la mejor bailarina del mundo. La mejor de su generación y todos la quieren. Yo soy una mujer defectuosa —decía Francisca con un tono monocorde, la mirada perdida—. Con un temprano desgaste de materiales que no puede darte hijos ni nada de lo que tú deseas, principalmente porque no te quiero, Baran. Si te sirve de consuelo, yo también disfruté de nuestro tiempo en París. Fuiste bueno para mí y fui todo lo feliz que cabía esperar. Me enseñaste mucho, profesional y personalmente hablando.

—Franny, yo quiero...

—Y lamento todo lo que dije en tu oficina. —Siguió ella sin dejarlo interrumpirla—. No es verdad que piense que eres un hombre cruel. Tal vez no eres mi persona favorita en el mundo, pero no eres malo, por el contrario. Pero, Baran, ya estoy donde tengo que estar y hago lo que se supone que debo hacer. Tú lo dijiste, hacer lo mejor que se pueda con lo que te tocó. Esta es mi vida, este es mi hogar. Y soy la primera bailarina, no puedo pedirle más a la vida.

—Claro que puedes...

—Por eso, Baran, por favor, vete de mi casa y anda a vivir tu vida como quieras, en tus propios términos, sin importar nada más. Sinceramente te deseo que seas feliz, que...

—Agradezco tu autorización, porque eso es exactamente lo que voy a hacer. Vivir mi vida como quiera, en mis propios términos —dijo Baran subiendo un poco su voz para que Francisca no quisiera seguir con su tonto discurso—. Fran, escúchame bien, yo me equivoqué cuando hablamos en mi oficina, debí decirte todo desde el principio.

—Ya no importa.

—Lo hace. ¿Te acuerdas del día en que me preguntaste cuántas veces vi tu



audición?

—Por supuesto. Dijiste que te tomó una vez verla para aceptarme.

—Lo que no te dije es que la vi un millón de veces después de eso. Que tenía unas seis copias, que incluso la respaldé en mi computador. Y tampoco te dije que desde el comienzo, las dudas estuvieron presentes. No en mí, jamás. Pero Fayolle decía que eras muy pequeña y que nunca lo conseguirías en Francia. Signoret no estaba de acuerdo y discutieron tu caso cerca de diez minutos hasta que yo, harto de tanta palabrería, les dije que no les estaba hablando de los casos en los que tenía dudas, sino de aquellos que ya había resuelto. Que tu carta de aceptación ya venía camino a Chile y si a ellas no les gustaba mi decisión, que se pusieran a la fila. Signoret dijo que ella estaba de acuerdo conmigo. Creo que solo para molestar más a Fayolle.

—¿Por qué discuten tanto ellas? —preguntó Francisca sin saber cómo sentirse con esa información y sin poder evitar preguntarle y permitir que siguiera hablándole.

—Porque Fayolle es una maldita engreída sin nada de qué creerse y Signoret nunca ha sido buena defendiéndose a pesar de ser una mujer muy talentosa. Porque, además, solo la influencia de Irina la puso donde está, ya que para ser profesor de la academia a ese nivel, uno necesita un doctorado y Signoret no lo tiene, y Fayolle no tiene ningún tapujo en enrostrárselo a pesar de que el suyo es de dudosa procedencia.

—Pero que vieja más... ¿Es verdad lo que me contó Pietro? ¿Qué ella...?

—Solo Malik me pudo detener de sacarle la mierda a *Évêque, el imbécil amigo de Fayolle*, en la Ópera. Los había visto actuar por años, incluso en el tiempo de Irina en la academia, nunca dije nada. Pero cuando intentó llegar a ti... —Tal como le pasaba en francés, en español perdía la neutralidad de su acento cuando se enojaba—. Lo habría matado, te lo juro, Fran, sin importar absolutamente nada. Aproveché, en todo caso, de acusarlo ante la junta directiva de la Ópera. Ya no está ahí, aunque ellos siguen esperando que aceptes su contrato.

—¿Qué contrato? —preguntó Francisca irónica—. El favor que te hacen a

ti, dirás.

—No, Fran. Mira, debí decírtelo... debí explicarte todo bien, pero me enredé, lo único que quería era... como te dije, yo había pensado hablar contigo solo de tus calificaciones y tu graduación y después pedirte que fuéramos a cenar. Primero te hubiera dicho que te amo, que quería que fueras mi esposa, y después te hablaría de Chicago y de nuestros contratos allá.

—Eso ya no importa, Baran...

—Claro que importa, Fran. Quiero que entiendas, que sepas que ninguno de los contratos que llegó fue por mí, sino por ti. Tal vez yo empujé un poco las cosas. En el concierto de Navidad todos preguntaban por ti, absolutamente todos te adoraban, te encontraban maravillosa y fantástica, pero no entrabas en el concepto de casi nadie, excepto acá, donde ya te conocían, y en Australia y Chicago, que estaban reformulando sus programas.

—Te dije que estaba donde me correspondía —espetó Francisca, sin soportar más.

—No, Fran, déjame terminar —le pidió levantando una mano—. Cuando empezaron a llegar algunas propuestas, no me preocupé, sabía que tu talento era tan grande que algo llegaría. Cuando no lo hacía, empecé a cuestionarme y a enviar videos e invitaciones mucho antes de lo que normalmente hago. Incluso hablé con algunas personas y ellos me dijeron que compartían mi opinión, que eres auténticamente fantástica, pero que entre tu estatura y tipo físico, que no cuadraba con sus planes, y ese tonto esguince después de la gala, ellos temían que contratarte no sería un movimiento adecuado. Son empresarios después de todo, no artistas. Entonces me puse en una seria campaña para promocionarte. Y pasó algo tan tonto, pero que siempre pasa. Llegaron las propuestas de Australia y Chile, y cuando uno te quiere, todos lo hacen. Entonces, empezaron a llover las preguntas, los contratos firmados incluso. Nunca van tantos a las pruebas finales, pero todos querían hablar contigo y también conmigo para que yo impulsara sus propuestas. Pero mucho antes ya había decidido que ninguno de ellos te merecía.

—¿Qué quieres decir? ¿En verdad me querían?

—Podrán ser tontos y lentos, pero no son idiotas totales.

—Entonces, ¿por qué me dijiste... por qué me dejaste creer...?

—Porque ya había decidido que ninguno te merecía, te lo acabo de decir, Franny, ninguna de sus propuestas eran las correctas. Todos te ofrecían compartir protagonismo, solos y piezas especiales, pero ninguno tenía la capacidad que tengo yo de convertirte en un éxito inmediato. Había un poco de egoísmo de mi parte, lo sé. Tú necesitabas un director como yo, tanto como yo necesitaba una primera bailarina como tú. Te necesitaba en mi vida también. Eres... has traído luz y calor donde antes solo había frío y tinieblas. Está, además, el problema de tu desgaste, *lyubov* —agregó después mirarla con ardor.

—¡No empieces con eso ahora, por favor!

—El problema es que en eso tengo razón. Tal vez no totalmente, tal vez son muchos más años los que puedas tener en primera línea. Especialmente si no... si no llegas a ser madre... Fran, lo siento tanto... —Nuevamente empezaba a hablar con más acento, signo evidente de su auténtico pesar—. Nunca pude decírtelo. Ni siquiera sé si tú querías tener hijos, si aún tienes deseos de ser madre y vas a intentarlo de todas maneras... siento mucho que no... que tal vez no... pero hablé...

—Nunca lo pensé, la verdad —dijo Francisca derrotada—. Nunca pensé si quería o no tener hijos, siempre creí que sería una estrella y cuando empezara a decaer, conocería un hombre, me casaría y tendríamos hijos. Pero era un concepto abstracto, nunca me lo planteé de verdad. Mi único sueño fue siempre el *ballet*.

—Te entiendo. Yo tampoco había pensado en casarme y tener hijos, nunca antes de ti.

—Lo sé. Me dijiste que pensabas en hacerte una vasectomía, pero...

—Pero no era necesario, porque yo no mantenía relaciones con ninguna mujer. Antes de conocerte, por una cuestión más bien de higiene, a veces. Y jamás antes me olvidé de usar un preservativo. Tenía tantas ofertas que estiraba la mano y conseguía lo que quería cuando quería.

—Por supuesto —dijo Francisca irónica.

—Alumnas... alumnos —agregó levantando su sarcástica ceja—, profesoras, fanáticas.

—Se te tirarían encima, seguro —concluyó Francisca, ponzoñosa sin notarlo—. No necesito que me lo expliques, siendo yo una de las tontas que se postró a los pies del gran señor director.

—No fue así, para nada. —Una sonrisa tierna, luminosa, llenó la cara de Baran—. Fue más bien lo contrario. No pude evitarlo, no tuve fuerzas para hacerlo. Luché contra mi necesidad de ti, pero al final fue demasiado. Eres demasiado para mí, siempre lo he sabido.

—Basta, por favor. Ya basta. No más. —Se tapó las orejas con las manos, cerró los ojos, encerrándose en sí misma, alejándose de él.

—Aún no lo crees, ¿verdad? Aún no entiendes que te amo. Que eres la única mujer en el mundo a la que he amado y a la que necesito. Y yo te necesito, mi Pequeña Fran. Tal vez deba...

—Vete —pidió Francisca enfrentándolo otra vez—. Por favor, vete. No puedo más. Te creo. Vale, te creo. Me amas.

—No lo haces, pero lo harás si solo me dejaras decirte...

El ruido de una llave en la puerta interrumpió sus palabras. Ambos se giraron, uno preocupado, la otra horrorizada, y vieron como Cristian y María José entraban riendo de alguna broma privada. Pero la risa murió en los labios de la pareja cuando se enfrentaron a su hija y al inesperado visitante.

—*Goodnigth* —susurró suavemente María José.

—*Goodnigth* —dijo Cristian imitando a su mujer.

—Ahora hablo español —explicó Baran, mirándolos con las manos empuñadas—, Señor y señora Soubllette.

—Bien —Cristian lo miró entrecerrando los ojos—, yo aún no hablo inglés. Y es Cristian, por favor. Mi mujer es María José —agregó tendiendo su mano.

—Usted comprenderá que no puedo tratarlos por su nombre de pila. —

Baran aceptó su mano y luego la de María José—. Señora Soubllette —murmuró inclinándose un poco al saludarla.

—Irribarren —corrigió la mujer sonriendo de medio lado, con el mismo gesto que Baran había visto antes en Isabel—. En Chile, las mujeres no cambiamos nuestro apellido al casarnos, no nos convertimos en propiedad o extensión de nuestros esposos. Al menos, yo no.

—Me gusta eso —Baran asintió—, señora *Iribairen*. Perdón —siguió cuando María José rio brevemente—, tal vez algún día lo pueda pronunciar bien.

—Tal vez algún día yo pueda ayudarlo. —María José miró del ruso a su hija.

—¡Mamá! —exclamó Francisca.

—Pero no hoy, eso seguro. —Baran dio un paso—. Me voy, no quiero molestarlos más.

—No es ninguna molestia, por favor. —Cristian apuntó el sillón—. ¿Desea beber algo?

—¡Papá! —gritó Francisca—. Él se va, no es bienvenido...

—La última vez que lo revisé, seguía siendo mi casa —dijo Cristian sin perder la calma.

—Por favor. —Baran levantó una mano—. No quiero provocar problemas. Si puedo pedirles un favor...

—Claro —dijo María José inmediatamente.

—Díganle a Isabel que necesita un reloj nuevo —pidió el ruso, comprobando que habían pasado apenas cuarenta minutos desde que la muchacha se fue.

—¿Isabel? ¿Mi hija Isabel? —preguntó Cristian—, ella casi ni usa reloj.

—Heredó el instinto certero de su padre para llegar siempre en el momento preciso —agregó María José, bromeando a su marido.

—Eso debe ser entonces. —«Claro», se dijo Baran, «el padre llega a rescatarla, una vez más»—. Me retiro. —Avanzó unos pasos hacia la puerta,

pero antes de salir, se volvió a mirar a Francisca—. Acepté... No, eso no es correcto. Pedí un trabajo en Chile. Nos vemos el lunes, Fran.

Sin decir nada más, Baran se dirigió a la puerta y un momento después se perdía en la oscuridad de la noche, dejando atrás un tenso silencio entre Francisca y sus padres.

—Hija, ¿me puedes decir qué significa esto? —preguntó María José—. ¿Qué hace él aquí? ¿Qué significa eso de que pidió un trabajo en Chile?

—¡Nada! ¡No sé! ¡No me interesa! —gritó Francisca mirando exasperada a sus padres—. ¡No quiero que se metan en mi vida! ¡Ya basta! Tengo suficiente con...

—María Francisca Soubllette Irribarren, no le hables de esa manera a tu madre —exigió Cristian irguiéndose sobre su hija.

—Lo siento —dijo mientras iba rauda hacia la escalera—, lo siento, pero no tengo respuestas, por favor, no me pregunten nada. —Terminó suprimiendo a duras penas un sollozo, corriendo a su habitación, dejando a sus padres aún más confundidos de lo que estaban.

\*\*\*

El fin de semana fue espantoso. La noticia de la llegada de Baran corrió como la pólvora entre sus amigas. La única que no decía nada era Isabel. Guardó silencio cuando Francisca la encaró por mentirle, por ocultarle que él estaba ahí, que había llegado a su casa. Francisca gritó y gritó, e Isabel solo la miraba. Cuando dijo todo lo que quiso, Isabel simplemente se dio la vuelta.

Era la primera discusión auténtica entre las hermanas. Es decir, era la primera vez que Francisca le gritaba de esa manera a su hermana mayor, que siempre fue su apoyo, y ahora la había traicionado. Con mucha delicadeza, Pamela trató de hacerle ver que no la había traicionado, que Isabel pensaba que la ayudaba, que Francisca solo necesitaba un empujón en la dirección correcta.

—Yo no lo quiero. —La muchacha se paseaba de un extremo al otro de su habitación, con los brazos cruzados sobre su cintura.

—Lo sé —dijo Pamela.

—No me interesa lo que él haga o diga. Nada de lo que haga o diga.

—Lo sé.

—Lo único que me importa que es haya un océano entre él y yo.

—Lo sé.

Pero tanto apoyo y comprensión tampoco le gustó y terminó gritándole a Pamela también.

Después fue el turno de Lorena, comisionada por el resto del Quinteto, no a consolarla o hacerla hablar, sino que a alegrarla y hacerla salir de su ostracismo.

—*El jueves es dieciocho* —le dijo cuando la llamó el sábado en la tarde—, *espero que salgamos a dar una vuelta a las ramadas.*

—No creo que tenga tiempo.

—*Pero el jueves es feriado.* —Su prima estaba feliz y se le notaba—. *A menos que te toque ir a bailar. Claro que tú no participas en ningún conjunto folclórico, por mucho que bailes tan bien la cueca. Deberíamos ir y enseñarles a todos los cumbiancheros de qué se trata nuestro baile. ¿Tienes aún el traje que te hice el año pasado o necesitas uno nuevo?*

—No voy a bailar cueca nunca más, no tengo el traje y no quiero otro —dijo Francisca, recordando claramente que la última vez que había bailado fue con Baran en la academia. «¡Maldición!», se dijo, limpiando de un manotazo sus ojos empañados.

Lorena insistió e insistió, ganándose una ola de gritos y el golpe del teléfono contra la base.

El domingo, Adriana entró a la carga. Y por primera vez salió de una habitación con la cola entre las piernas, totalmente apabullada, con Francisca gritando maldiciones en tres idiomas.

El lunes, Francisca llegó muy temprano al teatro. No había nadie, así que

usó una radio para poner algo de música y empezar a calentar. Llevaba una media hora cuando de a poco empezaron a unírsele algunos compañeros. Un rato después, el gerente del Teatro entró pidiendo a todos que le prestaran atención. Francisca dejó la barra y se dirigió a la primera fila. Antes que pudiera volver a retroceder, Sebastián estaba a su lado afirmándola.

—Buenos días —dijo el gerente—. No saben lo feliz que estoy. No solo tendremos para esta temporada a nuestra querida Francisca, sino que también tendremos un nuevo director. Un hombre tan talentoso que su sola presencia engalana nuestro humilde templo de la danza. A partir de hoy, el doctor Vinográdov trabajará con nosotros. Será el director general del cuerpo y tendrá total libertad creativa para preparar nuevas coreografías. Por supuesto, seguiremos con los compromisos ya adquiridos, pero haremos de esta la mejor temporada que el Teatro Municipal de Santiago ha visto en muchos años. Chicos y chicas, Baran Vinográdov.

Recibió un caluroso aplauso. Obviamente, su reputación lo precedía. Francisca juntó dos o tres veces sus manos antes de volver a bajarlas y fijarse en que varias de las muchachas, y algunos de los chicos también, se paraban más rectos, trataban de acercarse, sonreían como tontos y miraban a Baran de pies a cabeza.

—¿Quién es este y por qué te mira tanto, Fran? —preguntó Sebastián acercándose a Francisca hasta rodear su cintura con un brazo y apoyar la boca junto a su oído—. ¿Y por qué ahora me mira como si quisiera desollarme y colgarme?

—Ya escuchaste —dijo Francisca susurrando—, el doctor Baran Vinográdov, nuestro nuevo director y mi antiguo profesor en la academia.

—¿Él? Sinceramente, Fran, tú si eres de piedra, mira que con ese tipo a la vista, yo no me habría venido de Francia ni a palos. Mira a las tontonas de Connie y Kenny, parece que se quieren tirar a sus pies y besar el suelo que está pisando.

—No seas tonto, Seba. Como si le importara tener cien nuevos adoradores, ya tiene muchos.



—Ah... así que es de esos con el ego súper inflado, ahora lo entiendo. No quiere que tú seas la protagonista, quiere serlo él. Shhh... su alteza va a hablar.

—Muchas gracias por su cálido recibimiento —dijo Baran acallando a todos los que parloteaban incesantemente, tratando de llamar su atención—. Van a perdonar mi pobre español, pero no hace mucho que lo hablo. También...

—Lo hace muy bien, director. —Constanza sonreía como la tonta que Sebastián anunciara—. Pero yo puedo ayudarlo a mejorar, no hay problema.

—Le agradezco, señorita...

—Connie. Por favor, dígame Connie.

—¿Y su apellido es? —preguntó Baran.

—Torres. Constanza Torres, director —respondió el gerente solícito.

—Le agradezco, señorita Torres, pero no es necesario. La práctica es lo único que necesito.

—Yo puedo ayudarlo a practicar entonces —insistió Constanza, ampliando más la sonrisa.

—Su presencia en los ensayos es toda la ayuda que necesito, gracias —dijo Baran con un breve atisbo del señor director. Francisca se mordió los labios para evitar reír—. Como les decía —Baran volvió a hablar, tranquilamente, como si nada hubiera pasado—, les agradezco el recibimiento y les pido su comprensión por mi español, que procuraré utilizar de la mejor manera. De antemano también me disculpo si les hablo en francés o incluso ruso. Hay ocasiones en que no puedo deshacerme de las viejas costumbres.

—Mi tía dice que para deshacerse de viejas costumbres hay que adquirir algunas nuevas —dijo Eugenia, adelantándose un paso para destacar entre los otros bailarines—. Y llegó en el mejor momento. Mi nombre es Eugenia Gómez, pero puede decirme Kenny y si gusta, esta semana puedo acompañarlo a conocer Santiago y a disfrutar con nuestras Fiestas Patrias, en las ramadas o la parada militar. También puedo enseñarle a bailar la cueca,

nuestro baile, no creo que lo conoz...

—La verdad, Gómez, sí lo conozco. —Baran la interrumpió sin delicadeza. Ya no era solo Francisca quien se aguantaba la risa—. Tuve recientemente la fortuna de aprender a bailar la cueca con una excelente profesora, quien además me regaló un poncho, un par de espuelas y un sombrero de huaso, todos objetos que guardo como los preciosos tesoros que son.

—Qué bien. —Eugenia sonrió y volvió al ataque—. Así podrá lucirlos...

—Durante la tarde les haré una evaluación para saber con qué bailarines cuento para preparar una nueva coreografía. —Baran siguió sin inmutarse por la descortesía que acababa de cometer, ganándose, sin saber, el favor de muchos que despreciaban a las dos muchachas—. Además seguiremos trabajando en la misma obra que ya se prepara y estudiaremos algunas modificaciones. Por ahora, les pido que sigan calentando y después vayan a la sala de ensayo. Yo los observaré y haré las correcciones que estime conveniente.

—Claro. Rosita —el gerente llamó a una mujer que estaba a varios metros de ellos—. Director, ella es Rosa, se encarga de los calentamientos y puede asistirlo en lo que necesite. Me imagino que quiere conocer a nuestros primeros bailarines. Sebastián, Francisca, vengan, por favor. —Los bailarines se separaron del resto—. Director, él es Sebastián Andrade —agregó cuando los muchachos llegaron a su lado—, y ella...

—No necesita presentación. Buenos días, Francisca —dijo Baran sonriéndole, transmitiendo un mensaje solo para ella. «Estoy aquí por ti».

—Señor director —la muchacha se inclinó tal como lo hacía en la academia.

—Claro, claro, qué estupidez la mía —respondió el gerente—, si ustedes se conocen. Fran fue su alumna. Nosotros le enviamos una buena bailarina y usted nos devolvió una estrella.

—Francisca lo consiguió sola, nada más fui testigo de su inmenso talento. Ahora, si no le molesta, debemos trabajar. Rosa —Baran extendió la mano

despidiéndolo, para después mirar a la otra mujer—, por favor, que calienten mientras voy a ver mi nueva oficina. Vuelvo en media hora.

—Por supuesto, director —replicó la mujer—. Ya escucharon, todos a la barra.

Francisca se alejó pensando que su peor pesadilla estaba a punto de empezar.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

A pesar de todo, Francisca tuvo una buena semana. Baran no gritaba ni ponía sobrenombres, llamaba a todos por sus apellidos, excepto a Francisca. Corregía y era muy estricto y perfeccionista, pero no asomó nunca el señor director. Muchos le hacían la pelota, especialmente Constanza y Eugenia, permitiéndoles a todos que se burlaran porque él no les hablaba si no era para corregirlas.

Lo mejor de todo era que a pesar de que él buscaba la oportunidad de hablar con Francisca a solas, nunca se había dado, y el miércoles se fueron todos a sus casas esperando disfrutar de un largo y maravilloso fin de semana.

A duras penas, Francisca se reconcilió con sus amigas y salieron las cinco a pasear. Ninguna volvió a mencionar al ruso y por ese fin de semana pareció que todo volvía a la normalidad.

La segunda semana de Baran en Chile terminó con una presentación. Él introdujo algunas pocas mejoras, haciendo que Francisca se luciera incluso más. Llegaron muchos ramos de flores al escenario. Instintivamente sabía que ninguno de los ramos era de Baran, eran todos demasiado normales y Baran no era el tipo de hombre de hacer cosas simplemente normales.

Al llegar a su camarín, Francisca supo que tenía razón. Sobre la mesa, entremedio de maquillaje, peines y cremas, el más enorme y precioso arreglo floral que ella había visto en su vida.

Con una base de madera forrada en papel de seda, helechos, jazmines y madreselvas blancas y unas pequeñas flores azules, cuyo nombre no podía recordar, una profusión de gerberas de variados colores, coronadas por cuatro brillantes y lustrosos girasoles. Una pequeña tarjeta blanca con la firme y regular escritura de Baran. Una única palabra. *Malen'kiy*.

No quería, no, pero cuando estuvo lista para irse, tomó todas las flores y

las llevó consigo.

En la puerta del teatro, una elegante limosina esperaba. Francisca no se habría acercado si no fuera porque el chofer le habló.

—¿La señorita Francisca Soubllette? —La muchacha asintió—. Para usted. El hombre se acercó y le entregó una nota, muy corta.

*Malen'kiy, sé que no es la primera vez que viajas en limosina, pero espero que la disfrutes de todas maneras. B.*

—No puedo aceptar sus servicios. —Francisca intentó alejarse, pero el hombre la detuvo.

—Señorita, si no la llevo, no me pagan. Es decir, me pagan el *not show*, pero el gringo que me contrató me ofreció una buena propina después que la deje a usted. Él dijo que le dijera esto, porque usted no iba a querer usar mis servicios. Y con mi esposa embarazada...

—No es gringo —corrigió Francisca molesta—, es un maldito ruso bastardo. Vamos.

Avanzó un par de pasos y de pronto se detuvo. ¿No se atrevería, verdad? No, no, ridículo. Temerosa, se acercó un par de pasos a la limosina, pero detuvo al chofer antes de que abriera la puerta.

—No hay nadie más, ¿verdad? —preguntó tratando de espiar el interior del vehículo.

—No, señorita. El gring... ruso me dijo que yo tendría que asegurarle que mis instrucciones eran esperarla acá y llevarla hasta Soubllette e Hijos. Conozco el taller, su padre es el mejor mecánico que conozco... O lo sería si no fuera por su hermana.

—¿Sí? —Francisca levantó sus cejas interrogantes. «Ahora vienen las preguntas», pensó al ver el gesto extraño del hombre. Isabel, otra vez.

—No es mi problema, señorita. De hecho, mi mujer me retaría si supiera.

«Por supuesto», pensó Francisca, a qué mujer le gusta que su esposo pregunte por otra mujer. Más aún estando ella embarazada.

—Esto... me parece que él la conoce mejor de lo que usted misma cree.

Me... me advirtió que usted no querría subir. Por eso quiso mandar la nota.

—De acuerdo. —Francisca se acercó a la limosina y el hombre abrió la puerta—. Gracias.

Cuando llegó a su casa estaba agradecida de no tener que lidiar con el transporte público cargada como iba. El chofer la dejó tranquila todo el rato, después de señalar la pequeña fuente con comida y la botella de agua que Baran había dejado para ella.

Con la ayuda del chofer, que cargaba todas sus flores, abrió la puerta y entró sorprendiendo a sus padres por lo temprano que era y lo cargada que iba. El conductor de la limosina se retiró cuando María José y Cristian la ayudaron con las flores, repartiéndolas por todo el living.

La muchacha tomó el arreglo de Baran y lo subió a su dormitorio después de desearles buenas noches a sus padres.

—¿No vas a comer, cariño? —preguntó María José.

—Ya cené, mamá, gracias —respondió Francisca desde la mitad de las escaleras—, el director piensa en todo —agregó más para sí que para sus padres, sintiéndose más confundida que nunca.

A contar del lunes siguiente y por toda la semana, Baran llegaba a saludar a los bailarines muy temprano. Francisca suponía que lo hacía para poder encontrarse a solas con ella, pero ese día había dos o tres personas más, por lo que solo se acercó, le dio los buenos días y se fue. A partir del martes había más gente cada día, ya que las noticias del director llegando temprano habían corrido por la compañía y absolutamente todos querían ser vistos antes de la hora oficial de inicio.

El viernes en la tarde, Baran estaba volviéndose loco. No podía creer lo absurdo de su situación. Francisca llegaba temprano, pero también todos los otros imbéciles, sobre todo Sebastián, por quien ya sentía un odio visceral.

Aceptaba que fuera el primer bailarín. No era malo, la verdad, quizás podría llegar a ser bueno si se dedicaba a fondo a trabajar con él. Dentro de la compañía se merecía ser el protagonista, pero no era necesario que estuviera sobre Francisca todo el día. Ni que la tocara o abrazara fuera del escenario.

Ni mucho menos que la hiciera reír cuando se iban, dejándolo a él atrás, añorando los días en que Francisca se deshacía de todos sus amigos y se quedaba con él. Y no hablaba de los días en que estaban juntos, en que podía besarla y abrazarla y sentir que por fin tenía un hogar.

Se conformaría con el tipo de relación que tenían cuando ella trataba de eliminar el kilo extra y él la trataba como a una alumna cualquiera o fingía que la utilizaba para relajarse o practicar alguna coreografía que estuviera creando.

Lo peor era que su instinto le estaba fallando y no sabía si Sebastián estaba interesado en ella como hombre o solo como amigo. Ni siquiera podía terminar de decidir si era homosexual, bisexual, pansexual o qué otra maldita cosa. Y tampoco importaba. Porque fuera Sebastián lo que fuera, todos los días se llevaba a Francisca lejos de él.

Y esa tarde estaba tan desesperado que ideaba descabellados planes para conseguir que Francisca se quedara con él, solo con él. Tenía tanto que decirle, quería... no. Necesitaba decirle tantas cosas, aclararle, convencerla de que su amor era auténtico, que nunca, ninguna mujer, lo hizo sentir como ella. No era una cuestión sexual como ella pensaba. No era que la encontrara bonita y disfrutara de llevársela a la cama.

Era preciosa, la mujer más hermosa que pisaba la Tierra. Y claro que quería volver a estar con ella, tenerla desnuda entre sus brazos. Pero lo que más deseaba, más que cualquier otra cosa, era caminar por las calles de Santiago con ella de la mano. Llegar a su casa, saludar a sus padres, dejar que María José corrigiera cualquiera de las palabras que él no conseguía decir y hablar de fútbol con Cristian e Isabel.

Entonces se le ocurrió que él era el director. «¡El maldito director, maldita sea, qué pedazo de idiota!», se decía mientras pensaba qué excusa utilizar para conseguir que se quedara con él.

Y la maldita suerte le sonrió cuando las idiotas de Connie y Kenny y algunas otras que no identificaban no conseguían hacer bien una parte que involucraba solo mujeres.

Con cierto placer maquiavélico despachó a los hombres. Francisca no se tomó la molestia de despedirse de Sebastián con otra cosa que un «hasta el lunes, Seba». Si se lo tomaba literalmente, quería decir que no le importaba quedarse en el teatro mientras su sombra se iba. Claro que él sabía que ella podía decir algo de cara al público sin arrugarse cuando tenía planes ocultos.

Él, mejor que nadie, lo sabía.

Por todo lo que había podido observar, y era mucho, la relación era exactamente lo que parecía. Dos buenos amigos trabajando juntos, como había sido con John o Thomas. No había guiños ni sonrisas ocultas, ni malditas reverencias que lo dejaban a él lleno de temblores y sudores fríos, especialmente desde que decir «señor director» era una especie de clave para ellos.

Si Francisca lo decía con un tono neutro, quería decir exactamente eso, que aceptaba la instrucción que él daba y la ejecutaría. Si era con el ceño fruncido, estaba en problemas. Si una sonrisa o una mirada de reojo acompañaba la reverencia, estaba en otro tipo de problemas. Buenos problemas. Problemas que terminarían con él siendo totalmente dominado por una mujer tan pequeña que podría levantarla y tirarla a donde fuera, pero cuya sonrisa y el más ligero de los toques de sus suaves manos lo dejaban postrado a sus pies, suplicando piedad.

—Deténganse, por favor —dijo, de pronto, al ver el desastre que esas dos cabezas huecas estaban haciendo de su bella coreografía.

Se acercó y empezó a dar instrucciones personalizadas, mordiéndose la lengua, moderándose al recordar que ya no dirigía la academia y que si se ponía a gritarle a esa tropa de inútiles, probablemente el expulsado sería él. «Qué maldito problema», se decía, estas durarían un día en sus clases, pero ahí estaba. ¿Y los honorables miembros de la directiva pretendían nombrarlas a ellas primeras bailarinas si Francisca no aceptaba? Pensaba que él estaba desesperado, pero eso...

—Francisca, por favor, ven acá —pidió sin mirar a la muchacha, de lo contrario ella sabría que no la llamaba para mostrar el paso, sino para tenerla



más cerca—. Quiero que les muestres lo que arabesque significa —solicitó a propósito, ya que eran las posturas que él le había corregido esa noche de enero, la noche que comenzó todo—. Primero...

Y Francisca, por supuesto, no lo decepcionó, creando las formas más hermosas con su grácil cuerpo mientras él pedía a las otras bailarinas que observaran las líneas puras y perfectas que formaba la muchacha. Y, por supuesto, aprovechando de tocarla con la punta de sus dedos, lo que era más de lo que esperaba un mes atrás.

—Muy bien, desde el comienzo —instruyó mirando al músico que lo acompañaba.

Una hora después descubrió lo que significa que el tiro te salga por la culata. Había intentado despachar a todas las bailarines menos a Francisca, pero varias, incluyendo a Connie y Kenny, se quedaron pidiéndole ayuda en esto o esto otro. Por suerte, él no podía mostrarles lo que ellas querían, así que siguió utilizando a Francisca con ese propósito.

Estuvo a punto de besar a una chica cuando le preguntó por una transición con su compañero. Francisca intentaba mantener su rostro neutro, lo sabía, pero el mínimo movimiento de sus cejas intentando juntarse la traicionaba.

Por supuesto, tuvo que acercarse a él y después de vagar por la oscura noche, Baran consiguió tomarla en brazos y bailar dos minutos con ella. Había sido el paraíso. No que él creyera en esas cosas, pero si el Cielo existía, para él era exactamente así, con Francisca en sus brazos.

Y después llegó el infierno. Todas las otras bailarinas hacían fila para que él les mostrara, en concreto, los pasos que hiciera con Francisca. Lo único bueno que obtuvo de tal ejercicio fue la evidente burla que brillaba en el fondo de los ojos de su Franny. «Ah, chica traviesa, sabe perfectamente que quiero salir corriendo», pensaba, especialmente cuando la imbécil de Kenny no bailaba, sino que se restregaba contra él. Como si eso fuera a provocarlo.

En realidad, sí lo provocaba. Le provocaba deseos de sacar al viejo señor director de su retiro y decirle tantas cosas que se le ocurrieron en los dos minutos que bailó con Kenny que era para escribir un libro. «Vaca bailarina»

era casi un halago. «Cocodrilo es bonita a tu lado» habría sido genial si todas la conocieran. Claro que Francisca sí, y hablar con ella era su único propósito. Entonces...

—*Crocodile est assez proche de vous* —dijo cuando por fin pudo bajarla. Además, ya le dolían los brazos, especialmente la muñeca que se había fracturado dos veces en el pasado.

—No le entendí, director, aunque sonó tan bonito. —Kenny suspiró, mirándolo con los ojos entornados—. El francés es un idioma tan bello y romántico.

Por el rabillo del ojo pudo ver a Francisca girándose después de tapar su boca para que nadie la viera reír. «Punto para mí», se felicitó.

—¿Cuántos idiomas habla usted, director? —preguntó Connie, mirándolo con tanta adoración que a Baran le provocaría pesadillas un año completo.

—Seis en total —respondió Baran, más atento a Francisca que de sus interlocutoras.

—Es tan inteligente, director. —Kenny empujó a su amiga para quedar frente a él—. ¿Qué idiomas habla?

—Ruso, naturalmente, francés e inglés son los mejores, italiano con bastante fluidez, español... ya saben... y un *mucho* decente wólof.

—¿Wólof? ¿Qué es eso? —preguntó Connie devolviéndole el golpe a Kenny para moverla.

—Es *hablar* por la tribu Wólof, de Senegal, *ser* el segundo idioma en el país.

—¿Y usted cómo lo conoce? ¿No está Senegal en África? —preguntó Kenny.

—Así es —confirmó Baran apretando los dientes para no reír—. Senegal está en África y lo sé porque tengo un amigo que es de allá.

—Director, ¿por qué no nos habla un poco más en francés? Eso que dijo sonó tan bello —pidió Connie, ganándole nuevamente a Kenny.

—¿Alguien más aparte de Francisca habla francés? —preguntó mirando a

todas las muchachas que lo rodeaban. Naturalmente, Francisca era la que estaba más lejos, la única fuera del corrillo de bailarinas. Cuando todas negaron con la cabeza, Baran sonrió—. *Vous savez les directeurs de théâtre de la chance qu'ils sont à vous?* —preguntó mirando a Francisca—. *Si vous aviez répondu, à aucun de ces idiots serait la prima ballerina.*

—*Ils seraient très agréable, non? Une jolie paire de vaches danseurs* —respondió Francisca.

—*La même pensée* —dijo Baran sonriendo. «Las vacas bailarinas» era una expresión muy usada por él para señalar bailarinas demasiado pesadas para que pudiera levantarlas. Francisca lo conocía tan bien y no se daba ni cuenta.

—*Je l'imaginais. Est-ce que ça fait mal votre poignet?*

¿Que si le dolía la muñeca? Si así conseguía que ella se acercara, le dolería todo el cuerpo.

—*Pourquoi demandez-vous?* —preguntó Baran con el ceño fruncido, viendo como ella se abría paso entre sus compañeras.

—*Parce que vous prenez cinq minutes de massage.*

«¿En verdad llevaba cinco minutos masajeadando su muñeca?», se preguntó mirando sus manos, donde efectivamente la derecha estaba sobre la izquierda.

—Director, disculpe, pero estoy agotada y ya terminó nuestro horario. ¿Podemos retirarnos?

—Por supuesto. —Baran comprendió que la pregunta era en su beneficio, no de las bailarinas—. Yo debo ir a mi oficina inmediatamente. Señoritas, nos vemos el lunes. Descansen.

—*Avez-vous vos médicaments?* —Francisca le preguntaba por sus medicamentos mientras las otras bailarinas se retiraban, algunas rápidamente, otras todo lo lento que podían, mirando insistentemente a Baran y Francisca que seguían hablando en francés.

—En la oficina —dijo Baran—, pero no es tanto, apenas una crema, descanso y estaré bien.

—No soy Malik, pero te puedo ayudar si quieres.

¿Si quería? ¿Si quería? ¿Francisca le preguntaba si quería que fuera con él hasta su oficina para ayudarlo con la crema y robarle unos quince minutos de su tiempo, tal vez toda su vida? Ah...

—Si no es molestia, te agradecería la ayuda —dijo sin exteriorizar la absoluta alegría que le daba. La vida le sonreía. Por fin.

—Vamos —replicó la muchacha encabezando la marcha.

Cuando llegaron a su oficina, Baran sacó la llave de su chaqueta y abrió la puerta para que Francisca entrara primero.

—¿Esta es tu oficina? —preguntó Francisca mirando alrededor, volviendo a hablar en su propio idioma ahora que estaban solos nuevamente—. Más parece bodega que oficina.

—Podrías no estar equivocada. —Baran caminó hasta su escritorio y abrió un cajón de donde sacó una tira de pastillas y una crema—. De hecho, el primer día que vine no me mostraron nada, cuando me *integro* oficialmente, estaba preparada.

—Pensé que eras un negociador duro —dijo Francisca quitándole la crema de las manos y abriéndola para sacar un poco—. El cuarto de las cámaras de la academia es más grande que esto.

—Todo está en saber quien quiere algo más que tú. Y yo quería este trabajo, que ni siquiera se había publicitado porque aún no tenían claro para donde iba la compañía ni cuando se retiraría oficialmente el antiguo director general. Lo quería tanto que acepté todas las condiciones que puso el gerente, ni una mía. —Cómo conseguía concentrarse con los dedos de Francisca recorriendo su muñeca nunca lo sabría.

—¿Te duele? —preguntó Francisca.

—Mucho —dijo él con la voz grave sin poder decir claramente una sola palabra.

—Más crema entonces —murmuró Francisca dejando caer un poco más sobre sus dedos.

—No es la muñeca lo que me duele —susurró Baran pasando las palabras

con dificultad—, y ni toda la crema antiinflamatoria del mundo va a ser suficiente.

—¿Qué?

Entonces Francisca lo miró y se dio cuenta de qué era lo que él decía. Su rostro lo delataba, y lo conocía demasiado, cada una de las reacciones de su cuerpo eran evidentes para ella. Trató de alejarse de él, de soltarse, pero Baran fue más rápido, capturando los pequeños dedos entre los suyos, asegurándose de tenerla firmemente agarrada al rodear una muñeca con su enorme mano.

—Te he extrañado, Fran —dijo emocionado—, tanto. Ni te lo imaginas.

—Claro que sí, a qué hombre no le gusta tener una mujer lista para saltar a su cama en cualquier momento —replicó Francisca molesta.

—Si fuera por eso, ahora mismo podría tener unas diez mujeres dispuestas a satisfacer hasta el más mínimo capricho. —Levantó una mano para atrapar entre sus dedos un mechón de pelo de Francisca que se había soltado de su amarra—. Pero preferiría no tener sexo nunca más en la vida y tenerte a ti a mi lado, al menos como amiga, como era en la academia al comienzo. Después que empezaste a llamarme por mi nombre. Dilo, Fran. Dímelo, por favor. Di mi nombre.

—Por favor, no más —pidió la muchacha sin mirarlo, concentrada en sus dedos entrelazados.

—Fran, mira, yo sé que tú no me crees cuando te digo que te amo y te extraño. Lo entiendo...

—No creo que lo entiendas —murmuró Francisca sin levantar la cabeza—. ¿Cómo podrías amarme? ¿A mí, que soy una bailarina medianamente decente con un serio problema de desgaste de materiales? ¿Cómo un dios de la danza como tú podría quererme? ¿Cómo, cuando tienes un batallón de aduladoras, podrías elegirme a mí, que soy cualquier cosa menos complaciente?

—Tienes un pésimo despertar cuando no eres capaz de soportar tu vodka, eres porfiada, llevada a tus ideas, terriblemente orgullosa, extremadamente

perfeccionista y exigente. Y ciertamente deberías hacer algo con tus gritos y arranques de mal genio. —La sonrisa de Baran era un insulto más grande que sus palabras.

—Y acabas de eliminar cualquier duda que pudiera tener. —La muchacha intentó soltar su mano una vez más.

—Yo nunca he dicho que piense que eres perfecta. ¿Cómo podría pedirte perfección si yo mismo no soy ningún ejemplo de nada? Tengo un mal genio horrible, soy pésimamente impaciente, un maldito controlador, un acosador que te perseguía por toda la academia con las cámaras, aún más exigente y perfeccionista que tú, cruel, despótico, un espanto de persona, con un nivel de tolerancia a los imbéciles cercano a cero...

—Y un muy mal concepto de ti mismo. Insisto, ¿por qué estamos teniendo esta conversación si somos dos personas tan espantosas? ¿Qué podríamos ganar de nuestra unión?

—Juntos, somos simplemente perfectos, *lyubov*. Y la verdad, entiendo que tú no me quieras, lo comprendo totalmente, yo mismo no me querría si fuera tú. Pero para mí es necesario que tú sepas, que comprendas qué significas para mí y los motivos por los que estoy acá.

—Lo único que me interesa de tu visita a Chile es que sea lo más corta posible.

—Fran, por favor, si en algún momento signifiqué algo para ti, si te importo solo un poco, te pido que me *das* una oportunidad...

—¿Para aprender a hablar bien el español? —preguntó Francisca con ironía—. Estás mezclando los tiempos verbales... y se dice muy decente wólof, no mucho decente.

—Pero...

—¿Es ese el idioma que hablaban con Malik?

—Y también con Pietro a veces —dijo él asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué?

—Malik nunca *aprende* a hablar ruso hasta...

—Aprendió...

—Que llegó Pietro. Un día yo le gritaba en ruso y él me *responde* en wólof...

—Respondía...

—Y Pietro se reía de nosotros y cantaba en italiano. Malik y yo nos *caemos* un rato...

—Nos callamos un rato...

—Porque cada uno *habla* en idioma propio y...

—Hablaba...

—Ninguno escuchaba. Entonces nos comprometimos a aprender todos *nuestra* lenguajes y usarlos indistintamente, al menos entre *nuestra*. Además, Pietro dice «¿cómo *invitar* mi casa si no hablar italiano?».

—Baran, deja de matar mi idioma.

—Ahá... lo conseguí, ¿ves?

—En buen chileno, eres un *hueón*, Baran, y eso no te lo van a enseñar en ninguna escuela.

—¿Qué significa?

—Muchas cosas, tal como lo estoy usando, que eres un tonto. Vale. Cuéntame si así consigo que me dejes tranquila, cuéntame todo lo que quieras.

Baran sonrió y se sentó en el borde del escritorio, tirándola con él, una mano de Francisca firmemente sujeta, con los dedos entrelazados. Con su otra mano, el ruso tomaba un mechón de su pelo, acariciaba su mejilla, intentaba infructuosamente de acercarla más.

—Después de pasar meses viendo tu video cuatro y hasta cinco veces al día, Malik y Pietro sabían que estaba obsesionado. Una persona normal se preguntaría por qué, si tú hablabas unos pocos minutos, podía yo sentir tantas cosas. Pero somos bailarines y nuestros cuerpos hablan por nosotros tanto como nuestras palabras. La suavidad y belleza de tus movimientos. Tu dulce e inocente sonrisa.

—No soy dulce —negó Francisca concentrándose en un punto fijo de la camisa de Baran, sin moverse para nada.

—Lo eres. Dulce e inocente. También fogosa y tormentosa. Tortuosa. Al menos para mí, desde el momento que llegaste a la academia fuiste una tortura constante. El día de tu evaluación inicial, Malik y Pietro se *burló* de mí...

—Burlaron —corrigió Francisca automáticamente, sin saber que Baran se equivocaba a propósito justamente para que ella lo corrigiera.

—Creo que Pietro tocó el piano unos treinta o cuarenta segundos de más, hasta le pidieron que se detuviera. «Estás muerto», me dijo Mal, y estaba equivocado, pero también tenía razón. Equivocado porque nunca he estado más vivo que en los meses que tuvimos juntos. Tenía razón porque, al final, fue un breve paréntesis y luego me mandaste de vuelta a la oscura y fría noche.

—Baran, por favor, no más —pidió Francisca tirando su mano sin conseguir soltarla.

—Cuando el equipo médico le entregó a Malik el resumen que siempre les pido, con los pesos y estaturas de los alumnos nuevos —Baran continuó hablando sin tomar en cuenta lo que Francisca decía. Ella le había dicho que le contara todo y ahora, por fin, iba a escuchar—, salió corriendo a entregársela a Pietro, que es el encargado de llevarla, junto con la cuenta del carnicero, y seleccionar a la más liviana. Por supuesto, eras tú.

—Ojalá no lo hubiera sido.

—Era una tortura constante, como te decía. Las burlas de Pietro y Mal no eran nada. Todos los días yo esperaba no tener que bailar contigo y todas las clases terminaba inventando excusas para hacerlo. Había descubierto una nueva dimensión del dulce ángel que me obsesionaba. Y me encantaba absolutamente, como dirías tú. Yo podía decirte lo que fuera, gritarte, corregirte, ser lo peor que pudiera, y tú ni te inmutabas. Incluso ese día cuando supe que habías subido un kilo. Estaba furioso contigo...

—Me quedó claro ese mismo día.



—No por lo que piensas. Si subías más o no conseguías bajar, tendría que expulsarte, *lyubov*. Por suerte estabas aún bajo tu techo, de lo contrario habría tenido que tomar medidas drásticas. ¿Y qué haces tú? No solo no te achicas ante mis gritos, sino que me respondes. Nadie me había respondido antes, no al menos frente a otros alumnos. Tú ya lo hacías, susurrando igual que yo, cuando bailábamos. Otros me habían gritado en mi oficina el día que los expulsaba. Pero nadie me respondía en clases y en esos términos. No sé si te diste cuenta, pero Pietro tenía que aguantarse la risa. No solo porque tú me respondieras o hicieras esa estúpida inclinación. Era que por primera vez en mi vida había alguien que hacía lo que quería conmigo y yo no podía hacer lo que quería...

—¿Qué?

—Otro problema. No sabía si zarandarte o besarte. A veces quería hacer las dos juntas. Y...

—Espera —pidió Francisca mirándolo por primera vez—. Siempre quise saber algo. El día que se supo que Antje estaba embarazada, estabas furioso, pero Pietro se acercó y te dijo algo que te calmó. ¿Qué fue?

—No me calmó totalmente, esa fuiste tú mirándome serena, dándole la razón a Pietro.

—Deja de darte vueltas, sabes que me fastidia. ¿Qué te dijo?

—Que al menos tú solo habías subido un kilo, no quedado embarazada —respondió Baran sonriendo con pesar.

—No había ninguna posibilidad como bien sabes, y no solo porque sea infértil.

—En ese momento, para mí significaba que seguías en la academia, no tenía idea de tu vida personal y aunque me afectara, yo sabía... pensaba que nunca iba a tener nada que ver conmigo. No solo porque no entrara en mis planes, sino que ni siquiera me atrevía a pensar... a soñar con tenerte algún día.

—¿Por qué fuiste ese primer día? No creo que haya sido una casualidad, me estabas viendo.

—Toda la semana anterior te vi con tus amigos. Y mis amigos me veían a mí, especialmente el primer día que estuviste sola. Estaba furioso porque te abandonaron. Tú no lo habrías hecho.

—Yo le dije a los muchachos que se fueran porque todos estábamos muy cansados.

—Y Pietro dijo que era mi oportunidad, que ahí estabas, sola, sin nadie que te ayudara. Se rio al decir que seguramente podría encontrar una o dos cosas que corregir, para pretender que por eso iba. Casi lo eché de una patada de mi oficina y me fui. Pero el martes volvías a estar sola y fue demasiado para mí. De los meses que siguieron no hay mucho que pueda decirte...

—No hay nada que yo quiera escuchar.

—Excepto cómo me sentía —Baran siguió hablando sin escucharla, pero apretando más sus dedos para evitar que se alejara—. Fue el tiempo más extraño y gratificante que he tenido en mi vida, teniéndote como alumna de día, gritándote, usándote para los ejemplos, y esa relación tan curiosa de noche. Creo que nunca me he entendido mejor con nadie. ¿Lo notaste tú? ¿La fluidez de nuestras conversaciones, las bromas veladas y otras totalmente honestas? Hasta el día que te caíste y yo sentí morir. Me gritaste y terminé contándote todo lo que me pasó por mi enfermedad. Eres la primera, la única a quien yo se lo he dicho. Y después el asunto de los discos. Me dolió, no debió hacerlo, pero me dolió que tú pensaras que yo me entretenía burlándome de ustedes y pensando esos apodos. Pero escuchar mi nombre en tus labios... Fran, no espero que comprendas...

—No lo hago.

—¿Sabes? Si no te amara tanto, te odiaría.

—Me alegro, ¿cuándo empieza esa parte?

—Nunca. Cada vez éramos más cercanos. Te conté todo en mi vida, cosas que nadie sabe...

—Malik y Pietro seguro lo hacen.

—No, tal vez retazos de información aquí y allá, pero no. El día del cumpleaños de Svetlana...

—El día de tu cumpleaños.

—Mi cumpleaños no importa. El único auténtico feliz cumpleaños que he tenido fue el que celebré contigo. El segundo, no el primero. Ese día fue atroz. Creo que nunca me sentí más débil que cuando me abrazaste. No era la primera vez que te tenía en brazos, pero siempre era bailando, y era la primera vez que tus labios rozaban mi cuerpo. Cualquiera parte de él. Y después no pude aguantarme las ganas y te pedí que me abrazaras nuevamente. Para mí, tentación se escribe con *f*. Me costó hasta mi última onza de voluntad no besarte.

—Eres un idiota, Baran —dijo Francisca antes de poder detenerse—, un idiota absoluto. Yo quería que me besaras. —Antes de agregar cualquier cosa de la que después tuviera que arrepentirse, se quedó mirando fijamente el piso, más allá de sus dedos entrelazados.

—Lo soy. Durante las vacaciones no podía dejar de pensar en ti y en esa noche. Miraba los monitores y no estabas ahí. Lo sabía, pero seguía mirando. Caminaba por París, por Roma, por donde fuera y ansiaba tenerte a mi lado. Hablaba con Svetlana y lo único que quería era que se conocieran. Cuando por fin volviste, solo quería que llegara la noche, pero ya estaba más allá de mi fuerza, y ese primer mes fue horrible, no podía controlarme contigo cerca, no podía pensar. Te ansiaba tanto. Ya te amaba, ya sabía que eras la única mujer a la que podría amar. Y ese día...

—No necesito que me lo recuerdes.

—Y no necesito recordarlo. La vergüenza y el autodesprecio nunca fueron tan fuertes. Estaba tan enojado, furioso. Ninguna mujer merece ser tratada así. Nunca. Menos aún la primera vez.

El asco de su voz era tal que Francisca lo miró, no pudo evitarlo. Sus ojos estaban velados, perdidos. El rictus doloroso de su rostro lo decía todo. Salido de ningún lado, un dolor lacerante ardió en el pecho de la muchacha.

—No es necesario. —Ella hablaba con voz suave y dulce, acariciando brevemente con el pulgar, su único dedo libre, la mano de Baran.

—Créeme, sé que para ti no es necesario. —Baran pasó saliva con

dificultad.

—Lo mismo dijiste el día que me contaste de tu enfermedad —dijo Francisca acercándose solo un poco, dando un paso lento y cauteloso, como cuando alguien se acerca a un animal herido y salvaje—. Y, nuevamente, solo me refiero a que no es necesario que te sometas a ti mismo a esta tortura. No porque no me importe, sino porque prefiero seguir en la ignorancia si es el precio a pagar para que tú no sufras.

—Y yo preferiría no tener nada que explicar, no por no explicar, sino por no haber hecho nada que deba ser explicado, porque Fran, esa noche, que debió ser mágica para ti, fue una pesadilla por mi culpa. Y ser yo el culpable de provocarte tanto dolor... no me refiero a la parte específica de tomar tu virginidad, es inevitable, sino a todo lo que conllevó para ti. Tenías razón, amor mío, fui un loco cegado por un deseo infernal y me comporté como un animal salvaje que toma lo que quiere y no le importa nada las víctimas que deja en su camino. Fui un bruto, no hicimos el amor, que era lo que yo en verdad quería. ¡Y era tu primera vez, Fran, maldición!

Francisca volvió a acariciar suavemente su mano para calmarlo. Ser testigo de la manera en que se veía a sí mismo, como si no valiera la pena, como si fuera una persona ruin, infame, cuando ella conocía la verdadera calidad de ser humano que había detrás, era más de lo que podía soportar.

—No digas esas cosas, por favor. —Avergonzada, bajó la mirada—. Nunca pienses así de ti.

—Tú también lo haces, Fran —dijo Baran con un susurro doloroso.

—No lo hago, no en verdad. —Francisca negaba con la cabeza—. No te acuerdes de esa noche, yo no lo hago. Para mí, la primera vez fue ese día en tu departamento. Fuiste dulce y atento, y tengo el recuerdo más hermoso de ese día, no podría ser más especial... Ningún hombre pudo ser mejor, cumpliste cada una de tus promesas. Y pase lo que pase, nunca voy a olvidar la mágica noche en que fui mujer en tus brazos. Ninguna de ellas. Baran, yo sí te quiero, sí me importas, pero no estoy enamorada de ti. Y no es por ti, sino por mí. Debo tener algún defecto de fábrica o algo así, porque si no me

enamoré de un hombre tan maravilloso como tú, nunca lo voy a hacer.

—No llores, Pequeña Fran, no puedo verte llorar. —Baran llevó una mano hasta su rostro, secando las pequeñas lágrimas que corrían por su mejilla—. Franny, por favor, no. Cada una de tus lágrimas es un puñal en mi corazón. No puedo provocarte más dolor, por favor.

—Déjame ir entonces. —Francisca cerró sus ojos, apagando sus emociones una vez más.

—No puedo —musitó Baran inclinándose para besar su frente—. Fran, eso que dices no puede ser. Yo lo entiendo, ¿sabes? ¿Cómo puedo esperar que me ames, que te enamores de mí, si sé que no lo merezco?

—No...

—Lo supe desde el comienzo. Ese día en que dijiste «Insignificante para usted, señor director» lo sabía ya. Fue un tiempo horrible. No podía dejar de recordar, de sentir el sabor de tus labios en los míos, el tacto de tu piel en mis dedos. Cuando me hablaste en español y me dijiste que tal vez lo mejor era venirte a Chile, creí morir. Nunca había dejado una clase sin terminar, pero ese día no podía seguir. Pietro estaba desesperado también. Sabe muy poco de español y trató de explicarme algo que no entendía. Yo sí lo comprendí. Cuando Teresa lo tradujo para Cuervo y Cocodrilo solo ratificó lo que yo sabía. Me odiabas, me despreciabas y lo único en lo que yo podía pensar era en tenerte otra vez.

—Nunca te he odiado. Baran, detente de una vez con esto. No te amo, es cierto, pero tampoco te odio. No podría. Te lo dije, el tiempo contigo fue maravilloso. Eres un hombre muy especial y me hacías sentir especial a mí. ¿Qué más quiere una mujer que un hombre siempre atento a sus necesidades? Y no me refiero solo las físicas, como comer, dormir. Sino que también emocionalmente. En verdad, me sentía tranquila y en paz contigo. Fuera de tus brazos podía estar acabando el mundo, pero para mí fuiste un refugio seguro.

—Fran —susurró Baran emocionado—. Fran, yo te daría el mundo. Para mí eres el mundo. Eres luz y paz. Yo no vivía, solo transitaba por el mundo

hasta que llegaste a mi vida. Sabes todo de mí, el dolor, la rabia por perder primero a mi familia por mi carrera y luego mi carrera por mi enfermedad. Te lo dije un día, que esas transiciones habían sido todo lo fáciles que esperaba. Que nunca me arrepentía de nada. ¿Cómo podría si cada una de mis decisiones me llevó a ti? Claro que preferiría nunca haber perdido a mi familia. Claro que, sabiendo lo que sé, nunca hubiera perdido el tiempo con Yalina. Siempre supe que no la amaba, pero estar contigo lo puso todo en perspectiva. Me dijiste que esperabas que de todo lo que yo había emprendido una cosa me resultara. Y esto es lo que yo quiero, Fran. A ti. Ni siquiera me importa que no me ames, si quisieras aceptarme nuevamente, yo te ayudaría, haría lo que fuera por ti para que puedas quererme. Mi amor es tan grande que es suficiente para los dos, no necesitas amarme.

—Baran, por favor, no me conviertas en tu Cosimo —dijo Francisca a duras penas.

—Nunca, amada mía. Nunca. Mi amor no es obsesión, como Pietro. Hace mucho que lo comprendí. Solo quiero hacerte feliz.

—¿Y si yo conozco a alguien, si me enamoro y me caso?

—Si él te merece, si te hace feliz... —Baran pasó saliva, haciendo que todos los músculos del cuello se movieran.

—¿Te irías entonces?

—No. —Baran fue tajante—. Jamás. Estar contigo es demasiado importante para mí. No tengo ningún orgullo, Fran. Aunque yo no esté en tu vida, necesito tenerte en la mía. Soy la Tierra y tú eres el Sol, para que haya vida en mí, necesito de tu calor, necesito orbitar cerca de ti.

—Dices que quieres hacerme feliz, ¿has pensado que lo que necesito para serlo es que no estés acá?

—Claro que lo he pensado. Por eso es que demoré tanto tiempo en venir a buscarte. Pero finalmente no pude seguir adelante.

—Entonces, ¿tendré que dejar mi hogar nuevamente?

—No. Si vine a Chile fue para enmendar otro de mis tantos errores. Uno que sí puedo arreglar. Voy a convertirme en la bailarina de fama mundial que

deseas ser. —A medida que hablaba, Baran volvía a ser el mismo, con su manera segura y confiada—. Aunque tenga que hacerlo desde el culo del mundo, aunque tenga que luchar contra el tiempo, contra los directivos de esta y cualquier compañía, aunque sea incluso en contra de tu voluntad. Eres una bailarina brillante, una de las mejores que he visto en mi vida, y he visto muchas.

—¿Qué pasa con mi defectuoso cuerpo?

—No lo es aún, por eso te digo que si tengo que luchar contra el tiempo, si tengo que exigirte incluso más que en la academia, lo voy a hacer. Puede que tu carrera no dure mucho, pero voy a hacerte brillar. Entiéndelo, Francisca, y entiéndelo bien. No hay ningún lugar del mundo al que puedas ir donde yo no te seguiría. Aunque tú te vayas de Chile, yo te voy a seguir, aunque tú conozcas a cien hombres, yo voy a estar a tu lado. Y si alguien se atreve a hacerte daño, lo mato con mis propias manos.

Francisca lo miraba impactada por sus palabras. Por un breve instante pudo ver no solo seguridad y firmeza de carácter, sino que también un atisbo del señor director que eliminaba cada barrera, cada obstáculo que entorpeciera su camino. Y aunque debió tener miedo, no fue así. Por un momento, Baran fue el maldito ruso bastardo del que ella... «No, Francisca», se detuvo. «No».

—Vete, Baran. No me obligues a dejar a mi familia otra vez. Eres tú el que me daña.

—Lo sé. Te dañé mucho en el pasado y podría dañarte mucho en el futuro. Pero yo te amo, Fran, y de aquí no me voy. No, al menos, hasta hacer de tus sueños una realidad. Hay otro motivo por el que vine. —Hizo una pausa y el señor director quedó otra vez oculto, escondido bajo un velo de ternura—. En Chicago, hablé con muy pocas personas, pero una de ellas fue Joyce, la primera...

—Sé quién es. —Francisca consiguió por fin liberar su mano y alejarse unos pasos de él.

—La felicité por su embarazo y ella me lo agradeció. Como no sabía que

había rechazado el contrato, empezó a hablar conmigo. Quería saber si después de su embarazo aún tendría un lugar. Te había visto y sabía que eres muy superior. Me dijo que de todas maneras no se arrepentiría de nada, ya que estaba viviendo el milagro que pidió. Que lo había intentado, pero que un ginecólogo le dijo que nunca quedaría embarazada. Básicamente por lo mismo que tú. Además, tenía algunos otros problemas que no explicó. No le habían dado ninguna esperanza, pero hace dos años, otro médico le dijo que podían operarla y darle un tratamiento que era experimental, que tal vez resultara en un embarazo. Y ella siguió cada una de sus instrucciones hasta que hace cuatro meses le confirmó que lo había conseguido, que estaba embarazada.

—Bien por ella. —Francisca cruzó los brazos sobre su cintura y se alejó aún más de él.

—Te lo digo porque no quiero que pierdas la esperanza. Eres muy joven aún y tal vez, algún día, si lo deseas, puedes ser madre. Me... —Carraspeó—. Me haría muy feliz saber que tienes todo lo que quieres de la vida. Incluso si eso quiere decir deshacerte de mí. Pero solo cuando ya no puedas seguir bailando. Hasta entonces, yo voy a estar a tu lado, creando las mejores coreografías solo para ti. Y soñando que algún día, tal vez, puedas quererme aunque sea un poco.

—Tú no crees en los sueños.

—Yo no creía en los sueños, ahora lo hago. Ahora, todo lo que tengo son mis sueños.

—No me incluyas en ellos.

Francisca se giró y salió de la oficina caminando como una autómatas. No se permitiría pensar. No repasaría en su cabeza todas las confesiones de Baran. No podía.

No quería.

\*\*\*



Cuando volvió al teatro el lunes, parecía que nada había pasado. Baran se acercó a ella, con temor esperó que le hablara, pero solo le deseó los buenos días y se alejó. Después del calentamiento trabajaron hasta la hora de almuerzo, y luego solo vinieron más horas de prácticas.

El martes y el miércoles pasaron exactamente iguales. El jueves, sin embargo, ocurrió algo que vino a romper su rutina.

Cuando llegó a su camarín, no estaba vacío. Sobre su mesa, que ella dejara totalmente desocupada la tarde anterior, un arreglo floral había sido depositado. Y no cualquiera, sino que el mismo que Baran le regalara menos de dos semanas atrás. Pero ese día no tenían presentación. Ni siquiera había algo en el teatro hasta el próximo viernes. Confundida, se acercó y tomó la pequeña tarjeta blanca que contenía una sola palabra. *Malen'kiy*.

Por mucho rato pensó qué podría significar que él le regalara flores, además de lo obvio. Pero él no era de hacer cosas obvias. Miró el calendario e hizo una nota mental para comprar un regalo a Thomas y enviárselo luego, ya vendría su cumpleaños.

Entonces recordó que por esas fechas en la academia había exámenes. Por qué recordó eso, no lo sabía, ya que, si seguían la misma planificación, los exámenes debieron ser la semana anterior.

Y de pronto, la golpeó. Ese día, exactamente un año atrás, se había acostado con Baran por primera vez.

Dejando las flores de lado, se arregló y salió a calentar. Ni Baran ni ella hicieron mención alguna de la fecha durante todo el día. Al término de la jornada, no sabía qué hacer. Ni con las flores ni con ella misma. Pero era un ramo demasiado bello para dejarlo botado, por lo que lo tomó y se lo llevó a casa.

El resto de octubre estuvo muy lleno de actividades, incluyendo una gira por algunas ciudades cercanas. Y en cada presentación, al término, Francisca se encontraba con un ramo igual. Cuando salía algo en la prensa, él le entregaba el recorte.

La primera vez que lo hizo, le entregó, además, un álbum de fotos, que

Francisca siguió usando para juntar todos los recortes. También dejaba algunas flores de las que él le regalaba. Y después, enojada con ella misma, escondía el álbum en lo más recóndito de su habitación. Hasta la siguiente presentación. Hasta la próxima aparición de Luis, el chofer de la limosina que la recogía cada vez, entregándole, además, una fuente con comida y una botella de agua.

Baran nunca decía nada, solo la saludaba al llegar, trabajaban en forma normal durante el día, en la tarde se despedía y se iba. Ni siquiera los días de las presentaciones se acercaba a ella.

Cierto día, después de salir del teatro esperando encontrar la limosina porque estaba muy cansada después de la función, escuchó que alguien la llamaba. Era un hombre, pero no era Baran, solo Sebastián.

—¿Quién te regala no me olvides? —le preguntó al verla con el ramo de Baran en los brazos.

—Nadie —respondió ella rápidamente. Demasiado rápidamente. No me olvides, esa era la flor azul que ella no conocía.

—Ese ramo es producto de mi imaginación entonces —dijo Sebastián irónico—. En todo caso, me encantaría que alguien me regalara no me olvides. ¿Sabes lo que significan? Amor desesperado. Es un bonito ramillete ese que llevas ahí. Igual que el anterior. Y el anterior a ese.

—¿Cómo es eso de que qué significan las no me olvides?

—Ah, niña, que ignorancia la tuya. —Sebastián se rio mientras seguían caminando—. Existe algo llamado lenguaje de las flores, que atribuye un significado a cada flor. Y ese que tienes ahí... —Suspiró—. No sé quién será el que te las regale, pero, chica, te ama con *a* mayúscula.

—¿Qué...?

—Girasoles son pasión. Jazmines, sensualidad. Madreselva, unión y amor generoso. Gerberas, belleza e inocencia. Se asocia a la pureza del primer amor. Extraño que un hombre adulto regale gerberas. —Sebastián hizo una mueca—. Tal vez tienes un admirador juvenil. Claro que un ramo así es costoso, especialmente con esa base. ¿Traía tarjeta?

—No —respondió Francisca automáticamente. Le tenía un cariño enorme a Sebastián, pero no le iba a decir, nunca jamás, que las flores eran de Baran —. Ahí está mi hermana, nos vemos, Seba.

Se dirigió a la limosina sin tomar en cuenta las últimas preguntas de Sebastián. ¿Cuándo había comprado su hermana una limosina? Y más importante, ¿podía llevarlo?

Era el día del cumpleaños de Thomas, por lo que al llegar a casa lo llamó y charló y rio unos minutos con él y Teresa. Después se quedó viendo televisión en el living, esperando que sus padres llegaran. Sonrió. Sus queridos padres tenían más vida nocturna que ella.

Se quedó dormida. No supo exactamente cuándo, pero la despertó un sonido dolorosamente familiar. No era él, no, pero sonaba tan parecido que Francisca siguió mirando la película sin entender de qué trataba. Lo único que comprendía era que el protagonista era un hombre ruso que hablaba con un acento muy marcado.

Y de pronto, ahí estuvo. Esa palabra, esa estúpida palabra que Baran siempre le repetía. *Lyubov*. Pero no parecía tan sin significado como él le había dado a entender. No si uno miraba a la mujer en pantalla, también rusa, que sonreía radiante y besaba efusivamente al protagonista.

Francisca no seguía la conversación. Recordaba todas y cada una de las veces en que él la había llamado así. A veces sonaba casual; otras, con una intensidad y un calor que aún encendía sus mejillas.

Trató de concentrarse en la película, pero fue peor. *Lyubov*, susurraba el protagonista entre besos y caricias, y decía otras cosas que activaban su memoria. Nunca se había tomado la molestia de entender lo que Baran le decía. Ni siquiera cuando Malik le contó que era una costumbre que tenía, la de hablar en ruso cuando no quería que lo entendieran.

Era importante, lo sabía, pero de alguna manera lo sacó de su mente, lo relegó. «Ya no más», se dijo tomando una decisión. Apagó el televisor y fue corriendo hasta su habitación.

Sacó el computador de su maletín y entró en su correo electrónico. Estaba

segura de que Baran le había escrito esa palabra en alguna parte. Con vergüenza notó que tenía cientos de correos sin leer, de Thomas, Teresa y John. Y muchos también de Baran. El último escrito ese mismo día. No más de una hora atrás. Lo abrió inmediatamente y Baran no la decepcionó. El mensaje era corto, apenas un par de líneas.

*Lyubov, estuviste brillante, como siempre. Hoy, más que nunca, tengo la seguridad de que todos en Europa son un montón de idiotas. Pero no importa, donde sea que bailes, tienes que saber que eres la mejor. Te amo. Baran.*

Estuvo a punto de contestarle para decirle que idiota no llevaba *h*, pero antes de hacerlo, cerró el correo y buscó un diccionario de ruso en línea. Le costó mucho, pero por fin dio con una página que traducía las expresiones. Para no equivocarse, volvió a abrir el correo y copió la palabra. Pasaron los segundos más largos de su vida mientras el relojito daba vueltas y vueltas hasta que apareció la traducción.

Estuvo a punto de ponerse a gritar mientras viajaba en su mente a esa noche de noviembre, la primera vez que la llamó así, cuando lo sentía entrar en su cuerpo tan suave y delicadamente, cuando la poseía con tanta ternura, tan amorosamente. Le había dicho algo que sonaba como Tiko. Tiko *lyubov*. Buscó hasta que dio con una parecida. Significaba *tranquila*. Tranquila, amor.

Casi enloquecida abrió todos y cada uno de los correos que le enviara, tanto en las últimas semanas como en la Navidad pasada. De vez en cuando usaba alguna expresión que Francisca traducía inmediatamente. Todas y cada una de ellas eran palabras de amor. Incluso uno de los correos que nunca leyó porque ya iba camino a Francia estaba casi completamente escrito en ruso, y Francisca entendía por qué.

Al igual que cuando hablaba y no podía mantener la neutralidad en su acento hasta el punto que empezaba a hablar en ruso, cuando escribía terminaba dejando de lado el idioma que utilizaba y terminaba escribiendo en ruso. Por suerte, no lo hacía con el alfabeto cirílico. Eso sí la volvería loca.

Más.

Gruesas lágrimas empezaron a correr. Desesperada, las limpiaba, luchando con ella misma, tratando de recordar todo lo que le dijera, pero era imposible. Sin embargo, lo poco que recordaba hacía que su historia, que todo lo que le había dicho ese día en la oficina del teatro, cobrara veracidad.

Sin molestarse en apagar el computador, fue hasta su cama y se acostó, ya sin luchar contra las lágrimas, sino que dejándolas salir libres, uniendo algunos pocos gimoteos, uno que otro suspiro hasta que su llanto contenido se transformó en desesperado.

No supo cuánto rato estuvo así, hasta que sintió unas cariñosas manos tocarle suavemente el pelo. Se giró y descubrió a su padre sentado en el borde de la cama, se tiró sobre él, que la recibió acomodándola en sus piernas, meciéndola como cuando era una niña. La dejó llorar en su hombro sin intentar consolarla o que dejara de llorar. Eso era lo que más amaba de su padre. Nunca pedía explicaciones, esperaba pacientemente que llegaran solas.

Cuando el llanto empezó a remitir, Cristian acercó un vaso con agua a su boca. No había escuchado a su madre entrar y salir de la habitación, pero aceptó feliz su regalo. Cuando Francisca por fin estuvo tranquila, lo miró.

—Él me ama, papá. De verdad lo hace.

—Lo sé, cariño. Todos lo sabemos. Tú eres la única que no quiere reconocerlo.

—No entiendo, ¿por qué nunca me lo dijo? Es como si se avergonzara de mí o de los sentimientos que tiene.

—No sé, mi niña. Yo no lo conozco. Pero no creo que sea lo que tú piensas. Tienes que hablar con él. De verdad. Tienen que aclarar todo de una vez. Lo único que sé es que la vida es muy corta para andar perdiendo el tiempo con orgullos tontos.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

La energía contenida en el pequeño cuerpo de Francisca estaba a punto de estallar el lunes en la mañana cuando llegó al teatro. Dejó sus cosas en el camarín y salió a calentar. Baran no estaba por ninguna parte. Un rato después, Rosita les pidió un minuto de atención.

—Hoy vamos a trabajar solos, el director fue a Argentina junto con el señor Meneses para negociar unas presentaciones allá. Por favor, sigan con lo mismo mientras me preparo. Gracias.

Se acercó a Francisca y le entregó un sobre, diciéndole que el director le había pedido que se lo pasara. Francisca lo abrió temerosa, pero solo eran tres o cuatro recortes donde mencionaban la presentación del viernes. Lo guardó y rápidamente volvió a su posición.

El martes, el director y el gerente aún no llegaban, habiendo decidido a última hora agregar Perú a su itinerario. Francisca no podía más de la impaciencia. Quería gritar y exigir explicaciones.

Para el término de la jornada del miércoles, se sentía como una bomba a punto de explotar, por lo que decidió quedarse un rato más quemando algo de energía acumulada, juzgando que sería lo mejor. De lo contrario, probablemente terminaría matando a Baran cuando lo enfrentara. O haciendo algo incluso peor.

Puso música, su música, y empezó con un poco de *mueve tu trasero*, aunque nada le salía bien. No podía evitar que su mente vagara por sus recuerdos. En pocos minutos rio, lloró, bailó y fue amada y besada cientos de veces. El resultado inevitable del ejercicio fue que tenía aún más energía acumulada.

Se acercó a la radio pensando en irse, ya que no ganaba nada quedándose ahí. Se inclinó y la apagó. Sacó su disco y comenzó a alejarse, todo sin darse cuenta que era observada atentamente.

—¿No más *mueve tu trasero*? —preguntó Baran con su voz gruesa y de acento marcado—. Menos mal, estaba a punto de unirme yo.

—¿Cuándo se te va a quitar la maldita costumbre de espiarme? —increpó Francisca girándose para mirarlo.

Era tan extraño, ya casi no usaba negro para vestir. Como ese día, que usaba unos pantalones café claro con zapatos café oscuros y una camisa blanca de manga corta que revelaba que no usaba camiseta, como era su costumbre. Por supuesto, se dijo Francisca, las altas temperaturas de Santiago no son las que él acostumbra. Y su piel más bronceada que nunca lo demostraba.

—Nunca, *lyubov*, pensé que...

—Y esa maldita palabra de nuevo. ¡Eres un maldito mentiroso! ¡Hipócrita!

—¿Qué? Fran, no entiendo nada. —Se acercó a ella, mirándola con el ceño levemente fruncido.

—Eres un mentiroso —habló lento para que él entendiera bien—. Un hipócrita mentiroso.

—Voy a volver a entrar y empezaremos a conversar de nuevo, *lyubov*. No me entero de nada.

—No me digas *lyubov*, nunca más. —Francisca volvía a hablar rápido, gritando casi—. No quiero que me vuelvas a hablar en ruso. De hecho, no quiero que me vuelvas a hablar y punto.

—¿Sería mucha molestia que me explicaras qué maldita cosa te pasa, Francisca? —pidió Baran acercándose a ella, alto y temible, con su furia contenida.

—Me mentiste, eso pasa. —La muchacha levantó su cara para no perder detalle de los gestos del hombre, para no quedarse mirando su musculoso pecho—. Te lo pregunté directamente. Te pedí que me dijeras qué significaba esa maldita palabra, *lyubov*, me dijiste que no significaba nada, a propósito me enredaste hablando del sexo sin intimidad y de la intimidad sin sexo y después...

—Suficiente. —Baran levantó una mano—. ¿Me estás diciendo que estás enojada conmigo y me gritas como una verdulera porque no te dije que *lyubov* significa amor?

—¡Vaya! ¿Así que el maní que tienes adentro de eso que llamas cabeza sí funciona?

—Eres tan... —Baran sonrió—. No conozco ninguna palabra en español para describir...

—¡No te hagas el gracioso conmigo! ¡ME MENTISTE!

—No te mentí. Solo te oculté la verdad.

—Es lo mismo, ¡idiota!

—No es lo mismo. Y lo hice por ti, porque no quería hacerte cargar con mis sentimientos. Era evidente para mí que tú solo experimentabas conmigo, que por primera vez en tu vida te interesaba un hombre lo suficiente como para involucrarte con él. El problema es que yo ya te amaba, pero tampoco entrabas en mis planes del futuro, no porque no te quisiera ahí, sino porque creía que no era justo por mi parte hacerte cargar con un hombre mayor y defectuoso como yo.

—Eso no cambia nada, me mentiste.

—Te dije toda la verdad que pude en ese momento. Es cierto que es una palabra cariñosa para decirle a la mujer con la que uno está.

—Pero ¿por qué nunca...?

—Quise decírtelo después. En dos ocasiones de hecho. —Baran cortó de raíz la pregunta de Francisca, no solo con sus palabras, sino que también tomando sus muñecas, aprisionándolas con sus manos—. La primera fue ese domingo, al término de las vacaciones de primavera. Los mejores días de mi vida. Te tenía solo para mí, te cuidaba, te protegía. Era...

—Intimidación sin sexo. Lo entendí claramente —murmuró Francisca con su enojo aplacado por momentos.

—Exactamente. Intimidación sin sexo hasta que tú decidiste que estaba bien seducirme. ¡Como si lo necesitaras! Y aunque habíamos estado juntos



muchas veces, aunque en teoría lo comprendía, por primera vez yo sentía la diferencia entre tener sexo y hacer el amor. Y quise decírtelo, pero me sentía inseguro, no solo de ser correspondido, sino de qué nos traería el futuro. Yo quería estar contigo el mayor tiempo posible, para mí era lo único importante. Aceptaba que en algún momento la vida nos separaría, pero cuando eso pasara, yo tendría de ti todo lo que tú quisieras darme, y decirte en esos momentos que te amaba iba a acelerar el proceso si mi amor no era compartido.

—Y hubieras tenido razón —dijo Francisca poniéndose a la defensiva nuevamente.

—La segunda vez que intenté decirte que te amaba y no lo hice fue por tu intervención. Ya estaba decidido a retenerte, a pedirte que te casaras conmigo. Lo de Chicago estaba listo, faltaban nuestras firmas y que tú te graduaras. Entonces me dijiste lo más ofensivo que he escuchado en mi vida, y he escuchado cosas horribles. Me dijiste que querías saber, cuando recibieras tu diploma, que lo habías conseguido por ti y tus propios méritos, no porque yo te encontrara bonita y me gustara acostarme contigo.

—Aún quiero saberlo —dijo Francisca beligerante—. Me pregunto si me hubiera grad...

—¡Suficiente! —gritó Baran—. Voy a decirte lo mismo que te dije ese día, a ver si de una buena vez lo entiendes. Para mí no eres simplemente bonita, para mí eres la mujer más bella que habita esta maldita roca que llamamos Tierra. En términos que tú entiendas, prefiero una Francisca que mil Isabel. Y tu apariencia, tu belleza exterior, solo tiene rival en la interior. —Como siempre, a medida que hablaba más rápido iba adquiriendo más acento, hasta que tenía que luchar por seguir hablando en un idioma que le era tan ajeno—. No eres perfecta, no. Nadie lo es, pero para mí eres sencillamente asombrosa. Extraordinaria. Y amo tu cerebro, tu inteligencia, tu dulzura, tu lengua irreverente, tu ácido sentido de humor, amo cada tortuoso milímetro de ti. Incluso amo el hecho de que seas tan terriblemente intransigente, tan decidida a hacer todo como quieres, que me tienes aquí, a

tus pies, suplicándote que me ames y sigues sin dar tu brazo a torcer. Porque tú me amas, Fran. Lo sé. Me di cuenta hace unos días.

—¡Cállate! ¡No me hables, no quiero escuchar tus estúpidas teorías! — gritó Francisca tirando sus manos, acercándose más a él en el forcejeo.

—¡No son mis estúpidas teorías, Fran, es la verdad!

—¡Te dije que no quería que me hablaras! ¡Nunca más!

—Yo tampoco quiero hablar contigo, no hasta que entres en razón — susurró apretando los dientes, más enojado de lo que había estado en la vida —. Y tengo la manera perfecta de lograrlo.

Sin dilación, soltó una mano de la muchacha y tomó su cabeza, obligándola a inclinarla hasta posar su boca sobre la de ella, conquistando sus labios inmediatamente. Por uno o dos segundos, Francisca pensó en pegarle, gritar o hacer cualquier cosa para impedir que siguiera besándola, pero el roce de su lengua sobre los labios hizo que se olvidara de cualquier cosa que tuviera en su mente y solo pudo entregarse a la pasión furiosa que se había desatado.

Baran recorría su cuerpo con las manos, deteniéndose en los puntos sensibles que conocía tan bien, los que conseguían que Francisca lo deseara con locura y se entregara a él sin restricciones.

Se las arregló para sacar la camiseta, tirándola por sobre la cabeza de la muchacha. La tan molesta barrera del sostén desapareció un segundo después, dejando sus pechos libres para ser besados, acariciados. Reverenciados.

Gruñó cuando los pequeños dedos soltaron uno a uno los botones de su camisa, permitiendo que una suave brisa refrescara su enfebrecida piel. Pero pronto, al sentir su piel ardiendo contra la suya, supo que nada lo liberaría de la sensación ígnea que se apoderaba de él, nada sino la mujer que tenía en sus brazos y que lo besaba y acariciaba con igual pasión.

Bajó una mano, traspasando la tela que recubría la intimidad femenina, hasta que consiguió llegar a ella, acariciarla y sentir la profusa humedad que él ansiaba poseer.

Por un instante quiso detener la locura, no podía hacerle eso, no de nuevo. No podía volver a tomarla así, salvajemente, en un lugar público, donde cualquiera podría sorprenderlos. Pero su nombre, susurrado entre gemidos, lo catapultó a un mundo distinto de cualquiera habitado con anterioridad. En este nuevo mundo solo existía la necesidad de amarla hasta la saciedad, de impregnarse en ella, de grabarse en su piel y en sus sentidos. De impedir que ella pudiera una vez más descartarlo como un zapato viejo.

Y no podía más. Auténticamente no podía más. Era volver a respirar después de estar una hora sumergido en aguas heladas. Había pasado mucho tiempo desde esa lejana noche de junio cuando estuvo dentro de su hogar por última vez.

—Baran —susurraba Francisca entre gimoteos de necesidad—. Baran, por favor...

Como siempre, él no intentaba luchar contra la aberrante urgencia de complacerla. La odiaba y la amaba al mismo tiempo, por hacer con él lo que quisiera, por no hacer lo que él quería. Pero por una vez estaban de acuerdo y él llevó sus manos hasta el borde de la falda, metiendo los dedos bajo la fina calza que la cubría, pero el apuro y la torpeza le impedían conseguir lo que deseaba, no podía mover la ropa ni un milímetro, sus manos eran muy grandes, la prenda muy estrecha y de tanto batallar, escuchó un sonido aborrecido y ansiado. Una pequeña rasgadura en la tela que lo transportaba automáticamente al primer día que la tuvo entre sus brazos.

—No importa —decía Francisca, abriéndose paso en su conciencia a base de mazazos, como un explorador derrotaba a la selva que quería conquistar—. No importa, solo apúrate.

—Fran —murmuró él, mirándola por primera vez. Pero no la veía a ella, sino que se veía a él reflejado en la necesidad y el apuro de la muchacha.

—Te necesito —gimió Francisca en su oído, llenándolo de su calidez.

Baran apretó la tela entre sus dedos y tiró en direcciones opuestas, y esta se deshizo como si estuviera hecha de aire. Cuatro manos viajaron hasta su pantalón, abriendo botones y cierres, dejando de lado cualquier impedimento.

Francisca rodeó sus hombros con los brazos mientras él la besaba y acariciaba, empujándola contra la pared cercana. Cuando se sintió prisionera entre el hombre y el muro, gimió en protesta, pero sus gemidos fueron acallados por nuevos besos y ambas manos de Baran escurriéndose entre las piernas hasta que la levantó, dejándola expuesta, preparada para su posesión, que no tardó en llegar acompañada de la música más hermosa jamás compuesta. Un gemido de Francisca.

Baran se detuvo un momento, acomodándola a él, amoldándose a ella. La sostenía pasando los brazos por debajo de sus muslos. Era tan pequeña que sus largas extremidades rodeaban sus piernas y le permitía posar las manos sobre el delicioso y blanco trasero que lo volvía loco.

Francisca lo rodeaba con las piernas hasta apoyar los talones en el borde del pantalón, las manos en su espalda, entre la camisa y la piel. Baran se inclinó los pocos centímetros que necesitaba para conquistar su boca una vez más, llenándola de besos, llenando su cuerpo con el de él, gemidos y gruñidos acompasados al ritmo de las caderas masculinas que se fundían en ella.

—Fran, Dios Santo, te amo —musitó Baran en su oído, pegándose más aún a ella.

Francisca levantó su rostro hasta fijar su mirada en él, leyendo claramente la autenticidad de sus palabras. Él la amaba. Sí que lo hacía. Pero su corazón encadenado al pasado no podía responder como él quería, limitándola a pegar su boca a él, dándole lo único que tenía para entregarle, su cuerpo, su placer.

Baran rompió el beso en medio de un gemido. No podía aguantar más, necesitaba terminar, derramarse en ella una vez más, ser suyo, pertenecerle totalmente; apoderarse de ella, del más recóndito secreto de su piel.

—Fran, por favor —murmuró besando el punto donde latía su pulso—, dámelo, lo necesito.

Y ella entendió lo que le pedía, ella también ansiaba esa luz brillante, esa cálida explosión. La de ella, la de él. Ambos unidos una vez más. Una última vez.

Cerró los ojos cuando ardientes lágrimas los llenaban, aferrándose a la espalda masculina con toda la fuerza de sus brazos, con su corazón gritando de dolor dentro de su pecho, la garganta constreñida en la imposibilidad del totalitarismo de su mente, rogando en silencio que la dejara ir de una vez y para siempre, que la liberara de la tortura constante de su presencia, con cada uno de los músculos de su cuerpo cerrándose en torno a él, gritando también, ansiando el premio que llegó como un ladrón en la noche, sorprendiéndola, despojándola.

\*\*\*

—Bájame por favor —pidió Francisca muchos minutos después.

—Fran...

—Esto no cambia nada, Baran, al contrario, lo empeora —dijo Francisca sin mirarlo mientras él la deslizaba cuidadosamente.

—Franny, amor...

—No, Baran. No quiero hablar contigo, olvídate que esto pasó, yo ya lo hice. —Francisca trataba de arreglar su ropa de alguna manera.

—¿Cómo? —preguntó Baran calladamente—. ¿Cómo, Fran? Enséñame. Enséñame a olvidarte. No puedo vivir sin ti.

—Claro que puedes. Lo hiciste por más de treinta años.

—Fran, yo sé que tú me amas, no podrías hacer lo que acabamos...

—¿Piensas acaso que soy tan especial que no tengo necesidades físicas? ¿Que no deseo sentir un cuerpo cálido junto al mío? Más aún el tuyo, que me despertaste al mundo de los sentidos.

—Fran, si tú me aceptaras, yo...

—¿Qué tipo de persona sería entonces? Muchos dirían que una buena y noble, sabiendo como sé que nunca me voy a enamorar, perfectamente podría casarme contigo. Pero tantos otros diferirían. Podrían decir que hay solo interés de mi parte, teniendo en cuenta tu capacidad de convertirme en la

bailarina de fama mundial que siempre he deseado ser.

—No me importan los demás, solo tú.

—Entonces escúchame. Estoy exactamente donde tengo que estar y hago lo que...

—Ya pareces disco rayado, *lyubov*, ¿Cuándo vas a aceptar que me amas tanto como yo a ti?

—Déjame tranquila. Solo déjame tranquila.

—Nunca... ¡Maldición! —rebuscó en sus bolsillos hasta que encontró el teléfono que repiqueteaba. Miró la pantalla y cerró los ojos—. *Privet dorogaya sestra. Stradayut menya nemnogo* —dijo al aparato antes de volverse a Francisca—. Es Svetlana...

Pero Francisca ya había desaparecido.

\*\*\*

Jueves y viernes fueron para Francisca dos días sin nada en particular. Se levantaba temprano, se iba al teatro y calentaba por su cuenta hasta la llegada de Rosa. Luego ensayaban con Baran o quien estuviera a cargo de una pieza en particular. Al término de la jornada, se iba a su casa, se ponía el pijama y comía lo que su madre preparaba, para terminar el día encerrada en su dormitorio.

El sábado se levantó, salió a andar en bicicleta y pasó el resto del día en su habitación. Lo mismo hizo el domingo.

Cuando llegó el lunes al teatro, no la sorprendió encontrarse con un arreglo floral, regalo de Baran; después de todo, era el segundo lunes de noviembre. Un año y un día atrás se habían encontrado en las calles de París y habían pasado el resto del fin de semana juntos.

Esa semana transcurrió casi exactamente igual que la anterior, con una excepción. Baran había vuelto a su costumbre de acercarse a saludarla en la mañana y a despedirse en la tarde, abiertamente intentado hablar con ella, que

huía tan pronto fuera posible, incluso evadiendo su presencia.

Al llegar a casa, volvía a estar encerrada en su habitación a puerta cerrada. Incluso cenaba junto a su computador. Su madre estaba preocupada y se lo hizo saber. Francisca desestimó su preocupación alegando cansancio. Pero María José no cejó en sus intentos y traspasó sus quejas a Cristian, quien llegó a decirle a Francisca que si seguía así, iba a cortar la internet en la casa. La muchacha lo miró y le dijo que no importaba, que ya había llegado el momento de dejar la casa de sus padres. «Después de todo», agregó al ver la furia de su progenitor, «en mayo próximo cumpliré veinticinco años y ya estoy graduada y trabajando».

Cristian, haciendo gala de su paciencia sin límites, sonrió y le dijo que cuando cumpliera veinticinco años, él mismo la iba a ayudar a buscar un departamento. Sin agregar nada más, salió de la habitación de Francisca, dejándola en la soledad del sábado en la tarde, hasta la llegada de su hermana. «Lo más probable», se decía la muchacha mirando atenta la pantalla de su computador, «es que mamá o papá la reclutaran para hacerme salir de aquí. Tal vez ambos».

Por supuesto, tenía razón. Isabel trató de convencerla de ir a una fiesta con su prima, pero Francisca no quiso. Preocupada, su hermana le preguntó si estaba enojada con ella aún, pero la muchacha desestimó sus preocupaciones aclarándole que solo estaba cansada.

Noviembre casi tocaba su fin y Francisca seguía con el mismo ritmo, la misma sosa rutina: levantarse, desayunar, teatro y ensayo, casa y computador, acostarse. Sus amigas reclamaron, sus padres reclamaron, incluso enviaron a Juan, pero él fue totalmente honesto.

«No me importa lo que hagas», había dicho, «pero que venga mi jefe, su esposa, su hija mayor y la mejor amiga de ella a exigirme que consiga sacarte de la habitación es mucho, Franny, así que si no lo haces por ti, hazlo al menos para que el general deje de gritarme».

Así que el día siguiente, junto con la enorme mochila que llevaba siempre, Francisca llevó su computador, pensado en quedarse en algún rincón del

teatro.

Craso error. El espía que vino del frío (así pensaba en Baran últimamente) la descubrió cuando aún batallaba con la pésima conexión a internet que había conseguido.

—Buenas tardes, Franny —dijo el ruso entrando en la sala de ensayos donde Francisca estaba.

Francisca lo miró, cerró el *notebook*, lo guardó en el maletín, ordenó las pocas cosas que había sacado y se preparó para la batalla.

—Adiós, Baran. —Francisca se puso de pie sin aceptar la mano que el hombre le tendía.

—¿Cómo has estado? —preguntó Baran, apretando las manos, considerando que si ella ignoraba su ofrecimiento de ayuda, bien podía él ignorar su despedida.

—Maravillosamente hasta hace dos minutos —aclaró Francisca ácida.

—Curioso. —Baran sonrió—. Desde hace dos minutos que yo estoy maravillosamente. Fran, amor, ¿hasta cuándo nos vas a negar el ser felices juntos?

—¿Qué te hace pensar...?

—¿Por qué no me dejas invitarte a cenar? Me imagino que habrá en alguna parte de Santiago un restaurant con una vista bonita, por mucho que no sea la Torre Eiffel.

—No, gracias.

—En algún momento vamos a tener que hablar como dos adultos razonables, *lyubov*, o al menos como dos personas que tienen edad para ser adultos razonables. —Terminó, obviamente burlándose de ambos.

—No me digas *lyubov*. No soy tu amor, no soy tu nada.

—Eres mi todo. Franny, si no quieres ir a cenar, al menos vamos a tomar un café... o un helado, no sé cómo soportan este calor infernal.

—Baran, no tengo nada que decirte —dijo Francisca cansinamente—. Estoy más allá de mis fuerzas, por favor, déjame.



—Ya es hora, *lyubov*, ya es hora. Deja de lado tu orgullo, tu miedo, lo que sea que te impida reconocer que me amas. —Levantó su mano hasta que consiguió atrapar un mechón del cabello de Francisca—. Te entiendo, a mí también me costó, pero...

—No tengo problema en reconocer mis sentimientos... si los tuviera, lo que no es el caso.

—¿Qué me dices de lo que pasó el otro día? Fran, tú no podrías estar así conmigo, con ningún hombre, si no tuvieras sentimientos involucrados.

—Déjame decirte —replicó Francisca alejando de un manotazo el intento de Baran de acariciar su mejilla— que eres un excelente profesor.

—¿A qué viene eso? —preguntó Baran con el ceño fruncido.

—Me dijiste que existía la intimidad sin sexo y el sexo sin intimidad y me enseñaste lo primero. Ahora también me enseñaste lo segundo. Ese día, en esta misma sala de ensayo.

—No, Fran.

—Y yo te dije que no tengo sentimientos tan elevados. También soy capaz de buscar una satisfacción meramente física.

—No, Fran —repitió Baran con firmeza.

—Si te sirve de consuelo, no creo que pueda encontrar un hombre tan eficiente como tú...

—Fran, detente.

—En pocos minutos me enciendes y consigues que yo tenga un par de orgasmos espectaculares.

—¡Suficiente, Fran!

—Lo mismo digo.

—Fran, maldición. ¡No! ¡Aún tenemos que hablar!

Pero no le servía de nada gritar, Francisca ya había dejado muy atrás la sala, corriendo por el pasillo, hasta que la perdió de vista.

Estaba a punto de volverse loco. De verdad esta vez. Sabía que lo había pensado muchas veces, pero esta vez tenía razón. El férreo control sobre sí

mismo estaba a punto de desaparecer. Lo sabía. Lo había sabido el día que asumió que Isabel tenía razón. Francisca, Dios la bendiga, sí lo amaba, sí estaba enamorada de él.

No podía ser de otra manera, su preocupación por su salud al ayudarlo ese día con la crema. Sus palabras... «yo sí te quiero»... casi había muerto ahí mismo.

Y casi había muerto ahí mismo cuando agregó «pero no estoy enamorada de ti».

Pero no era solo eso. Aceptaba y guardaba cada uno de los ramos de flores que le enviaba. Sabía, intuía, que guardaba el álbum de fotos con sus recortes.

A pesar de que huía constantemente de su lado, pudo irse, esconderse en cualquier parte, pero no lo hacía. Tensa, esperaba todos los días que él la saludara y se despidiera en la tarde.

Y la otra tarde que la encontró... no había sido sexo sin intimidad, él lo sabía bien. Ella se lo había dicho, «te necesito». A él, a nadie más.

Pero si no cambiaba algo pronto, Baran no respondería de él mismo. Si Francisca no dejaba de jugar con él, si no era honesta respecto de sus sentimientos... probablemente empezaría la parte en que él, en vez de amarla, la odiaría.

Y lo condenaría nuevamente a la noche eterna.

\*\*\*

Algunos días después, Baran no se despidió en la sala de ensayos, sino que la estaba esperando a la salida del teatro. En cuanto lo vio, Francisca supo que despachar a los hombres temprano y dejar ir a las mujeres de a poco había sido una estrategia para encontrarse con ella a solas.

—Fran —dijo Baran acercándose a ella.

—Ya ha sido suficiente, Baran, por favor —masculló Francisca—. Estoy tan cansada. De todo, de ti, del teatro, de los ensayos. ¡No puedo más!

—Solo tú tienes el poder para terminar esto, Franny, yo no me rindo, no voy a ninguna parte.

—Tal vez tenga que ser yo quien se vaya entonces.

—¡NO! —gritó el ruso—. Tenemos que sentarnos y conversar calmadamente todo. Entiendo que aún estés molesta, pero, Fran... —Antes de decir cualquier otra cosa, captó un movimiento a espaldas de la muchacha—. Vamos a hablar, Francisca. Lo vamos a hacer, es una promesa.

—No.

—Sí. Aunque tenga que raptarte y usar las técnicas que supuestamente aprendí en la KGB. Pero ahora, tienes visita. —Terminó apretando las mandíbulas fuertemente.

—¿Cómo? —preguntó Francisca, agradecida y confundida.

—Que tienes visita. —Baran levantó una mano para apuntar sobre el hombro de Francisca.

La muchacha se dio la vuelta y vio al hombre que la esperaba. Dejó caer su bolso con un grito y bajó tres peldaños. El cuarto lo saltó para tirarse a los brazos que la esperaban abiertos.

—¡Tommy! —gritó feliz.

Thomas la tomó y dio un par de giros, haciendo volar las piernas de la muchacha, antes de bajarla y abrazarla fuertemente.

—¡Franny, princesa!

—¿Qué haces aquí? —le preguntó empujando su pecho con una mano, que luego levantó para acariciar su rostro y pelo.

—Estaba en Argentina por asuntos de la Compañía —explicó Thomas—, y no pude evitar decirle al piloto que atravesara la cordillera para venir a ver a mi mejor amiga.

—¿Cuánto tiempo te quedas? ¿Tienes hotel? No, quédate conmigo —siguió atropelladamente, sin dejarlo contestar—. Isa devolvió su cama, así que no hay problema.

—¿Seguro? —preguntó Thomas mirando por el rabillo la figura alta que

los vigilaba—. ¿Estás segura de que no hay problemas? ¿Qué hace él acá? Escuché rumores, pero no los creía. John tampoco, por eso cuando estuve en Londres antes de venir a Argentina, me sugirió que viniera a Chile a verte.

—¿Rumores? Dios, es peor de lo que yo pensaba.

—No te preocupes, nadie sabe de ti —dijo Thomas consolándola con una mano en su hombro—. Solo se habla de lo extraño que es. Tenía un contrato en Chicago y lo rechazó por aceptar uno en Chile. Los mal intencionados dicen que se equivocó cuando compró el pasaje y ya aquí, simplemente se quedó. Los rumores que siempre han circulado de él lo ayudan, ya que ahora dicen que cuando salió de Rusia lo hizo protegido por Estados Unidos y el gobierno militar chileno, que estaban confabulados para derrotar a los bolcheviques. Ya sabes, todo tipo de ridiculeces.

—Ay, Tom, ¿podemos irnos de aquí?

—Claro, Fran —dijo Thomas, recogió el bolso de la muchacha y la guió hasta el auto que los esperaba, con una mano apoyada en su espalda.

\*\*\*

Con las manos apretadas y el corazón adolorido, Baran se giró y volvió al teatro. «Por lo menos no es John», se dijo, «estar celoso de un hombre gay es lo más bajo que podría caer».

No podía, sin embargo, dejar de comparar la cálida acogida que había tenido Thomas con las peleas y los gritos que hasta ese momento había recibido de Francisca.

\*\*\*

Cristian y María José estaban felices de recibir en su casa a un amigo tan entrañable. La buena señora corrió a preparar la pieza de su hija mayor,

pensando con qué, de su escaso repertorio culinario, podía agasajar a Thomas. Él lo solucionó todo ofreciéndose a cocinar.

—Tú no cocinas —le dijo Francisca mirándolo atentamente—, aunque tampoco hablas español —agregó, riendo de los torpes intentos de Thomas de hablar con sus padres.

—Ahora hago ambas —Thomas hizo una mueca—, he pasado todo el tiempo posible en Miami y Julia no quiere ni escuchar hablar de un hotel ni aunque fuera de cinco estrellas. Así que entre ella y Lulú me enseñan a hablar español mientras cocinamos.

—¿Cómo está Teresa? —preguntó Francisca, viendo como su amigo tomaba los ingredientes que necesitaba del refrigerador y la despensa.

—Bien, me imagino.

—¿Te imaginas? —Francisca frunció el ceño.

—Sí, no he hablado con ella en dos semanas. No responde nunca el teléfono. Y no quiero llamar a Lulú, no puedo acosar a una niña pequeña, aunque ella desembucharía al tiro.

—¿Qué pasó, Tom?

—Terminó conmigo. —Detuvo el cuchillo que utilizaba a unos quince centímetros de la tabla de picar. Apretó el mango y después siguió trabajando—. ¿Podemos dejar la sesión informativa para después de la cena? —preguntó sin mirar a Francisca, a todas luces ocultándose de ella.

—Claro, Tommy. Voy a la ducha. —Se acercó a él, le dio un beso en la mejilla y salió en el mismo momento en que entraba su madre.

\*\*\*

Unas dos horas después, con la casa en silencio y los padres de Francisca en el segundo piso, los amigos se acomodaron en el sofá, ya no podían alargar más la espera y ambos ansiaban escuchar y ser escuchados.

—Fue por el motivo más estúpido de todos —contó Thomas—, incluso

John la llamó... cuando pudo dejar de reírse, claro... pero ahora Teresa no quiere hablar con él tampoco.

—¿Por qué?

—Le pedí que se casara conmigo. —Thomas se estiró en el sofá, apoyando la espalda en el respaldo y tirando la cabeza para atrás—. Dime, ¿le ponen algo al agua en la academia que hace que las mujeres nos rechacen?

—Pero Teresa te ama, lo sé.

—Yo también. Sin embargo, buscó la excusa más absurda para rechazarme.

—¿Cuál?

—Que no quería ser la primera integrante de la nueva generación de exmujeres Van der Meer.

—Ridículo —dijo Francisca incrédula—, si no te pareces en nada a tu papá.

—No, pero mi pasado me condena. Para ella siempre he sido el *puto gringo facilón* que se folla cualquier cosa con faldas.

—Pero en los últimos años solo has estado con ella. El primer año en la academia no estuviste con nadie. Y el segundo año empezaron a salir casi enseguida.

—De hecho, pasamos hasta las vacaciones de verano juntos. No todo el tiempo, pero para ese momento, Terry ya era mi mundo.

—Ay, Tom, lo siento.

—Deberías. —Thomas se giró nuevamente para mirarla—. No sé qué tanto la habrá influenciado todo lo que pasó contigo y el director.

—Eso sí que es absurdo. Mi situación es totalmente distinta.

—¿Qué hace él aquí entonces?

—Insiste en que me ama...

—Lo hace, estoy seguro. John me apoya.

—Dice que no hay un solo lugar en el mundo al que pueda ir sin que él me siga. Que no puede vivir sin mí incluso si yo no quiero estar con él. Que

adonde vaya, él va conmigo.

—Es exactamente lo que quiero hacer yo, perseguir a Teresa hasta que me acepte. Qué horror. No soy tan distinto al director al parecer.

—Lo de ustedes es totalmente diferente —dijo Francisca sin saber si molestarse o no. Muy en el fondo del corazón tenía que reconocer que le molestaba el comentario de Thomas. Aunque le doliera, aunque llevara meses siendo un incordio absoluto, para ella no era malo parecerse a Baran—. Teresa te ama, solo tiene miedo. Quiere algo como lo que tienen sus padres, no los tuyos.

—Pero yo no soy mi padre.

—Lo sé, tonto. —Se rio—. Nunca sería amiga de tu padre.

—Gracias. Creo. —Hizo una mueca—. No sé qué hacer. Estoy desesperado. Ella ni siquiera me habla. ¿Cómo voy a demostrarle que no soy mi padre si ni me habla, Franny?

—Con actos.

—¿Cómo?

—Es un poco complejo, porque te tiene que ver. —Se recostó en el respaldo del sofá y miró el techo por unos minutos—. Estoy segura de que a Isabel se le ocurriría algo, pero yo estoy en blanco.

—Pero ni le menciones a tu hermana. Hice demasiadas bromas tontas con ella antes de conocerla y después ya era muy tarde para retractarme.

—Tal vez es justo lo que necesita. Verte con Isabel o alguna otra mujer. O mujeres... mientras más mejor. —Sonrió—. Algo así como un príncipe en un harem, pero tú tienes ojos solo para ella.

—No es mal plan, pero ellas deberían estar advertidas, no sea que salga el tiro por la culata.

—Suena como un trabajo para el Quinteto. Estoy segura de que mis amigas te ayudarían. —Francisca se sentía tan aliviada que por una noche los problemas no fueran suyos que estaba alegre por primera vez en meses—. El verdadero desafío sería juntarlos a todos en un mismo lugar. Podría invitar a

Teresa a visitarme. Pero ¿con qué excusa?

—Tendría que ser algo bueno. —Thomas la miró atentamente—. Algo realmente bueno. Un evento único en la vida, algo que ella no quería perderse por nada en el mundo.

—Claro, claro, pero ¿qué?

—Yo sé algo que haría a Teresa venir hasta Chile en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué?

—Tu matrimonio. Si te casaras con el director, vendría caminando de ser necesario. Pero yo pondría mi avión a su disposición. Recogería a Johnny y a los amigos y familia de tu novio y...

—Muérdete la lengua, Thomas —dijo Francisca enojada, poniéndose de pie y comenzando a pasear por el living—. Te quiero, pero no a ese nivel.

—Fran, ¿hasta cuándo vas a seguir negando la verdad? Vamos, cariño, reconoce de una *puta* vez que amas al hombre y termina con su sufrimiento.

—Mira, Thomas...

—No, mira tú, María Francisca Soubllette *Iribaren*. —Thomas se puso de pie, tomó una mano de Francisca y la obligó a detener su paseo y mirarlo—. Hoy más que nunca entiendo qué pasa. También tienes miedo. Miedo de fracasar porque sientes que ya lo has hecho suficiente. Pero tú te reclusiste sola acá. He escuchado algunos rumores. ¿Es verdad que vinieron de Chicago a buscarte? —Francisca dio un paso atrás, asustada—. Por lo que escuché, están tan desesperados que te subieron la oferta económica. No eras exactamente lo que querían, pero después te vieron y se dieron cuenta de lo mucho que habían perdido. Para ellos ha sido desastroso. No solo te perdieron a ti, sino también al director. Apenas han conseguido hacer algo para la temporada. ¿Has considerado las cosas desde otro punto de vista? Fran, te quiero, te adoro, pero desde el comienzo esto me ha sonado más a una rabieta de una niña pequeña que a la decisión de una mujer adulta. Piénsalo bien, antes de que sea demasiado tarde y tires por la borda no solo tu carrera, sino también al hombre que amas. Y ya que estás, piensa esto



también: ¿Cuánto dura en realidad la carrera de un bailarín? ¿En la cima? ¿En nuestros días y con la feroz competencia? ¿Diez, quince años?

—No creo que entiendas...

—No, tienes razón. A ti no te entiendo. Pero a él... —Negó en silencio—. Me voy a acostar, Fran, antes de que diga algo de lo que pueda arrepentirme. Y si estás muy enojada conmigo, mañana me voy. —Se inclinó y depositó un suave beso en la frente de la muchacha—. No frunzas tanto el ceño, te vas a poner vieja muy pronto. Hasta mañana, Fran.

\*\*\*

A la mañana siguiente, Francisca se levantó muy temprano, como de costumbre. Una vez duchada y vestida, fue hasta el dormitorio que ocupaba Thomas.

—No estoy enojada —le dijo cuando vio que él también estaba vestido y arreglaba su bolso—. Hablé con Marisa, te va a mostrar un poco de Santiago mientras voy al teatro. Nos vemos a la tarde. Y ni se te ocurra pensar en irte antes del domingo en la noche. Este fin de semana eres mío.

—De acuerdo, Franny, nos vemos a la tarde.

Una vez que llegó al teatro, sin saber por qué, empezó a ponerse nerviosa. Casi sentía que tiritaba por dentro.

Estaba trabajando sola en un rincón cuando sintió una presencia a su espalda. Se giró para enfrentar a la persona, sabiendo quien sería.

—¿Cómo está Thomas? —preguntó Baran después de saludarla.

—Bien, gracias. Estuvimos conversando un rato anoche y...

—Qué bien. —Baran la interrumpió bruscamente—. Me alegro de que tus amigos vengan a verte, Francisca. Me imagino que te trajo noticias de los otros. ¿John y Teresa están bien?

—John sí, está teniendo una excelente temporada en Londres.

—¿Y Teresa?

Francisca dudó un poco antes de responderle. Ni podía ni quería mentirle. Y decirle la verdad era peligroso. A saber cómo se tomaría las noticias. Pero ella no tenía nada que ocultarle y, tal vez, saber qué pasaba con sus amigos serviría para que la dejara en paz de una vez y para siempre.

—La verdad es que Teresa y Thomas dejaron de verse.

—¿Por qué? —la pregunta llegó sin ninguna mala intención, solo con curiosidad.

—Él... él le pidió matrimonio y ella... bueno, ella lo rechazó.

Un par de segundos después, se arrepintió de su sinceridad. La intensidad y el dolor en la mirada de Baran eran terribles. Sus ojos se oscurecieron y su mandíbula se endureció. Con todos los músculos en tensión, Baran dio un paso atrás.

—Lo siento por él —dijo con su acento muy marcado—, sé bien por lo que está pasando. Por favor, dile... No te preocupes, no hay nada que ni yo ni nadie pueda decir para hacerlo sentir mejor.

Se giró y llamó al resto de los bailarines para comenzar el ensayo.

Fue un día duro para todos, pero no sería nada comparado con los días por venir.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Thomas pasó el fin de semana con Francisca en Santiago, conociendo y recorriendo. No volvieron a hablar de Teresa ni de Baran, ni de nada, en realidad, solo banalidades.

El domingo en la noche, Thomas volvió a Estados Unidos. No dejó que Francisca fuera con él al aeropuerto. Se despidieron tristes en la puerta de la casa.

—Nunca te olvides que te quiero y que estoy acá si me necesitas. — Francisca lo abrazó.

—Y tú nunca te olvides que eres como mi hermana y que te adoro — respondió Thomas con una sonrisa triste—. Y, por favor, perdóname si fui muy duro contigo.

—No hay nada que perdonar, Tom. Nada.

Se abrazaron una última vez. Thomas subió al auto y se perdió en la oscuridad de la noche.

El jueves después de la partida de su amigo, Francisca ensayaba al borde de las lágrimas.

El lunes había sido Francisca todo el día. Ya no más Fran o Franny por parte de Baran. Cada vez la miraba más frío y ya no se acercaba a ella para saludar o despedirse.

El martes era Soublette. El miércoles recibió un «si la primera bailarina nos concede un poco de atención» que provocó la risa de algunas muchachas y la extrañeza de otras.

Al comenzar el ensayo el jueves, cometió un pequeño error y le ganó la más dura reprimenda de la vida. Luego un «nenas» burlón a sus compañeros, le advirtió que lo peor había pasado.

El Señor Director estaba de vuelta. Y esta vez era de verdad.

Como pudo, siguió y siguió. Sin que nadie le dijera nada, sabía que estaba

cometiendo muchos errores y no podía hacer algo por arreglar su situación.

Cada vez que Baran pedía que pararan la música, los gritos en tres idiomas llegaban hasta los confines del teatro. Ya ni Connie y Kenny reían por los retos que le llegaban.

—¿Me puedes decir qué mierda te pasa? —le gritó de repente—. ¡Eres más liviana que una maldita almohada y ni así consigues que tu compañero te levante!

—Lo siento, señor —murmuró Francisca mirando el piso, incapaz de levantar la cabeza, incapaz de impedir que las lágrimas llenaran sus ojos.

Baran se acercó y siguió gritándole hasta hacer que las venas del cuello saltaran.

—¿No se suponía que ya te sabías este maldito baile? ¡Qué mierda tengo que hacer para meter algo de sentido en tu estúpida cabeza! ¡Falta una semana para el estreno! ¡Una maldita semana y no consigo de ustedes más que esta maldita actuación de aficionados!

—Señor, disculpe... —empezó a decir Sebastián, tratando de calmar los ánimos, pero fue como echar combustible al fuego.

—¿Por la mierda que llamas bailar? —le gritó Baran—. ¿No se supone que son profesionales? ¡Por qué no sacan eso que llaman cabeza de adentro de su culo y se comportan como adultos!

Como pudo, recurriendo hasta la última onza de voluntad y disciplina, Francisca respiró profundamente, se restregó los ojos y levantó la cara.

—Lo siento mucho, señor director, es todo culpa mía. —Exhaló suavemente, tratando de que nadie notara su dolor—. ¿Podemos volver a revisar esta parte?

Baran la miró fijamente por un rato, que a Francisca se le antojó eterno. Casi no podía sostener su mirada. De pronto se giró.

—Excepto Soublette y su compañerito, tienen el día libre. Váyanse ya. No quiero volver a verlos. Nos vamos a tomar cinco minutos. Y espero que esta vez hagan que valga la pena el desperdicio de mi tiempo.

Francisca salió corriendo al baño. Ni en el camino de ida ni en el de vuelta miró a sus compañeros. No estaba segura, pero le pareció captar algunas miradas de lástima.

Hasta sus oídos llegaron los susurros. «¿No se supone que estudió con él?». «¿Será siempre así?». «¿Cómo aguantó tanto?». «Si a mí me gritara así, me muero ahí mismo».

Francisca los ignoró a todos. Cuando Baran volvió al escenario central donde ensayaban, ya no quedaba nadie. Todos se habían apresurado para huir de la ira del director. En el centro del escenario, un apesadumbrado Sebastián y una orgullosa Francisca esperaban su retorno.

—Desde el comienzo —dijo Baran, y se quedó en el borde del escenario, con los brazos cruzados, observando ceñudo a la pareja.

Francisca estaba dispuesta a demostrar que seguía siendo la excepcional bailarina que se graduara de la academia unos meses antes. Nada le impediría dar lo mejor de sí. Ni siquiera la mirada de odio del hombre que había proclamado amarla más que a nada en el mundo.

Borró todo lo demás, todo lo vivido con él, las horas felices en sus brazos, los dulces besos con los que la despertaba, las caricias que la hacían estremecer, los días de soledad, la persecución implacable de la que había sido víctima. Borró todo, excepto el baile.

Lamentablemente, su compañero no estaba en sintonía con ella. Trataba de seguirla, pero los pasos se enredaban dentro de su cabeza y aunque le susurraba instrucciones, poco podía hacer. Ella sabía perfectamente cómo se sentía cuando ese maldito ruso de dos metros estaba furioso contigo.

—Por favor, paren esta tortura —pidió Baran casi susurrando.

Sebastián lo miró confundido. No tenía idea qué podría significar ese cambio en el director. Miró a Francisca, que no le devolvió la mirada. Tenía su propia tormenta con la que lidiar. Ella sabía lo que vendría a continuación. Y por cierto que no estaba preparada.

—Lo siento, director —dijo contrito—, me sabía esta pieza, no entiendo qué me pasa, no puedo acordarme de la secuencia. Lo siento mucho.

Baran cerró los ojos, apretó las manos y avanzó por el escenario.

—De acuerdo, quédese al borde y observe —pidió.

Se acercó a Francisca y la miró profundamente. Cuadró la mandíbula, se puso al lado de la muchacha y posó una mano en la cintura femenina.

—En cuatro, tres, dos, uno...

Y para Francisca fue retroceder en el tiempo. Una vez más estaban en la sala de ensayo de la academia y solo eran ellos dos una tarde cualquiera. Era el fuego puro y el gozo absoluto de hacer lo que más amaba en el mundo.

Bailar. Bailar con Baran. Estar con él, sentir las manos masculinas recorriendo su cuerpo, levantándola, impulsándola, apoyándola contra él. Leyendo cada uno de sus gestos, entregándose a él, siendo un solo cuerpo, una sola alma.

En un momento dado, se miraron de reojo, justo antes de tener que estar cara a cara. Francisca rápidamente se volvió, sin conseguir que Baran no viera sus lágrimas y el sentimiento puro que manifestaba en su rostro.

Se alejó un par de pasos, pero algo en él cambió y Francisca lo notó. Lo supo antes de que ocurriera. Baran había perdido la concentración y se aprestaba a hacer un salto.

La muchacha se quedó estática un momento y antes de poder advertirlo, Baran volaba. Pero en el descenso movió una pierna antes de tiempo, lo que cambió su trayectoria y cayó con un golpe sordo sobre las tablas.

Por unos segundos eternos, sin poder moverse aún, Francisca lo vio en el suelo, con una palidez de muerte en su rostro. Un pequeño hilo de sangre corría por su camisa y su cuerpo grande y hermoso lucía destruido.

—¡NOOOOO! —gritó Francisca corriendo a su lado—. No, por favor, no. No, no puede ser, no, no.

—Fran, ¿qué pasó? —preguntó Sebastián acercándose a Baran corriendo, preocupado.

—¡No lo toques! —gritó Francisca en el segundo preciso—. No lo toques, puede tener una fractura.

—No fue una caída tan alta, Fran.

—Anda a llamar a una ambulancia, por favor. —Se inclinó junto a Baran y dio la instrucción sin apartar la mirada.

—Sí, es lo mejor. Parece que el golpe en la cabeza es serio. —Corrió por el escenario para dirigirse a las oficinas.

Con mucha suavidad, Francisca pasó su mano por la frente helada del hombre. Llegó a su cuello y comprobó el pulso débil y errático. Con gran ternura acarició la mejilla con una mano que apenas conseguía contemplar con su borrosa visión.

—Baran —susurró—, por favor, abre los ojos. Por mí, por tu Pequeña Fran. Abre esos preciosos ojos azules que son mi cielo. Mírame, Baran, por favor. Mírame.

Aun sabiendo que podía causarle más daño, no pudo evitarlo y apoyó la cabeza sobre el pecho que había sido tantas veces su refugio en el pasado. Y dio riendas sueltas a su llanto.

—Lo siento —susurraba—, lo siento tanto. Por favor, que no sea demasiado tarde, por favor. Dios, por favor, no permitas que esto pase. No.

Se levantó y acercó la boca al oído de Baran, dejando un reguero de besos en el camino.

—Baran, escúchame, por favor, escúchame. Te amo. Es verdad, te amo, siempre te he amado. Lo siento, he sido una niña caprichosa y te he dañado. Tienes razón, siempre la tuviste. ¿Qué importa que no pueda ser la gran bailarina que siempre soñé? Nunca soñé contigo, pero ahora no puedo vivir sin ti. Por favor, tienes que estar bien.

—Francisca.

La muchacha se irguió para ver a Sebastián, que había vuelto sin que ella lo escuchara.

—La ambulancia viene en camino.

—Gracias, Sebastián.

—¿Qué pasa?

—Soy una tonta, eso pasa.

—Pero... él... tú...

—Sebastián, adentro de mi mochila, en el bolsillo interno, hay una caja. Tráemela, por favor.

Sebastián volvió sobre sus pasos y se perdió en el camino a los camarines. Francisca acariciaba el pelo de Baran, rezando, rogándole a cada santo que recordaba que la ayudaran, que intercedieran por él, por ella. Suplicando por una segunda oportunidad.

—Esta vez voy a hacer bien las cosas, lo prometo. Los años de carrera que me queden, no importa cuántos sean. A tu lado voy a brillar, Baran, lo sé —murmuraba como una letanía, mientras acariciaba parsimoniosamente el cabello del hombre—. Eres tan inteligente, el mejor director del mundo, tengo suerte de que quieras dirigirme a mí. Soy la mujer más afortunada que existe, Baran, porque tú me amas. Siento tanto el tiempo perdido. Quiero tener un hijo tuyo, no importa cuánto nos cueste. Ya me lo imagino, un precioso niño con tus ojos azules. Se va a llamar Dimitri, lo tengo decidido. Baran, por favor, abre los ojos para mí.

Pasos rápidos, urgentes, la hicieron apartar la mirada del hombre que amaba. Rogaba que fuera la ambulancia, pero era Sebastián con su mochila.

—Fran, lo siento —dijo al llegar junto a ella—, no puedo encontrar nada, tienes muchas cosas.

—No te preocupes, Sebastián —respondió ella tranquila, como si no se estuviera jugando su vida en esos instantes—, ayúdame, volquemos todo en el piso.

Sebastián abrió los broches y cierres y vertió el contenido de la mochila en el piso. Maquillaje, celular, peinetas, elásticos y trabas para el pelo, zapatillas de repuesto, botellas de agua. Una pequeña caja burdeos salió rodando, expulsada con fuerza del interior del bolso.

—Ahí está, ¿ves? —Francisca la tomó y sacó su contenido.

—¡Es precioso! —exclamó Sebastián cuando vio el pequeño anillo—. ¿De dónde lo sacaste?



—Baran lo mandó a hacer para mí —dijo Francisca con una nueva lágrima rodándole por la mejilla—. En Francia, cuando aún vivía allá.

—No entiendo.

—Es mi anillo de compromiso. —Una luz interior hacía brillar sus ojos, recordando todo lo vivido—. Vamos a casarnos, vas a ver.

—Me dijiste que él era el director, pero nunca me dijiste...

—Lo amo, Sebastián. Y él me ama. Solo que fui muy tonta, muy orgullosa para aceptar lo que me ofrecía. Y he sido miserable cada segundo desde que salí de su oficina. Ya no más. —Se puso el anillo y se acercó nuevamente al ruso—. ¿Ves esto, amor mío? Es tu anillo. Si aún me quieres, soy tuya. No, de hecho, soy tuya me quieras o no. No hay un lugar en el mundo donde puedas ir para esconderte de mí, te voy a seguir a dónde quieras ir, Baran, ¿me escuchas?

Cada momento que pasaba sin que Baran abriera sus ojos parecían eternos. Los segundos eran horas; los minutos, días. Francisca miraba el rostro de Baran y la salida del escenario. ¿Dónde estaba la ambulancia? ¿Dónde?

—¿Qué dijeron? —preguntó de pronto—. De la ambulancia, ¿cuánto más hay que esperar?

—Fran, no han pasado ni cinco minutos, el hospital más cercano está a unos quince minutos de acá. Y con el tránsito de esta hora...

—Debiste llamar un helicóptero —replicó Francisca molesta.

—Fran, el teatro no tiene helip...

—Mi hermana. —De pronto, una ola de alivio recorrió su cuerpo—. Llama a Isabel, ahí está mi celular, ella lo va a arreglar todo.

Sebastián tomó el teléfono y buscó el número de Isabel. Un par de segundos después, entendió la confianza de Francisca en que su hermana lo solucionaría todo.

—No —dijo al aparato—, soy Sebastián, Isa. Hubo un accidente en... no, Fran está bien, es el direc... De acuerdo yo le digo. —Cerró el celular y se inclinó para guardar todo dentro de la mochila—. Isabel dice que en cinco

minutos está acá.

—¿Escuchaste eso, Baran? —No había alejado la mirada del ruso ni un segundo mientras hablaba con Sebastián y esperaba la respuesta de su hermana—. Marisa estará acá en cinco minutos. Te apuesto que llega antes que la ambulancia. ¿Cuánto ha pasado...? —Miró a su amigo—. No importa. Pásame un pañuelo.

Acercó una vez más su mano hasta el cuello de Baran, buscando su pulso que ya no era tan errático pero si le pareció menos fuerte. Tomó el pañuelo que Sebastián le ofrecía y limpió la sangre de sus manos y del cuello de Baran. Con alivio notó que ya no emanaba y la herida no era tan grande como había creído al comienzo. Tratando de tener en cuenta hasta su último conocimiento de anatomía, recorrió el cuello, los hombros, cada hueso que podía. Si no se equivocaba, solo el hombro y la clavícula parecían fuera de lugar, no sabía si facturada o qué, pero era lo único que percibía mal.

Cerró los ojos y dijo una pequeña plegaria de agradecimiento. Y comenzó nuevamente con sus ruegos para que el hombre que amaba estuviera bien, para que nada le pasara, para que pudieran vivir su vida y ser felices por siempre jamás como había dicho Lulú el día de su graduación.

—Abre los ojos, amor mío —susurró una vez más—. Abre los ojos, príncipe de mi corazón.

A pesar de sus ruegos y constantes súplicas, no pasaba nada. Lo único que la mantenía en una pieza era la suave respiración que agitaba el pecho masculino. «Bien», pensó, «tiempos desesperados requieren medidas desesperadas. Te voy a contar mi último secreto, Baran».

—Abre los ojos, amor mío —repitió acercándose todo lo que pudo—, *otkroy glaza, moya lyubov'*. Te amo, Baran. *YA lyublyu tebya, Baran*. —Con mucho cuidado pasó la mano por debajo de la cabeza y la levantó apenas un poco, solo para rozar sus labios con los de ella, exhalando sobre él, sobre su rostro, mezclando una vez más sus alientos, respirando para él—. Vamos a casarnos y vamos a ser muy felices juntos. Vamos a ser tan felices, Baran, querido... *dorogaya*.

Seguía hablándole cosas sueltas, sobre su amor y la vida que tendrían, dónde vivirían y cuántos hijos tendrían, mientras ella internamente seguía rezando, rogando, negociando y hasta amenazando.

Un pequeño ruido, que venía de tan lejos de donde estaba su mente que ya vivía el dorado futuro, le advirtió que algo cambiaba. Volvió al presente, abrió sus propios ojos para fijarlos en el nublado mirar azul.

—Estoy muerto, ¿verdad? —preguntó la voz rasposa y desarticulada de Baran—, tengo que estarlo. Veo a mi Pequeña Fran llorando y hablándome en ruso. No es tan buen ruso, pero podemos hacer algo. Dime, ¿eres ángel o demonio?

—Solo soy una mujer. La mujer que te ama —dijo Francisca suprimiendo el llanto.

—Entonces sí estoy muerto. —El fantasma de una sonrisa se dibujó en su rostro—. Una prueba... Franny, *dorogaya* es para ti, es lo que yo te digo a ti. *Dorogoy* es para mí... ya sabes, nena-nene.

—¿En serio? ¿Justo en este momento, lo único que se te ocurre es corregirme? —preguntó Francisca con el ceño fruncido

—Bien, creo que me salvé... esa sí es mi Pequeña Fran... *YA lyublyu tebya vsem serdtsem, Malen'kiy Fran* —susurró con voz profunda y amante.

—Me amas, lo sé. —Francisca le sonrió, y su sonrisa llegó directo al corazón medio muerto que habitaba dentro del pecho del ruso.

—Te amo con todo el corazón, Pequeña Fran —repitió cuando intentaba levantar una mano para acariciar la mejilla de Francisca, pero un agudo dolor se lo impidió.

—Tranquilo. —La muchacha apoyó blandamente una mano en su brazo—. La caída no fue tan grande, creo que tienes fracturada la clavícula y algún otro hueso en el hombro. Te golpeaste la cabeza y te hiciste un corte, pero me parece que nada más.

—Eso es bueno. —Baran asintió con un breve movimiento—. Tengo que ir a un hospital, ver a un traumatólogo.

—No te preocupes, Marisa viene en camino.

—No soy un auto viejo para que tu hermana me arregle, Fran —dijo Baran, con la sonrisa más definida y una pizca de ironía en la voz.

—Claro que sí. Ahora eres un Lada viejo, pero cuando los Soublette terminemos contigo, serás un Ferrari recién salido de la fábrica.

—Recién he empezado con los Soublette.

—Y tenemos toda una vida por delante.

\*\*\*

La ambulancia le ganó a Isabel por unos pocos minutos. Francisca habló brevemente con los paramédicos para explicarles de la enfermedad de Baran y después fue arrastrada por su hermana para no perder de vista el vehículo de urgencia.

En el hospital, se sintió más impotente que nunca, sentada en el piso con la cabeza apoyada en las piernas de Isabel. A veces pasaba una enfermera o un médico, pero nadie le decía nada. También escuchaba a su hermana hablar, suponía que por el teléfono móvil, pero no registraba ninguna de sus palabras, hasta que comprendió que llamaba a todos porque de a poco fueron apareciendo sus amigas y familia.

Su padre la tomó en brazos y la sentó junto a él para dejar a Isabel libre y que pudiera hacer las averiguaciones pertinentes acompañada de Adriana.

No supo cuánto rato pasó hasta que un médico por fin se dignó a dirigirse a ellos. Tenía miedo de que no quisiera decirle nada, ya que no tenía un vínculo legal con Baran, pero la suerte estaba de su parte.

El médico recordaba perfectamente a la atenta y maternal enfermera, María José, que le dio una taza de té y un poco de consuelo el día que él, siendo un médico recién llegado, había perdido un paciente por primera vez.

Su madre le explicó que Baran no tenía más familia en Chile que ellos, ya que estaba comprometido en matrimonio con su hija.

—¿El ángel o la marimacha? —preguntó el galeno.

—Sería el ángel —respondió Isabel riendo—, porque la marimacha soy yo.

Riendo, el médico miró la cara congestionada de Francisca y le ofreció un pañuelo. Le pidió que no se preocupara, que había tenido que operar a Baran para reconstruir la clavícula y volver a colocar el hombro, aunque sin mayores daños. Francisca suspiró aliviada y después preguntó por el resto del brazo.

—Me alegro que le advirtiera a los paramédicos de la enfermedad de su novio —dijo el doctor—, de lo contrario habría pasado un buen susto al ver tanta varilla junta. ¿Cuántas veces se ha fracturado la muñeca? No se preocupe, ya hablaré con él —dijo cuando vio la duda en Francisca—. Una enfermera vendrá a buscarla cuando pueda entrar a verlo.

Los días siguientes fueron una vorágine de visitas en la habitación de Baran. Las amigas y familia de Francisca se turnaban para acompañarlos y aprovechaban de conversar y conocerlo. María José se nombró a sí misma encargada de la habitación y no dejaba que entraran muchas personas para no perturbar el descanso de su nuevo hijo.

Baran se emocionó la primera vez que ella lo llamó así y la dejaba corregir su vocabulario y pronunciación bajo la atenta y burlona mirada de Cristian, que le confesó lo afortunado que se sentía en ese momento por no haber tenido que lidiar con una suegra. Baran lo miró, le sonrió y le habló muy despacio.

—Y no sabe lo feliz que estoy yo por tener que hacerlo. —Cristian sonrió conspirador—. Del suegro, ya veremos —agregó Baran, provocando una risotada en el hombre.

Francisca no se separaba de su lado más que para ir al baño y en la noche, cuando Baran tenía que echarla de la habitación para conseguir que se fuera a casa.

A pesar de todo, de las circunstancias que pudieron haber sido mucho peores, Francisca lo consideró como el mejor fin de semana de su vida.

\*\*\*

—Te digo que no, Francisca, no pienso esperar ni un día más. ¡Hasta cuándo! —gritó Baran, frustrado y molesto, sin poder moverse de su cama.

—¡Eres como un oso siberiano, Baran! —replicó Francisca paseándose por la habitación del hospital—. ¡Enorme y gruñón!

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó una risueña voz femenina, provocando que ambos miraran la puerta.

Con una sonrisa de medio lado, apoyada en el marco de la puerta y con los brazos cruzados sobre el pecho, Isabel se burlaba de la pareja que discutía sin considerar que estaban en un hospital.

—¡Por fin! —dijo Baran—. Alguien que pueda meter sentido común en la cabeza de Francisca.

—Yo diría, por fin alguien que te va a explicar con mil razones por qué estás equivocado —refutó Francisca acercándose a su hermana—. ¿Podrías decirle que es absolutamente ridículo considerar que nos vamos a casar a más tardar este viernes?

—¿Podrías decirle a esta loca que si no me hubiera hecho esperar, ya estaríamos casados?

Riendo, Isabel se acercó a la cama, con gentileza rozó el brazo bueno de Baran y lo saludó. Se sacó el celular y las llaves del bolsillo trasero del pantalón, tiró todo al velador y se sentó en la silla.

—Explíquenme por qué pelean y después lo arreglo.

—Tu hermana está loca si piensa que voy a seguir esperando. Apenas me den el alta, nos vamos a casar, por mientras puede ir avanzando en los papeles. No sé si tengo que ir a la embajada francesa, si nos podemos casar en la Oficina Civil o qué.

—Se llama Registro Civil —lo corrigió Francisca—, y vamos a cumplir ese trámite, pero la verdadera boda va a ser en una iglesia, con un sacerdote y un vestido blanco hecho especialmente para mí. No lo vamos a hacer a la

rápida, como si fuéramos culpables de algo...

—Podemos hacerlo así más adelante, pero antes del viernes vamos a ser legalmente marido y mujer. Es lo bueno de casarnos en Chile.

—¡No, Baran, métetelo en esa cosa que llamas cabeza! —Francisca nuevamente gritaba—. Vamos a esperar al próximo verano, vamos a hacer una fiesta enorme...

—Yo no te digo que no vamos a hacer esas cosas. —Baran levantó su mano buena para hacerla callar—. Solo te digo que vamos a casarnos por el civil ahora y después haremos todo lo demás.

—No pienso casarme sin nuestros amigos presentes —siguió Francisca, ignorando lo que él le decía—. Teresa está en Asia; Malik, en África; John y Pietro, en Europa, y Thomas...

—¿Y no podemos contar con los inapreciables servicios de Tommy Van para eso acaso? —preguntó Baran empezando a subir el tono de su voz nuevamente—. Solo tienes que levantar el teléfono y dos días después él los tiene a todos acá.

—Tommy no contesta el teléfono —aportó Isabel—. Yo misma llamé a Anjelica. Dice que Tom se encerró en un monasterio de monjes tibetanos en California y va a estar incomunicado por al menos quince días. O sea, unos nueve más.

—¿Ves? —Francisca levantó su mentón—. No pienso casarme sin Tommy y el resto acá.

—Dos semanas, es todo lo que te doy —dijo Baran cuadrando el mentón—. Ni un día más.

—Y antes de casarnos tenemos que comprar una casa. Y tú tienes que estar bien, porque vas a cruzar el portal conmigo en brazos. Y vamos a ir a Rusia a ver a tus papás y vamos a solucionar todo con ellos —Francisca hablaba y hablaba sin ver el gesto molesto de Baran ante lo último, porque recorría la habitación una vez más—. Ah, y te voy a devolver el anillo, me vas a invitar a cenar y me vas a proponer matrimonio como corresponde, con champán y velas, y después vas a ir a hablar con mi papá y vas a pedir su

bendición para casarte conmigo.

—No pienso ir a Rusia, no he vuelto en más de una década y no voy a hacerlo. —Baran ignoró todo lo demás que Francisca decía—. Yo no tengo más familia que tú, así que...

—Entonces, cuando lleguen, ¿les vas a negar a nuestros hijos conocer a sus abuelos y tíos? —Francisca detuvo su andar y lo miró fijamente con las manos en las caderas—. ¿Y quién va a estar contigo esperado junto al altar?

—Isabel —respondió Baran de inmediato—, tu mamá, Teresa, Claudette, Lulú, la que quieras.

—Quiero a tu mamá. Lo mínimo que voy...

—¡Francisca, para de una vez!

—¡No, tú para de una vez!

—Sería mejor que los dos pararan de discutir o me voy a ver en la obligación de pedirles que se vayan, señoras. —Una voz desconocida interrumpió la discusión. Una enfermera, que tendría una cosa o dos que enseñarle a los encargados del Gulag, los miraba severa y temible.

—Yo me tengo que ir de todas maneras. —Francisca tomó la mochila que estaba a los pies de la cama—. No sé qué va a pasar en el teatro, el viernes no ensayamos. No te preocupes —le dijo a Baran después de besarlo—, pedí una cámara, y un tramoyista nos va a grabar para que puedas verlo. Rosita se encarga del ensayo. Isa, hazlo entender que no podemos casarnos antes del próximo verano. Gracias... Ah, y acompáñalo un rato, por favor, ya vendrán a buscarlo para el examen.

—Claro. —Isabel aceptó tranquila—. Ayer dejé tres autos, nada más, hoy no me necesitan.

—Gracias —dijo Francisca, besó nuevamente a Baran y arregló su pelo—. Pórtate bien, tú. Eres un pésimo paciente.

—Pero seré un excelente esposo apenas nos casemos, en dos semanas más.

—Sigue soñando.

—Llevo casi tres años soñando contigo, Franny.



Por toda respuesta, Francisca lo besó y murmuró algo que solo él escuchó, haciéndolo sonreír, con sus ojos brillando como el cielo del verano. A continuación, salió de la habitación despidiéndose de la enfermera con una inclinación de cabeza. La mujer también abandonó la habitación después de advertirle a Isabel que no podía levantar la voz o tendría que irse.

—Bien, Romeo —dijo Isabel sonriéndole a Baran—, por fin tenemos unos minutos a solas. Estarás feliz, me imagino.

—Mucho. Excepto que la testaruda de tu hermana no quiere hacerme caso ni una vez.

—No le hace caso a papá te va a hacer caso a ti. —Isabel se rio—. Lo siento, cuñado, pero vas a tener que armarte de paciencia.

—Ya casi ni me queda, Isa... ¿No sabes acaso que estuve gritándole toda la semana pasada?

—¿Y piensas que porque eso te resultó, ahora va a ser lo mismo? Imposible. Está absolutamente decidida a preparar todo a lo grande.

—No me molesta.

—Y a hacerlo bien. No va a ceder ni un ápice en eso. Lo prometió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Baran recostándose cómodamente sobre sus almohadas.

—Bueno, es algo de cuando era niña. Mi abuela y mamá la llevaban a la iglesia...

—¿A ti no?

—¿Yo, en misa? Me pondría a blasfemar diez veces antes del Padre Nuestro... yo iba al estadio con papá, es lo que los hijos hombres hacemos.

—Estás muy loca, Isabel, ya quiero conocer al hombre que te centre.

—Yo soy una mujer muy centrada. Quiero conocer un hombre que me vuelva loca. —Baran rio y esperó tranquilamente que Isabel siguiera—. La cosa es, cuñado querido, que la abuela siempre la llevaba a misa y tenía la costumbre de hablar de las niñas que se casaban de blanco sin merecerlo. Después nos decía que nosotras no podíamos hacer eso. Me miraba a mí, casi

desesperada, y después miraba a Fran y le acariciaba la cabeza. Era obvio en cual nieta cifraba sus esperanzas.

—¿Qué tiene que ver? Fran ya no...

—Lo sé. Pero pasa que el día del accidente se puso a rezar todo lo que se acordó y pensaba constantemente en la abuela. Por lo que dijo, le pidió a la abuela que la ayudara. Dice que le prometió que si tú salías de esta, ella iba a hacer todo bien, tal como ella quería, lo que incluye...

—La proposición, la bendición de tu papá, los meses de espera sin f... — Carraspeó—. Es decir, impaciente porque llegue la luna de miel, la casa, el umbral, el vestido blanco, el avemaría y el sacerdote.

—Dijo que le había dicho a la abuela que en realidad sí se merecía el blanco, porque tú... bueno... eres el primero y vas a ser el único, que solo era una transposición en la cronología. Pero que a contar de este momento iba a ser una buena mujer, buena vecina, madre, etcétera.

—Insisto, no tengo ningún problema en pasar por todo eso. Nunca he sido una persona religiosa... Fran es mi única religión...

—Ohhh... —Isabel llevó una mano sobre su boca y suspiró.

—Pero, Isa, no puedo esperar un año.

—¿Cuánto es lo más que puedes esperar? Espero que tres o cuatro meses... Con Adriana y Pamela podemos hacer todo rápidamente. Y Lorena pasó todo el fin de semana dibujando, solo falta la aprobación de Franny y se pone a coser.

—¡Tres o... no, ni loco! —exclamó irguiéndose en la cama—. Un mes, ni un día más.

—Shhh... no quiero que me eche la enfermera. Baran, sé razonable, ya has esperado tanto. ¿Realmente vas a ponerte quisquilloso con esto? ¿Qué son un par de meses comparado con el resto de tu vida?

—Está bien, cuatro meses, ni un día más.

—Oka. Entonces a más tardar la primera semana de abril. —De la chaqueta de verano que Isabel llevaba sacó una libreta y un lápiz y se puso a

hacer un nuevo plan maestro—. Yo voy a conseguir eso, no te preocupes..., pero necesito que me des algo para negociar...

La sombra de una duda se extendía en la voz de Isabel, advirtiéndole a Baran que no tendría elección, entre ambas hermanas lo forzarían a hacer lo que sabía que tenía que hacer pero no quería.

—Cuando hables con Francisca —Baran miraba fijamente la sábana que lo cubría—, dile que me traiga el teléfono móvil o el *notebook* del departamento. Ahí tengo los datos de contacto de Svetlana, mi hermana pequeña.

—Svetlana Vinográdov. —Anotó Isabel en la libreta—. Voy a ver si lo consigo por otros medios, para que la sorpresa de Francisca sea total.

—Vinográdova —dijo Baran después de exhalar y levantar la vista—. El nombre de mi hermana es Svetlana Vinográdova. Estudia med...

—¿Tienen apellidos distintos?

—No, Isa, pero ella es mujer.

—¿Ya, y eso qué?

—La mayoría de los apellidos rusos cambian al traspasárselo a la hija, agregando una vocal al final. Y usamos nombre patronímico, creo que se dice así en español. Su nombre completo es Svetlana Pávlovna Vinográdova, literalmente Svetlana hija de Pável Vinográdov. Mi nombre completo es Baran Pávlovich Vinográdov, pero no uso el Pávlovich, excepto legalmente.

—¿Eso quiere decir que si mi Dimitri es una... digamos, Anastasia, se llamaría Anastasia Vinográdova Soublette?

—Vas a tener que explicarme eso de Dimitri, Fran también lo mencionó el otro día —pidió Baran—, pero no me importa tanto como terminar con la lista, así que sigamos, por favor.

—No puedo seguir si no me respondes.

—¡Soublette! —exclamó más que un poco molesto, pero como quería seguir rápido y la mujer era hermana de Francisca, prefería responderle que meterse en otra eterna discusión—. De acuerdo, pero si de una gran duquesa

hablamos, yo prefiero Olga, por lo que una hija mía en Rusia sería Olga Baranovna Vinográdova, sin el Soublette. Dos puntos para Chile, acá no es necesario cambiar mi apellido y el de ustedes también va.

—Vale. Ahora, lo de Dimitri...

—Ahora, sigamos —dijo Baran con firmeza absoluta, el mentón perfectamente cuadrado—, vamos a terminar antes de que vengan a buscarme para los exámenes.

—De acuerdo. —Isabel sonrió cuando vio al *señor director* asomándose—. Estoy segura de que papá va a querer pagar hasta por la última extravagancia que se le ocurra a Fran para el matrimonio, y Pame ya tiene un par de locales vistos con algo de disponibilidad en los próximos meses y montones de ideas respecto a la decoración, los recuerdos, la comida y todo, en realidad. ¿Tienes tú alguna sugerencia o solicitud? ¿Servir *bursh*, por ejemplo? ¿Usar algún tipo específico de flor?

—*Borscht* —corrigió—, pero me da lo mismo. Lo que Francisca quiera está bien. A mí me interesa el certificado de matrimonio que diga que ella es mía para el resto de la vida. Y el resto de la vida, claro.

—Entonces, la casa. —Isabel reprimió una sonrisa y siguió tomando notas en su libreta—. Mi abuela dejó algunos fondos que papá debía repartir cuando nos casáramos y nos asentáramos. A mí ya me los dieron cuando compré el departamento. Pero el de Franny sigue juntando intereses, con eso podemos dar el pie para la casa. Perdona que me meta, pero necesito saber cuánto es nuestro presupuesto y en qué debemos fijarnos antes de poner a Adriana a buscar propiedades.

—No soy un hombre rico —dijo Baran mirando atentamente a Isabel—, nadie se hacer rico con el *ballet*, sin embargo, gracias a Irina y la academia, tengo cómo comprarle a Francisca una casa grande y bien ubicada.

—Perfecto. ¿Cómo piensas que debe ser la casa?

—Al menos cuatro dormitorios —respondió Baran después de meditarlo un poco—. Francisca quiere tener dos o tres hijos, y por mí está más que bien. Me gustaría una oficina, aunque sea pequeña. Me gusta tener un lugar

tranquilo donde dejar mi computador, mis libros y apuntes y poder sentarme tranquilamente a pensar y componer. —Miró a Isabel que seguía anotando en su libreta—. También es menester que una de las habitaciones sea lo suficientemente grande como para poner un gimnasio, con una barra y espacio para ensayar. Si no tiene una habitación que pueda servir, debe al menos poder construirse un segundo piso o algo en el patio. El patio es imprescindible. O una terraza. Me gusta tener un lugar al aire libre durante la tarde. *Living*, comedor y cocina, como los de la casa de tus padres, más o menos. Dos baños y medio. No quiero volverme loco cuando mi mujer y mi hija adolescente se estén... —De pronto sonrió—. Ahhh... Ese Dimitri...

—Guapo e inteligente. —Isabel devolvió la sonrisa—. De niña, Franny odiaba todo lo que provenía de Rusia, tan irracional como siempre ha sido, no tenía un verdadero motivo. Un día, por tomarle el pelo, le dije que Dimitri sonaba bien para un sobrino mío y ella me dijo que por qué le pondría un nombre ruso a su hijo y yo le dije que para combinar con el apellido ruso del padre.

—Seguro se molestó mucho.

—Ni te imaginas, un metro cincuenta y cuarenta kilos de furia —concluyó Isabel riendo—. Yo ya medía el metro setenta actual y la Cabezona arremetía contra mí cada vez que lo mencionaba.

—¿Cabezona?

—Así le decía yo cuando éramos pequeñas, porque de tan flaca que era, se llegaba a ver desproporcionada. ¿Cómo se dice madre de Dimitri en ruso?

—*Dimitriy mat'*. —Baran sonreía más y más—. Esa es ella, *pestryy mat' Dimitriya*.

—Lo primero sonó fácil. ¿Qué significa esa otra palabra?

—Cabezona —dijo Baran, riendo.

Por unos minutos más, siguieron conversando, haciendo planes, compartiendo recuerdos. Cuando la enfermera volvió acompañada por un camillero, Isabel ya tenía unas diez hojas de apuntes y Baran estaba tranquilo. Tal como decía Francisca, Isabel arreglaba todo.

Incluso a la misma Francisca.

\*\*\*

—Me prestan un poco de atención, por favor —pidió Francisca de pie en medio de una sala de ensayo, donde se encontraban la mayoría de sus compañeros—. Gracias. En respuesta a la interrogante de muchos, déjenme contarles que el director se encuentra totalmente fuera de peligro. Tiene la clavícula fracturada en dos partes y sufrió daño en el manguito rotador. Fue intervenido el mismo jueves. Sigue internado y tiene el brazo inmovilizado. En estos momentos le están realizando una tomografía para ver si ya bajó la inflamación que presentó después del accidente.

—¿Qué va a pasar con la producción? ¿Y los ensayos? —preguntó una muchacha desde atrás.

—Vamos a continuar en forma habitual —respondió Francisca—. Miguel —apuntó a un trabajador del teatro que la acompañaba— va a grabarnos y cada tarde le llevaré los discos al director para que él haga sus correcciones y observaciones, al menos por unos días. Lo más seguro es que pueda dirigir el ensayo final el viernes antes del estreno.

—De cuando acá esta es tan amiga del director —dijo Eugenia, probablemente solo para su amiga. Pero como en realidad quería que la escucharan, no tuvo la precaución de bajar el volumen.

—Respecto de la semana pasada —Francisca carraspeó y siguió hablando sin mirar a nadie en particular—, quiero disculparme a nombre del director y del mío. Lamentablemente, la naturaleza personal de nuestra relación nos impidió comportarnos como los profesionales que somos.

El murmullo subió un par de tonos, llenando toda la sala. Por el rabillo del ojo, Francisca vio que Sebastián era el único que sonreía y asentía feliz al ver el anillo de Francisca en su dedo.

—¿Qué relación personal? —Constanza sonaba muy petulante—. Todos

sabemos que se conocían de antes, él fue tu profesor. Pero eso difícilmente clasifica como *personal*.

—Si vas a explicar algo, mejor sería que te anduvieras sin rodeos, Soubllette —dijo Eugenia, apoyando a su amiga.

—Es cierto lo que dices, Constanza —respondió Francisca, lo iban a saber de todas maneras, así que decidió hablar sin tapujos—. Él era el director de la academia en Francia, por tanto fue mi profesor. Pero eso no fue todo. En Francia trabamos amistad durante el primer año y por casi todo el segundo año fuimos mucho más que eso. Tuvimos una... una desavenencia y por un tiempo no nos vimos. Pero eso ya está solucionado y aunque no sean los primeros, igualmente Baran y yo agradeceremos sus felicitaciones por nuestro matrimonio. Ahora, por favor, calentemos, que hay mucho que hacer.

Si alguna vez pensó que iba a dejar a Constanza y Eugenia sin habla, ciertamente sus deseos fueron realizados más allá de las más locas fantasías. Miguel, un hombre bueno y generoso, que siempre la trató con el mayor respeto, le guiñó el ojo antes de que ambos empezaran a reír.

\*\*\*

Baran volvió al teatro el viernes. Sonreía al entrar con Francisca de la mano. Se despidió de Isabel, que los había ido a dejar directo desde el hospital, con María José siguiéndolo muy de cerca. Esa era la condición que impuso el médico para darle el alta. Que la enfermera retirada lo acompañara para vigilar sus medicamentos y que no hiciera ningún esfuerzo. Lo miró atentamente cuando dio esa última instrucción. Él solo sonrió y Francisca se sonrojó.

Excepto el par de vacas bailarinas, todos lo recibieron muy calurosamente. Habló con el gerente mientras Francisca calentaba y luego se dirigieron al escenario central para ensayar. Muy satisfecho con los resultados, autorizó a todos a tomarse un largo descanso mientras él almorzaba con Francisca y su

madre en la minúscula oficina.

El estruendoso aplauso que recibieron sus bailarines fue todo el reconocimiento que Baran necesitaba, pero salió al escenario a felicitar a los bailarines y entregarle a Francisca las flores que le regalaba en cada ocasión.

La muchacha lo vio aparecer, le pasó a Sebastián las flores que tenía en las manos y se le acercó. Agarró el ramo, aceptó su beso en la frente y tomó la mano buena de Baran para guiarlo hasta el centro del escenario, donde fueron ovacionados de pie.

Cuando por fin consiguieron dejar el teatro, Isabel ya estaba lista para llevarse a sus padres. Entre ambas hermanas consiguieron convencer a María José de que no era necesario llevar a Baran a casa ni acompañarlo a su propio departamento. Francisca podría asistirlo en lo que fuera.

—Además —agregó Baran, depositando un respetuoso beso en la sien de la mujer—, ya me siento muy bien, mamá. —Terminó usando por primera vez esa palabra, sabiendo que a ella le gustaría. Es decir, le había pedido no menos de un millón de veces que la llamara así. Y él tonto no era, apenas un poco bruto.

Subieron a la limosina y Luis apenas pudo contener la sorpresa. Los saludó y los felicitó al ver el rostro radiante de Francisca al participarlo de sus próximas nupcias.

—Por supuesto, vamos a necesitar tus servicios —dijo Francisca—, pero no te preocupes, que nos vamos a casar recién el próximo verano, así que tu hija ya debería estar caminando.

—Serán dos semanas solamente —corrigió Baran siguiendo las instrucciones de Isabel—, así que procura que tu mujer tenga al bebé luego, no quiero tener que sacarte de la sala de parto.

—Mi mujer dice que la niña nace antes de Navidad, así que después de esa fecha, no tengo ningún problema.

—Eso está bien, porque...

—Fran, métete al auto, que viene la periodista a interrogarnos —dijo Baran empujándola.



En el interior del vehículo había dos fuentes con comida y dos botellas. Luis les comentó que había pensado que llevaría al otro bailarín, «el que le había pedido el otro día que lo llevara, ¿recuerda?», preguntó antes de confirmar la dirección y emprender el rumbo.

Ya en el departamento, Francisca ayudó a Baran a desnudarse y darse una breve ducha. Cuando él estuvo acostado, la muchacha empezó a dar vueltas nerviosas por el departamento, arreglando algo aquí o allá sin necesidad, viendo que Baran estuviera cómodo, que las mantas no fueran muy pesadas y toda una larga lista de instrucciones que había recibido de su madre y otras tantas que había agregado ella.

—Fran, deja de dar vueltas —le pidió Baran, que la seguía a todas partes con la mirada.

—Ya voy —dijo, saliendo al pasillo una vez más.

—Francisca. —Baran evidentemente estaba perdiendo la paciencia.

—¡Si voy! —exclamó la muchacha sin saber por qué se sentía tan nerviosa.

—¡María Francisca Soublette *Iribairen!* —gritó Baran levantándose de la cama—. ¡Deja de dar vueltas de una maldita vez, sácate la maldita ropa y métete en la maldita cama! ¡YA!

—Pero bueno. —Entró a la habitación con el ceño levemente fruncido en contradicción con la alegre sonrisa—. Ha vuelto usted, señor director, ya lo extrañaba. —Hizo una pequeña reverencia.

—¿Ah, sí? —dijo Baran acercándose a ella imponentemente desnudo—. Haberlo dicho antes, saco al viejo director de su retiro en dos segundos —agregó pasando la mano buena por el pelo suelto de Francisca, enredándolo antes de tirar de su cabeza para besarla.

—¿Y por qué piensas tú que pasó lo que pasó en la sala de ensayo? —preguntó Francisca, rodeando la cintura de Baran con los brazos—. Estabas furioso.

—No tanto como la semana pasada en todo caso, *lyubov*, nunca he estado tan enojado.

—Lo sé. No quiero verte así nunca más —susurró Francisca, apoyándose en su pecho.

—No llores, amada mía —pidió Baran, batallando por acariciar su cabeza y limpiar sus lágrimas con una sola mano—. Todo valió la pena, incluso el accidente, si ahora estás conmigo.

—Por cierto que verte tirado en el piso, sangrando e inconsciente me hizo recapacitar. Aunque ver a Thomas siendo un adulto empezó el viaje.

—¿Cómo? —preguntó Baran con su sarcástica ceja alzada.

—Ese día que vino Thomas... se quedó en mi casa... Y me dijo algo... ya me lo habían dicho antes, muchas personas, pero que lo dijera Tom...

—¿Qué?

—Que mi actitud le parecía la rabieta de una niña pequeña. Es decir, es una conclusión astuta... de Tommy Van —agregó Francisca jocosa—, pero también señaló que temía al fracaso. Y tiene razón...

—Y, de nuevo, es Tommy Van quien lo dice. —Baran rio—. Pero no debes temer, amor. Al menos por mi parte, no hay ninguna duda.

—Pero las mías persisten. Nunca se van a ir del todo. Es decir, mírate. Por donde vas, dejas un reguero de corazones partidos. Y esas idiotas ni siquiera te conocen. No saben de tu inteligencia, de tu ternura. De tu macabro sentido del humor. Nunca han escuchado tu risa. Me encanta cómo ríes. ¿Te lo he dicho alguna vez? —Baran negó en silencio—. Me encanta, no solo el sonido: fuerte, gutural, alegre. Me encanta cómo se iluminan tus ojos cuando ríes. Y eres un hombre tan talentoso. Un auténtico dios de la danza incluso si no puedes bailar. ¿Cómo puedo yo, una simple mortal, pretender que un hombre como tú la ame? ¿La elija, se quede con ella?

—Fran, mi Pequeña Fran, escúchame. Eres el amor de mi vida. Sin ti no soy nada. Te lo dije, no hay vida en mí sin ti. Solo era un pasajero en el tren de la vida. Ahora me bajé, tú me bajaste, y me hiciste entender todo lo que estaba desperdiciando. Nunca, jamás, voy a dejarte. Solo intenta perderme de vista. Vamos a tener días malos, vamos a pelear como dos leones por la misma presa. Probablemente nuestros hijos van a ser bestias insaciables de

sangre, criaturas totalmente indomables como tú y yo, pero, querido amor, mientras pueda respirar, quiero que tú seas el aire que llene mis pulmones, viejo y defectuoso como soy.

—No eres viejo, apenas tienes treinta y cuatro años.

—A veces siento que he vivido cien años. Tres vidas juntas. Rusia, París y Chile. Solo que aquí me voy a quedar. Este es mi hogar.

—Baran, Rusia y Chile son países. París es una ciudad —dijo Francisca con sus ojos brillando traviosos.

—Fran, cállate de una maldita vez y bésame.

—Señor director —murmuró ella antes de ponerse en punta de pie para llegar hasta sus labios.

\*\*\*

El almuerzo del sábado en casa de los Soubllette fue muy ruidoso. Estaban todas las amigas de Francisca con sus respectivas familias, incluyendo la última conquista de Lorena y una amiga de Claudio. Juan también fue invitado, pero declinó cuando llegó la joven delgada y morena de siempre a buscarlo.

Baran y Francisca observaron atentamente la escena, y él estuvo de acuerdo con Francisca. Algo raro pasaba ahí, no sabía bien el qué, pero lo de ellos no era una relación amorosa.

Después que todo el equipo parental, así bautizó Claudio a los adultos en su conjunto, se retirara y que el mismo Claudio saliera a dar una vuelta con su amiga, las cinco amigas, el pololo de Lorena, llamado Patricio, y Baran se sentaron a conversar y tomar un café mientras hablaban del futuro inmediato. La Navidad, el Año Nuevo y las vacaciones de verano.

—Es la primera vez en años que tengo vacaciones de verano —dijo Francisca—. Los dos años de la academia me venía a Chile y acá era invierno.

—Debiste aceptar la propuesta de Baran. —Pamela comenzó la estrategia preparada por ellas para convencer a Francisca de casarse en abril—. Podrías haber viajado por Europa un par de semanas y después a Estados Unidos.

—Si lo piensas bien —agregó Lorena—, la verdad es que eres responsable de su accidente.

—Por partida doble además —comentó el aludido.

—¡Oye! —gritó Francisca—. Tú al menos deberías ponerte de mi parte.

—Estoy de tu parte, *Malen'kiy*. —Baran sonrió—. Pero no puedes negar que si me caí el otro día fue porque tú me distrajiste.

—Lo siento, cariño —dijo Francisca acariciando muy tiernamente una pierna de Baran.

—Eso no cambia que lo que dice Pame sea verdad —acotó Lorena, intercambiando una mirada con Isabel sin que Francisca se diera cuenta—. Y lo mismo pasa si decides casarte el próximo verano de Chile. ¿Dónde irían de luna de miel? En Europa va a ser pleno invierno.

—Me encantaría pasar nuestra luna de miel en París, Franny —dijo Baran.

—Ahora está nevando allá por lo que dice Malik. —Francisca sonaba muy juiciosa—. Así que no me vas a convencer de casarnos en dos semanas para ir de luna de miel a París.

—¿Cómo está el hombre de la voz más sexy? —preguntó Lorena—. Llamó el otro día cuando estaba de turno en el hospital... Si se ve la mitad de bien de lo que suena, es un bombón.

—Un bombonazo, prima —dijo Isabel—, se me caía la baba el día de la graduación. Creo que voy a reemplazar mi debilidad por los hombres rubios para dirigirla a exboxeadores africanos.

—Y es negro. —Lorena se abanicaba con la mano—. Ese decir, de verdad, me imagino que...

—¡Hey! —gritó Baran—. Es mi amigo del que están hablando. No lo conviertan en un objeto, ustedes, par de ninfómanas. —las cinco muchachas se rieron, Lorena con grandes aspavientos.

—Mi amor, no quieres saber entonces de todas las conversaciones de John y Teresa convirtiéndote a ti en un objeto —dijo Francisca en medio de las risas de sus amigas.

—¿Qué? —preguntó Baran con el ceño fruncido.

—Claro, por ejemplo, el día de la primera clase, lo primero que miraron fue tu trasero. —Nueva ola de carcajadas—. Soy culpable también, pero yo no decía lo que pensaba.

—Lo había olvidado —masculló Baran fastidiado—. ¿Cuál fue la palabra que usó Teresa?

—*Tushy*. Nalguitas. —Francisca se mordió los labios, aunque sus amigas no lo consiguieron y rieron a más no poder—. Es que usaba unos pantalones como de mi talla —explicó— que dejaban muy poco a la imaginación.

—¿Usaba? ¿Ya no? —preguntó Lorena. Francisca negó con la cabeza—. ¡Qué pena!

—Lo mismo digo —aportó Francisca—, con lo que me gustaba mirarte las piernas.

—¿Y por qué ya no los usas? —le preguntó Adriana.

—Bueno... eh... esto... —Francisca lo miró asombrada, era la primera vez que lo veía tartamudear, le habló en francés preguntándole si no sabía qué palabra usar, pero él lo negó—. La verdad es que no habría quedado muy bien en esos pantalones... Cuando bailaba contigo..., me habrían dejado en evidencia.

En esa ocasión, Lorena llegó a quedar tirada en el piso de tanto reír. Incluso a Adriana le causó risa el comentario y le provocó el sonrojo de su vida, según confesaría después, ya que entre ellas siempre habían sido muy directas al hablar de esos temas, pero recibir esa respuesta por parte de un hombre, el futuro esposo de una de sus mejores amigas, era algo de otra dimensión.

—¿Quién fue la última en hablar con Malik? —preguntó Baran cuando todas se calmaron.

—Yo tuve el placer —dijo Lorena—, que espero repetir pronto en vivo y en directo. Tu amigo está pensando venir a verte en un par de semanas, tal vez en marzo o abril. Y que tal vez Pietro lo acompañara. Pietro es italiano, ¿verdad? ¿Es tan guapo como suena su nombre?

—¡No me preguntes a mí esas cosas! —pidió Baran—. ¡Menos de Pietro!

—No vayas por ahí, prima. —Francisca se rio de la expresión asustada de Baran—. Pietro batea por el otro equipo.

—Oh, qué pena. —Suspiró Lorena—. Pero ¿tiene hermanos o primos?

—Dos hermanos, ambos casados —respondió Francisca—, y primos, creo que dos o tres.

—¿Y ellos...?

—Pero bueno, estaré pintado —dijo Patricio antes de que Lorena pudiera terminar su pregunta.

—Voy a preguntar por los primos de Pietro te guste a ti o no. —Lorena encogió los hombros—. Y si no te gusta, la puerta está ahí mismo.

—No me vengas con esas tonteras, que me voy —dijo Patricio, claramente amenazándola.

—Y tú no me amenes, que no eres tan bueno en la cama... De hecho, ni siquiera eres medianamente bueno —replicó Lorena con una indiferencia tal que hacía la situación incluso peor.

Patricio se levantó de su lugar, agarró la chaqueta que estaba en el respaldo del sillón que ocupaba Isabel y se dirigió a la puerta. Se detuvo junto a Baran y lo miró.

—No sabes en lo que te metes con una de estas locas —murmuró resentido.

—No te preocupes, exprimo. —Francisca sonrió dulce e inocente—. Él sí es bueno en la cama.

Isabel lo intentó, de veras lo intentó, pero antes de que Patricio diera dos pasos, se puso a reír con tantas ganas que nadie lo consiguió y hasta Baran reía ensordecedoramente.

—Están muy locas, todas ustedes —dijo Baran después de que la puerta dejara de temblar por el golpe con el que había sido cerrada.

—Yo soy la cuerda, amor. —Francisca lo miró con candor.

—Yo soy la cuerda, cuñado. —Isabel sonreía amistosa.

—Yo soy la cuerda —agregó Adriana, señalándose.

—Yo soy la cuerda —dijo Pamela asintiendo.

—Yo nunca voy a tratar de reclamar ese título. —Lorena fue la única que consiguió el apoyo unánime de sus amigas.

—Yo también hablé con tu hermana. —Isabel miró nuevamente a Baran—. Tiene un inglés espantoso, qué quieres que te diga. No sé si estaba feliz o con dolor de estómago. Su francés es mucho mejor. Dijo que tenía mucho trabajo en la universidad por estos días, pero que vendrá a verte apenas pueda. Lo más probable es que sea para las vacaciones de primavera, ya que para el verano le toca hacer el internado, lo que implica dos años sin ver el sol, encerrada en el hospital. Así que yo le dije que abril por acá era muy bonito. Al menos a mí me encanta el inicio del otoño.

—A mí también —comentó Francisca—. Me acuerdo de la abuela apurada tejiendo algo para el invierno mientras nosotras cantábamos... ¿Cómo era?

—Que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva —canturreó Lorena, riendo.

—A mi mamá le fastidia esa canción —aportó Adriana—, dice que la encuentra denigrante. «No pueden decir —continuó, imitando a su madre— la señora mayor está en su casa, ¿no? Tiene que ser la vieja está en la cueva».

—Por supuesto, Blanca la secunda —dijo Lorena con cara de fastidio—, no entiendo cómo los mismos padres pueden producir dos hermanas tan distintas. —Francisca e Isabel se miraron y sonrieron.

—Está embarazada —contó Adriana amurrándose apoyada en el respaldo del sillón—. De nuevo... ¿sabían?

—No —dijo Pamela—. Pobre Diego, espero que este embarazo no sea tan malo.

—Compadécete de mí —pidió Adriana—. Mis padres me miran como si ser una mujer de profesión en vez de la esposa perfecta fuera un pecado.

—Que se pudran. —Baran les dio un leve atisbo del señor director—. Que se pudran, Adriana, no dejes que nadie te diga qué hacer o cuándo.

—Excepto él, claro —agregó Francisca, que conocía de sobra al director—, que piensa que el mundo estaría mejor si más personas le permitieran decidir qué hacer con sus vidas.

—Y lo estaría —afirmó Baran—. Tú, por ejemplo...

—Sí, claro. —Francisca lo interrumpió—. Como empieces otra vez con eso de que vamos a casarnos en dos semanas...

—Pero, Fran... —dijo Baran.

—No sería mala idea... —aportó Lorena.

—Sería pésima idea... —refutó Adriana.

—Por fin alguien que está de acuerdo conmigo. —Francisca suspiró aliviada.

—... necesito al menos dos o tres meses para bajar algo de peso —siguió Adriana—. Si me viera flaca como Isabel, apoyaría a Baran, pero...

—Yo te ayudo a bajar de peso —dijo Baran—. En un mes te tengo más flaca que Fran...

—Podríamos esperar a que llegue tu amigo —sugirió Lorena—, que él nos saque el jugo... ni siquiera me molesta compartirlo con Adri.

—Por lo que entendí, Mal viene en marzo o abril, creo que es mucho esperar...

—¡Baran! —gritó Francisca.

—Para ti, Adriana. —Siguió Baran inmutable—. Deberías empezar ya a eliminar ciertas comidas y a moverte un poco más.

—Si yo me fuera a casar con un tipo tan buenazo como Baran —dijo Lorena—, lo haría enseguida. Anillo al dedo, sogá en el cuello, eso digo yo. Así lo alejo de frescas como mi prima.

—¡Oye! Si soy fresca, lo aprendí de ti. Pero te entiendo, sabes. El día que



yo me case...

—Si alguna vez logras encontrar un hombre que te deje llevar los pantalones —dijo Adriana.

—¡Escoba! —le gritó Isabel riendo.

—Por eso yo no me voy a casar —señaló Pamela—, estaría todo el día preocupada por las Lorenas y las Isabeles de este mundo.

—No me preocupan, la verdad. Ninguna de ellas. —Francisca estaba más que incómoda por que sí había expresado claramente sus dudas en ese sentido. Pero solo con Baran. Él, entendiendo tanto las dudas de Francisca como el propósito de sus amigas, se debatía qué dirección seguir.

—No hay nada de qué preocuparse —susurró finalmente en el oído de Francisca para que ella y nadie más lo escuchara—, tú eres la única mujer para mí.

Francisca se inclinó y lo besó mientras sus amigas seguían discutiendo, quién sabe por qué tontera. A ella no le interesaba nada, salvo el amor que brillaba en el fondo de los ojos demasiado azules de Baran. Excepto que un montón de silbidos, gritos y risotadas los obligaron a separarse.

—Guarden algo para la luna de miel —pidió Lorena—. Espero que se aguanten un año entero.

—Dos semanas —corrigió Pamela.

—Un año —ratificó Francisca.

—Dos semanas —dijo Baran mirando a Isabel de reojo.

—Yo creo —Isabel miró seriamente a la pareja—, que deberían encontrar un punto medio.

—No me pienso casar en el invierno, Isa, estás loca. —Francisca cruzó los brazos decidida.

—¿Y qué tal el otoño? —propuso Isabel con su sonrisa franca—. No estaría nada mal, tendríamos un par de meses para organizar todo, los amigos y la hermana de Baran piensan venir entre marzo y abril, faltaría coordinar sus viajes y listo. Hablé ayer con Anjelica, dice que Thomas aún no sale del

monasterio, que apenas llegue a casa, le va a decir que te llame, pero que no hay ningún problema en usar los aviones, que ella incluso tiene planificada una gira por Asia, y si Teresa aún está allá, puede mandarla en su avión mientras trabaja en China y no sé dónde más.

—No, Isabel. Un año es el tiempo mínimo para preparar un matrimonio.

—Franny, no solo eres decimonónica, sino que también irracional —dijo Isabel sin perder su forma tranquila de hablar.

—Además, estás subestimando a tus amigas. —Pamela le sonrió—. Ya sabes que entre las cinco somos capaces de terminar enormes empresas en apenas un par de días. Y sin intentarlo mucho.

—Imagínate si es algo en lo que tenemos mucho interés —aportó Adriana.

—Yo agradezco su ayuda, pero...

—No es un ofrecimiento en el aire además. —Isabel la interrumpió—. En estos pocos días que has estado cuidando a Baran, nosotras ya empezamos a preparar algunas cosas. ¿Dónde está?

—Yo lo tengo. —Lorena sacó un archivador y dos cuadernos de la mochila que tenía a su lado. Le entregó el archivador a Isabel, uno de los cuadernos a Francisca y el otro, a Baran—. Los cuadernos tienen mis propuestas para la ropa, así que no se vale que vean el que no les corresponde.

—Y aquí tenemos el plan maestro —dijo Isabel—. Modestia aparte, es el mejor que hemos hecho hasta ahora. Deja tu viaje a París en calidad de ideas escritas en una servilleta de papel.

—Marisa...

—Franny, al menos escúchanos. Y por mientras te hablamos de nuestras ideas, considera lo siguiente. Baran habló con Svetlana. Y ella a su vez va a ir a pasar la Navidad con los padres de ambos y va a hablarles del matrimonio. Baran está de acuerdo.

—¿Es verdad? —dijo Francisca mirando a Baran.

—Lo es, amor. No me gusta, pero si es lo que tú quieres, dejaré que

Svetlana tantee el camino antes de ir nosotros.

—Y mira que hemos trabajado —continuó Adriana—, si hasta Pietro y una tal Nicolle tienen algunas ideas.

—Por supuesto, Pietro dice que le dejemos a él la música —agregó Pamela.

—Mira. —Isabel se arrodilló en el suelo, junto a Francisca—. Tenemos muchas cosas muy avanzadas. Incluso tenemos cuatro casas preseleccionadas y tienen citas el lunes y el martes para ir a verlas. —A medida que hablaba, le fue mostrando las fotos y resúmenes de las casas mencionadas, junto con muchas ideas que tenían para la decoración y presupuestos para todo lo necesario.

—Está todo casi listo. —Pamela se acercó a su amiga por la espalda—. Solo tienes que señalar lo que quieres y empezaremos a cerrar tratos. —Terminó apoyando una mano en su hombro

—No queda mucho por hacer, ¿verdad? —Francisca inhaló suavemente. Isabel supo que tenía la batalla ganada, faltaba el último empujón.

—Siempre te ha gustado el aroma de abril —dijo con mucha ternura—, las hojas secas, la lluvia inminente y la abuela preparando jugo y dulce con los primeros membrillos.

—Yo le robaba algunos trozos cuando ya los tenía picados. —Francisca sonrió nostálgica—. A la abuela le fastidiaba porque nunca le ponía sal a la comida, pero era capaz de comer un kilo de sal con un membrillo —le explicó a Baran mientras sus amigas sonreían— ¿Abril entonces?

—Abril entonces —respondió Baran sonriéndole.

—Bien. —Isabel se puso de pie—. Ahora que ya está decidida la fecha, devuélvele el anillo para que pueda invitarte a cenar y proponerte matrimonio como corresponde.

Francisca levantó la mano y miró el anillo atentamente. Fue a quitárselo, pero en el último momento volvió a bajar ambas manos y miró a Baran.

—¿Es necesario? —le preguntó—. Ya me acostumbré a tenerlo puesto.

—No es necesario. Tampoco ir a cenar, ¿verdad? Acabamos de comer — preguntó Baran.

—No, no es necesario —confirmó Francisca, su rostro iluminado cuando Baran se arrodilló delante de ella.

—María Francisca Soubllette *Iribairen*...

—¡IRRIBARREN! —los dos gritos, de María José y de su hermano Víctor, llegaron claramente desde la cocina, provocando una nueva oleada de risas entre las amigas.

—I-rri-ba-rren —repitió Baran muy lentamente para conseguir pronunciar bien el apellido—, hazme el hombre más feliz de la Tierra y por fin di que aceptas ser mi esposa.

—Sí —dijo Francisca sencillamente, con los ojos llenos de lágrimas.

Baran se acercó a ella y besó su frente y mejillas antes de depositar el más tierno y dulce de los besos sobre sus labios.

—Ahora falta la bendición de papá —continuó Francisca, sin darse cuenta de que todo el equipo parental había salido de la cocina y estaba a sus espaldas.

—Eso está hecho. —Cristian la sorprendió—. Es decir, no me atrevería a decirle que no al tipo que atravesó la mitad del planeta para venir a buscarte.

—Y por Dios, que tiene paciencia —dijo María José—. Estaba a punto de castigarte, Fran, por ser tan... tan...

—Descarada —concluyó Baran.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Francisca sonrió a sus amigas mientras daban los últimos toques a su vestido, maquillaje, peinado o velo. Su padre la miró emocionado. Ella le tomó la mano y recibió el beso en la frente.

—Estás preciosa, hija mía —susurró.

Todas las muchachas salieron de su habitación para dirigirse a los autos que las esperaban en el taller. Francisca enganchó su brazo con el de Cristian y bajó lentamente las escaleras.

Aún vivía oficialmente en la casa de sus padres, pero en el transcurso de los pasados meses había pasado cada vez menos tiempo con ellos.

La tarde que definieron la fecha para la boda estuvieron conversando de cada detalle por mucho rato, hasta que todo estuvo decidido, incluyendo la ropa.

Para el miércoles siguiente ya habían elegido la casa.

—Que buena esposa vas a ser, Franny, si siempre eliges lo menos costoso —le dijo Baran el martes en la noche, cuando discutían los méritos de las cuatro casas—, pero en estos momentos no es necesario. Todas estas casas entran en nuestro presupuesto. Y si no, vendemos el departamento de París. Porque esta casa —señaló la que evidentemente Francisca prefería— es perfecta.

Y lo era. Tenía tres pisos. El subterráneo, una característica poco habitual, no tenía divisiones y era ideal para instalar un gimnasio y sala de ensayo. El primer piso tenía living y comedor separados por un bello arco, una cocina amplia y luminosa, con un cuarto para el lavado y una pequeña bodega. Un baño de visita bajo la escala y dos oficinas de bonitas proporciones.

—Una para nosotros y una para que sea la sala de estudio de los niños —propuso Francisca, más y más ilusionada con el proyecto de su vida en común.

El segundo piso tenía tres habitaciones, un baño completo y una suite grande, con los espacios bien definidos. Baño privado, dos roperos y una pequeña terraza.

El patio era lo suficientemente grande como para poner algunos juegos o una piscina desmontable cuando llegaran los niños. Para Baran, lo mejor era el quincho.

—Es criminal acá en Santiago —comentó cuando lo vio—, pero hay pocas cosas que me gustan más que un buen fuego.

—Asar carne en la parrilla —dijo el agente inmobiliario que les mostraba la casa—, pero con carbón o leña es una de nuestras tradiciones más arraigadas.

—Lo sé —respondió Baran—, vivo en Chile desde comienzos de septiembre.

Una vez que la casa fue legalmente de ellos, Lorena y Pamela la decoraron muy rápidamente. Ambas habían apostado por la casa elegida, así que ya tenían muchos diseños preparados y un contratista listo para empezar a trabajar. A fin de enero, Baran se había trasladado y Francisca se llevaba sus cosas muy lentamente, pero ya casi no tenía nada en casa de sus padres.

Habían sido los días más felices de sus vidas, caminando por Santiago, llegando juntos al teatro, tomados de la mano, trabajando todo el día en armonía y volviendo a su casa. Baran sonreía más cada día. Era frecuente escucharlo reír y bromear con Cristian y Víctor, incluso con Claudio cuando se reunían todos.

Cierto día poco antes de la boda, con todos los invitados ya en Santiago, Nicolle, Pietro, Malik y Baran se reunieron a cenar en la casa. Francisca los dejó solos, alegando que tenía sus propios amigos que recibir. Y como Teresa y Thomas aún no se hablaban, John y ella debían reunirse primero con uno y luego con la otra. El resto del Quinteto entretenía al que quedaba libre. Svetlana iba a todas partes con su cuñada, con quien ya formaba una sólida amistad.

Estaban en el patio y era una agradable tarde de comienzos de otoño.

Prendieron un discreto fuego y se sentaron a beber un excelente vino chileno que les había enviado la madre de Lorena.

Después de un momento de silencio, Baran miró a Malik. El senegalés frunció el ceño y le devolvió la mirada.

—¿Qué? —le preguntó cuando era evidente que Baran no le iba a hablar.

—Pregúntamelo de nuevo —le pidió—, ¿te acuerdas? El día que descubriste a Fran en el departamento.

Pietro y Nicolle se rieron.

—¿Me imagino que estarás feliz ahora? —preguntó Malik, repitiendo lo que dijera después de dejar de reír por el comentario de Francisca acerca de la lasagna.

—No —respondió Baran, sorprendiéndolo—. Estoy en paz. Por primera vez en mi vida, estoy auténticamente en paz conmigo y con el mundo... Y estoy más feliz que chanco en el barro, como hubiese dicho la abuela Anunciación.

—Brindo por eso. —Pietro levantó su copa para chocarla con la del ruso.

Francisca casi no se sentía una novia según le confesó a sus amigas una tarde. Estaba todo listo para su boda, el avión de Thomas traía a todos desde Europa ese día y ella no había trabajado casi nada. Además, estaba muy tranquila, nada del estrés que se suponía debía sentir.

—Mantener relaciones sexuales con regularidad hace eso para ti —dijo Lorena anormalmente seria—, te lo he dicho muchas veces.

—Lo sé —respondió Francisca—, pero no vayas a mencionárselo a Baran, mira que una vez se me ocurrió decirle que debí hacerte caso antes y casi me mató.

—¿Celoso? —preguntó Pamela.

—Mucho —respondió el mismo Baran, entrando en la casa de sus suegros directo del taller—. Isabel viene enseguida —siguió Baran—. Tu papá, tu tío y yo vamos a ir a un bar a ver un partido e Isabel se está arrepintiendo de su noche de chicas.

—¡Ay, no! —exclamó Adriana—. No pienso ir a convencerla. Si esa loca prefiere el fútbol que una noche con sus amigas, allá ella.

—A mí no me molesta —dijo Lorena, recuperando su alegría habitual—, menos competencia. Imagínate —le pidió a Adriana—. Sin las hermanas Soubllette y con todo lo que has adelgazado, seguro que los zánganos nos atacan en bandada.

—Los zánganos son abejas, apoideos o himenópteros si lo prefieres, por lo tanto, son insectos —replicó Adriana mirando a Lorena sin humor—. Un montón de ellos sería un enjambre, no una bandada, que corresponde a un montón de aves.

—Técnicamente es correcto usar el término bandada para los bichos también —dijo Lorena, imitando el tono parco de Adriana—. ¿Verdad? —preguntó mirando a Baran y Francisca.

—A mí no me preguntes —respondió Baran—, no sé suficiente español para distinguirlos.

—Y yo no soy lo suficientemente tonta para meterme en una pelea entre ustedes —agregó Francisca.

—No importa. —Lorena encogió sus hombros—. Si hablas así, igual no te ataca todo un montón de machos ardientes. De ninguna especie.

—Ni siquiera una piara —aportó Pamela apretando los labios para no reír.

Después de eso, las bromas siguieron hasta que cuatro muchachas partieron para un lado, tres hombres y una muchacha partieron para el otro, y María José se quedó feliz leyendo en la tranquilidad de su hogar.

Pero en esos momentos, nadie quedó atrás en la casa. Todas las mujeres ya iban hasta la iglesia cercana donde tendría lugar el enlace, solo faltaban Francisca y Cristian, así que ambos se acercaron hasta la limosina. Llegaron a la iglesia para ver a toda la familia en el atrio esperando su llegada. Cuando Luis estacionó, las muchachas organizaron el cortejo.

Primero iría Malik acompañando a María José. Malik ejercería de padrino de Baran, ya que sus padres no quisieron escuchar nada que tuviera que ver con él.



Luego iría Svetlana con su hermano. Svetlana había discutido fuertemente con su padre bajo la atenta y silenciosa mirada de su madre, pero no consiguió nada, excepto gritarles que prefería tener hermano mayor y asistir a su boda que un par de padres intransigentes. Su padre le gritó que era una malagradecida, porque su intransigente padre era quien le había dado una educación. Svetlana juró que le pagaría hasta el último rublo invertido y que no volvería a molestarlos.

Baran estaba furioso con sus padres. A punto estuvo de tomar el primer vuelo que lo llevara hasta Rusia para ir a decirles todo lo que le tenía guardado por casi diecisiete años, pero Francisca lo contuvo. «Está todo listo», había dicho frunciendo el ceño, «la boda es en una semana. Si te vas ahora, no me caso en tres años». Luego había dejado un reguero de besos desde su boca hasta su oreja, donde había susurrado «señor director». Naturalmente, el viaje a Rusia quedó en el olvido.

Baran le había pedido un favor muy especial a Thomas, John y Teresa. Llevar a todas las personas que estuvieron en la graduación de la academia. Excepto al padre de Thomas, claro. El norteamericano dejó claro que no era necesario pedirle que no llevara a su padre porque este ya se había casado por sexta vez.

Con Martin e Ivonne muy arreglados y el crespísimo pelo de Lulú controlado por enormes cantidades de trabas y gel, los tres pequeños estaban listos para llevar los anillos y las flores.

Malik, María José, Svetlana y Baran entraron a la iglesia para que Francisca pudiera bajar de la limosina. Mientras Lorena le arreglaba el vestido, las otras tres les dieron instrucciones de último minuto a los pequeños y desaparecieron por las puertas laterales de la iglesia. Adriana, a decirle a Pietro que empezara con el Ave María; Isabel y Pamela, a abrir las puertas centrales para el ingreso de la bellísima y radiante Francisca.

El vestido era un sueño. Lorena se había superado a sí misma con esa creación, ella lo dijo y todas sus amigas estuvieron de acuerdo. De corte princesa con los hombros descubiertos, muchas capas del más brillante

chiffon blanco y una última capa hecha de tul casi transparente con aplicaciones de encaje con forma de flores y hojas en el corpiño y la falda. Las mangas hasta el codo, y la espalda la formaban solo la última capa de tul y encaje, lo que le daba al vestido una apariencia elegante y fresca.

Francisca había pedido que le dejaran el pelo suelto porque a Baran le gustaba así, pero finalmente eligió un peinado parecido al que usara como Giselle. Dos trenzas que le retiraban el pelo de la frente y mejillas y se unían en la nuca, formando un rodete suelto, enganchado con una preciosa traba desde la que bajaba un velo largo, confeccionado con el mismo tul del vestido, con un encaje de patrones semicirculares en el borde, muy similar al que tenía el ruedo del vestido. Un estratégico mechón de su cabello bajaba por el hombro derecho, convertido en un suave rizo.

Francisca llevaba un ramo casi idéntico al que le siempre le regalaba Baran, excepto por la base de madera. Los sencillos aros de plata que pertenecieron a Irina eran el único adorno.

El vestido llegaba justo al piso por adelante, pero tenía una cola no muy larga que daba la apariencia de una nube siguiendo el elegante y pausado caminar de Francisca, acompañada por su risueño padre, con el Ave María cantado por la celestial voz de barítono de Pietro de fondo.

La elegancia del novio no tenía paragon. Siempre demasiado alto, demasiado guapo y con los ojos demasiado azules, vestía un frac negro hecho a medida por su nueva prima, que feliz había confeccionado la ropa para tan excelso ejemplar de belleza masculina según sus palabras.

Sobre el negro y blanco impecable, la nota de color la daba un ramillete de gerberas amarillas y azules no me olvides, regalo de su novia.

Si cada uno de los contrayentes era un espectáculo para los invitados con su belleza y su magnífica ropa, juntos los reducían a ojos lacrimosos y sonrisas complacientes.

Si un ser humano podía brillar, literalmente, brillar como las estrellas, entonces Baran y Francisca brillaban mientras repetían sus votos e intercambiaban las argollas.

Nunca hubo un beso más tierno, nunca una felicidad más grande, nunca un caminar más orgulloso cuando, al término de la ceremonia, los primeros toques de las trompetas y el redoble de los timbales dieron inicio a la marcha nupcial de la orquesta y del coro preparada por Pietro, con el italiano al órgano.

Fue uno de esos momentos en que todo parecía salir a la perfección. Incluso el sol se hizo presente, radiante a través de los vitrales que iluminaron el camino de los novios. La felicidad se podía palpar en todos los que allí estaban, bañando a Baran y Francisca con pétalos de rosas.

Las fotos fueron un momento de diversión para todos, en especial para los amigos de los novios, pero la imagen que recibiría a todos en la casa de los recién casados a partir de ese momento sería la de Francisca sonriendo coqueta y haciendo una reverencia ante el *señor director*, con él frunciendo el ceño para conseguir que Francisca entrara a la limosina.

La fiesta comenzó con el brindis y el tradicional vals de los novios, también interpretado en vivo por la orquesta de Pietro. El más nervioso de todos era Cristian, que debía bailar con su hija, después con Svetlana y terminar con su esposa. «Perdón», había dicho él cuando le preguntaron el motivo de sus nervios, «pero ellos son bailarines profesionales, ¿es que nadie lo sabe?».

Después de las risotadas y de Malik confesando que a él no le intimidaba el maldito ruso de dos metros, por lo que se ganó un codazo de Svetlana, partió la música. Todos se sorprendieron cuando el vals terminó sin mayores demostraciones del gran talento de los novios. Francisca sonrió y encogió los hombros, antes de ser escoltada por su marido hasta la mesa principal.

Al término de la cena, la entretención estuvo a cargo de Thomas y John que, con la ayuda del Quinteto, Malik y Pietro, prepararon un video con fotos y presentaciones de los novios a lo largo de su vida, contando cómo se habían conocido y enamorado. El gran final lo dio la grabación hecha en la clase en que Baran y Francisca mostraron la coreografía de *Malen'kiy*.

Como siempre, varias mujeres presentes suspiraron y hasta soltaron alguna

que otra lágrima. Pero Svetlana lloraba abiertamente, sentada al lado de Baran. Cuando él le preguntó por qué, ella confesó que era la primera vez que lo veía bailar. Realmente hacerlo. Había visto fotos de diarios antiguos y trozos de grabaciones, pero era la primera vez que era testigo del talento de su hermano y de lo duro que debía resultarle la enfermedad que los aquejaba.

—Yo igual no uso las uñas largas —dijo limpiándose la nariz con el pañuelo que le ofreció Malik—, y aunque me da un miedo atroz tener un accidente y quedar lisiada o peor, mi vida normal no se ve afectada por la enfermedad. La tuya sí.

—*Dorogaya sestra*. —Baran besó su frente con mucha ternura—. Si yo no hubiese enfermado, aún estaría bailando, no habría trabajado en la academia y no habría conocido a Francisca. Así que, en realidad, agradezco esta maldita enfermedad que me mandó directo a donde debo estar. Acá mismo — concluyó entrelazando sus dedos con los de Francisca.

En vez de tranquilizarla, el comentario de Baran solo la hizo llorar más. Como Pietro estaba llamando a los novios para el baile que iniciaría la fiesta, Svetlana se vio consolada por Malik, que la rodeó con un brazo y la apoyó en su pecho murmurando palabras que nadie más escuchó, pero que terminaron arrancando una sonrisa de la muchacha.

Solo al piano, Pietro cantó una balada en italiano que hablaba de la unión de almas gemelas separadas por el tiempo y el espacio.

Todos disfrutaban del baile de los novios, de sus movimientos precisos y sincronizados. La delicadeza de ella, la fuerza de él. Todos menos John y Lorena, que miraban atentamente las manos de Baran en la cintura de Francisca. Lorena incluso se mordisqueaba un dedo nerviosa hasta que Baran dio con una característica especial en el vestido de Francisca.

En ese momento, John le hizo un gesto a Pietro, y él inmediatamente cambió el ritmo de la canción y se le unió un saxofón en una larga nota, con Francisca girando para alejarse de Baran mientras la tela de la falda se desenrollaba revelando una falda idéntica pero corta.

Lorena, John e Isabel se acercaron rápidamente a los novios. John tomó el

extremo de la falda que aún sostenía Baran y Lorena, el que estaba sujeto al nuevo vestido de Francisca. Isabel se acercó a su hermana y, con un tirón, le sacó la traba y el velo, soltando todo el pelo de la muchacha, excepto el que tenía sujeto por las dos trenzas.

Cuando los tres se alejaron, la música volvió a cambiar de ritmo y se unieron otros instrumentos con un alegre repertorio que recorría muchos estilos y países. Por unos minutos bailaron solo los novios, pero después se separaron y fueron a buscar nuevas parejas, incentivando a sus invitados a unirse a la celebración.

Después de mucho, mucho tiempo, Baran y Francisca volvían a la mesa cuando se les acercó Thomas. Le tendió la mano a Baran, ya que las relaciones entre el director y sus antiguos alumnos no era todo lo fluida que Francisca quería, y abrazó a la muchacha.

—No sé cuáles son sus planes para hoy y mañana —les comentó—, pero me imagino que el lunes se van a Europa con el resto. Al menos, Johnny dijo que Pietro le había dicho que iban a París de luna de miel.

—En efecto —respondió Baran—, pero...

—Yo le dije a Adriana que no comprara los pasajes —Francisca lo interrumpió— porque sabía que no habría problemas en viajar con los muchachos.

—*Lyubov*, ¿Por qué...?

—Baran.

—... ¿no me dijiste antes? —terminó Baran, evidentemente cambiando el curso de su pregunta.

—No me acordé —aseguró Francisca con fingida inocencia.

—Bien, listo eso entonces —siguió Thomas suprimiendo una sonrisa—. El piloto tiene instrucciones de ir a Londres primero a dejar a John y a los que quieran bajar ahí y después ir a París. A menos que ustedes quieran ir a otra parte. O partes. Mi familia está de acuerdo en dejar a su disposición todas las casas y departamentos en Europa. Aquí está la lista —les entregó un sobre— con el nombre del encargado. Ustedes le dicen al piloto a dónde quieren ir y

él hace los arreglos y los lleva por cuanto tiempo quieran.

—¿Y tú? —preguntó Francisca acariciando su brazo.

—Siempre quise conocer Isla de Pascua. Ya estoy aquí, así que voy a aprovechar. Y creo que iré al sur de Chile también.

—¿Y... bueno... a Estados Unidos, quién va?

—Todos saben que Anjelica va a Nueva York a dejar a mamá, luego una escala en Miami, y Los Ángeles es su destino final.

—Vale.

—Otra cosa. —Miró de reojo a Baran y asintió decidido—. Lana nos contó de los problemas que tuvo en Rusia. La corporación también tiene una casa en Moscú, aunque no en Perm. Ella dice que, tal vez si van los tres juntos, sus padres puedan cambiar de parecer.

—¿Cómo es eso de Lana? —preguntó Baran con el ceño fruncido—. No te metas con mi hermana, Tommy Van, no me gusta eso.

Thomas lo miró apesadumbrado, intercambió una mirada con Francisca que sonreía comprensiva.

—Vamos a aclarar algo, señor director. Primero, ya no es mi profesor y no puede decirme qué hacer. Segundo, se acaba de casar con mi única amiga en el mundo, a quien quiero como si fuera una hermana, por tanto... Tercero, Baran...

—Te falta levantar los dedos y vas a estar igualito a Isabel —dijo Francisca, ganándose una mirada enojada de ambos hombres.

—Tu hermana es una mujer preciosa, sí. Ni siquiera Isabel puede hacerle competencia. Si hubiese conocido a Lana hace tres años, probablemente habría saltado sobre ella como un lobo hambriento, como el *puto gringo facilón* que he sido injustamente acusado de ser, pero después de Teresa... Tú, mejor que nadie, debería entenderlo. Y cuarto, hay otra persona en este salón que tiene el mismo gusto en mujeres que yo. Con ese deberías tener cuidado, no conmigo.

—¿Qué? —gritó Baran buscando a su hermana, que no aparecía por

ninguna parte.

—*Tikho, lyubov'*. —Francisca tomó la mano de Baran para retenerlo—. Tommy, ¿y Terry?

—No sé qué va a pasar, Fran, no tengo ni idea. —Thomas perdió su porte elegante y orgulloso—. ¿sabes que estamos en el mismo hotel, verdad?

—Claro.

—Hace dos noches vino a mi habitación.

—¿Ustedes...? —Thomas asintió en silencio—, pero...

—Hablamos tonterías después. —Thomas encogió los hombros—. Hasta que ella me dijo que siempre quiso conocer los moais, así que yo la invité a ir conmigo. Compré los pasajes inmediatamente, pero empezó de nuevo con la misma tontera. Que no sabía, que me quería, pero... Yo le dije que estaba todo listo para el lunes a primera hora, que era cosa de ella venir o no, y me metí al baño porque no quería ponerme a gritar. Cuando salí, no estaba. Y después de eso no he vuelto a hablar con ella. Y ahora me voy a bailar con Adriana, que acaba de tener un encontronazo con Juan, quien baila con tu hermana. ¿Por qué mierda no son un poco más claras las mujeres? —preguntó mirando a Baran, pero él no lo escuchaba, recorría el salón con la mirada.

Thomas besó la frente de Francisca, se despidió de Baran, que tampoco le respondió en esa ocasión, y se alejó.

—Vamos a sentarnos —pidió Francisca—, estoy muy cansada.

—*Lyubov*...

—En la mesa, amor. Vamos a estar solos, mira.

En efecto, la mesa principal estaba absolutamente abandonada. Cristian y María José bailaban, muy cerca de Julia y Pablo, los padres de Teresa. De Malik y Svetlana no se veía ni los rastros. Al llegar a sus lugares, Baran llamó a un camarero que les llevó un par de jugos.

—Ahora, explícame —exigió Baran cuando Francisca bebió un trago de su jugo.

—La verdad, no sé nada. Es decir, no más allá de lo que sabes tú. —Tomó su mano, acariciando la palma con el pulgar—. Ni siquiera sé si se conocían antes de viajar para acá, pero...

—El verano pasado —dijo Baran entrecerrando los ojos—. Es culpa mía...

—Amor...

—Cuando estaba en España, no contestaba correos ni celular, así que Mal no tuvo otra opción.

—Ahora tú explícate.

—Svetlana fue a París. Había conseguido un trabajo allá para estar conmigo. Pero cuando llegó al departamento, yo no estaba. Por suerte, Malik aún no salía de vacaciones, así que él la recibió. Ella se quedó en casa, Mal me contó que tenía un horario endemoniado en el hospital, que casi nunca la veía. Él quería ir al sur, así que llamó para saber si había problema en dejarla sola.

—Entonces así fue —murmuró Francisca pensativa— cuando yo conocí a Lana... Le gusta que le digan así, por cierto... parecía tener mucha confianza con Nicolle, Pietro y Malik. Especialmente con Mal. Siendo ellos tus amigos, a mí no me pareció extraño. Pero no vi nada que hiciera suponer algo más. Ella andaba conmigo siempre y Mal estaba principalmente contigo.

—Tengo que hablar seriamente con ella. Y con él... se dice mi amigo, ha vivido años conmigo...

—Amor —dijo Francisca en tono conciliador—, es tu hermanita, lo sé, pero piensa. ¿Con quién va a estar mejor y más cuidada que con tu mejor amigo? Además, es una mujer adulta. Tenemos casi la misma edad.

—Tú eres mayor.

—Por dos años.

—Y Malik es mayor que yo.

—Por un año.

—¿Ves? Él es trece años mayor que ella.



—Mi abuelo era trece años mayor que mi abuela.

—Eran otros tiempos.

—Yo también soy una hermana menor.

—Pero tu hermana mayor es mujer, así que...

—En vez de ponerse a discutir contigo y exigirte restauraciones por la pérdida de mi honra, se confabuló contigo para ocultarme tu llegada a Chile y para obligarme a casarme ahora, no en enero como yo quería. Porque las mujeres somos evidentemente más razonables que los hombres.

—Voy a disculparme con tu papá. O con Juan, que dice ser tu hermano mayor adoptivo.

—Con ninguno de los dos —le dijo Francisca—, ambos están felices porque les sacaste un peso de encima...

—No es mucho peso...

—Así que ahora les falta casar a Isabel y tienen la tarea terminada.

—¡Ja! Quisiera verlos intentarlo.

—Yo también. —Francisca se rio con él.

—Ahora eso —dijo apuntando a John y Pietro que estaban conversando muy juntos, casi pegados, en una mesa al otro lado de la pista de baile—. ¿Tienes alguna explicación?

—Uy, una muy buena —respondió Francisca sonriendo—. John no es capaz de guardarme un secreto. En octubre del año pasado, a Pietro y su banda los contrataron para hacer una serie de conciertos en Londres y por casualidad se encontró con John.

—¿Por casualidad? ¿Cómo, si Londres es una ciudad enorme?

—Bueno, estuvo tres horas paseando por la cuadra del frente de la salida del Royal —respondió Francisca humorística.

—Se ha juntado mucho conmigo al parecer —dijo Baran después de reír.

—Estuvieron muchas horas juntos ese primer día, hasta el amanecer, cuando Pietro tenía que tomar sí o sí el avión a París porque tenía un compromiso al medio día. Según John, lo único que hicieron fue conversar y

caminar. Después de eso, han estado hablando por teléfono e intercambiando correos electrónicos. Según Tommy, en el avión estuvieron todo el rato conversando... cuchicheando, la verdad. Y yo he sido testigo de alguna caricia discreta acá y una mano tomada allá mientras Pietro ensayaba.

—Bueno, eso no lo aprendió de mí, nosotros fuimos muy discretos. — Baran estaba feliz por la segunda historia de Francisca.

—El espía que vino del frío —confirmó Francisca—. Dime, ese día que nos encontramos en París, ¿fue espionaje o pura suerte?

—Un poco de ambas. Fue una suerte que yo saliera a comprar en el mismo momento en que tú te paseabas por mi barrio. Pero cuando te vi entrar a esa tienda de Hermès, empecé a seguirte.

—Y yo ni te vi —dijo Francisca pensando que la había seguido un buen rato.

—No, pero yo te veía a ti. ¿En qué ibas pensando que cambiabas tanto tu expresión?

—¿Tanto?

—Parecías enojada y después relajada, triste y enseguida alegre. Y siempre muy pensativa.

—Pensaba en ti, la verdad. En mi futuro y en mi vida, pero principalmente en ti y en esa noche en la sala de ensayos.

—Entonces esa sonrisa, esa que tienes cuando estás pensando en una travesura, ¿era por mí?

—Por la apuesta con Thomas.

—¿La de Isabel?

—No, la otra. Lo de Isabel era trampa, yo sabía desde el comienzo que a ella no le iba a interesar Thomas. Por eso nunca la cobré.

—Entonces, ¿cuál otra? ¿La de la mitad de su fortuna? Ahora que lo pienso, recuerdo que lo mencionaste ese mismo día. ¿En qué consistía esa apuesta que ganaste sin que Thomas lo supiera?

—Oh, créeme, ahora sabe que la gané. —Francisca sonrió traviesa—. Un

día, el segundo o tercero de clases, estábamos conversando de las dificultades que tendríamos para graduarnos por ti. Entonces yo les dije que íbamos a trabajar los cuatro juntos empujándonos y ayudándonos, que así lo haríamos. Y si no nos resultaba, John iba a tener que ofrecerte sus servicios sexuales.

—¿Qué?!

—Era una broma, amor. Al menos eso creo. —Francisca dudaba de sus propias palabras—. No sé. La cosa es que Teresa dijo que si te gustaban las mujeres, ella se ofrecía voluntaria. Y Thomas agregó que si lo tuyo era el sacrificio de vírgenes, yo iba a tener que hacer algo por ellos. Y yo le dije que eso le costaría la mitad de su fortuna.

—Entonces sí te debe la mitad de su fortuna. —Baran le habló muy suavemente en el oído—. Porque en cuanto a ti, me encanta el sacrificio de vírgenes. Más aún de esposas.

—Tu esposa. —Francisca besó su mejilla—. Pero era para graduarnos. Es decir, si no conseguíamos graduarnos, yo debía sacrificarme y conseguirlo con métodos alternativos.

—¿Eso te dejó tan obsesionada con graduarte por tus propios méritos?

—Tal vez... no sé, la verdad..., pero eso ya no importa ahora. Para siempre, tú, la academia y la danza serán lo mismo para mí. Mi vida, lo que me hace levantarme en la mañana. De hecho, no podría distinguir si me enamoré de ti porque bailábamos todas las tardes o si bailábamos todas las tardes porque ya estaba medio enamorada de ti.

—Te entiendo, *lyubov*, para mí es casi lo mismo. No sé si me hubiese enamorado de ti si no fueras bailarina. Pero es lo que eres, la suma de todas tus cosas, y de eso me enamoré. ¿Vamos? —preguntó Baran después de besarla.

—Sí, por favor —respondió Francisca, acariciando la pierna de Baran, llevando su mano lentamente cada vez más arriba—. Te necesito —susurró.

—Y yo. —Baran tomó su mano y se la llevó a la boca para besar los dedos.

En pocos minutos se despidieron de su familia e invitados y dejaron el

salón de fiestas rumbo a su hogar.

\*\*\*

La casa estaba casi totalmente a oscuras. La única iluminación era la lámpara que daba la bienvenida encendiendo automáticamente cuando alguien se acercaba. Luis les abrió la puerta de la limosina y les deseó las buenas noches. Baran, que tenía la llave en la mano, abrió la reja y juntos caminaron por el corto sendero del jardín. Lo mismo hizo al llegar a la puerta principal, pero no entró hasta que tomó a Francisca en brazos y así cruzaron el portal.

—Bienvenida a nuestro hogar, esposa. —Baran la besó antes de depositarla sobre el piso.

—Bienvenido a nuestro hogar, esposo —respondió Francisca rodeando los hombros de Baran y poniéndose en punta de pie para volver a besarlo.

—No sabes cuantas veces soñé con esto. Llegar a nuestro hogar y recibir tu bienvenida y tu beso —dijo Baran rodeando su cintura con los brazos.

—A partir de hoy será así siempre. Todos los días. Excepto que llegaremos ambos, pero igualmente nos besaremos.

—Te amo, Fran. Mi pequeña Fran.

—Y yo te amo a ti, Baran. Mi señor director.

Abrazados, acariciándose y besándose, recorrieron el pasillo y subieron las escaleras hasta llegar a su cama. No era la primera vez que la compartían ni sería la última.

Pero ciertamente sería, en los años por venir, el lugar donde compartirían penas y alegrías. Pasión y discusión. El lugar donde su amor sería fecundo, engendrando a los hijos y criándolos. Donde compondrían, juntos, las más sublimes coreografías. Donde se consolarían y alentarían.

Era el lugar donde los sueños se harían realidad.

## Agradecimientos

Primero, quiero agradecer a Selección por creer en mí y publicar esta novela, que era apenas un par de locuras vagando por mi cabeza cuando comencé. Muy especialmente quiero agradecer a Lola por la paciencia, por la guía y la ayuda. El otro día me dijiste que solo hacías tu trabajo, pero es mucho más. Al menos para mí es mucho más. Lola querida, el mundo sería mucho mejor si más gente solo hiciera su trabajo.

También quiero agradecer a mi familia por su apoyo:

A mi madre, por enseñarme con paciencia y constancia. Por traspasarme tu amor a los libros. Y principalmente por ser mi madre.

A mi hermana, por decirme que la sorprendí. Ya no soy la pequeñita de los moños torcidos, pero sé que para ti sigo siendo tu hermanita.

Y a mi esposo, que soporta mis cambios drásticos de humor, mi palabrería y, aun peor, que se aguanta que no lo tome en cuenta porque me fui a mi propio mundo.

## NOTA DE AUTORA

Queridas Lectoras:

Al parecer, Eduardo no es el único que quiere saber cómo llega una chilena a casarse con un ruso y cómo se las arregla Baran con la diferencia de tamaños para... bueno, ya saben.

También, creo, querrán saber cómo es eso de Juan diciendo: «Te tomo a ti, general...», y enterarse si fue este tímido mecánico el conquistador o el conquistado.

Y (aunque ustedes no lo saben aún) me imagino que muchas, al igual que Karina Hurtado, se sorprenderían si llegan a la boda de su hermano y descubren que el primo político de su cuñada no es otro que el tristemente célebre *novio del año* al que incluso ella abucheó al enterarse de la ruptura de su compromiso... el mismo día de la boda...

Por supuesto, también les contaré la historia del valiente que se atrevió a conquistar a Pamela, no teman.

Por eso, amigas mías, escribí esta historia, *Te debo un sueño*, la respuesta a la primera interrogante... Luego vendrán las otras.

No os preocupéis, podéis leerlas de cualquier manera, ya que cada historia es independiente de la otra.

Os dejo, en todo caso, el orden y los títulos de este tan particular *Quinteto de la Muerte*... ¡Muerte de guapos solteros, claro!

Te debo un sueño.

Eres para mí.

La otra.

Justo a mi lado —Ya publicado.

Nada serio.

Un abrazo,

Sandra

Si te ha gustado

*Te debo un sueño*

te recomendamos comenzar a leer

*Trampas del corazón*

de Rita Black



Selección RNR

RITA BLACK

*Trampas  
del corazón*



Romance Histórico

## CAPÍTULO 1

La campiña extendía su alfombra verde hasta donde alcanzaba la vista, mientras el viento mecía con suavidad las hojas de los árboles, produciendo un susurro adormecedor.

Emily contemplaba extasiada el paisaje, y por un instante se sintió del todo satisfecha, como si nada le hiciera falta en la vida.

La voz de su tía la sacó de su ensoñación.

—Querida, deberíamos regresar, creo que va a llover.

La joven se volvió sonriente, a pesar de que hubiera querido permanecer en ese lugar por mucho más tiempo, y asintió con la cabeza.

Emprendieron con tranquilidad el camino hacia su hogar, tomadas del brazo.

—¿Ya sabes qué usarás para la cena de la señora Fansworth? —le preguntó su tía Joyce de pronto, sacándola de sus pensamientos—. Es dentro de tres días.

Emily sonrió, tratando de que su tía no la viera. Nunca le había importado mucho su apariencia, aunque siempre se preocupaba por su aseo personal, pero su vestuario era algo secundario que, para ser sincera consigo misma, la tenía sin cuidado; lo consideraba algo necesario, aunque engorroso.

—Sí, tía, elegí mi vestido verde de seda.

—Muy buena elección, querida, debo decirlo. Ese vestido hace resaltar mucho tus ojos.

Emily sabía que su tía estaba bien dispuesta a emplear sus mejores artes de casamentera para conseguirle un buen matrimonio, y aunque ya había comprobado que las oportunidades de lograr semejante cosa en Canterbury eran sumamente escasas, no pudo evitar preguntar:

—¿A qué se debe tanto interés por mi apariencia, tía? Todos sabemos que en esa dichosa cena estaremos las mismas personas de siempre.

Su tía la miró, intentando disculpar lo que ella consideraba cierta ingenuidad por parte de su sobrina.

—Bueno, querida, nunca se sabe —dijo con despreocupación.

Llegaron a su hogar cuando empezaban a caer grandes gotas de lluvia. Era la hora del té y Emily acompañó a su tía Joyce y a su tío Miles a tomarlo en el saloncito rosado, mientras veía la lluvia caer a cántaros a través del ventanal.

Su mente voló al hogar de sus padres, aquel que había disfrutado hasta hacía unos cuantos meses: cuando era pequeña, e incluso cuando se convirtió en una jovencita, le gustaba salir y mojarse con la lluvia, dando vueltas con la cara al cielo mientras las frescas gotas le bañaban el rostro y el cuerpo.

Más tarde, cuando fue evidente que no era nada apropiado que una señorita hiciera ese tipo de cosas, solía sentarse en la cocina y observar cómo la lluvia formaba grandes charcos en el patio. El sonido de las gotas golpeteando sobre los tejados y las hojas de los árboles le parecía hipnótico.

Su tía, adivinando los nostálgicos pensamientos de la joven, trató de distraerla.

—Emily, ¿te dije que la señora Wilkes llegará la próxima semana con una nueva colección de telas y vestidos? Dice su sobrina, la señorita Marian, que la señora Wilkes portará lo último de la moda en París. Estoy ansiosa por ver todas las cosas hermosas que traerá. Es un gusto tener aquí una tienda tan completa como la de la señora Wilkes; de ese modo ni siquiera tenemos que ir a Londres para estar a la moda.

Emily se limitó a sonreír, pues el tema le interesaba más bien poco.

—Lo mejor de todo es que llegará justo a tiempo para que podamos adquirir algún nuevo vestido y lucir muy hermosas y elegantes en la cena de los Backward.

—No creo necesitar un nuevo vestido, tía, pero si quieres te acompañaré con mucho gusto a ver las nuevas adquisiciones de la señora Wilkes.

Emily no quiso agregar que además de no necesitar nuevos vestidos, tampoco podía darse el lujo de gastar en uno. A pesar de que su padre siempre fue un buen administrador, a su muerte solo logró acumular una módica cantidad para legar a sus dos hijos.

Peter, el hermano mayor de Emily, había dispuesto que ya que él no vivía en Inglaterra, y siendo él el heredero principal, la casa que había sido de sus padres se vendiera, y el dinero se pusiera en el banco, a nombre de Emily. Sin embargo, la venta aún no se concretaba porque el comprador todavía no disponía del dinero suficiente, y habría que esperar aún dos meses para ello.

Joyce no podía imaginarse el tenor de los pensamientos de Emily, pero eso no importaba porque ella pensaba gastar, de muy buena gana, una importante cantidad de libras en hermosos vestidos, sombreros, lazos y botines para su bella sobrina.

La dama era muy generosa con la joven no solo por tratar de paliar su dolor ante la reciente tragedia familiar. Aunque no lo admitiría abiertamente, por temor a herir la sensibilidad de la joven, se sentía contenta de tenerla en su casa y hacerse cargo de ella. Sus tres hijos ya eran mayores y tras sus respectivos matrimonios decidieron residir en Londres, donde ella los visitaba con frecuencia. Pero no le era suficiente, por lo que albergar a Emily le permitía hacerse cargo de nuevo de otra persona, además de su esposo, y sentirse útil.

Además, Emily era una joven dulce y de carácter dócil, por lo que era muy fácil ser buena y amable con ella. La señora Palmer deseaba hacer todo lo que estuviera en sus manos para hacerla feliz.

Emily no se quejaba nunca, pero su tía sabía que sufría en lo más profundo por la reciente muerte de su padre.

Jonathan, el padre de Emily y hermano de la señora Palmer, trató de soportar con estoicismo la muerte de su esposa, y lo consiguió durante dos años, pero al final su corazón sucumbió al dolor y una mañana Emily lo encontró en su cama, inmóvil y frío. Había muerto mientras dormía, tras quejarse la noche anterior de un dolor de estómago al que no dio mayor

importancia.

\*\*\*

Cuando dejó de llover ya era la hora de la cena. Emily hubiera querido excusarse con sus tíos, ya que en realidad no tenía apetito, pero no quería preocuparlos. Trató de aparecer lo más alegre posible y charló de manera animada con su tío sobre los últimos acontecimientos en Londres, de los cuales él se enteraba por el dominical, que le encantaba leer de pies a cabeza.

Al irse a dormir intentó alejar sus pensamientos tristes y concentrarse en sus sueños; deseaba conocer el mundo, pero sobre todo, anhelaba ir a Portugal a visitar a su hermano Peter.

Sin embargo, ella sabía que cumplir su deseo de viajar era casi tan difícil como lograr un matrimonio a su entera satisfacción. Su nula fortuna la ponía en una situación muy peliaguda al pensar en matrimonio, porque ningún joven en una situación similar a la suya se interesaría en ella, y al mismo tiempo, tampoco lo haría ninguno con alguna fortuna, porque no vería en ella la oportunidad, muy conveniente, por cierto, de incrementarla.

Pero ese no era el único obstáculo al que se enfrentaba. Admitía que era una romántica sin remedio: le fascinaban las historias de amor apasionado y profundo, y esperaba, de una forma más bien racional, que cuando se enamorara lo hiciera de un hombre íntegro, honesto, apasionado y, sobre todo, que la amara con locura.

A pesar de su naturaleza dulce y romántica, Emily nunca se había enamorado; hasta el momento los hombres no despertaban en ella ningún interés particular, excepto como seres pensantes con quienes, en algunos casos, se podía sostener una conversación interesante, que, por otro lado, no era muy probable que entablaran con ella por ser una mujer. Sabía que sus padres se habían amado, pero no creía tener tanta suerte como para encontrar a alguien con quien compartir un amor entrañable y duradero como el que

ella anhelaba.

El amor le parecía más bien un extraño y muy poco frecuente fenómeno de la naturaleza humana, y la hipocresía de la sociedad en lo tocante al matrimonio no hacía sino cimentar la renuencia de Emily a casarse por dinero y no por amor.